



LA FAMILIA CRISTIANA.

---

LOS CISNES ENCANTADOS.

por

**CRISTIAN ANDERSEN,**

traducción de

**JULIO NOMBELA.**



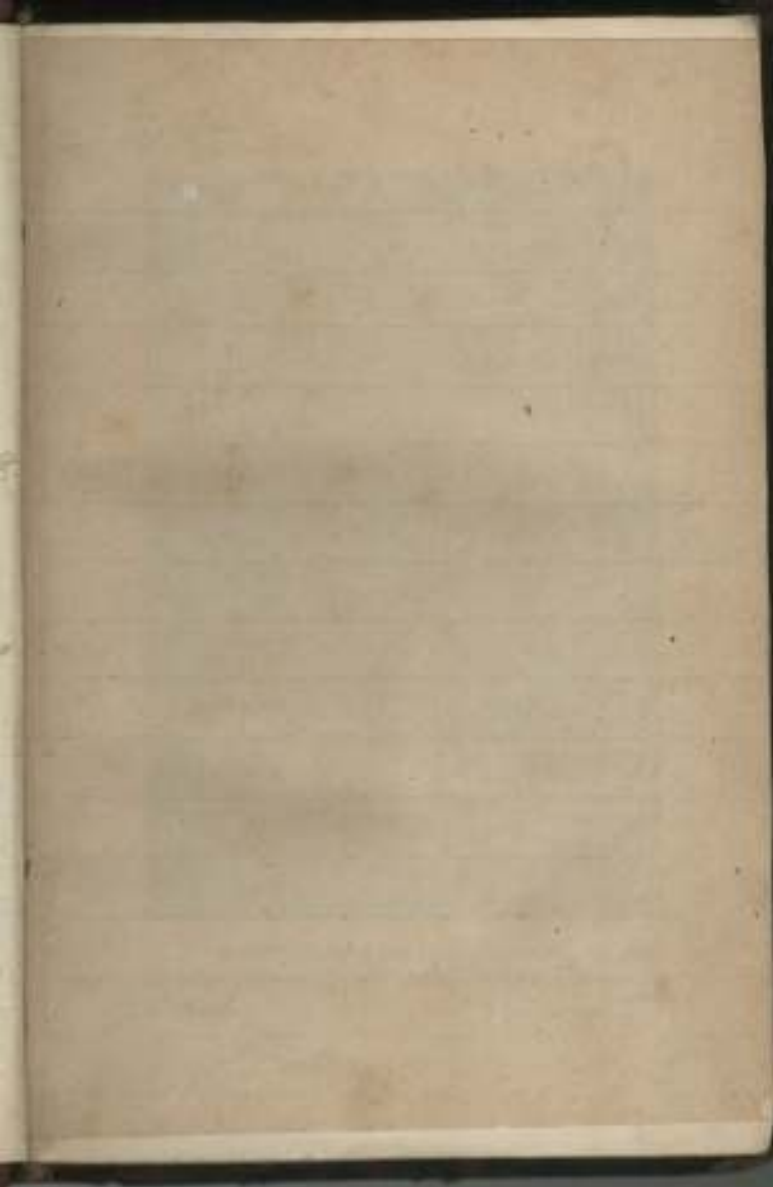
**MADRID:**

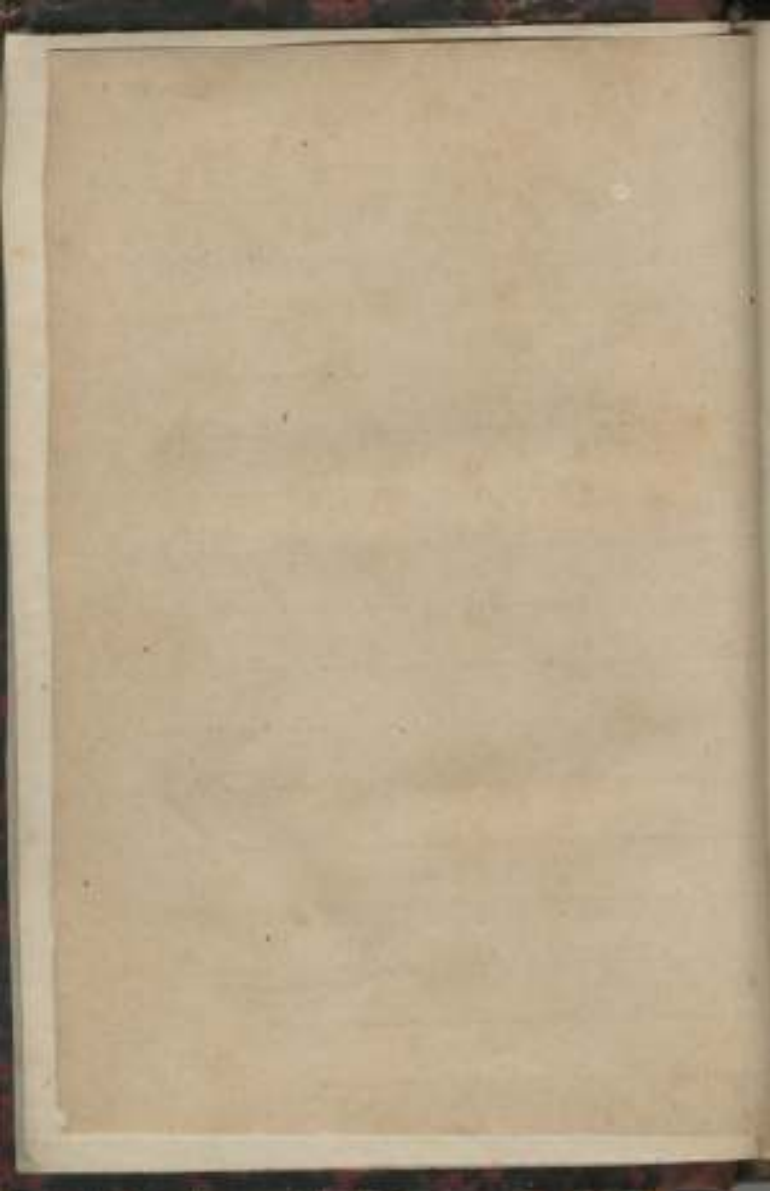
**A. PEREZ DUBRILL, EDITOR.**

*Barco, 2.º primero, cuarta tirada.*

**1871.**









*Lo mas terrible era que tenia que pasar al lado de ellas y arrastrar las maliciosas miradas que le dirigian.*



---

## LOS CISNES ENCANTADOS.

---

### I.

Lejos, muy lejos, en las regiones donde las golondrinas van á pasar los días del invierno, en aquellas comarcas en donde el horizonte risueño, los prados verdes y frondosos, las fuentes cristalinas, las flores olorosas, todo, todo convidaba á gozar, mientras que nuestro cielo nebuloso, las cimas de nuestras montañas cubiertas de blanca nieve, los prados yertos, las fuentes sin belleza, nos inspiran recogimiento y tristeza, en aquellas lejanas y maravillosas regiones vivía un Rey que tenía once hijos y una hija llamada Elfrida.

Los once hermanos, todos príncipes que por sus cualidades hacían concebir las mas brillantes esperanzas, estaban consagrados á

sus estudios, y escribían con plumas de diamantes sobre planchitas de oro; y era tal su disposicion y su aplicacion, que aprendian sus lecciones diariamente, y no habia nada que pedir á su comportamiento.

Entre tanto su hermana Elfrida pasaba el tiempo sentada en una preciosa silla de cristal de roca primorosamente labrada, y ocupaba sus ojos hojeando un precioso álbum lleno de vistas y estampas tan magníficas, que el tal álbum habia costado sumas fabulosas al autor de sus días.

Como ven mis lectores, los doce hijos del Rey pasaban una vida deliciosa, y eso que les faltaban las tiernas caricias de su santa madre, que habia muerto al nacer la hermosa Elfrida.

Pero tanta felicidad no podia durar mucho tiempo.

El padre de nuestros ventarosos príncipes, Rey de todo el país, casó en segundas nupcias con una reina tan mala, tan mala, que los pobres niños no tardaron en sufrir las consecuencias de su maldad. El mismo día de su boda, en vez de darles dulces y paste-



los, dispuso que les sirvieran en pequeñas tazas puñaditos de arena, y les dijo que podían figurarse que eran confites, y jugar con ellos, porque los dulces de verdad eran malos para los niños. ¡Ya veis qué malas intenciones!

En la semana siguiente la artificiosa madrastra sacó del palacio á Elfrida, y mandó que la llevaran á una casa de campo, muy distante de la ciudad, en donde la dejaron al cuidado de unos rudos y pobres campesinos. Poco despues logró que su consorte fuese completamente indiferente al cariño de sus once hijos, y un día les dijo:

—Huid á través de la inmensidad, huid bajo la forma de esas aves disformes que carecen de voz para cantar las galas de la naturaleza.

Pero, aun cuando logró que se alejasen, no pudo conseguir darles la horrible forma que quería: los principes se convirtieron en once hermosos cisnes, y lanzando un grito extraño tendieron el vuelo, y no tardaron en traspasar los límites del parque y de la selva que rodeaba el palacio de sus padres.

Al siguiente día llegaron á la aldea en donde su hermana Elfrida dormía tranquilamente bajo el humilde techo de una pobre cabaña, y aunque volaron y revolotearon varias veces alrededor de la vivienda de la jóven, no pudieron despertarla ni ser oídos de nadie. Fue preciso que se alejaran, y se elevaron á las nubes, desapareciendo en el espacio; pero tuvieron buen cuidado de buscar para guarecerse una selva sombría, cuyos ruidos, despues de recorrer centenares de leguas, llegaban hasta el mar.

Entre tanto la triste Elfrida, sepultada en la cabaña de sus guardadores, no tenía mas juguetes para distraer su imaginacion que las verdes hojas de los árboles que las brisas desprendian de las ramas. En una de estas hojas hizo un agujerito con un alfiler, y mirando á traves de esta claraboya en miniatura los fulgorosos rayos del sol, creyó descubrir en ellos las radiantes miradas de sus once hermanos.

---

## II.

Cuando Elfrida cumplió los quince años, se dispuso que volviese al hogar paterno; pero al ver su madrastra que la belleza de la jóven habia aumentado con el desarrollo propio de la edad, experimentó un disgusto muy grande, escitado por el odio y la envidia, y trató á la infeliz con mayor crueldad que nunca.

Con el mayor placer la hubiera trasformado, del mismo modo que á sus hermanos, en cisne silvestre; pero no se atrevia, porque habia oido al Rey en varias ocasiones manifestar un vivo deseo de ver á su pequeña Elfrida.

Una mañana se dirigió la Reina al baño, que se hallaba en el centro de un precioso edificio todo de mármol blanco, y adornado con magníficas colgaduras de tapicería y muelles almohadones de terciopelo y oro.

Apenas llegó, cogió tres sapos, y despues de besarlos, dijo al primero:

—Cuando venga Elfrida á bañarse, colócate sobre su cabeza para que se torne estúpida y letárgica como tú.

—Ponte sobre su frente, dijo al segundo, para que, retratando tu fealdad, no pueda reconocerla su padre.

—Fíjate sobre su pecho, dijo por último al tercero, con el fin de malear su corazón, para que sienta los instintos mas perversos del mundo.

Despues de hablarles de este modo, arrojó los sapos al agua, que, de límpida y clara que era, se tornó de repente en verduzca y turbia.

En seguida llamó á Elfrida, la ayudó á desnudarse, y la mandó que se bañase.

Apenas la inocente princesa se sumergió en el agua, los sapos, obedeciendo la orden que habian recibido, corrieron á fijarse sobre su cabeza, sobre su frente y sobre su pecho.

Pero la jóven no pareció notar su presencia, y cuando salió del baño, sobre las rizadas ondas que formaba el agua se veian flo-

tar tres pequeñas adormideras encarnadas.

Si los sapos no hubieran sido reptiles venenosos, y si además no los hubiera besado una hechicera, se habrían convertido en rosas; pero, á pesar de todo, solo por haber tocado la frente, la cabeza y el corazón de Elfrida, se habían trasformado en flores.

La adorable princesa, ya lo veis, era demasiado buena, demasiado inocente para que el maleficio pudiese producir efecto en ella.

Cuando la infame madrastra vió defraudadas sus esperanzas, frotó el cuerpo de Elfrida con una untura de jugo de nueces hasta poner su cutis, blanco como la azucena, de un color moreno sucio; además cubrió su rostro con otra untura fétida, y enredó sus sedosos cabellos, procurando que no formasen mas que un mechón tan confuso como asqueroso.

Destigurada de esta manera tan espantosa, era de todo punto imposible reconocer á la encantadora Elfrida.

Su mismo padre no la reconoció, y declaró sin titubear que no era su hija; razón por la cual ninguno de sus servidores, temerosos de disgustarle, quiso reconocerla. Tan solo

el perro que guardaba el palacio, y las golondrinas que anidaban en los aleros del tejado, acogieron á la desventurada princesa como á una antigua amiga; pero nada podían hacer en su favor.

### III.

En esta situación, deshecha en lágrimas la triste Elfrida, recordó á sus once hermanos que habian desaparecido, y con el corazón angustiado abandonó el palacio, andando á la ventura hasta llegar á un estenso y sombrío bosque.

La pobre no sabia á dónde ir, pero deseaba vivamente volver á ver á sus hermanos.

—Sin duda, se decía, andan errantes como yo, abandonados, sin amparo, sin guía; pero no descansaré hasta encontrarlos, porque ellos son mi única esperanza.

A poco de internarse en el bosque la sorprendió la noche, y se perdió en medio de los numerosos senderos que hallaba á cada paso.

Dominada por el temor, se sentó sobre el césped, rezó sus oraciones y apoyó su fatigada cabeza sobre las raíces algo salientes de



un árbol, cuyo tronco parecía hendido por el rayo.

Un dulce y melancólico silencio reinaba en torno suyo: el aire que respiraba era suave y perfumado, y ocultos entre la yerba y el césped, la rodeaban millares de gusanos de luz, ofreciéndola con sus débiles rayos una compañía y un consuelo.

Elfrida pasó la noche soñando con sus hermanos.

Su imaginacion se les representó jugando alegremente como en los venturosos días de su infancia, escribiendo en sus planchitas de oro con plumas de diamante, y examinando hoja por hoja el precioso álbum que tan fabulosas sumas había costado.

Después, convertidos en hombres, referían los altos hechos que habían realizado, y narraban cuanto habían visto y oído en sus largos viajes. Las páginas del álbum ofrecían nuevos encantos á la joven.

Los pájaros dibujados en ellas cantaban con suave y melodiosa voz, las gacelas saltaban, y los diversos personajes, tomando vida y movimiento, abandonaban las blancas



páginas, y, acercándose á Elfrida y á sus hermanos, conversaban amistosamente con ellos.

Cuando se despertó; cuando sus ojos, abriéndose á la realidad, se cerraron para las bienhechoras imágenes que la habían acompañado y protegido durante el sueño, ya estaba muy entrado el día, y el sol suspendido en la celeste bóveda inundaba los campos y los mares con sus ardientes resplandores, que aunque los grandes árboles del bosque entrelazados y confundidos procuraban ocultarlos, no podían, y á través de las ramas brillaban como las ondulaciones de una inmensa faja de gasa de oro.

El suave y delicado aroma de los frondosos árboles embalsama el aire; los tiernos pajarillos cantaban revoloteando en torno de la jóven, y se mostraban tan afectuosos con ella, que á cada instante parecía que iban á reposarse sobre sus hombros para regalarla con sus gorjeos y acariciarla con sus alas.

Multitud de arroyuelos llegaban de diferentes puntos á reunirse para formar un ancho y trasparente lago: tan trasparente era, que

las arenas de su fondo brillaban como menudas perlas bajo un claro fanal.

Elfrida se acercó á su orilla, y si la brisa no hubiera rizado la superficie del agua, que retrataba las copas y las ramas de los árboles, hubiera pensado que estas ramas y copas estaban artísticamente pintadas en el fondo del lago. Pero de todos modos, no hubiera reparado la jóven en las bellezas del paisaje, porque, al mirar el agua cristalina, retrocedió espantada.

La causa de su espanto fue la reproduccion de su rostro afeado y ennegrecido por las malas artes de su cruel madrastra.

Pero, mojando su delicada mano en el agua, y frotando con ella sus desfiguradas facciones, devolvió á su semblante la belleza, la frescura, los hechizos que le adornaban; y satisfecha de esta primera operacion, se despojó de sus vestidos, y confió á las ondas el cuidado de destruir la obra de su enemiga.

¡Qué hermosa estaba!

¡Nunca ha tenido Rey alguno una hija mas hermosa que ella!

#### IV.

Cuando salió del baño y arregló con sus finísimos dedos su larga y sedosa cabellera, dividiéndola y formando con sus guedejas dos abultadas trenzas, y apagó su sed cogiendo el agua con la ahuecada palma de su mano, continuó su peregrinación por el bosque, sin saber cuál sería el fin de su camino. Pero siempre pensaba en Dios, cuya bondad inmensa reconocía, y pensaba en sus hermanos; estos dulcísimos pensamientos fortalecían la fe de su alma, y confiaba en el auxilio de la Providencia.

Y hacía muy bien, porque la Providencia veía incesantemente por los buenos.

Andando, andando, halló un hermoso peral, que con sus ramas cargadas de fruto parecía salir á su encuentro y ofrecerle el sabroso manjar que debía dar nuevas fuerzas á su cansado cuerpo.

Cuando terminó su frugal refrigerio, continuó su ruta, internándose por las intrincadas sendas del espeso y solitario bosque.

Era tal el silencio que reinaba en torno suyo, que apercibía el ruido de sus pasos, y hasta el melancólico y vago gemido de la hoja caída que sus menudos pies hollaban al andar.

La soledad era inmensa, y la claridad desaparecía por momentos: este cuadro aumentaba la tristeza de Elfrida, y angustiada y cediendo al cansancio se recostó sobre el césped para descansar y dormir.

De pronto le pareció que las ramas que cubrían su cabeza se separaban, y que el Todopoderoso le dirigía desde su escelso Trono miradas llenas de bondad y de afecto, y esta afabilidad se reflejaba en el semblante de los hermosos ángeles que rodeaban al Altísimo, formando en torno suyo una guirnalda de alegría.

Cuando se despertó al siguiente día, estuvo mucho tiempo dudando si había sido un sueño ó realidad lo que había visto en la pasada noche.

La joven prosiguió caminando, y apenas hubo dado algunos pasos, encontró una anciana que llevaba en una canastilla varias clases de fruta.

La anciana ofreció á la joven fresas y moras; y al notar su benévola actitud, se atrevió Elfrida á preguntarle si por acaso había visto cabalgando en el bosque á once príncipes.

—No, por cierto, le respondió la anciana; pero ayer vi once cisnes en un cercano riachuelo, y cada uno llevaba una corona de oro sobre la cabeza.

La anciana condujo á Elfrida hácia una cuestecita erizada de fragmentos de rocas, y á cuyo pie pasaba un riachuelo.

Los árboles que se levantaban en sus orillas extendían sus largas ramas llenas de hojas de uno á otro lado, como si quisieran abrazarse con ternura.

Elfrida se despidió de su amable guía, y prosiguió caminando por la orilla del riachuelo hasta un pasaje en el que confundía sus aguas con las ondas del mar.

Entonces se apareció á la vista de la joven

el majestuoso Océano con toda su imponente grandeza; pero ninguna vela de navío se descubría en el horizonte, ninguna embarcacion navegaba por el inmenso piélago.

¿Cómo podría la jóven continuar su viaje?

En esta situacion, se puso á considerar las innumerables piedrecitas de tan distintos colores y matices que cubrian la orilla; el agua las habia pulido y redondeado. El vidrio, el hierro, la piedra, en una palabra, todo lo que allí se veia confusamente diseminado, habia recibido de la accion lenta y uniforme del agua la configuracion que le era peculiar, por mas que el agua fuese un cuerpo débil.

—A pesar de su debilidad, se dijo Elfrida, á fuerza de constancia, he usado y destruido los cuerpos mas duros; pues bien: yo la imitaré; yo seré perseverante. ¡Gracias por la leccion que me habeis dado, ondas del mar! Esperaré á vuestro lado, porque me dice mi corazon que un dia me llevareis á los brazos de mis queridos hermanos.

Entre las yerbas marinas arrojadas por la marea alta, habia once plumas de cisne, que la jóven reunió, formando un plumero; las



gotas de agua brillaban en ellas como otras tantas perlas, y Elfrida las consideraba como un tesoro; como un consuelo, como una compañía que endulzaba las largas horas de su soledad.

El mar entretenía á la jóven, porque, como es sabido, á cada instante cambia su aspecto. Unas veces hinchaba el viento las olas, y levantaban hasta el cielo sus espumosas y rizadas frentes; otras la brisa bordaba sobre la blanca nieve dibujos preciosísimos; y el cielo, cambiando á cada instante de colores; las nubes, variando de formas y reflejándose sobre el agua, todo este conjunto multicolor y multiforme ahuyentaba la monotonía y distraía la imaginación de la jóven abandonada.

V.

Una tarde, cuando el sol avanzaba á sepultarse entre las aguas de Occidente, descubrió Elfrida once cisnes silvestres con coronas de oro en vez de moñas, que dirigian su vuelo hácia la tierra. Volaban casi á la altura de las nubes, se seguian de cerca el uno al otro, y formaban en la estremidad del horizonte como una larga y ondulante bandera argentina.

Al divisarlos, subió Elfrida á una prominencia que ofrecia el terreno, y se ocultó detras de un matorral. Poco despues se pararon los cisnes á su lado, agitando suavemente sus grandes alas blancas.

En aquel momento desaparecieron por completo los rayos del sol, las plumas de los cisnes cayeron en el suelo, y se presentaron á la vista de Elfrida once príncipes jóvenes y bellos, que eran sus once hermanos.



La joven lanzó un grito de alegría, porque aun cuando las facciones de sus hermanos habían cambiado algo, sin embargo, una voz íntima le decía que eran ellos. Elfrida corrió á echarse en sus brazos, llamando á cada cual por su nombre, y su sorpresa y su felicidad no fue menos grande al encontrar, cuando ni remotamente lo esperaban, á su querida hermana, que tan pequeñita dejaron, convertida ya en una mujer, esbelta, áirosa y con todas las bellezas.

Tan inesperado encuentro mezcló la risa con el llanto, y estas alternativas, efecto de sus distintas emociones, continuaron mientras duró el relato de los tormentos que su madrastra les había obligado á sufrir.

—Nosotros, dijo el hermano mayor, recorremos el espacio bajo la forma de cisnes silvestres mientras que el sol alumbra el horizonte; pero, apenas desaparece, recuperamos nuestra forma humana. Pero en este momento del día tan importante para nosotros, necesitamos buscar tierra firme para posar el pie, porque, de lo contrario, si nos sorprendiese la noche en el aire, caeríamos en el mar,

ó sobre las rocas, y nos destrozariámos infaliblemente.

Nuestra morada no se halla aquí: al lado opuesto del mar hay un país hermosísimo, y en él habitamos; pero está muy lejos, muy lejos..., y entre las dos orillas no hay una sola isla en donde pasar la noche. Únicamente hallamos en este largo camino á través de los mares un punto de descanso, una roca de reducida superficie que se levanta solitaria en medio de las olas. Esta roca no tiene mas espacio que el necesario para permanecer nosotros oprimidos; y cuando el mar iritado se agita convulso y furioso, nos cubre con sus azotadoras ondas. Sin embargo, damos gracias á Dios porque nos proporciona este asilo, sin el cual, cuando recuperamos la forma humana, pereceríamos, porque empleamos los dos días mas largos del año en nuestra travesía, ó no tendríamos el inmenso placer de respirar el aire de nuestra querida patria, de ver los campos y el cielo que cobijó nuestra cuna. Todos los años venimos y permanecemos once días, recorriendo los bosques y los jardines que rodean el palacio

de nuestros padres, contemplando el campanario de la iglesia en donde está enterrada nuestra adorada madre. Los árboles y las flores parece que forman parte de nuestra familia; vemos los potros medir en su carrera los vastos prados, y escuchamos los antiguos cantares de los pastores, recordando con delicia las dulces horas de nuestra venturosa niñez. Por fin, aquí te hemos hallado, hermana mía, y aquí existe el tesoro de nuestras afecciones y de nuestras felicidades. Dos días nos quedan de permanencia en estos sitios; al terminarse el segundo, emprendemos de nuevo nuestra marcha á un país magnífico, pero que no nos ofrece las bellezas del pasado, porque no es nuestra patria. Hábiéndote encontrado, nuestro mayor placer sería llevarte con nosotros; pero ¿cómo, careciendo de una embarcacion para cruzar los mares? ¿Y cómo dejarte abandonada despues de haberlo visto?

—¿Cuánto daría por poder salvaros! dijo Elfrida suspirando.

---

## VI.

Los príncipes y la jóven pasaron casi toda la noche conversando: solo al amanecer pudieron conciliar el sueño algunos instantes, y Elfrida se despertó al ruido producido por el aleteo de los cisnes, que se elevaban en el espacio. Sus once hermanos se habían transformado, y se alejaban hasta perderse de vista entre los caprichosos celajes de la mañana.

Sin embargo, uno de ellos, el mas jóven, permaneció al lado de la jóven con la cabeza apoyada en su regazo, mientras que Elfrida acariciaba con sus delicadas manos las suaves y blancas plumas de su cuello.

Así estuvieron todo el día, y al caer la tarde tornaron los demas, recuperando su forma natural apenas se extinguieron los últimos reflejos del sol.

—Mañana por la mañana, dijo el hermano mayor, partiremos de aquí; pero no podemos

dejar abandonada á Elfrida. ¿Tienes valor para acompañarnos? ¿No crees que nuestras alas serán bastante vigorosas para conducirte á través de los mares?

—¡Ah! ¡Sí..., sí! exclamó Elfrida con suplicante voz: ¡llevadme á vuestro lado!

Satisfechos de su resolución, emplearon la noche en combinar los medios de realizar su plan, y al amanecer, cuando estuvieron transformados en cisnes, se colocaron á propósito para ofrecer á Elfrida una superficie cómoda; la jóven se recostó muellemente sobre ellos, y, emprendiendo el vuelo, no tardaron en perder de vista la tierra.

Cuando los rayos del sol, cayendo á plomo sobre la jóven, la molestaban, uno de sus hermanos estendió sobre su cabeza sus anchas alas para librarla de esta molestia.

Elfrida se durmió, y, al despertarse, no pudo al pronto contener su sorpresa, viéndose trasportada por los aires.

El primer navío que descubrió le pareció una alondra de blanco plumaje mecida por el cadencioso movimiento de las olas. Una nube inmensa, semejante á una enorme mon-

tuña flotando en el espacio, aparecía como suspendida, y Elfrida descubrió sobre su maravillosa superficie un cuadro gigantesco en el que se hallaban representados sus once hermanos huyendo con ella á través de los aires.

Nada tan bello y sorprendente había visto en su vida; pero, á medida que el sol llegaba á un punto mas elevado del firmamento, y que la fantástica montaña quedaba atras, se desvanecía esta ilusion aérea hasta perderse por completo.

Durante todo el dia avanzaron los cisnes con verdadera impaciencia, y dirigiendo su vuelo con la precision de la flecha que silba al atravesar el aire.

Al caer de la tarde, amenazaba estallar una tormenta, y Elfrida temblaba al ver los rayos del sol próximos á extinguirse sin columbrar la solitaria roca, que era su única esperanza de salvacion. Por entonces notó que sus hermanos hacian los mayores esfuerzos para avanzar, y no pudo menos de pensar cual era la causa de la ansiedad que padecian.

—¡Si el sol se oculta, se decia, recobra-



rán su forma humana y pereceremos en el abismo!

Esta terrible idea llenó de angustia su triste corazón, y para hallar consuelo, elevando sus miradas al Todopoderoso, le pidió con sus oraciones que los librara de la muerte.

La nube cargada de truenos y relámpagos se extendía y avanzaba hacia el fraternal grupo: las continuas y repetidas ráfagas de viento anunciaban la próxima tempestad. Las nubes se congregaban y confundían oscureciendo el horizonte y formando una masa inmensa y ondulante. Parecían tener la pesadez del plomo, y hacían el efecto de una gran cadena preparada para sujetar á dos prisioneros, el viento y el agua.

Los relámpagos brillaban por todas partes, y se sucedían sin interrupción. En aquel instante el sol tocaba el límite del horizonte, y el corazón de Elfrida latía angustiado.

De pronto descendieron los cisnes con tanta rapidéz, que le pareció que se despeñaban. Sin embargo, volvieron á elevarse, y ya se hallaba el sol próximo á hundirse en las aguas de Occidente, cuando descubrió con

espanto, y á una distancia enorme, la reducida roca que debía servirles de refugio.

El sol desaparecía, sus últimos reflejos apenas parecían líneas plateadas sobre las negras nubes, un segundo mas y su perdición era segura...; pero Dios habia escuchado la plegaria de la jóven, y sus pies tocaron la escarpada superficie de la roca al mismo tiempo que se apagaba el último destello del astro luminar.

La desventurada princesa apercibió á sus hermanos estrechamente unidos en torno suyo, porque el espacio que les ofrecia la escueta roca apenas bastaba para contenerlos.

El mar azotaba con ímpetu aquel endeble asilo, y elevando sus olas por encima de las cabezas de aquellos seres abandonados, caía sobre sus frentes como una lluvia pesada y fria.

El cielo, iluminado incesantemente por el fulgor de los relámpagos, parecia una inmensa hoguera combatida por encontradas ráfagas de viento.

El estampido de los truenos aumentaba el horror de aquel terrible cuadro.



Durante este tiempo, Ellfrida y sus hermanos permanecían cordialmente abrazados, y movidos todos por un mismo sentimiento, recordando las oraciones que su tierna madre había grabado en su infantil memoria, entonaron un himno al Todopoderoso, que con su melancólica melodía calmó su angustia, y llevó á su abatido corazón el dulcísimo bálsamo de la conformidad y la esperanza.

Al despuntar el día apareció á sus ojos el cielo con esa serenidad de las hermosas mañanas de verano, y los cisnes emprendieron de nuevo su camino conduciendo á su hermana.

## VII.

A medida que se elevaba el sol en el horizonte, aperebió la jóven sucesivamente una vasta estension de tierras montañosas que parecían flotar á medias en los aires como brilladoras masas de nieve sobre las escarpadas rocas que formaban su cima.

En medio de este vasto recinto de montañas, se divisaba un formidable castillo, cuya fachada ocupaba mas de una legua de estension, con galerías superpuestas las unas á las otras, y de las mas gigantescas proporciones.

Al pie de este edificio erguian su frente multitud de palmeras de incomparable belleza, cuyas ramas, mecidas por una suave brisa, cargadas de flores y de frutos, se asemejaban á las flotantes aspas de un molino fantástico.

Elfrida preguntó á sus hermanos si era

aquel el país á donde la llevaban, y los cisnes le hicieron con la cabeza un signo negativo.

Con efecto: aquel magnífico edificio era el palacio de la hada Morgana, construido, como saben mis lectores, con nubes y rayos del sol, y suspendido en el espacio.

Elfrida tenía fijos sus ojos en las preciosas galerías, de múltiples colores, del palacio, cuando de pronto desapareció por completo de su vista.

En su lugar aparecieron veinte iglesias magníficas, todas semejantes, con sus torres agudas, y las delgadas flechas elevándose airoso sobre los campanarios.

Elfrida creyó oír los armoniosos acordes del órgano; pero el rumor que llegó á sus oídos era el que producian las ondas al chocar y quebrarse, convirtiéndose en una copiosa lluvia de blancas perlas. Se hallaba cerca de estas iglesias, cuando de pronto las vió convertirse en una soberbia flota de navios que avanzaban con una rapidez incommensurable.

Fijó en ellos sus ojos, y ¡cosa estraña! no descubrió mas que las ondulaciones agitadas

de la niebla que se elevaba sobre el nivel del mar, y que pasaba con violencia por su superficie, como velas hinchadas é impulsadas por el desencadenado huracan.

Era un magnífico espectáculo de perpetua movilidad.

Una imágen aparecía incrustada en otra hasta el momento en que realmente descubrió la tierra á donde sus hermanos la llevaban.

Entonces, admirables hileras de montañas, de un matiz azulado, con sus bosques de cedros, sus torres, sus palacios, ofrecieron á sus ojos sus airosos contornos.

Mucho tiempo antes de que el sol se pusiera, se hallaba Elfrida reclinada sobre una roca situada á la embocadura de una gran caverna, tapizada en su interior de plantas trepadoras, tan tiernas y tan verdes, que parecia que la mano todopoderosa de Dios se habia esmerado en adornar los muros naturales de la caverna con colgaduras, ostentando los mas preciosos y variados dibujos.

—A ver qué es lo que sueñas esta noche, dijo á Elfrida el menor de sus hermanos,

mostrándole el albergue donde debía pasar la noche.

—¡Ah, cuánto gozaria, respondió la jóven, si soñase que lograba salvaros!

Este pensamiento llenaba á todas horas su imaginacion, y á cada instante pedia al Todopoderoso que acudiese en su auxilio.

Fija esta idea en su mente, y cediendo al cansancio, se durmió.

## VIII.

De repente le parece que, elevándose en los aires, se dirige hácia el palacio de la hada Morgana. La dueña de esta espléndida mansión sale á su encuentro, y, á pesar de su brillante hermosura, se asemeja á la anciana que le había dado en el bosque de su patria tan sabrosas frutas, y que le había hablado de los once cisnes que llevaban sobre sus cabezas coronas de oro.

—Elfrida, dijo el hada á la jóven: hay un medio de desencantar á tus hermanos; pero ¿crees tener el valor y la perseverancia necesarios para llevar á cabo una obra tan difícil? De todos modos, oye y decídetelo. ¿Ves las ortigas que aprisionan los dedos de mi mano izquierda? Pues bien; cerca de la caverna que te sirve de asilo, crecen muchas iguales á estas, y únicamente ellas y las que nacen junto á las tumbas en los cementerios, son

las que necesitas para lograr tu intento. Pero es preciso que las cojas tú misma, sin hacer caso de las picaduras y de las ampollas que formarán en tus delicadas manos. Después de reunir las, las aplastarás con tus pies para que adquieran flexibilidad y convertirlas en una especie de hilaza. Con esta hilaza, tejerás once cotas de malla provistas de largas mangas; y cuando estén concluidas, deberás arrojarlas sobre los once cisnes tus hermanos. Si como espero llevas á cabo esta penosa tarea, destruirás el encanto que los tiene esclavizados; pero aun así no has de olvidar la prescripción que voy á hacerte. Desde que empieces á coger las ortigas hasta el mismo segundo en que concluyas la última de las once cotas de malla, aunque emplees muchos años en esta labor, no debes pronunciar una sola palabra. La primera sílaba, la mas leve exclamacion que se escape de tus labios, será como un puñal que claves hasta la empuñadura en el corazón de tus hermanos. Su vida se halla, pues, pendiente de tu lengua. Esto es todo lo que puedo decirte: ahora procura no olvidarlo; y si no te falta valor,



cuanto antes, hija mía, pon manos á la obra.

Como Elfrida dormía, la hada tocó su mano con la ortiga, causándole una emoción semejante á la que produce una inesperada chispa de fuego.

Esto la despertó.

Ya era de día, y al tender una mirada á su alrededor, vió á su lado una ortiga igual á la que la hada le habia mostrado en sueños. Entonces, cayendo de hinojos, dió gracias á la Providencia por su misericordia infinita, y abandonó la caverna para empezar su tarea. Comenzó á coger ortigas, y su contacto le parecía el que producen las ascuas de fuego; sus manos y sus brazos se llenaban de ampollas, pero no se quejaba, y hasta sentia una secreta satisfaccion, porque pensaba que de aquel modo podia salvar á sus queridos hermanos.

Cuando hubo cogido las ortigas suficientes para las once cotas, las dió flexibilidad con sus desnudos pies, y con sus dedos doloridos formó la hilaza necesaria para el tejido de las mallas.



## IX.

Al comenzar la noche volvieron á su lado sus hermanos; y no pudo menos de sorprenderlos la silenciosa actitud de la jóven.

Desde luego pensaron que sufría las consecuencias de algun conjuro de su infame madrastra; pero cuando vieron las manos de su querida hermana tan miserablemente desgarradas por las ortigas, comprendieron que el sacrificio que afrontaba era para restituirles por completo la forma humana, y devolverles la felicidad de los primeros dias de su vida.

El mas jóven de todos cayó de rodillas á los pies de la jóven, y estrechando sus doloridas manos, las cubrió con sus lágrimas; pero notad qué cosa tan maravillosa: al contacto de estas lágrimas cesó Elfrida de sufrir, y el dolor y la inflamacion desaparecieron.

La jóven pasó toda la noche atareada, por-

que se había propuesto no reposar un solo instante hasta desencantar á sus hermanos.

Al día siguiente, mientras los cisnes recorrian el espacio, permaneció solitaria sin dejar su labor. Apenas terminó la primera cota, empezó la segunda, y la agilidad de sus dedos se aumentaba de una manera prodigiosa.

## X.

De pronto llegan á sus oídos los ecos de los cuernos de caza, y los gritos de los cazadores resuenan en las montañas.

La tímida princesa tembló como la hoja en el árbol, como la tórtola en las manos del niño. Pocos segundos despues oyó mas cerca los ladridos de los fogosos perros.

En el colmo del terror, y sin saber qué hacer, se refugió en lo mas recóndito de la caverna; recogió las ortigas, formando un haz con ellas, y se sentó sobre él como decidida á emplear los esfuerzos mas desesperados para defender su tesoro, que tanto precio tenía á sus ojos.

En aquel momento salió de entre los matorrales un enorme sabueso, despues otro, luego otro, ladraban, iban y volvian, y se alejaban, y tornaban á volver.

Pocos minutos despues se presentaron en

la embocadura de la caverna varios cazadores, y el mas bello de todos era el señor y Rey del pais que habitaban Elfrida y sus hermanos.

Apenas vió á la jóven, corrió á su lado, manifestando su admiracion, porque nunca habia visto una belleza mas completa que la de la desventurada princesa.

—Hermosa jóven, le dijo con afectuosa voz: ¿cómo habeis llegado hasta aquí?

Elfrida bajó la cabeza con muestras de disgusto, y no se atrevia á responderle, porque esto equivaldria á matar á sus hermanos; así, pues, sin despegar los labios procuraba ocultar sus manos bajo el blanco cendal que ceñia su talle, para que el Rey no pudiese apercibirse de los sufrimientos que tenia que soportar.

—Seguidme, añadió el Rey; es necesario que abandoneis esta caverna. Si sois tan buena como hermosa, yo haré que os pongan trajes de seda y terciopelo, ceñiré á vuestras sienes la corona de oro, y vivireis en el espléndido palacio que poseo.

Y al hablar de este modo, hizo que sus

criados condujesen á Elfrida á su silla de mano, lo que no consiguieron sin vencer la fuerte obstinacion de la jóven, que pugnaba sin rechistar por desasirse de los que obedecian á su Rey, guardando, sin embargo, á la triste princesa las mayores atenciones y miramientos.

Lloraba, retorcia los brazos con desesperacion; pero el Rey le dijo:

—Tranquilizaos, hermosa jóven: no deseo otra cosa que vuestra felicidad. Un dia no lejano me dareis gracias de todo corazon.

Apenas pronunció estas palabras, dió orden á la comitiva para que se pusiera en marcha, y así lo hizo, atravesando pintorescas campiñas. Precisamente en los momentos en que el sol se ponía, divisaron en el fondo del valle, con sus iglesias y sus torreones, la espléndida ciudad donde habitaba el Rey.

## XI.

El primer cuidado del monarca fue llevar á la hermosa princesa á su palacio, en donde grandes fuentes derramaban sus murmurantes y cristalinas aguas sobre el alabastrino pavimento de los ricos salones de la regia mansion, cuyas paredes y techos estaban cubiertos con paños de oro y pinturas riquísimas. Pero Elfrida no podía admirar tantas y tan maravillosas bellezas, porque las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y los tormentos de su corazón no se calmaban ante aquellos espléndidos cuadros que ofrecia á su vista el carinoso soberano.

Abandonada á los servidores que puso el Rey á su disposición, dejó que las damas cambiasen su humilde traje por el de Reina, ornasen sus cabellos con hilos de perlas, y pusiesen finisimos guantes de seda sobre sus hinchadas y heridas manos.

Cuando acabaron su tocado, pareció Elfri-

da tan hermosa á sus ojos, que los cortesanos se inclinaron ante ella, y el mismo Rey la eligió acto continuo para que fuese su prometida, y mas tarde su compañera en el tálamo y el Trono.

Solo su canceller meneaba la cabeza con aire pensativo, y decia en voz baja á sus amigos que aquella hermosa campesina no era mas que una bruja que habia fascinado los ojos del Rey, é inoculado un maléfico en su corazon.

Pero el Rey no hizo caso de estas presunciones; y mandó que la música resonase en su palacio con mas alegría que nunca, mientras se presentaban en su mesa los mas deliciosos manjares para solemnizar lo que él llamaba el encuentro de su felicidad.

No contento con estas demostraciones de júbilo, dispuso nuevos y mas espléndidos festejos.

Elfrida fue conducida en una dorada silla de manos, á través de jardines plagados de olorosas y matizadas flores, hasta un recinto formado por multitud de grandes salones separados por columnas de mármol.



A su llegada acudieron á rodearla con agasajos de todas clases una porcion de jóvenes, que trataban en vano de recrear su vista con sus graciosas danzas y los preciosos grupos que inventaban, enlazándose con guirnaldas de flores y cintas de colores.

Ni una sonrisa asomaba á los labios de la desventurada princesa, ni una señal de júbilo aparecía en sus ojos; por el contrario, sus miradas, sus actitudes, revelaban el mas profundo sentimiento. El Rey abrió entonces una puertecita, que daba paso á una habitacion toda cubierta con ricos tapices verdes tan hábilmente combinados, que imitaban con gran propiedad la caverna donde habia hallado á Elfrida, sin que faltase ninguno de los detalles de aquel agreste cuadro. En el suelo se veia la hilaza que habia fabricado la joven con las ortigas, y en uno de los peñascos figurados estaba suspendida la cota de malla terminada; objetos que uno de los cazadores habia cogido con intencion de ofrecerlos á su señor.

—Aquí podeis vivir en paz, hermosa joven, dijo el monarca á Elfrida; y en este

apartado retiro imaginad que habitais vuestra antigua morada. Ahí teneis los objetos que, al parecer, tanto afecto os inspiran; continuad vuestra tarea, y pensad, en medio del esplendor que os rodea, en los dias que habeis pasado antes de que tuviera la fortuna de conoceros.

Cuando Elfrida vió la hilaza y la eota, y escuchó las palabras del Rey, sintió una dulce alegría que sus labios demostraron con una suave sonrisa, y sus mejillas con un vivo color de carmin. Creyó de nuevo en la posibilidad de salvar á sus hermanos, y, movida por un impulso de reconocimiento, besó con veneracion la mano del Rey, al mismo tiempo que él la estrechaba contra su corazon, henchido de alegría. Las campanas de todas las iglesias anunciaron con sus penetrantes sonidos á los vasallos que el Rey iba á casarse con la hermosa mndita de la caverna. La pobre tejedora iba nada menos que á ser la Reina de aquel magnífico pais.

## XII.

El malicioso canciller trató de nuevo de infundir sospechas en el ánimo del Rey, pero sin conseguirlo: no quiso de ningún modo aplazar su enlace, y mandó que se preparase todo lo necesario para la celebración de la ceremonia.

Lleno de cólera y de despecho el canceller, que era quien debía colocar la régia diadema en las sienes de la desposada, al llegar el momento de la coronación le puso la corona con el deseo de hacerla mal, y lo consiguió, rozando con el borde la delicada y blanquísima frente de la jóven; pero Elfrida apenas sintió el daño que la hizo, porque otro dolor mas agudo, mas intenso, laceraba su corazón: tal era la inquietud y la pena que le causaba la suerte de sus once hermanos.

Sus labios no pronunciaron, no murmuraron

ron la mas leve queja. ¿Y cómo habia de proferir ninguna sílaba si sabía que el mas leve sonido de su voz costaria la vida á sus hermanos?

Pero deben saber mis amables lectores que aunque nada decia la jóven princesa, en la espresion de sus ojos se conocia que amaba sinceramente al bondadoso Rey, que se esmeraba en distraer sus inquietudes y en regocijar su alma.

Las nupcias reales terminaron, y cada día que pasaba era mayor el afecto que la jóven profesaba á su regio consorte. ¡Oh! ¡Cuánto hubiera deseado poder confiarle su secreto y la causa de sus penas! Pero no tenia mas remedio que permanecer muda y continuar su labor en silencio.

Para llevarla á cabo procuraba evitar la compañía de su servidumbre. Durante la noche, se dirigia á la habitacion que se asemejaba á la caverna, y allí tejia las cotas con una asiduidad tan grande, que si mis pequeños lectores la tuvieran para estudiar sus lecciones y cumplir sus deberes, de seguro que no tendrian que oir las justas reconven-

ciones de sus mayores, y sería la vida para ellos tortas y pan pintado.

Volviendo á nuestra historia, Elfrida, que no dejaba su tarea por nada del mundo, notó, al acabar la sétima cota de malla, que no tenía materiales.

Afortunadamente no faltaban ortigas: en el cementerio las había en abundancia; pero como tenía que cogerlas..., sus apuros fueron grandísimos; porque ¿cómo salir de palacio sin que se apercibiesen de su salida y de su ausencia?

—¡Oh! ¿Qué vale el dolor de mis dedos, pensó Elfrida, comparado con la angustia que experimenta mi corazón? Cueste lo que cueste, es necesario que termine mi obra. En mi apurada situación, Dios, que tantas mercedes me ha otorgado, no me abandonará.

Y con esta esperanza, y temerosa como si cometiera una mala acción, bajó al jardín, atravesó las prolongadas alamedas, penetró en los desiertos senderos, y al fin se encaminó hácia el cementerio.

Al llegar, su horror no tuvo límites, por-

que lo primero que divisaron sus espantados ojos fue un grupo de brujas, que, formando círculo, parecían rodear acurrucadas una de las tumbas mas elevadas del cementerio.

Lo mas terrible era que tenia que pasar al lado de ellas, y arrostrar las maliciosas miradas que le dirigian; pero Elfrida se persignó, recitó mentalmente una oracion, cogió las ortigas con la mayor celeridad posible; y se volvió á palacio con su cosecha.

Una sola persona se aperebió de su paseo nocturno: el canciller del Rey, que velaba mientras todos dormían.

—Por fin, tengo la prueba, dijo al verla; y no eran infundadas mis sospechas al creer que la Reina no es como debería ser. Sin duda alguna es hechicera, y de las mas perversas, puesto que en nada de tiempo se ha apoderado del corazón del Rey y del afecto de todos sus vasallos.



### XIII.

Al día siguiente tuvo ocasion de acompañar al Rey á misa, y en el camino le refirió cuanto habia visto, y despues, en la misma iglesia, le repitió hasta la saciedad sus sospechas y sus temores.

Cuando estas crueles palabras salieron de sus labios, las estatuas de los Santos que habia en las paredes ó en los pilares de la iglesia parecia como que movian la cabeza queriendo decir:

—No: no es verdad lo que dice el canciller. Elfrida es inocente.

Pero el canciller dió á este suceso sobrenatural una explicacion completamente distinta, y vió en él la prueba de la culpabilidad de la Reina, diciendo que si aquellas mudas estatuas habian movido su cabeza, habia sido para atestiguar que Elfrida se hallaba en pecado mortal.



Dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas del bondadoso Rey, y se volvió á palacio llevando en su corazón los crueles tormentos de la duda.

Por la noche, simulando que dormía, porque, aunque hubiera querido, las penas alejaban el sueño de sus ojos, espió las acciones y movimientos de su esposa.

Así pasó muchas noches, y en todas ellas vió á Elfrida levantarse de su lecho, y, siguiéndola de lejos con el mayor sigilo, notó que se dirigía misteriosamente á la estancia que imitaba su antigua caverna, encerrándose en ella.

#### XIV.

El semblante del Rey aparecía de día en día mas sombrío, y la inocente Reina sufría en secreto las consecuencias de este cambio, sin poder explicarse los motivos, aumentando esta pesadumbre la que incesantemente causaba en su alma la suerte de sus hermanos, los que mientras la jóven trabajaba, recorrían sin tregua el espacio bajo la forma de silvestres cisnes. Sus lágrimas corrían en abundancia sobre la púrpura y el terciopelo de sus regias vestiduras, y quedaban allí como otros tantos diamantes.

Después de algun tiempo, la penosa labor que ocupaba sus noches avanzaba á su término; ya no quedaba por hacer mas que una cota; pero para acabarla necesitaba hilaza, y no tenía ninguna ortiga á mano.

Entonces pensó que era de todo punto in-

dispensable tornar una vez más, pero solo una vez mas, al triste cementerio.

A pesar de su ánimo, temblaba ante la idea del paseo nocturno, en donde sin duda alguna hallaria las repugnantes brujas; pero puesta su confianza en Dios, se dispuso á arrostrar las consecuencias de su última visita á la mansion de los muertos.

Elfrida se dirigió, pues, al cementerio, y á muy corta distancia la seguian, sin que ella lo supiese, el Rey y el conciller.

Cerca de la verja que cerraba la entrada la perdieron de vista, y acercándose mas al fúnebre recinto descubrieron el grupo de las brujas en la misma situacion que la jóven las habia visto cuando visitó el cementerio por la primera vez.

¡Oh! ¡Con qué horror separó el Rey los ojos de aquel siniestro cuadro!

Su imaginacion aculorada le representó á la que era su esposa en medio de las brujas.

—¡El pueblo la juzgará! exclamó con voz desfallecida.

Enterados sus vasallos del caso, decidieron que la inocente jóven fuese quemada viva.

## XV.

Dictado este decreto, la sacaron de las espléndidas habitaciones de su consorte, y la llevaron á un sombrío y húmedo calabozo, en donde el viento silbaba á través de una pequeña claraboya, casi cerrada por espesas y entrelazadas barras de hierro.

En vez de la seda y el terciopelo, le dieron las ortigas que había cogido en el cementerio, formando un haz, y atadas con una fuerte soga.

Le dijeron que si quería dormir las pusiese debajo de su cabeza á guisa de almohada, y que las rotas de malla serian su colchon y su abrigo mientras permaneciese en la mazmorra.

Aunque de esta manera querian martirizarla, no podian hacerle un favor mas grande que aquel, puesto que le facilitaban los medios de acabar su labor; y llena de un fer-

voroso ánimo, elevó á Dios sus ruegos, pidiéndole que acudiese en su auxilio.

En el exterior de su calabozo, los niños con estrépito y algazara entonaban canciones contra ella, y nadie se cuidaba de llevar á su alma el mas insignificante consuelo.

Pero oíd: á la caída de la tarde escuchó de repente á través de la pequeña claraboya el ruido producido por las alas de un cisne que revoloteaba: era el mas jóven de sus hermanos, que, despues de buscarla largo tiempo, conseguía al fin hallarla.

Elfrida lloró de alegría, por mas que no dudaba que aquella noche iba á ser la última de su vida. ¡Pero qué le importaba su sacrificio si veia su tarea próxima á terminarse, y sabia que sus hermanos estaban cerca de su calabozo!

El canciller se presentó para preguntarla, como habia ofrecido al Rey, si tenia que hacer alguna confesion, y la jóven le respondió con una señal negativa, al mismo tiempo que con su mirada parecia instarle á que la dejase sola, porque en aquella noche debia acabar su tarea, y no queria perder un minuto,

para que con su muerte no fuesen inútiles sus disgustos, sus lágrimas, su silencio y sus largas veladas.

El canciller se alejó profiriendo palabras de despecho y de cólera; pero como la jóven estaba segura de su inocencia, sin dar oído á sus amenazas, volvió resueltamente á su trabajo con la fiebre de la esperanza próxima á realizarse.

## XVI.

Durante este tiempo, los ratoncitos recorrían sin temor el arenoso suelo del calabozo, y llevaban hasta los pies de Elfrida las ortigas que se habían separado del haz, prestándole una ayuda que la jóven agradecía. También los ruiseñores, posándose en la claraboya, cantaban sus más tiernas canciones para distraer á la prisionera, acompañarla en su soledad y sostener la fe en su espíritu.

Al despuntar el día, los once hermanos de la prisionera llegaron á las puertas de palacio, y pidieron con insistencia ver al Rey; pero les respondieron que era demasiado temprano para verle.

S. M. dormía, y no era cosa de despertarle.

Cuando agotaron las súplicas, recurrieron á las amenazas y á la fuerza, y fue preciso que la guardia saliese á sostener el orden.



El alboroto despertó al Rey y se presentó en la puerta de su palacio á averiguar la causa del motin; pero ¡ay! en aquel momento reflejaron sobre la tierra los primeros rayos del sol, y nadie pudo descubrir á los príncipes: solamente vieron once cisnes silvestres que se alejaban del palacio á todo vuelo.

Una multitud numerosa abandonaba la ciudad para asistir al suplicio de la Reina, condenada á perecer en una hoguera. Un miserable caballo, verdadero esqueleto ambulante, tiraba de la pesada carreta en donde Elfrida iba sentada y vestida con una hopa de un tejido lastimoso.

Sus largos y sedosos cabellos caían en un gracioso desorden sobre su frente, que revelaba la tranquilidad mas sublime en su hermoso y angelical semblante.

Sus mejillas estaban pálidas como la muerte; sus labios temblaban ligeramente, y durante el camino sus dedos delicados, haciendo un último desesperado esfuerzo, torcían y retorcían la hilaza fabricada con las orugas.

Aun yendo á recibir la muerte en medio

de las mas espantosas torturas, no había querido abandonar su comenzada obra.

Las diez cotas de malla estaban á sus pies, y trabajaba en la undécima con una actividad pasmosa.

## XVII.

Entre tanto la plebe se burlaba de ella con un sarcasmo horrible.

—Veis, veis la bruja, se decían unos á otros.

—¡Cómo se muerde los labios!

—Mirad, mirad sus diabólicos tejidos.

—¡A la hoguera! ¡A la hoguera! repetían todos: convirtámosla en mil pedazos el endiablado tejido que fabrican sus manos.

La multitud iba á lanzarse sobre el carrerón para arrebatarse á la joven su precioso tesoro, el costoso presente que su amor reservaba á sus hermanos; pero de pronto llegaron á su lado once cisnes, y rodeándola como para defenderla, agitaban constantemente sus grandes alas en torno de la fatal carreta.

La multitud retrocedió espantada.

—Eso debe ser una señal del cielo, empezaron á decir muchos: cuando los cisnes la defienden debe ser inocente. Pero, aunque así se espresaban, no lo hacian en alta voz: se hubieran guardado muy bien de ello.

El verdugo acubala de coger de la mano á la desventurada princesa para llevarla al lugar del suplicio, cuando instantáneamente echó las once cotas sobre los once cisnes, y como por encanto se vieron á su lado once príncipes vigorosos. El mas jóven de todos tenia un ala de cisne en vez de un brazo que le faltaba, y esto habia consistido en que la última cota no habia sido acabada, porque su hermana, á pesar de su celo, se habia visto imposibilitada de concluiría; pero una secreta voz le aconsejó que, aun así, arroja-se las cotas sobre sus once hermanos. Cuando los vió á su lado,

—¡Al fin puedo hablar! exclamó: ¡Gracias, Dios mio, que me permitís defender mi inocencia! ¡Si: oídlo todos; soy inocente, soy inocente!

La plebe toda, que habia presenciado el suceso, cayó de hinojos á los pies de Elfrida,

considerándola como una verdadera santa, mientras que ella, desfallecida, caía á su vez en los brazos de sus hermanos.

—Sí, es inocente, dijo el mayor.

Y contó á todo el mundo cuanto les habia sucedido. Mientras que hablaba, un suave y balsámico perfume, semejante al que exhalan las rosas, se difundió por todo el aire, y era que los leños que formaban el haz preparado para el suplicio habian echado raices, y de estas raices brotaban verdes y olorosas ramas cargadas de flores.

En vez de una espantosa hoguera, la gente no veia mas que un precioso y magnífico bosquecillo, todo cubierto de rosas con matices variados. En medio de este bosquecillo brillaba una flor blanca, radiante de hermosura; se asemejaba á una de esas estrellas que aparecen como brillantes en el manto de púrpura de la mañana.

El Rey se acercó á ella, y, cortándola de su tallo, la colocó en el seno de Elfrida.

Entonces la jóven, saliendo de su letargo, se despertó en medio de la mas dulce calma, de la mas pura felicidad, y todas las campa-

nas de las iglesias tocaron á gloria, y los pájaros cantaban con mayor ternura, y todo sonreía.

El Rey volvió á palacio con su esposa, contento y mas enamorado que nunca, y los once príncipes no se separaron mas de su corte, formando en lo sucesivo la guardia de honor de su querida hermana.

## XVIII.

Mientras esto pasaba; mientras que Elfrida alcanzaba el premio de su perseverancia y su amor fraternal, su cruel madrastra, acusada de brujá, perecia en una hoguera, que no se volvió bosque de rosas para ella, sino puerta del infierno, á donde fue á parar para que pagase sus enormes pecados.

FIN.



EN  
QUÉ CONSISTE LA DICHIA.

EN QUE CONSISTE LA DIGNA

LIBERTÉ (CIVIL ET POLITIQUE)

CHAPITRE I

DE LA LIBERTÉ CIVILE

La liberté civile est le droit de l'homme de faire tout ce qu'il veut, pourvu qu'il ne nuise à personne.

# EN QUÉ CONSISTE LA DICHA

JUQUETE CÓMICO EN VERSO

ORIGINAL

DE

E. BEDMAR.

*—MAGNET—*

MADRID: 1870.

Imprenta de M. Martínez.—Travesía de San Mateo,  
número 18, piso bajo.

LES QUE CONSISTE LA DENT

UNITE DENT 17.00

ET DE L'UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

UNITE DENT 17.00

## PERSONAS.

---

El Sr. Anton, de 58 años.

María, de 18.

Perico, de 20.

Don Blás, de 60.

---



---

## ACTO UNICO.

---

El teatro representa el portal de una casa en Madrid.—A la izquierda, el cajón de madera de una portería.—A la derecha una puerta que se supone dar á la escalera de la casa.— Junto á la portería una mesilla de zapatero, con dos sillas que ocupan el Sr. Anton y Perico, que aparecen trabajando.— Al alcance de los mismos, algunos útiles de zapatería, como hormas, tira-piés, martillo, etc., etcétera.— Al fondo, la puerta que dá á la calle.

### ESCENA PRIMERA.

EL SEÑOR ANTON Y PERICO.

ANTON.

Muchacho, si no rematas  
me vas á mí á rematar.

PERICO.

Poquito á poco, maestro,  
que yo sé ganarme el pan.



ASTOR.

¿Pusiste las medias nuevas?

PENICO.

Sí señor, y á este otro par  
le estoy echando un remiendo.

ASTOR.

Que salga curioso....

PENICO.

¡Vá....!

Ta sabe usted que no tengo  
mucho pesquis.... la verdad;  
pero tocante á las manos,  
aunque decirlo esté mal,  
no hay quien me tosa ....

ASTOR.

¿Limpiaste  
las botinas de Don Blas?

PENICO.

Lo mismo que un reberbero  
le he puesto....

ASTOR.

Bien está.

Vamos á ver; dí, qué opinas

de ese buen señor?

Pedro.

¿De cuál?

No veo á nadie..... *Mirando á todos lados.*

Antón.

Del vecino.

Pedro.

¿Con que del vecino... ? ¡ya!

¿De Don Blás....?

Antón.

Precisamente;  
el del cuarto principal.

Pedro.

¡Toma!..... que es un buen señor.....  
y que es bueno, y..... nada más.

Antón.

Si no dices más que eso.....

Pedro.

¡Toma, y que es muy liberal!

Antón.

¿Tú qué sabes?

PENICO.

Lo presumo.

ANTON.

Pues es neo.

PENICO.

¿Qué más da?

¿No es lo mismo?

ANTON.

No es lo mismo.

PENICO.

Pues yo pensé que era igual.  
Como no estoy destruido  
y una vez á Castelar  
le escuché decir que un neo  
era así..... y así..... y así,  
y que esto, y que lo otro.....  
En fin, no me sé explicar;  
pero como habla tan bien  
y uno no entiende en jamás  
lo que dice..... pues..... por eso.....

ANTON.

¡Eres lo más animal!.....

Pedro.

Pues por eso.... lo que dicen  
es que es muy rico.

Antón.

Verdad.

Y ese es mi tormento, y ese  
mi continuo cavilar.  
Yo, zapatero de viejo,  
y él con rentas y caudal.

Pedro.

¡Toma! ¡toma!..... ¿y eso qué?

Antón.

Que yo gano para pan  
escasamente, y él tiene  
más que yó, sin trabajar.

Pedro.

¡Pues haber nacido obispo!  
Yo no envidio á nadie....

Antón.

¡Ya!.....  
tú eres un alma de.... cántaro.

Pedro.

Yo, maestro, aunque esté mal

el decirlo, soy muy bruto.

ASTOS.

Es justicia.....

PERICO.

Pues, Don Blás,  
se me queda á mí en manillas  
en punto á felicidad.  
Tenga yo salud y trabajo,  
¿y qué importa lo demás?

ASTOS.

Perico, tú no lo entiendes.

PERICO.

Bien, Señor Anton, será  
lo que dice usted, y no *esente*  
lo que yo envidio es quizás  
una cosa de más precio  
que el más grande capital.

ASTOS.

¿Cuál?

PERICO.

La *labia*, que es lo mismo  
que el *poderse explotar*  
con *aquel*, y con *sentio*,  
y con..... ¡vamos! con..... con..... así.

¿Está ustè? ¡Si á Don Kmille  
le pudiera yo pescar  
el pico!..... pico de oro.....

ASTOR.

¿Qué harías con él?

PISCO.

¡Casi ná!  
¡Pues apenas!..... declararme  
á una jembra muy juncal  
que me está robando el alma.

ASTOR.

Ílea es otra necesidad.

PISCO.

(Si supiera que es su hija.....)  
¿Qué hiciera ustè en mi lugar?

ASTOR.

Yo, siendo el pico de oro  
la cosa más natural  
del mundo; lo empearía  
en el monte de Piedad.

PISCO.

¡Jesús! ¡qué cosas se oyen!

¡Ay!.... María viene acá.  
(*Viéndola salir de la portería.*)

ANTÓN.

¡Si yo tuviese dinero!

PERICO.

¡Si yo fuese Castelar!

## ESCENA II.

MARÍA, ANTON, PERICO.

MARÍA.

Padre, el almuerzo se enfria.

ANTÓN.

Al momento voy allá.

¿Qué tenemos, sopas?

MARÍA.

Sopas

como ayer, por variar.

(*Entra el Señor Anton por la portería.*)

## ESCENA III.

PERICO, MARÍA.

PERICO.

Oye, María....



MARIA.

Ya escuchas.

PENICO.

La ocasion la pinta calva;  
suave soy como una malva,  
más si me dá un arrechucho,  
soy capaz de..... no te asombre,  
pero..... en fin..... ¡cómo ha de ser!  
la mujer..... es la mujer,  
y el hombre..... siempre es el hombre.

MARIA.

Bien, ¿y qué?..... La introduccion  
no me parece muy clara.

PENICO.

Como tienes tú esa cara,  
y yo tengo corazon.....  
Pues..... ¡por eso! aunque no halla  
manera por donde empiece.....  
¿me explico ó no?..... Me parece  
que al cabo estás de la calle.

MARIA.

Como no diga usted más.....

(*Con afectacion.*)

¡Se me declara..... es buen chico,

y á falta de un novio rico....)  
Si habla usted á mis papás....

PERICO.

Con tus papás y el *usé*;  
me partes de parte á parte.

MANIA.

¡Ah! *per qué non posso odiarte.*  
(*Media cantando.*)

PERICO.

¡Reo digo yo!.... ¿*per qué*...?  
(*Con tono declamatorio.*)

Pero na hagamos el Bú,  
tratarme de *usé*, es bien triste;  
que hable á tus papás digiste:  
¿cuantos papás tienes tú?

MANIA.

No hallo huérfana de madre,  
y por no decir *acerto*,  
usé esa frase....

PERICO.

En *efecto*,  
le voy á hablar á tu padre.  
No sabré como empezar,  
yo en tales casos me achino....

Si me prestara su pico  
Don Emilio Castelar!...  
Yo á tu padre muy ufano  
le diria, lo primero:  
—Tengo el honor, caballero,  
de pedir su blanca mano.

MANIA.

Pues buen rostro te pondrá;  
permíteme que te arguya,  
su blanca mano, es la suya,  
y se trata de la mía.

PERICO.

Bien, es igual.

MANIA.

No es igual.

Hay un grave inconveniente  
para unirme,.... que al presente  
mi padre no tiene un real.

PERICO.

Se busca.....

MANIA.

No es cosa óbvia,  
cantidad considerable  
reclama el indispensable

equipo para una novia;  
vestidos y prendas varias,  
camisas que son precisas.....

PENICO.

¿Para casarse, camisas?  
no las creo necesarias.  
De toda ambicion agenos  
feliz conmigo serás.  
Dos tengo yo nada más  
y me sobra una lo menos.....

MARIA.

¿Pero que dirá la gente  
asi un ajuar no se me aprontia?..

PENICO.

¿Qué ha de decir?.... Anda, tonta,  
nos casamos civilmente

MARIA.

¡Eso sí que no!.... Primero  
soltera me quedaria.

PENICO.

Bien, muger, yo lo decía  
por abreviar.

MARIA.

Pues no quiero.

PERICO.

Don Emilio....

MARIA.

No me ablanda  
lo que diga....

PERICO.

Oye, y ucaso....

MARIA.

No me caso; ó si me caso,  
ha de ser como Dios manda.

PERICO.

Bien, corriente, así se hará.

MARIA.

Así se casó mi madre.  
Pero aquí viene mi padre;  
hablele usted á papá.

[Vase.]

#### ESCENA IV.

PERICO, EL SEÑOR ANTON.

PERICO.

Lo de papá, zapatero,

francamente, ya me carga;  
pero ya se vé .... la chica  
tiene un *aguel* y una gracia. ...  
(*Reparando en el señor Anton que entra muy  
preocupado.*)

¿Señor Anton, en qué piensa?

ANTON.

En qué he de pensar, en nada;  
en lo de siempre.

PABLO.

Hace mal  
con pe sar, poco adelanta.

ANTON.

¡Si yo tuviese dinero!  
Con poco me contentaba:  
con un par de mil reales.

PABLO.

¿Con dos mil reales?... ¡Caramba!  
¿y á eso le llaman sed poco?

ANTON.

Hombre, ya hay quien se los gasta  
diariamente.

PABLO.

Es imposible.

ANTON.

¿Que sabes tú? papanatua.

Penico.

Pues ya debe ser un Róschild  
quien tenga esa renta *díaria*  
*todas las días.*

ANTON.

Cien duros,  
no hay más, me redondeaban.  
Porque con las composturas  
y la obra nueva que salta,  
se va pasando y se come,  
y hasta se pagan las trampas;  
pero con cien duros; ¡vamos!  
¡la vuelta que yo me daba!  
Desquí á un año me *varies*,  
en distintas circunstancias.  
Invertía en materiales  
una parte; otra jugaba  
á la Bolsa, y otra á *réditos*  
con la módica ganancia  
de un real por cada duro  
en seguida dedicaba.  
Después casaba á la chica,  
y.... en fin, si se presentara  
ocasion, hasta yo mismo



me ponía la casaca.  
¿Qué tal Perico?....

PERICO.

¡Soberbio!  
Solo que..... el que mucho abarca  
poco aprieta.

ASTOR.

¡Eh! ¿tú que entiendes.....?

PERICO.

Pues mire usted, á mí me basta  
con tener *salú* y trabajo;  
yo no se decir palabras  
retumbantes como dice  
don Emilio, pero alcanza  
mi caletre á discurrir  
que la ambición es muy mala.  
En fin, pa que usted se entere,  
lo que había de ser mañana  
se lo digo hoy..... María  
me ha dado ya su palabra,  
y yo *acerto*..... porque viene  
con buen fin.....

ANTON.

Pues tiene gracia  
el ver como de un asunto

á otro en seguida te pasas,  
sin más preámbulos.....

Paxico.

¡Yo!  
soy así... me entro en la plaza  
como un *toro claro*... ¿A usted  
qué le parece?....

ANTON.

¿A mí?.... Nada.  
Tú eres pobre, pero honrado,  
y si quiero la muchacha.....

Paxico.

¡Ay! ¡señor Antoni al cuerpo  
me ha hecho usted volver el alma.  
Yo no sé como decirle  
que mi *aserto*,..... y que más aún  
en fin, yo soy un borrico  
y usted es mi padre.....

AARON.

Gracias.  
Don Blas baja la escalera.  
¡Quién tuviera su importancia  
y su dinero!....

D. BLAS.

Se despacha  
en un momento; aquí mismo.

ANTON.

Oye tú, Perico, anda  
allá dentro hasta que llame.

PERICO.

Voy corriendo.... (*Muy contento.*)

ANTON.

(¡No, caramba!  
que está allí la otra....) Escucha,  
trae dos leñas que hacen falta.  
Vé á la tienda de Gregorio.

PERICO.

Maestro, si esta mañana  
trage seis....

ANTON.

Eso no importa.

PERICO.

Vamos! quiere que me vaya;  
¿por qué será?....) Voy corriendo.

ANTON.

No me importa la tardanza. (*Vese Perico.*)

ESCRNA VI.

DON BLAS, EL SEÑOR ANTON.

ANTON.

Ya estamos solos, Don Blas.  
¿En qué le puedo servir?

D. BLAS.

Lo que le voy á decir  
le sorprenderá quizás.  
Quiero hacerle á usted un favor.

ANTON.

Es usted un caballero.

D. BLAS.

¿Usted no tendrá dinero....?

ANTON.

¡Ay! ¡No señor! ¡No señor!  
(En tono lastimero.)

D. BLAS.

Bien; yo tengo....

ANTON.

¡Ya lo sé!....

D. BLAS.

Y mi compasión se exalta:  
yo sé lo que la hace falta.

ANTON.

¡Jesús! ¡qué bueno es usted!....

D. BLAS.

No tanto!....

ANTON.

Hasta los umbriles  
venir de un pobre garito!....

¿Y qué es lo que yo necesito?....

Diga usted!.... (Transición.)

D. BLAS.

Dos mil reales,

ANTON.

¡Justo!.... ¡qué sabiduría!

¡No lo creo, y lo estoy viendo!

D. BLAS.

Hombre, lo está usted diciendo  
á todas horas del día ....

ANTON.

La verdad, es un decir

que nace de mis apuros.  
Yo era feliz con cien duros.

D. Blas.

Pues voy á hacerlo feliz.

*(Saca unos billetes.)*

Astos.

¿Pero es verdad?..... ¿No es un juego?

D. Blas.

No son de un sueño quimeras.....  
La cosa vá tan de veras,  
como que se los entrego.

*(Se los da.)*

Astos.

¿Y qué debo hacer?.....

D. Blas.

Gastarlos

dándoles buena inversión,  
y en cualquier negociacion  
que sea justa, duplicarlos.  
Ser activo, ser sagaz;  
la fortuna ante esto cede;  
pagármelos, si se puede,  
y si no se puede, en paz.

ANTON.

No me queda más que ver;  
permítame que me asombre.  
¡Don Blas, usted no es un hombre!

D. BLAS.

Entonces..... seré mujer.....

ANTON.

Nó señor, es usted un santo,  
y está de virtudes lleno.

D. BLAS.

Hombre, quizás seré bueno,  
pero no tanto, no tanto.  
En fin, usted es proyectista,  
y en no entregándose al ocio  
presumo que hará negocio.  
Me marchó, y..... hasta otra vista.

ANTON.

Dios lo premie.

D. BLAS.

No hay por qué

ANTON.

Soy su súbdito.....



D. BLAS.

¡Bobadaf

ANTON.

¡Generosa acción!

D. BLAS.

No es nada.

ANTON.

Que se deje ver.....

D. BLAS.

Si haré.

*(Vase por la puerta de la escotera.)*

# ESCENA VII.

EL SEÑOR ANTON.

Pues señor, si esto es un neo,

Dios le dé las bendiciones,

la cabal *salsé* y doblones,

*que yo para mí desmo.*

¡Caso más extraordinario!

¡Fortuna más impenenda!

Y viene como pedrada

en ojo de boticario.

¡Qué haré yo de un capital

que es base de mi fortuna?.....

¿Seré víctima de una  
enagucacion mental....?  
No señor, que estoy en mí.  
Billetes son, es dinero.

*(Revolviéndolos en las manos.)*

Y bien, ¿qué haré?..... Lo primero  
será mudarme de aquí.  
Me compraré mejor ropa,  
y estableceré una tienda.....  
Pero no, con la contienda  
que está pendiente en Europa,  
no es posible que en ganancia  
con mis proyectos comience.....  
Si vence Prusia.... ¿y si vence  
en vez de Prusia la Francia?....  
Yo no sé lo que es mejor,  
siempre fui republicano;  
más con dinero á la mano  
creo que soy conservador.  
¿Y el papel?.... No es mala traza:  
en los treses no hay revetes;  
Pero ¡quién si están los treses  
como está el papel de estrova.  
¿Qué haré?.... De pensar me apoco  
y armo tal algarabía....

*(Sale María.)*

— 33 —  
ESCENA VIII.

ANTON, MARÍA.

ANTON.

Vienes á punto, María,  
me estaba volviendo loco.

MARÍA.

Pues, ¿qué ocurre?...

ANTON.

¡Qué alegría  
te voy á dar!

MARÍA.

No me explíco...

ANTON.

Pues ocurre, que... ¡soy rico!  
¡que ya no soy remendón!

MARÍA.

¿El premio gordo quizás  
le cayó?... No se haga el sordo.

*(Después de una pausa en que no tiene con-  
testación.)*

ANTON.

No me cayó el premio gordo,  
pero me cayó Don Blas.

MARIA.

¡Pues vaya un premio!...

ANTON.

A fe mía,  
que es bueno.

MARIA.

No me hago cargo...  
¿Jugó usted?...

ANTON.

No... Y sin embargo,  
me cayó la lotería.

MARIA.

Esto ya de broma pasa;  
sin jugar...

ANTON.

Es mi secreto.  
Igual le pasó á un sugueto  
muy conocido... en su casa.

MARIA.

Va, pero...

ANTON.

¿Qué?... No hay más pero  
sino que, justos, cabales,  
tengo aquí dos mil reales.  
Este papel, es dinero.

*(Enseñándole los billetes.)*

MARIA.

¡Será posible?... ¡Gran Dios!

ANTON.

La duda me mortifica...

MARIA.

¡Conque usted es rico, y yo rica,  
y ricos somos los dos?

ANTON.

Algo al fin se puede hacer  
si la suerte lo consiente.  
Ricos, no, precisamente;  
pero lo podemos ser.

*(Pausa, en la que cada cual se muestra muy  
preocupado.)*

Juego á la Bolas, y duplico...

¡Pero y si pierdo?... Me agobia...  
(*Hablando consigo mismo.*)

MARIA.

¡Claro!... necesito un novio  
que tenga más que Perico.  
Con distinta posición  
se tiene distinto anhelo...

ANTON.

¡Que haya que coger de un pelo  
siendo calva, á la ocasión!

MARIA.

A la que tiene la buscan  
á través de las distancias.

ANTON.

Los deseos de ganancias  
en los negocios, ofuscan.  
Yo no sé que deba hacer ..

MARIA.

Yo lo voy á despedir  
Hay que ver el porvenir.

ANTON.

¡Qué cuidados dá el tener!  
(*Dirigiéndose á María*)

Dicen que el consejo es poco  
en la mujer, no hablo en broma;  
pero del que no lo toma  
se dice tambien que es loco.  
Yo tengo aquí un capital  
y de ti, consejo espero.  
¿Qué hago con él?

MARIA.

Lo primero  
a bonarnos al Real.

ASTON.

Al fin, metiste la pata.  
De darte juicio no hay forma.

MARIA.

Mi bello ideal, es Norma.

ASTON.

Si, y tambien la Traviata.  
El que con mujeres lidia...

MARIA.

Me compraré un traje claro.  
La Gertrudis y la Amparo  
se van á morir de envidia.



ANTON.

El dinero me dá afanes  
que me sacan de mi centro.  
Necesito irme allá dentro  
para fraguar bien mis planes.  
*(Entra en la portería.)*

ESCENA IX.

MARÍA SOLA Y LUEGO PERICO.

MARÍA.

En la casa que hay dinero  
entra la gracia de Dios.  
Pero... aquí llega Perico...  
Viene en bonita ocasión...

ESCENA X.

MARÍA, PERICO.

PERICO.

Dios te guarde...

MARÍA.

Buenos días.

*(Con frialdad.)*

PERICO.

Pase, así, como que no

estás muy contenta... ¿Tienes  
algun aquel?

MARIA.

Hombre, estoy,  
como estoy, sin más ni menos;  
y es mi respuesta mejor,  
que estoy como quien no tiene  
ganas de conversacion.

PERICO.

Me has dejado lazo, ehica.

MARIA.

Como estabas...

PERICO.

Es que yo...  
no te faltado, y si he faltado  
me arrepiento...

MARIA.

Aquí *inter nos*,  
le asbierto á usted caballero  
que un cambio de posición  
ha induido en mis destinos.

PERICO.

¿Caballero á mí?... ¡Por Dios!

que no esperaba ese trato.  
Tú no tienes corazón.

MANA.

Y usted no tiene un real.

PENCO.

¡Toma!... claro está que nó.  
Si lo tuviera, ¿estaría  
en España?... No señor.  
Me iría á la *Ingalaterra*;  
que allí el que tiene aflicción  
al trabajo, tiene un duro  
más fijamente que el sol  
que nos alumbra.

MANA.

Pues bien.  
Váyase usted á Albion.

PENCO.

¿Que al almidon yo me vaya?...  
¿Y pa qué?... No seas atroz.  
Mira chiquilla que tengo  
yo para tí mucho amor  
y mucho... pues... ya me enticades;  
sinó que no tengo el don  
de la palabra, y... por eso;  
como no soy orador.

como Don Emilio, ¿estamos?...  
Tengo ajustado un colchon  
en el Rastro; es un camero  
que... vamos, queriendo Dios  
que el cura por fin nos eche  
la sagrada bendiccion,  
ya tenemos el talámo  
que es lo principal.

MARIA.

¡Horror!

¡Se dice talámo!

PERO.

Bueno,

no es mi *civilization*  
como la tuya y pronuncio  
gazapos de dos en dos.  
Pero ya sale tu padre.

## ESCENA XI.

DICHOS Y EL SEÑOR ANTON.

Este sale muy preocupado y como si no reparara a  
quienes son las personas con quien habla.

ANTON.

¿Sabeis la cotización

¿que ha cerrado hoy la Bolsa?

MARIA.

¿Qué pregunta? (A Perico.)

PERICO.

Qué sé yo...

-Pero lo que creo que ha dicho  
es que la Constitución  
está en la Bolsa...

ANTON.

El papel

(Pasándose muy agitado, y como si no repa-  
rara en las circunstancias)  
desciendo de un modo atroz.

(Vase.)

## ESCENA XII.

MARIA, PERICO.

PERICO.

¿Oye, que tiene tu padre?  
Yo creo que el buen señor  
está almorzando, ¿qué ha sido?  
¿guardientes ó pelea?

MARIA.

Ni lo uno ni lo otro.

Usted calumnias al autor  
de mis días; mi papá  
está en otra situación  
de la que usted se figura.

PENICO.

¡Ah! ya;... es que tiene el dolor  
de muelas...

MARIA.

No, lo que tiene  
es dinero... Y... se acabó.  
Yo no puedo ser de usted  
porque nuestra posición  
respectiva no es igual,  
usted es pobre, y yo ná.

PENICO.

Me has partió...

MARIA.

Yo, lo siento,  
pero...

PENICO.

¡Vaya una pasión  
que me tenías!..

ESCENA XIII.

BIENOS Y EL SEÑOR ANTON.

ANTON.

La Francis,

acumbe al fin...

PERITO.

Señor,

su hija de usted es la Prusia  
y yo soy un *Mal-Mahon*.

ANTON.

Bajará el consolidado,

*(Sin hacerse cargo de las palabras de Perito.)*

también la deuda exterior.

¡Si yo encontrase talones!

PERITO.

Mire usted yo tengo dos...

ANTON.

Debo andar con pies de plomo

*(Sin verle.)*

¡echar un cálculo voy.

*(Entra otra vez en la portería.)*

ESCENA XIV.

MARIA Y PERICO.

PERICO.

¿Conque así dejas plantado  
en seco mi fino amor?..  
¡Fuese usted en palabras  
de mujeres!...

MARIA.

Vaya, adios...

(*Se entra en la portería.*)

ESCENA XV.

PERICO SOLO.

Se vá y me deja,... ¡ay de mí!  
la tengo más afición  
que á las sardinas los gatos.  
¿Y qué deberé hacer yo?..  
No lo sé... Dice que es rica...  
y yo pobre .. ¡pues mejor!  
Si soy pobre, estoy contento  
con lo que me ha dado Dios.  
Si yo tuviera más *pesquis*  
le hablaría, y á mi voz,  
puede ser que se ablandára,  
pero no soy orador...



Una idea se me ocurre,  
voy á hacer que Don Simón  
el memorialista, escriba  
una carta, y se la doy.  
Llevará pintado al fin  
un amante corazón,  
arrojando llamaradas  
en señal de fino amor.  
Lo atravesará una flecha  
y si no es bastante due,  
Verterá de roja sangre  
un tremendo chaparrón,  
y si á tal prueba resisto,  
entonces... todo acabó:  
me suicidio yo á mí mismo  
y concluye la función.

#### ESCENA XVI.

PERICO Y EL SEÑOR ANTON.

ANTON.

¿Cómo es que no trabajabas?

PERICO.

Estaba echando mis cuentas.

ANTON.

¿Y que tal te salen?

Panico.

Mal.

Antón.

Como á mí. Ya es mi cabeza  
una olla de grillos. Vengo  
á ver si se me despeja  
trabajando.

Panico.

Es lo mejor.

*(Ambos se sientan y se ponen á trabajar.)*  
¿Con qué pongo medias suelas  
á estos zapatos?

Antón.

Con unas  
*socinas de carreteras.*

Panico.

Maestro, ¿qué es lo que dices?

Antón.

Lo que digo.

Panico.

¿Buena es esa!

ANTON.

Le voy á echar un *suprésito*  
á estas zapatillas viejas.  
Dame ese *cupon*.

PERICO.

¿El qué?

ANTON.

Ese martillo; babieca.

PERICO.

Como no le dá usted el nombre  
con que se conoce...

ANTON.

¡Ea!

no estoy para trabajar...

[*Tira las zapatillas y se levanta llevando el  
martillo en la mano dá un paseo por la  
habitación, coge un pedazo de suela y vá  
á batirlo en la cabeza de Perico, cuando  
lo marque el diálogo.*]

PERICO.

Ha perdido la chabeta.

ANTON.

¿Queréxale los *donos*

á esas botinas...

PERICO.

[Priolera!]

Bonoe llama á los tacones...

ANTON.

Voy á batir esta suela.

[*Lo hace sobre la cabeza de Perico.*]

PERICO.

¡Maestro de los demonios,  
que le clavo á usted una lezna!

¡Por la piedra de batir  
ha tomado mi mollera!

ANTON.

*Billetes hipotecarios*  
es lo que más me interesa.

[*Fuerse á entrar en la portería.*]

#### ESCENA XVII.

PERICO.

Pues señor, se ha vuelto loco:  
yo voy á hacer que alguien venga.

[*Se dirige á la puerta de la escalera y grita.*]

¡Don Blas! Don Blas!.. Baje na d.  
Antes que me comprometa,  
bueno será hacer testigos.

ESCENA XVIII.

PERICO Y DON BLAS.

D. BLAS.

¿Que te ocurre? buena pieza...

PERICO.

¡A y Don Blas!.. que á mi maestro  
se le ha roto alguna rueda.

D. BLAS.

¡Val!.. No seas simple...

PERICO.

Qué simple  
ni que ocho cuartos, tan cierta  
tuviese la gloria ya  
como él está loco. ¡Apensal  
¡Pues si la suela ha querido

D. BLAS.

No es que esté loco; és que es rico.

Panico.

¿Cómo?

D. BLAS.

Ha tenido una herencia,  
y en fortuna un cambio súbito  
el juicio más sano altera.

Panico.

¡Ah!.. ya comprendo, María  
por eso mi amor desprecia.  
El amor de un hombre honrado  
y trabajador.

D. BLAS.

Espera.

Dice da siempre á cada uno  
la debida recompensa.

Panico.

Eso es haciéndolo á él rico  
por su ambición...

D. BLAS.

Ten paciencia,  
y los designios del cielo  
¡juzgar no te entrometas.

PENEC.

No, si yo no envidio á nadie,  
ni yo codicio riquezas;  
pero estoy enamorado  
de la chica como un bestia,  
y quiero ser su marido  
por supuesto, por la Iglesia.

D. BLAS.

Bien todo se arreglará.  
Yo me voy... Tu maestro llega.

#### ESCENA XVIII.

PENEC, DON BLAS, EL SEÑOR ANTON.

ANTON.

No se vaya usted, Don Blas.

Penec.

(¡Ojo! y no contrariarle,  
que está loco...)

(*A Don Blas aparte, y con mucho misterio,  
como privándole de cualquiera agre-  
sion.*)

ANTON.

Voy á hablarla  
como no le hablé jamás.

*(Don Blas le indica con sus ademanes que prosiga.)*

Entre el miserable equipo  
que hay de mi cofre en el fondo,  
veinte años hace que esconde  
con pena un duguérrectigo.  
Prenda es que bien se se coñje,  
que nada y que mucho vale...

PENICO.

(Mira usted por donde sale...

¡Está loco! ¿No lo dije?)

*(A Don Blas.)*

ANTON.

Aquí está... Verla me espanta,

*(Muestra á Don Blas un retrato pequeño.)*

y era el alma de mi ser.

Retrato es de mi mujer

ya difunta... ¡Era una santa!

Hoy á su recuerdo infiel,

y á vil codicia engeto,

barricada no sé que objeto



he tropezado con él.  
Y él, de un eco dulce al son,  
ha contenido mi juicio  
al borde del precipicio  
de una insensata ambición...

FRANCO.

(Pues no está loco de atar,  
se ha salvado en una tabla;  
habla casi como habla  
Don Emilio Castelar...)

ANTON.

Mi pobre mujer fué el norte  
que guió mi juventud.  
«Anton; trabajo y salud;  
lo demás nada te importa.»  
Ese era el santo consejo  
que aquella mujer me daba;  
en mi vejez me restaba  
mirarme en mi antiguo espejo.  
Me miré y me vi ruín;  
ha cesado mi ambición:  
iba á perder la razón  
y la recobro por fin.

D. BLAS.

¡Bien! ¡Muy bien! No era un indicio

falso el que á mí me guiaba,  
cuando siempre aseguraba  
que tenía usted buen juicio;  
y excelente corazón,  
que hay hechos que lo evidencian.

ANTON.

Quiero que todos presencien  
esta determinacion.  
[María]

MARIA.

Voy...

*Desde adentro y sale en seguida.*

ANTON.

Ven aquí.

ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA, BENICO, ANTON, Y DON BLAS.

ANTON.

Una leccion darte quiero.

A Don Blas doy el dinero  
que del niemo recibí. (Lo saca.)  
Zapatero oy y he sido,  
á este mi esarto me traje,  
y aunque con algun trabajo  
tranquilo hasta aqui he vivido,  
Un momento de riqueza  
he podido disfrutar,  
y de tanto exilar  
iba á perder la cabera.  
Bueque negocios y tratos  
quien tenga para ello nervio,  
y el que no, cumpla el proverbio:  
«Zapatero á tus zapatos.»

DON BLAS.

Nunca un nível podrá haber  
en las medias de adquirir;  
solo en nacer y en morir  
iguales podemos ser.  
A los un bienes sobrados,  
los llaman felices séres;  
la que gacen en placentas  
quizás piden en cuidados.  
Siempre esta máxima forme  
una regla universal.  
«Es justo que cada cual

con su suerte se conforme.»  
Tú, Perico, de tu suerte  
nunca hiciese un juicio amargo,

Perico.

No señor...

D. BLAS.

Pues yo me encargo  
en premio, de establecerte.

Perico.

Muchas gracias.

D. BLAS.

Como en muestra  
de que fío en tí, de lleno,  
te pondré una tienda...

Perico.

Bueno,  
de quién será la muestra?

D. BLAS.

¿La muestra?... Dios dirá.  
La buscas... Cosa es corriente.

PÉRIKO.

Nó señor, que está presente.

ANYÓN.

Ea cierto; presente está.

*(Coge á María de la mano y se la entrega á  
Péricko.)*

PÉRIKO.

Vamos, María, abre el pico,  
y dí qué es más de tu agrado,  
¿marido pobre, y honrado,  
y amante, ó marido rico?

MARÍA.

Ra tu contra nada arguyo,  
fuera hacerla en mi desdoro:  
porque es el mayor tesoro  
un corazón como el tuyo.

PÉRIKO.

Con esa constatación  
en mí la ventura arraiga...  
¡Si yo fuera!...

D. BLAS.

No lo traigas  
otra vez á colación.  
Cárate de esa demencia,  
que sin causa en tí nació;  
y para Dios no te la dió,  
no codicies la elocuencia.  
En las cosas terrenales  
del bien no ostriya el arcano;  
ni aún los dedos de una mano  
pueden todos ser iguales.  
Por un designio profundo  
de inmensa sabiduría,  
cada cuál su garra quita  
y puesta ocupa en el mundo.  
Y para ser venturosos  
cuanto en él se pueda ser...

PERICO, ANTON Y MARIA.

Qué haremos?...

D. BLAS.

Obedecer  
estos consejos preciosos.  
—No abatirse en la desdicha.

llevar la edad por lema:  
y está resuelto el problema.  
«EN QUÉ CONSISTE LA DICHA.»

**Cae el telón.**

---

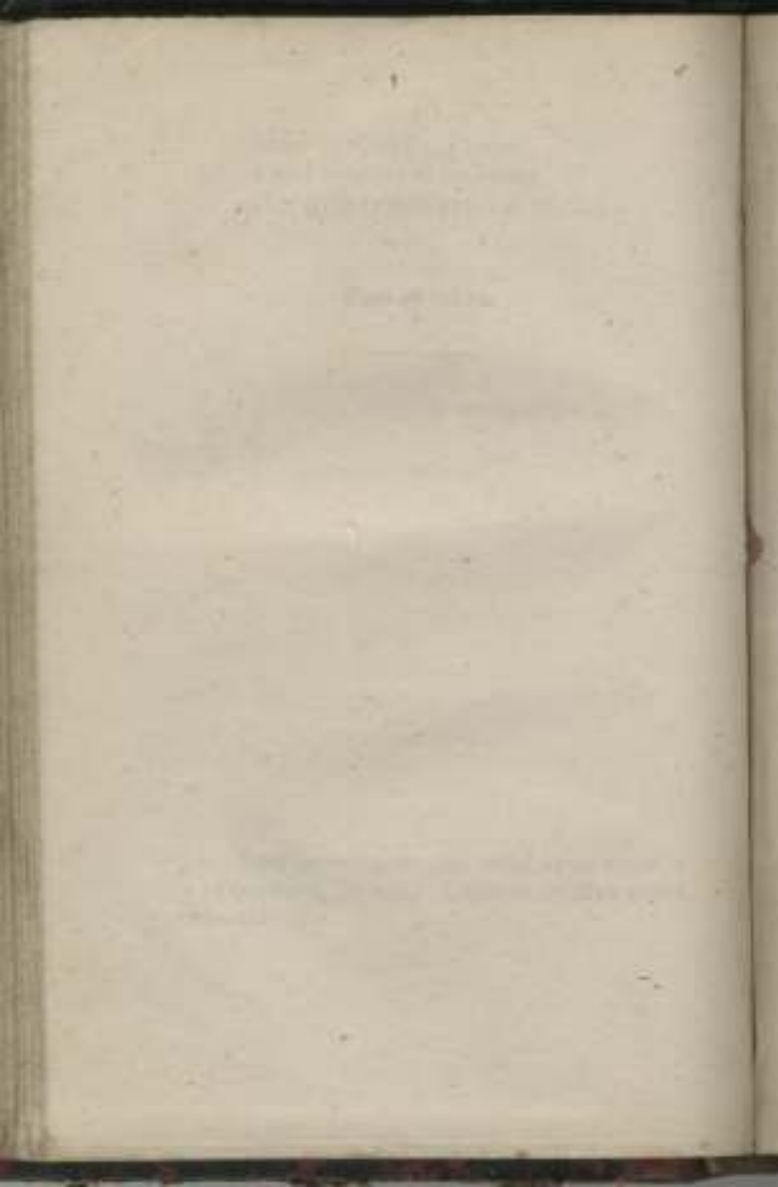
NOTA. Esta comedia es propiedad de su autor, y  
sin su permiso, en ningún teatro público podrá  
representarse.

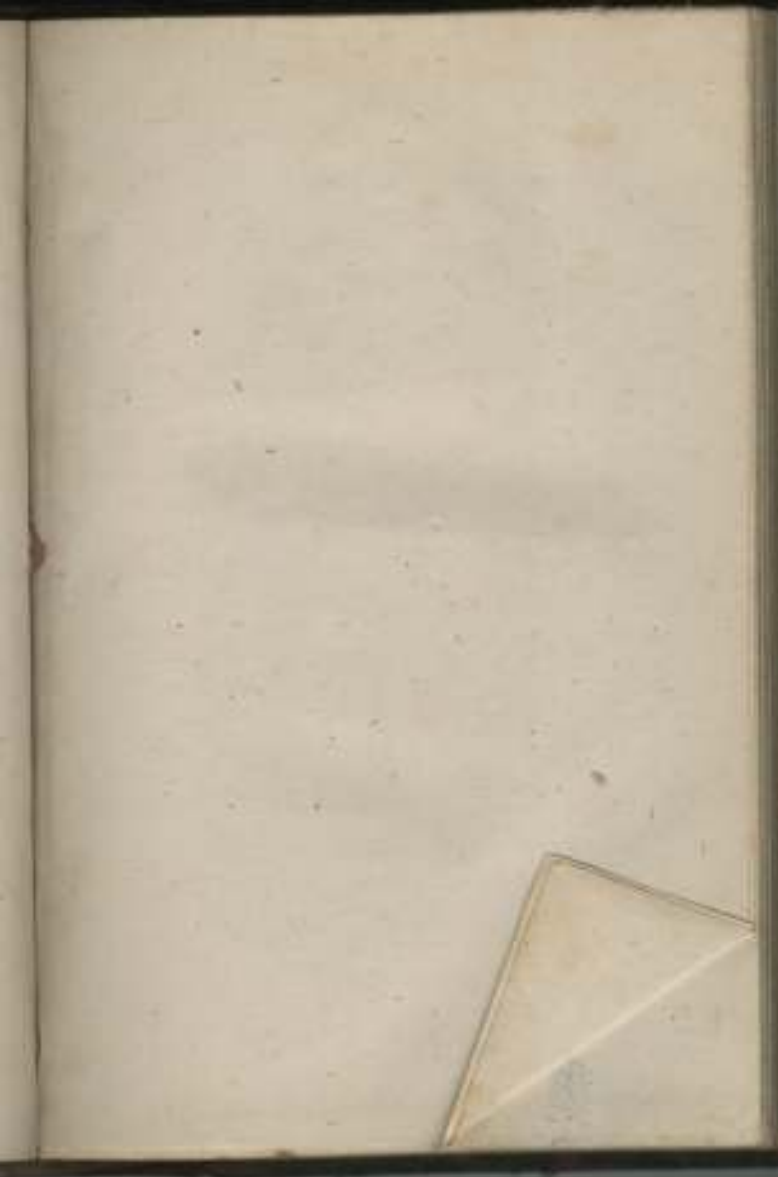
THE  
JOURNAL OF THE  
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE  
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

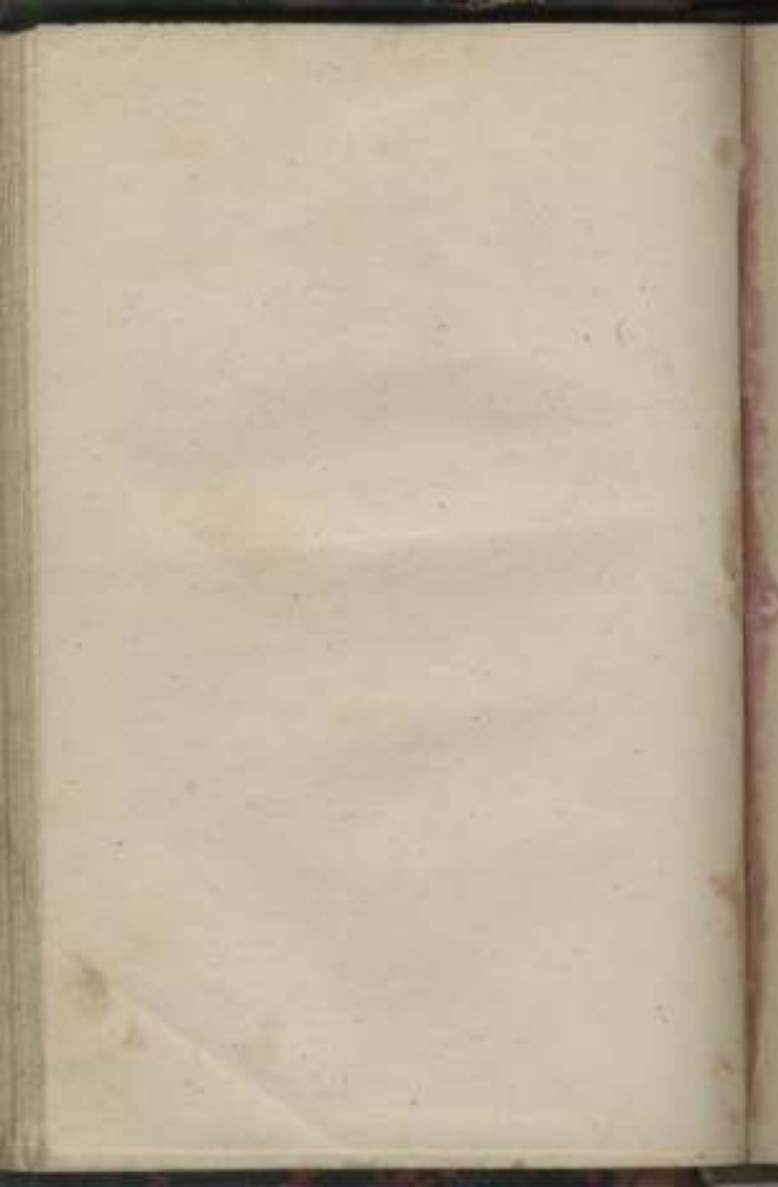
Vol. 11

1901  
PUBLISHED BY THE  
EDUCATIONAL SOCIETY  
15, BEDFORD SQUARE, LONDON, W.C.1









# LA MALDICION DE PEDRA



por J. M. de la Cruz



[Maldito] [Maldito]

# LA MALDICION PATERNA,

sucedido narrado

FOR

FERNAN CABALLERO.

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE A. MORENO,

Calle de San Lucas, núm. 6,

—  
4870

LA MATHÉMATIQUE PATRIMONIALE

LA MATHÉMATIQUE PATRIMONIALE

LA MATHÉMATIQUE PATRIMONIALE

LA MATHÉMATIQUE PATRIMONIALE

---

## LA MALDICION PATERNA.

---

Vamos á referir un hecho cierto sin nombrar el lugar en que sucedió ni las personas á quienes acaeció, trasladando el hecho á otro punto y dando otros nombres á las personas que en él actúan.

Lo que nos mueve á darle publicidad, es el considerar el poco ó ningún aprecio que se hace y la solemnidad que ha perdido hoy día, tanto la bendicion como la maldicion paternas. Verdad es que no puede esto extrañarse en vista de la influencia que necesariamente deben ejercer en el espíritu de un siglo en el que la indiferencia religiosa de los gobiernos y asambleas gubernativas (que son los tutores de los pueblos), han permitido á los hombres de talento predicar la aduición de la familia, negar la Divinidad del Reden-



tor y ensañarse descaradamente contra su Iglesia de la que dice el sabio Augusto Nicolás que es: «Dios reconocido y servido por la humanidad, siendo la revolución la humanidad emancipada de Dios, revolucionada contra Dios, atacando á Dios.»

Y no obstante se ven y se tocan los efectos de la maldición paterna, y mas generalmente en el pueblo, lo uno porque siendo este mas enérgico y menos contenido que las clases cultas la lanza siempre que la cree merecida; lo otro porque el pueblo es franco, y cuenta y deja contar lo que le acontece, y con mas razon si en los sucesos reconoce la inmediata intervencion divina, para que sirvan de leccion ó de escarmiento.

La hermosa y robusta *fé* del pueblo español, — y quien dice *fé* dice religiosidad, porque sin *fé* no puede haber ninguna clase de religiosidad ni tan poco sentido común, — respeta y tiene en tanto el poder de una maldición ó anatema dimanada de la autoridad espiritual, que unida á su sentido poético, lo estienda hasta sobre lo inanimado. De esto hemos traído una prueba en el prefacio de la coleccion de cuentos y poesías populares, en el siguiente relato:

«En la iglesia de un pueblo fué robado un vaso sagrado; fulminado el terrible anatema de la igle-

sta contra el sacrilego criminal y sobre el encubridor que retuviese en su poder el santo objeto sustraído, el anatematizado reo en su angustia, escondió el furto en el hueco de un olivo. Tan luego este perdió su sávia, su lozanía y se secó; y cortado que fué se halló en su concavidad el vaso robado. Demos por sentado, añadíamos en dicho prefacio, que el olivo se secó por la casualidad; no motejemos por eso, sino envidiemos al pueblo que cree sin cortapisas esa fuerza ó inocencia de su fé voluntaria y no exigida, que cree al olivo encubridor secado por el terrible anatema de la iglesia, y no ridiculicemos con acre é impio sarcasmo esta superabundancia de fé; si se arroga el escéptico é impio espíritu del siglo presente el derecho de condenar las sencillas, con-dor-sas y fervientes creencias de pasadas épocas se hará el Herodes de los inocentes.

En la provincia de Córdoba, á seis leguas de la capital, á orillas del río Guadajoxilla se halla el pueble de Castro. Por ser privilegio concedido por el rey Alfonso XI en Ecija año 1351 mandó el soberano que tanase nombre *Castro el Leal* por los que fueren en dicho lugar de Castro guardaron muy bien la verdadera lealtad é servicio de los reyes en de ya venga é el mio Señorío.—Ignoramos si algun dia usó el honroso pri-

villegio concedido á su nombre añadiéndole por epíteto el de la mas noble de las virtudes, pues es la lealtad estrella fija y brillante en el cielo de las virtudes; pero en cuanto á hoy se denomina con el distintivo material é insignificante de *Castro del Rio*.—

En 1565 compró D. Alonso Fernandez de Córdoba, primer marqués de Zelada, al rey D. Felipe II el pueblo de Castro en ciento y tantos millones de maravedises.—Estaba este magnate casado con doña Catalina Fernandez de Córdoba tercera marquesa de Priego y XIX señora de Aguilar.

Los habitantes de Castro que querian permanecer realengos, llevaron muy á mal esta venta. Desde últimos del siglo XVII se halla unido el marquesado de Priego á la casa de Medinaceli, en cuya época sostuvo el pueblo grandes pleitos con el duque de este título solicitando la reversión á la corona.

Hasta aquí la historia que no es de nuestra incumbencia, pero cuyos hechos hemos presentado para que se puedan comprender el origen de las tradiciones y cosas que vamos á referir, pues lo antedicho explicará una frase muy conocida y usada por los vecinos de los pueblos colindantes de Castro que para mortificarlos les dirigen en

dicha. Al nacer ella se murió su madre y fué criada á *troguitos* (1). Pero despues murió su padre que era un infeliz, un pan perdido, de resultas del manteo que le dieron cuando se supo que el muy *sin vergonzon* por una libra de tocino que le aprometieron dijo: *viva el duque mi señor*.

—Y merecido que lo tuvo, observó su interlocutora con indignacion.

—No digo que no, prosiguió la otra; pero el desdichado estaba muerto de hambre, y el hambre tiene mala cara; y asina me pienso que en aquel trance diria para su chaleco: la vergüenza pasa y el tocino queda en casa, que asina piensan mas de cuatro encumbrados.

—Pues le acaeció al revés, que el tocino se lo comió y la vergüenza en cuanto le quedó de vida, no se la pudo quitar.

—Pero cuando murió el padre, ¿no recogió el tio Prisco á los dos hijos que dejó que lo eran de su hermana?

—Sí, los recogió el tio Prisco que está *rodeadito* (2) y no necesita trabajar, pero que es el mas discolo y *desamoretado* del pueblo, con un génio

(1). Vando á la criatura huérfana el pecho todas las que en el pueblo están criando.

(2). Tener algunos bienes.

de Barcabás, que por todo se *encubrita* como petro cerril y parte como banderilla de fuego. Les ha dado á los sobrinas mas biel que pan; y ahora para que nada le falte á la pobre Rafaela, le ha caído soldado su hermano que es una prenda.

—Verdad es, esas voces tienē (1), dijo la vecina. Cuando muchacho le tomó el señor cura de monaguillo, y como le vió á la par tan humildito y *pienlilla* y se enteró que sabia las letras, aunque no las juntaba, le enseñó la *legenda* y la *pluma*, y salió muy aventajado, por lo que dijo su mercé cuando supo que le habia tocado la suerte, que poco habia de tardar en salir á sargento y en hacerse *sugeto*.

—Lo que no quita que el tío esté hecho un veneno porque le va á faltar el jornal que entraba en su casa, pues el sobrino es un trabajador de los de punta; y con eso tenia á los sobrinos siempre *con sed de dientes* (2), sin hacerse cargo de que, *la mano es menester de que coma*.—La pobre Rafaela que es un jardín de virtudes, con tantas tribulaciones, se ha puesto tan delgada que parece está estudiando para tabique. Yo la he dicho que para huír del *bracono* de su tío, se meta á servir.

---

(1) Voces, fama.

(2) Hambre.

que yo la llevaré en casa de mis amas á Córdoba que son unas usías legítimas de antaño, y no de esas medias tintas del día que gastan *mucho papel y poco tabaco*. Aquella casa es una casa de bendición en que como en la de San Basilio, todos son santos hasta el aguador, y en la que es tal la caridad, que resucita á los muertos.

—¿Y qué dice ella?

—Ella desea ir; pero su primo Matias que la quiere, no la consiente; por mas que hace ella por convencerlo, él se *retrunca* y se está en sus trece.

—¿Qué! ¿La habla Matias? exclamó la interlocutora.

—Ellos lo niegan por miedo del padre, que si lo supiese se pondría hecho un toro de fuego; pero no me se ha escapado á mí.

—Vaya mujer que tienes punzones en los ojos que todo lo penetran; bien dice el refrán: «no lo que vé la suegra, sino la vecina que todo lo escudriña». —Paréceme que ella hace malamente en someterse de aquesta manera á Matias que es tan espino majoleta como su padre; á mí no me atan tan corto que corto la soga.

—Y qué quieres, si ella es un pan de rosas, y cada uno vive con su genjo, repuso la otra. A Matias le quise aconsejar por su bien de ambos; pero

se *retrepó* y me dijo volviéndome las espaldas: el que no tiene calentura no necesita médico.

Expuestas quedan en el referido diálogo, los antecedentes de la muchacha que pocos años después se hallaba sirviendo, querida y atendida de sus señoras, en una de las principales casas de Córdoba.

De cuando en cuando la venia á ver su protectora la mujer del guarda de campo de sus señoras, y siempre acompañada de Matias que seguía queriendo á Rafaela, como quiere el campesino, cuyo primer amor se entreteje en su existencia de manera de no poderse separar el amor y la existencia; es este amor como un árbol arraigado en el terreno que le es propio; bien podrá el tiempo ajarle sus flores (¿qué amor carece de flores?), pero no puede ser trasplantado; su tronco es inmovible, sus raíces indesprendibles—este es el amor que la Iglesia consagra y bendice.—

El tío Prisco, cuyo génio malo y despótico le hacian contrario á toda voluntad ajena, á toda cosa que no fuese dispuesta por él, habia rabiado por haber salido soldado su sobrino, habia rabiado por haberse ido á servir á Córdoba su sobrina que le era muy útil en su casa y mas que por todo rabiaba por los amores de su hijo con esta, de lo que se habia enterado.



Teniendo Matias un génio tan violento como el de su padre, nada le habia dicho este á su hijo sobre el particular, aguardando la ocasion propicia para hacerlo de un modo solemne y terminante.

La mujer del guarda patrocinatora de esos amores, decia en su enérgico lenguaje á su vecina: ambos, padre é hijo callan porque saben que dan duro con duro, y saben que ninguno ha de cesar, y procuran no encontrarse en la vereda.

De esta suerte pasó tiempo; entonces por medio del cura pidió Matias á su padre licencia para casarse, licencia que le fué negada de la manera mas terminante, y si no lo fué con ira, é insulto fué debido al respeto que inspiraba la persona intermedia.

Viendo la obstinacion de su padre y conociendo que esta seria inmutable, se decidió Matias á dejar pasar algun tiempo, y entonces acogerse á las leyes eclesiásticas y civiles, las que para evitar mayores males, pasado el plazo señalado por la ley, conceden al hijo que es mayor de edad, el tomar estado sin este requisito cuando razon de valia no se oponga.

Bafaela que no habia sentido ni inspirado mas amores que el de su hermano,—que habia marchado con su regimiento á la Habana, y el de su



primo Matias, queria á este con ternura, y con esta y la suavidad de su carácter sabia templar los violentos arranques de su genio; por lo cual la mujer del guarda solia decirle: «Matias, si no fuese por Rafaela que es tu buen angel, tan bravo y fiero eras tu como tu padre.»

Rafaela entretanto habia ido empleando su salario en reunir su ajuar con la satisfaccion que se siente en poseer y disfrutar los bienes adquiridos con el propio honrado trabajo;—pero antes que en lo agradable habia pensado Rafaela en lo útil.—No se habia comprado vestidos ni pañuelos de espuma sin que habia convertido sus salarios en el ruidoso alfiler, amado ruiñeñor de nuestras maritornes culinarias, el que compaña en brillo con el velon; este con sus cuatro piqueras que miraban á los cuatro puntos cardinales, parecia en amor y compaña de los periódicos, esparcir sus luces sobre las cuatro partes del mundo.—La caldera para colar la ropa, y las planchas para alizarla esas indispensables auxiliares del aseo; algunas tazas, platos, ollas y cazuelas, estaban colocados con grande orden en primer término delante de una cama con su buen colchon, sábanas y vistosa colcha que era el nostoso regalo de novia de su buena señora. Sus señoritas habian ofrecido á Rafaela regalarle el ves-

tido de novia de *luneta*, lo que la habia alborozado, pero no usó la condicion que para dárselo habian puesto, y era que al recibirlo habia de decir: *Viva el duque mi señor*, — á esto se resistia orripilada.

Un día que las señoritas volvian de haber ido á las tiendas, enseñaron á Rafaela una gran cantidad de muestras de lindas telas, para que escogiese la que mas le agradase. Terrible fué para la pobre muchacha, á la que tanta falta hacía aquel vestido; — pero no sucumbió á la tentacion, y siguió negándose, no diremos obstinadamente, sino digna y valerosamente, pues recordaba el baldon y desgracia que sufrió en parecidas circunstancias, su pobre padre.

Entonces la señora compadecida dijo á sus hijas:

«No insistais que la haceis sufrir inútilmente; contentaos con que diga ¡Viva Don Alonso de Aguilar!»

Los lectores recordarán que Don Alonso Fernandez de Córdoba señor de Aguilar, que lo compró al rey Alonso XI fué el primer dueño y señor de Castro.

A decir esto no tuvo Rafaela reparo, ignorando los antecedentes y prorumpió en un sincero ¡viva Don Alonso de Aguilar! por lo cual se encontró feliz poseedora de su vestido de novia.

Háse dicho que las paredes tienen oídos, y se debía añadir que tienen bocas para repetir lo que oyen.—Aunque en la anterior descrita escena no había presentes sino Rafaela y las señoras de la casa, las paredes á pesar de su aparente formalidad hubieron de repetir lo ocurrido, con la malicia de aplicar el viva de Rafaela al duque su señor.—Sabido es que nada corre mas que una mala noticia, á no ser una calumnia, y bajo estas dos agilidades llegó tan luego á Castro del Rio la voz de que Rafaela, por tal que la regalasen un vestido, habia gritado el ominoso viva.

Pocos dias despues vino á verla la mujer del guarda acompañada como siempre de Matias; pero la cara de este que tenia siempre, segun la expresion popular, *fuño*, en esta ocasion estaba tan adusta y sombría, que la pobre Rafaela pasando en un instante de la mas franca alegría á la mas viva inquietud, le preguntó azorada:

—Matias ¿qué traes?

—Seis leguas andadas, respondió con aspereza el interrogado.

—No es eso lo que te encapota Matias; algo traes oculto por dentro.

—Pues sábele que vengo á decirte que ya no me caso.

La pobre huérfana que tan inesperadamente

vió quebrarse el solo lazo de cariño que le unía á sus semejantes, puso ambas manos sobre su corazón que le pareció iba á quebrarse, y cayó ahogada por sus sollozos sobre una silla.

—Mira tú, le dijo la mujer del guarda, mira tú que el muy papanatas ha *don creído* á las habladurías del lugar que dicen que por un vestido has dicho tú: *Viva el duque mi señor*.

—¡Es mentira, es muchísima mentira, mentira tan descarada como el sol de junio! repuso indignada y poniéndose de pié la acusada.

—Ya lo decía yo, exclamó con aire de triunfo la mujer del guarda dirigiéndose á Matias;—pero este permanecía mudo y desconfiado.

Entonces la pobre muchacha corrió bañada en lágrimas á suplicar á su bondadosa señora que viniese á atestiguar el que no habia pronunciado la deshonrosa frase.

La autoridad de aquella noble y respetable señora era tal, tan autorizado su fallo, que Matias que lo que deseaba era ser convencido, lo estuvo desde el momento que esta señora le aseguró que Rafaela no habia dicho *viva el duque mi señor* y si solo viva Don Alonso de Aguilar.

Pero á veces, y como haciendo paréntesis en las dulces expansiones de la reconciliación Matias preguntaba con algun recelo: pero Rafaela

¿pero tú á qué santo dijiste: viva Don Alonso de Agilar? ¿No ves, contestaba ella, que este nombre dijo la señora que es tan buena para que se contentasen las señoritas, como hubiera dicho Periquillo, Sarmiento ó Juan de las Viñas?

Poco tiempo despues á pesar de la oposicion de su padre, que era mas violenta desde que habia hallado en lo que se dijo de Rafaela una razon en qué fundar su oposicion, se casaron Rafaela y Matias y se establecieron en Castro.

Años pasaron, pero no pudieron extinguir ni aun mitigar el injusto, amargo y profundo resentimiento que abrigaba el iracundo y obstinado viejo hácia su hijo y su sobrina. A pesar de ser aquel un cumplido hombre de bien y ella un derecho de esposas y de madres, no hablaba de ellos sino para infamarlos. Esto lo sabia Matias que, á su vez, y á pesar de las cristianas reflexiones de su buena mujer, abrigaba hondo resentimiento hácia su padre.

La muerte de su madre, baldada hacia años, habia traído á Matias á la casa paterna en la que desabridamente fué recibido por el tio Prieco; esto, y en aquellos momentos acabó de exasperar á su hijo que iba allí á cumplir un deber sagrado y como si lo que ya habia hecho no satisfaciese al discolo y rencoroso anciano, apenas

salio el cadáver de la casa, concluidas las ceremonias y cumplidas que son de uso, el padre se encoró con el hijo, y le intimó que saliese, añadiendo con rudeza y altivez la órden de no volver á pisar su casa.

—El cuidado será mio, repuso irritado el hijo, que me sobra vergüenza para no presentarme donde á mi y á mi mujer sin motivo ni razon se nos infama y envilece.

—¿Sin razon dices? exclamó el padre con violenta explosion de coraje: ¿sin razon dices tú que te has casado contra la voluntad de tu padre, tunante?

—Señor repuso, pálido el rostro, encendidos los ojos Matias, tenga su merced en cuenta que si soy hijo, soy tambien hombre, y hombre cuya honra no ha de dejar maneillar ni aun á su padre.

—¡Honra! ¿pues acaso la tienes? repuso con recalcada expresion de desprecio el padre.

—¡Señor!... gritó Matias exasperado; cuenta con lo que habláis que sanan cuchilladas, pero no malas palabras.

—Envilecido, sin vergüenza, ¿acaso no sabes que el que á los suyos trae la lepra les enferma y no sana, y te has casado á sabiendas con una mujer, que lo propio que su padre ha perdido la honra?

Al oír estas últimas palabras, Matias lívido de furor, fuera de sí, se abalanzó al anciano, y su crispada mano cayó sobre el rostro de su padre, que se bamboleó al empuje que recibió, y cayendo sobre la silla en que había estado sentado exclamó con voz ahogada y estridente:

—¡Maldito! ¡maldito! has puesto la mano en el rostro de tu padre; permita Dios que no vuelvas á ver mas donde la pones!

Al llegar Matias á su casa, dijo á su mujer que sentía un vehemente dolor en el ojo izquierdo, dolor que se le fué aumentando al par que su angustia; al sentir, cuando llegó el médico que fueron á requerir, que Matias estaba ciego.

Habian pasado años cuando tuvo que ir á Castro del Río un pariente de las señoras en cuya casa habia servido Rafaela, y estas llenas de bondadoso interés le encargaron que viese á su antigua criada y les trajese noticias de ella.

Llegado que hubo preguntó al dueño del meson por ella y por su casa.

—Y muy buena y propia que la tienen aqui á la vuelta, contestó el interrogado. Esas gentes están muy bien *arropaditas*. A la mujer se le marió un hermano que tenia *aguax* allá (1) que

(1) América.



desde soldado habia ascendido á oficial y que le dejó sus ahorros con los que compraron unas hazas de tierra y la casa que viven descansaditos, sin deber nada á nadie sino su alma á Dios; tan bien están que se han llevado á su padre de él consigo.

—¿Cómo ha sido eso? preguntó el forastero; mis primas creían que estaban refidos por haberse casado Matias contra la voluntad de su padre.

—Así fué por muchos años; pero el tío Prisco enfermó, se puso perlático y aunque era mas bravo y amargo que la retama, y malo de *esto que corre*, añadió señalando una de las venas de su brazo, que quien dice la verdad ni peca ni miente, la enfermedad y el desamparo lo amansaron, y ya es un sol puesto.

El cura habló á Rafaela que es la *paz de Dios*; esta habló á su marido y fueron ambos á ver al padre y se lo trajeron á su casa en la que lo cuidan y miman á cual mas.

El caballero siguió la direccion que le habian dado y entró en una casa que aunque pobre tenia buenas proporciones y en la que reinaba gran aseo y orden.

Rafaela que lo reconoció por haberlo visto en casa de sus señoras, salió alegre y obsequiosa á



su encuentro y lo introdujo en la habitación común. Allí vió sentado con semblante sereno y apacible á un hombre como de cuarenta años al que Rafaela dijo llena de júbilo: Matias, aquí está el primo de mis amas que le han encargado de verme y llevarles noticias de mí ¡mira que bondad tan buena!

El interpelado volvió su sereno rostro hácia la puerta dando cortesmente la bien venida al recién entrado, el que entonces pudo notar que el marido de Rafaela estaba ciego, lo que le llevó á hacer un gesto de sorpresa.

Rafaela que lo notó, le dijo:

—Si señor, mi pobre Matias ha perdido la vista! no se le conoce mucho por tener sus ojos sanos y abiertos; pero, ¡ay señor! son dos pesetas falsas.

En este momento entró en el aposento sostenido por una linda niña de diez años un agobiado anciano cuyos movimientos entrababa la parálisis.

Al dar sus pasos, el ciego se puso de pié, y Rafaela se apresuró en arrimar un toseo pero cómodo sillón de aseo, en el que ayudada de la niña hizo sentar al anciano.

—Pero, preguntó á Matias el forastero, no ha consultado V. para su curacion á algun hábil facultativo?

—En muchas ocasiones, señor, para obedecer á mi padre, y dar gusto á Rafaela, contestó el interrogado, pero todos los médicos *de continuo* han dicho que mi ceguera no tiene remedio, y yo me he alegrado.

—¡Alegrado! exclamó el forastero.

—Si señor, porque mi ceguera es el dedo de Dios, es un castigo, y *azina* mientras mas sufro y expio mi culpa mas se aligera el pesar y arrepentimiento que me inspira y se aumenta en mi alma la esperanza del perdon que pido.

—Y yo, añadió el anciano en el que la enfermedad y los años habian amansado su genio indómito, llevo, sino con placer, con resignacion, mis crueles padeceres, que son tambien un castigo; pues no es el que comete la culpa el solo culpable, que lo es tambien el que á la culpa provoca.—Ambos, señor, fuimos culpables; á ambos nos ha castigado visiblemente Dios; ambos sufrimos resignados su justicia, y ambos arrepentidos esperamos de su misericordia el perdon que le pedimos.



En las filas llegó á alcanzar la graduacion de comandante y como de teniente se habia casado y el empleo de capitán le encontró ya con dos hijos, hembra y varón, de comandante no quiso aguardar mas y pidió su retiro para aquella ciudad donde pasaba los últimos años de su existencia sobre la tierra en compañía de Ramona su mujer, que era una bendita de Dios, y de su hija Carolina que era una esperanza para el cielo segun su bondad y sus virtudes.

Doña Ramona se pasaba el día batallando con la criada por cuestiones del puchero, la sisa y el novio; dando vueltas á la despensa y el ropero; cuidando de que toda en la casa estuviese á punto y charlando con las amigas de confianza sobre el mal servicio del día, ó sobre la mejor manera de conservar los jamones y aderezar las aceitunas.

En cambio Carolina cosía y planchaba la ropa de uso, se adornaba algun vestido, y despues de arreglar algun plato favorito de pipá, que doña Ramona llamaba golosinas, peinada y florida se estacionaba en el balcon desde donde solia ver pasar mas de una vez á Manolo, que era un buen muchacho que le rondaba la calle mirándola al soslayo y atusándose las puntas de su nascente bigote.

Papá tenía un genio de todos los diablos, mientras que á su mujer y su hija no se les antojaba echar por los ojos alguna lagrimita, porque si esto sucedía D. Domingo se ponía más suave que un guante y todo se le volvía hacerles mimos y carantoñas. Pero generalmente D. Domingo lo quería todo á punta de lanza y hubiese dado cualquier cosa buena por acostumbrar á su familia á recibir la orden y estar siempre á la orden: comía á una hora fija, á una hora fija se levantaba y acostaba, y á una hora fija salía y volvía de paseo, que indispensablemente hacía con tres ó cuatro amigos de corbatín alto, sombrero antiguo y levita semi azul en uno de cuyos ojales se veía ajado pero orgulloso algún lazo de cinta roja ó amarilla y roja.

Fuera de algunas controversias caseras, la familia de D. Domingo, que con el retiro y la renta de un campo heredado vivía desahogadamente, no tenía mas ansiedad que la de recibir las cartas de Pepe, que era como si dijéramos el mayorazgo de casa y que estaba ausente de guarnición en Madrid.

Porque Pepe era también militar, pero militar con bastante mas suerte que su padre, porque á pesar de ser todavía cuasi un recluta como este decía, ya las mangas de su levita estaban todo lo

estrelladas que podían estar. Verdad es, que el niño bastante mas listo que papá se había ya pronunciado cuatro veces.

Y no solamente era Pepe todo esto; era además un calavera de tomo y lomo, un autojudio de primera, amigo de bromas y jaleos y aficionado además á ver venir los pies á la sota, á estirar la oreja á Jorge.

Per esto sin duda no bastaba á Pepe su paga de capitán y la pobre doña Ramona tenía que hacer alguna que otra visita á las oficinas del Giro mútuo para satisfacer ciertas recetas que el sastre ó el zapatero acreditaban del niño.

No sé por qué, pero es lo cierto que los señoritos del día tan rumbones, tan elegantes y gastadores, cuasi siempre tienen sus nombres entre las tijeras y las lesnas: si yo fuera del oficio protestaría en nombre de la clase que así se posterga al fondista y al casino.

Mas volviendo á nuestro cuento, quede sentado que Pepe era un gastador, un calavera, un ingrato que en vez de comprar díges á su hermana siempre le iba recortando los vestidos que necesariamente habían de salir de los ahorros de mamá.

Alguna que otra vez el llamante capitán, pensando en esto, solia sentir cierto hormigueo en la conciencia: pero esto duraba poco, porque

pronto *hacía conciencia* y la cuenta de que Carolina era el ama de su casa mientras él dormía sobre pergaminos disfrazados de colchones y cuasi siempre con el oído atento á la corneta.

Me preguntais qué es eso de *hacer conciencia* y en verdad que aun no os he explicado lo que significa ese raro invento de la fraseología moderna; hacer conciencia, como crear atmósfera y otras frases por el estilo nada significan si se atiende rigurosamente á la palabra, porque ni la conciencia es cosa que se puede hacer, ni la atmósfera crear; pero estas frases tienen una gran significacion si se atiende á la malicia que encierran, si se observa que ellas son la mas refinada hipocresia de la mentira. Hacer conciencia es dar entrada en el corazon á la mentira y escondarse con ella de los remordimientos que siempre llevan consigo las malas acciones, de las acusaciones que la sociedad puede dirigirnos.

Fulanito es empleado y saca de su empleo una tercera parte mas de sueldo del que figura en la nómina: gajes del oficio, dicen los que lo saben, y el que los toma *hace conciencia*, es decir, á fuerza de sutilezas se convence de que aquello es lícito y se queda tan tranquilo y con la mejor buena fé del mundo demandaria de calumnia al que pusiese en duda su buena fé de empleado.

Zutanito es apoderado general del duque tal atento solo á sus caprichos, enemigo de cuentas ni regaleos: pues Zutanito, que tiene siempre presente aquello de *que administrador que administra y enfermo que se enjuaga algo traga*, compra á su poderdante el caballo de mil duros que le ha encargado; y como se lo ha encargado de mil duros, le pone en la cuenta los veinte mil reales, por mas que cumpliendo con su deber lo haya sacado por doce mil reales; pero este Zutanito ha hecho conciencia, se ha dicho que la voluntad del amo era de mil duros, y se ha soplado como un señor los ocho mil reales de la diferencia que segun su conciencia son suyos, puesto que á no regatear el caballo no hubiese costado menos de mil duros.

Todos estos procedimientos, todas estas admirables sutilezas de la mentira no tienen mas que un ligero inconveniente y este inconveniente es que no somos eternos, que no podemos engañar á Dios como acaso engañamos á las gentes, como nosotros mismos queremos engañarnos.

Conque quedamos en que Pepe era un calaveron y de seguir por tal camino seguramente habia de dar un gran disgusto á los que bien le querian.

Y no se lo causaba pequeño á doña Ramona



con no aseribirle ya hacía muchos días cuando en uno despues de anohecido y á punto de que la familia estaba rezando el rosario (porque la familia de D. Domingo era muy cristiana) se oyeron fuertes aldabonazos á la puerta y á poco un gran golpe como si se hubiese descargado un fardo sobre ella.

La bruta de la criada abrió sin preguntar quien era y presto prorumpió en terribles gritos diciendo: un hombre muerto.

Don Domingo oyendo tales gritos descolgó con sin igual presteza su alfanje de otros tiempos y arrebatando el velon de manos de la doméstica que estaba mas muerta que viva, se avalanzó á la escalera seguido de su mujer y su hija.

En el último tramo un nuevo grito, un grito de espanto, de horrible angustia resonó en la casa: los padres y la hija se precipitaron sobre el cuerpo inerte de el hombre que había caído en la entrada.

Aquel hombre era Pepe, era el hijo querido, el hermano idolatrado.



La casa de D. Domingo antes tan tranquila, estaba completamente cambiada: el buen retirado

con una cara feroz, paseaba sala arriba sala abajo con las manos crispadas y mordiéndose el aspero bigote; doña Ramona lloraba en un rincón y Carolina iba de su padre á su madre, de su madre á su padre mostrando en su rostro angelical las huellas de ardientes lágrimas y la angustia que sin duda embargaba su buen corazón.

—Y no hay mas remedio—decía D. Domingo retorciéndose las manos—ya lo tenía yo pronosticado. O deja que la deshonra caiga sobre nosotros, que mi nombre figure en los registros del presidio, ó lo vendo todo, hasta mi espada, y tras tantos años de sacrificios entrego á mi hija á la miseria.

—Por Dios papá—dijo Carolina—no se acuerde V. de mí, salvele V. que yo luego trabajaré para Vds. y él será un hombre de bien.

—¡Hombre de bien él! el árbol torcido ya no le endereza ni aun el hacha del podador. ¡Oh, si no fuera hijo mío!...

—Domingo, Domingo, vuelve en tí—se atrevió á decir entre sollozos doña Ramona.

—No hables tú, tus mimos y tus condescendencias son quizás el origen de su desgracia y de nuestra desgracia.

La pobre doña Ramona al peso de aquella terrible acusación lanzada por D. Domingo en un mo-

mento de arrebató, bajó al suelo los ojos de los que se desprendieron nuevas y abundantes lágrimas.

Luego, como si D. Domingo se hubiese arrepentido de aquella puñalada que había dirigido al corazón de la madre, exclamó: ¡cuánto tarda ese hombre!

Y como si el sujeto á que aludía hubiese escuchado sus últimas palabras se oyó llamar á la puerta de la casa.

—El es—murmuró D. Domingo—marchaos fuera, dejadme solo con él.

Las señoras se dispusieron á salir de la habitación, mas antes de que lo verificasen Carolina se arrojó á su padre y estrechándole entre sus brazos, le dió un beso en la frente: el anciano miró á su hija, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas hasta perderse en su blanco bigote.

El león estaba vencido; el padre triunfaba del hombre, y madre é hija le dejaron solo levantando los ojos al cielo, en el momento en que se abría la puerta del recibimiento para dar paso á un vejete gordísimos por el cual no parecían pasar los años sino llenos de satisfacciones.

—¿Qué ocurre D. Domingo? ¿qué diablos le pasa á V. que tiene esa cara de pocos amigos?

—Nada amigo mío, contrariedades de la vida.

—dijo D. Domingo procurando disimular su mal estar y ofreciendo una silla á D. Roque el gordinflon—nada mas que una necesidad urgente que me ocurre y de la que creo que V. me pueda sacar.

—Diga V. amigo mío, que como yo pueda ya sabe V. que he estado y estoy siempre dispuesto á ello.

—Por eso mismo recurro á V.

—Al caso pues.

—El caso es—añadió el retirado—que para antes de tres dias necesito cuarenta mil reales.

—¡Cuarenta mil reales!—exclamó D. Roque levantándose como si se hubiese clavado un alfiler—cuarenta mil reales en estos tiempos, son como la conquista de Constantinopla para el emperador de Rusia.

—Pues no hay mas—repitió el retirado—necesito cuarenta mil reales, y como no tengo en mi casa mas de cuarenta ducos espero que V. me proporcione aquella cantidad.

—Imposible—dijo D. Roque—yo no tengo ese dinero, ya sabe V. que mi fortuna no pasa de ser una medianía y aunque con toda mi alma quisiera servir á V...

Don Domingo se puso rojo de vergüenza al oír estas palabras, pero haciendo un violento esfuerzo replicó:

—Hipotecaré á V. mi campo.

—Ya ve V., D. Domingo, que aunque pudiera, su campo no vale mas de veinte mil reales.

—Empeñaré á V. mi paga.

—Sin embargo, crea V. D. Domingo que yo no puedo reunir ese dinero y ...

—Satisfaré á V. los intereses que guste—añadió el viejo militar con voz ronca.

—Ya sabe V. amigo mio que no soy usurero, que jamás pongo precio á mis favores y que la moral nos prohibe la usura.

—Con que no puede V. hacerme este gran servicio?—dijo D. Domingo, medio desvanecido á su interlocutor.

—Yo quiero hacérselo, saya si quiero, pero le repito que no dispongo de metálico; si V. pudiera negociar el trigo que tengo en el almacén... ya vé V. que comprendo su urgencia y deseo serle útil.

—Pero ese trigo...

—Es de lo mejor que puede sacarse al mercado.

Don Domingo reflexionó un momento: la idea de verse convertido en un corredor de granos, cosa de que no entendia, le asustaba; pero á grandes necesidades grandes sacrificios, y el retirado exclamó por fin.

—Está bien, negociaré ese trigo.

—Pero cuanto mas amigos mas claros—añadió D. Roque en cuyos ojos se adivinaban los deseos de su merquino corazón—ese trigo lo conservaba yo para venderlo al subido precio que es de esperar.

—¿Y bien?

—Que no tengo otro remedio que contarlo a V. al precio que sin duda ha de tener: ya ve V. *la-ero cesante*...

—Lo abonaré al precio que guste.

—Y á mas, como no somos eternos, V. me otorgará una escriturita, nada mas que por llenar formalidades.

—Estoy á la disposición de V. y solo desearia que me allanase todos los inconvenientes...

—Mañana mismo tendrá abierto mi almacén.

—No sé cómo agradecerle...

—Yo soy así, por hacer un favor á un amigo...

Y diciendo esto, D. Roque se levantó repitiendo largos y nuevos ofrecimientos á D. Domingo.

Apenas salió aquel de la habitación, doña Ramona apareció en ella demostrando en su rostro la ansiedad de su alma.

Don Domingo al verla la dijo:

—Haced llamar á vuestro hijo.

Este apareció al punto con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Yo está V. servido caballero—exclamó su padre al verle—el desfalco que V. ha hecho en la caja del regimiento será cubierto pasado mañana a costa de mi honra y de la miseria de su madre y de su hermana.

—Padre!—se atrevió a decir el capitán, que él y no otro era el que había llegado á su casa produciendo tal consternación.

—Yo no soy padre de V., soy un hombre que lleva el mismo apellido y no quiere verle deshonrado públicamente—gritó con áspera voz el retirado—parta V. ahora mismo, que inmediatamente recibirá V. ese dinero; pero procure V. no tocarlo, pues si lo hace le quemará las manos.

Y D. Domingo señaló al capitán la puerta con tal autoridad que el capitán se retiró por ella sin atreverse á pronunciar ni una palabra mas.

Don Domingo se había visto negro para darle salida al trigo de D. Roque, bastante averiado; pero en queriendo vender no hay como bajar el precio.

La operación costaba al retirado mas de un ciento por ciento de interés; solo de este modo hacia D. Roque sus obras de caridad.

Pero D. Roque tenía una conciencia admira-



ble, ¡cómo que la había fabricado para su uso particular!

Se nos olvidaba decir que el trigo volvió al almacén del usurero, porque sus dependientes habían recibido de él la orden para comprar sobre barato. No hay duda, la conciencia de D. Roque era mas elástica que la goma.

Mas dejando por ahora á este *interesante* personaje, diremos en dos palabras que Pepe, el mismo Pepito, que era cajero de su regimiento, había tenido la debilidad de jugarse cuarenta mil reales de la caja y que antes de pegarse un tiro, panacea universal de los pícaros de levita, había recurrido á sus padres.

Al llegar á su casa y presintiendo el hondo disgusto que en ella iba á causar, le abandonaron las pocas fuerzas que le quedaban, pues en cuatro dias solo se había mantenido de los remordimientos que producen todas las malas acciones, y cayó al suelo desvanecido produciendo el austo mayésimo de la criada y la alarma consiguiente en la familia.

Desde aquel dia todo varió en casa de D. Domingo: este hablaba menos y reñia mas sin que le contuviesen las lágrimas de su esposa ni los primores que su hija le presentaba con mas empeño que nunca: doña Ramona había establecido



la mas rigurosa economía y ya no conservaba jamones ni aderezaba aceitunas, la pobre señora no hacia mas que llorar y la bondadosa Carolina mas que consolarla: el balcon se habia cerrado herméticamente para esta por lo cual estaba desesperado el morabete que le rondaba la calle; las plantas se habian secado en las macetas y hasta el pobre canario ya no cantaba tan alegre como antes cuando Carolina le hacia el dúo.

Tan triste situacion venia á empeorarse con el silencio cuasi absoluto de Pepe que se habia dicho: yo debo ser odioso á mis padres, mis cartas deben servirles de disgusto, escribiré pocas para evitárselo. Este desgraciado, causa del mal estar de su familia, *hacia conciencia* en esta forma para evitarse los remordimientos.

Y así pasaron los dias, y así pasaron los meses, aumentándose gradualmente el mal humor de D. Domingo y las lágrimas de doña Ramona, pues veian acercarse el plazo fatal señalado en la escritura para devolver su dinero á D. Boque.

Quince dias escasos faltaban, cuando una mañana se presentó D. Boque en casa de D. Domingo, y éste, al verle, no pudo menos de exclamar:

—¿Viene V. por su dinero?

—No, amigo mío; aún faltan quince dias, y el trato es trato.

—No dude V. que cumpliré como quien soy, pues dentro de quince días le entregaré mi campo y yo mismo iré á que el Habilitado le asegure la mitad de mi paga.

—¿Conque, es decir, D. Domingo, que no podrá V. pagarme por completo?

—Desgraciadamente, esa es la verdad —dijo don Domingo limpiando el sudor frio que humedecía su frente.

—¿Y qué—preguntó D. Roque—cree V. que comercio yo con los infortunios de un amigo? Cree V. que he de apremiarle hasta reducirle á la miseria?

Al oir D. Domingo estas consoladoras palabras en boca de D. Roque, no pudo menos de mirarle con profunda sorpresa.

—Ni mas ni menos, amigo mio—continuó don Roque—ya sabe V. que soy hombre de conciencia, y no habia de faltar á ella para apurarle siendo mi amigo.

¿Qué pretendiera este hombre?—se dijo D. Domingo, añadiendo en alta voz á D. Roque:

—Crea V. que no sé cómo agradecerle..... pero debo advertirle que es inútil esperar, puesto que no contando mas que con el campo y mi escaso sueldo, no teniendo esperanzas ni de heredar ni de que me caiga la lotería, su sacrificio de usted

seria infructuoso, y dentro de tres, cuatro ó cinco meses, nos encontraríamos la misma; estoy dispuesto: lo que haya de ser, que sea.

—Vamos, D. Domingo; no hablemos de tal cosa, no he venido á eso, sino á otro asunto mucho mas agradable para mí.

—V. dirá—dijo receloso D. Domingo.

—Antes de empezar, fumemos—añadió don Roque sacando una magnífica petaca y ofreciendo un riquísimo habano á D. Domingo.

—Gracias, no fumo—dijo éste.

—¿No fuma V.? ¡Pues si antes no se lo caía el cigarro de la boca!

—Pues bien, ahora no fumo; me he convencido que la nicotina me daña el pulmon.

Esta era tal vez la única mentira que D. Domingo habia echado hacia muchos años; el pobre señor hasta de fumar se habia privado, por ver si á fuerza de economías lograba el imposible de satisfacer su deuda.

—Sea, pues,—dijo D. Roque encendiendo un cigarro, y continuó, lanzando al techo de la habitación la primera bocanada de humo,—ya sabe V. amigo mío que cuento con algunos bienes de fortuna, que vivo con desahogo y que todavía no puede decirse de mí que soy un viejo *pelele*.

—Efectivamente,—replicó caviloso D. Domi-

go;—apenas si ha cumplido V. los sesenta, y bien pudiera decirse que es V. el dueño de la Hacienda mas saneada de esta ciudad.

—Pues bien; á todo eso debe añadirse que soy soltero, libre como el viento, pero precisamente me voy cansando de esta libertad, y deseo casarme.

—No me parece mal la idea—dijo secamente D. Domingo.

—¡Aja!—exclamó D. Roque—¿con que no le parece á V. mal?

—¡Encuentra V. una mujer de su edad próximamente y que sepa dirigir una casa...

—¡Cómo de mi edad! canario, para viejos bastantes hay en casa; yo necesito una mujer joven, entendida, formal.

—¿Pero no piensa V. que esto tiene sus inconvenientes? ¿que es difícil que encuentre V. lo que busca?

—¿Con que difícil, eh? pues le aseguro que ya la he encontrado.

—¿De veras?

—Y tan de veras, como que el objeto de mi visita no es otro que el de pedir á V. la mano de su hija Carolina...

D. Domingo no dejó concluir á D. Roque al oírle pronunciar el nombre de su hija, se irguió con

sin igual prestera, y encarándose con su interior con ademán terrible, le dijo:

—¿Quién ha dicho á V. que yo sea capaz de venderle mi hija? Ahora comprendo el móvil de su generosidad y su desprendimiento. V. ha venido á insultar mi desgracia, y en cuanto le deje satisfecha mi deuda....

—Calma, calma D. Domingo, no se amontone V. tan sin motivo, porque ¿quién ha dicho á V. que yo trate de comprarle su hija?

—De qué otro modo podría V. pretender....

—¿De qué otro modo? queriéndome ella.

D. Domingo al oír esto, y á pesar de lo grave de la situación, soltó una estrepitosa carcajada.

—Ría V. cuanto quiera—añadió D. Roque—ría V. cuanto quiera; pero es lo cierto que Carolina está conforme en casarse conmigo, y que solo de V. depende....

—Carolina, Carolina,—gritó furioso D. Domingo—ahora verá V....

Carolina apareció en aquel momento pálida, con los ojos fijos en el suelo y sin atreverse á dar un paso adelante, como si supiese de lo que se trataba.

—Carolina, hija mía, este hombre pretende casarse contigo, y lleva su audacia hasta suponer que tú estás conforme en ello.

Es cierto, padre mío —murmuró Carolina.

D. Domingo miraba á D. Roque y á su hija con ojos extraviados, como si fuese presa de un ensueño: de pronto se acercó á su hija, la levantó carífosamente la cabeza, la miró con detencion y como si la luz de aquellos ojos dulcísimos hubiese iluminado su entendimiento, abrió los brazos y estrechando en ellos á su hija, depositó uno y cien besos sobre su casta frente.

Padre é hija se habian comprendido: la grandeza del sacrificio los tenia unidos en estrechísimo abrazo.

D. Roque en tanto, que no era capaz de comprender ni jota de aquello que él llamaba zalamerías se frotaba las manos *haciendo conciencia* y considerándose ya poseedor de aquella joya.



D. Domingo habia aplazado á D. Roque la respuesta á sus pretensiones, y dias y dias pasaban sin que D. Roque obtuviese tal respuesta.

Los padres de Carolina, que sin dudar se habian sacrificado por su hijo, no podian en manera alguna decidirse á consentir en el sacrificio voluntario de su hija.

D. Domingo habia variado por completo, su

carácter ha poco tan seco, tan áspero, era dulce y cariñoso cuando estaba en presencia de su hija á quien consideraba como un ángel.

Repetidas veces, cogiéndole la mano y acercándola hacia sí, trataba de convencerla de la enormidad de su sacrificio, de la indiferencia conque vería la pérdida de todos sus bienes si ella se conservaba soltera á su lado—contigo—decía,—contigo hija mia no necesito yo nada en el mundo: cederemos á D. Roque el campo y la mitad de mi sueldo, con la otra mitad nos sostendremos sea donde quiera, en una casa humilde, con mala mesa, pero satisfechos con la voluntad de Dios, y El tendrá misericordia de nosotros y me concederá la dicha de verte contenta y feliz.—Cede en tu empeño hija mia, tu padre no quiere verte desgraciada siquiera tu desgracia nos traiga todas las riquezas de la tierra.

Pero Carolina, fuerte en su decision, dispuesta al sacrificio, horrorizada á la sola idea de que sus padres pudieran padecer hambre y desnudez, se fingia tranquila, y acariciando á su padre, y dando mil y mil besos á su madre que lloraba sin cesar, les decía con la sonrisa en los labios:—Vaya, no crean Vds. que hago ningún género de sacrificio, hace tiempo que me entiendo con D. Roque y el favor que hizo á Vds. primero, y luego



sus bondades para conmigo y el respetuoso cariño que me profesa, me han interesado, y si verdaderamente no me caso enamorada, bien puedo decir que no seré infeliz á su lado: decidanse ustedes como yo me he decidido, y denle una respuesta favorable, respuesta que espera con tanta ansia.

Estas escenas se repetian una y otra vez; mas Carolina que todas las noches podia de rodillas á la Virgen que le diese fuerzas para salvar á sus padres del terrible conflicto que les amenazaba, se mostraba cada vez mas decidida, y por fin don Roque obtuvo la favorable respuesta que tanto deseaba.

Los preparativos de la boda principiaron. Don Roque se excedia á sí mismo en agasajos y regalos á la novia: se habia remozado de tal modo, que no parecia el mismo, y ¡pasmaos, hijos míos! hasta habia abandonado sus negocios y dejado de perseguir á muchos deudores morosos. D. Roque estaba que no cabia en sí de satisfaccion; se decia que era una obra de caridad casarse con aquella chica, y en verdad que si era tal caridad, necesariamente la caridad tenia muy buen gusto, pues dada á D. Roque por mujer la criatura mas angelical de aquella tierra.

Ya sabeis sin embargo, que D. Roque para todo hacia conciencia á medida de su paladar.



Entretanto, el día de la boda se acercaba, y ¡cosa extraña! conforme se iba acercando el día Carolina se iba poniendo mas pálida y ojerosa, como si las noches las pasase en los mas crueles insomnios; pero conforme iba poniéndose mas pálida, Carolina sonreía mas á su padre y á su madre; en verdad, que Carolina era un ángel, y su corona de desposada la corona del martirio: pero sin pena no hay gloria, ni verdadero amor sin sacrificio.

En familia se trató de avisar á Pepe para que asistiese á la solemnidad que iba á verificarse; pero D. Domingo se puso tan furioso al oír su nombre, produjo en él tal impresion la idea de que el verdugo asistiese al sacrificio de la víctima, tanto se exasperó, que la misma Carolina desistió de tal empeño, limitándose á escribir á su hermano una cariñosa carta participándole la resolución que habia adoptado.

La hora suprema habia llegado: el sacerdote esperaba á los novios en la iglesia, y D. Roque no cabia en sí de gozo. Carolina hizo el último esfuerzo, llegó al altar, y pronunció con débil voz el sí que la unia á D. Roque con lazo indisoluble; mas al concluir la misa, cuando Carolina se volvía para estrechar á sus padres, advirtió, tras de una de las columnas del templo, un pobre joven

que la miraba con ánsia indefinible, con verdadera compasion; aquel jóven era el mismo que, en tiempos mas felices rondaba la calle á Carolina, y que, sin duda poseido de un verdadero amor, iba á recoger por si mismo lo que tal vez él llamaba su primer desencanto.

Carolina al verle apresuró mas el paso y fué á esconder el rostro en el regazo de su madre.

La comitiva salió al fin de la iglesia; pero no aquel jóven, que hincado de rodillas ante una imagen de la Virgen, rezaba con gran devocion. ¿Qué pediria á Nuestra Señora? no lo sé; solo se le oyó murmurar al levantarse estas palabras: «madre mia, protegeme y protegedia.»

Y bien que lo necesitaba Carolina, porque si la vista de aquel jóven le habia causado una impresion dolorosa, otras mas y mas dolorosas le aguardaban.

Concluida la comida de boda, D. Domingo, que habia estado triste toda ella, quiso abrir el correo y enterarse, sin duda por distraerse, de la altura en que estaban los negocios públicos. Desdobló el primer periódico que se le vino á mano, caló sobre su nariz los anteojos, y cuando apenas hacia algunos momentos que estaba leyendo, se alzó de pronto rígido como un cadáver, volvió á caer desplomado sobre la silla, volvió á levanta-

tarse por un supremo esfuerzo, y dando una vuel-  
ta sobre sí mismo cayó como un tronco sobre el  
suelo, sin que nadie, ni aun su hija pudiera evi-  
tarlo.

Cuando los médicos acudieron á los gritos y  
clamores de aquella familia desolada, D. Domingo  
estaba muerto: había perecido víctima de una  
apoplejía fulminante.

Uno de los amigos que se quedaron á velar su  
cadáver, cogiendo el mismo periódico que D. Do-  
mingo había abierto, leyó lo siguiente: *El capi-  
tán de infantería D. José... hijo de un honrado  
veterano retirado en..... ha sido dado de baja en  
el escalafón del ejército por graves faltas cometi-  
das en el servicio.*



Por mas que D. Roque quisiera pasados algu-  
nos dias, hacer conciencia para él y su mujer,  
pretendiendo que Carolina había llorado ya bas-  
tante la muerte de su padre, la pobre niña, que  
no sabía sino sentir mas y mas cada vez la falta  
del autor de sus dias, que no podía darse cuenta  
de cómo el sentimiento se mide por horas, reti-  
rada al lado de su madre, de su pobre madre que,  
para mayor desventura se había quedado ciega

de tanto llorar, no quería ver á nadie, apenas si hablaba á su marido, y, abrazada continuamente á doña Ramona, pasaba los días y las noches llorando la muerte de su padre y rogando á Dios por él.

Pero andando el tiempo, D. Roque se incomodó de veras, y Carolina al verle de tal modo, cesó de llorar aunque no de rezar, salió de su habitación, y empezó á ser la señora de la casa.

Carolina no era ya ni su sombra: ¡había sufrido tanto! Pero si su rostro estaba descompuesta por el dolor, si su corazón resistía apenas las amarguras que le devoraban, su alma fortalecida por la fé, la sostenía contra todos los pesares y contra todos sus dolorosos recuerdos.

Sus padecimientos debían ser grandes todavía.

Pasado algun tiempo, D. Roque volvió á ser el hombre que era, el miserable negociante con las lágrimas del prójimo; el usurero hipócrita sin mas Dios que el dinero; sin corazón mas que para su negocio.

Poco á poco, fué regateando á Carolina aun lo mas preciso para sus pocas atenciones; poco á poco fué dejando entrever á la pobre niña que doña Ramona su madre, era para él una carga

muy pesada, y que, si bien estaba dispuesto á no dejarla morir de hambre, de ningun modo queria que siguiese habitando su casa.

Carolina al oir esto, no creyó deber hacer este último sacrificio por aquel hombre, y sostuvo la causa de su madre con toda la decision de una buena hija, de lo cual se originó la más grave desazon que hasta entonces habia surgido en aquel desigual matrimonio.

D. Roque amenazó, y Carolina resistió: mas como la educacion de D. Roque era menos que mediana, al verse de tal modo contrariado, arrojó sobre el rostro de aquella infeliz la terrible acusacion de que se habia casado, no con él, sino con su dinero.

Ofendida en su dignidad de mujer, herida en su amor filial, Carolina hizo comprender á su marido que no se la podia ultrajar impunemente, que ella saldria de aquella casa con su madre.

Pero ¡ay! la pobre Carolina iba á ser madre tambien. Tan fausta noticia vino á llenar de gozo á D. Roque, y el viejo avaro se humilló, pidió perdon á Carolina, y hasta para que se creyese mas sincero su arrepentimiento, llenó de monedas los cajones donde su mujer guardaba la ropa blanca, y regaló á doña Ramona un buen abrigo.

Sin embargo, Carolina vela indiferente á aquellas mezquinas demostraciones de cariño, porque comprendia perfectamente que, quien se deja dominar por el amor del dinero, tarde ó temprano vuelve al vicio: á mas de esto, Carolina no debia olvidar jamás, aunque las perdonase, las terribles ofensas que le habian sido inferidas.

Pero Carolina era una santa, y de esperar era que llevase su resignacion hasta lo último.

Llegado el tiempo oportuno Carolina tuvo una hija tan hermosa como ella, y aunque D. Roque no se mostró muy satisfecho de que fuera hembra, la sola idea de que ya podia decir á todo el mundo que tenia un hijo, le hacia bailar de contento.

La niña se bautizó con el nombre de Caridad; así lo quiso su madre y D. Roque no se opuso, acaso porque no comprendió la dulce leccion que su mujer le daba poniéndole tan hermoso nombre á su preciosa hija.

Dos, tres años pasaron y Caridad iba siendo el encanto de aquella casa: su padre compartió entre ella y su dinero todo el cariño de que era capaz; pero en cambio volvió á mostrarse de nuevo tal cual era, á renovar su empeño de que D.<sup>a</sup> Ramona saliese de aquella casa donde ya habia, segun él, demasiada gente.

Un nuevo convidado debía sin embargo reclamar su puesto en la mesa de D. Roque.

Pepe, el antiguo capitán, llegó á casa de su cuñado cuando menos lo esperaba.



No volvía el hijo pródigo á la casa de sus padres, porque apenas si podia encontrar á su madre.

Pepe avergonzado de su conducta pasada, pero sin pensar en una verdadera enmienda, tan pronto como fué sentenciado por el Consejo de Guerra á ser dada de baja en el escalafon, se ausentó de Madrid tomando pasaje en un buque que hacia rumbo á Buenos-Aires.

Después de recorrer todo aquel país de aventura en aventura, tuvo por conveniente casarse con una criolla bastante fea para mujer, pero lo suficientemente rica para hacer las delicias de un calavera.

Sin embargo, la criolla no estaba porque un marido calavera la dejase á pedir limosna y ató tan corto á su Pepito, que á duras penas pudo conseguir de ella le permitiese volver á España para ver á su idolatrada familia como él la llamaba en Buenos-Aires.

Su llegada fué un verdadero acontecimiento en



casa de D. Roque; para doña Ramona porque volvía á ver á un hijo que creía perdido para siempre; para Carolina porque Pepe era al fin su hermano y aunque su presencia la renovaba el sentimiento de la muerte de su padre, no podía negarle ni sus abrazos ni sus caricias; para don Roque en fin, porque en su querido cuñado veía un huésped molesto que le iba á aumentar sus gastos diarios en algunos reales.

Apenas llegó, fué Pepe al cementerio á visitar la tumba de su padre y sobre ella derramó por un momento abundantísimas lágrimas; que nunca del corazón puede borrarse el recuerdo de aquellos que el ser nos dieron; después de cumplido este deber sagrado, Pepe quiso dedicarse á su madre y á su hermana y al hacerlo y á pesar de las precauciones que estas adoptaron para que no se apercibiese de sus penas, Pepe midió de un solo golpe de vista la miserable situación en que las tenía D. Roque.

Este por su parte no tardó muchos días en manifestar claramente el disgusto que le ocasionaba la larga permanencia de aquel nuevo convidado.

Pero D. Roque se equivocó de medio á medio respecto á la prudencia del antiguo capitán, el cual, haciendo conciencia, se había propuesto na-



da menos que hacer entrar por el buen camino á su cuñado. El choque debía ser violento y lo fué.

Un día se presentó Pepe en el despacho de don Roque con la cara mas risueña que puede imaginarse pero dispuesto á dar al usurero un disgusto de primera calidad; con efecto, Pepe entró sin miramiento alguno y tomando con el mayor descaro la petaca de D. Roque, sacó de ella un habano que este sin duda guardaba para las grandes festividades lo encendió y saboreándolo se echó de golpe sobre una butaca de reserva que el viejo trataba con los mayores miramientos y que solo ofrecia á aquellas personas que venian á dejar en casa algunos cuantos miles de reales.

Don Roque observó todo esto trémulo de coraje y depositando la pluma en el tintero y arrancándose las gafas se quedó mirando estupefacto al ex-capitan, como no encontrando palabras con que manifestarle claramente su disgusto.

Este por su parte, echando desvergonzadamente la pierna por encima de uno de los brazos del mueble querido, y despues de lanzar al espacio densas bocanadas de humo dijo á su hermano politico:

—Ola buen viejo, parece que ajustamos las cuentas á las infelices victimas de tu rapacidad ¿á cuántos se han desplumado hoy?

En oyendo estas groseras palabras D. Roque se puso lívido y replicó acaloradamente á su cuñado como para devolverle insulto por insulto.

—Todo eso es preciso para dar de comer á tanto pelafustan como se hospeda en mi casa.

—Desengáñate,—dijo Pepe con verdadero cinismo,—aquí no ha habido nunca mas pelafustan que tú, los demás venimos á honrarle con nuestra presencia.

—¡Desvergonzado! exclamó D. Roque descargando una terrible puñada sobre la mesa que tenía delante.

—No hay que alterarse por tan poca cosa, mi queridísimo hermano, tanto menos cuanto que ni los lazos de parentesco que nos unen ni las verdes canas que encubren tu cabeza, acaso no sean bastantes á evitar que te pida estrecha cuenta de ciertas palabras y sobre todo de ciertos procedimientos—dijo Pepe con la mayor sangre fría mientras que con el meñique quitaba la poca ceniza que ya había hecho su magnífico cigarro.

D. Roque sintió miedo y no se atrevió á replicar; á las primeras de cambio, el tigre se declaraba vencido y á disposición de su adversario.

Pues como íbamos diciendo—continuó Pepe despues de un momento de silencio y como si nada hubiese sucedido—he querido aprovechar estos

instantes en que estás solo y algo más desocupado para darte las gracias por el gran favor que hiciste á mi padre.

—No las merece, dijo con ronca voz D. Roque.

—Y vaya si las merece; mayor generosidad no puede darse y sobre todo aquello de haberte casado con mi hermana pobre y desvalida, tú tan rico y poderoso.

—La quería, me quería y no hice más que seguir los impulsos de mi corazón.

Pepe al oír esto soltó una estrepitosa carcajada; pero reponiéndose á seguida replicó:

—Por eso te has portado tan bien con ella y con mi madre.

—Me parece que no he podido hacer más.

—¡Oh sí! has podido lanzar de tu casa á mi madre, dejarla de tal modo que tuviese que pedir limosna para mantenerse.

D. Roque comprendió que Pepe todo lo sabía, y en sus adentros, y creyendo que doña Ramona le había descubierto, juró vengarse de ella.

Pepe continuó con espantosa calma:

—Sí, debo confesar que te debemos grandes favores, y lo que es por mí estoy dispuesto á pagártelos; solo que, abusando de tu generosidad, desearía que no permitieses que Carolina siga hecha una negra, ni mi madre una criada, y so-

bra todo que duplicases la cantidad que das para el gasto diario de tu casa porque francamente chico, por aquí todo respira miseria, y tu fortuna es mas que suficiente a subvenir a estos gastos.

D. Roque estaba verdaderamente acobardado, y no se atrevió siquiera á contestar, pero la sangre se le iba subiendo al rostro por momentos.

Pepé lo advirtió así, y aunque no tenia muy buen corazon y habia hecho conciencia para mortificar al miserable viejo, tiró su cigarro, y levantándose, salió del despacho de D. Roque diciendo á éste por despedida:

—Con que, queridísimo hermano, confio en que de hoy en adelante no serás tan mezquino para tu familia.

Pocos momentos despues, la pequeña Caridad entró en el despacho, y saltando sobre las rodillas de su padre, le dió uno, dos, tres besos, y le hizo muchísimas caricias, diciéndole en su media lengua que ya estaba la comida, y que mamá lo llamaba á la mesa.

La cobardía es propia de corazones miserables, y D. Roque, cobarde ante las continuas exigencias de su cuñado, no tuvo valor para ponerse en un

termino medio y gobernar su casa como dueño que era de ella.

Carolina, apechada de los continuos disgustos que su hermano daba á su marido, se puso de parte de éste, y mas de una vez se interpuso entre los dos, reprochando á su hermano tal conducta.

Pero D. Roque se habia dejado dominar completamente por el esposo de la criolla, y este que al principio solo habia hecho de sus exigencias un caso de conciencia, las contuplicó en su provecho tan pronto como comprendió que el viejo no podía resistirle.

Y como que Pepe era un calaveron deshecho, logró nada menos que D. Roque se abonase al teatro, que pusiera carruaje, y que tomase mas criados.

Carolina comprendia que su marido no hacia esto de propia voluntad; es mas, contenta con las caricias de su hija y la compañía de su madre, no le agradaba salir al mundo y asediaba á D. Roque para que de ninguna manera hiciese aquellos sacrificios.

Sin embargo, Pepe los exigia; una mirada de Pepe imponia á D. Roque, y D. Roque se sacrificaba con gran perjuicio de su salud mas que de su hacienda.

Las consecuencias debian ser fatales, y lo fueron en efecto: forzar á un araró á que haga grandes gastos, es matarlo; obligar á un usurero á que derroche los productos de sus usuras, la sangre que á costa de tantas infamias chupó á sus victimas, es arrancarle pedazo á pedazo el corazón.

D. Roque, pues, no pudo mas y cayó enfermo.

de gravedad: los continuados disgustos que Pepe le proporcionaba y que él sufría en silencio, le produjeron una sofocación y la sofocación fué el principio de una enfermedad gravísima, las berpes que el pobre viejo padecía se reconcentraron en el estómago y los médicos no sabían cómo volverlas al exterior.

Desde que cayó enfermo D. Roque, Carolina se constituyó en su enfermera; pero en una enfermera tan dulce y cariñosa, que si D. Roque hubiese podido recobrar la salud á fuerza de cariño, de tijo la habría recobrado.

Pero desgraciadamente no era cariño lo que hacia falta á D. Roque, y aunque no podia menos de agradecer á aquel ángel sus continuos desvelos y sus exquisitos cuidados, cada dia se sentia peor.

Los médicos por fin le desahuciaron y entonces la bondadosa Carolina comprendió que habia llegado la hora de tocar en el alma de su esposo con algun resultado.

Con gran tino quiso hablarle de la eternidad, de sus deberes como cristiano y de lo deleznable y pasajero de las cosas de este mundo: D. Roque empezó por no oirla; pero tal era la dulce insistencia de Carolina que poco á poco fué entrando en su alma la luz de la verdad, y al fin pidió con gran ansia un sacerdote.

Por esta vez el arrepentimiento de D. Roque era sincero, Dios habia oído los ruegos de aquel ángel que volaba á su lado.

El pobre viejo sintiéndose morir pedia perdón á todos y encargaba á su esposa que lo pidiese

en su nombre á muchas personas á quienes habia hecho muy desgraciadas.

Quedaba sin embargo á D. Roque que hacer todavía una cosa de grande importancia para salvarse; pero D. Roque resistia hasta lo último escondiéndose con que haciéndolo iba á decretar la ruina de su familia.

Don Roque debía restituir lo que malamente habia adquirido ó disponerse á una eterna condenacion y... D. Roque no tenia mas remedio que restituir ó condenarse.

Carolina así se lo aconsejaba, así se lo suplicaba por amor de Dios y D. Roque cedió al fin, llamó á un notario é hizo de tal modo su testamento que todas sus víctimas debían quedar cumplidamente satisfechas: solo dejaba una pequeña hacienda á su hija y un insignificante recuerdo para su mujer.

Don Roque llorando se lo dijo así á esta, pero Carolina levantando los ojos al cielo aseguró á su marido que Dios no abandona nunca á los que le aman.

La agonía de D. Roque fué larga y penosa pero al fin, despues de recibir con gran conformidad los últimos sacramentos entregó su alma á Dios.



De nuevo Carolina volvía á verse reducida á lo mas preciso; pero tenia á su madre, amaba con delirio á Caridad, y acostumbrada á las contrariedades de la vida, ni se quejaba ni temia al porvenir.



Su hermano Pepe, que no era muy aficionado á lágrimas y lutos, y que por otro lado, recibía cartas amenazadoras de su criolla, decidió recombarcarse para Buenos-Aires, y al efecto, en pocas horas dejó arreglada su maleta y se dispuso á emprenderlo. Para la pobre doña Ramona, la marcha de su hijo, á quien no debía volver á ver, era otra nueva puñalada; pero para las buenas madres que llegan á cierta edad, todos son dolores y congojas, y doña Ramona sufrió este último golpe con santa resignación.



Un año completo había pasado; la preciosa Caridad estaba muy crecida, y daba no pocas pruebas de ser tan buena como su madre: ella cuidaba constantemente de su abuelita, ella era la alegría de la familia, ella, en fin, dirigía al cielo continuas oraciones por su padre y por su abuelo.

Un día que Carolina estaba cosiéndola el primer traje claro que había de ponerse al dejar el luto por su padre, la niña entró saltando y brincando en la habitación con una carta en la mano.

Aquella carta era para Carolina, y ostentaba en una de sus esquinas el sello del interior.

—¿De quién será esta carta?—se preguntó Carolina—mas despues de darla inútilmente muchas vueltas y mirar la letra del sobre por si la reconocía, se decidió á abrirla, y leyó lo siguiente:



«Carolina: Cuando V. era soltera yo la amaba; la amaba cuando al pie de los altares la oí pronunciar el sí que la unia al difunto D. Roque; despues procuré olvidarla, mas á pesar de haber pasado tantos años, la amo todavía, y se lo digo por si mi constancia halla algun eco en su hermoso corazon, por si permite ir á ofrecerle su amor y su vida á su apasionado

MANUEL.....»

¿Recordais quién es este Manuel? Pues es el mismo que en otros tiempos paseaba la calle á Carolina. Yo ignoro lo que ésta le contestó, pero si sé que Carolina se ha vuelto á casar, que su marido la idolatra, que su hija está hermosísima y su madre muy viejecita, y que en el primer capítulo de su libro favorito se leen estas palabras: «como no hay mas que un Dios, no hay mas que una verdad, no hay mas que un camino para salvarse y llegar á Dios »

Dios lo ha dicho: «ámate sobre todas las cosas y ama á tu prójimo como á tí mismo.»

LA FAMILIA CRISTIANA.

---

LA CORRUPTORA

y

LA BUENA MAESTRA,

CUATRO DE CONTINUOS

por

FERNAN CABALLERO.



MADRID:

ANTONIO PEREZ DEBULL, EDITOR.

Barco, 9 primera, 2.<sup>a</sup>

1871.





*Con voz ronca y acento desesperado, gritó el moribundo, fiando sus ojos en el arco:— ¡Ahí queda!*

# LA EXPOSICION DE LA CIUDAD DE MADRID

EXPOSICION DE LA CIUDAD DE MADRID

Quemada para el primer premio de la Exposición de la Ciudad de Madrid, en el año de 1859. La Exposición de la Ciudad de Madrid, en el año de 1859, fue una de las más importantes de la historia de España. Se celebró en el Palacio Nacional de Madrid, y fue organizada por el Ayuntamiento de Madrid. La Exposición tuvo lugar del 1.º de mayo al 31 de octubre de 1859. En ella se exhibieron numerosas obras de arte, arquitectura, literatura, ciencias y artes. La Exposición fue una gran muestra del progreso de la ciudad de Madrid en aquel momento. Fue una oportunidad para que los madrileños y los visitantes pudieran apreciar el talento de los artistas y científicos de la época. La Exposición también sirvió para promover la cultura y el arte de la ciudad de Madrid. Fue una gran fuente de orgullo para los madrileños y una muestra de su progreso. La Exposición de la Ciudad de Madrid, en el año de 1859, fue una gran muestra del progreso de la ciudad de Madrid en aquel momento. Fue una oportunidad para que los madrileños y los visitantes pudieran apreciar el talento de los artistas y científicos de la época. La Exposición también sirvió para promover la cultura y el arte de la ciudad de Madrid. Fue una gran fuente de orgullo para los madrileños y una muestra de su progreso.

EXPOSICION DE LA CIUDAD DE MADRID

AL EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL.

---

SEÑOR Y AMIGO:

*Cuando hace algun tiempo escribí el adjunto bosquejo, habia pensado, antes de darlo á la estampa, haber hecho del bosquejo un cuadro con detalles mas concluidos y con colores mas vivos; pero, en vista de que una reciente enfermedad me tiene por ahora con las fuerzas perdidas y el ánimo caído, mando á V. el bosquejo tal cual lo escribí, semejante á un capullo al que un Norte frio y seco ha paamadado, sin dejarlo dilatarse y tomar colores. La idea en que se funda está demostrada; si esto basta, reciba V. este pobre y débil siete-mesino con su indulgencia, hija de su amistad, que tanto complace, favorece y honra á su agradecido amigo,*

FERNAN CABALLERO.



---

## LA CORRUPTORA

v

# LA BUENA MAESTRA.

---

### PRIMERA PARTE.

Parose ante la puerta de una casa principal, en una de las calles mas céntricas de Madrid, uno de esos ligeros carruajes para uso de los jóvenes ricos y fastuosos, que, bien ó mal, guian sus propios dueños. Saltó al suelo el de este carruaje, entregando al lacayo las riendas del magnífico caballo extranjero que de él tiraba, y se dirigió á la casa.

Era un joven alto, bien parecido, cuya elegancia en el traje no tenia mas defecto que su misma exageracion; la exageracion en todas materias es el ímpetu que traspasa el blanco.

En el portal se encontró frente á frente con otro joven que llegaba á pie á la misma casa. Su físico era agradable; grave y dulce la expresion de sus ojos negros: vestido bien, aunque



con mucha mas sencillez y modestia que el primero.

Apenas se vieron, cuando con una exclamacion de gozo cayeron en brazos uno de otro.

—¡ladro, *provinciano* inamovible! ¡tú en la coronada villa? preguntó el del carruaje.

—¡Y tú, ingrato *parisiense*! ¿Cómo tú por estos vulgares Madriles, privado de todas los encantos de las orillas del Sena? Verte por aquí me causa á mí igual estrañeza, contestó el interrogado.

—Hijo mío, repuso esta: dicen los franceses, y mi padre y yo somos de la misma opinion, que los negocios ante todo, y á Madrid me trae uno muy atendible: me voy á casar.

—¿Y á esto llamas negocio? dijo su amigo.

—Y el mas transcendental de la vida.

—No hay duda, repuso sonriendo su interlocutor; pero la calle no es el lugar mas á propósito para confidencias de esta clase; y en vista de que vivo en esta casa, sube á mi habitacion y hablemos.

—¿Qué! ¿Vives en esta casa? No sabia yo que hubiese en ella pupileria alguna: que si la hay, será desconocida y de poco fuste.

—Eso es cierto; por lo cual conviene á mi posicion, á mis aspiraciones y á mis gustos, cosas que, por suerte, están en mí completamente de acuerdo. Viva en el tercer piso una buena señora que por muchos años tuvo casa de

huéspedes, y ya no la tiene. En aquella época hospedó á mi padre, que pudo prestarle algunos ligeros servicios, y quedó con ella en tan buenas relaciones, que exige, siempre que mi padre ó yo venimos á Madrid, que paremos en su casa, en la que nos asiste con esmero.

Así hablando, habían llegado los dos jóvenes al tercer piso, y entrado en una habitación que, sin participar del lujo moderno, estaba cómoda y acabadamente alhajada. Sentáronse en un sofá de cojines forrados de damasco amarillo; pero antes de seguir escuchando el diálogo que prosiguieron sentados en él, diremos en breves palabras quiénes eran estos dos amigos.

Ambos habían nacido en Salamanca. Isidro era hijo de un profesor, hombre sabio y virtuoso, que, dedicado á la enseñanza, se esmeró siempre en cuidar de la de sus hijos.

Amaro (tal era el nombre del elegante) era hijo de un tendero bien acomodado, hombre emprendedor y de mucha suerte, que por una serie ascendente de ventajosas especulaciones había llegado á la sazón á ser uno de los capitalistas surgidos en la palestra de la especulación.

Isidro y Amaro habían concurrido á la misma escuela, y después á los mismos cursos en la Universidad; los que, sin concluir, abandonó Amaro para reunirse á su padre, que se había trasladado á Madrid, donde podía ensanchar su círculo de acción.

Isidro fue recibido abogado, y habia cinco años que ejercia su facultad con poco comun acierto, aplicacion y honradez, cuando, habiendo llegado á ser ministro un amigo de su padre, ofreció á este un juzgado para su hijo, del que excelentes noticias tenia, con el fin de que ingresase en la carrera de la magistratura. Isidro dejó su bufete á cargo de otro abogado que habia casado con una hermana suya, y vino á Madrid para activar el despacho del ofrecido nombramiento.

Isidro participó á su amigo esta última parte, que ignoraba, quejándose de que, tan pródigo en esperanzas, fuese este negocio tan nulo en resultados; pueda, añadió, que cumplan lo prometido; pero estas dilaciones á veces son mas crueles que una negativa que impide nacer y crecer á las esperanzas, las que, si vivas nos sonríen y halagan, muertas son el tormento y desencanto de una vida que sin ellas habria sido buena y tranquila.

Cuando Isidro hubo concluido de hablar le dijo Amaro con tono amistoso, pero asaz fatuo:

—Deja á mi cuidado el pronto despacho de tu nombramiento; me encargo de obtenerlo.

—¡Pues qué! repuso Isidro: ¡eres amigo del ministro de Gracia y Justicia!

—No; no le conozco, pero te harás cargo que mi posicion me da influencia, así como se la da á mi padre.

—Mucho te agradeceré que en esta ocasión la emplees en mi favor, repuso Isidro. Mi cuñado ha caído enfermo, y mi padre me escribe que es precisa mi asistencia allá en estos momentos. Además, Amaro, yo también deseo casarme: lo que solo pienso y puedo efectuar teniendo mi nombramiento.

—Mucho lo celebro, sobre todo si te trae ventajas. ¡Y es de Salamanca la futura jueza! ¿La conozco yo?

—No es de Salamanca, ni la conoces. Al llegar hace dos meses aquí, mi buena patrona doña Pepita no cesaba de hablarme con entusiastas elogios de una joven que con su madre ciega vivía en la buhardilla. Esta pobre señora, hija de un coronel, al quedarse muy joven huérfana, se casó con un oficial del regimiento, su pariente, que no tenía grado que diese opción á su mujer á viudedad. Ascendió á comandante, y murió en la gloriosa guerra de Africa, dejando á su mujer y á una hija sin recursos. La hija desde entonces se aplicó de tal suerte á la costura, que ha manteniéndose á sí y á su madre, pobre, pero decorosamente, no teniendo mas ayuda sino la que le proporciona un tío pobre y avaro que solo les paga el alquiler de su miserable morada. Al principio no paré mientes en cuanto me decía la buena doña Pepita, la que unas veces se enternecía recordándonos los tiernos cuidados con que la huérfana

rodeaba á su madre: otras eran su juicio, su modestia y su laboriosidad; el tema de sus celebraciones, y otras se indignaba contra la avaricia del tío, ó contra las exigencias impertinentes de la señorita rica para la que trabajaba la huérfana, que la hacía desbaratar muchas veces las cosas, solo por puro capricho, y esta caprichosa pollita, como doña Pepita la denomina, que es hija del dueño de esta casa, y vive en ella...

Al oir estas últimas palabras, Amaro soltó una carcajada, diciendo:

—Esta censurada pollita es la que va á ser mi mujer, y me parece que el amor que siente tu doña Pepita por la costurerita, la lleva á ser demasiado severa con la que, si paga bien, desea ser servida á su gusto; pero observa, Isidro, una verdad patente, y es que muy pocos hay entre los ricos que no sean compasivos y caritativos con los pobres; pero entre los pobres no hay uno solo que deje de ser ingrato y hostil hacia los ricos. Pero prosigue, pues nada me has dicho todavía de quién sea la que has elegido para unirme á ella.

—Mucho te he dicho, repuso Isidro, porque habiendo al fin conocido á Elena, que es el nombre de la hija del comandante muerto en Africa, y viendo cuán ciertos y fundados eran los elogios que de ella me había hecho doña Pepita, comprendí que la mujer que tales vir-

tudes practicaba era destinada á hacer la felicidad de un hombre honrado, debiendo ser, la que tan buena hija era, buena mujer propia y buena madre de familia.

—Con una costurera! dijo con mal disimulado desden Amaro.

—La hija de un valiente tiene los timbres de su padre, y Elena tiene además los suyos personales, que son la aguja y el dedal.

—Una mujer sin un cuarto! prosiguió Amaro.

—Los españoles rancios ó provincianos no hemos hecho todavía del casamiento un negocio. Elena tiene, quizás debido á su misma triste situacion, los mismos gustos que yo, que amo la sencillez, como hermana de la verdad y de la inocencia, y odio el lujo, que es el cinismo de la vanidad.

—Tu alma en tu palma, Isidro, dijo Amaro. Tú siempre has sido un poco filósofo, y algo mantado á la antigua, tomando las máximas morales á la letra, como las leyes, y aplicando la antieridad á todas las cosas, como la gramática al lenguaje. Hijo mio, no tienes actualidad, y esto es lo peor que te pueda acontecer; á los pobres inamovibles seras como tú, los ridiculizó para siempre el gran Cervantes en su *Don Quijote*.

—Que tan justo fue, dijo Isidro, que si los ridiculizó, hizolo sin despojarlos de su honra-

dez, de su nobleza y caballerosidad. Pero dejemos esto, y dime á tu vez algo de la que has elegido por compañera.

—¡Oh! ¡Ya la verás! Es una hada, un ángel, una sílfide...

—No ponderes tanto, Amaro, dijo Isidro sonriendo: que dice De Maistre que la ponderación es la mentira de las gentes honradas.

—¡Tate! exclamó Amaro: ¡tú lees á De Maistre! Mis amigos en París le llamaban el *gran preste del oscurantismo*.

—Pues sus escritos forman una de las lecturas preferidas de mi padre.

—Por la visto, pues, ¡eres neo-católico!

—Si leer esto y otros autores cristianos con preferencia á Renan y á filósofos anticristianos, coloca al que los lee en esta categoría, lo será.

—¿Y te atreves? exclamó escandalizado Amaro.

Isidro le miró asombrado, y repuso:

—Dime: ¿tenemos acaso una Inquisición anticristiana?

Amaro contestó riendo:

—Hablando francamente, creo que algo hay de eso. Pero, á mí, ¡qué me importa ni lo que dice De Maistre ni lo que dice Renan!

Y así era, porque Amaro pertenecía á la gran falange que ha creado el indiferentismo, ese indiferentismo que ahoga el sentir, el pensamiento y la reflexión, y solo deja el cálculo, sin mas



incitativo que la vanidad, sin mas anhelo que obtener los medios de satisfacerla, y sin mas dios que su cuerpo.

En este momento asomó á la puerta la cara vulgar, viva y benévola de doña Pepita, que dijo:

—Vamos, D. Isidrito; ¿no subo V.? Las vecinitas nos estarán echando de menos, y ya doña Susana ha subido.

Pero al notar que Isidro, contra su costumbre, no estaba solo, añadió, dirigiéndose á Amaro:

—Caballero, V. perdona; creí que no habia en el cuarto mas que mi huésped.

—Si es la hora en que tienes costumbre de visitar á tus vecinas, no te detengas, dijo Amaro á su amigo; haz mas: dame el gusto de presentarme á esas señoras, que, siendo tu mejor amigo, tengo derecho y deseos de conocer.

—Si, sí, exclamó doña Pepita; suba V. á conocer las palomas de mi palomar, que no dará V. por perdido el tiempo que eche y la molestia que se tome en subir unos cuantos escalones.

Nada tuvo que objetar Isidro: y aunque contrariado por el temor de que en la situación desgraciada y aislada en que se hallaban Elena y su madre no les agradarian visitas, con poco contento suyo, pero mucho de doña Pepita, subieron los tres á la buhardilla.



Cerca de la ventana estaba sentada una joven, tan atareada en la costura que tenía entre las manos, que apenas fijó la atención en el amigo que introducía Leidro. No era bella, pues una estremada delgadez y un color pálido y amarillento robaban toda frescura á sus facciones, correctas, pero no finas: no obstante, su aire triste y modesto prestaban á su persona un singular interés.

En el ángulo inmediato, y apartada de la luz, estaba sentada una señora anciana, de fino y noble continente, en cuyo abatido rostro se abrian unos grandes ojos pardos, pero sin vista, lo que la hacia semejante á la estatua de la resignacion. Esta señora, á un excelente carácter, unia un entendimiento muy claro, y ese espíritu religioso verdadero que prescribe é infunde una completa conformidad en las desgracias, lo que impide que se agrie el ánimo, y asimismo el vivir rebelado contra su suerte, que es el modo de empeorarla. Hacia esto que esta señora nunca hablase de sí ni de sus quebrantos, lo que naturalmente es enojoso para las personas que no se interesan en ellos.

Entre su madre y Elena estaba sentado el tío de esta y cuñado de aquella, que era un viejo flaco, mal vestido, hasta rayar en desaseo, de nariz acaballada, de ojos hundidos, tristes é inquietos, de escasos y canosos cabellos, tan poco unidos entre sí como pobres en cotarra.

Era este señor un ex-intendente militar, el que en sus tiempos había formado parte de una expedición enviada á América, en donde había adquirido fama de poco buena cabeza, ó cosa peor, en fin, de haber hecho con los naipes y otros medios poco honrosos una buena fortuna. Pero á su regreso á España tuvo la desgracia de perderla por la quiebra de un Banco de Norte-América en que había depositado sus fondos.

Desde entonces este señor se había convertido en el tipo de la miseria llorona, la que se ostentaba con motivo de este revés de una manera repugnante y ruin.

Doña Pepita sentó á Amaro junto á doña Manuela, se puso á su lado, teniendo á su izquierda á Isidro, que cerraba el círculo, lo que lo colocaba cerca de Elena.

Después de los primeros cumplidos, dijo á media voz el ex-intendente á su sobrina:

—Deja la costura, Elena, y ven á tomar parte en la conversacion, como lo exige la política.

—Tío, me es imposible, contestó la pobre niña; tengo que concluir esta chaquetita de embutidos, alforzas y buches para Blanquita Ampaegui, que la quiero para mañana, y que no gusta de que le falten, aunque pida lo imposible.

—¡De manera, repuso con queda y azorada

vez su tío, que no me habrás puesto para mañana el cuello nuevo en la camisa vieja?

—No lo tema V., señor, contestó la joven: velaré esta noche para que á V. no le falte su camisa.

Isidro, que había oído este coloquio, fijó sobre las abatidas y fatigadas facciones de Elena una mirada llena de interés, de compasión y de cariño.

El ex-intendente lo notó, y exclamó en tono compungido:

—Vea V., D. Isidro, á qué extremo me ha traído la desgracia: ¡si no fuese por la laboriosidad de mi sobrina, no tendrís mañana camisa que ponerme! Porque ha de saber V., caballero, añadió dirigiéndose á Amaro, que el fruto del trabajo de toda mi vida, que á mi regreso de América puse en un Banco, ¡Banco malhecho, que no parecía sino aguardar el coger mi dinero para declararse en quiebra y dejarme por puertas! Pero á mi sobrina la remuneró el trabajo que le pido pagándola, á costa de mil sacrificios, la habitación que ocupa, que yo desearía fuese un palacio. ¡No es verdad, Elenita!

Elena contestó sonrojándose.

—V. nos socorre, tío, pero no me remunera mi trabajo; si esto creyese, lo haría con menos gusto del que tengo en hacerlo.

—¡Por vía de los gatos! murmuró doña Pepita, ¡remunera! ¡Socorrer! ¡Cuando solo le

paga el alquiler de este miserable chiribití!

—Pero ¿por qué, preguntó Amaro, no se lleva V. estas señoras á vivir consigo á su casa?

—¿Pues acaso tengo yo casa? ¡Ni aun en casa de huéspedes vivo! exclamó en tono de lamento el intendente. Estoy recogido en un mal entresuelillo en un barrio pobre y solo, con la viuda anciana de un sargento, que nos acoge á un sobrino suyo sacerdote y á mí: y aunque pobremente, lo paso bien por la economía y sosiego que logro, pues en las casas de huéspedes desuellan á uno...

—¿Es lo que me queda que oír! exclamó indignada doña Pepita. ¡Desollar! ¡Perder una el capital que tiene que emplear en montar una decente casa de huéspedes, los que en ellas se creen todo permitido, y licitas todas las exigencias, teniendo cada cual diferentes gustos, y si son extranjeros no digo nada! Estos lo quieren todo guisado con manteca de Flandes, lo que no gusta á los de por acá, y menos si son andaluces, que todo lo quieren guisado con aceite. En una ocasión tuve un huéspedito francés; era pintor, y se decía *artiste*, lo que en su tierra, por lo visto, quiere decir *gustoso*, porque así lo llamaba otro huésped andaluz. Este no se cansaba nunca de hacernos todos los días la misma pregunta, que era si estaba en Madrid muy caro el aceite, pues para lechuzas no tenía precio mi andaluz. Un día en que

les puse una pescada cocida, recordando la peregrina pregunta de mi andaluz, al aliñarla la eché abundantemente aceite: aquel día no se presentó este á la hora de comer, y serví al francés la pescada. De allí á poco oí una voz lastimera que me llamaba: ¡Mad. Pipelet, madama Pipelet! que era como me nombraba, porque decía que á las Pepas así se les decía en su tierra. Acudo, y dejo á la consideracion de V. cómo me quedaría, y el nombre que se apoderó de mí cuando me encuentro el comedor á oscuras, con todas las puertas y ventanas cerradas, como á media noche. Sobre la mesa estaba mi pescada, acostada en su plato como en un stand, y todo alrededor de ella, en el aceite, ardiendo cuantas mariposas había hallado el dichoso niño en una cajita que yo guardaba en el cajón de la mesa.

Doña Pepita no pudo proseguir, por atoleñarla las ruidosas carcajadas de Amaro y de Isidro, á las que se unieron la suave risa de Elena, y aun la de su madre. En cuanto al ex-intendente, no se reía nunca.

—¿Vds. le hallan á esto gracia? prosiguió doña Pepita: pues yo, ni la hallé entonces, ni la halló ahora maldita la gracia.

—Ni yo, añadió el ex-intendente: ¡qué dolor de aceite!

—Y añada V.: ¡qué dolor de pescada! porque las mariposas la sollamaron y pusieron tan ne-

gra como si hubiese salido del mar Negro; de manera que solo los gatos la pudieron comer; estas son las ganancias que dejan las casas de huéspedes, señor mío.

—Pues V. no se puede quejar, amiga; V., que habiendo hecho su agosto, se ha retirado á vivir de sus rentas como una propietaria.

—Gracias á que heredé de un tío alguna cossilla, repuso doña Pepita.

—¡Quien hizo un viaje á China fui yo, prosiguió en tono lloron el ex-intendente, con poner mi dinerillo en el Banco que quebró!

—Déjenos V. ya de su Banco! se apresuró á decir doña Pepita; que en tomando V. el tema del Banco, es preciso sentarse en el de la paciencia los oyentes.

—¡No, que V., con las cuitas de su casa de huéspedes...!

—Eso tiene lances, dijo interrumpiéndole doña Pepita; y si no, vea V. cómo el señor decía que se las refiere.

Efectivamente: Amaro, divertido con las perances y cuitas de doña Pepita, le preguntaba:

—Y el andaluz, ¿dió á V. tambien sobre nombre?

—Sí, señor; me llamaba la *Gran Capitana* y su paisana, pues era de Córdoba; creí al principio que era esto alusivo á que mi marido habia sido capitán; pero no, señor, se referia á

mis cuentas el muy ingrato, que dejaba sin satisfacer gran parte de lo que me debía.

Mientras doña Pepita contaba sus pasadas tribulaciones á Amaro, y disputaba con el ex-intendente, Isidro decia á Elena, que le interrogaba con la vista:

—Lo mas olvidado que hay en el ministerio, Elena mia, es mi nombramiento. No lo extraño; la política lo absorbe todo; y no es este mi mayor pesar, porque Amaro me ha prometido activar este negocio, y lo puede hacer mejor que yo: lo peor es que he tenido carta de mi padre, en la que me dice que la enfermedad de mi cuñado, que se ha agravado, hace indispensable mi regreso á Salamanca.

Elena hizo un gesto de sorpresa y de dolor, exclamando:

—¡Oh, Isidro! ¡Per Dios, no te vayas!

—Ma lo dice mi padre, repuso Isidro; ademas, tú conocerás que no solo está en mis intereses el volverme cuanto antes y ponerme al frente de mis abandonados negocios, sino que es el regresar un deber de familia y de gratitud, del que no puedo desentenderme.

Mientras Isidro hablaba, tenia Elena que secar con su pañuelo las lágrimas que unas á otras se seguian, gruesas y rápidas como las gotas de lluvia de aquellas nubes que llevan tantas que no las pueden retener.

—No quiero, murmuraba, que caigan lágri-



mas sobre esta prenda, Blanca quiere recibir sus atavíos tales, que parezca que no les han tocado manos; ¡con cuánta mas razon exigiré que no los ajen las lágrimas! No las ha vertido nunca, y no sabe que es á veces imposible contenerlas.

—¿Y por qué las viertes? dijo con interes y cariño, pero con la moderacion propia de su carácter y educacion, Isidro.

—Si otra causa no tuviesen, me las haria venter esa pregunta, contestó Elena: ¡tan poco cruel te parece el dolor de la ausencia?

—Siempre es triste la ausencia, repuso Isidro; pero cuando es tan corta como lo será la nuestra, no desconsuela; es como la voladora y pequeña nube, que separa una pasajera sombra, pero no empaña el cielo.

—¿Y si olvidas á esta pobre y arrinconada desvalida?

—¿Eso temas? preguntó entre asombrado y sentido, y con su inmaculada honradez, Isidro. ¡Qué dirias de mí si yo, respecto á ti, abrigase semejante temor!

—Tal cosa no seria dable, respondió Elena, porque mi poco mérito, mi situacion y mi modo de vivir encerrada y solitaria hacen imposible para mí un cambio, aun dado caso que no lo hiciese imposible mi corazon.

En este momento se levantó Amaro, y despues de despedirse de su madre, se acercó á Elena, á la que dijo:



—Permítame V. que así como Isidro me ha proporcionado el placer que he sentido al conocer á la digna jóven que ha escogido por compañera, que tenga tambien la satisfaccion de que mi mejor amigo conozca y sea conocido de la que va á ser la mia, deseando que mi eleccion pueda agradarle tanto como á mí me ha agradado la suya.

Isidro no pudo negar á su amigo su amistosa petición, y ambos salieron, dejando á doña Pepita y al ex-intendente en una nueva y mas acalorada disputa, por oponerse la primera á que Elena, á la que habia visto llorar, cansase mas sus ojos poniéndole el cuello nuevo á la camisa vieja de su tío.

Los dos amigos entre tanto bajaban al cuarto de D. Jaime Arasegui, futuro suegro de Amaro.

En un fastuoso salon hallaron reunidos al padre, á la hija y al aya de esta señorita, inglesa é inofensiva autómatas llamadas Miss Sibila.

D. Jaime, en cuanto no se rozaba con negocios, era todo un buen señor; en su hogar era el buen padre, el hombre limitado y bonachon que lo habia hecho la naturaleza; pero en su escritorio era el hombre poco escrupuloso, inmoral y duro que de él habian hecho la codicia y el espíritu de su época.

Blanca era preciosa y muy jóven, pareciéndolo aun mas por haber pasado sin sentir en

una vida regalada, sin enseñanza ni sujeción, de la edad de niña consentida á la de joven mimada. La riqueza y su humilde paje la adulación habían, cual la sizaña, impedido desarrollarse al buen trigo en su corazón. Sobre su inteligencia, luz á la vez fija y vacilante, no se habían cuidado sus guías de poner el firma cristal que le diera dirección y estabilidad, ni la suave pantalla de la modestia que quichase los descarados rayos de la arrogancia, esa vana espuma de todo poder.

Blanca estaba mirando unos figurines de moda, mientras el padre leía los periódicos, y el aya hacia una labor de gancho.

Amaro introdujo á su amigo primero con D. Jaime y después con Blanca, que lo miró de arriba abajo, y que después de esta inspección, y de hacer, quizás sin ella notarlo, un imperceptible gesto desdenguado, siguió ocupándose del periódico de modas.

—¿Qué opinan Vds., preguntó D. Jaime á los dos amigos, de ese huron del Japon que no quiere abrir sus puertas á las naciones cultas, y de la actitud que va tomando Prusia?

Y por un rato siguió sobre este tema discutiendo del modo mas necio D. Jaime, hasta que un hostero muy sonoro de Blanca avisó á su padre que la aburría aquella conversacion.

—Blanquita, hija mia, le dijo este: ¡es posi-

ble que no te interesen estas *aventuras palpitantes de interes y llenos de actualidad!*

El lenguaje de los periódicos, que eran la única lectura que en su vida había hecho don Jaime, se había infiltrado en su lenguaje como gotas de ponche en un gaspacho.

—Ni poco ni mucho, padre, contestó Blanquita, que se complacía en mortificar á don Jaime llamándole *padre* en lugar de *papá*, denominación que este buen señor hallaba mucho mas elegante, mas sonora y mas fina.

—Hija mía, Prusia es una gran potencia, patria de Federico el Grande.

—Será, señor, respondió su hija, pero ello es que Federico el Grande, y el chico, y su mujer, y sus hijos, y toda la genta de Prusia, me se figuran azules, así como los del Japon todos muñecos de porcelana y laca. Déjese V., padre, de Prusia y del Japon, y vamos al Prado, lo que tiene mucha mas *actualidad*, como V. dice.

—¡Qué gracia! exclamó D. Jaime; vamos, si esta hija mía es la mas *espiritual* de las herederas de Madrid!

—No me diga V. *espiritual*, padre, que las gentes que no leen periódicos ni sus folletines traducidos me van á tomar por beata, y puede que á fuerza de oírsele á V. decir, me se antoje verlo.

—Si tal intentases, exclamó D. Jaime haciendo esfuerzos para aparecer majestuoso, te

aviso que emplearía toda mi potestad paterna...

—¿Qué habla V. de potestad paterna? le interrumpió Blanca. ¿Qué antiguallas son esas? Sepa V. que eso de la potestad paterna no tiene actualidad ninguna. Padre, me voy á poner el abrigo y el sombrero; vuelvo al instante; esté V. pronto cuando vuelva, y no me haga V. aguardar.

—Una niña bonita y despota, dijo D. Jaime cuando su hija se hubo alejado, es lo mas delicioso que existe. Si fuese dable que á mi edad pensase en volverme á echar las *divers cadenas* del matrimonio, arrastrado á ello por una pasión volcánica, sería con una niña como Blanquita, excéntrica como una heroína de novela, caprichosa como las auras de la primavera; que fuese un ángel en la forma, con algo de diablo en la esencia, porque este es el tipo de la mujer que nos ha de enloquecer, según lo afirman los que la entienden.

Isidro oía á D. Jaime asombrado. Tales diálogos, emitidos por un estudiante, le hubiesen extrañado menos; pero oírlos en boca del que llevaba guarnecida su frente de una bella corona de canas, le indignó.

—Pobre hombre, pensó, al que un poco de mala política y otro poco de mala literatura, traducida ó imitada, han embrollado las ideas, haciendo de él un ente absurdo!

—Los señores me permitirán que escriba una esquela antes que venga Blanquita, que si no me halla listo para salir se va á enfadar, dijo D. Jaime entrando presuroso en el gabinete.

Cuando estuvieron solos, preguntó Amaro á Isidro:

—¿Qué te ha parecido Blanca?

—Muy bien de cara, y muy extraña de maneras, contestó Isidro.

—Estas maneras son *à la japon* y de mujer emancipada están al uso del día y son de buen tono.

—Concedo, repuso Isidro, que sean de buen tono; pero no de que este sea buena.

Entró Blanca elegantemente preñada: al ver que su padre no estaba presente, se acercó á la puerta de su gabinete, gritándole:

—¿Todavía no ha acabado V., padre Eterno?

—Voy, voy, Blanquita, hija mía; solo me queda que poner á la carta el sobre.

—Enviela V. sin él.

D. Jaime, al llegar al coche, ofreció un asiento á Isidro, que atentamente lo rechazó; le ofreció con española urbanidad su casa: le dió á la inglesa un vigoroso apretón de manos, y subió al coche, en el que, con un movimiento á la vez indolente y brusco, le había precedido su hija.

## SEGUNDA PARTE.

Un año había pasado; un año en la vida pasa mas ó menos pronto; pero un año en los libros pasa entre dos renglones.

Isidro lo había pasado afanado en los acumulados negocios que le proporcionaban su bufete y el de su cuñado, al que á su vez reemplazaba en su desempeño, en vista de que la enfermedad que le aquejaba se había agravado. Los ratos de descanso los empleaba Isidro en aliviar á su hermana en los cuidados y la incesante asistencia que requería la enfermedad de su marido, los que con tan admirable celo, inteligencia y abnegacion prestan las mujeres españolas á los enfermos que asisten.

Así sucedía que como una vida exclusivamente ocupada por el trabajo y por los cuidados y deberes de familia, deja los intereses personales en segundo término, Isidro no se entregó á toda la inquietud y desasosiego que debían producir en su ánimo dos circunstan-

cias que, si bien paulatinamente, vinieron á herir su delicadema y á lastimar su corazon.

Era la primera la falta de celo y eficacia de Amaro en activar el despacho de su nombramiento de juez. Al principio de su ausencia le habia escrito algunas cartas dándole cuenta de algunos pases sin resultados que con el referido objeto habia dado, tropezando siempre con dificultades, ya por cambios de ministros, ya por anteponerse á lo justo y á lo prometido injustificables exigencias de diputados y periodistas, viendo con dolor que no es la senda marcada por la ley y la justicia la que conduce al logro.

Las cartas de Amaro fueron escaseando y haciéndose cada vez mas lacónicas. Isidro, que no tenía orgullo ni amor propio, y que por lo mismo que carecia de esos vicios de almas inferiores, tenía la primera virtud de las superiores, la dignidad intransigente, no le volvió á escribir ni á recordar su promesa, diciéndose á sí mismo con tristeza, pero sin encono: *¡Qué cierto es el refrán pesimista á muertos é ídolos no hay amigos!*

La otra causa de dolorosa extrañeza que tenía era el que las cartas de Elena, que en los primeros dias de ausencia habian sido largas, sentidas y apasionadas, se habian trocado despues en cortas y rápidas, conteniendo solo quejas amargas por su prolongada ausencia, mostrándose en ellas decidida y aferrada en no admitir



como válidas ninguna de las razones que motivaban la necesidad apremiante de la permanencia de Isidro donde se hallaba. En vano fue que procurase esto disipar los fantasmas que se forjaba la imaginación de una mujer que era por carácter y por causa de su situación precaria, celosa y desconfiada.

Al fin del año, el cuñado de Isidro se restableció, lo que coincidió con la reposición del amigo de su padre en su importante destino, por lo cual Isidro, sin desatender á sus deberes, pudo satisfacer sus vivos deseos de trasladarse á Madrid.

Al llegar á dicho punto, se encaminó, como es de suponer, á su acostumbrado hospedaje, en casa de doña Pepita. Al verlo esta, demostró la mayor alegría, y después de darle mil bienvenidas, le dijo con una sonrisa significativa:

—¡Cuánto se ha hecho V. aguardar, D. Isidro! Por fin, viene V. á dar el pésame; pero ya viene tarde, pues las lágrimas (caso que las haya habido) mucho há que se han secado.

—¿Qué pésame? preguntó Isidro alarmado.

—Vamos, vamos, camastroncillo, repuso doña Pepita: que se hace V. el desentendido, y sabe tan bien como yo lo que pregunta.

—Nada sé, señora.

—¡Pues qué! ¡Ignota V. que murió casi de repente el triste D. Tristan, y que ese avariento, miserable, sin entrañas, que veía sin apia-



darse á su sobrina trabajar de día y de noche, ha dejado una inmensa fortuna! ¡V. no lo sabía?

—Yo no.

—Pero ¿cómo es esto posible? ¡Ni tampoco sabe V. que la disfruta Elena, porque su dueño no se la pudo llevar al otro mundo, de manera que, como no tenía mas heredera legal sino esta sobrina, todo ha recaído en ella!

—¿Y de qué murió? preguntó Isidro.

—De un accidente, contestó doña Pepita. Su buena patrona mandó inmediatamente á avisar á doña Manuela la novedad; no pudiendo ir allá la pobre señora, me suplicó que acompañase á Elena para que prestase á su tío la asistencia debida.

¡Ay, D. Isidrito! ¡No se me olvidará mientras viva lo que allí presencié, que fue la muerte de un avariento que no ha pensado en su vida mas que en su dinero, y esta muerte es espantosa! ¿Qué sabía es la Iglesia en haber colocado á la avaricia entre los pecados capitales, ó mortales? ¡Yo que lo creía mas inocente que los otros seis! Y es tan malo ó mas; pues aunque mate menos ruido y es menos escandaloso que los otros, estoy para mí que aparta mas al alma de Dios. No, no, D. Isidrito: no quiero riquezas si han de enterrar mi alma en metales antes que mi cuerpo en tierra.

—Dice V. bien, y como una buena cristiana

que es, que no olvida que tiene un alma que Dios le dió de su soplo despues de haber formado nuestro cuerpo del polvo de la tierra; pero prosiga V. su relacion.

—Cuando Elena y yo llegamos á la zahurda que su tio habitaba, vimos tendido sobre un catre de tijera á su dueño, cubierto de sucias girones, el que permanecia sin sentido; una mala mesa de pino, dos sillas rotas y un gran arcon de hierro con doble candado, era todo lo que allí se encontraba. El médico estaba á la cabecera del enfermo, sin haber dispuesto otra cosa sino que se llamase al sangrador y que se trajese el santo óleo, el que apresuradamente habia ido á requerir el buen sacerdote que en la misma casa vivia. Pero ni el auxilio espiritual ni el corporal llegaron á tiempo, pues á poco de haber entrado el médico y nosotros, abrió aquel hombre casi cadáver desmesuradamente los ojos, los que, desatentados y saliendo de sus órbitas, se fijaron en el arcon de hierro, y sollevantando su exhausto cuerpo sobre el codo, con las ansias de la muerte, y sin apartar sus ya quebrados ojos del arcon, hizo un último esfuerzo, y con voz ronca y acento desesperado, gritó: *¡ahí queda!* y recayó horrible y desfigurado cadáver sobre su inmundada almohada.

Isidro, á pesar de su carácter sereno y contenido, hizo un gesto de repulsa, diciendo en seguida:

—¡Dios se haya apiadado de esa alma degradada!

—Ya le dije á V., D. Isidro, prosiguió doña Pepita, que lo que allí vi no lo olvidaré mientras viva. No padecí de nervios como las damas enfermas ó niñas románticas; pero la muerte de ese hombre tan olvidado de su alma, de otra vida y de un Supremo Juez que de esta nos pedirá cuenta, me horrorizó á punto de sentir una congoja y temblor nervioso, que traté y pude dominar con la oración que aparta el espíritu de las cosas terrenas; pero ocho noches estuve sin poder dormir, porque siempre tenía ante mis ojos aquel espanto.

Apenas murió, cuando Elena y yo quisimos retirarnos; pero la patrona y el clérigo que en la misma casa vivía no lo consintieron, pretestando que como era de suponer que tuviese el difunto la llave de aquel arcon (su solo pensamiento en vida y en muerte) debajo de su almohada, suplicaban á los presentes que no se moviesen de allí hasta que llegase el juez del distrito, al que ya habían mandado á llamar para contrastar ó inventariar lo que el difunto dejaba.

A poco llegó el juez, trayendo testigos. La llave del arcon se halló efectivamente debajo de la almohada del muerto, cuya cabeza parecía retenerla todavía con su peso.

El arcon fue abierto por el juez, que hizo

formar un inventario de lo que contenia, que todos los que estaban presentes firmaron como testigos.

Mentira, mentira, lo de la quiebra del Banco, D. Isidro. En el arca estaban los documentos que acreditaban que por el tiempo de su regreso de América habia puesto 100,000 duros en el Banco de Inglaterra, y otros 100,000 en el de Francia. Metidos en talegos, en buenas onzas de oro, tenia todos los réditos de este dinero, año por año, de manera que estaba el capital mas que doblado. Ademas, tenia casi todo lo que como jubilado habia cobrado del Tesoro, puesto que nada gastaba.

En lo demas, ni notas, ni cuentas, ni testamento se hallaron; de manera que, no teniendo hermanos ni mas sobrino que Eleanita, esta ha sido declarada heredera universal, y ha sido puesta en posesion de ese enorme caudal. Si no se lo ha escrito á V., es porque desea sorprenderlo, y para no quitarle esa satisfaccion: no se dé V. por entendido de que lo sabe.

Lo que habia oido dejó á Isidro parado. Habia en su alma noble y digna un sentimiento indefinido que lo llevaba á repeler la idea que él, pobre en la actualidad, con un porvenir que todo lo mas llegaria á ser descansado y honroso, pero nunca opulento, se uniese á una mujer poderosa.

—Vámonos: ¿qué me dice V. de su buena suerte! le preguntó doña Pepita.

—Yo hubiera deseado, contestó Isidro, que su tío hubiese dejado algo á su sobrina, pero que fuese menos, que fuese poco.

—¿Qué está V. diciendo? exclamó la buena señora, incapaz de comprender las elevadas, razonables y delicadas ideas que habían inspirado á Isidro lo que acababa de decir.

Este se sonrió, y repuso:

—Señora: digo que soy tan lagareño y tan vulgar, que no me deslumbran ni deseo grandes riquezas, que suelen ser mas provechosas á la vanidad que á la dicha.

—¡Jesus, María! exclamó doña Pepita: desde las que oía á mi andaluz y al artista, no he oído proposiciones mas descabelladas. ¡No querer mujer poderosa! D. Isidro, el romanticismo y sus extravagancias han pasado de moda; ahora lo está el dinero y el lujo, que llaman género positivo.

—Voy á ver á esas señoras, dijo Isidro levantándose. Y añadió distraidamente:

—¿Viven aun en el cuarto piso?

—¿Qué está V. diciendo, señor? repuso doña Pepita. Viven en el principal, en el cuarto que ocupó D. Jaime Aranséguí; ¡como que Elena compró la casa cuando se vendió!

—¿Que se vendió la casa? preguntó asombrado Isidro.

—Sí; pues fue labrada y en propiedad de D. Jaime, por lo que fue vendida poco después de su muerte; porque, á pesar de la bambolla con que vivia, dejó las cosas tan enredadas, que su hija ha quedado por puertas.

—¡Pobre Blanquita! dijo compadecido Isidro con la educacion que ha recibido, con las costumbres que la han hecho adquirir, debe sufrir mucho con ser pobre; pero esto es transitorio, porque, en casándose con Amaro...

—¡Casarse con D. Amaro! interrumpió doña Pepita: ¡buena hora es! Este señor no piensa, en cuanto á dinero, como V.; no desea poco, sino mientras mas mejor; y como se casaba por conveniencia, como se dice hoy, y, segun dijo el boquirrasco pretendiente, las circunstancias han cambiado, estaba libre de todo compromiso.

—¡Pobre Blanquita! repitió compadecido Isidro.

—Sí, y no, repuso doña Pepita. Ella no ha sentido el proceder de su amigo de V., pues por lo visto no le queria. Como Elena es tan buena, la ha recogido, y la tiene á su lado, pero con el cargo de asistir y acompañar á su madre.

—¡Y así dijo Isidro.

Y ese ya que la buena doña Pepita no supo evaluar, hacia descender mucho de la altura en que doña Pepita la colocaba, la bondad de Elena.

—Vaya V. con Dios, dijo esta á su huésped, que tomaba su sombrero. Allí encontrará V. á

su amigo, que es el tío abuelo de Elenita. El la compró la casa y ha colocado su dinero. Sus dos hermanas, de las cuales una es viuda, se han apoderado de ella, á quien acompañan y llevan á todas partes; en vista de que su pobre madre no puede hacerla.

Isidro estaba confuso, atolondrado. Las noticias que le habia dado doña Pepita, ciertas en lo concerniente al fondo de las cosas, eran superficiales y daban sospechas sin seguridad; y esta era la que descaba Isidro cuanto antes tener, por lo cual se apresuró á bajar á la habitacion de su prometida, á la que le precederemos.

En el testero de un suntuoso salon, sobre un rico sofá, estaban sentados Elena y Amaro. Aquella vestia aun un luto lujoso, adornado y alegre.

Amaro la decia en aquel momento.

—Mi padre era el que estaba empeñado en que me casase con Blanca, la que nunca me agradó, así como yo no tuve la suerte de hacerme querer.

Desengañado al fin mi padre de que este matrimonio no me haria feliz, y teniendo por otro lado fundadas quejas de D. Jaime, desistió de su empeño, dejándome libre de elegir compañera segun me inspirase mi corazon. Ahora bien, Elena: ya lo he dicho á V. que desde que vi á V... (pondremos aquí un etc., para evitarnos re-



petir, y al lector leer, el empalago de las palabras de un amor salido del arcon de hierro del miserable avaro) me propuse, prosiguió Amara, como leal amigo de Isidro, no volver á ver á V.; pero puesto que él se ha portado tan inicuamente, faltando á su palabra y olvidando sus compromisos, puedo, sin faltar á la delicadeza, seguir los impulsos de mi corazon.

Ademas, Elena, el mundo es mundo, y en el mundo vivimos; bueno ó malo, hijos somos de nuestro siglo; si la suerte destina á V. á ser uno de los astros que brillen en las altas regiones de la capital con la esplendidez que le proporcionan sus riquezas, seria un suicidio irse á un villorrio á ver firmar sentencias á su marido.

—Eso nuncal dijo con decision y desdeñ la flamante millonaria.

—Elena: á V. corresponde un partido adecuado, que aumente y no eclipse el brillo de su posicion.

Al pie del salon estaba sentada doña Manuela, en un sillón apartado de la luz del día, y á su lado estaba Blanca, cubierta de un sencillo y triste luto, leyendo en alto.

—Ya estarás cansada, hija mia, le decía con cariño y dulzura doña Manuela; deja, pues, la lectura: te lo pido.

—Señora, permítame V. que prosiga, respondia Blanca; ¡lo hago con tanto placer! no solo porque á V. se lo cause, sino por lo que á mí me



interesa la lectura. Mi pobre padre (q. d. D. g.) me quería tanto, que nunca me obligó á ocuparme en nada serio, y me crió como la mala yerba, sin cultivo. ¡Cuánto he aprendido desde que tengo la dicha de estar al lado de V. ¡Cuánto, por sus lecciones, por su ejemplo y por las buenas lecturas espirituales, instructivas y amenas en que repartimos el tiempo!

—Las lecturas, hija mía, repuso doña Manuela, deben instruirnos, aclarar nuestro entendimiento, formar el buen sentido, refinar el gusto, ennoblecer los sentimientos reprimiendo sus excesos para que no se desboquen en pasiones, y avivar los amortecidos para que no se emboten en la inercia, para lograr de esta suerte que la razón domine en la juventud..

—Y la bondad y la austeridad en la edad madura, como en V., señora, se ve, interrumpió Blanca.

En este momento entró Isidro.

Amaro se levantó sorprendido al verle; pero, dominando cierto embarazo, causado, no por su cenciencia, sino por consideraciones mundanas, fue á su encuentro y le dijo:

—¡Bienvenida! ¡Cómo no has avisado tu llegada!

—Nunca lo he hecho, contestó fríamente Isidro, que se acercó á saludar á doña Manuela.

Ella lo recibió con las mas sinceras demostraciones de satisfaccion y de cariño. Saludó

igualmente á Blanca, preguntándola si habia olvidado al amigo que Amaro habia introducido en su casa.

—No, señor, contestó Blanca.

Y añadió sonrojándose:

—Ni tampoco he olvidado la manera inconveniente y descortés con que lo recibí; era muy niña y muy necia entonces.

Isidro se acercó á saludar á Elena. Toda la dulzura, timidez y modestia con que la pobreza y su triste situacion habian hecho tan simpática y atractiva la persona de Elena, habian desaparecido: se habia envanecido, lo que contribuia á dar á su talante erguido una altanería y entono que rechazaba á las gentes razonables y cultas, que no han llegado á hallar (á la moda del dia) atractivos y gracias en vicios, defectos y rarezas. Sus cejas negras, que eran muy pobladas, se unian en este momento, formando un entrecejo duro y desdénoso. Todos los santos y poéticos atractivos de la virgen cristiana se habian desvanecido al soplo del orgullo y de la vanidad, del deseo de lucir y de dominar.

—Elena, le dijo Isidro con tristeza: ignoraba vuestro cambio de situacion; lo celebro si os hace feliz; pero, por mi parte, mucho he sentido no subir á aquella modesta habitacion que encierra para mí tan gratos recuerdos.

—Pues mucho he celebrado yo dejarla, con-

testó Elena; porque para mí no tiene mas recuerdos que las muchas lágrimas que por distintas causas en ella he derramado, no siendo las menos amargas el olvido y abandono que sufrí cuando era pobre, y que...

Elena iba á añadir: «Y que si cesa no será debido al amor;» pero Isidro, que adivinó el final de la frase, la interrumpió, diciendo:

—No prosigais, señora, ni penseis que sea necesario el insulto para alejarme: basta desearlo.

Lo que diciendo, se alejó. La indignacion hacia hervir su sangre; pero no por eso le abandonó esa calma y esa sangre fria que, cuando no es debida á una naturaleza insensible y floja, es la varonil fuerza de voluntad, patrimonio de naturalezas superiores, la que se mira propiamente simbolizada en esos grupos de la estatuaría griega, en que se ve un hombre fuerte y hermoso que sujeta por el freno con vigorosa mano cuatro fogosos caballos que se encabritan y tascan el freno.

Isidro se acercó á doña Manuela para despedirse.

—¡Se va V. ya. D. Isidro! le dijo con profunda tristeza la buena madre, que presentia lo que acababa de suceder.

Isidro se disculpó con los quehaceres que le traian á la capital, pero prometió volver.

—Sí, sí, vuelva V.!, rogó la excelente señora,

que tan capaz era de apreciar lo que valia Isidro. De noche vienen sus amigas á llevarse á Elena al teatro, ó á sociedades numerosas; y (á no venir doña Pepita) estamos solas con esta pobre niña, que en vano me esfuerzo por consolar de la muerte de su padre: tráigale V. consuelos.

—¡Consuelos por la muerte de un padre! ¿Amos los hay? repuso Isidro; pero admito con gratitud el permiso de acompañar á Vda. en sus horas de soledad, que lo son también para mí.

—¡Recuerda V. á mi padre! preguntó Blanquita. ¡Mi pobre padre! ¡Cuánto sufrió en su cuerpo y en su espíritu! ¡Y yo, niña egoísta y loca, no veía apenas sus padeceres, ni sospechaba la causa! Cuando quería introducir alguna economía, que el estado de sus negocios hacía necesaria, ¡Dios mío! yo me oponía con ese despotismo de niña mimada, que es la serpiente del labrador que le dió vida en su seno. Veía sufrir y decaer al mejor de los padres, y en lugar de consolarle y de provocar una confianza que me hubiese hecho compadecerlo y cuidarlo, forzaba al padre amante, que no sabía resistirme, á llevarme á paseos y teatros, en los que tanto se aumentaban sus sufrimientos. ¡Oh Dios, qué conducta! ¡Ella contribuyó ciertamente á acelerar su muerte, y su recuerdo graba en mi alma tal dolor y tan

acerbos remordimientos, que han de amargar toda mi vida! Los buenos hijos pueden hallar consuelo; los malos no!

A Blanca cortaron sus sollozos la palabra.

—Hija mía, le dijo doña Manuela: tu reciente dolor por la muerte de tu padre hace que exageres tus faltas, que no han sido hijas de tu corazón, sino de tu viciada educación, y la prueba es la esmerada y cariñosa asistencia que tuviste á tu buen padre, cuando, al agravarse el mal, no te lo pudo ocultar. Pero para tí, Blanca mía, ha sido la primera desgracia de tu vida (como dice un autor) el rayo que derribó á San Pablo.

Isidro miraba y oía con admiración aquella jóven, tan completamente trasformada, por la desgracia; aquel orgullo necio y frívolo que antes estentara, anonadado por la pobreza; aquella fría indiferencia, ahogada por las lágrimas; aquel espíritu frívolo, sentido y madurado por la instrucción y buenas lecturas; aquel completo vacío del corazón y de la cabeza, ocupado por la reflexión y los sentimientos religiosos, que son las alas que alzan el sentir y la mente á aquellas altas regiones por las que el alma anhelaba. ¿Qué contraste formaba con Elena, esa mujer que abusaba del lujo como legítima pobre enriquecida; aquella mujer que abandonaba el cuidado de su madre á manos extrañas; aquella mujer que daba oídos al hombre rico y

elegante, pero villano, que abandonaba á su prometida al verla empobrecer; que buscaba un pretexto para deshacer su compromiso con un hombre que valia y la habia amado pobre y desamparada.

## TERCERA PARTE.

---

En una tarde de noviembre, fresca, precursora de los alegres días de frío y de los tristes temporales que gimen y lloran, se hallaba en un olivar poco distante de la estación que cerca del pueblo de Posadas tiene la vía férrea de Córdoba á Sevilla, una cuadrilla de cogedores de aceituna, las que, como es sabido, se componen de mujeres, niños y ancianos conducidos por el *manijero* que dirige la cogida, y por el *veedor*, que es el que lleva la cuenta de las fanegas de aceituna recogidas.

Toda recolección es un trabajo bien retribuido, y en el que se reusan multitud de trabajadores; y así, por penosa que sea, es un trabajo alegre para el pobre, el que además siente instintivamente el amor y amparo del Todopoderoso en los dones que expende á sus criaturas. Solo el dueño, si es avaro, frunce el ceño cuando aun le parece corto el beneficio de Dios.

Habíanse sentado los cogedores á la orilla



del camino para descansar, cuando vieron acercarse, viniendo de la estación, á una señora de edad, gruesa, que traía en la mano un saco de viaje, una caja de madera, redonda, y una cartonera colgada del brazo. Tenía puesto sobre un vestido color de castaña un abrigo ceniciento guarnecido de verde, una cofia negra con lazos de cinta amarilla, y por cima un velo de tul que á duras penas retenía de las embestidas de un viento largo que se empeñaba en llevárselo por trofeo.

—Esa hembra no es de por acá, dijo al verla uno de los cogedores, anciano, derecho y acartanado.

—¿En qué lo conoce V., tío Bambum? le preguntó una de las muchachas, que admiraba el visual atavío de la forastera.

—En que aquí las ancianas no andan tan seicaladas ni llenas de colorines y moños como conjo de rifa.

—Cuando lo dice el tío Bambum, que ha sido soldado y ha andado todas las partes del siglo y todos los que han sido puertos de mar, y se remontó hasta donde está el ruso y los asos blancos, verdad será, opinó un viejo, pequeño y encogido, gran admirador del tío Bambum, que llamaban, por ser muy moreno, el tío Choba.

—Cuando él lo dice, verdad será, repitió por segunda vez.



Llegó en este instante la señora aludida muy sofocada, y dijo con afabilidad y acento madrileño:

—Buenas tardes tengan Vds.

—Venga V. con Dios: ¿se encamina su merced al pueblo? respondieron los cogedores.

—Sí; y quisiera que algun chiquillo me llevara este saco: ¿me lo quieres llevar tú (prosiguió la forastera dirigiéndose á un chiquillo que le miraba con la boca abierta) y te daré seis cuartos?

—Sí; respondió el muchacho, que al oír la suma prometida cerró la boca y abrió tan sólo los ojos.

—Se dice sí, señora, rudo, dijo al muchacho una de las cogedoras.

—¿Y sabrás también, prosiguió la forastera, llevarnos á la casa del juez?

—¿Pues no ha de saber! dijo una de las mujeres; ¡quién no sabe en casa del juez, donde los pies se van solos, pues allí, si el marido es *speculum justitiae*, la mujer es *consolatrix afflictorum*!

—¿Conque tan buenos son! preguntó con semblante muy complacido la forastera.

—Para celebrar al juez, nadie pone mas que la boca, dijo el tío Bumbum.

—Un juez como han de ser los jueces, mas cabal que las perra, dijo un hombre.

—Mas derecho que el dedo de San Juan, añadió otro, que prosiguió, mirando á la caja y á la

cartonera que la señora traía: ¡á ese le pueden venir con regalitos! Como que á uno que le fue con un empeño y le llevó seis gallipavas, lo metió en la cárcel, en la que cada día le mandó una de las gallipavas muy retebien guisada, y hasta que se comió las seis no le dió carta de libertad.

—Pero ¡y bueno! ¿De eso no se ha visto, y si no, lo que acació á la tía Pae Santa!

—¡Pae Santa ha dicho V.? preguntó la formatera, poco acostumbrada á oír los apodos con que se nombran y conocen los campesinos en Andalucía.

—Sí, señora: *asina* la dicen, porque á su padre, que era un hombre retebuenísimo y muy arrimado á la Iglesia, lo pusieron el *Pae Santo*, y ella ha heredado el nombre, que le viene de molde, pues es tan buena como su padre. La pobrecita en las noches de verano se pone á rezar el rosario á la puerta de su casa; y como todas estamos también sentadas al fresco á las puertas, lo rezamos con ella. Despues del rosario, reza á todos los santos de la corte celestial; y cuando ya no le queda en la memoria ninguno, le reza al monte Tábor.

—¡Sabea dijo otra mujer, que la pobrecita está muy malita?

—¡Qué me dices! Mucho lo siento, aunque á esa antes de morir se la llevan los ángeles al cielo.

—¿Y qué es lo que acaeció á esa buena mujer? preguntó la forastera, para la que todo lo que se rozaba con el juez tenía gran interes.

—Murió un hombre rico, refirió la interpelada, y dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres mas necesitados del pueblo. Entre estos señaló el cura, que era el encargado de nombrarlos, á la tia Pae Santa, que tiene tres vejeces: una de penas, otra de trabajos y otra de años, sin mas que un dia sobre otro. Pero el albacea, que está muy retobien acomodado, pero que es mas duro que los guijarros de Villamalsilla, y mas agarrado que las piñas de Segura, no habia forma que le entregase la manda, y no le daba mas que entretenedoras. —Venga V. mañana, vuelva V. pasado.—Tia Pae Santa, le decíamos todos: si no echa V. por otro camino, cobrará V. cuando luevan penas: no tiene V. mas remedio que acudir al juez.—Y tanto le dijimos, que la pobre, aunque es mas encogida y metía en su concha que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó á su señoría, y le dió su queja. El juez le dijo con muchísima de la crianza que se sentase, y mandó á llamar al tal. Cuando llegó, le preguntó, con esa cara tan hermosa y respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella *desdichada* le habia dicho. Ya se ve! no lo pudo negar; pero como no tiene ni chispita de car-

min en la cara (1), le respondió con la frescura del mundo que el difunto no había señalado plazo para la entrega de las mandas. La pobre de la tía Pae Santa, que ve muy cercano el día de su muerte, se echó á llorar por su cara abajo. Entonces el juez se levantó, sacó una onza, que le dió á aquella infeliz y, encarándose con el alma de corcho del albacea, le dijo:—De aquí en adelante me debe V. esa onza á mí; y le volvió la espalda. Digo á V., señora, que es el juez en San Lomón (2), con una cabeza atestada de *laltines* y unas entrañas llenas de piedad.

—Verdad es, opinó una mujer; pero si él es *juadoso*, su mujer es misericordiosa (3).

—Señora, añadió dirigiéndose á la forastera: ¿trase su *marsé* por acá algún asunto con la justicia?

—Calla, Josefa, le dijo el tío Bambum; que el preguntar lo que no se nos dice es descortesía: la curiosidad tenía para lavar la ropa, hija mía.

—Pero *escáman* su *marsé*, que viene muy acansinada, dijo una de las mujeres; siéntrese en el chueco de este olivo, que se ha de hallar mas á gusto que en los *butacos* que han traído á la estación.

(1) El que no se avergüenza, que no tiene vergüenza.

(2) Milomón.

(3) El Diccionario hace sinónimas estas palabras: el pueblo las diferencia.

La forastera se sentó para descansar un rato, y preguntó:

—Señoras: ¿me querrán Vda. decir por qué nombran á ese su compañero el tío Bumbum? Que ese apodo me ha llamado la atención.

—Yo se lo diré á su merecé, repuso una vieja. Años atrás, cuando volvió de la guerra del francés, trajo un canto que no se le caía de la boca, y esto tenía por remate el bum, bum de las cañoneas. Tío Bumbum, bien podía V. cantárselo á la señora: ande V.

El interpelado no se hizo de rogar, y cantó en una bonita tonada, con voz fuerte, aunque cascada, esta antigua canción del tiempo de la guerra de la Independencia:

Napoleón tuvo un hijo  
y muchos murmurar;  
por corona le pusieron  
una piedra de amolar (1).  
Que gran belaco, bum, bum,  
que guiso á España  
y se llevó chasco.—Bum, bum.

—¡Bum, bum! gritaron los muchachos imitando tiros.

—Otra, otra, que una no es ninguna, pidió riendo el auditorio.

—Pues vaya otra, respondió el anciano cantor:

---

(1) El pueblo nativo siempre en la creencia de que Napoleón había sido amulador.

Enteó em aleyosia  
y nos quise avasallar,  
pero se salió de prisas  
volviendo la cara atrás.  
Que grau baxasé, bum, bum,  
que quise a España  
y se llevó chasco.—Bum, bum.

La forastera, que estaba muy divertida, dijo entonces al veterano:

—¿Sabe V. como tienen ahora en Francia otro Napoleon?

El veterano contestó:

—Y á mí, ¿qué me se da? A ver cómo no tienen veinte.

—Y si este viniese á España, iría V. á combatirlo? preguntó la señora.

—Yo ya no puedo más, sino atizar, respondió el veterano; pero ahí están mis hijos y mis nietos que darían su sangre por Isabel II, la mas noble y generosa de las Reinas.

—Suénase que este Napoleon también va á hacer guerra por allá por el Norte, dijo la forastera.

—Pues dígoles á V., dijo una pobre mujer que había perdido un hijo en Navarra y otro en África, que las tales guerras son una barbaridad si las hay. Bien se dice que al ver el Señor el amargo dolor de Adán cuando Cain mató á Abel, se compadeció y le dijo: Adán, no te desconsueles, que de ti nacerán muchos pueblos que poblarán el mundo entero: vuelve el rostro, que haré que puedas ver la órbita del

mundo entero, y que tu vista traspase el velo que cubre lo venidero. Adán se levantó, y largo rato estuvo mirando el cuadro que á su vista se presentó. Poblado estaba el mundo; numerosos pueblos lo cubrían por do quier; pero á todas las miró en guerra á unos con otros; por todas partes muertos y sangre.

Entonces, tapándose el rostro con ambas manos, le dijo sollozando al Criador: SEÑOR, SEÑOR, DEJADME LLORAR Á ANEL.

—¡Con lo que quiero V. poner el caso, dijo el veterano, que toditos los que van á la guerra son unos Caines?

—Los que las disponen, cabales.

—Pues que cullen las señas mujeres, por las que entró el pecado en el mundo, y con él todo lo malo, dijo sentenciosamente el tío Bumbum.

—¡Ma podrán Vds. decir, preguntó la forastera, si se ve desde aquí el pueblo de Cantillana, que está en la línea del ferro-carril de Córdoba á Sevilla?

—No, señora, contestó el tío Bumbum; está á catorce leguas de aquí, y no se ve sino cuando pasa á su vera el ferro-carril, porque está metido entre arbolado como un rebaño entre matorrueles.

—Pues tengo curiosidad de verlo, dijo la forastera, porque lei hace pocos años en un periódico una novela muy bonita, aunque á vueltas de hacer encarnizado escarnio de Andalucía, y



que d'ellicaba, por escarnio tambien, el autor (que se firmaba *Autora*, pero que á nadie ocupó, y el que lo quiso saber supo quién la habia escrito) á un escritor andaluz que, como lo hacen cuantos la han visto, celebraba esta herpasa provincia de España, que tanto han llorado y lleran los moros. En dicha composicion, á la que el autor no da nombre, venia á contar el origen de la conocida frase de *el Obispo está en Brenes, y el diablo anda en Cantillana*, y quisiera ver la casa que labró el indiano, y...

—Señora, ¿qué está V. diciendol? ¿Y qué tiene que ver indiano alguno con el dicho del diablo en Cantillana? le dijo el tío Bumbum.

—¡Pues no ha de tener! lo ha visto impreso en letra de molde.

—Y eso, ¿qué prueba? repuso el tío Bumbum. ¿No ha oido su merced el refran de *miente mas que la Gaceta*? pues eso *inventado* está. Señora, el dicho ese, aquí tuvo principio y aquí sabemos de unos en otros el cuándo y el cómo fue, que por entonces no habia Indias ni indianos por el mundo.

—¿Y me lo querrá V. referir? replicó la forastera.

—¡Por qué no! contestó el veterano, que no descaba otra cosa que contar.

Y empezó de esta suerte su relato:

Salió en una ocasion el Rey D. Pedro, al que



los grandes pusieron el *Cruel*, y los pobres el *Justiciero*, á escoger, y tiró río arriba hacia Cantillana. Habíase separado de su séquito, y apretándole la sed, se entró en una villa en que vió trabajar á un hombre. Pídióle de beber, y el hombre, aunque sin conocerlo, fue á su encuentro y le trajo una talla de agua. Mientras bebía, observó el Rey que aquel hombre estaba muy triste y caído de ánimo, por lo que le preguntó qué era lo que le aquejaba. El infeliz le respondió que tenía una pena de las mas grandes; pero que como nadie la podía remediar, no tenía por qué decirle. — ¡Quién sabe! le dijo el Rey: cuente V. *que penas participadas, si no se curan, se alivian*; y por aquello de *que carazon que se halla herido, el prisionero se mete*. El desdichado refirió al Rey que era el mesonero de Cantillana, y que el escribano del pueblo había engañado á su hija con palabra de matrimonio, palabra que no queria cumplirle, alegando que no podian casarse porque eran primos, y que esto no era mas que una mala disculpa, puesto que podia pedir la dispensa al Obispo, que casualmente se hallaba haciendo la visita en el cercano pueblo de Bienes.

— ¡Y cómo no se ha quejado V. al alcalde? le preguntó el Rey.

— Pues ya se ve que me he quejado al alcalde, contestó el pobre padre; pero el alcalde y el escribano son compadres, y están compagina-

dos en todas cosas, por lo cual el alcalde no ha hecho maldito el caso de mis quejas.

El Rey se despidió, y se fue de un tiron, y sin perder la derechura, á Cantillana.

Entró en el meson, habló con la mesonera y su hija, y habiéndose convencido de la verdad de lo que el hombre de la viña le habia relatado, le dijo á la mujer que fuese á decir al alcalde que habia en su meson un hombre que tenia precision de hablarle.

El alcalde, mas tieso que un D. Pedro de palo, y con la cabeza mas erguida que un gallo castellano, se presentó en el meson, con su vara empuñada y su sombrero encasquetado.

—¿Me conoce V.?, le dijo D. Pedro.

—Yo no, respondió muy en sí el alcalde.

—Pues sepa V., mal alcalde, que soy el Rey, dijo D. Pedro.

La vara se escurrió en las manos del alcalde, que se uncogió como una paja, y echó á temblar como un azogado.

—Escuchad bien lo que os voy á decir, pro-siguió el Rey. Que se levante ahora mismo la herca en la plaza, y que mañana á estas horas esté casado su compadre el escribano, ó enligado en olla; y cuidado como á nadie decís que he estado aquí.

El Rey salió, dejando al alcalde mas muerto que vivo.

Apenas se recobró, cuando, echando una car-

ron en pelo, que no paró hasta llegar á la casa del escribano, en la que entró gritando:

—Compadre, cácese V., y sobre la marcha.

—¿Está V. ido de sentido? contestó asombrado el escribano.

—Compadre, en su interes y en el mio se lo pido: ¡cácese V.!

—Que no.

—Pues le digo á V. que no tiene mas remedio que cumplir en seguida la palabra que ha dado, y casarse. ¡Al avíol! ¡Al avíol!

Y el alcalde, azorado, le empujaba hácia la puerta.

—Compadre, dijo amostazado el escribano: ¡qué mosca le ha picado á V.! ¡No sabe V. acaso que eso no puede ser, porque somos primos la hija del mesonero y yo!

Entonces el alcalde, cada vez mas azorado, le dijo:

—Compadre, cácese V., que el Obispo está en Bienes, y... y... el diablo en Cantillana.

Al oír esto último, el escribano comprendió lo que queria decir el alcalde, y se casó.

—Agradezco á V. la referencia que me ha hecho, dijo la forastera al veterano. La novela del periódico podrá parecer al que la escribió y á otros muchos mas bonita; pero del modo que V. me la ha contado tiene mas visos de verdad, y esto es lo que en estas cosas vale. Ahora, cuando haya de hacer una cosa de prisá

quitando estorbos que sirven de disculpa, recordaré á D. Pedro, que sabia disponerlos. Pero, señores, mucho me he detenido; las tardes son las mas cortas del año, y me va á anochecer en el camino.

—Mucho mas cortas son allá por el Norte, dijo el veterano, pues á las cuatro ya es de noche.

—Las cosas que dice el tío Bumbum tan gordas son, que no se pueden tragar, opinó á media voz un zagalón escéptico.

—Calla, hormigon, le dijo severamente el veterano, que lo oyó; que cada vez que abres la boca, que parece un obús, es para darte á tí propio la patente de sandio. Tú no has visto el mundo mas que por un agujero: así lo que tienes que hacer es oír, ver y callar; ¿estás? Cuando á tí te bautizaron, hacia mucho viento, y se llevó la sal.

—Muchacho, ven acá, dijo la forastera; cuelgate el saco del brazo para que puedas llevar con cuidado, y sin que se traqueteo, esta caja en la mano. Yo llevaré la cartonera. Señores: quedaos con Dios. ¡Lloverá?

—¿Qué, señora! ¡No ve su mersé que no se vislumbra una nube, y que nos cobija el cielo viejo (1)! Vaya su mersé con Dios.

Va habia anochecido cuando la señora llegó

(1) Así califican los campesinos al cielo despejado.

á la casa donde la condujo su guía; pagó á este lo prometido, le tomó la caja y el saco, y llamó á la puerta.

Salió á abrirle una moza ascada y dispuesta, que quiso anunciar á sus amos la llegada de una visita; pero la forastera se lo impidió, rogándola únicamente que la indicase dónde los hallaría. La criada introdujo á la señora en una sala del piso bajo, el solo que tenía la casa; siendo al alto pajar y granero, en que dejó su estorboso equipaje; y en seguida se acercó á una puerta de cristales que estaba cerrada, pero por la que, al traves de sus visos de muselina, se esparcía la viva luz de un reverbero colocado sobre una mesa de uñuillas ó estufa, en una habitación mas reducida que la primera.

La señora desvió un poco el viso, y una sonrisa de satisfacción se extendió sobre su bondadoso rostro al contemplar el hermoso cuadro que se le presentaba.

Sobre un sofá, frente á la puerta, estaba sentado un hombre, jóven aun, á cuyo rostro daban una prematura pero suave gravedad, y la perfecta calma de una buena conciencia, unida á la falta de ambicion (la mas roedora de las pasiones) toda la hermosura de un templado y sereno día de primavera, cuyo cielo alto y puro está sin nubes ni celajes.

Tenia este jóven sobre sus rodillas á un niño de menos de cuatro años, que levantaba hacia

el rostro de su padre su linda cabezita, y parecía hacerle esas preguntas, hijas de las primeras percepciones de la inteligencia, que á menudo desatienden aquellos á quienes son dirigidas, en lugar de alentarias y satisfacerlas.

Al lado del sofá, sentada en un cómodo y sencillo sillón de paja, estaba una mujer que parecía casi niña, gracias á la frescura de su alba y rosada tez, á la fluira de sus facciones, y á la alegría y bondad de sus ojos azules como los de la inocencia. Había sentado sobre el borde de la mesa á una niña de un año, parecida á ella, cuyos rubios ricitos, que no todos podía retener una primorosa gorrita, adornaban su nuca y sus sienes; difícil era profijar, al ver estas dos seres encantadores tan amorosa y exclusivamente ocupados uno de otro, aquel que con mas ternura y apego amaba al otro.

—¿Cuánto me quieres, Manolita! decía la madre.

La niña, con un movimiento impetuoso, echó sus bracitos al cuello de su madre y la cubrió de apasionados besos.

La puerta de cristales se abrió, y á los atónitos ojos del matrimonio se presentó la finastera.

—¡Doña Pepita! exclamaron ambos consortes simultáneamente.

—La misma, contestó esta corriendo hácia la jóven, y abrazándola, impidiéndole de esta suerte al ponerse de pie: quieta, quieta, que no

quisiera descomponer el precioso cuadro que desde la sala contigua he estado admirando. ¡Qué hermosa y qué gruesa está V., Blanquita! ¡Qué hermosos los niños! ¡Dios los bendiga!

—Pero ¿qué es esto? dijo Isidro abrumando á su antigua y buena patrona: ¡cómo está V. por estas tierras y nos proporciona la grande satisfacción de verla en nuestro modesto hogar!

—En el que no faltará á V. rica cecina, perdices, pollos, gallinas, conservas y ricas aceitunas aliñadas por mí.

—Lo que no faltará á V., dijo interrumpiendo á su mujer Isidro, es carifúosa y buena acogida; en cuanto á lo que dice Blanca, es amor propio de hacendosa y entendida ama de casa; tiene aquí unas amigas y maestras que han hecho de ella un portento.

—Lo cierto es, repuso Blanca riendo, que satisfago á mis comensales.

—¡Bien se conoce que no tiene V. casa de huéspedes! dijo suspirando retrospectivamente doña Pepita.

—¡Pero cómo V. por este rincón? repitió Isidro.

—La llegada de un hermano mío á Cádiz, donde ha caído enfermo, y desde donde me llama, me obligan á ir á aquel puerto. Ahora bien: ¡cómo había yo de pasar por delante del pueblo en que Vds. viven sin detenerme una hora para verlos y conocer á estos ángeles!



—Saluda á esta señora, que es una antigua amiga nuestra, dijo Isidro al niño; el que, obediente, aunque con pocas ganas, se acercó á la huésped.

—Ya nos haremos amigos, dijo besando la rosada mejilla del niño doña Pepita; la que, levantándose en seguida, corrió á la sala inmediata, de la que volvió con la gran caja redonda y la cartonera; abrióla, y apareció con ojos amenazadores una serpiente enrollada, á la que los niños miraron á distancia y recelosos; pero al ver á doña Pepita destrozarla, y á sus padres, despues de dar gracias á la dadora, celebrar y comer aquel monstruo, se disipó su espanto, que al gustar aquel manjar se convirtió en agrado.

El niño, familiarizado ya con la huésped, gracias á los buenos oficios del azúcar y de la almendra, le preguntó si todas las culebras y demas sabandijas de Toledo sabian como aquellas.

—Hijo mio, le respondió Isidro: algun dia sabrás cuántas cosas hay á las que la malignidad y hostilidad del mundo da la apariencia de culebras, y que son suaves é inofensivas como este mazapan.

La huésped abrió la cartonera, y de ella sacó un sombrerito de niño, adornado con un lindo pajarito con su pico, sus ojitos y su vistosa cola; y enseñándoselo al niño, le dijo:



—Para tí, hijo mío.

Este lanzó un grito de alegría, y quiso echar mano al pajarito; pero su madre se lo impidió.

El niño, desesperado por esa defensa arbitraria de su madre, que hollaba su derecho de propiedad, que él sostenía gritando: ¡Ea mío! ¡Ea mío! se puso tan pesado é insistente, que su madre, incomodada, le dió un cocotazo; entonces los gritos, quejas y lloros del niño sonaron á toda orquesta. Doña Pepita, torpe consoladora de niños (como lo son muchas personas que por extirpar en ellos lágrimas saludables les infunden ideas nocivas), tomó al niño sobre sus rodillas, diciéndole:

—¡Pobrecito mío! ¡Si tú tenías razón! Lo que ha hecho Blanquita contigo es una crueldad; vamos: esa manilarga no es tu madre.

—¿Que no es mi madre! preguntó el niño.

—No lo puede ser.

—¿Que no es mi madre! repitió el niño.

—No.

—Pues si no es mi madre, dijo el niño, lo digo *bata* (bruta).

Doña Pepita y la misma Blanca se echaron á reir á carcajadas; pero su padre, reprimiendo su hilaridad, dijo al niño:

—Vaya V. inmediatamente á la cama, desobediente, rabioso y mal hablado, y pida á Dios perdón por su mal comportamiento.

Doña Pepita, al ver la cara contrita y alligi-

da del niño, quiso intervenir; pero, como es de suponer, fue inútilmente.

El niño, con el corazón encogido, le dió las buenas noches, besó la mano á su padre y á su madre, pidiendo su bendición, como de costumbre tenia, y se encaminó á la puerta. Llegado que hubo al umbral, recordando la tan repetida palabra de las sesiones de Cortes, que leia su padre á su madre, volvió la cara, y dirigiéndose á su padre dijo en tono resignado: *Al orden, al orden*. (1); atravesó despues la sala, llamando con voz plañidera: Chacha, chacha, acuesta á este niño, que ha sido malo.

—¡Angelito! ¡Qué rigor! dijo entonces doña Pepita.

—Lo necesita, repuso Isidro; tiene mucho genio, y es necesario doblegarlo desde temprano.

—Hablando de su entereza, añadió Blanca, dice la cocinera, madre de nuestra criada, con las graciosas ponderaciones andaluzas, que es capaz el niño de darle tres patadas al sol, y quedarse preparado para darle otra á la luna. Pero si viera V., doña Pepita, lo gracioso que es, las ocurrencias que tiene y las preguntas que hace! ¡Cómo nos entretiene y encanta las primeras horas de la noche! ¡Qué teatros ni qué bailes podrian proporcionarnos mas grato solaz?

(1) Años trágicos son ciertos: estas cosas no se inventan.

—Blanca, opinó Isidro: esto no lo comprenden los que no tienen hijos.

—Pues yo sí lo comprendo, repuso doña Pepita, y la felicidad de tener una criatura tan hermosa como Manolita, que se ha dormido en las faldas de su madre como un pajarito en su nido; y mas si recuerdo la vida tan aislada de corazón de Elenita...! Pero ¡quién hubiese jamás creído que D. Amaro, que tan apasionado estaba, ó aparentaba estar, de V., Blanquita, se hubiese enamorado de Elena! ¡Qué cambio tan repentino!

—En el que él ha ganado, repuso Blanca, que añadió sonriendo á su marido, y yo no he perdido.

—Dice V. bien, que no ha perdido, repuso doña Pepita; pero no acierta si piensa que él ha ganado. ¡Si supiese V. qué mudada está Elena! ¡Cada vez que recuerdo lo modesta y fina que era cuando habitaba en buhardilla, no hablándome jamás sino para dirigirme frases laudatorias y afables, y ahora tan altiva, tan burlesca! Cuando yo bajaba para acompañar un rato á la pobre doña Manuela, que está siempre tan sola, me veía precisada á vestirme como si fuese á Palacio, y me ponía aquel vestido de seda tan bueno de color de castaña: si llegaba alguna vez á encontrarla en su casa, como yo digo que se ha vuelto tan despreciativa y burlesca, la emprendía con mi vestido, al que llamaba,

por viejo y por su color, el *general Castaños*. Un día me incomodé y le afeé ese tono burlesco y desdeñoso, que por cierto no gustaba antes; me contestó que ese era el tono de la sociedad fina moderna y aristocrática que trataba, y que se confirmaba á seguirlo por no parecer zalamera ni anticuada.

—Y decía bien, observó Isidro: pues ya no existía en su corazón la benevolencia y la modestia, ni aun la urbanidad que inspiran las demostraciones finas y bondadosas, que ella graduaba de zalameras y anticuadas.

—Pero ¿es feliz? preguntó Blasco.

—Está contenta, pero no es feliz; está contenta porque sobrepaja á sus amigas en lujo; está contenta porque se divierte, gasta y triunfa, y hace lo que quiere.

—Pero ¿y su marido? preguntó Isidro.

—Está casi siempre en Francia, ó en sitios de baños, en que juega y pierde de una manera meandolosa. Cuando regresa, es para echar en cara á su mujer sus locos gastos, sus fabulosas mentas de las modistas de París; ella á su vez le reconviene por su vida ociosa y disipada; hay amenazas de divorcio y de separación de bienes. Esta amenaza por parte de Elena aterra á Amaro, que se mete en el primer asiento que halla en el camino de hierro, y se vuelve á París á... á lo que generalmente se va á la capital mas *civilizada* del mundo. Ella da gracias

¿ Dios cuando él se asienta , y sigue su mismo método de vida ; ¡ pero si viese V. qué mudada está! ¡ qué delgada! ¡ qué amarilla! ¡ qué ajada! ¡ Ya se va! ¡ Esa vida tan agitada , tan desarreglada! ¡ Esas trasechadas...!

— ¡ Qué cosa tan justa y tan profunda ha dicho el *gran Obispo* , como es denominado el que lo es de Orleans , opinó Isidro , al aseverar que tendría buena opinión de un pueblo cuyos habitantes se acostasen y levantasen temprano!

— Verdad es , añadió con su buen sentido llano y certero doña Pepita ; ¿ no ser valar á un enfermo , ¡ qué cosa buena se hace de noche! Ninguna. La pobre doña Manuela , en su soledad y aislamiento , pasa la mas triste vejez ; teme que su hija enferme , en lo que lleva razón.

— ¡ Pues acaso padeces Elena? preguntó Blanca.

— Recien cuada , y á causa de una imprudencia , tuvo un mal parto , en el que no se cuidó , y no ha quedado buena. Además , su madre prevé que si siguen de esta suerte los despilfarros de la mujer y el derrochar del marido , se van á arruinar inevitablemente.

— ¡ Pobre Elena! dijo Blanca con tristeza ; cuando uno es feliz , quisiera que lo fuesen igualmente todos.

— ¡ Qué cosas se ven en el mundo! prosiguió doña Pepita : Elena , con su grande y tan codi-

ciado caudal, fastidiada, achacosa en sus suntuosos salones, apartada de un marido que solo pensó al pretenderla en sus millones, y V., Blanca, tan acostumbrada á grandezas, tan feliz, tan afanada, tan hermosa, tan unida á su marido, tan contenta en un tan insignificante pueblecito, en el que tanto bien hacéis y tan buenos ejemplos dais, por lo que todos (lo he sido) tan de corazón os aman, respetan y bendicen.

—Esto, dijo con voz sentida y grave Isidro, prueba una grande y patente verdad.

—¿Cuál? preguntaron ambas señoras.

—La de que suele ser la riqueza una corruptora, y la pobreza una buena maestra, contestó Isidro.

FIN.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

# THE CHICAGO ORIENTAL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

DE D. ILDEFONSO JIMENO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 DEPARTMENT OF MATHEMATICS  
 573 EAST 58TH STREET  
 CHICAGO, ILL. 60637

LA FAMILIA CRISTIANA.

---

# ¡AL GRAN ORIENTE!

SAINETE

original

DE LOS SEÑORES HERRANZ Y LINIERS.

MÚSICA

DE D. ILDEFONSO JIMENO.

---

MADRID:

ANTONIO PEREZ DUBOULL, EDITOR,

*Duro, 3.ª primera, 3.ª*

1871.



NOTA. Si alguna empresa de provincias se atreve á poner en escena esta zarzuela, puede dirigirse á la Administracion de la Biblioteca Cristiana, y se le facilitará la música.

## ADVERTENCIA.

---

Declamamos el 18 de mayo de 1870, al publicar *EL GRITO EN EL CIELO*:

*«La tiranía de las amenazas anónimas, de los chismes embocados y de las intriguillas callejeras, ha sustituido sabiamente en las sociedades democráticas la censura oficial del antiguo régimen.»*

Ha pasado casi un año, y en estos doce meses, casi nos han constituido.

Sin embargo, y tal vez por lo mismo, las amenazas anónimas y las intriguillas callejeras han prohibido la representación de este inocentísimo sainete, lo cual es como decir que la censura de teatros continúa en manos de las fuerzas vivas de la democracia.

Conste, pues, que cuando la chusma protege y subvenciona vanos faros, en que religión, autoridad y familia bailan en tonelete un Can-can desenfrenado, esta soberana de burdel y plazuela cubre con su manto los augustos misterios de las logias masónicas.

En resumen: hoy por hoy, Dios es casi una cosa ridícula; pero un Gran Oriente es una especie de divinidad.

LOS AUTORES.

PERSONAJES.

D. BRAULIO RODRIGUEZ.

D.<sup>a</sup> RUPERTA (su mujer).

CLARITA (su hija).

RECARDO.

JUANILLO (mancebo de D. Braulio).

UN ALCALDE DE BARRIO.

COBO DE AMBOS SEXOS.

---

# ¡AL GRAN ORIENTE!

---

## ACTO ÚNICO.

---

El teatro representa la trastienda de un almacén de ultramarinos. Puertas al fondo, que se supone dan al almacén y á las habitaciones interiores: otra puerta á la derecha del autor, que conduce á la tienda; otra puerta á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

Doña Ruperta.—D. Braulio.

RUPERTA.

Pero, hombre: ¡qué terco eres!

BRAULIO.

Me llamas terco porque no puedes convenirme, porque en nuestras discusiones tengo yo siempre mayoría.

RUPERTA.

¡Mayoría! ¡Mayoría...! ¡No somos marido y mujer? ¡No soy yo tu mitad?

BRAULIO.

¡Sí; pero en todo matrimonio, el hombre es siempre la mitad mas uno.

RUPERTA.

No entiendo de política, ni quiero.

BRAULIO.

Se comprende.

RUPERTA.

Ni me hace falta: no sé qué adelantas tú con estar suscrito á esos condenados papeles, que te tienen sorbido el seso. ¡Siempre hablando de los clubes y de los cómités...! Lo mismo que esa idea que te ha dado de poner un rótulo á la tienda, que dice: *Al Gran Oriente*; antes todos la conocían por *Lonja del Cucuracho de Oro*, y todo el mundo lo entendía; pero ¡*Al Gran Oriente*! ¿Qué tiene eso que ver con los fideos y los garbanzos?

BRAULIO.

Ese es un sencillito homenaje que rindo á una institucion humanitaria y universal: á la franc-masonería.

RUPERTA.

¿Pero crees tú mason?

BRAULIO.

No; pero nada se opone á que algun día lo sea: yo conozco, Ruperta, que he nacido para algo mas que para moler azúcar y tostar café (dándose un golpe en la frente); aquí hay algo, como decía Maquiavelo á Voltaire cuando le guillotinaron.

RUPERTA.

¿Y quieres que se case tu hija...?

IX. BRAULIO.

Quiero que mi hija no sufra el tormento de sentirse superior á su esfera; por eso solo he de casarla con un hombre que la haga honor, que la presente en el gran mundo; con un hombre de importancia...; en fin, con un hombre que pueda ponerse guantes sin temor de que se le revienten los sabañones.

RUPERTA.

Justo, aunque no tenga sobre qué caerse muerto, ni nadie sepa de qué vive.

IX. BRAULIO.

Mira, Ruperta, en España los que vivimos de algo somos los infelices, los desdichados. ¿Que ganamos mil reales en una partida de habichuelas? ¡miseria! ¿Que sube el cacao y duplica-

mos el capital! ¡bobería! No, señor; lo que tiene gracia es pasearse por la Carrera de San Gerónimo, ser diputado, ser ministro, y vivir como un príncipe sin vivir absolutamente de nada.

RUPERTA.

¡Y no te convence que tu hija ha escogido ya esposo, que tiene inclinación á ese muchacho...?

D. BRAULIO.

¡Y qué! Yo no la he dado permiso para que se incline á ninguna parte; nada, nada, puedes quitar á tu hija esa idea de la cabeza; yo la formado mis planes...; en fin, yo me entiendo, y á ti y á ella os toca obedecer. He dicho.

CLARITA (entrando).

¡Papá!

D. BRAULIO.

Adios, pimpollo; tu madre tiene que darte un recado de mi parte; yo estoy de prisa...; los negocios... (Sale por el foro izquierda.)

## ESCENA II.

Doña Ruperta.—Clarita.

CLARITA.

¿Qué hay? ¿Le ha hablado V. ¿Qué ha dicho?

RUPERTA.

(Aparto.) ¡Pobre hija mía! (Alto.) He hablado, sí, señor, he hablado.

CLARITA.

¡Y qué! ¿Accedo por fin?

RUPERTA.

¡Qué ha de acceder! Está mas obstinado que nunca en que no has de casarte con un hombre oscuro.

CLARITA.

Mire V., mamá: yo soy dócil; les quiero á Vda. mucho; nunca me rebelaré contra sus mandatos; pero amo á Recaredo; he prometido ser suya, y, aunque se oponga el universo entero, cumpliré mi promesa.

RUPERTA.

¡Corazon excelente! Lo mismo pensaba yo á tu edad, y, sin embargo, me casé con tu padre.

CLARITA.

Pero no habria un medio...

RUPERTA.

¡Imposible! Tu padre nunca hace nada á medias.



JUANILLO (entra foro derecha).

¡Señora Ruperta, señora Ruperta!

RUPERTA.

¡Qué! ¿Qué ocurre?

JUANILLO.

Que ahí está el repartidor.

RUPERTA.

*¡Del Tribunal de la sangre!*

JUANILLO.

No, señora; el repartidor de contribuciones solamente; y como no está el amo... (Aparta a Clarita.)  
En el almacén se halla Recaredo.

RUPERTA.

Allá voy. (Va a entrar por la puerta del foro derecha y Juanillo la detiene).

JUANILLO.

No, señora: si le he hecho pasar ahí á la sala. (Ruperta sale por el foro izquierda.)

### ESCENA III.

Clarita.—Juanillo.

CLARITA.

¡Recaredo aquí! ¡Qué imprudencia!

JUANILLO.

¡Imprudencia...! Nada mas natural: el barba está fuera; llega el galán...

CLARITA.

No sabes hablar mas que en términos de teatro.

JUANILLO (sin hacerle caso).

Llega el galán y se pone en acecho delante del pabellon de la izquierda... El pabellon de la izquierda es el almacén; en el pabellon hay un paje, el galán silba, el paje conoce la señal convenida, y atraviesa el parque... El parque es la calle del Trialete; un minuto despues el galán y el paje están en el almacén; el galán, fingiéndose comerciante al por menor, examina cuidadosamente una partida de garbanzos, y el paje, que soy yo, corre á avisar á la dama que su novio quiere hablarla á toda costa.

CLARITA.

¡Recibirle aquí! ¡Imposible! Mi padre va á venir de un momento á otro.

JUANILLO.

¡Infeliz, infeliz...! ¡Tú no conoces los recursos del teatro! ¡Para qué están los bastidores y las salidas falsas! Suponte tú que entra el pa-

dre por el foro, el novio le va llegar, y haces mutis por la segunda caja de la derecha; pero aquí se invierten las salidas, llega el novio por el foro, y el padre no aparecerá hasta la quinta escena.

#### ESCENA IV.

**Los mismos.—Recaredo.**

RECAREDO (cantando).

Aquí está tu adorado tormento.

Si, yo soy.

He venido á charlar un momento,  
y me voy.

CLARITA.

Por piedad, librame de este apuro;  
márchate,

que el faror de mi padre es seguro  
si te ve.

JUANILLO.

Poco á poco se eureka la trama:

¡qué emoción!

El galán, el amigo y la dama:

¡situación!

CLARITA.

Mi madre dice que no descansa;

mi padre jura que no se amansa.

RECAREDO.

Para que ceda su genio rudo  
trigo un proyecto morrocotudo.

JUANILLO.

Pensado está con calma.

RECAREDO.

Por fuerza saldrá bien.

CLARITA.

Te adero con el alma.

JUANILLO.

Me voy al almacén.

### ESCENA V.

Clarita.—Recaredo.

RECAREDO.

¿Conque tu padre quiere impedir á toda  
costa que te cases conmigo?

CLARITA.

Esa ha sido su última palabra.

RECAREDO.

Pues yo le haré cambiar de opinion.

CLARITA.

Tú no le conoces; mi padre es muy terco.

RECAREDO.

No importa.

CLARITA.

Se ha empeñado en que por fuerza ha de casarse con un hombre notable.

RECAREDO.

Por ahí es precisamente por donde pienso yo cogerle.

CLARITA (con tristeza).

¡Tú! ¡Si fueses conspirador (burlando)! ¡Si siquiera hubieras estado en presidio, no digo que no; pero ¡ai tú eres un infeliz, Recaredo! Desengáñate: un buen muchacho, que nunca se ha metido en nada.

RECAREDO.

Es verdad; soy el mas inofensivo de los hombres y el mas pacífico de los ciudadanos; pero el amor y los suegros hacen milagros: desde hoy cambio de conducta.

CLARITA.

¡Recaredo!

RECAREDO.

Yo ya no soy Recaredo García; yo ya no soy hombre.

CLARITA (alarmada).

¡Cómo!

RECAREDO.

Soy un número, soy un fantasma, soy la malla de una red invisible en que se halla cogido el mundo como una sardina.

CLARITA.

¡Estás loco!

RECAREDO.

Mi Dios es el silencio, mi religión la obediencia; la vida de mis semejantes es en mis manos un hilo misterioso, y por el hilo sacaré el ovillo: un poder oculto da fuerza á mi brazo, y mi familia es tan dilatada, que no sería extraño que tu padre y yo resultáramos hermanos.

CLARITA.

¡Qué horror!

RECAREDO.

Tranquilízate: á pesar de ser tu tío, no necesitaremos dispensa para casarnos.

CLARITA.

Pero ¿querrás decirme qué significa...?

RECAREDO.

¡Ah! ¡Conque tu padre necesita un hombre extraordinario, un ser fenomenal, un Cagliostro, un Rodin, un Rocamboles! Pues bien: yo seré mas que eso; yo seré un Troppmann, si es preciso; de algo me ha de servir tu cariño de diez meses, y seis años de aprovechados estudios.

CLARITA.

¡Conque todo será una farsa!

RECAREDO.

¡Silencio! Déjalo á mi cargo; ya verás cómo convenzo á tu padre.

JUANILLO (desde la puerta).

¡El enemigo!

CLARITA.

¡Somos perdidos! ¡Mi padre!

RECAREDO.

Aquí le espero.

CLARITA.

Pero ¿qué vas á hacer?

RECAREDO.

Déjame sola.

ESCENA VI.

**Recaredo.**—**D. Braulio.** (que entra al mismo tiempo que sale Clarita, y la va saliendo.)

BRAULIO.

¡Clara! ¡Clarita! (Llamando.) ¡Un hombre aquí! ¿Qué significa? (A Recaredo.) Caballero, ¿querrá V. decirme á quién tengo el honor de...?

RECAREDO (hace un signo negativo, y le señala una silla).

BRAULIO.

¡Pues me gusta la franqueza! (Alto.) Caballero, le he dicho á V. que...

(Recaredo hace otro signo negativo, y se le muerde á tremolado muy sutil.)

BRAULIO.

¡Caramba, que me hace V. cosquillas!

(Recaredo continúa haciendo signos.)

BRAULIO.

¡Bah, bah, bah! es mudo, ¡pobrecillo! ¡Y yo que creía que estaba hablando con mi hija!

(Le pregunta por esas que á qué ha venido. Recaredo le mira fijamente sin responder. Braulio vuelve á hacerle señas rápidamente, echándose encima de él.)



RECAREDO (aparte).

¡Demonio! este está mas enterado que yo; me ha echado un discurso; espera, verás cómo te respondo. (Le dice por señas que ha venido á cumplir una alta misión.)

BRAULIO (aparte).

¡El demonio que te entienda! (Le dice, señalando á sus pies, que si ha venido á comprar algo.)

RECAREDO (aparte).

Esto se complica; creo que acaba de indicarme que me va á pegar un puntapie: tratemos de aterrarle. (Le mira con aire muy feroz.)

BRAULIO.

¡Qué imbécil eres!

RECAREDO. ¿Decia V., caballero?

BRAULIO (aterrado).

¡Ah! no es mudo. ¡Ladrones!

RECAREDO (repandole la boca).

¡Silencio, desdichado!

BRAULIO.

¿Quién es V.?

RECAREDO.

¡Chist! calla. (Con misterio). Soy tu hermano.

BRAULIO.

¡Mi hermano! ¡Mi hermano Tadeo, el que se murió hace tres años en Filipinas! Pero no; eso no puede ser, porque le he heredado.

RECAREDO (aparte).

Es inocente; respiro. (Alto). Es inútil el disimulo; estoy al cabo de la calle: ¿me conoce V.?

BRAULIO.

No, señor.

RECAREDO (con misterio).

Ni yo á V. tampoco, y he venido á que nos conozcamos.

BRAULIO.

Y á mí, ¿qué me importa conocerle á V.?

RECAREDO.

Todos nosotros debemos conocernos.

BRAULIO.

Pero ¿quiénes somos nosotros?

RECAREDO (haciendo un signo masónico).

Los iniciados.

BRAULIO (repitiendo el mismo signo).

¡Los iniciados!!

RECAREDO (abrazándole).

Muy bien, compañero, muy bien: no necesito mas explicaciones: puede V. sentarse.

BRAULIO (aparte).

¡Vamos! Habrá que tomarlo con calma. (Alto.) Caballero, V. abusa de los derechos individuales.

RECAREDO.

Pues, señor, yo soy de provincia, para servir á V.; allí están por organizar las logias.

BRAULIO (con interés).

¡Ah! ¿Es V. mason?

RECAREDO.

¡Disimulado! Yo soy presidente y único vocal de la de Cintruénigo, y he venido á Madrid á la gran reunion que ha de presidir V.

BRAULIO.

¡Yo!

RECAREDO.

Basta de disimulo, V. es el Gran Oriente.

BRAULIO.

Distingamos: yo soy el dueño del *Gran Oriente*.

RECAREDO.

[Vea V.] Ese es un grado superior que yo no conocia.

BRAULIO.

Pero ¿qué tiene que ver el rótulo de mi establecimiento con sus grados de V.?

RECAREDO.

[Segun eso, no es V. mason! (Variando de tono.) Y entonces, ¿con qué derecho me ha escuchado V.?

BRAULIO.

[Hombre, yo con la mejor intencion del mundo!

RECAREDO.

Ha sorprendido V. con sin igual astucia el misterio de nuestra junta magna.

BRAULIO.

Yo con la mayor inocencia...

RECAREDO.

V. es un espía, que se encierra en su casa para apoderarse mejor de sus víctimas; ha profanado V. el nombre de nuestra mas alta dignidad, colocándolo en la portada de su lonja de ultramarinos. ¡Hombre que así has hollado la santidad de nuestra Religión, sabes demasiados secretos para que puedas vivir tranquilo!

BRAULIO.

¡Caballero, caballero! Le aseguro á V. que no deseo otra cosa que olvidar lo que V. me ha dicho.

RECAREDO.

El verdadero olvido es el de la tumba.

BRAULIO.

¡La tumba!

RECAREDO.

¡La tumba!

BRAULIO.

¡Ah!

RECARDO.

Tus días están contados. ¿Qué día es hoy?

BRAULIO.

Línea.

RECARDO.

Quizás el jueves hayas dejado de existir: en el chocolate, en la ensalada, en los garbanzos, en cualquier parte y de cualquier modo, encontrarás la muerte. Porque, ¿quién te responde ¡infeliz! de que tu mozo y tu cocinera no pertenezcan á la terrible asociación de que yo formo parte?

BRAULIO.

¡Es verdad! Así lo ha leído muchas veces; pero ¿no habría algún medio...?

RECARDO.

Solo hay uno. Profesar en la gran hermandad mímico-político-religiosa.

BRAULIO.

¿Qué dice V.? ¿Yo masón? ¿Y creo V. que serviré para ese cargo?

RECARDO.

Sí, sí: se deja V. la barba, habla V. poco, y

con eso, mis lecciones y la iniciación, perfectamente.

BRASILLO.

¿Y se tardará mucho en eso?

RECAREDO.

Esta misma noche se reunirá aquí la logia.

BRASILLO.

¿Qué logia?

RECAREDO.

La logia núm. 15 duplicado, que es á la que yo pertenezco.

BRASILLO.

Pues mire V.: francamente, ahora que ya somos casi hermanos, le diré á V. que siempre había yo tenido inclinación á esto de las sociedades secretas, aunque verdaderamente no sé para qué sirven.

RECAREDO.

¿Que para qué sirven?

Música.

RECAREDO.

Ea el mason un personaje

de una importancia sin igual,  
aunque en su cara y en su traje  
tenga apariencias de mortal.  
Su ocupacion es no hacer nada,  
y es tan extraño su existir,  
que el universo es su posada,  
y nunca paga por dormir.

BRASILIO.

Me han convencido sus razones;  
tengo una duda, nada mas :  
si entramos todos de masones,  
¿qué van á hacerse los demas?  
Y al ver que vive tan barato,  
me da otra cosa en la nariz :  
que si el mason no paga el plato,  
lo pagará algun infeliz.

RECARDO.

Sale usted á la calle,  
no tiene dinero,  
pasa un caballero,  
y le guña usted.  
Si el otro responde,  
se va usted al toro,  
y el oro y el moro  
están en la red.

BRASILIO.

Si tan productiva



es esa colecta,  
al punto en la secta  
quiero profesar.  
Con el santo y seña,  
alargo la mano,  
y ya como hermano  
me quiero apuntar.

RECAREDO.

El caso requiero  
prudencia...

BRAULIO.

¡Chiton!

Que nadie se entere  
de mi profesion.

RECAREDO.

Queda V. aprobado en los grados preliminares. Corro á buscar á los doctores para traerlos en seguida, y que jure V. en sus manos.

BRAULIO.

Pero ¿van á venir á mi casa? ¿Habrá aquí sitio decente para...?

RECAREDO.

Entre hermanos, ya ve V., se trata uno con toda confianza. Conque, hasta la vuelta. ¡Prudencia, sigilo y sinceridad! (Sale.)

ESCENA VII.

**Don Braulio.**

¡Oiga V.! ¡Y los vecinos y mi familia...? Se marcha, no me oya. ¡Conque es verdad? ¡Conque seré mason...? Me habían dicho que los masones por nada temblaban, y yo empiezo á experimentar una inquietud... Si no fuese mason, creería que tenía miedo. (Entra doña Ruperta.) ¡Mi mujer aquí! ¡Qué va á decir cuando lo sepa...?

ESCENA VIII.

**Doña Ruperta. — D. Braulio.**

**RUPERTA.**

¿Estabas solo?

**BRAULIO** (con inquietud).

¡Eh! (Aparte.) ¿Habrá oído algo? (Alta.) Sí, estaba solo; si has oído alguna voz, es que desde hace algun tiempo hablo alto...; y si esa voz no era la mía, es... es que soy ventríloco. Por lo demás, yo estaba completamente solo.

**RUPERTA.**

Bien, hombre, bien; nadie te lo disputa. He dicho á Juanillo que cerrara la tienda; y la niña y yo hemos pensado que podía bajar D. Lúcas,

el vecino del cuarto segundo. Su hijo es una notabilidad en el cornetín, y así...

BRAULIO.

¿Y qué necesidad tenemos de música? Basta-  
tante nos rompen los oídos esas condenadas es-  
tudiantinas que andan por la calle.

RUPERTA.

Pero ya ves que en un día de Carnaval, al-  
guna distraccion has de proporcionar á tu hija,  
que se pasa encerrada en casa toda la vida.

BRAULIO.

Por eso mismo debíais salir esta noche.

RUPERTA (asombrada).

¿Cómo! ¿Salir de casa!

BRAULIO.

Digo... (A parte.) ¡Ah qué idea! Así me de-  
jarán libre. (Alto.) Pues bien: ¿no dices que los  
vecinos del cuarto segundo iban á bajar?

RUPERTA.

SÍ.

BRAULIO.

Pues en lugar de bajar ellos, subís vosotras.  
Su hijo toca el cornetín, y tenéis un concierto  
de música con toda libertad.

RUPERTA.

¡Y vamos á incomodar á los vecinos...!

HRAULIO.

La música suena mucho mejor en los cuartos segundos.

RUPERTA.

Bien, subiremos ; pero cualquiera diria que tienes interés en echarnos.

HRAULIO.

¡Yo! ¡Qué...! ¡Crees tú que yo quiero quedarme solo para...? ¡qué tontería!

### ESCENA IX.

Dichos.—Juanillo.

JUANILLO.

Señor, que ahí está una persona que dice que es...

HRAULIO (aparte).

¡Adios, este lo va á echar todo á perder!  
(Le hace señas de que calle.)

JUANILLO.

Es que dice que tiene que hablar á V. de un asunto. (Con aire misterioso.)

BRAULIO (aparte a Juanillo).

¡Quieres callarte! (Alto a Ruperta.) Nada, ya me figuro quién será: un comisionista de bacalao, ¿no es eso? (A Juanillo haciéndole señas para que se le desmienta.) Uno alto, bisco.

JUANILLO.

¡Qué! No, señor, si tiene muy buenos ojos, y dice que es (con aire de inteligencia) Rosa Cruz.

RUPERTA.

¡Una mujer!

BRAULIO (aparte).

¡Ya la solté!

RUPERTA.

¡Ah traidor! ¡Conque querías quedarte solo para recibir á Rosa! ¡Conque por eso sonaba mejor la música en el cuarto segundo!

BRAULIO.

Mujer, esto no tiene nada de particular. (A Juanillo amenazándole.) ¡Este hablador...!

JUANILLO.

¡Toma! Como han estado Vda. aquí charlando esta tarde, yo creí que la señora estaba ya enterada de todo!

RUPERTA.

¡Insolente! ¡Quitate de mi presencia! (Sale Juanillo.)

ESCENA X.

Ruperta.—Braulio.

RUPERTA.

¡No sé cómo no le da á V. vergüenza! Aquí, en mi misma casa.

BRAULIO.

¿Qué quieres? Ha sido una debilidad, lo confieso; yo debía haberme resistido; pero me puso entre la espada y la pared.

RUPERTA (Indignada).

No necesito saber dónde te puso.

BRAULIO.

Por otra parte, aunque el asunto tiene sus compromisos, es siempre de cierta importancia en el mundo.

RUPERTA.

¡Bonita importancia! Que todos te llamen vicioso.

BRASILLO.

Nadie pueda llamar vicioso al que se sacrifica por sus semejantes: al que forma parte de una sociedad benéfica.

RUPERTA (con sarcasmo).

Si; estas cosas concluyen siempre en la Beneficencia.

BRASILLO.

Pero ¿de qué estás hablando?

RUPERTA.

¿De qué he de hablar? De esa mujer que te espera, de esa Rosa, que te ha puesto entre la espada y la pared.

BRASILLO.

¡Pero si esa mujer es un hombre!

RUPERTA (asombrada).

¿Un hombre que se llama Rosa?

BRASILLO.

Para que lo entiendas: Rosa no es un nombre, es un grado; por manera que ese caballero es Rosa, pero se llama de cualquier otro modo.

RUPERTA.

Lo que es esto es un embrollo; pero ahora mismo voy yo á decirlo á esa señora lo que hace al caso.

BRAULIO.

No, por Dios; no me comprometas: esta es un misterio del que no puedes enterarte.

RUPERTA.

Eso lo veremos. (Va á salir.)

BRAULIO (la detiene y dice).

¡Ea, pues te digo que no, caracoles! Yo mando en mi casa, ¿lo oyes? La voz de la naturaleza no puede impedirme que yo realice mis deberes. Yo ya no me pertenezco, y sacrifico mi familia á la humanidad y á la patria. ¡Rupertal! déjame salir: el deber me espera: yo soy un bruto. (La aparta violentamente y sale, cerrando la puerta.)

RUPERTA (forzajeando por abrir la puerta.)

¡Traidor, infame! ¡Haber esperado para hacerme traición á que yo no pueda vengarme!



ESCENA XI.

Micha. — Clarita.

CLARITA.

¿Qué ocurre, mamá? ¿Qué tiene V.? ¿Qué voces son esas?

RUPERTA.

Tu padre, hija mía, tu padre, que es un monstruo. Tú no lo habías conocido, ¿eh? ni yo tampoco; pero es un monstruo.

CLARITA.

¿Cómo! ¿Por qué?

RUPERTA.

¿No lo has visto salir? ¿No está hablando...?

CLARITA.

¡Chist! calle V. (con misterio): está hablando con Recaredo.

RUPERTA.

¿Y no es una mujer?

CLARITA.

¿Qué ha de ser mujer, si es mi novia!

REPERTA.

¡Estás segura de que no me engañas! Entonces es verdad lo que me ha dicho tu padre; que Rosa es un empleo: eso debe ser un destino de planta.

CLARITA.

Venga V. conmigo y se lo contaré todo; de esta hecha queda papá curado de sus ridículas manías.

## ESCENA XII.

**Recaredo.**—**Juanillo** (baten por la puerta del almacén).

RECAREDO.

Vamos, date prisa; los amigos esperan en la esquina de la calle, disfrazados de conspiradores; no olvides mi lección, y procura, sobre todo, no echarlo á perder saltando la carrajada. El Braulio queda en la tienda mas muerto que vivo esperando que le llegue su hora.

JUANILLO.

Pierda V. cuidado, que yo me pinto solo para estas cosas de comedia (hace lo que indica el diálogo.)  
¿Qué le parece á V. de este paño negro sobre la mesa! Las luces á los lados, y aquí el sillón del presidente, ¿no es eso! Aquí traigo la cuchilla del bacalao y la balanza de la tienda..

RECAREDO.

Bueno; lo que falta lo traeréis del almacén cuando llegue el caso. Ahora mis hábitos.  
(Se disfrazan.)

JUANILLO.

Y yo la careta.

RECAREDO (se sienta).

Abrete la sesión. Secretario, leed el art. 1.º del reglamento.

JUANILLO (leyendo).

“Art. 1.º Los hermanos serán convocados con la mayor solemnidad.”

(Hija metiéndose los dedos en la boca. Entran los músicos á una señal de Recaredo. Juanillo y uno de los escuderos se dirigen á la tienda en busca de D. Brucillo.)

### ESCENA XIII

Coro.

Vamos todos entrando  
con gran precaución,  
que así lo ordena el bando  
de la asociación.  
Aunque somos novicios  
en esta hermandad,

se harán los ejercicios  
con formalidad.

(Entra D. Braulio con los ojos vendados, llevado de la mano  
por los músicos.)

**Música grave.**

BRAULIO (aparte).

¡Lo que es la ilusión! Si no supiera que es-  
toy en mi casa, creería que paso por un subter-  
ráneo.

RECARNDO (en tono satírico).

¡Hermano! La Sociedad no te conoce. ¿Cómo  
te llamas entre los hombres?

BRAULIO.

Braulio Rodríguez, para servir á Vda., co-  
merciante de géneros ultramarinos, veterano  
de la...

RECARNDO.

Bien, basta.

BRAULIO.

Si quieren Vda. ver mi cédula de vecindad...

RECARNDO.

¡Silencio, digo! Aquí nadie habla sin que se  
le pregunte.

BRASILLO (aparte).

¡Vea V. por qué en España no puede cundir esta secta!

RECARDO.

¿Vienes decidido á vivir y morir, á luchar y matar por tus hermanos?

BRASILLO.

¡Hombre! Yo le diré á V...

RECARDO (con severidad).

Responda el postulante como es debido, ó de lo contrario recibirá el castigo de los traidores.

BRASILLO.

No, no, no es necesario: sí, señor, estoy dispuesto á vivir, y á morir, y á matar. (Aparte.) ¡En buena me he metido!

RECARDO.

No es bastante: necesitamos pruebas de tu valor: á tus pies está el foso de los condenados: daré tres palmadas; á la tercera te precipitarás en él.

(Recardo hace señas á dos mozos, que asientan un cordel delante de D. Brasillo, á una cuarta de altura del suelo.)

BRASILLO (aparte).

¡Si sabré yo que no hay fosos en mi trastien-

da! (Alto.) Estoy preparado, y por nada me arredro.

RECAREDO.

Eso lo veremos.

(De tres palmadas á la tercera avanza D. Braulio y saca de la bolsa.)

BRAULIO.

¡Favor! ¡Yo me muero! ¿Dónde me he caído? ¿Dónde estoy? (Quiere quitarse la venda de los ojos.) ¡No, caramba! Si se repiten estas pruebas, me voy á quedar en una de ellas.

LIANILLO.

Pido que se cumpla el ceremonial establecido para las grandes dignidades.

RECAREDO.

Se cumplirá. Novicio, vas á ser elevado de un golpe á la categoría de Gran Oriente; á esa categoría que has usurpado.

BRAULIO.

¡Por Dios, señores! Miren Vds. que no tengo ambición, y que ademas soy padre de familias, y estoy lleno de ocupaciones.

LOS MASONES

No, no: la asociación no admite disculpas.  
¡Viva el Gran Oriente!

BRAULIO

Yo les agradezco á Vda. sus simpatías; pero...

RECAREDO.

¡Silencio! oír es obedecer. Depositario, traed  
del guarda-ropa el cráneo núm. 7. (Sale Juanillo)

BRAULIO (aparte).

¡Un cráneo! ¡Un cráneo de gala! ¡Eso debe  
ser horrible!

RECAREDO.

Es el despojo de un héroe; de nuestro último  
Oriente, que murió por la causa. ¡Vivan los  
leales!

LOS MASONES

¡Vivan!

BRAULIO (aparte).

¡Bonita perspectiva! Dentro de poco no será  
más que el cráneo núm. 8. (Alta.) Digan Vda.:  
¿no habría medio de darme un empleo más me-  
desto? Con ser masón de la clase de cuartos, me  
contentaría.

LOS MASONES.

¡No, no! ¡Mueran los cobardes! ¡Mueran los traidores!

BRULLO.

Yo soy tan decidido como el primero: venga el cráneo.

JUANILLO.

Aquí está. (Tira un queso de bola en un plato, y dice aparte a Riccardo.) Es el mejor queso que he encontrado en el almacén.

BRULLO (aparte).

Si me acoquino, son capaces de meterme en el guarda-ropa.

RICCARDO.

¡Juraís por los huesos de vuestros hermanos, por la sangre y por la capada, ser fiel hasta el último suspiro!

BRULLO.

Si juro.

RICCARDO.

Poned la mano sobre el cráneo.



BRAULIO.

Ya la pongo. (Aparte.) ¡Qué horror! Parece que suda. ¡Ea claro! los sudores de la agonía.

RECAREDO.

Bien está. Si no lo cumpliéis, ¡quereis morir por el fuego!

BRAULIO.

Si es absolutamente preciso, sí quiero.

RECAREDO.

Corriente: sois nuestro, y somos vuestros. La profesion está completa (A Juanillo) llevaos el cráneo.

BRAULIO (aparte).

¡Gracias á Dios!

RECAREDO.

Ahora han concluido las grandes pruebas, y empieza la iniciacion. Hermano, podeis descubrirlos.

BRAULIO (quitiándose la venda).

¡Qué felicidad! (Mira á su alrededor.) Buenas noches, caballeros. (Aparte.) ¡Calla! Todos tienen careta: ¡quiénes serán estos personajes!

RECAREDO.

¿Conoceis el objeto de esta sociedad universal?

BRAULIO.

Sea dicho con perdon, no le conozco.

RECAREDO.

Perfectamente: nosotros estamos en el mismo caso.

BRAULIO.

¡Hombre! ¿Qué me cuenta V.?

RECAREDO.

Lo que V. oye. Aquí se hace todo con tanto misterio, que nadie sabe por qué hace las cosas.

BRAULIO.

¡Bueno! Pues entonces estoy al cabo de la calle.

RECAREDO.

Te engañas ¡infeliz! la sociedad tiene que disponer á ciegas de los brazos de sus asociados. A este efecto, sorprende sus secretos, vigila sus acciones, y se mete en las conciencias, como los hulanos en todas partes. En

prueba de ello, escucha la historia de tu vida privada, y tiembla.

Música.

CORO.

Hace en la cueva el vino  
con agua y palo campeche;  
el salchichon sin tocino,  
y el queso fresco sin leche.

Hacen llorar á un pedrusco  
tus pimientos en vinagre,  
y fabricas soconusco  
con remolacha y almagra.

No se encuentran oprimidas  
tus sardinas en conserva,  
y tus pesos y medidas  
tienen fondo de reserva.

RECABADO.

Ya ves las revelaciones  
que hacen estos caballeros.

BRANCO.

Comprendo que los masones  
han sido todos tenderos.

**Hablado.**

**RECARDO.**

¡Lo ves! todo se sabe: si quieres que se te diga algo mas, habla.

**BRASILLO.**

No, no hace falta. Lo que quisiera yo saber es quiénes son Vds., de qué viven... En fin, ponerme en autos para no hacer un papel desairado, y para...

**BRASILLO.**

Aquí no hay curiosos.

**BRASILLO.**

Perdone V.; no lo he dicho para ofender á nadie.

**RECARDO.**

Mientras dure el noviciado, tus secretos nos responden de tu discrecion; si supieses los nuestros, sabrias tanto como nosotros.

**BRASILLO (aparte).**

¡Es mucha lógica la de esta gente!

**RECARDO.**

Los momentos son decisivos: estamos perse-

guidos; hace dos meses sorprendió la policía una de nuestras reuniones, y tuvimos que escaparnos, tomando antes la precaución de quemar la casa.

BRASILLO.

¡Carraespique!

RECAÑEDO.

Un compañero infiel nos delató; sus cenizas no volverán á decir *esta boca es mía*.

BRASILLO.

¡Zambomba!

RECAÑEDO.

Ahora, hermanos, haced la bóveda de acero para que se coloque debajo de ella el iniciado.

(Canta.)

Ved, amigos, que el tiempo se pasa;  
Sacad todos la espada de honor.

(Los hermanos se echan mano al costado, y cantan.)

¡Las espadas están en la casa  
del afilador!

HABLADO.

JUANILLO.

Por bóveda no hay que apurarse: á falta de espadas aquí tenemos un paraguas.

(En un momento se coloca encima de una silla con el paraguas abierto; otros dos llevan de la mano á D. Braulio, y le colocan con gran solemnidad debajo del paraguas.)

RECABEDO (se levanta y dice con tono grave y misterioso).

¡Abra! ¡Cadabra! ¡Chascás y binomio!

(Al concluir estas palabras, se oyen tres golpes en una de las puertas.)

RECABEDO.

¡Somos perdidos! ¡Traición!

(Varios masones rodean á D. Braulio amenzándolo.)

BRAULIO.

Señores: protesto de que á mí no me remuerda de nada la conciencia.

VARIOS MASONES.

No abrir la puerta.

OTROS.

¡Sí, sí, que se abra! (Suena nueva golpiza.)

RECAREDO.

Abriremos: pero tu persona nos responde de lo que suceda.

BRAULIO (aterrado).

¡Yol!

RECAREDO.

Silencio, y obediencia... ¡A los masones! Ya lo habeis oido: vigiladle. Abrid, portero.

UN MASON (a la puerta).

¿Quién?

VOZ DENTRO.

Gente de paz.

BRAULIO (reducido de los masones).

¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!

#### ESCENA XIV.

Díches.—Clarita (encubierta, que trae una carta).

RECAREDO.

¡A ver!

CLARITA.

(Se adelanta sin decir una palabra, le silba poniéndole las manos sobre el pecho, y le entrega la carta.)

RICARDO (leyendo el sobreescrito).

Para D. Braulio Rodríguez.

BRAULIO (abstendiéndose).

Tuiga V. (Las máximas le sujetan.)

RICARDO.

¡Insensato! (En tono despreciativo.) Quiere leer sus cartas. (Lee primero para sí, y luego en voz alta.) «Logia del Sudeste.—Dirección de comunicaciones.—Negociado de raptos.—Reservado y urgente.»

BRAULIO.

¡Dios mío! ¿Qué será esto?

RICARDO (leyendo).

«Salud, sigilo y prudencia. Hermano: un raptor se lleva á tu hija.»

BRAULIO.

¡Horror!

RICARDO (continúa leyendo).

«... Tus hermanos, sin embargo, vigilan...»

BRAULIO.

¡Ah, respiro!



RECAREDO.

«... Búscala en todas partes menos en tu casa, y la encontrarás, de seguro. Las estrellas te guarden muchos años.»

BRASILIO.

¡Mi hija! ¡mi hija! ¿dónde está mi hija? ¿me la han robado...! (Tranquilizándose de pronto.) ¡Ah! pero esto no debe ser mas que una prueba: yo sabré... (Sale fuera llamando.) ¡Ruperta... Ruperta!

## ESCUENA XV.

Dichos, menos D. Brasilio.

CLARITA (quitándose el antifaz).

¿He hecho bien mi papel?

RECAREDO.

Perfectamente.

CLARITA.

¡Pobre papá! Ya me arrepiento de hacerle pasar este mal rato.

RECAREDO.

Todo lo daré por bien empleado cuando te reconozca y reniegue de una vez de sus ridica-

las manías, (Á los masones.) Y vosotros no lo echeis á perder á última hora.

JUANILLO (gesticulando la misera).

Ya nos cansamos de tener la cara tapada.

RECARDO.

¡Eh! Un poco de paciencia, que aquí viene otra vez D. Braulio.

### ESCENA XVI.

Los mismos.—D. Braulio.

BRAULIO.

¡No la he encontrado! (Se deja caer encima de una silla con aire abatido.) ¡Estoy solo en el mundo: soy un pobre huérfano!

CLARITA (aparte á Recardo).

Sácale pronto de esa situación.

RECARDO.

Hermano.

BRAULIO.

¡Para qué necesito hermanos no teniendo

ya hija? ¡Ah! Pero yo he de encontrarla, aunque se esconda en el fondo de la tierra. He llamado á mi mujer, he avisado á los vecinos; toda la casa está en conmocion, y no tardará en llegar la policía.

RECAREDO (dejando del estrado).

¡Desgraciado! ¡Qué has hecho? Nos has perdido.

BRAULIO.

¡Yo...! ¡Y qué me importa, con tal que parezca mi hija?

RECAREDO.

Es que no la encontrarás, hombre incrédulo; la asociacion te ofrecia medios para salvarla, y los has desafiado; y hoy ¡infeliz! nuestros secretos, nuestras vidas están en poder de la vecindad, y tu hija...

BRAULIO.

¡Qué...! Hablad.

RECAREDO.

Tu hija está en nuestras manos.

BRAULIO.

¡Ah, devolvédmela!

RICARDO.

¡Para qué, si tus horas están contadas! La sociedad quería por este medio probar tus bríos; pero la prueba ha salido mal; tu hija estaba llamada á un porvenir brillante... ¡Iba á ser mi esposa!

BRAULIO.

¡Ah! ¿Y ya no es posible ese enlace? ¿No volveré á ver á mi hija?

RICARDO.

Ahí la tienes: abrázala por última vez.

CLARITA (descubriéndose).

¡Papá, papá!

BRAULIO.

¡Hija mía! ¿No te han robado, no te han secuestrado, no te han incantado...?

CLARITA.

No, señor: ¡si no he salido de casa!

BRAULIO.

¡Que no has salido! ¿Y qué significa entonces la comunicacion del negociado de raptos de la logia del Sudoeste? ¿Soy Gran Oriente, ó no lo

soy...? A ver: que se suspenda en un mes de sueldo á ese jefe de negociado.

RECAREDO.

Se acatará tu justicia..., y ese acto de rigor será el último que emane de tu poder.

BRASILLO.

Es verdad: ya sabes, hija mía, que van á sorprendernos; que nos buscan; que dentro de poco estarán aquí..., y moriremos.

RECAREDO (cantando).

*Mourir pour la patrie,  
Mourir pour la patrie;  
C'est le sort.*

BRASILLO.

¡Hombre! ¡Quiero V. hacer el favor de no cantar! ¡Pues está el tiempo para cantos! En vez de evitar, en vez de buscar algun medio... ¡Caramba! ¡Hombre, ahora era la ocasión de que desplegáramos todos esos recursos!

CLARIYA (desde la puerta).

Ya llegan, papá, ya llegan.

BRASILLO.

¡Dios nos asista! ¡La provención, el Salade-

ro, Alcalá, Ceuta, el Campo de Guardias! ¡Qué  
cosmorama!

RECABIDO.

Tú eres el Gran Oriente: manda, y obedeceré-  
reinos.

BRAULIO.

Yo no soy nada, ni quiero nada; y si pudiera  
mandar algo, me mandaría á mí mismo á paseo,  
por tonto y por estúpido.

RECABIDO.

¡Qué! ¿Te arrepientes!

BRAULIO.

¡Sí, sí, señor! Me arrepiento de mis locuras,  
de mis manías: quisiera ser el último de mis  
berteras, y no hallarme metido en este heren-  
genal.

## ESCENA XVII.

Diehas.—Doña Ruperta.—Alcalde y vecinos.

RUPERTA.

Vamos: ¿qué ha sucedido?

BRAULIO (con solemnidad).

Clara, abraza á tu madre.

ALCALDE.

¡En nombre de la ley provisional, expliquen-  
me Vds. la causa de este escándalo!

CLARITA.

Yo le diré á V.: mi padre...

BRAULIO.

No, no, espera: es que mi hija...

RUPERTA.

Es el caso que mi marido...

RECAREDO.

Verá V., señor alcalde: esta familia...

ALCALDE.

Suplico á Vda. que se regularice esta dis-  
cusion.

RECAREDO.

La cosa es muy sencilla: validos de què esta-  
mos en Carnaval, hemos querido dar á este  
amigo una broma, que él ha tomado por lo  
serio.

ALCALDE.

Y esos trajes...

RICARDO.

De máscara... (A los masones.) Quitaos las carretas.

BRASILLO (mirándolos).

¡Calle! ¡Es verdad! Juanillo, mi mancebo, y el carbonero de enfrente, y el mozo de la esquina. (Aparte.) Pues, hombre, para ser masones, no han hecho mucha carrera.

ALCALDE.

¿Por manera que se ratifican Vda. en que todo ha sido una broma?

BRASILLO.

Sí, señor, sí.

RICARDO.

Le hemos hecho creer que su hija había sido robada, cuando, como V. ve, está con nosotros; y aunque me esté mal el decirlo... (cogiéndole de la mano a Clarita) esta señora es mi esposa.

CLARITA.

Es verdad: yo quiero á este caballero.



ALCALDE

¡Sus nombres de Vda. ? (Apura á Becaredo.) Esta es una formalidad por si alguien reclamara. (Becaredo hace que habla con él.)

BRASILLO (á Ruperta).

¡Como se la está pegando al alcalde! Es muy listo.

ALCALDE (guardándose el libro).

En vista de que todo ha sido una broma nupcial, me retiro, deplorando que se traiga y se lleve el principio de autoridad por motivos fútiles y livianos: luego se quejan Vda. de que cuando le llaman á uno de veras no acuda nunca. (Sale.)

## ESCENA XVIII.

Dichos menos el alcalde.

BRASILLO.

Perfectamente: el alcalde se ha quedado convencido de que ha sido una farsa lo de los masones, y de que V. es marido de mi hija.

RECARDO.

Y es verdad.

BRAULIO.

¡Eh!

CLARITA.

Que es cierto.

BRAULIO.

¡Cómo!

RUTHYTA.

Si, hombre: que el engañado eres tú.

BRAULIO.

¡Canastos!

RECARDO.

¡No ha oído V. hablar del matrimonio civil!

BRAULIO.

¡Si, señor!

RECAREDO.

¿No ha oído V. que Clarita y yo le hemos dicho al alcalde que nos queríamos?

BRASILLO.

Es verdad: y él... ha escrito.

RECAREDO.

Justo: esta es una especie de matrimonio civil, y ese libro es una especie de registro.

BRASILLO.

Y yo soy una especie de Bruto, á quien habeis engañado como á un chino.

RECAREDO.

Pero, despues de todo, ¿no queria V. casar á su hija con un hombre importante?

BRASILLO.

¿Pero V..., digo, pero tú...?

ERCAREMO.

¿No le parece á V. importante un hombre que hace cuatro papeles en una noche?

RUPERTA.

Convéncete, hombre; el muchacho es listo, y ha de hacer feliz á tu hija.

BRASILLO.

Pero, señor, si á estas fechas todavía no sé yo si ella le quiere.

CLARITA.

Sí, papá; lo que es eso, puedo asegurarle á V. que no es broma.

BRASILLO.

¡Vaya, pues todo sea por Dios! (A las vecinas y sus.) Solo les encargo á Vds. que no divulguen mi secreto; que no cuenten á nadie que yo soy mason y Gran Oriente.

JUANILLO.

¡Qué, señor! ¡Si ni V. es mason, ni nosotros

tampoco, ni sabemos una palabra de esas cosas!

BRAUJO.

¡Ah! ¡Conque tampoco yo soy...? Pues miren Vda., despues de todo, me alegro; aunque de todo esto maldito si entiendo una jota.

RECAHEDO.

¡Jota dijo V.? Pues ahí va la que hemos ido hoy cantando por las calles.

BUEFITA.

Y que se cantará tambien el dia que os caséis de veras.

Musica.

Somos unos francasones,  
que teniendo muchos grados,  
no somos masones puros,  
sino masones agudos.

Yo soy Treinta y tres;  
tú eras Gran Kador;  
él es Gran Espada:  
y como ya ves,

al fin en rigor  
todos somos nada.

Al terminar el sainete,  
dirá el público aburrido:  
"¡Si seré masen de veras  
y no lo habré conocido!"

Yo estoy en un tris:  
suda el pobre autor;  
tiemblan las actrices;  
pero si aplaudís,  
con este favor  
nos haréis felices.

FIN.



LA FAMILIA CRISTIANA.

---

# MATER DOLOROSA.

POR

JULIO NOMBELA.

---

«Quien bien tiene y  
mal sufre...»  
*(Pensamiento.)*



MADRID:

A. PEREZ DUBRILL, EDITOR.

*Barco, 9 primero, cuarta izda.*

1871.



LA FAMILIA CRISTIANA

# MATER DOLOROSA

DE JULIO ROMBELL

MADRID  
IMPRESA DE LA ECONOMIA

---

MADRID, 1871.—Imprenta de La Esplanada, a cargo  
de D. Antonio Pérez Dubrull.—Poz, 6, prin.



*Tres fuertes martillazos acompañaron las últimas palabras de doña María Luisa.*



UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

## MATER DOLOROSA.

### I.

#### En cuadro de familia.

—¡Señorita, señorita...!

—¿Qué sucede que gritas de ese modo?

—Acaba de llegar el Sr. Juan, el ordinario, y trae el cajón... el cajón que esperaban Vds. ¡Vaya! ¡Y poco grande que es...! ¡Con unas letras...! Asíase V. al balcon y lo verá... ¡Entre él y su hijo el Romo lo están descargando... ¡Voy... voy! ¡Ah! Diga V., señorita: ¿lo suben, ó lo dejan en el patio?

—Haz que lo pongan en el comedor, y que vaya Frascuelo á llamar al señorito, que estará en la botica... No corras, mujer...

—¡Es que me baila el cuerpo...! Pensar que voy á ver lo que han traído de Madrid, y mis castañuelas entre ello...

—Saca vino, y que beban el Sr. Juan y su hijo.

—Les daré del añejo... Voy corriendo...  
¡Ay, qué gusto!

El diálogo que acabo de copiar tenía lugar entre una joven de diez y ocho años, llamada Cármen, y una de las domésticas de su casa, en un pueblo de la provincia de Búrgos, de los mas próximos á Alava.

Serian, poco mas ó menos, las cinco de la tarde de un hermoso día de setiembre, cuando la llegada del ordinario levantó de cascos á la maritornes.

Debo advertir que la accion pasaba en 1847, y que el pueblo en donde residia Cármen Lagarza con su esposo Miguel Olave y su abuela doña María Luisa Carbajal, se hallaba bastante retirado de la carretera.

La llegada del ordinario con el cajon procedente de Madrid, debia ser, y fue, en efecto, un acontecimiento para aquella familia.

Frascuelo se trasladó en una carrera á la botica, avisó á su amo, y se volvió á casa muy de prisa para echar una mano.

Cármen dió cuenta de lo que sucedia á la anciana, y todos los habitantes de la casa se pusieron en movimiento.

Juan y su hijo bebieron á la salud de sus amos, y no tardaron en dejar solos á los que, llenos de curiosidad ostensible ó disimulada, deseaban ver los objetos encerrados en el cajon.

Miguel se armó de un martillo; Frascuelo

sujetaba el cajón; Rita la doméstica colocaba sillas para que su amo pusiera en ellas lo que sacase de aquel continente de madera de pino; doña María Luisa se había hecho llevar al comedor su sillón de baqueta para presidir desde aquel trono de la familia la operación, y Cármen, que se había ofrecido á desenvolver los objetos, aguardaba impaciente el momento de empezar á desempeñar su papel.

Todos estaban contentos, todos eran felices.

Miguel dió dos fuertes martillazos.

—Cuidado no te cojas un dedo! le dijo su mujer.

—No temas.

—Es que esos golpes duelen mucho, señorito, objeto la doméstica.

—Están fuertes los clavos.

—Como clavados por mi padrino, dijo Fras-casó. El todo lo hace bien, ó no lo hace.

—Con efecto: D. Roque es un hombre cabal.

—Ya verá V. cómo no ha olvidado nada...; todo lo apunta, y lo...

—Calla, hombre, calla; que con menear la lengua se te va la fuerza y no sostienes el cajón.

—Apriete V. ahora...

—¡No des tan fuerte, hombre..., que se va á despertar Luisito!

—Está durmiendo.

—Hace media hora se me quedó traspuesto en los brazos.

—Debias haberle entretenido...; ahora duerme, y luego por la noche es ella... Cuando no hay método...

—Calla, y martilla...

—Es que siempre sucede...

—No vayas á incomodarte ahora, hombre.

—Tiene razon la señorita; no se incomode usted.

—Anda, fagaillas, anda; destapa pronto ese cajon, dijo la abuela: los viejos somos como los niños, y estoy mas impaciente que lo estaria Luisito si presenciase la operacion.

Tres fuertes martillazos acompañaron las últimas palabras de doña María Luisa.

A los martillazos siguió un lloriqueo.

—¡Lo ves! exclamó Cármen: ya se ha despertado nuestro hijo. Corre, Rita, no se caiga de la cuna.

—Es que querrá mamar.

—No, por cierto...; se quedó muy satisfecho antes de dormirse. ¡Anda, anda...!

—Va á llorar mas si me ve; no quiero á nadie mas que á su madre.

—Coged pronto á ese niño, que va á desganitarse.

—Anda, Rita, anda.

—Le bajaré.

—Primero tenle un rato en el cuarto; salir de lo caliente y traerle aqui, seria proporcionar un resfriado al angelito.

—Anda, Malagana, dijo Frascuelo.

—Tú hablas así porque te quedas.

—También tú verás lo que venga, mujer, añadió Cármen.

Rita se fue refunfuñando.

La tapa saltó al fin, y apareció una superficie de recortes de papel blancos y azules.

El criado los quitó, y acto continuo asaltaron cuatro manos el cajón; hasta la abuela llevó la suya á los empapelados objetos, impulsada por la impaciencia.

—¡Orden, ó tapo! gritó Miguel.

—Ea que...

—Nada, nada..., ó desencajonamos con método y paciencia, ó pongo la tapa, la clavo, y no se saca ni una hilacha.

—Tienes razón...

—Yo saco, tú desempapelas, y la abuelita ve y coloca en las sillas los objetos.

—Y yo ¿qué hago? dijo Frascuelo.

—Abrir la puerta, dijo Miguel, que acababa de oír un aldabonazo.

—¿Quién será?

—Algun importuno.

—Siempre ha de suceder así...!

—Ve á abrir.

—¡Podía habérsele quebrado la mano al llamar! murmuró Frascuelo al dirigirse á abrir la puerta.

La operación quedó en suspenso.



—¿Quién es? preguntó el mozo.

—Yo, hombre.

—¿Quién eres tú?

—El Romo... ¿no me conoces?

—¡Ah! sí... ¿Qué se te ofrece?

—Pues nada... que el amo ha dao una peseta colunaria á mi padre, y vengo á traerlo al rial; que nosotros no queremos lo que no es nuestro.

—Guárdatelo, y echa unas copas, dijo Miguel.

Y mientras cerraba Frascuelo la puerta, aquel acto meritorio del jóven ordinario fue juzgado por efecto de las circunstancias del siguiente modo:

—¡Vaya una embajada! dijo Frascuelo.

—Son fieles, pero á pesados no gana nada al Romo y á su padre, dijo Cármen.

—¡Hacer un viaje por un real! ¡Qué bruto!

—A lo que ha venido es á curiosear, añadió la abuela.

La interrumpida operacion prosiguió con la presencia de Rita y el rapazuelo, niño hermoso de quince meses.

El primer objeto que salió del cajon fue una taza de china.

—¡Es de mi juego de café! exclamó Cármen; á ver... ¡Qué bonita! ¡Es de carmin y oro...!

—Anda... esas tazas serán como las de los Reyes de Palacio, exclamó Frascuelo.

—Ha tenido mucho gusto D. Roque.

— ¡Yo lo creo...! ¡Como que es mi padrino!

— Aquí está mi escopeta, dijo Miguel... ¡es una alhaja!

— ¡Ay! ten cuidado.

— ¡Si está descargada!

— Dice el refrán *que el diablo las carga*, y lo mejor es no andar con esas cosas donde hay gentío, dijo con sentenciosa voz doña María Luisa.

— Este es el morral... ¡Magnífico! y el frasco de la pólvora, y la perdigonera...

— Ya le habrá costado caro.

— También envía polainas.

— ¡Anda, y qué mozo estará el señorito con todo eso! dijo Rita... ¡Mire V., mire V., señora, cómo echa la mano el niño á los arreos y se rie!

— Va á salir tan cazador como su padre.

— No, hijo, no; como su abuelo, objetó doña María Luisa. El difunto Rey Carlos IV (que en paz descanse) le nombró su montero mayor por recomendación de Carlos III, y los dos monarcas (Dios los tenga en su santa gloria) lo que es en materia de caza sabían dónde les apretaba el zapato.

— Era lo único que sabían, dijo Miguel.

— No murmures... Si tú hubieras alcanzado aquel tiempo como yo...

— Hubiera llevado peluquín, calzon corto, chupa, cassaca, y hubiera necesitado zancos para

andar por aquellas calles, que parecían barrancos.

—Pues tu abuelo anduvo sin ellos.

—Su esposo de V. era un santo varón, que no podía pasar sin oír misa todos los días, cazar todas las tardes con el Rey, y visitar de cuando en cuando al prior de los Gerónimos. En sacándole de ahí...

—¿Qué vas á decir...? Acaba la frase, dijo encolerizada doña María Luisa.

—No hablen Vds. de eso, dijo Cármen: siempre que sale á relucir esa conversacion, acaban Vds. riendo.

—Tu marido, hija mia, condena aquellos tiempos ¡ay! que no volverán, pero que valian mas que los presentes.

—¡Bonitos tiempos...! Una corte en la que el Rey pasaba el día cazando, y la Reina dejándose hacer la corte por Godoy.

—Miguel, Miguelito, no me tientes la paciencia! Y tú, gazuápíro, añadió dirigiéndose á Frasuelo, ¿de qué te ríes?

—¡Toma! yo... de lo mucho que sabe el amo Oyéndole se queda uno con la boca abierta.

—Tú y él debíais estar...

—¡Cálmese V., abuelita!

—Aquí está lo de V., dijo Miguel.

—¡Lo mio! A ver lo mio, dijo la anciana cambiando de tono, lo que demostraba que el enfado había desaparecido... Un rosario de es-

malte blanco, el *Libro de las Flores*, y una caja de rapé. ¡Qué buen D. Roque! ¡Calle! también me envía medallitas de plata y una estampa del Cristo de los Guardias. Ya veis, hijos mios, cómo tenia razon cuando decia que don Roque era un cumplido caballero.

—¡Alguien se queja por aquí! exclamó Miguel.

—Será un juguete.

—Un perrito de aguas que ladra; esto es para Luisin. ¡Mira, mira cómo le coge y se lo lleva á la boca! Quitale: ¡se va á llenar de lana!

—¡Qué mojó es! dijo Rita; se parece al perro de la hija del escribano.

—No le falta mas que hablar; ¿no es eso?

—¡Qué cosas tiene el señorito!

Miguel continuó sacando objetos del cajon, y parecieran las castañuelas y una peñeta de cocha para Rita; un juego de ajedrez de marfil, y otro de damas, una tartanita con su caballo, y un tambor de granaderos que movia los brazos, para el niño; un *necessaire*, dos figurines de la última moda, y un collar y pendientes de coral para Cármen; unos cuantos libros de caza, dos ó tres novelas del vizconde d'Arincourt, y el *Conde de Montecristo*, para Miguel.

—Pues, señor, ya no hay mas, dijo este.

—¿Que no hay mas? preguntó Frasuelo poniendo una cara muy compungida.

—No.

—¿Pus y yo?

—Amigo, D. Roque se ha olvidado de ti.

—¡Vaya un padrino! ¡Y luego dicen que le quieren á uno!

—¡Calla...! que aquí pareco que hay algo.

—Poco abulta.

—¡Quién sabe lo que será...! Es para ti... mira... aquí dice: "Para Francisco."

—Si á mí me estorba lo negro!

—Rompe el papel á ver lo que es.

—Una cartilla...!

—¡Vaya un regalo! Eso le habrá costado cuatro cuartos.

—Y dentro hay un papel... Oye, oye... "Francisco: dentro de un año caerás soldado: si para entonces sabes leer y escribir, te compraré un sustituto. Es el mejor regalo que pueda hacerte tu padrino."

Lloriqueando balbuceó el joven.

—¡Ya decia yo que no me olvidaria...! no quiero que sirva al Rey... ¡ja... ja...! yo aprenderé: si señor que aprenderé. Dame V. la cartilla, que hasta que me la meta entera y verdadera en la cabeza, no he de parar.

Mientras prestaban todos atención á este último episodio, Luisito habia quitado toda la lana al perro, y se habia untado la cara con la pintura encarnada que figuraba la boca del animalito, y llamaba la atención de sus padres,

diciendo: ¡Ja, ja! monosílabo con que en su idioma manifiestan los pequeñuelos que están sucios, y quieren que los limpien.

—¡Adios, ya hay una víctima! exclamó Miguel.

El niño tiró el perro, y quiso apoderarse de los objetos de la abuela.

—No, hijo, no; para que los rompas... me los llevo á mi cuarto.

Luisito empezó á llorar, y no paró hasta que le dieron el tambor de granaderos.

Entre todos recogieron los bártulos, cada cual guardó los suyos, y por ser ya anochecido, entraron todos en el cuarto de la anciana, y, con arreglo á la costumbre de todos los días, rezaron el rosario.

Al día siguiente fueron los amigos á ver los regalos que habia enviado D. Roque.

¿Puede darse una felicidad mas pura y mas completa que la que han visto los lectores en las personas que les he presentado?

¿Despierta su interes?

Pues vamos á conocer las interioridades de esta familia, y á ver de paso la penosa influencia que aquellos regalos debian ejercer en su porvenir.

## II.

### Bienes y males.

Doña María Luisa Carbajal había sido, en efecto, esposa de uno de los monteros mas queridos del buen Rey Carlos IV.

Su marido, fiel vasallo, siguió al monarca, primero á Bayona, y luego á Roma.

La pobreza de aquellos infelices soberanos les impidió socorrer á su leal servidor, y don Serafin Olave, al terminar la guerra de la Independencia, envió á su esposa al pueblecillo de la provincia de Búrgos en donde la hemos conocido, para que cuidase la escasa hacienda que allí tenia, mientras él iba á las Indias en busca de fortuna.

Su único hijo contaba ya diez y siete años, y podia servir de apoyo á su madre.

Diez años trascurrieron sin que doña María Luisa tuviera noticia alguna de su esposo, cuando un dia se presentó este en su casa sin previo anuncio, y despues de abrazar á su madre y á su hijo, declaró que poseia dos millones



de reales, y dejaba en la Habana créditos á su favor por igual cantidad, que en cuatro plazos debia abonarle, con arreglo á la escritura que estaba en su poder, el comprador de la fábrica de tabacos que habia establecido poco despues de su llegada, y habia explotado con gran acierto durante los diez años de su ausencia.

Todo fueron en aquella casa plácemes y enhorabuena.

Luis, el hijo, dió en cambio de la fausta noticia á su padre la de que ya era abuelo, y le presentó á Miguel, á quien hemos visto unido á Carmen, rapaz á la sazón de veinte meses.

—¿Y tu esposa? preguntó D. Serafin.

—No la nombro V. siquiera.

—¿Eas tenemos...! Por ventura, ¿no se porta como Dios manda?

—La respuesta que podria dar á V. constituye una historia dolorosa. Bástele á V. saber que en esta casa, ni se la nombra, ni se la recuerda.

Despues supo el acudalado indiano que una mujer de mundo habia ido al pueblo á pasar la convalecencia de una enfermedad; que se habia presentado como una jóven huérfana muy desdichada; que Luis se habia enamorado de ella; que habian vivido como unos tórtolos durante un año; que fueron muy felices al tener un hijo, y que las cosas marcharon así hasta que llegó al pueblo un marquesito con el ob-



jeto de comprar una casa de campo; que procuró entablar relaciones con aquella familia; que doña María Luisa, recordando, al ver en su casa á un noble, los tiempos que vivió en Palacio, hizo que sus relaciones con el marques fueran íntimas; que á los dos meses de estar allí el forastero sin adquirir la casa, porque ninguna le agradaba, dijo la esposa de Luis que no podía seguir criando al niño porque le dolía mucho el pecho: y que un mes después desaparecieron el marques y la ínicua madre, dejando al burlado marido una epístola revelándole que eran antiguos amantes, y que huían de España á paraje donde no podría hallarlos por mas que los buscara.

El niño se crió con un ama: Luis sufrió un golpe terrible; pero disimuló, porque, en buena ley, los instintos aristocráticos de doña María Luisa habían sido la causa de su ceguera; y esta buena señora cobró tal odio á la corte, sus costumbres y sus intrigas, que para desesperarla no habia que hacer mas que recordarle á Madrid.

Sin hablar de aquella desventura, buscaron madre é hijo consuelo á su pesar en su mutuo cariño, y la abuelita se convirtió en madre de Miguel.

La noticia de que eran millonarios pareció borrar las nubes que veían en el horizonte aquellos dos seres.

En pleno consejo de familia discentieron la inversión que darían á su fortuna, y después de construir de nueva planta su casa, adquirieron terrenos próximos para jardín y huerta, y poco á poco compraron medio pueblo, llegando á ser D. Serafin el mayor contribuyente y el mas acaudalado propietario de toda la comarca.

Su afición á la caza le distraía, y no había una familia mas feliz que la suya.

Pronto sufrieron un terrible golpe.

Luis, que no podia olvidar á su malhadada esposa, se convirtió víctima de una tristeza que, quitándole el apetito y las fuerzas, le produjo unas calenturas nerviosas que le llevaron al sepulcro.

Los dos abuelos sirvieron de padres á Miguel, quien, al desarrollarse, mostraba una buena imaginación.

—¿Qué carrera le daremos? preguntaba don Serafin á su esposa.

—Ninguna.

—Sin embargo...

—Sayo ha de ser todo lo nuestro cuando cerramos el ojo, y mas vale que sea un lugareño rico que no un sabio. Para darle carrera tendríamos que enviarle á Madrid; allí se maliciaría, y lo que tanto te ha costado adquirir, lo derrocharía él á nuestra muerte en coches, palacios, joyas y devaneos. No... no es preciso que en el pueblo aprenda lo que le salga de adentro, y

que no sepa, hasta que tenga lo menos treinta años, á cuánto ascienda su fortuna.

Entre los vecinos del pueblo, el que mayor amistad logró, por sus excelentes cualidades, de los dos esposos, fue el llamado D. Roque, consignatario del cajon que en el capítulo anterior hemos visto desembalar.

Este buen señor habia sido estudiante en Madrid en sus mocedades, y habia terminado la carrera de leyes con lucimiento. Es mas: habia tenido grandes disposiciones para el dibujo y la música, y las prendas de su carácter le hacian al hombre mas apto para animar un salon, dirigir un sarao ó improvisar una diversion agradable.

A estas cualidades unia una honradez á toda prueba, y una fortuna suficiente para vivir con gran independendencia.

A los veintiocho años se retiró al pueblo, y olvidando por completo la corte, se consagró á cuidar de sus bienes.

Todos extrañaban que no se casase; pero, por mas indirectas que le asestaban, no queria oír la epístola de San Pablo.

Hizo, sin embargo, una concesion.

—No tendré hijos, pensó; pero tendré ahijados.

Y se dedicó á apadrinar los vástagos de las familias mas pobres del pueblo.

Diez de estos pequeños seres, uno detras de

otro, tuvieron la desgracia de fallecer, y dicho se está con esto que, so pretexto de que D. Roque tenía mala mano, no hubo quien le quisiera por compadre.

El mas atrevido fue el padre de Frascuelo, que, como los lectores han visto, no se desgració.

Pero diré de una vez que D. Roque era el rigor de las desdichas.

En primer lugar se llamaba Roque Picaporte, y el nombre y el apellido influyen tanto en el porvenir de los hombres, que suplico á Vds. que me busquen un pintor célebre que se llame Gansito, un compositor aceptado por la posteridad que se llame *Crispulo* ó *Toribio*, ó alguna individuo que haya brillado en cualquier género llevando el apellido de Caballo, Guisado, Parolero, Cebolla, y el nombre de Gorgonio, Pascacio ó Leamea.

Algún dia explanaré esta idea en un libro, que bien lo merece.

D. Roque tenía además una de esas caras que tan bien ha descrito Paul de Kock, y que con tanta gracia dibuja Ortega.

En primer lugar poseía unas narices descomenales; sus ojos eran pequeños y verdosos; su boca era muy grande, y los labios muy gruesos; las cejas, arqueadas y cubiertas de un pelo ligero, se juntaban encima del arranque de la nariz; por último, su cutis parecía badana y

tenia un color cetrino con manchas oscuras, todo lo cual formaba un conjunto desdichadísimo.

Era además alto y seco; pero, á pesar de su fealdad, era tal la bondad de su alma, que había en su rostro un no sé qué, una expresión de dulzura, un gracejo especial, que los que se acostumbraban á verle, acababan por encontrar una belleza original en aquel conjunto de imperfecciones y fealdades.

Era además elegante, y su elegancia, su pulcritud para vestir, su exagerado aseo, completaban el tipo.

Mientras no se trataba mas que de hablar de la salud, de cacerías, de nociones de agricultura ó de pormenores de la vida vulgar, D. Roque era, lo mismo en Madrid que en el pueblo, pero mas en el pueblo que en Madrid, una especie de oráculo, un sabio en toda la estension de la palabra.

Y ya en la época en que le conocimos podía pasar tal como era; pero en sus mocedades... ¡ah! en aquel hermoso periodo de su vida había sufrido lo que no es decible.

Llegaba á una casa de huéspedes á tomar alojamiento; y despues de arreglarse:

—¿Cómo es su gracia de V.? le preguntaba la dueña de la casa.

—Roque Picaporte.

La patrona se sonreía, y no tardaban ella y

la criada en anunciar á los huéspedes el próximo espectáculo de tener á su lado en la mesa á una especie de orangutan.

La criada se permitía retruécanos.

—Aun no se ha levantado el *picaporte*, decía una vez. ¡Hay que echar aceite al *picaporte* para que ande listo! exclamaba otras.

Iba al aula, y cuando el profesor, pasando lista, le nombraba, se mordía los labios para contener la risa, mientras que los condiscípulos del víctima reían á carcajadas.

—Diga V. la lección, señor de *Picaporte*, exclamaba de vez en cuando. Y el infeliz se levantaba á obedecer en medio de los murmullos y las bromas de sus compañeros.

Pues figúrensele Vds. en un salon tocando el piano, cantando una romanza, ó haciendo la corte á una joven.

—Cuidado no te enganches en el *picaporte*, decía una señorita á la pareja de nuestro héroe.

—¿Es de gancho el *picaporte*? le preguntaba otra.

—¡Jesus, qué frío hace! decía una mamá.

—Pues yo he cerrado bien la puerta, decía la señorita de la casa, añadiendo en alta voz: y tiene *picaporte*.

Al ser presentado en una casa, su nombre producía hilaridad; y sus dibujos, sus gracias, su conversacion, que agradaban al principio, tenían por remate este epitafio:



—¡Lástima es que ese joven, decían sus admiradoras, se llame Picaporte, y sea tan feo!

Aburrido del sarcasmo poco cristiano que le rodeaba, se retiró al pueblo, y allí fue un verdadero amigo para doña María Luisa y su hijo, mientras D. Serafín estuvo ausente.

Comprendiendo que el arte no le proporcionaría satisfacciones, se refugió en los números.

Aunque era bueno, tenía una herida crónica en su amor propio.

—Si yo llegara á ser muy rico, pensaba, parecería encantador á las gentes, y hasta mi nombre y mi apellido se embellecerían á los ojos de los que viven en la esfera de los negocios.

Allá á sus solas, en los paseos y en las cacerías, buscaba una idea que, auxiliada con su capital y sus cualidades, pudiese curar su herida y darle el poco de gloria que necesitaba, y que había sido siempre su pesadilla.

Su íntimo amigo, su confidente, era D. Serafín: con él hablaba de sus planes, y en sus conversaciones, muchas veces políticas, condenaba los ensayos de parlamentarismo, que poco á poco empezaban por entonces á destruir las fuentes de la riqueza pública del país, y á arrebatar el bienestar y la tranquilidad de espíritu á sus moradores.

El enseñó aritmética y gramática á Miguel; y viendo el despejo del joven y su afición á las

números, le condujo á través del laberinto de las matemáticas.

—Su nieto de V., decía á D. Serafin, sería un gran negociante; ve con mucha claridad, adivina los escollos, y tiene una serenidad, una desconfianza, una malicia, y sobre todo un golpe de vista, asombrosos.



### III.

#### Una boda.

Cuando D. Serafin pasó á mejor vida, nombró á D. Roque tutor de su nieto; y, como lo tenia convenido con su esposa, dejó á esta heredera universal de toda su fortuna.

Miguel quiso seguir una carrera; pero su abuela se opuso, y tuvo que resignarse.

Por entonces llegó á un pueblo inmediato un coronel retirado, D. Antero Galarza. Tenia una hija que proyectaba consagrarse á la Religión, entrando en un convento de Búrgos; y como solo economizando podia proporcionarle el dote, se refugió en aquella aldea.

Habia sido en sus verdes años amigo de don Roque: los dos se querian entrañablemente, y fue á visitarla.

Cuando se disponia á pagarle la visita, encontró á Miguel.

—¿Dónde va V., D. Roque? le preguntó.

—A un pueblecillo próximo, donde vive un amigo.

—¡Y va V. á pie!

—Está cerca, y tengo gana de dar un gran paseo.

—Yo también; y si no fuera porque no he dicho nada á la abuelita, le acompañaba á V.

—Pues vamos á tomar su venia, y haremos á medias el viaje.

Miguel tendría entonces unos veintidos años, y era un mozo completo.

Previo al permiso de doña María Luisa, se pusieron en camino discípulo y maestro, y no tardaron en llegar al término de su viaje.

La casa de D. Antero tenía por fuera una apariencia nada agradable. Formaban la fachada un paredon negruzco, una puerta en forma de herradura llena de remiendos, y dos ventanas voladas con gruesos barrotes, y en cada una su correspondiente cruz.

Pero si por fuera era feo aquel albergue, por dentro era otra cosa.

Después de pasar un portalon, empedrado con una desigualdad dolorosa para los que tenían que atravesarle, se entraba en una especie de vestibulo con tres puertas. La de la izquierda conducía, por medio de una escalera, á los dormitorios; la de la derecha á una sala decorada con sencillez, pero con elegancia, y la del fondo abría paso al comedor.

El comedor tenía una puerta que daba á un lindísimo jardin, y otra á la cocina.

En esta habitacion penetraron los dos recién llegados, sorprendiendo á D. Antero y á su hija en el momento en que se sentaban á comer.

D. Roque hizo la presentacion de Miguel en toda regla.

Tuvieron que sentarse tambien y comer con el padre y con la hija.

Hubo expansion, y no los dejaron retirarse hasta la tarde.

—¿Qué te ha parecido mi amigo? preguntó D. Roque á Miguel.

—Un hombre excelente.

—¿Y su hija?

—¡Oh! su hija, un ángel, contestó con entusiasmo el jóven.

—Pues ahí donde la ves, quiere meterse monja.

—No es posible.

—¿Como lo oyes!

Miguel no volvió á despegar sus labios.

Seis meses despues se celebraba en casa de doña María Luisa una gran fiesta, y eran en ella los protagonistas Cármen y Miguel.

El sacerdote habia bendecido su union, y todo era alegría en aquella morada.

Cármen creia casarse con un modesto labrador; Miguel, con una pobre muchacha sin mas recursos que los ahorros que habia ido haciendo su padre para formarle el dote que debia abrirle las puertas del convento.

D. Antero experimentaba una inmensa satisfacción, no solo porque estaba seguro de que con su carácter haría Miguel feliz á su hija, sino porque sabia que, andando el tiempo, la gran fortuna de la abuelita iría á parar al joven.

Debemos perdonarle este matiz de egoismo, porque al fin era padre y además viejo, y sabia lo que vale el dinero cuando está en buenas manos.

Doña María Luisa celebró también que su nieto se casase con una joven pobre, porque de esta manera no tendría pretensiones y se conformaría con vivir en el pueblo.

D. Roque fue padrino de la boda, y, á pesar de su mala estrella, no tuvo que arrepentirse de haber apadrinado aquella union.

Cármen y Miguel se adoraban, y hasta la circunstancia de estar supeditados á doña María Luisa, que era la proveedora de fondos, estrechó mas y mas los lazos de sus almas.

Convinieron, para tener contentos á D. Antero y á doña María Luisa, en vivir cada año una temporadita con el primero, y lo demas del tiempo con la bondadosa abuela.

Por desgracia, á los cuatro meses antes de que pudiesen realizar su programa, murió el padre de Cármen.

Empezaba el verano, y Miguel manifestó á

doña María Luisa deseca de mejorar la casa que D. Antero les habia dejado.

—Cármén le tiene ley, dijo, y con poco dinero podríamos dejarla como nueva. Esto ademas nos distraeria, porque pasaríamos uno ó dos meses vigilando las obras.

—Lo que vosotros queréis es libertad, dijo la anciana: sea en buen hora; pero con una condicion.

—Usted dirá.

—Habeis de pasar los domingos conmigo.

—Eso sin que V. lo indicara lo habríamos hecho.

Miguel no se equivocó.

Cármén, sintiendo en extremo la pérdida de su padre, fue á pesar del pesar mas feliz al verse sola en una casa, tan bonita y tan á propósito para dos amantes esposas, como la que le habia dejado el bueno de D. Antero.

Y era natural que esto sucediese.

Aunque doña María Luisa la queria como á una nieta, no por eso dejaba de ser el jefe de la familia. Era necesario, por respeto y cariño, amoldarse á sus costumbres, observar sus preceptos, consultarle para todo.

Cármén y Miguel no se atrevían á ser expansivos en su presencia, y despues de unidos ante Dios tenían que escamotear los instantes para hablarse, para comunicarse sus emociones, para repetirse que se amaban.

Faltábales esa libertad, esa confianza que necesitan la soledad; y por lo mismo que les faltaba, la buscaban con vehemencia.

Trasladáronse, pues, á aquella casita donde Miguel conoció á Cármen, y allí, sin testigos, sin obstáculos, daban gracias á Dios por la felicidad que les concedía.

IV.

**Una carta.**

Los primeros dias pasaron con vertiginosa rapidéz; pero los jóvenes hubieran llegado á aburrirse de aquella soledad que tanto habian anhelado, si una carta de una amiga de Cármen no hubiese alterado aquella incipiente monotonia.

Eran las doce y media del dia; acababan de comer, y no sabian cómo se arreglarían para pasar la tarde, cuando llegó un peaton con la epístola.

—¡Una carta para tí! exclamó Miguel con celosa envidia.

—¿De quién podrá ser?

—Ábrela, y lo sabrás.

—No; ábrela tú.

—Viene á tu nombre.

—Si tú y yo somos una misma alma, ¿qué mas da un nombre que otro?

—Tienes razon.

—¡Anda, anda pronto, que deseo saber...!



Miguel rompió el sobre, y halló un pliego escrito por las cuatro caras.

Buscando la firma, leyó: *Enriqueta Perez de Santillana.*

—¡Ah, sí, Enriqueta! exclamó Cármen: mi íntima amiga, mi hermana. Cuando nos despedimos en Búrgos, iba á casarse con un personaje de Madrid. Se habrá casado y me escribirá. ¿Qué fecha trae la carta?

—La del 12 de junio.

—Pero, ¿viene desde Madrid?

—Desde Madrid...

—A ver... lee... lee...

—¿Y si sorprende algún secreto tuyo de los atrevidos?

—Todos los sabes, Miguel mío.

—Entonces te servirá de secretario.

Y Miguel leyó una larga epístola, cuyos párrafos mas importantes estaban concebidos de este modo:

«Me costó muchas lágrimas la despedida. Ya ves, querida Cármen: era la primera vez que me separaba de mis padres. Te digo ingenuamente que aunque estaba segura del cariño de mi esposo; aunque me halagaba la idea de mejorar de fortuna; aunque me sonreía la esperanza de vivir, no solo en la corte, sino en los centros mas aristocráticos y distinguidos de ella, la resolucion de abandonar á mis padres, de salir de mi Búrgos, me afligia. Y al acer-



carse el momento de la partida, lloraba como una Magdalena. ¡Cuanta mucho arrancar; pero despues... despues he sido tan feliz, que, necesitando desahogar mi alma, embriagada de dicha, he pensado en tí!"

—¡Ves qué buena y qué cariñosa! exclamó Cármen interrumpiendo á su marido.

—Al menos lo parece.

—¡Si vieras cómo nos queríamos! En Búrgos nos llamaban las *gemelas*. También quiso ser monja; pero le duró menos tiempo que á mí el deseo.

—Proseguiré, si quieres.

—Sí, sí...

"Los preparativos del viaje, continué leyendo Miguel, las despedidas, los encargos me distraían. Por fin, llegó la hora de montar en la diligencia. Mi pobre madre no tuvo valor para ir á la administracion. ¡Cómo nos abrazamos! "No me consolaré nunca," decía yo á mi esposo. Al fin partimos: íbamos solos en la berlina, y los paisajes, las peripecias del camino, las paradas en las fondas, las promesas que me hacía mi marido, su amena y variada conversacion, ¡oh! te lo confieso, me hicieron hasta olvidar á los que dejaba, para recrearme en las esperanzas que me sourceian. ¡Qué egoistas somos...! Llegamos á Madrid... ¡Si vieras qué casa tan bien puesta me tenía preparada mi esposo! ¡Qué lujo y qué elegancia! Sillería de damascon

tal, un gabinete para mí con muebles de palo  
santo. Te digo que un hada no habría adorna-  
do con mas gusto la casa. Empezaron á visitar-  
me los amigos de mi esposo, que es nada me-  
nos que consejero de Estado, y llovieron sobre  
nuestros convites para bailes, conciertos, ban-  
quetes, y qué sé yo. Tuvimos que abonarnos  
al teatro, y á los quince dias llegó una carrete-  
ta que habia encargado Santillana á Paris.  
También nosotros recibimos y nos tratamos  
con las personas mas principales de Madrid.  
Mi esposo, que es un gran abogado, es con-  
sulter de muchos Grandes de España; y lo  
quieren tanto, que no hay fiesta para la que  
no cuenten con nosotros. Así es que estoy  
muy ocupada... Todos los dias celebro conferen-  
cias con las modistas, paso revista á las tien-  
das, y recibiendo visitas ó haciéndolas, pa-  
sando por el Prado ó asistiendo á los teatros,  
vitiéndome para los saraos ó permaneciendo  
en los salones paso mi vida, pero atareadisima.  
Querrás creer que tambien ballo! De soltera  
supra me atreví; pero ahora... como está mal  
visto que no bailen las señoras casadas... Luego  
me cuentan tantas cosas unas de otras... Pare-  
ce mi vida una continua novela. Ya formo par-  
te de la Junta de Damas de Honor y Mérito...  
y en las sesiones del Liceo me han dedicado ver-  
sos los poetas mas afamados. En la Semana  
Santa pedí para los niños de la Inclusa en San

Ginés, y todos dicen que soy la que mas ha recogido. Esto halaga mi amor propio. Vámonos: te digo que esto es la gloria, que no me cambiaría por una Reina. Comprende si te querré de veras cuando me acuerde de ti."

Al terminar Miguel la lectura de aquella carta, miró á su esposa, y notó que estaba profundamente distraída, ó, mejor dicho, ensimismada.

—¿A que adivino lo que piensas? dijo Miguel después de algunos minutos de silencio que empleó en su observacion.

Sorprendida Cármen:

—No es posible, le dijo.

—¿Prometes ser sincera?

—¿Puedes dudarlo?

—No; pero voy á convencerme. Envidias á tu amiga, ¿que es verdad?

—Segun y cómo.

—Explicate.

—No le envidio en posicion, no le envidio la dicha que ha encontrado en su enlace: lo único que le envidio es la vida que hace en Madrid.

—Pues, hija, consuélate: á mí me pasa dos cuartos de lo mismo.

—¿De veras?

—Como lo oyes. ¡He deseado tantas veces ir á Madrid! Cuando leo periódicos, cuando sigo con interes las peripecias de una novela cuya

serian pues en la corte, se despertar en mí tales deseos de ir allí. Somos felices, ¡qué duda tiene! Pero la felicidad, como todo en el mundo, necesita cambiar de horizontes, renovar las emociones. ¡Figúrate qué dicha si los dos, que tanto nos amamos, fuésemos á Madrid!

—Iríamos juntos á los paseos.

—Y á los teatros.

—La imaginacion se distraeria con las novedades.

—Y no es eso solo...; yo, que soy activo, emprendedor, buscaria algun medio de emplear mi actividad.

—¡Toma! y adquiririas en seguida un buen empleo.

—Eso es lo de menos...; con que la abuela me diese una parte siquiera del capital que me corresponde, emprenderia negocios.

—Y te darias á conocer.

—¡Yo lo creo...! Capaz seria de centuplicar los fondos.

—Y tendríamos una casa muy bien puesta.

—Y muchas comodidades.

—Como Enriqueta.

—Pues... y hasta me darian alguna cruz, y frecuentariamos la buena sociedad.

—Los grandes bailes, ¿eh?

—¡Y los teatros!

—¡Ah! Sí, sí; ¡qué ventura!

—Compara tú esa vida con la que aquí ha-

ceños, sin otra distraccion para ti que regar las flores y cuidar los gusanos de seda, y dar de comer á las tórtolas, y sin mas atractivo para mí que las partidas de ajedrez con D. Roque, ó el mus con el boticario y el médico.

—La verdad es que, si no fuera por el cariño que nos tenemos, aquí nos aburríamos. El campo es precioso, y muy sano...; ¡pero tan triste!

—Nada, nada; hemos de ir á Madrid.

—¿Me lo prometes?

—Formalmente.

—Ya ves, hasta es de precision ir allá. Si Dios nos da familia, ¿cómo educamos á nuestros hijos?

—¿Claro!

—Y como puede ser que nos los dé.

—¡Oh! Eso seria mi mayor felicidad...

—Pues ya puedes ir preparándote.

—¿De veras!

—Sí... Digo, me parece que sí.

—Razon de mas para pensar en ese viaje.

—Es una triste cosa que estamos viviendo como unos párvulos... No nos falta nada; pero eso de no poder disponer de lo nuestro...

—Ya ves: la abuelita tiene guerra declarada á Madrid, y por eso..., es decir, temiendo que nos decidamos á ir, nos sitia por hambre.

—Pues yo he de echarle alguna indirecta.

—Sí, sí... Y otra cosa podemos hacer.

—¡Cuál! ¡Cuál!

—D. Roque es un oráculo... Confíemos á don Roque nuestros planes, y ya verás cómo él nos ayuda.

—Mira, en último caso... vendemos esta casa, y con su producto...

—No será necesario.

—Yo te aseguro que desde ahora hasta que se realicen nuestros deseos no he de estar contenta.

—Ni yo; pero mientras llega el momento, nos consolaremos leyendo en los periódicos noticias de Madrid, buscando novelas que hablen de los sucesos de la corte, de las aventuras...

—Eso, eso... ¡Oh! No lo querrás creer, pero me parece que te quiero ahora mas que antes.

Así terminó esta escena, en la que, como el lector comprende, la imaginación robaba á aquellos venturosos seres una dicha positiva, para condenarlos por de pronto al suplicio de la impaciencia, y mas tarde...

### La tentación.

El resto de la tarde lo pasaron haciendo proyectos, y se les fue el tiempo sin sentir.

Al día siguiente no les pareció la casa tan bonita, ni el jardín tan ameno, y hasta las mejoras que habían proyectado y empezaban á realizar en el edificio, las encontraron de mal gusto.

—Es una tontería proseguir las obras, dijo Miguel. Cuando hayamos visto las quintas y las alquerías que habrá seguramente en los alrededores de Madrid, tomaremos idea, y entonces mejoraremos la casa.

—O venderemos esta y compraremos otra cerca de Madrid.

—Esta misma tarde voy á despedir á los operarios.

—Y mañana nos vamos.

—Pero ¿estás resuelta á plantear la cuestión con la abuela?

—Resueltísima. Has de saber que esta noche he soñado...



—¡Con Madrid!

—¡Sí, señor!

—¡Cosa mas estraña! A mí me ha sucedido lo mismo.

—Cuéntame, cuéntame lo que has soñado.

—No, tú primero.

—Tú... tú.

—Primero son las damas.

—Pues he soñado que había nacido nuestro hijo nada menor que en la corte; ¡y hubo un bautizo! Vamos: es necesario que el sueño se realice.

—Pues yo he soñado que me llamó la Reina á Palacio para hacerme intendente.

—Toma, ¡y quién sabe...! muchas veces los sueños son avisos.

Aquella misma tarde se trasladaron al pueblo, donde doña María Luisa los recibió con los brazos abiertos.

Después de pasar la noche en su compañía, al retirarse los esposos:

—Sabes, dijo Cármen á Miguel, que lo he reflexionado bien, y creo que tú eres quien debe hablar á la abuelita de nuestro proyecto.

—¡Yo!

—Tú, sí; al fin eres su nieto.

—¡Es decir, que tienes miedo!

—No, pero... ¡vamos! desde lejos me parecía tan fácil, tan natural decírsela...; pero desde cerca...



—No tengas cuidado, mujer: yo le hablaré.

—¿Cuándo?

—Mañana..., por supuesto si hay ocasión.

Una semana trascurrió sin que Miguel hallase medio de manifestar sus deseos á doña María Luisa.

—¡Eres un cobarde! le dijo Cármen.

—Tienes razon, y es necesario que entre los dos abordemos la cuestion. A fuerza de pensar, he hallado un medio ingeniosísimo.

—Vamos á ver..

—Me das la carta de tu amiga.

—¿Para qué?

—Calla, y verás: me das la carta, me la guardo en el bolsillo, y me voy, como tengo de costumbre, á jugar al *mus* á la botica. Por la noche, cuando vuelva, diré que hace mucho frio, "Debe hacer aquí mucho mas que en Madrid," contestas tú. Y yo entonces esclamo: "A propósito: el cartero me ha dado una carta para ti de Madrid; la he abierto, y he leído al final: *Enriqueta*." —¡Mi amiga! esclamas tú: ¡á ver, á ver!" Yo te doy la carta, la lees en alta voz; con ese motivo sale la conversacion de Madrid, y nos despachamos á nuestro gusto.

—¡Esfelante idea!

—Pues á ponerla en práctica.

—Temo que la abuela va á conocer la trama. ¡Es tan perspicaz!

—Procura no mirarme..

—No te rías tú tampoco.

El programa se cumplió al pie de la letra por parte de los jóvenes esposos.

Cármen desempeñó su papel á las mil maravillas.

—¡Oiga V., abuelita, oiga V. lo que me dice mi amigo! exclamó, despues de figurar que habia leído algunos renglones.

—No te molestes, hija, se apresuró á decir doña María Luisa. Si esa amiga tuya es joven, y sobre todo si está recién casada, acaba de llegar á Madrid, y su marido tiene una buena posición, lo verá todo de color de rosa, y procurrará en entusiastas exclamaciones. La carta que me has de leer no es esa...

—Pues ¿cuál, abuelita?

—La que te escriba dentro de un año, cuando esté ya aburrida de teatros y de reuniones, cuando esté ya cansada de vestirse y desnudarse media docena de veces al día, y no tenga mas remedio que repetir esta operacion para cumplir con la buena sociedad, en cuya esfera viva. Ya verás entonces cómo suspira por la tranquilidad de Búrgos, por la soledad de su casita, por el amor sincero de sus padres... Ya verás cómo te dice que te envidia.

—¡Oh! eso no es posible.

—¿Tú qué sabes de mundo?

—Sin embargo, señora, dijo Miguel resolviéndose á poner una pica en Flandes: no se

que, y consultado por los jóvenes esposos, les demostró que lo menos, lo menos, no bajaría de seis mil duros lo que gastaría el marido de Enriqueta.

—Si no fuera porque sería un cargo de conciencia, estando tan apurados como estamos, añadió doña María Luisa, os curaría de la enfermedad que tenéis enviándoos á Madrid una temporadita; pero D. Roque, como testamento, sabe muy bien que todo el capital que hoy poseo, y que mañana ha de ir á vuestras manos, consiste en fincas que, por efecto de las malas cosechas, apenas dan lo necesario para pagar la contribucion, las reparaciones, las labores, y proporcionarnos los medios de vivir con algun desahogo: ¿no es verdad, D. Roque?

—Con efecto, contestó el Sr. Picaporte, con ese acento especial del que sabe que no es cierto lo que dice.

Miguel y Carmen no volvieron á hablar de sus proyectos.

Ante la triste verdad que acababan de saber, se aplacó su ansiedad, pero no el deseo, que, por el contrario, fue aumentándose, hasta el punto de obligar á Miguel á aguzar el ingenio para dar con algun filon que, facilitándole recursos, le permitiese realizar sus aspiraciones y las de su esposa.

Los dos se limitaron á esperar, y hasta contando con la herencia:

—Cuando la abuela falte, pensó Miguel, vendremos las tierras; iremos á Madrid con el dinero, yo especularé, y llevaremos á cabo nuestros planes.

Cármén dió á luz á Luisito en el pueblo.

Ella y su esposo se consolaban hablando en sus apartes de sus esperanzas.

A hurtadillas leían noticias de Madrid, devoraban novelas, y no pensaban mas que en el medio de hacerse muy ricos.

Un día leyó Miguel en un periódico que ocupaban á un banquero con el conde de Montecristo.

Impulsado por una viva curiosidad, preguntó á D. Roque quién era este personaje.

—El protagonista de una novela, contestó.

—Pero era muy rico, ¿no es verdad?

—Millonario.

—¿Y cómo adquirió los millones?

—Encontrando un tesoro.

Desde aquel momento deseó Miguel leer la novela.

En esta situación trascurrían los días de aquellos jóvenes impacientes, cuando una mañana entró D. Roque anunciando que había resuelto ir á Madrid.

Declaró que, á fuerza de estudiar los adelantos de la ciencia económica, había formulado las bases de una gran asociación de crédito; que iba á consultar su proyecto con los hacendistas

pura y simplemente con el objeto de fundar mis cálculos sobre seguro.

—¡Bien, hombre, bien! Me gustan esas aspiraciones.

—Pues si V. supiera... ¡Vaya! Le voy á decir á V. algo de lo que pienso... He leído en los periódicos que se proyecta en España la construcción de ferro-carriles como los que hay en Francia y en Inglaterra.

—Sí, por cierto; y con ese proyecto está enlazado el mío.

—Y el mío.

—Cuenta, cuenta tus ideas.

—Aunque sé poco de esas cosas, como no olvido las lecciones que así al vuelo me ha dado V., he pensado que los ferro-carriles, sin caminos vecinales, no son mas útiles que la carabina de Ambrosio.

—Pues es que tienes muchísima razón.

—Y yo me he dicho: contratando con las provincias por donde pasen las líneas férreas la construcción de carreteras que faciliten el tráfico, puede ganarse un dineral.

—Dame un abrazo, Miguelito.

—¿Por qué?

—Te digo que me des un abrazo; eres un gran hombre...; has de saber que tu plan y el mío son uno solo.

—¿Es posible?

—Como lo oyes.

—Pues ya ve V.: razón de mas para que yo ayude á V. á realizar el suyo.

—Sí; pero eso no pueden hacerlo un hombre ni dos: se necesita una sociedad; y á fundarla voy yo á Madrid. Pero, no temas: ya que hemos coincidido en pensamientos, te ofrezco contar contigo.

Yo me voy á Madrid, te escribiré todo lo que me pase, y si logro formar la asociacion, te daré un buen empleo en ella, y cuando puedas disponer de tus bienes empleas el capital en acciones.

—¿Y si es poco?

—Vamos: en confianza te diré que si tienes juicio, y yo espero que lo tendrás, puedes dar por asegurado tu porvenir con lo que te dejará doña María Luisa.

Miguel voló á su casa, y cuando pudo hablar á Carmen, le comunicó lo que había conversado con D. Roque, dando nueva vida á sus esperanzas.

Algunos dias despues partió el Sr. de Pica-parte, ofreciendo enviar desde Madrid algunos repullos á todos los individuos de aquella familia, con la que tan estrechos lazos de amistad le ligaban.

Francisco quiso acompañarle á Madrid; pero D. Roque se opuso, encargándole que si queria que le dispensase siempre su proteccion, se portase bien con sus amos.

Mes y medio despues de su marcha, llegó el cajon.

Ya hemos visto cómo fue recibido.

Sigamos ahora narrando los acontecimientos á medida que iban verificándose.



## VI.

### Un pase mas.

Lo primero que hizo Miguel despues de dar las buenas noches á doña María Luisa, fue depositar en la sala los objetos que habían llegado en el cajon, para que al dia siguiente pudieran verlos los amigos.

Lo único que no quiso abandonar fue el ejemplar de *El Conde de Montecristo*.

—¡Vas á leer! le dijo Cármen.

—Un poco nada mas.

—¡Eso es, y que se prenda fuego á la guardacion de la almohada!

—Ya tendré cuidado.

—Ademas, ya sabes que no puedo dormir con luz, y si me desvelo al principio, por la madrugada, cuando empiece á llorar Luisito, será alla.

—Me quedaré á leer en el comedor.

—Te digo que no. Ahora á dormir; mañana será otro dia.



—Pero...

—Sé complaciente...; dame el libro.

—¡Toma, mujer, toma!

Al dárselo, se abrió un poco el volumen, y cayó al suelo una carta.

—¡Una carta! dijo Miguel cogiéndola.

—Será de D. Roque.

—¿Pues de quién ha de ser? ¡Y poco larga que es!

—¡Léela... léela...!

—No; si es ya tarde, y tenemos que acostarnos.

—La lees en la cama.

—¡No faltaba otra cosa! Puede quemarse la guarnición de la almohada, y además, tú con luz te desvelas.

—¡Véngate ahora!

—Vaya, buenas noches.

—¡Miguel!

—¿Qué quieres?

—No seas rencoroso...; ven, dame la mano de amigos... ¿Están ya hechas las paces?

—Sí, Carmen mía; sí.

—Pues ahora lee la carta.

—No deseo otra cosa.

Miguel leyó, y haciendo gracia á los lectores de aquella larga epístola, diré en breves palabras á qué se reducía su contenido.

D. Roque había llegado felizmente á Madrid; había frecuentado los círculos de los negocian-

tes mas en boga, y al hablar de caminos vecinales, le habian atronado los oidos con minas y filones.

Por entonces estaban en boga las sociedades mineras, como despues lo estuvieron las sociedades de crédito, no quedando de aquellas y estas, por regla general, mas que unos cuantos iniciadores, que se hallaban á la cuarta pregunta, y que hoy poseen coches, palacios y rentas saneadas, y muchas familias ilusas que, entregando sus fortunas con la esperanza de obtener intereses usurarios, andan hoy á la cuarta pregunta, ó no andan, por vivir sujetas á la caprichosidad en algun hospicio, ó postradas en el lecho de algun hospital.

D. Roque habia pronunciado las palabras *patriotismo*, *progreso*, *prosperidad*, y los que no se habian reido de él, le habian dicho al fin y al cabo:

—Si V. quiere hacer algo, negocie en minas; y de no ser así, ya que tiene V. fondos é influencia en su pueblo, procúrese V. relaciones con algun ministro, preséntase V. candidato á diputado á Cortes, haga V. que le apoye el gobierno, y déjese V. de caminos vecinales. Ningun hombre práctico le hará á V. caso. Facilitando á los que viven en pueblos apartados los medios de viajar, vendrán á Madrid; y si tienen y ven cómo anda esto, no habrá ni quien les cobre la contribucion, ni quien les sa-

que el voto. En cuanto ellos supieran que lo que tanto les cuesta ganar se emplea aquí en adornar despachos de ministros y directores, en bailes y festines, en sostener un numeroso ejército y una numerosa policía para que los políticos vivan á sus anchas, serian capaces de pensar mal del sistema representativo, y entonces... ¡pobres de los que viven del presupuesto! No, señores: los caminos vecinales salvarian al país, es verdad, pero perjudicarian á los políticos.

Esto, sobre poco mas ó menos, habian dicho á D. Roque, y aun podría oírlo muy bien si, en vez de ser entonces, fuera ahora cuando llegase á la corte á realizar sus planes económicos: pero como tenia fe en sus ideas...

«Me ha propuesto decir muchas verdades, escribia á Miguel, y al efecto me decido á ser diputado. Prepárame el terreno, y no dudes que en cuanto yo pueda hablar desde el Congreso, se formará la asociación consabida, y tú vendrás á Madrid.»

Solo diré al lector que Miguel y Cármen pasaron una gran parte de la noche recordando las personas influyentes del pueblo y del distrito á quien debian comprometer para que votasen á D. Roque.

Esta propaganda, hecha por los dos esposos con una habilidad y un misterio admirables, dió por resultado que en las primeras eleccio-

ses que se verificaron consiguiese D. Roque una inmensa mayoría.

Al saberlo Fracuelo, estuvo á punto de volverse loco de alegría.

—¡Mi padrino es diputado! decía á todo el mundo, y podrá dar empleos, y se codeará con los ministros. . . ¡Toma! é irá á Palacio, y verá á la Reina. ¡Digo si soy afortunado! Lo menos me va á hacer estanquero, si se lo pido, ó cartero, ó qué sé yo...

Y brincaba y saltaba, sintiendo no tener delante á D. Roque para estrujarlo á abrazos.

Todos los que conocian al diputado, incluso los que habian sido compadres suyos por haberles sacado de pila á sus hijos, ebrios de gozo al ver que tenían por representante á D. Roque, conocido y domiciliado en el distrito, se echaron á pensar qué empleo le pedirian.

A los tres meses de diputacion, escribió don Roque á Miguel una carta no menos desconsoladora que la primera.

«Los pícaros electores, le decía, no me dejan vivir, creen que soy un agente de negocios ó un dominguillo, y no solo me piden empleos y cruces, y otras cosas por el estilo, sino que hasta me hacen encargos, validos de que somos amigos y paisanos.

«Ayer, sin ir mas lejos, me ha enviado la mujer del médico una muestra de raso para que le busque una vara de tela igual que le falta para

completar un vestido. Y para que lo haga con eficacia, me recuerda que solo su marido me ha proporcionado cuarenta votos, razón por la cual espera la vara de raso y un empleo para su hermano; añadiendo que el xángano es un pereoso, y que no pudiendo hacer carrera de él, quieren colocarlo, aunque sea en las oficinas de Madrid.

«Yo he querido ser diputado para ocuparme del bien de la patria, y hasta ahora no he podido hacer otra cosa que abrir y leer cartas, organizarlas, estender notas y visitar los ministerios.»

No era lo peor esto: sino que los ministros, que tenían noticia de sus intenciones, que sabían que había triunfado como candidato de oposición, se esmeraban en complacerle, tendiéndole una red de credenciales y favores en la que debían enredarse los caminos vecinales y todas sus proyectadas mejoras.

Miguel, que, aguijonado por Cármes, estaba impaciente:

«Pues yo no he de ser menos, contestó á D. Roque: proporcióneme V. un buen empleo del gobierno en esa, lo desempeñaré hasta que fundemos la sociedad, y de este modo podremos conseguir que doña María Luisa nos dé su venia.»

D. Roque, un tanto dominado por las circunstancias, creyó que Miguel podía servirle

de secretario, y escribió á doña María Luisa pidiéndole á su nieto por una temporada.

La carta encontró enferma á la buena señora.

Pudo leerla, sin embargo, y llamando á Miguel, se la mostró:

—Ya ves lo que me dice D. Roque: tú ¿qué piensas?

—Mientras V. esté enferma, nada.

—Cármén me cuidará, si quieres irte por una temporada.

—¡Oh! no: yo no me separo por nada del mundo de mi mujer y de mi hijo.

—Entonces,...

—Veremos lo que nos dice el médico cuando la vea á V. luego.

El médico encontró muy recargada á doña María Luisa, y ella misma pidió que le administraran los Santos Sacramentos.

En su edad avanzada era inminente el peligro de muerte, y aprovechando las fuerzas que le quedaban, arregló la buena señora con el escribano sus últimas disposiciones.

A las altas horas de la noche, viéndose rodeada de sus nietos:

—Os abandono, hijos míos, balbuceó...; yo he vivido que al quedar libres, realizareis vuestras deseos...; pero también os aseguro que andando el tiempo os acordareis de mis advertencias, y direis: «La abuelita tenía razón...: dejámoslo cierto por lo dudoso; si hubiéramos es-

cuchado sus consejos, otra sería nuestra suerte. Por última vez os diré que no hay felicidad en el mundo comparable á la vuestra...: sois buenos... os amais... vais á entrar en posesion de una gran fortuna, podéis aumentar vuestra dicha y dar alimento á vuestra imaginacion ejerciendo la caridad...; ademas, vuestro hijo, nacido en el campo, se criará robusto aquí; la libertad en que puede vivir sin que le perdais de vista, desarrollará sus fuerzas, y será ahora vuestra mas dulce esperanza, y, cuando seas viejos, vuestro mas firme apoyo. No abandonéis este retiro apacible; no renunciéis al bien que os ofrece; y si lo hacéis, lo único que os pido es que conserveis esta casa de vuestros padres.

Miguel y Cármen escucharon con profunda emocion á doña María Luisa.

Esta buena señora falleció al dia siguiente.

Ocho dias despues se leyó el testamento de la anciana.

Miguel y Cármen supieron que su herencia ascendia á cinco millones de reales.

— ¡Pobre abuelita! exclamaron: ¡Cómo me queria, y qué buenos consejos nos daba!

Pasado un mes, dijo Miguel á Cármen:

— Querida mia, he hecho una locura.

— ¿Cuál?

— He vendido las tierras de la orilla izquierda del rio en diez mil duros.



—¡No estaban tasadas en veinticinco mil!

—Sí; pero como necesitamos dinero para ir a Madrid, y sería vergonzoso pedir prestado, suponiendo que el tío Porras fue muy amigo del abuelo, le he dejado las tierras en lo que ha querido darme. Pero, mira; con esos diez mil duros, y lo que tenemos en la Habana, podemos vivir como príncipes, sin tocar para nada a los bienes que radican aquí, y ya ves si ocupan terreno... Nunca hubiera creído que fuésemos tan ricos. La abuela (que en paz descanse) nos daba muy buenos consejos, y en parte los tomaremos, porque, aunque nos vayamos a Madrid, viviremos con julelo; y si sus temores se realizan, nos habrá costado diez ó doce mil duros saber que la felicidad está en el pueblo.

—Tienes razón...

—Conque ¡he hecho bien ó mal!

—Bien.

—El sábado iremos á Briviesca para hacer la escritura.

—Y el dinero, ¿cuándo te lo dará?

—El domingo: el pago tendrá que hacerlo en *caus de oro*, de las que enterró el tío Porras antes que empezase la última guerra.

—Conque, según eso..., ¡vamos á Madrid!

—Sí, mujer.

—¡Qué alegría!

—Al fin vamos á realizar nuestro deseo.

—¡Pobre abuelita!



—¡Ya verás qué honras fúnebres le hacemos en Madrid!

—Y yo quiero que mandemos construir en el pueblo una capilla para depositar en ella los restos de la pobre abuelita, y que sirva después de panteón á la familia.

—¡Esecelente idea!

—¡Ah! Mira: nos llevaremos á Madrid á Rita y á Frasquito.

—¡Pues es claro!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué felicidad...! exclamó Cármen, dominada por una idea. ¡Ah! Antes de partir, es preciso quitar el pecho á Luisito...; ya va á cumplir dos años, y como yo tendré que hacerme vestidos nuevos...

—Es verdad.

—Desde mañana dormirá con Rita.

—¡Muy bien! ¡Ah! ya he mandado á Vitoria una carta pidiendo á un conocido que te envíe de París periódicos de modas para que puedas tomar idea.

—Yo creo que lo mejor sería ir á Búrgos un mes para prepararnos.

—Mayor es ir á Vitoria...

Un mes después llegaban á Madrid Cármen, Miguel, Luisito, Rita y Frasquito.

D. Roque salió á recibirlos en un coche de colleras, y los llevó á la fonda de las Peninsulares.

## VII

### El cambio de postura.

—Pues, señor, no hay remedio; de esta hecha llevamos á cabo nuestros planes: ya estamos en Madrid, nos estableceremos como Dios manda, tomaremos casa, la amueblaremos á nuestro gusto, y V., D. Roque, vivirá en nuestra compañía.

—Si me dejais pagar mi parte, no tengo inconveniente.

—¿Quién piensa en eso!

—Es que de lo contrario...

—Pagará V. por siglos... vencidos: ¿no te parece, Cármen?

—Buena idea.

—A propósito, échame mas azúcar; ya sabes que el café me gusta muy dulce.

—Con el niño no puedo... El tal Luisito ha sido en la mafia de no querer estar con nadie mas que con su madre.

—Es lo mas natural.

—Sí; pero estoy atada con él... Miguel está acostumbrado á que yo le haga plato, á que yo

le azucare el café... Y con este diablillo... Mira, vete con Rita.

—No: yo quiero estar contigo, dijo el rapaz haciendo pucheritos.

—Te dará caramelos...

—Eso es, para que se le ensucie el estómago.

—¡Si es para engañarle, hombre!

—Yo no quiero que me engañen, dijo el muchacho, que á pesar de su corta edad era muy listo.

—Pues si hemos de hablar algo de nuestros asuntos, es necesario que se lo lleven... Mira, Frasuelo, llama á Rita.

—¡Rita!

—Ve á buscarla y no grites.

—Es que...

—¡Qué hablas?

—Que como van Vds. á hablar de nuestros asuntos, la verdad... queria oír...

—¡Salga V. inmediatamente de aquí! dijo Miguel muy enfadado.

—¡Señorito... yo...!

—V. es un criado, y no tiene para qué escuchar lo que hablan sus amos.

—Bien; pero como nunca se han ocultado Vds. de mí, y como está mi padrino presente...

—Ahora no estamos en el pueblo... Corre á buscar á Rita; llavaos el niño, entretenedlo, y ¡cuidado conmigo!

Esta escena pasaba en una de las habitacio-

nos que había tomado Miguel en la fonda, convertida provisionalmente en comedor.

Frascuolo cogió el niño en brazos; Luisito empezó á llorar, y apenas salió del cuarto:

—La culpa de todo lo que pasa, dijo Cármen, la tienes tú.

—¡Yo!

—¡Pues es claro...! ¡A quién no se le ocurre llamar á Frascuolo, é instruirle en sus nuevos deberes!

—En ese caso, tú has debido darme el ejemplo hablando á Rita... Desde que estamos aquí, no haces otra cosa que asomarse al balcón; se le manda á un recado, y está hora y media hablando con los criados de la fonda, ó con los mayordomos...

—Ya verás tú qué sermón le echo!

—Lo que les pasa á los muchachos, dijo don Roque terciando en el debate, es natural. No habían salido nunca del pueblo; lo que ahora ven les choca; pero en cuanto los objetos pierdan para ellos la novedad, entrarán en caja, no lo dudeis.

—De todas maneras, dijo Cármen, nos han de dar muchos disgustos. Están acostumbrados á tratarnos con confianza, con familiaridad, si se quiere, y Madrid no es el pueblo.

—Pues con enviarlos allá está todo condescuido.

—No hagais tal cosa, dijo D. Roque: los sir-

vientes de Madrid están pervertidos. Rita y Francisco son honrados: podeis fiarles las llaves de todo, y en quitándoles el pelo de la dehesa, serán prudentes, serviciales. Por otra parte, si él se aplica á escribir como se ha aplicado á leer, y tiene inclinacion á Rita, como parece, los casais, y podeis hacer de Francisco un buen mayordomo, y de la chica una excelente ama de llaves.

Las indicaciones de D. Roque prevalecieron, y pasaron á tratar de otro capítulo.

—Vamos á ver, dijo Miguel: puesto que estamos en familia, bueno será acordar lo que debemos hacer para poner en práctica nuestros proyectos.

—Lo primero es visitar á Enriqueta.

—No, mujer: eso no está bien visto. Tú le escribes anunciándole tu llegada, y ella vendrá: así lo reza la etiqueta.

—Es que tengo muchas ganas de verla, de darle un abrazo.

—No lo dudo; pero es preciso acatar las reglas de la corte.

—En ese caso, voy á escribirle ahora mismo.

—Tiempo hay, mujer; hablemos antes de lo principal.

—¿Y qué es lo principal?

—Buscar casa...; en la fonda estamos mal.

—No es lo peor eso, sino que os llevarán un ojo de la cara por el hospedaje.

—De todos modos, antes de elegir sitio, deséame ver Madrid.

—D. Roque sabe ya...

—Mira, Miguel: la elección de la casa y la compra de los muebles me corresponden de derecho.

—Tiene razón.

—Sea...; pero es preciso resolver... yo necesito arreglar mis asuntos de Ultramar; recoger el dinero que allí tenemos; plantear las bases de la asociación, porque supongo que V. no habrá desistido.

—El caso es que yo he querido presentar al Congreso una proposición, y me han rogado los ministros que me espere.

—No se les hace caso.

—¿Y la gratitud? Me han inundado de credenciales para los pediguñeros del pueblo.

—Pues ello algo hemos de hacer.

—Lo mejor por ahora es proporcionarte un buen empleo.

—Tiene razón D. Roque. ¡Si te hicieran consejero de Estado, como el marido de Enriqueta!

—¿Anda! ¿Pues no tiene pocas pretensiones la niña! ¿Tú crees que se puede sentar plaza de consejero!

—Pues si no es algo bueno lo que han de darte, mejor es que esté en casa viviendo de sus rentas.

—Mira, respecto de ese punto, D. Roque y

yo haremos lo que mejor convenga. Tú arregla la casa: yo cuidaré de proporcionarme una posición digna.

—¡Corriente, libertad completa!

—Tú procurarás que tengamos hogar.

—Mañana mismo quedará todo arreglado.

—En cuanto á nosotros...

—No hay que atropellar las cosas, dijo don Roque. Ahora son las dos; me voy al Congreso.

—¿Quiere V. que lo acompañe?

—¡Buena idea! con eso te presentaré á los compañeros.

—Pues voy á ponerme el sombrero; y, no lo olvides, Cármen, cuenta con que D. Roque vivirá á nuestro lado.

—Ya sabes con qué condicion.

—¡Bien, bien...! de eso hablaremos. Antes de anocheecer volveré; iremos al teatro.

—¡Hombre, sí...! precisamente hace Latorre *El Zapatero y el Rey*; te gustará.

—A las siete comeremos, ya que hay que pasar por las costumbres madrileñas, y á las ocho y media, al Príncipe.

—Pues yo voy ahora mismo á escribir á Riqueta.

D. Roque y Miguel se fueron, y Cármen tiró de la campanilla.

—¿Qué quiere V., señorita? dijo Frasuelo, presentándose con los ojos como dos tomates.





*Cármes lucía á su hijo con verdadero orgullo.*





Al verle, exclamó Cármen:

—¿Qué es lo que te sucede, hombre, que estás así?

—Nada, señorita.

—Vamos, habla.

—Si no es nada!

—Yo mando que te expliques.

—Pues bien...; en mal hora hemos salido del pueblo.

—¿Por qué?

—Yo no sé lo que pasa; pero ni V. ni el amo son los mismos para con nosotros... A cada instante, regaño va y regaño viene... Ya no nos quieren Vds. como antes. ¡Si doña María Luisa levantara la cabeza y nos viera! ¡Ella que nos quería tanto...!

El pobre mozo lloraba á lágrima viva.

—¿Vamos, hombre, serónate! dijo Cármen. Es preciso que variéis un poco de costumbres; aquí no es como allí, y aunque os estimamos lo mismo, es preciso que las personas de fuera, al menos, vean que estais bien educados.

—¿Es que yo daría mi vida por V. y por el amo!

—Ya lo sé.

—Y si V. me manda que le sirva de rodillas, lo haré: ¡vaya si lo haré!

—No lo dudo.

—Y si V. me manda que me tire de cabeza por el balcon, lo hago en seguida... Yo tengo

ley al pan que como; y si soy bruto algunas veces, aunque me esté mal al decirlo, es porque no tengo otros principios; pero si V., ó el ama, ó mi padrino, me enseñan, seré tan bueno como el primero; que á voluntad y á disposicion no me echa la pata nadie... Y lo que yo digo, hágase V. cuenta que lo dice Rita. Tambien la pobre está llorando, porque dice que si fue, que si vino, que si V. no la mira con buenas ojos...

—Los dos estais equivocados de medio á medio: la prueba de que es estimoame es que os hemos traido en nuestra compañía; pero si querais continuar, es preciso que oigais con atencion todas las reprensiones, y que pongais de vuestra parte lo necesario para corregir los resabios que habeis adquirido. De ese modo habrá paz.

—¡Ya verá V. cómo aprendemos! dijo Frasuelo cambiando de tono y volviendo á poner alegre el rostro.

—Ahora pide papel y un tintero.

—¿Va V. escribir?

—Sí.

—¿Al pueblo?

—¡Ves...! Esa pregunta es una indecencia. Te la puse porque estamos solos; pero si hubiera gente delante, murmurarian.

—¡Bah! ¡Y por qué! ¡Pues acaso es pecado desear saber si va V. á escribir al pueblo para pedirle que dé expresiones á todos los que preguntan por uno?

—Es una falta.

—Pasa en el pueblo, cuando escribía V. á su amiga de Madrid, bien nos decía V.: «Mirad, esta carta es para una señora que vive en Madrid con mucho lujo...»

Cármen cortó la palabra al criado.

—¡Trae tintero, papel y plumas, y calla! le dijo.

Francisco se fue murmurando:

—Está visto; la corte no es lo mismo que el pueblo: pero allí vivimos mejor Rita y yo.

Poco despues volvió con recado de escribir, y Cármen participó á su amiga su llegada.

Toda la tarde la estuvo esperando, y al ver defraudadas sus esperanzas, se puso de mal humor.

Por otra parte, Luisito estuvo muy impertinente.

—Mujer, decía á Rita, parece que te has vuelto tonta: ni siquiera sirves para entretener al niño.

Recordando que por la noche debía ir al teatro, sacó de los baules los trajes que se habia hecho en Vitoria, eligió uno, combinó los adornos, y para ocupar el tiempo se emperregiló, en no mucho gusto en honor de la verdad, pero con gran profusion de alhajas, de cintas y de flores.

Luisito asistió á la *toilette*, no sin hacer rascar á su mamá cogiendo los estuches de las

joyas, arrugando las flores y mojando las cintas.

Al terminar Cármen su tocado, miró el reloj.

—¡Las siete y media, y aun no han venido á comer! dijo empezando á desesperarse.

Al dar las ocho entraron D. Roque y Miguel.

—Vengo contentísimo, dijo el último.

—Mas vale así: en cambio yo me he aburrido.

—¿No ha venido tu amiga?

—No.

—¡Es natural...! hasta mañana no vendrá, por muchas ganas que tenga de abrazarte, dijo don Roque.

—¿Y por qué?

—Lo contrario estaria mal visto.

—Entre amigos de la niñez...

—¿Y la etiqueta?

—Tiene razon: la etiqueta...; pero te ves muy emperegilada.

—¿No hemos de ir al teatro?

—¡Calle! pues es verdad.

—¿Lo habias olvidado?

—Completamente.

—¡Me gusta!

—No es extraño... es espectáculo nuevo para mí el de las calles, de los edificios, y luego he conocido á tanto personaje importante en el Congreso... ¡Ah! pero puedes dar por bien empleado mi olvido. D. Roque me ha presentado al Sr. de Mendoza, un orador elocuente, uno de

los jefes mas notables de la oposicion: hemos simpatizado, y he quedado en ir á su casa esta noche á las diez. Es muy posible que sea en breve ministro, que forme gabinete... Así es que por esta noche tendrás que renunciar al teatro.

—Bien está, renunciaré, dijo Cármen algo incomodada.

—Si quieres, enviaré una carta escusando mi falta; pero ya ves...

—No, no; así como así, me gusta mas quedarme en casa.

—Pues á comer.

—¡La sopa!

—Yo contigo, mamá, dijo Luisito.

—¡Bonita me vas á poner!

—¿Por qué no te desnudas?

—¡Soy algun dominguillo para estar vistiéndome y desnudándome todo el dia?

—No te enfades, mujer.

—Vamos, ven acá, hijo... ¡te hemos criado bastante mal, gracias á Dios!

—¡Ay, ay! gritó el angelito.

—¿Qué tienes?

—Me has hecho daño... mala...!

—Se la pinchado con el alfiler del pecho.

—Y sale sangre... ¡yo no quiero que salga...! añadió el angelito gimoteando.

—¡Si no fueras tan loco!

—¡Papá...! ¡Yo quiero ir con papá...! ¡La mamá no me quiere.

Este último episodio acabó de enfadar á Cármen: la comida le pareció detestable; descargó su mal humor con el niño y los criados, y al marcharse de nuevo su marido y D. Roque, les anunció que pensaba acostarse en seguida.

—Yo no sé lo que tiene Cármen, dijo Miguel á su amigo y consejero.

—Eso no es nada, contestó: es el cambio de vida, el cambio de postura.

El mal humor de Cármen duró hasta que al día siguiente á las doce le anunciaron la visita de Enriqueta.

En cuanto á Miguel... Miguel creía haber fijado la rueda de la fortuna, después de haber estado hasta las doce de la noche con el señor de Mendoza y sus amigos políticos.

## VIII.

### La política entre bastidores.

El Sr. de Mendoza era el tipo acabado del hombre que han formado en nuestros tiempos las costumbres parlamentarias.

En breves pinceladas bosquejaré su retrato.

Nació en un pueblo de Andalucía próximo al Campo de Gibraltar, y su padre era un contrabandista, y al mismo tiempo un hombre de bien.

—Se admira el lector?

Hay hechos consumados incomprensibles.

Antiguamente había hombres que, burlándose de la ley, hacían su negocio; pero, por regla general, estos hombres, ni eran bien mirados, ni admitidos en la buena sociedad.

En nuestra época, un contrabandista, es decir, un criminal, suele ser juzgado como juzgaban á Mendoza sus paisanos.

—¡Oh! exclamaban: es un hombre de bien; ahora á su mujer y á sus hijos; jamás ha dado un escándalo, y cuando él tiene dinero, no hay



pobres á su lado. Por otra parte, se complacen en defender á los débiles, y en mas de una ocasion ha espuesto su vida por echarla de Don Quijote. A trabajar con fe nadie le gana; y el bien es verdad que su industria consiste en meter géneros y tabaco sin pagar los derechos á la Hacienda, ¡qué diablo...! cada cual debe arreglárselas como pueda para atender á sus obligaciones.

Se ha dicho que los frailes tenían manga ancha: el siglo XIX arrojó á los frailes de España, pero se quedó con la manga.

Ello es que el contrabandista pudo á los cuarenta años retirarse del oficio, comprar algunas fincas y enviar á su hijo á Sevilla á que estudiara leyes.

¡Vaya un sarcasmo! ¡Aspirar á que el hijo adquiriese, aprendiendo leyes, lo que el había adquirido olvidándolas!

El muchacho fue á Sevilla; paló la pava de lo lindo; frecuentó las trastiendas de los monañeses, y al acercarse los exámenes, iba su padre á visitar á sus antiguos amigos, y el chico sacaba buenas notas.

Le dió por hacer versos al Betis, á los ojos de una morena, á la Giralda; y ademas la sangre andaluza bullia en todo su cuerpo, comunicando á sus ojos y á su boca esa gracia, esa oportunidad y ese dominio que adquieren sin remedio los que han nacido bajo aquel hermoso cielo.

Hubo unas elecciones; su padre, que era todo un cacique, proporcionó el triunfo al candidato del gobierno; y como por entonces terminó la carrera su hijo, el antiguo contrabandista se vino con él á Madrid.

Al día siguiente fue á ver al diputado con el niño.

—¿V. querrá un empleo para su hijo? preguntó el padre de la patria.

—Precisamente.

—¿Sabe leer y escribir?

—¿Como que es abogado?

—Lo que es por eso, no crea V...; hay muchos que...

—Ademas hace coplas.

—¿Versitos, eh?

—Sí, señor, dijo el jóven; y me he tomado la libertad de dedicar á V. S. una silva.

—¿Cómo? ¿qué? preguntó asustado el representante.

—Una oda, vamos...

—¡Ah! Ya...

—Y aquí la traigo..

Con el mayor desenfado se puso el jóven á leerla; y como en ella le comparaba con Cicerón, con Demóstenes, con Cincinato, y hablaba mucho de patria y libertad, el diputado se puso muy ocioso, y dijo al padre:

—Su hijo de V. hará fortuna.

Dos ó tres días despues decia un periódico:

«Es tal el entusiasmo que hay por el diputado D. Fulano en su distrito, que hasta un joven poeta de gran porvenir le ha compuesto una oda.»

Y á continuacion la publicaba.

El muchacho entró de gacetillero en un periódico; despues pasó á hacer sueltos, y en cuanto aprendió el mecanismo, *hizo fondos*.

Su primer acto fue hacer la oposicion al diputado que le habia abierto las puertas de la prensa.

Despues puso el comunicadito consabido, diciendo que se retiraba del periódico por no estar conforme con su marcha política.

Acto continuo fundó un diario de oposicion, con el cual consiguió un buen empleo; pero judicialmente le retuvieron la tercera parte de su haber el impresor y el fabricante del papel.

No satisfecho, quiso ser diputado, y su padre trabajó como un Hércules para que su hijo se sentara en el Congreso.

Su contrincante le acusó en los periódicos de ser hijo de un contrabandista.

Hubo duelo: tuvo la suerte, que para cualquier otro hubiera sido desgracia, de herir á su adversario, y este bautismo de sangre le bastó para que los políticos le perdonaran su origen.

—¡Es tan valiente como su padre! exclamaron los electores.

Y salió diputado.

Habló mucho; desplegó una gran audacia; tuvo amores con algunas damas distinguidas, y en la primera crisis fue ministro.

Le duró poco la cartera; pero le quedaron treinta mil reales al año.

En una palabra: llegó á ser todo un personaje.

Pero sus gustos eran muy crecidos, porque vivía con mas lujo que un príncipe, y en los momentos en que lo conoció Miguel pensaba á todas horas de este modo:

—Es tal mi situación, tan apurado me veo, que si fuera militar me sublevaria para ir después á Cuba ó Filipinas. Siendo civil, no tengo mas remedio que volver al poder.

Era diputado, y capitaneaba uno de esos centros parlamentarios que se forman en todos los Congresos por los mas vividores desheredados de la situación.

Necesitaba un periódico, y ademas un socio capitalista que, recogiendo todos sus recibos y pagarés, le librase de los *ingleses* y pudiera esperar el reintegro ayudándole á subir.

Apenas supo que Miguel llegaba de un pueblo con un gran capital, le invitó á que asistiera á una junta que los del centro debian celebrar en su casa aquella noche.

Al verla llegar con D. Roque, se desahizó en cumplidos, le presentó á todos sus compañeros, y en su presencia estudiaron los medios de der-

ribar cuanto antes al gobierno para reemplazarle.

Yo conozco que estos detalles aburrirán á las lectoras; pero es preciso que los sepan, para que vean que no solo el amor tiende lazos á los buenos maridos; que si deben emplear todo su talento para apartarlos de unos ojos negros ó azules, también necesitan maña para arrancarlos de los brazos de esa sirena que se llama política, el mayor enemigo del hogar, de la familia, de la felicidad doméstica.

En aquella reunion habló D. Roque de sus proyectos económicos.

—Después de oír á V., dijo Mendoza, me doy la enhorabuena; porque, la verdad, entre nosotros no hay un buen ministro de Hacienda. En cuanto me encarguen la formación de un gabinete, cuento con V.

D. Roque se excusó de labios afuera, mientras Miguel, creyendo de buena fe sus escusas, le hacia señas como diciéndole: "No sea V. tonto: acepte V."

Yo no sé lo que tiene la política; embriaga de tal modo, que hasta las personas mas juiciosas pierden el juicio, y lo que en otra esfera les parecería inmoral, en la de la política les parece un idilio de moralidad.

Delante de D. Roque y de Miguel hablaron aquellos padres de la patria el lenguaje de la pasión.

—¡Es necesario derribar al gobierno! esclamaban.

Pero, en vez de decir: "le derribamos porque administra mal, porque no respeta las leyes, porque compromete los intereses morales, porque es una rémora al verdadero progreso," acusaban á los ministros de egoístas y de inconscientes.

—A mí me está engañando el ministro de Hacienda, decía uno. Le he pedido cuatro credenciales y una reposición, y no solo no me ha servido, sino que me ha quitado al administrador de correos de mi distrito, hombre listo, influente, y que me servía á las mil maravillas.

—Pues yo, exclamaba otro, estoy en descubierta con mis electores. Les prometí conseguir el traslado de la cabeza de partido, y como el ministro de la Gobernación quiere que en las próximas elecciones triunfe su cuñado, no me hace caso.

Cada cual espuso las quejas *personales* que tenía, y acabaron diciendo en coro:

—Un gobierno así es *funesto* para el país, y necesitamos derribarle para salvar la sociedad.

Al levantar la sesión, anunció Mendoza que él buscaría los medios de dar una batalla decisiva.

Todos se retiraron, y el héroe de la fiesta rogó á D. Roque y á Miguel que se quedasen.

Entonces, en *petit comité*, les habló de sus planes.

—Lo primero que hay que hacer es fundar un periódico. V., Sr. D. Roque, mi futuro ministro de Hacienda, tratará las cuestiones económicas; yo las de alta política, y su amigo de V., que necesita darse á conocer, sentará plaza de Director del diario. ¡Es una bonita posición para empezar! Mis amigos me han ofrecido recursos para llevar á cabo este proyecto; pero, acá para entre nosotros, yo quisiera que el periódico sea de los tres. De ese modo no pueden exigirnos mas que un par de carteras; y si el periódico hace ruido, que si lo hará, hacemos al Sr. D. Miguel ministro de Fomento, ó si prefiere una embajada, lo convertimos en embajador. Así, pues, yo les presentaré á Vds. un presupuesto de gastos, y acometeremos la empresa solos.

—¡Es que un periódico cuesta mucho dinero! se atrevió á decir D. Roque.

—¡No lo crea V.!

—¿Costará dos mil duros al mes? preguntó Miguel.

—¡Qué locura...! Al pronto tendremos que poner cada uno diez ó doce mil reales; á los dos meses cubrirá la suscripción los gastos, y á los tres, ganaremos.

—Cuente V. con nosotros, dijo Miguel.

D. Roque hizo una seña á su ahijado.

—Si D. Roque no quiere, añadió este, yo tomaré su parte.



—Corriente: mañana dejaremos terminado este asunto.

Los dos provincianos se despidieron.

—Me parece que te has adelantado, dijo R. Roque á Miguel.

—¿Por qué?

—Las noticias que yo tengo de ese hombre son muy buenas.

—Basta verle para conocer que los que murmuran de él le calumnian.

—¿Con todo?

—Yo creo que su plan es soberbio... Descuéntese V.: siendo ministro V., porque yo no me atrevo ni á pensar en serlo, realizaremos mucho mejor nuestros planes.

—Sí; pero eso es meternos de lleno en la política, y la política es como el juego. Entra uno, pierda; vuelve á jugar para rescatar lo perdido, se envicia, y adios.

—Déjese V. de escrúpulos: yo considero como una buena suerte nuestra amistad con Mindom. ¿Qué puede suceder? Que gaste yo mil duros, dos mil... Amigo, para que le toque á uno la lotería, es preciso jugar.

—En fin, probaremos.

—No le diga V. nada á Cármen: quiero sorprenderla. Ya verá V. qué contenta se pone cuando vea á su Miguel hecho todo un director de periódico. Lo que siento es que no estoy muy fuerte en gramática; pero mañana mismo com-



praré una, y en dos semanas me pongo al corriente.

Llegaron á la fonda, y como todos estaban recogidos, se acostaron.

Al día siguiente muy temprano recibió Miguel una carta de Mendoza.

«Vengan Vda. á almorzar conmigo, les decía, y maduraremos nuestro plan.»

—Yo no puedo ir, dijo D. Roque. Precisamente me ha convidado á almorzar un magistrado de la Audiencia de Burgos, que ha venido á pretensiones. Ve tú; pero anda con cuidado; mira que en Madrid *el que no corre vuela*.

A cosa de las once y media se fue Miguel á almorzar con Mendoza.

Ya sabía este que iría solo.

El almuerzo fue espléndido; pero los postres costaron á Miguel mucho mas que á su anfitrión los succulentos platos con que regala su paladar.

Pero dejamos á Cármen y á Enriqueta abrazándose cordialmente, y nos conviene dar en conversacion.

## IX.

### Dos amigas de la infancia.

—¡Válganos Dios, querida Cármen! No puedes imaginarte qué agradable sorpresa me has dado con tu carta.

—Ya lo presumía yo.

—La recibí anoche, y hubiera volado á abrazarte, porque ya sabes que te quiero como á una hermana; pero teníamos convidado, y después me tocaba el turno de abono en la Cruz... ¡Ya ves! No me era posible...

—¡Es claro! pero esta mañana bien has podido venir...

—¡Esta mañana...! ¿Quieres decirme á qué llamas *tú esta mañana*?

—Mujer, á las nueve ó las diez.

—¿Cómo se conoce que acabas de llegar de un pueblo...! Si se dijera en los círculos elegantes de Madrid que hoy me habían visto en la calle antes de las doce, nadie lo creería. Por ti, solo por ti, mi querida Cármen, he madrugado. Pero no habé...

hacerse por una amiga... Cuéntame: ¿qué ha sido eso? ¿Cómo te has decidido á venir á Madrid? Supongo que tu viaje será por unos días.

—No lo creas...: hemos venido á establecernos.

—¿De veras?

—Sí.

—Dame un abrazo... aunque no lo mereces. ¡Tomar una decision tan trascendental, y no anunciármelo!

—He querido sorprenderte.

—Eso es otra cosa... ¿Conque á vivir en Madrid?

—Sí: murió la abuela de mi esposo, y heredamos.

—¿Mucho?

—Alguna cosa.

—Creo que la buena señora era rica.

—Mas de lo que parecia.

—No me estraña; mi marido, que sabe mucho, dice que las grandes fortunas están en los pueblos. Lo que tiene que os habrá dejado fincas, y producen poco.

—Fincas y dinero.

—¡Hola...! Peluconas, ¿no es eso?

—Unos créditos muy importantes en la Habana.

—Pero ¿los habéis cobrado?

—Todavía no.

—¡Malo...! Los negocios de Ultramar se eternizan. Y tu marido ¿qué es?

—No es nada; pero aquí le darán un empleo.  
¿Conoces tú á D. Roque Picaporte?

—Solo de nombre... Es un diputado... Por cierto que nos hemos reído mas de su apellido...

—¡Es una escalante persona!

—No lo dudes: pero llamarse Picaporte! Ese es un hombre á quien solo se concibe en la puerta... ¡Ja, ja!

—Pues fue padrino de nuestra boda.

—Tiene influencia, y conseguirá un buen destino á tu marido... ¿No se ha fijado?

—Yo bien quisiera que fuera consejero de Estado como el tuyo.

—¡Anda...! Pues no eres poco ambiciosa...! Eso se consigue tan fácilmente... Pero, en fin, en el tiempo... ¿Y tienes hijos?

—Uno, hermoso como un sol: ¿y tú?

—Yo tengo otro.

—¡Ah! es una felicidad tener hijos.

—Segun y cómo... La atan mucho á una... Ya he tenido que enviar el mio á Carabauchel.

—¡Pues qué! ¿no le cria?

—Criar yo! ¿Estás en tu juicio!

—¡Por qué no!

—Con la vida que yo hago, es imposible criar. Figúrate que recibimos en casa, que no hay día en que no tenga que hacer dos ó tres visitas, y que soportar cuatro ó cinco... Despues los bailes, los teatros... Y ademas, está muy mal visto eso de criar á los hijos. La ta-

chan á una de económica, de avariciosa. Apenas nació mi hijo, mandé á pedir un ama á la provincia de Santander, y la vestí de pica á cabeza... Cerca de dos mil reales me costó el traje... Pero, amiga, me puso al niño como un hilo, y me aconsejó el médico que le llevase al campo. En Carabanchel está muy bien; le voy á ver todas las semanas, y esto me sirve de paseo.

—¿Y has podido acostumbrarte á vivir sin tu hijo?

—Al pronto me parecía que me faltaba algo; pero ¡como estoy tan ocupada...!

—Pues, hija, yo he criado al mío hasta hace poco; y aunque me proporciona algunas incomodidades... Vamos, me parece que no podría vivir ni un minuto separada de él.

—Eso se dice... En un pueblo hasta te serviría de entretenimiento; pero aquí...

—Aquí se debe amar á los hijos lo mismo que en la última aldea.

—¿Quién te dice que no...? Yo adoro al mío; pero si me consagrara á él, tendría que abandonar la sociedad, y esto perjudicaría á los intereses de mi marido... Si permanecies en Madrid, como piensas, ya te convencerás de que tengo razón. Pero ¡y tu marido...! ¿Por qué no me lo presentas?

—Ha salido.

—¿Supongo que irás muy pronto á pagarme la visita?

—¡Vaya si iré! Como que te necesito.

—¡SL!

—Somos amigas desde la infancia... y al venir á Madrid quiero ponerme bajo tu direccion. Llamo que me aconsejes... Ya ves, tengo que poner casa, y como tú tienes muy buen gusto...

—¡Oh, sí! yo te recomendaré á mi tapicero; aunque eso depende de los ánimos que traigas.

—Ánimos no me faltan...; por de pronto quería vivir cerca de tí.

—Yo vivo en lo mas céntrico...; pero pagamos un dineral.

—¡Cuánto!

—¡Veinticuatro mil reales, hija! un sentido... tú quzás no podrás pagar tanto...

—Mi esposo me ha dado carta blanca.

—Mucho dinero es lo que necesita darte.

—Yo quiero irme con tiento.

—Mira, Cármen, somos amigas, y aunque estoy ocupadísima, te dedicaré algunas tardes para llevarte á ver muebles, adornos, todo lo necesario. Pero, para adelantar tiempo, me informaré de algunas conocidas. ¿Cómo pensais vivir: con modestia ó con lujo?

—De un modo regular.

—¿A qué aspira tu esposo?

—Por ahora, á un empleo, para ocuparse en algo.

—Lo mas que le darán será 10,000 rs.; pero

como teneis rentas, podreis gastar al año cuatro ó cinco mil duros: ¿no es eso?

—Sí.

—Pues entonces es preciso ir con juicio...; yo pensaré, y mañana, si vas á verme, te daré alguna idea.

—Iré con mi marido para que le conozcas.

—También te presentaré al mío. ¡Se me ocurre una idea!

—¿Cuál?

—Venid mañana á comer con nosotros.

—Mujer...

—Con franqueza.

—¿Ya ves...! Con el niño no es posible.

—La dejas en la fonda... Tú habrías traído criados de confianza.

—Sí; pero...

—Nada...; mañana os esperamos á comer.

—¿Te vas ya?

—Sí, tengo que hacer... Por fortuna mis yeguas vuelan.

—¿Tienes coche?

—No te acuerdas que te lo escribí...

—¡Ah! sí... Es verdad.

—Sin coche no es posible vivir en Madrid... Yo tengo una carretela y un flacre... Tú tendrías que comprar, por lo menos, una berlinita. Conque, adios.

—Espérate, mujer... Quiero que veas á mi hijo.



— Si; llámala...

Cármen tiró de la campanilla, y mandó que llevasen á Luisito.

El niño se presentó.

— ¡Es muy mono! dijo Enriqueta dándole un golpeito con el índice en la barba: ¿cuántos años tiene?

— Dos, y ya ha echado los colmillos: ¡y el tupo...!

— El mío tiene trece meses: digo, no, catorce... pero hasta que son grandes, no disfruta una de ellos... Conque, adios.

— ¡Adios!

Enriqueta partió.

— ¡Qué poco amable es esa señora! dijo Rita.

— ¡Por qué dices eso, descarada?

— ¡Toma! porque no ha dado un beso al niño.

— ¡Crees tú que en Madrid es como en el pueblo?

— Ya veo que es mejor el pueblo que Madrid.

Luisito se acercó á Cármen.

— Mamá... yo quiero en brazos.

— Cógelo, Rita.

— Na, contigo...

— Ahora no puede ser...

— Yo sí quiero.

— ¡Qué pesado te pones...! No hay quien pueda aguantarte: razón tiene Enriqueta...

Y mientras Luisito lloriqueaba, Cármen se asomó al balcón para ver á su amiga.



—¡Qué feliz es! se dijo, contemplándola arre-  
llanada en su carretela.

Después pasó un gran rato recordando los  
detalles de su traje, del buen gusto de sus adorno-  
nes; y al comparar aquellos objetos con los que  
había adquirido en Vitoria, se convenció de que  
tenía que empezar de nuevo á formar su guar-  
da-ropa.

De estas enojosas reflexiones la sacó su ma-  
rido.

—Vengo contentísimo, le dijo.

—¿Qué te pasa?

—¡Ya tengo posición!

—¿Creas, por fin, la sociedad, y te nombran  
secretario?

—¿Qué sociedad...! Eso vendrá después. Voy  
á decirte con el mayor secreto lo que pasa.

—Habla, sí, habla, que has despertado mi  
curiosidad.

—Mendosa... ya sabes.

—Sí.

—Es jefe de la oposicion conservadora.

—¿Qué empleo es ese?

—Tú no entiendes de esas cosas, y te lo diré  
de otro modo... Es el llamado á formar minis-  
terio cuando derribe al actual.

—¿Será ministro?

—¡Presidente del Consejo nada menos!

—Entonces te dará un buen destino: 20,000  
reales lo menos.

—¡Qué tonterías dices...! Oye, y verás cuánta es mi suerte. Vamos á fundar un periódico, que él inspirará, y yo seré nada menos que Director del periódico.

—¿Con qué sueldo?

—¿Qué sueldo, ni qué...! Figúrate que el periódico lo costearnos entre los dos. ¿Y qué sucede? Derribamos al gobierno; entra Mendoza, y hace ministro de Hacienda á D. Roque.

—¡Magnífico..., magnífico!

—Yo continúo algun tiempo dirigiendo el periódico, por el qué dirán: Mendoza provoca una crisis, sale uno de sus compañeros, y entro yo.

—¿Tú ministro!

—Sí, hija mía, yo, Miguel Olave, es decir, el Excmo. Sr. D. Miguel Olave.

—Pero ¿eso es posible?

—Me lo ha pintado tan fácil Mendoza!

—¡Válgame Dios, qué suerte! Dí: ministro, ¿mas que consejero de Estado?

—Mucho mas...! ¿qué tiene que ver!

—Oh! Entonces me alegro..., porque Enriquesta, aunque ha estado muy amable conmigo, parecía mirarme así..., con cierto aire de superioridad.

—¿Ha estado?

—Sí.

—Me alegro... Es preciso que cuanto antes nos instalemos. El periódico saldrá dentro de

quince días, y yo necesito una casa decente.

—¿Sabes lo que digo?

—¿Qué?

—Sí, sí... es una gran idea, y al mismo tiempo una economía. Si dentro de dos ó tres meses eres ministro, conviene que desde luego pensemos en eso al poner casa: porque sería un despilfarro tener que cambiar luego los muebles.

—Tienes mucha razón.

—En ese caso, yo le diré á Enriqueta que podemos disponer... ¡de cuánto!

—Mira: yo voy á llevar esta tarde á Mendoza tres mil duros; nos quedan seis mil; pero Mendoza, que todo se lo halla hecho, me ha prometido buscar una persona que me adelante veinticinco mil duros, con un módico interés, á cuenta de los créditos de la Habana; y como los documentos están en regla...

—Entonces...

—Te doy carta blanca... á ver si eres digna de llegar á ser ministra con el tiempo.

—No tengas cuidado, que yo dejaré bien puesto el pabellón.

—Por otra parte, voy á estar muy ocupado.

—Haz lo que quieras. Tú realiza esos créditos, que entre Enriqueta y yo te ofreceremos un palacio, ó poco menos, dentro de una semana.

Si siguiera paso á paso las peripecias de esta familia, que tan feliz era en el pueblo, tendría que escribir muchas páginas.

El lector va á permitirme que, abandonando á Miguel, dejándole en poder de su amigo Mendosa para entrar de lleno en la vida política, y teniendo lo que él llamaba suerte de aumentar sus riquezas con esta asociacion, si bien por medios no muy en armonía con los principios de la moralidad, va á permitirme, repito, que consagre toda mi atencion á Cármen.

X.

**Alfilerazos.**

Al día siguiente de su entrevista con Enriqueta, fue á comer á su casa.

Miguel fue presentado por ella á su amiga, y la amiga presentó á su marido los dos esposos.

Santillana habia tenido ya noticia de los proyectos de Miguel, de su amistad con Mendoza; y queriendo conservar su placita de consejero, se mostró muy amable con el futuro director del periódico.

Cuando Miguel y Carmen se retiraron, dijo Santillana á Enriqueta:

—Es necesario que complazcas en todo á tu amiga. Su esposo es rico, se ha unido con Mendoza; Mendoza está llamado á formar gabinete, y su amistad puede serme muy útil.

Estas indicaciones no sentaron muy bien á Enriqueta.

La idea de que su esposo necesitaba hacer la corte al de Carmen, la obligaba á reconocer en su amiga cierta superioridad que echaba por

tierra sus propósitos de humillar cariñosamente á la compañera de su infancia.

Necesitaba algun alivio para aquella herida que habia sufrido en amor propio, y le halló en una idea diabólica.

—Cármen, se dijo, es una provinciana; tiene todavía el pelo de la debesa; carece de trato, de buen gusto... Va á poner casa, y quiere que yo le aconseje y la guie. Por de pronto, fomentaré sus caprichos, sus inspiraciones, que pondrán en evidencia su ignorancia. Despues la presentaré en la sociedad... y cometerá cada desatento... cada inconveniencia... Se reirán de ella; desprenderá mi superioridad, me buscará, y entonces ¡ah! entonces la dominaré por completo.

Aquí tienen Vda. á dos amigas de la infancia, á dos amigas que se adoraban en Búrgos, que se reconciliaban con cariño cuando estaban la una en Madrid, la otra en el pueblo, y que despues de haberse abrazado tras larga ausencia, impulsadas por el deseo de renovar un afecto que tanta dicha les habia ofrecido, cambiaban por deseos censurables los mas dulces sentimientos de su alma.

Cármen sentía tener necesidad de los consejos, de los buenos oficios de Enriqueta.

Enriqueta sentía que el marido de Cármen se hubiese colocado al llegar á Madrid en una posicion desde la cual podia prestar servicios á su esposo.

Esta actitud de las dos amigas, por desgracia natural y frecuente en la vida cortesana, exigía á las dos un estudio para engañarse.

Íba, pues, á empezar una lucha sorda, continua; una lucha bien educada, si se me permite la frase.

Pasáronse de acuerdo para buscar casa y adquirir muebles.

—Voy á pedirte un favor, dijo Cármen.

—Todo lo que tú quieras.

—Es quizás una imprudencia; pero entre amigas...

—Dices bien: entre amigas de la infancia...

—Pues querría que me enseñaras tu casa para tomar idea.

—Con mucho gusto; aunque va á ser difícil que encuentres otra igual.

Enriqueta se alegró del deseo de Cármen, porque, al realizarle, iba á alcanzar un triunfo.

Por de pronto desplegaba á sus ojos todo su acierto, todo su buen gusto, y al mismo tiempo las comodidades de que había sabido rodearse, el lujo que gracias á su fortuna había podido desplegar.

Cármen examinó las habitaciones, los muebles y los adornos con prolija atención.

—Amiga, le dijo: parece que las hadas le han ayudado á poner tu casa.

—No lo creas: esto se aprende viviendo algún tiempo en el gran mundo. Dentro de un



sta ó dos harinas tú lo mismo que yo he hecho.

—Por fortuna tu experiencia me servirá de guía, y ya verás cómo me aplico... te honrará tu discípula.

—Tienes buenas disposiciones; pero (ya es vérselas del fondo de una aldea; no es posible pensar que hagas milagros.

—Si quieres, iremos á ver casas.

—El escribiente... quiero decir, el secretario de mi esposo ha traído una nota de algunas que hay desalquiladas; pero no es posible que las veamos todas.

—¿Tienes la lista?

—Sí; aquí está... hay una de treinta mil reales y otra de treinta y seis mil... esas no las veremos.

—¿Por qué?

—Supongo que no quieres pagar tanto... Además, serían demasiado grandes para ti; y cuando anueblarlas medianamente gastarías un funeral.

—No... treinta ó treinta y seis mil reales no es mucho: las veremos.

—Como tú quieras, dijo Enriqueta algo pícaro; pero si empiezas de ese modo, no va á durar bastante tu marido con todas las riquezas de Salamanca...

Las dos amigas salieron en coche, y se encaminaron á la calle del Prado.



La casa que iban á ver no tenia mas que dos pisos exteriores, y era un verdadero palacio.

Un magnífico portal conducia á la escalera de honor.

En el piso bajo estaban las cocinas, los patios interiores, la cochera, las cuadras, la habitacion del portero y algunas otras para criados. Todo esto formaba el ala izquierda; el ala derecha constaba de un espaciosísimo salon, á cuyo fin habia una puerta que daba á un pequeño jardin.

El piso principal era grandioso. Constituíale una magnífica antesala, un salon con dos gabinetes, espaciosos dormitorios, tocador, despacho, cuarto de baño y sala de billar.

En el piso segundo interior habia espaciosos cuartos para los criados, y se llegaba á él por una escalera de servicio que partia del comedor de los criados en el piso bajo.

Se alquilaba, pues, toda la casa, y estaba decorada con mucho gusto.

Las alcobas estaban charoladas; las habitaciones pintadas al temple; y como un gran lujo, el salon y los gabinetes empapelados con papel que el dueño de la finca habia comprado en Paris.

Por entonces costaba el papel muy caro, y era la última moda.

—La casa es preciosa, dijo Riquelme; pero

¡La habrás convencido de que es muy grande para ti!

—No lo creas.

—Seis tres de familia.

—Nuestro amigo D. Roque vivirá con nosotros.

—Bien: seis cuatro.

—¿Y los criados?

—En esta casa pueden alojarse una decena.

—Mejor.

—Yo tengo seis entre todos, y todavía me faltan...

—¿Sea nada más?

—Nada más: doncella, cocinera, ayuda de cámara, cochero, lacayo, y criado para todo el servicio.

—Yo necesitaré lo menos doce.

—¿Estás en tu juicio?

—Si tomo esta casa...

—Que será una locura.

—Déjame hablar, mujer! Si tomo esta casa, que me ha gustado, empieza á contar los criados que necesito: el portero...

—Bien; pero eso podías ahorrarlo viviendo, como yo, en casa de dos ó tres vecinos.

—¿Y la independencia?

—A mí no me falta.

—Sí; pero te molestan los de arriba, y pueden quejarse de que les molestas los de abajo. Pero ve contando: portero, cocinera...

—Dos.

—Doncella.

—Tres.

—Dos cocheros y dos lacayos, sieta.

—¡Dos cocheros!

—¡Es claro! Uno para mi marido, y otro para mí. Miguel va á estar muy ocupado, y no es cosa de que me suceda á cada instante lo que hoy te ha sucedido, que hemos tenido que aguardar á que dejase el coche á tu marido en el Consejo.

Enriqueta se mordió los labios.

Cármén no lo hacía mal, como ven los lectores, para ser aldeana.

Bien es verdad que la intuición de la mujer es asombrosa.

Prosigamos.

—Si piensas desplegar ese lujo, dijo Enriqueta, entonces ni esta casa es bastante.

—Tienes razon, añadió cándidamente Cármén; pero al principio nos arreglaremos á las circunstancias. Hemos contado siete; pon ahora un mozo de caballos por si Miguel quiere tomar dos ó tres de silla...; es muy aficionado...; ya van ocho. Luego un ayuda de cámara, y qué menos que un criado para el aseo de las habitaciones, abrir y cerrar la puerta de arriba, pasar recados y ayudar á servir la mesa.

—De todos modos son diez.

—Y los dos que he traído del pueblo, doce.

Ya ves; son de confianza, y Rita cuidará de mi hijo, y Frasuelo, que es listo, será una especie de mayordomo.

—¡Buena infierno tendrás en casa! pero eso... nadie mejor que una sabe lo que le conviene.

—Por mi parte, decido instalarme aquí.

—¿Te has encaprichado?

—Me gusta mucho la casa. Casi casi creo que es mejor que la tuya. Bien es verdad que te paga veinticuatro mil reales, y esta cuesta veinti y seis mil.

—Ahí tienes lo que son las cosas: yo no la cambiaría por esta aunque me la diesen de balde.

Cármen tomó nota del nombre y de la habitación del dueño del palacio.

—Ahora, si quieres, dijo á Enriqueta, iremos á ver muebles.

—Antes voy á ver qué hora es.

Enriqueta sacó del pecho un precioso reloj.

—Son ya las cinco, añadió: ¿qué hora tienes tú?

—Me he dejado el reloj en casa, y lo siento, contestó Cármen. ¡Si vieras qué precioso es! lastymer me lo compró Miguel.

—El mío costó cuatro mil reales.

—Dos mil mas ha costado el mío...; ya lo ves. Conque vamos.

—Se me ha hecho tarde; á las cinco y media voy junta: soy vicesecretaria de la junta de

Damas de honor y mérito. Te dejaré en tu casa, y mañana, después de almorzar, iremos á ver al tapicero.

—Como quieras...

—¡Ya ves! la junta...

—Sí...; no debes faltar... De todos modos, estoy agradecidísima; sin ti no lograría tan fácilmente mis deseos.

—Como mis yeguas corren mucho, te llevaré por el Prado á la fonda.

Subieron al carruaje: Enriqueta dió la orden al lacayo, y no tardaron en llegar al Prado.

Enriqueta no separaba la vista de la ventanilla.

A cada instante saludaba á las señoras que iban en carruaje, y á algunos apuestos ginetes.

—Aquella es la marquesa del Soto. ¡Ay! Mira la esposa del banquero Suarez; es muy guapa y muy rica: ¡somos íntimas! El duque del Laró, el barón de Henales...; aquella es la duquesa de Albarfan. Para ti será aburrido este paseo... ¡Como no conoces á nadie...! Para mí es muy divertido; pero yo te presentaré á la buena sociedad.

Cármén callaba.

En aquellos momentos la vencía su amiga.

Por fin llegaron á las Peninsulares, se despidieron, y Enriqueta dijo al lacayo:

—A casa.

Era, pues, invención lo de la junta; pero en

había valido de aquel pretexto para tener tiempo de preparar á Cármen una emboscada en casa del tapicero.

Cármen contó á Miguel todos los pormenores del palacio que se proponía habitar.

—¡Sabes que me parece caro! dijo Miguel.

—A mí también; pero Enriqueta supuso que no podríamos pagar tanto, y por eso quiero tomarlo. Nuestra casa será mucho mejor que la suya.

—¿Y eso te alegra?

—¡Vaya! Has de saber que parece que quiere así como darme tono conmigo, y lo que es eso no lo consiento.

—¡Bravo! Ya veo que te preparas á ser una muñeca en toda regla.

—Ya verás... á propósito: es necesario que esta noche me compres un reloj. Enriqueta me ha parado por los ojos el suyo diciéndome que le había costado cuatro mil reales. —Ya verás si más, le he contestado yo; seis mil le ha costado á Miguel... ¡Y como vendrá mañana á buscarme, necesito para mañana un reloj de trescientos duros!

—Te has portado como una heroína: esta noche tendrás el reloj.

Continuó hablando con su esposo, y una hora después entró Rita con el niño.

—Señora, dijo: aunque me ha encargado V. que no entre mas que cuando me llamen, ven-

go porque ya no puedo contener á Luisito. Desde que la vió á V. entrar quiere venir, y yo le he engañado diciéndole: «¡Calla! que ahora me llamará mamá;» pero á V. se lo ha ido el santo al cielo, y ya el muchacho no puede aguantar mas.

—Tras, tráelo aquí, dijo Cármen muy enfadada: ¡y cuidado con lo que hablas...! ¡El santo al cielo! ¿Qué lenguaje es ese!

—Yo... señora...

—¡Sal de aquí pronto! ¡Está de Dios que me he de tener un día completo!

## XI.

### Efectos del amor propio.

Mientras pasaba esta escena en casa de Cármen, en la de Enriqueeta, donde habia convidado á comer, desahogaba la cariñosa amiga su mal humor burlándose de la provinciana, que de buenas á primeras alquilaba un palacio.

Al dia siguiente, antes de ir á buscar á Cármen, fue á visitar al tapicero.

—Voy á venir despues con una amiga, le dijo: pone casa, y yo le he aconsejado que se pona aquí.

—Mil gracias, señora.

—Sabe V., acaba de llegar de un pueblo, y es muy exigente. Estoy segura de que los adornos mas chillones y los adornos mas antiguos serán los que mas le llamen la atencion; y como hablar de buen gusto á los reciénvenidos es predicar en desierto, va V. á poder salir de unas cuantas antiguallas. (Ah! No se dé V. por entendido de este aviso.

—Descuide V., señora.

Una hora despues volvió con Cármen.



—Vamos á ver, maestro, dijo Enriqueta haciéndose la desentendida; aquí traigo una amiga que necesita poner casa. Descos que justifique V. los elogios que le he hecho de su establecimiento.

—Procuraremos dar gusto á la señora, contestó el tapicero.

—Y si no V. perderá, dijo Cármen, porque me propongo tener reuniones... Mi esposo es director de un periódico... Acudirá á nuestra casa lo mejor de Madrid, y si los muebles no son de buen gusto...

Estas palabras produjeron su efecto.

El almacenista de muebles se vió en un apuro.

Con arreglo á las instrucciones de Enriqueta, se habia propuesto tratar á su amiga como á una verdadera provinciana; pero despues de ver que era la esposa de un director de periódico, y que iba á dar reuniones, pensó que se le ofrecia una buena ocasion de exhibir sus mejores muebles.

Pero iba á disgustar á Enriqueta.

Los comerciantes son diplomáticos por intuicion.

El tapicero enseñó algunos muebles á Cármen.

No eran nada elegantes, pero Enriqueta los ponderaba, y esto era suficiente para que no agradasen á su amiga.

El tapicero, que habia concebido un plan

maquiavélico, al querer descolgar una silla, dejó caer un libro primerosamente encuadernado que estaba en una mesa.

—¡Qué lástima...! se ha estropeado, dijo Cármen.

—No importa, contestó el tapicero recordándola.

—¿Es algún álbum? preguntó Enriqueta.

—No, señora; es un muestrario...; lo he recibido hace poco de París con los últimos modelos.

—¡A ver, á ver! exclamó Cármen.

Y comenzó á hojear uno de esos álbums con que los franceses, conocedores del corazón humano, brindan á la fantasía de las personas de buen gusto los productos de su industria.

Allí había muebles aislados y habitaciones amuebladas y decoradas.

—Todo eso será antiguo, decía Enriqueta.

—Sí, sí, señora, contestaba el tapicero.

—No lo creas! exclamó Cármen; aquí está la fecha...; es de este año.

—Pero son muebles y adornos franceses, dijo su amiga, y yo soy muy española.

—Lo bonito no tiene patria. Mira V.: elijo este comedor, esta sala, estos gabinetes y este despacho. Envíeme V. la nota de lo que importan las habitaciones que he designado...; y para las demas de la casa, como V. las verá, podrá adornarlas por el mismo estilo.

Cuando salieron del almacén:

—¡Vas á arruinar á tu marido! dijo Enriqueta.

—No lo creas... contestó Cármen: somos amigas íntimas, y no quiero tener ningún secreto para ti... Todo hace creer que antes de cuatro meses será Miguel ministro, y ya vos necesitamos presentarnos con el debido decoro.

Enriqueta miró á Cármen.

—¡Ministro! exclamó entre sorprendida, admirada y envidiosa.

—Sí: ¿te extraña?

—Yo lo creo!

—Pues es la cosa mas natural del mundo. ¿Conoces á Mendoza?

—¡El diputado?

—Sí.

—¿Crees tú que ese puede llegar á formar gabinete algun día?

—Mi esposo decía anoche que estaba llamando á heredar la situacion.

—Pues ahí tienes explicado el enigma. Mendoza y Miguel son uña y carne.

Enriqueta mudó de conversacion.

Al llegar á su casa estaba de un humor radiablado.

—¿Qué tal? le preguntó Santillana: ¿ha quedado contenta tu amiga de tus buenos oficios?

—No me hables: estoy desesperada.

—¿Por qué?

—¿No sé cómo tuviste ojos en la cara al tomar esta casa!

—¿Ya te disgusta?

—Parecemos en ella sardinas en banasta.

—Pues bien te agradaba antes.

—Antes no digo; cuando no había visto otra cosa. Pero ha de saber V., señor marido, que al lado de la que va á tomar mi amiga Cármen, la nuestra parece una choza.

—¿Costará mucho?

—Doce mil reales mas que la nuestra... Amigo, Cármen va á estar como una Reina... ¿Y qué muebles ha elegido? Los de nuestro salón apenas servirían para su antesala... ¡Ah! si lo sé, no la acompaño... Me ha avergonzado... me ha humillado; y, ya lo verás, si altercamos con ellos, vamos á quedar muy por debajo en la opinión... No te rías... Vamos á ponernos en silencio.

—¿Has sufrido alguna heridilla en el amor propio? Eso se pasará... Sois amigas de la inercia...

—Ha cambiado mucho Cármen... Te aseguro que no es la misma. Figúrate que era hija de un militar retirado, y á no casarse con Olave... Bien es verdad que si no fuera por la herencia que han cogido... ¡Pero antes era tan humilde... tan cariñosa! Ahora es reservadilla y orgullosa. Creo que me ha buscado para gozarse en mi inferioridad; para que vea yo lo que

ella puede hacer y lo que á mí me está vedado realizar. ¡Oh! Cuando pienso en esto, la rabia me sofoca. ¿Por qué habrá venido del pueblo? Tú dirás lo que quieras, pero yo no vuelvo á verla; y si viene, la trataré con desdago.

—Harás muy mal.

—¿Pues qué! ¿Pretendes que lo haga la corte? ¡No faltaba otra cosa! ¡Si al menos pudiera compatir con ella! ¡Si tuvieras tú la fortuna de su marido! Y luego... ¿Tú no sabes? El día menos pensado le hacen ministro. ¡Ministro! Así me lo ha dicho ella, pero yo no lo creo: ¡no es verdad que él, un simple lugareño, no puede ser ministro!

—¿Quién sabe! En los tiempos que alcanzamos, todo es posible.

—¿Y lo dices así?

—¿Pues cómo he de decirlo!

—¡Calla, calla, se me caería la cara de vergüenza! Tú, nada menos que un consejero de Estado, ni has sido ministro ni piensas serlo, y crees probable que Olave lo sea.

—No lo creo probable, sino seguro. El marido de tu amiga es muy rico: Mendoza está trenado, necesita dinero, y si Olave se lo da, como me han asegurado, desplegará su acostumbrada actividad, derribará al ministerio, formará gabinete; y como para sostenerse tendrá que disolver las Cortes y convocar otras nuevas, será su tesorero de diputado, y constitucio-

tal y parlamentariamente lo hará ministro.

—¿Y por qué tú no haces lo mismo?

—De buena gana lo haria; pero...

—Pero ¿qué?

—No cuento con los medios que Olave; sin embargo, si tú me ayudaras... Aprovechando la amistad que tienes con su esposa, haciéndola ser íntima, yo adquiriría confianza con su esposo; con su apoyo y el de Mendoza sería diputado también, y...

—¿Y luego ministro?

—Nada más fácil.

—¡Ah! Pues entonces haré lo que tú quieras; sufriré, devoraré las humillaciones; pero es preciso que tú me ayudes.

—¿Cómo?

—Abriendo un crédito á tu mujercita, que te quiere mucho, para que adorne su gabinete como Carmen va á adornar el suyo.

—Si te empeñas...

—¡Oh, sí! lo exijo.

—Ejige los muebles, y yo me entenderé con el tapicero, que tendrá que esperar, porque no estoy en fondos.

—Eso es lo de menos: tenemos crédito. ¡Ah! gracias, querido mío; ya verás cómo desplegaré una gran habilidad para realizar nuestros planes.

Y la que pensaba separarse de su amiga, re-  
sultó sufrir con paciencia.

Como se ve, ya no habia afecto entre Cármen y Enriqueta.

Los lazos del cariño se habian transformado en lazos de interes.

Que Enriqueta, cortesana ya, obrase de este modo, nada tiene de extraño.

Pero ¿cómo Cármen, angelical criatura, madre amantísima, mujer sencillísima, habia desarrollado en tan breve tiempo aquellas cualidades, aquella aptitud para la lucha á ultrances, que constituye el trato en los círculos de buen tono?

La explicacion es muy sencilla: aquel cambio que se habia operado en su modo de ser, era natural consecuencia de las nuevas ideas que las circunstancias le habian inspirado.

A la apacible tranquilidad que disfrutaba en la aldea, habia sucedido la agitacion de Madrid.

Allí las horas eran muy largas: podia cuidar su casa, recrearse en su hijo, atesorar las gracias de aquel ángel en su corazón de madre, atender á su esposo.

En Madrid necesitaba poner casa, comprar muebles, pensar en sus vestidos: ¿cómo consagrarse á las afecciones de su alma? Imposible.

Las gracias de Luisito pasaban desapercibidas; en cambio molestaban sus impertinencias.

La fidelidad de Rita y Frasquito no significaban nada; desaparecian ante las inconveniencias que cometian.



Hasta los consejos de D. Roque, que veía desaparecer las monedas con demasiada rapidez, eran calificados por Miguel y por Cármen de una manera poco respetuosa.

La idea de tener un palacio, ricos muebles, de ocupar un alto puesto del Estado, de brillar en los salones, había adormecido en el alma de Cármen las purísimas emociones de la aldea.

Ya ni recordaba á doña María Luiza.

¿Tiene algo de particular que el instinto, despertando el amor propio, y aguzando las armas de la envidia, la llevase á la lucha en que la vemos empeñada, y desarrollase en ella cualidades que eclipsaban á la sencilla lugareña para convertirla en hábil cortesana?

Miguel y Cármen habían desoido la profética voz de su abuela:

«Os abandono, hijos míos, les dijo; yo bien sé que, al quedar libres, realizareis vuestros deseos: pero también os aseguro que, andando el tiempo, os acordareis de mis advertencias.»

Esta profecía debía cumplirse.



**Consecuencias.**

— Dos años después... ¡ah! ¡Dos años después habían pasado tantas cosas!

Haré una lista de los sucesos.

Miguel y Carmen se habían instalado en un palacio de la calle del Prado, después de dejar en poder de unos cuantos industriales más de treinta mil duros.

D. Roque se negó á vivir con ellos, después de echarles unos cuantos sermones; y cansado de la farsa de Madrid, viendo que sus ideas generosas se estrellaban en el egoísmo político de los que debían ayudarlo, se retiró al pueblo, asegurando á sus abijados de boda que no tardarían en seguirle.

Estos le encomendaron el cuidado y la administración de sus bienes.

Miguel fue tres meses Director del periódico que fundó Mendoza.

Este periódico se llamó *La Luz*, y con sus ataques al ministerio produjo el caos, del cual sacó Mendoza la presidencia del ministerio.

En los tres meses le dió Miguel quince mil duros, con los que pagó sus deudas y se redondeó.

Por supuesto que el periódico no tuvo suscritores, y costó al Director en los tres meses ciento veinte mil reales.

Cuando Mendoza se encargó de formar gabinete, Miguel le recordó que D. Roque esperaba la cartera de Hacienda.

—¡Imposible! contestó Mendoza.

—¿Por qué?

—Al ofrecérsela, no prevé lo que podría resultar si cumplía mi promesa. Los momentos son supremos, y no debo ocultar á V. la verdad: si sale en la *Gaceta* el decreto nombrando ministro de Hacienda á un *D. Roque Picaporte*, nace el gobierno muerto á manos del ridículo.

—Es un hombre formal.

—Ya lo sé!

—Inteligente, probó...

—Estamos de acuerdo...; quizás sería el mejor ministro de Hacienda de España; pero se llama *Picaporte*. ¡Si tuviera otro nombre!

Esta razón, que en política lo es, convenció á Miguel.

El marido de Carmen no se atrevió á pedir la cartera.

A los pocos días llamó Mendoza á Olave:

—Es necesario matar el periódico, le dijo.

—¿Por qué?

—Por una razon muy sencilla.. Me veo obligado á hacer muchas cosas de las que hemos censurado en los anteriores ministros, y teniendo un periódico no habria mas remedio que contestar á los ataques. Sin periódico, con no fijar la atencion en las censuras salidas del paso, y adquiriere fama de poseer un alma grande. Pero no se apure V.; dentro de poco le reintegraré de los adelantos que ha hecho, y como V. será candidato ministerial en las próximas elecciones, le apoyará el gobierno.

—Comprendo; ¿y despues..?

—Votará V. con nosotros.

—Y á la primera crisis..

—¿Qué?

—Me eleva V. á ministro.

—Desde luego, siempre que V. en el Parlamento logre llamar la atencion con sus discursos.

—¿Discursos yo!

—Es natural.. De lo contrario, dirian los periódicos que debia V. la cartera al favor; me acusarian de inmoral, y la honra política es lo primero.

Miguel salió muy descontento de esta entrevista.

Su amistad con Mendoza le costaba algunos desvelos y un millon de reales.

—No importa, se dijo: estudiaré algo, y hablaré en las Cortes.

Gracias á D. Roque y á su carácter ministerial, fue elegido diputado, y llegó al Congreso con muchos ánimos.

Pero en los cinco meses que duraron aquellas Cortes no pudo hacer otra cosa que pronunciar monedas complacientes.

—Pero habla, hombre; habla, le decia Cármen.

—De buena gana te daría gusto; si no te lo doy, es porque no puedo.

—¿No te expresas con fuego y elocuencia en casa?

—Así parece.

—Pues figúrate allí que estás aquí.

—¡Vamos, no puedo...! Se me traba la lengua y estoy seguro de que diría mil disparates.

Cármen se desesperaba; y su desesperacion creció cuando supo que el marido de Enriqueta, presentado por Miguel á Mendoza, y proseguido por este gracias á la recomendacion de aquel, con la cual llegó á ser diputado; cuando, repito, que Santillana pronunció un discurso contra del gobierno, porque la vió solo y quiso ponerse bien con los hombres que debían sucederle.

Miguel apretaba á Mendoza; pero Mendoza alegaba unas veces que su miedo le imposibilitaba de elevarle al poder, y otras protestaba que las complicaciones le impedían cumplirlo en palabra.

Lo menos gastaba Miguel doce mil duros al año; y aunque era conocido, admitido en la buena sociedad y considerado en los círculos políticos, estas ventajas le costaban muy caras, y se cansaba ya de su platonismo obligado.

—Está visto: por la política no haré carrera, se dijo.

Las empresas de ferro-carriles, las sociedades de crédito empezaban á funcionar, ofreciendo las últimas pingües ganancias.

Para quitárselo de encima, hizo Mendoza que una Sociedad de crédito le nombrase individuo del consejo de vigilancia con 50,000 rs. de sueldo.

Ademas le proporcionó contratos ventajosos; y como Miguel tenía genio mercantil, comprendió pronto el buxilis: se lanzó de lleno á los negocios, y á los dos años de su llegada á Madrid era ya un banquero.

Como recibía en su palacio, y sus salas eran magníficas, la aristocracia dió en ponderarle, y él, sacando de apuros á muchas familias de las mas distinguidas, emprendiendo despues operaciones financieras con el gobierno, aumentó su crédito, su fortuna; y al mismo tiempo que él era titulado por los periódicos *príncipe de la banca*, llamaban á su esposa *astro de los millones*.

Cármen había ganado en buena lid este título.

—Hé aquí lo que había hecho.

En primer lugar, porque su hijo la ataba, y al mismo tiempo, por seguir las costumbres establecidas en el gran mundo, puso un ayo á Luisito.

Todos los días le mandaba llamar, le hacía su par de caricias, le daba un duro ó dos para juguetes y caramelos, y pagaba de cuando en cuando las cuentas de los industriales que vestían y calzaban al angelito.

Se puso en manos de la mejor modista, y aprovechando todas las ocasiones de mostrarse superior á su amiga, fingiéndole un afecto entrañable, y consintió que la presentase en dos ó tres salones de los mas distinguidos.

En esta lucha desplegó Cármen todas las facultades que tenía, y que nadie hubiera sospechado en el pueblo al verla al lado de su abuela, tan reservada y tan humilde como era.

Colmando de atenciones á las damas ilustres á quienes la presentó su amiga, logró que estas ensanchasen el círculo de sus relaciones, llevándola á los palacios mas aristocráticos.

En breve logró llamar la atención con sus trajes y joyas.

Sus trajes brillaban por su magnificencia en el Prado, en la Castellana y en la Florida.

Al poco tiempo de habitar su palacio, lo inauguró con un baile que hizo época.

Carabanchel estaba de moda, y consiguió que

su esposo comprase en aquel pueblo una preciosa quinta.

No tardó en ser admitida en la Junta de Damas de honor y mérito; y no contenta, creó una asociación benéfica en favor de las hijas de los jornaleros que se inutilizaban para el trabajo.

Visitaba á las familias de estas infelices, y prodigaba mas caricias á los ancios y desaharrados hijuelos de aquellas gentes, que á su Luísa.

Tenia palco en la Cruz y en el Príncipe.

En una palabra: vivía esa vida agitada del gran mundo.

Miguel, ocupado en sus negocios, solo hacia caso de Cármen para complacer sus caprichos.

La lucha entre las dos amigas continuaba sin tregua.

Se disputaban diplomáticamente los aderezos y los prendidos.

Si una lucía un magnífico traje en un salon, la otra procuraba en el mas próximo sarao vencer á su rival.

Este pugilato apenas alteraba la situación financiera de Miguel, que era próspera; pero Santillana no podía soportarla.

Empezó á negar caprichos á Enriqueta, y Enriqueta empezó á decir á su marido que no la amaba, y á pensar que no habia hecho tan buena boda como habia presumido.

Lleno de dudas, su esposo, expresó terminantemente su situación.



Enriqueta abusó de su crédito, adquiriendo cosas que en vano intentaban cubrir sus verdaderos dolores.

A los dos años sucedió lo que no podía menos de suceder: Santillana logró que le dieran una plaza de magistrado en la Audiencia de Burgos, y allí se retiró, ofreciendo á sus acreedores vivir con gran economía para saldar sus cuentas.

Enriqueta siguió desesperada á su marido.

Viéndose vencida, no quiso despedirse de sus relaciones, y su marcha fue considerada como una verdadera fuga.

—Pronto me olvidarán, se dijo. En Burgos se matará el despecho.

Pero se equivocó.

En Burgos halló á sus padres mas cariñosos que nunca: allí pudo brillar mas que en Madrid, y, por otra parte, encontró en su destierro un placer inefable.

La situación estrecha de su fortuna le obligó á llevar á su lado á su hijo.

Enriqueta, que no había sido madre mas que en el momento de darle á luz, halló en el niño temas de felicidad.

Gozaba usándole, viatiéndole con gusto, enseñándole á rezar y á leer.

Un dia le anunció su esposo que ya había salido de pagar sus extravíos de Madrid.

—Ya podemos vivir con mas desahogo.



—No, no, dijo Enriqueta; continuemos como hasta ahora: es preciso pensar en nuestro hijo. Habrá que darle una carrera; habrá que librarle de quintas, y, sobre todo, tenemos que asegurar su porvenir.

En cambio, Cármen, á los cinco años no cumplidos, llevó á su hijo á un colegio en calidad de interno.

Los domingos le sacaba un criado y le llevaba al lado de sus padres.

Cuando Luisito cumplió los nueve años, entró en los escolapios de San Antonio Abad.

A los catorce le llevaron sus padres á Paris, y le dejaron en el Colegio Napoleon.

Es decir, Cármen, embriagada con las emociones de la vida social, sin dejar de querer á su hijo, porque esto era imposible, se desprendió de sus caricias, renunció á los hermosos gozos de educarle por sí misma, á la satisfacción de consagrarle su existencia.

De esta manera imitaba el ejemplo de muchas de las damas en cuya esfera brillaba, y se libraba de cuidados menudos que podían distraerla de sus habituales ocupaciones.

De cuando en cuando enseñaba á sus amigos las cartas de Luis, llenas de ternura y respeto filial, como dictadas por los maestros.

Sus comentarios eran:

—¡Ya ven Vds. qué hermosa forma de letra tiene!

Las circunstancias, y una inclinacion fatal, llevaron á Cármen á la situacion en que la presento.

No habia vuelto á tener hijos.

La ciencia esplica este fenómeno.

Desarrollado su sistema nervioso, viviendo de emociones intelectuales, necesitando á cada instante tónicos, calmantes, reconstituyentes; debilitada por el cansancio de una vida de continuos placeres imaginarios, se habia empobrecido su naturaleza.

Por otra parte, todo su ser pertenecía á la sociedad.

Adquirió en breve las costumbres del gran mundo; trasnochaba, asistia continuamente á bailes; sin comprometer su honra contribuia con su ingenio á esas mil intrigas que constituyen la ocupacion de los desocupados.

Así transcurrieron quince años, en los que Miguel se hizo un hombre de negocios y un gentleman, y Cármen una dama aristocrática, una mujer de gran mundo.

Habia hecho viajes á Italia y á Suiza.

Todos los años pasaba uno ó dos meses en su casita de campo próxima á Bayona.

Ses años eran los mas amenos y favorecidos de la corte.

Su casa estaba siempre llena de visitas, y esto era el día que no tenian convidados.

Nadie sabía como ella las reglas y el tecnicismo de la etiqueta.

Era maestra en el arte de *hacer los honores de la casa*, como dicen los revisteros.

Aventajaba á las más diestras en el arte de no envejecer, y su tocador podía rivalizar con el laboratorio de un nigromante.

Pedía para los pobres, y visitaba para distraerse las moradas de los indigentes.

Gozábase en lograr en las cuestaciones, que su bandeja reuniese mayor cantidad de limosnas.

Por último, hecha una gran señora, había pasado lo mejor de su vida viviendo á espensas de su fantasía, gastando su imaginación.

En esta lucha su corazón había quedado intacto bajo las formas de la buena sociedad, sin que las emociones del gran mundo llegasen á alterarla.

D. Roque había fallecido, y Rita y Francisco, que también se habían civilizado, que habían aprendido á vivir, y con los desperdicios de sus amos habían hecho un capitalito, se casaron, regresaron al pueblo, y obtuvieron la administración de los bienes de Miguel.

Tales fueron las consecuencias de la realización del deseo acariciado en el pueblo por aquellos felices esposos.

### XIII

#### Fuego entre cenizas.

Pero estamos justos: al llegar Cármen á la quica en que voy á presentarla de nuevo á los lectores, á pesar de sus grandes triunfos, á pesar de los continuos gozos de su amor propio, á pesar de la felicidad que parecia sonreírle, empezaba á notar algun cansancio.

Su reputacion era inmancha.

Su belleza no se marchitaba á pesar de acercarse á los cuarenta abriles.

Sin delinquir ni siquiera de pensamiento, porque amaba á su esposo y consideraba la luna como la mas preciosa joya, habia intercalado en dramas y comedias sociales, habia hecho y deshecho casamientos, habia vivido en pura novela.

Todos los caprichos de su amor propio estaban satisfechos.

Los periódicos habian reproducido muchas veces su nombre al dar cuenta de los saraos que se verificaban en su palacio, asegurando que parecia un hada multiplicándose en sus

salones y proporcionando encantadora é inolvidables horas á sus amigos.

En los paseos todas las miradas se iban tras de sus magnificas yeguas y sus elegantes carruajes.

Figúrese el lector á Cármen en posesion de una de aquellas varitas de virtudes que en nuestros tiempos ya no se encuentran ni en las prenderías; una de aquellas varitas tan omnipotentes como bien educadas y sumisas.

Pues bien: á pesar de todo esto, le faltaba algo.

No sentia hastio, porque el hastio es la expiacion de goces casi siempre criminales; no se aburría, pero de cuando en cuando sentia algo en su ser, una voz secreta, un sonido dulcísimo que se perdía con el rumor de la seda al rozar la rica alfombra de los salones, con las frases lisonjeras de la galantería, pero que volvía á herir el corazón de aquella mujer, al parecer tan feliz.

A lo mejor, ella, que oia la música sin fijarse, se quedaba estasiada oyendo los acordes del piano.

Entonces sentia una emocion inexplicable.

Otras veces veía á través del límpido cristal de su carruaje un grupo de mendigos, una mujer con un niño en brazos, por ejemplo.

Timba del cordón, se paraba el coché y al lacayo se presentaba á la ventanilla.

—(Tome V, para aquella pobre...! decía Cármen dándole un doblón.

Y después enjugaba dos lágrimas, respiraba, y parecía experimentar un dulce consuelo.

Otras veces se complacía en recomendar con eficacia á algun jóven aplicado que aspiraba á un empleo para ayudar á su familia.

Estos gozos, nuevos para ella, llegaron á ser una necesidad de su alma.

Pero se aumentaban á favor del secreto.

En una palabra: empezaba el otoño para aquella hermosa planta; las flores desaparecían, las hojas estaban amenazadas de muerte, y la savia fluía al tronco, á la raíz, al corazón.

De vez en cuando pensaba Cármen en su celda del pueblo, en doña María Luisa, en su hijo cuando era pequeñito y ella le cuidaba y le asaba, y se complacía oyéndole balbucear las primeras palabras.

Un día llamó á Miguel.

—Tenemos que hablar, le dijo.

—¿De qué?

—De nuestro hijo.

—Estoy contentísimo de él! Todas las cartas de sus maestros son satisfactorias. Me aseguran que es despejado; que será hombre de provecho; y aunque dicen que es algo calaverilla... ¡bahi! los pocos años le excusan.

—Has de saber que tengo ganas de verle. Ya han tres años que por tus asuntos unas veces,

mis baños y mis ocupaciones otras, no le vemos.

—¿Y quieres ir á París?

—Quiero que salga del colegio.

—¿Ahora que desas hacerse ingeniero; ahora que con tanto entusiasmo se prepara á ingresar en la escuela...! ¡Oh! Es una locura.

—¿Para qué quieres que sea ingeniero?

—Mujer, para que tenga una profesion honrosa.

—No la necesita: somos, gracias á Dios, bastante ricos.

—La fortuna se va como viene, y una carrera no.

—Luis ha estudiado mucho, y convendría que descansase un año siquiera antes de dedicarse á esos estudios tan profundos.

—Si pierde la costumbre de trabajar; si evade la disciplina del colegio, ¡adiós carrera!

—No lo creas... y tengo empeño.

—¿Por qué te ha dado esa idea... así, tan de repente!

—¿Qué sé yo...! Hace dias que, sin saber por qué, tengo una tristeza...; me parece que me falta algo: he buscado en torno mio, y despues de investigar mucho, me he convencido de que lo que me falta es mi hijo. La verdad: ha sido un poco descuidada. Le hemos dejado al pobre, en buenos colegios; ya lo creo! y pagando un dineral; pero hay cosas que ni se compran ni se venden: los mimos de una madre, por ejem-



¡de, y al pobre le he privado de los míos... Siento así como un remordimiento... en fin, quiero que venga... dame gusto... descansará cuatro meses á nuestro lado; llegará el verano; le llevaremos á París, y tú y yo quedaremos satisfechos.

—¡Hágase tu voluntad! dijo Miguel. Mañana mismo escribiré á su apoderado.

—¿Y hará el viaje solo...?

—Si tuviera un poco de paciencia!

—¿Qué?

—Dentro de quince días tengo que trasladarme á Londres, y al regresar podría venir conmigo y...

—¡Excelente idea!

—En ese caso no escribo...; le sorprenderemos.

—¡Ah, sí! No puedes imaginar la alegría que experimentaré. Hacía ya mucho tiempo que no gustaba como ahora. La esperanza de ver á mi hijo, que ya estará hecho un hombre, me entusiasma de un modo inconcebible. ¡Ah! ¡Si pudiera adelantar tu viaje!

—Eso es ya demasiado exigir.

—Bien, hombre, esperaré; pero para calmar un poco la ansiedad que me domina, voy á ocuparme en prepararle sus habitaciones. Quiero que cuando llegue pueda reconocer el cariño de su madre en el estero con que decoraré su cuarto. Ya verás, ya verás cómo se sorprende y



se admira. Para celebrar su venida daremos un gran baile; de esta manera le presentaremos á la sociedad una distinguida de Madrid... ¡Oh! Voy á ser felicísimo. Yo no sabía lo que tenía: había momentos en los que sentía necesidad de llorar...; no podía explicarme lo que me pasaba; pero ahora lo comprendo... ¡Era que me faltaba mi hijo!

Quince dias despues salió Miguel para Paris sin detenerse pasó á Londres, despachó sus negocios, y al regresar á la capital de Francia sorprendió á Leticia, primero con su visita, y despues con el anuncio de que iba á acompañarle á Madrid para que descansase de sus tareas.

Miguel consideraba como dogma la máxima inglesa de que el tiempo es oro, y no se detuvo en Paris mas que dos dias.

Al tercero se pusieron padre é hijo en camino, y empleando cuatro mas en el viaje, llegaron por fin al palacio de la calle del Prado, en donde Cármen los aguardaba con febril impaciencia...

#### XIV.

##### **La cosecha.**

El lector no conoce á Luis, y es conveniente que le conozca.

Lo vió de quince meses asistir indiferente al reparto de los objetos que contenia el cajon entrado al pueblo desde Madrid por el bueno de D. Roque, romper el perro de aguja y consolarlo con el tambor de granaderos.

Volvió á verle mas tarde en la corte encariñada con su madre, y molestándola con sus impertinencias.

Desde entonces habian pasado diez y ocho años.

El niño empezaba á ser hombre, puesto que iba á cumplir los veintiuno, y en todo este tiempo solo de tarde en tarde habia visto á sus padres.

Abandonado por Cármen á sus maestras, se habia desarrollado en una atmósfera extraña á la de su familia.

Cuando salía de los Escolapios los domingos,

parecía un huésped en su casa; tenía que valer-se de los criados para saber el objeto á que estaban destinadas las habitaciones; y todo le era extraño: la silla en que se sentaba, el cubierto con que comía, hasta los manjares con que le regalaban.

No se hallaba en su centro, y aunque le halagaba la idea de volver al colegio con dinero para lápices, cajas de pinturas y golosinas, que cautelosamente le compraban los criados del establecimiento; aunque su madre le acariciaba y los criados le trataban con afectado respeto, deseaba la hora de volver á su casa.

Allí estaba en su centro; allí encontraba en sus camaradas su verdadera familia; allí todos los objetos estaban identificados con él, y le agradaban mas que los lujosos muebles de sus padres, la modesta cama donde dormía, el pupitre donde estudiaba y guardaba bajo llave los libros y las golosinas; mas que los suntuosos salones del palacio de la calle del Prado, el cuarto de estudio, el patio de las horas de recreo, y el silencioso dormitorio.

Solo pensaba en sus padres cuando necesitaba dinero.

No esperaba mas de ellos.

De su ropa, cuidaban los criados, de su alimento los cocineros, y no echaba de menos esos perfumes del esmero maternal.

La austeridad de los maestros le obligó bien

pronto á buscar en la hipocresía un arma defensiva.

En esa edad en que la voz necesita gritar, el cuerpo correr y el alma embriagarse de alegría, tenía que hablar bajo, que permanecer quieto, y que estudiar.

De lo contrario, había privaciones, castigos.

No tardó en aprender de sus compañeros á variar de fisonomía cuando se acercaba un parente, á fingir que estudiaba, mientras hacía pajaritas ó tiraba bolitas de papel á sus compañeros, y á ocultar sus travesuras y expansiones bajo las apariencias de una humildad ejemplar.

Lo que había de tomar del ejemplo continuo de su familia; las costumbres que debían inspirarle sus padres con el asiduo reflejo de las suyas; todos estos elementos de educación que sin querer y necesariamente debían ir formando su alma, le faltaban, y en cambio iba reuniendo todos los resabios de sus compañeros, aprendiendo sus hipocresías, y formando su alma con las impresiones de aquellas amistades, de aquellos afectos, sin mas calor que el que unos á otros se prestaban.

Por eso no lloraba mas que de ira cuando le daban algun castigo, y abrazaba á su madre al verla con la misma frescura que al despedirse de ella para volver al colegio.

Paltaban á aquella hermosa flor los cuidados del jardinero.

¡Ah! ¡qué es la vida de la mujer, de la mujer cristiana, si no la emplea en cultivar ese purísimo y santo sentimiento que se llama amor filial?

Grande es la abnegación que necesita la madre.

Presas de horribles convulsiones, creyéndose en los brazos de la muerte, sufriendo dolores que solo la mujer, sublime en su debilidad, puede soportar, llega á oír ese gemido del niño que nace, ese grito que arranca lágrimas y bendiciones, que estremeca y encanta.

Después vienen los temores incessantes, las privaciones continuas, las noches en vela, el abandono completo de la vida exterior.

La madre vive solo para el hijo: la mujer para el hogar.

Y estos cuidados, estas atenciones, estos desvelos, trasformándose, aumentándose, duran siempre.

La que ayer brillaba en los salones y en los paseos, solo procura hoy que brillen sus hijas, y cuida el traje de los angelitos, no pensando en el suyo.

La que ayer gozaba interpretando en el piano las mas bellas piezas de música; la que se deleitaba asistiendo á los bailes ó á los teatros; la que empleaba horas enteras en su tocado, solo abre el piano para acallar el llanto de su hijo, pasa el día entreteniéndole, goza con él.

lala á rezar, olvida los sarros y se recrea viendo dormir al ángel de su amor, y aquellas horas supuestas en su adorno, las dedica ahora al sueño de su hijo.

Todo es para ella ilusiones, esperanzas, cálculos, economías, sacrificios.

—Ha desaparecido Palana, dice el mundo.

—¿Qué ha de hacer la pobre con sus tres hijos y sin recursos para ponerlos en un colegio ó escuela criados!

—¡Infeliz! ¡Cuánto debe pasar!

—Ella, que antes vestía con tanto gusto, va ahora abandonada.

—¿Quién le habla de decir cuando admiraba en los salones con su magnífica voz, que, andando el tiempo, sería ni más ni menos que una mujer vulgar!

—¡Ya se ve...! se casó por amor, y ha sucedido lo que era natural: se ha plagado de hijos.

—¡Y para qué...! Para que después de muertos á criarlos, ellas se casen y le den yernos, y ellos se vayan á divertir.

—¡Oh! los hijos son muy entretenidos...; pero dan una diestra...!

En estos ó parecidos términos se expresa la realidad cuando se presenta á sus ojos el ejemplo de una madre que sabe serlo.

Y la compadecen si es pobre, y la censuran si es rica, porque es esclava, porque no considera los hijos como un artículo de lujo.

¡Pobres gentes las que piensan así!

Esa madre no ocha de menos los trajes, los salones ni las aplausos.

En primer lugar, cumplo el deber que Dios le ha impuesto; ¡pero qué hermoso deber!

Luce el rico aderezo en los salones, goza al ver la mirada de envidia de una rival, entretenel el oído en alguna intriguilla; ella entre tanto ve sano á su hijo, porque le da su sangre y vela su sueño; ella no cambia por todas vuestras emociones la sonrisa del niño, el primer sonido que articula; ella asiste á todas horas á un espectáculo sublime, que la interesa, que la deleita; ella ve crecer línea por línea la hermosa planta bajo sus cuidados; ella gusta oyendo repetir al niño las oraciones que le enseña, recibiendo sus paternas y agradecidas caricias, cosiendo, mientras duerme, el trajecito que al día siguiente ha de lucir; y cuando va á paseo con la prenda de su amor, goes al ver que lo admiran, y recoge todas las adoraciones para costurías al caposo felix; y vive gracias á estos gozos, en una atmósfera de paz, de santidad, de bienandanza, que solo turban los amores de que el niño sufra, de que pueda sufrir.

Pero aun en esos momentos en que la madre vela al lado de su hijo enfermo, es una dicha que todas las que la compadecen: á su lado está otra madre, la Religión, madre paterna-

ma que la comprende, la anima y la consuela.

—Sí, exclamarán los escépticos; pero ¡qué vida al final la que así se sacrifica? Hijas que se van con sus maridos, ó hijos que se van con sus mujeres; atenciones si puede dejarles algo en su testamento; olvido si es completamente pobre.

Quien siempre recoge; y la madre que ha consagrado su alma á un hijo, vive en el siempre.

Y, por último, digan lo que quieran, la felicidad de la mujer cuando es madre, es ser solo madre.

Lo que sucede es que no se pueda vivir para los hijos, para el hogar y para el mundo.

Perdóneme el lector esta digresion, apoteosis de la mujer bajo su mas bello y encantador aspecto, y comprenda, por las condiciones en que Luis y Cármen hablan vivido, la situacion en que aquella madre y aquel hijo se hallarian al verse bajo un mismo techo despues de diez y ocho años de separacion.

Luis no tenia nada en su alma de la de Cármen.

Por otra parte, al cabo de seis años de residencia en París, pensaba en francés, y mezclaba en su conversacion palabras de este idioma con el suyo.

Había adquirido ese baruitz, esa superficialidad parisiense que tanto encanta en un salon,



pero que no se avienen con las aspiraciones del afecto que constituye la familia.

En resumen: Cármen, que, recordando sus dos primeros años de madre, se hacia la ilusión de encontrar un hijo cariñoso, expansivo, apasionado, sufrió mucho al hallarse en presencia de un joven esbelto, elegante, con una educación esmeradísima, que no se dejaba ver hasta que había hecho su tocado, y que trataba á su madre con la distincion y la etiqueta que hubiera empleado para con una dama á quien saludase por la primera vez.

Hablase esmerado Cármen en adornar las habitaciones de su hijo, y, despues de abramarle, le condujo á ellas, esperando gozar con el efecto que aquel esmero produciria en el jóven.

Luis entró en su cuarto sin admiracion y sin sorpresa.

—¿Te gusta la habitacion que te hemos destinado? le preguntó Cármen.

—Si, señora.

—Dilo con franqueza, si no te agrada.

—Me agrada mucho.

—Pues arréglate un poco, y comeremos: yo no sé si te gustarán los platos que he dispuesto para obsequiarte.

—Habiéndolos dispuesto V., serán muy buenos.

—¡Usted! ¿Por qué me habla de usted?

—Como na estoy acostumbrado..

—Yo quiero que me trates con confianza...  
que me digas todo cuanto desees.

—Bien, señora...

—Dame un abrazo, ¡Oh! Hemos vivido tanto  
tiempo separados, que ahora quiero de una vez  
tolo el cariño que me ha faltado.

Luis parecía un maniquí.

En vano procuraba su madre herir las fibras  
de su corazón; ni un eco respondía á sus frases  
arrogantes.

—Nuestro hijo no nos quiere, dijo Cármen á  
Nicolás.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—¿No ves qué indiferente, qué frío se mues-  
tra con nosotros?

—¿Y eso te extraña?

—Mucho.

—Es la natural cordedad...; hasta cierto pun-  
to somos para él extraños...; en cuanto se acos-  
tumbra, ya verás.

—Sí; pero mientras tanto me desesperaré.

Cármen quería recoger fruto de un campo  
que no había cultivado.

Luis era tímido, reservado.

Apenas levantaba los ojos del suelo cuando se  
hallaba en presencia de sus padres; no hablaba  
más que para responder á las preguntas que lo  
leían; en una palabra, parecía fuera de su centro.

Cármen se desvivía por complacerle, por  
efrmar sus deseos: todo era inútil.

Luis era un libro cerrado.

Ni sufría ni gozaba.

Cuando le miraba su madre, se sonreía cuando no le miraba, permanecía indiferente.

Estaba como el pájaro durante los primeros días de su prisión.

Aunque la jaula fiera de oro, era jaula.

—Nuestro hijo no volverá á separarse de nuestro lado, dijo Clármén á Miguel.

—¿Por qué razón?

—Porque en el colegio aprenderá mucha ciencia, pero le falta trato, y, sobre todo, se le acostumbrado allí á vivir sin emociones, á no desear nada, á no amar nada.

—Como los tienen muy sujetos...

—Pues yo quiero que vuele...; á su edad debería cuidar de su traje, pensar en su posición, preocuparse de los paseos, de las diversiones, sentir alguna pasioncilla siquiera...; pero él, nada... parece que está en el limbo.

—Y, sin embargo, el otro día de sobremesa dejó muy satisfecho al ingeniero que comió con nosotros.

—Eso quiere decir que ha aprovechado el tiempo, que sabe mucho; pero ignora lo principal.

—¿Qué es lo principal, mujer?

—Amar á su madre.

—¿Crees que no te quiere?

—Creo que las matemáticas han serido su corazón.

—Ya verás cómo se despierta.

—Estoy segura de que cuando le presente-  
mos á nuestros amigos, en el baile que vamos  
á dar para celebrar su venida, va á estar toda  
la noche colorado como la grana... Y yo querria  
que fuese como todos los jóvenes... atrevido,  
enamorado, en fin, vivaracho... despierto.

Cármen no adivinaba que aquella cortedad  
era hipocresía.

A los diez días de su llegada le dió por fin  
su alegría.

# XV.

## ¡Cosas del niño ciego!

Cármen tenía una doncella que se llamaba Paulina.

Desgracias de familia la habían obligado á servir; pero mas parecia una señorita que una criada.

Era muy elegante, muy fina en sus maneras, y se veía desde luego que había recibido una esmerada educacion.

Tenia ademas un tipo novelesco: ojos azules, cabello rubio, tez blanca... Cármen la quería mucho, no solo por estas cualidades, sino porque parecia unas manos de hada para adornarla.

Paulina habia cumplido veintidos años.

Luis fijó en ella sus ojos apenas la vió, y no cesó de pensar en su belleza.

Al dia siguiente de su llegada entró Paulina en su cuarto por órden de Cármen para encargarse del cuidado de la ropa del jóven.

Luis se puso muy colorado.

Respondió con timidez á sus preguntas; y con arreglo á la costumbre francesa, tradujo el *madoiselle*, y la despidió con un *adieu, señorita*, que encantó á la jóven.

—¡Qué fino es! se dijo: me ha llamado *señorita*.

Y por el deseo de verse hauida con aquel calificativo, aprovechaba todas las ocasiones justificadas de entrar en su cuarto.

A los dos ó tres dias le dijo Paulina:

—Si el señorito me hiciera el favor de un pliego de papel para escribir á mi madre, se lo agradecería.

Lula se apresuró á complacerla.

—Sabe escribir! pensó. Es una muchacha distinguida.

Aquel mismo dia debia salir á paseo con su madre.

Paulina estaba dando los últimos toques al abrigo de Cármen, cuando entró Lula.

—¡No te pones los guantes! le preguntó su madre.

—Ay! Sí, señora, se me había olvidado; escusó el jóven, añadiendo un sumiso perdono V.

—Que no quiero que me hables de V.

—Bien, mamá, te daré gusto.

Y comenzó á ponerse los guantes.

Al cabo de un rato, viéndole Cármen trabajar en vano:

—¿Qué te pasa! le dijo.

—Que no puedo abrocharme este botón.

—¡Paulina, abrócheselo V.!

La jóven obedeció.

Al sentir en la suya la mano de Paulina, se puso Luis encendido.

Desde aquel día, antes de salir llamaba siempre á la jóven para que le abrochara el botón del guante.

Una mañana entró en el gabinete donde su madre solía bordar.

Paulina estaba sola.

—¿Y mi mamá! preguntó.

—Ha salido hace un rato.

—V. dispense...

Y acercándose con timidez á Paulina:

—¿Qué hace V.! le preguntó.

—Marcando este pañuelo.

—¡Ah! ¿Sabe V. marcar!

—Sí, señor.

—¡Hola! ¿Son letras de adorno...! añadió acercándose mas.

Permaneció algunos momentos con la cabeza inclinada sobre la labor de la jóven.

Paulina se puso muy colorada.

—Son muy bonitas las letras, dijo Luis.

—Su mamá de V. las ha elegido.

Hubo otra pausa.

—¡Paulina! dijo de pronto Luis; ¿hizo un movimiento como para acercarse á ella.

Instantáneamente se alejó, yendo á encerrarse en su cuarto.

El mozalbete se había enamorado de la pobre muchacha.

Al día siguiente entró Paulina en su habitación.

Luis no se atrevió á hablar con ella.

Cuando se marchaba:

—Paulina! dijo.

—¿Qué manda el señorito?

Después de vacilar:

—¡Nada; váyase V.! le contestó.

Buscaba Luis un medio de comunicar su emoción, pero temía.

—¿Qué diría mi madre, pensaba, si llegase á saber...? ¡Oh! No. ¡Qué vergüenza!

Pero no lo era posible desochar la ilusión que le dominaba.

Al fin, se acordó de que cuando era colegial había leído un *Epistolario*, y refrescando sus recuerdos, hilvanó una carta amorosa, que trazó en su mejor letra en papel sonrosado que su buena mamá había puesto á su servicio creyendo que lo necesitaria; y después de escrita la epístola, aprovechó una ocasión y la dejó en el costurero de Paulina.

La carta era una página arrancada del repertorio del romanticismo.

Paulina la leyó, y se echó á llorar.

Agradábale Luis; pero sabía que el amor que le brindaba era imposible.



Ademas era honrada, y estaba resuelta á serlo siempre.

—¿Qué tiene V. ? le preguntó Cármen, notando en su rostro una profunda tristeza.

—Nada, señora.

—Algo debe ser, porque V. es alegre por carácter. ¿Ha recibido V. malas noticias de su familia?

—No, señora.

La tristeza continuaba.

—¿Ha llevado V. la ropa planchada al señorito? le preguntó al cabo de un rato.

—No, señora.

—¿Por qué?

—Se me ha olvidado.

Al día siguiente eran las doce, y todavía no había salido Luis de su cuarto.

—Vaya V. á llamar al señorito.

Paulina fue á la antecala á buscar á un criado.

—Llame V. al señorito, le dijo.

—¿Quién lo manda?

—La señora.

El doméstico entró con tan mal tino, que al empujar la puerta iba á salir Luis, y le dió un golpe.

El joven llamó salvaje al criado.

Cármen oyó sus voces, y al enterarse de lo que había pasado, reprendió á Paulina.

—Si V. hubiera cumplido mis órdenes, le

¡Dijo, no hubiera sucedido nada...; ese bruto ha empujado la puerta con tal fuerza...! No quiero que otra vez vuelva á suceder. Las órdenes que yo dé han de cumplirse.

Paulina se fue á su cuarto á llorar.

Por la tarde, despues de pensarlo mucho, fue á buscar á Cármen.

—Señora, le dije sollozando: hoy he causado á V. un disgusto, y como han de repetirse por fuera, y soy muy agradecida, vengo á rogar á V. que me dé su permiso para marcharme.

—¿Qué es eso...! ¿Se despide V.?

—Sí, señora.

—¿Por qué razón?

—No me lo pregunta V.

—¿Está V. disgustada?

—Oh! no, señora; nunca podré pagar á V. las bondades que lo he merecido.

—Pues entonces...

—Sería indigna del aprecio de V. si me quedase.

—No comprendo: ¿la ha ofendido á V. alguien en mi casa?

—No, señora.

—Pues explíqueme V. el enigma.

—Siento tener que decírselo á V... pero lea V. esta carta, señora, y despues V. misma me aconsejará que me vaya.

Paulina, poniéndose de mil colores, entregó á Cármen la epístola de Luis.

Cármén la leyó dos veces.

—¿Le ha dado á V. mi hijo esta carta? preguntó.

—No, señora.

—¿Cómo ha llegado á sus manos de V.?

—La ha hallado en mi costurero.

—¿Y V. no ha dado motivos...?

—Cuando hago á V. esta confianza, bien comprenderá que soy agradecida y honrada.

—Está bien, Paulina...; esas son cosas de jóvenes...; no hay que hacer caso. Se evitan las ocasiones, y basta.

—¿Me dará V. permiso para marcharme?

—Al contrario; se ha portado V. muy bien en esta ocasión, y me intereso por su suerte. Mi hijo no volverá á molestar á V.

—¡Ah! Yo suplico á V...

—¡Basta...! Le mando á V. que se queda.

Apenas se fue Paulina, besó Cármén aquella carta.

—¡Gracias á Dios! pensó. Ya empieza á explicarse. ¡Miren el pícaro, qué buenas cosas se tenía guardadas! La carta es capaz de enterpocer á una estatua. ¡Me lo comería á besos!

## XVI.

### Diplomacia.

¡Pobre corazón humano!

Una verdadera madre habría visto un peligro donde Carmen, que quería á toda costa agradar á su hijo, veía una gracia.

Apenas llegó Miguel, le contó alborozada el descubrimiento.

Miguel, que estaba muy preocupado con un negocio, del que pensaba sacar gran provecho, celebró los ánimos de su hijo.

—Por supuesto que eso es una niñada, dijo.

—¡Yo lo creo! Puede decirse que Paulina es la primera mujer que ha visto...; en cuanto trate á las elegantes y aristocráticas jóvenes que vendrán á nuestro baile, olvidaré á esa pobre machacha.

—No le digas tú nada.

—Al contrario, esta es una ocasion oportuna para captarme su confianza; de este modo podré guiarle.

Miguel dejó á su esposa con la esperanza de

llegar á ser confidente de su hijo, y Cármen llamó á Paulina.

—¿Cuándo ha encontrado V. en su costurera, le preguntó, la carta que me entregó V. antes?

—Hace dos días.

—¿Ha hablado V. con mi hijo desde entonces?

—Yo, señora!

—¿Es decir que él no sabe si la ha recibido V.?

—He desobedecido algunas órdenes de V. para evitar que me hablase.

—Bien está... Es necesario que ignore siempre que la ha tenido V. en sus manos...

Aquella noche no salió.

Al levantarse de la mesa, dijo Miguel á su hijo:

—¿Quieres venir al teatro?

—No, respondió Cármen: va á quedarse conmigo; ¿no es verdad?

—¿Con mucho gusto!

Cármen se fue con Luis á su gabinete.

—Aun no hemos hablado desde que has venido, le dijo; y quiero que hablemos. ¿No tienes nada que contarme?

—No, señora.

—Una madre, hijo mío, desea conocer á fondo todos los secretos de su hijo. Ya eres hombre, habrás tenido amigos, quizá has experimentado alguna inclinacion amorosa...

—¡Oh, no, señora; no! dijo Luis poniéndose muy encarnado.

—Haces mal en ocultármelo;

—Si te digo...

—¡Crees tú, por ventura, que es algún pecado ser joven...? A tu edad hay ilusiones, hay devaneos. ¡Y qué mejor confidente que una madre para estos sentimientos ocultos?

—Es verdad; y yo te diría la verdad, pero...

—Pero no te atreves á decírmela.

—Yo...

—¡Vamos, te ayudaré! ¿Es tuya esta letra? ¡Móstrame mostrándole la carta.

—¡Cuán preguntó convulso Luis.

—Esta, que se parece á la de las cartas que me has escrito desde París.

—Sí, señora.

—Eres un descuidado. ¿Dónde dirías que he encontrado esta carta?

—No sé.

—En mi costurero...: pero no te pongas colorado; yo no te riño.

—Es que...

—En vez de echarla al correo la has dejado encima de una mesa, y algún criado, creyendo que era mía, la ha puesto en mi costurero... Pero no hablemos de eso. Vas á decirme quién es esta Paulina... Alguna francesita que te flojó en París, ¿no es eso?

—Sí, señora, eso es; contestó Luis agarrándose á aquella suposición como el náufrago á la tabla.

—Pues debes olvidarla...; está demasiado lejos... Ya hallarás en Madrid otras tan guapas como ella. Dentro de dos días damos un baile, y vendrán las mas bonitas y aristocráticas de Madrid. Pero no vayas á mostrarte tímido y reservado...; no, al contrario, cuando uno es joven debe ser galante.

—¿Es decir, que V. no se incomoda?

—¿De qué...? ¿De que seas fino, atento, y hasta enamorado...? ¡No faltaba mas! Has venido á Madrid á descansar de tus tareas, á divertirte, á gozar de la fortuna de tus padres. Tienes libertad completa, con la sola condicion de que no me ocultes nada. Esto me basta, porque entonces no harás lo que yo no pueda saber.

Creía Cármen de este modo salvar á su hijo de los peligros.

Luis abrazó á su madre.

Era natural, puesto que se convertía en su cómplice.

Desde aquel momento Cármen creyó que habia conquistado á su hijo, y Luis se convenció de que dominaba á su madre.

---

## XVII.

### Transformacion.

Llegó la noche del baile, y tan elegante se presentó, se mostró tan atento, tan familiarizado con el buen tono, tan decidido y tan galante con las damas, que no se hablaba en los grupos mas que de él.

— ¡Cómo se conoce que viene de París! decía uno.

— ¡Oh! ¡París! repetían todos.

— ¡No hay nada como París! añadía algun pensador tardío.

Luis llevaba el frac con una soltura admirable.

Se transformacion habia sido instantánea y completa.

De cuando en cuando le buscaba su madre, se cogía de su brazo, y paseaba con él por los salones.

Cármen lucía á su hijo con verdadero orgullo.

La fiesta fue magnífica.



Luis, presentado á los jóvenes mas distinguidos, no tardó en familiarizarse con ellos.

Al dia siguiente no se hablaba en los círculos elegantes mas que de Luis Olave.

Un mes despues llamaba la atención en los paseos guiando un precioso tilburi, ó montando un brioso caballo.

Se hizo socio del Casino, se abanicó á los teatros, y llegó á ser uno de esos hijos mimados de la fortuna, cuya única ocupacion es saber cómo han de pasar el tiempo sin aburrirse.

Cármen fomentaba esta vida en su hijo.

— Gracias á Dios, pensaba, le ves animado y feliz. Que goce, que disfrute: cuando comprenda que todas sus venturas las debe á mi sacrificio, me pagará con creces los tesoros de amor que ahora le ofrezco.

Por supuesto que Luis no volvió á pensar en Paulina.

En cambio, la pobre muchacha sufría. A pesar suyo se había enamorado de él, y las dificultades iban poco á poco convirtiendo en pasión su sentimiento.

Los meses de descanso del joven colegial se convirtieron en un año.

Llegó el verano, y Miguel anunció á su esposa que no podía salir de Madrid.

Negocios importantes, que empezaban por entonces á comprometer su fortuna, le obligaban á permanecer en la corte.

—¿Cómo ha de ser! dijo Cármen: me acompañará Luis.

—Luis debe volver al colegio.

—No, señor...; yo me opongo.

—Su porvenir...

—Has de saber que me ha confiado todo lo que ha sufrido mientras ha estado ausente de vosotros, y no quiero que vuelva á suceder... (No faltaba otra cosa...! Además, soy muy feliz uniéndolo á mi lado. Me acompañará á los bailes, y después iremos á Italia y á Suiza: tiene grandes deseos de visitar estos países, y un viaje así es conveniente para completar su educación.

Miguel estaba subyugado por Cármen.

Su distincion, su buen tono, su perfecto conocimiento de las costumbres aristocráticas habían alcanzado una reputacion envidiable á sus años; y como esto era un fuerte apoyo de su crédito, reconocia la influencia que tenía en su fortuna, y la complacia en todo.

Madre é hijo viajaron, y durante el tiempo que estuvieron reunidos acabó Luis de conocer el ilaco de Cármen, llegando á dominarla por completo.

Todo le parecia poco para complacerle.

Cansada de las ovaciones sociales, de los gozos del amor propio y de la vanidad, hallaba en el amor de madre, tanto tiempo dormido en su corazón, un atractivo, un goce, una felici-

dad que la resarcía de todos los placeres que los años habían ido robándole poco á poco.

Luis no se explicaba aquellas atenciones por el cariño; creía firmemente que se lo merecía todo, y dando rienda suelta á sus caprichos, conseguía de Cármen cuanto anhelaba con solo fingir tristeza ó regalarle unas cuantas curuleas artificiales.

Antes de regresar á España, se detuvieron unos días en San Juan de Luz.

Allí encontró Cármen á un anciano, antiguo amigo de su padre. Vivía allí emigrado desde 1840; había defendido la legitimidad, y no se había pasado á los contrarios.

Un hijo suyo se había establecido en Bayona después de la guerra, y podía sostener con decoro á su padre.

Este vivía muy contento en San Juan de Luz, y de cuando en cuando iba á pasar algunos días con él su nieta María, hermosa jóven de diez y seis años.

El veterano visitó á Cármen, y esta pasó un buen rato oyendo hablar de su padre al anciano.

Quiso conocer á su nieta, y María fue á verla.

Aquella niña era un ángel.

No era posible verla sin pensar instintivamente en el cielo.

Luis sintió algo extraño en su ser al contemplar á aquella jóven.

Su alma se despertó, y comprendió el amor en toda su pureza.

Cármen descubrió este secreto de su hijo.

Sin pedirle explicaciones, le observó.

Luis iba todos los días á la iglesia por ver á María durante la misa; no sabía ir á ningún lado sin pasar por delante de su casa.

En sueños repetía su nombre.

Estaba verdaderamente enamorado de ella.

Cármen sintió celos; unos celos inexplicables. Por la primera vez pensó que algún día se separaría de ella su hijo; que amaría á otra mujer que perdería, si no su cariño, el exclusivo afecto de su corazón.

Antes de que aquel amor totase cuerpo, abandonó á San Juan de Luz.

Luis hizo el viaje sumido en la mayor tristeza, y al llegar á Madrid apenas salía de su cuarto, apenas hablaba.

Cármen le observaba sin atreverse á hablarle.

Buscando un remedio á su mal, se veía asaltada por los mas extraños pensamientos.

Una vez creía que casándole con una joven pobre dominaría á la esposa que le diere otra, por el contrario, pensaba que enlazándole con alguna joven rica, lujosa y coqueta, no tardaría en separarse de ella, volviendo á su lado otra, por último, ¡el corazón humano es un abismo! hasta creía que impulsando á su

hijo á cometer algunas calaveradas, olvidaria á la hermosa niña de San Juan de Luz.

Para ella era Luis un tesoro, y se mostraba avara de él.

Cuando iban á verle sus amigos:

—Está muy triste, les decía; es necesario que le distraigan Vds.

En vano le proponían placeres: Luis no veía en el mundo mas que una imagen: la de María.

Al fin se atrevió á confiar á su madre la causa de su tormento.

—Tú me quieres mucho, le dijo, y no debo ocultarte los sentimientos de mi alma.

—¿Crees que no los he adivinado?

—Pues entonces, protégeme. ¡Amo á María! Por mas que hago, no puedo olvidarla; la distancia aumenta mi pasión; yo necesito estar cerca de ella; poseer su amor. Tú conoces á su familia; escribe á sus padres...

—Lo que desees es imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué?

Cármen, inspirada por sus celos, improvisó en aquel momento una novela nada caritativa.

—Ya sabes que te quiero con idolatría... Pues bien: habiendo adivinado tu secreto, ¿crees que si esa jóven fuese digna de tí no habria pedido su mano?

—¿Qué dices?

—Me ha informado... y, te lo repito, me es digna de tí.

—¿Por qué?

—No me lo preguntes: la realidad te haría sufrir mas que la duda.

—Y, sin embargo, la duda me mata...

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Pues bien: su abuelo es muy honrado; voy á pedirle la mano de María para ti. ¡Me prometo renunciar á esa loca pasión si el anciano, muy espero, nos revela los motivos que tiene á peo- ra muchacha para no pensar sin rubor en casarse!

—Sí, mamá...; yo te lo prometo.

Cuatro dias después llamó á Luisa para enseñarle la respuesta del viejo veterano: es decir, la carta que habia ella escrito y hecho copiar en el mayor sigilo, y en cambio de un precioso regalo, á un escribiente de Miguel.

«Mi nieta, decia la supuesta epístola, no puede aspirar á la dicha que V. la ofrece. Un momento de debilidad la ha condenado á eternos murmuramientos.»

¡Ah! una mujer apasionada en el ocaso de su vida, cuando no ve detras de sus deseos mas que el vacío, es capaz de todo, hasta de calumniar á un ángel puro.

—Es por el bien de mi hijo, se decia Cármen, queriendo acallar de este modo la voz de su conciencia.

Luisa sufrió un horrible desengaño.

Se hallaba en el gabinete de su madre, y sentándose cerca del escritorio de palo santo que allí había:

—¿Tienes papel? le dijo.

—Sí.

—Dame unos cuantos pliegos.

—¿A quién vas á escribir?

—A mis amigos... Voy á cambiar de vida... á divertirme.

—Bien, hijo mío, bien.

—A olvidar á esa... desgraciada.

—Dame un abrazo.

—Quiero comprar otro caballo... los que tengo me cansan.

—Eso... eso...; no repares en nada. Somos ricos, y tú no debes sufrir.

Por la tarde salió Luis de paseo con sus amigos, comió con ellos en el Casino, y consintió en visitar aquella noche los bañidores del Teatro Real.

## XVIII

### Causas y efectos.

Desde aquel día su vida fue una continua copia.

Cármen ignoraba sus devaneos, y como le creía incapaz de engañarla, se conformaba al aire decir, cuando tramuchaba ó faltaba á comer, que había estado con tal ó cual amigo.

Con verla feliz, con que la acompañase á algún baile, estaba contenta.

Por otra parte, sus ocupaciones sociales, á las que no renunciaba, las visitas, las juntas, los teatros, los saraos de su casa, absorbían su tiempo.

En vano la humilde Paulina, con visor cariño, decía á Cármen:

—Señora, me parece que el señorito está decaído.

—No lo creas.

—Yo le encuentro ojoso, pálido...



—Como se retira tan tarde de los bailes, no es extraño.

—Su ayuda de cámara dice que tose mucho por las noches.

—Eso es que se constipa...; el campo y los viajes de verano le repondrán.

Lo que menos podía imaginar Carmen es que llegase á faltarle su hijo.

Y, sin embargo, Luis no estaba bueno.

Dominado por los vicios, que estimulaba Carmen sin saberlo con sus prodigalidades, viviendo en el mayor desarreglo, su salud decayó visiblemente.

Miguel, preocupado por los negocios, que continuaban poniéndose de mala data, apenas se cuidaba de su hijo.

Crea que con llamar á los mejores médicos cumplía sus deberes, y lo único que hacía de cuando en cuando era poner reparos á las cuentas de su hijo, que le parecían exorbitantes.

También pensaba en él para proporcionarle un buen casamiento.

Confiado en que vencería algunas dificultades que estaban á punto de ocasionarle grandes pérdidas, aspiraba á que Luis se uniese á la heredera de un título de los mas nobles y distinguidos.

Carmen se resignaba á la realización de este proyecto.

Cuando los dos esposos hubieron trabajado

him el negocio, comunicaron á Luis su plan.

Luis habia perdido ya la voluntad; estaba hastiado, y accedió á todo.

Los padres de la futura designaron á Miguel día y hora para que fuese con su hijo á hacerle la petición en toda regla.

Miguel entró en el cuarto de su hijo para indicarle el papel que le estaba reservado en la escena en que iban á tomar parte.

—¡Todavía estás así! le dijo al verle en cama.

—Me encuentro mal.

—¿Qué tienes?

—No sé: me duele mucho la cabeza y el estado derecho; en toda la noche he cesado de leer; parece que se me parte el pecho.

—¡Bah! Algun pasmo; que venga el médico, mientras voy á anunciar á tu futuro suegro la imposibilidad en que te hallas de visitarle.

Cármen fue también á ver á su hijo; y notando en el pañuelo que tenía en la mesa de noche algunas manchas suntuosas, se alarmó sobremanera.

Acto continuo envió un nuevo recado al médico.

El doctor tardó bastante.

Cármen tenía precisamente que asistir á una junta caritativa para arreglar una funcion teatral que debía darse en breve á beneficio de los pobres de su parroquia.

No podia faltar: y, aunque de prisa, fue.

Al volver halló al médico.

—¿Qué tiene Luis? le preguntó. Supongo que no será nada nada de cuidado.

—Sin embargo, se queja de un dolor.

—¿Dónde?

—En el costado; me temo que va á darnos que hacer su enfermedad.

—¿Eso sería espantoso!

—De todos modos hay que estar en guardia; ya he recetado, y volveré á la tarde.

La enfermedad de Luis era, en efecto, un catarro pulmonal que puso en peligro su vida.

Gracias á los cuidados de que fue objeto, pudo vencer la enfermedad.

Cármen quería estar á su lado, á asistirle. ¡Imposible! Las amigas de confianza se interesaban por su hijo; iban á verla, y no podía negarse á recibir las.

En estas visitas se hablaba del enfermo, y despues recaía la conversacion en otros asuntos que, en su calidad de mujer de mundo, de mujer sociable, interesaban á Cármen.

Luis quedó resentido del pecho.

Aquel verano tuvo que ir á Aguas-Buenas.

El otoño fue horrible para él: los médicos confesaron á Miguel que su hijo había entrado en el segundo período de la tisis.

Miguel, conociendo el efecto que aquella noticia produciria en su esposa, suplicó á los doctores que le ocultaran la verdad.

Cármen veía á su hijo desmejorado; pero atribuía su decadencia á los pasados excesos que habia cometido; y como el pobre jóven habia ofrecido renunciar á ellos, confiaba en su alivio.

—En cuanto empiece la primavera nos iremos tú y yo á Andalucía, le decía Cármen.

Durante el invierno, solo algunos dias de sol salió en carruaje.

Estaba tan débil, que para andar algunos pasos, tenia que apoyarse en el brazo del lacayo.

Los mas afamados doctores de Madrid fueron á visitar á Luis.

Miguel los llamaba, accediendo á los deseos de Cármen, pero tenia muy buen cuidado de escargarles que, cualquiera que fuese su pronóstico, no alarmasen á su esposa.

—Está muy débil, decia uno; la vida del campo le reanimará.

—Llévesele V. á Suiza, decia otro.

Los médicos mas elagantes le aconsejaban el clima de Niza ó el de Pau.

Alguno le indicó la isla de la Madera.

—¿Pero acaso está tálco mi hijo? preguntó Cármen.

—No, señora; pero su sangre se ha empobrecido.

A pesar de las esperanzas que por una mal entendida caridad le regalaban, la verdad era que Cármen no estaba tranquila.

Sin abandonar sus costumbres, sin desatender sus ocupaciones, empezaba á considerar unas y otras como incompatibles con sus deseos de no apartarse de su hijo, de consagrarse á él.

En muchas ocasiones, apenas salía el médico, entraba la modista á probarle algún traje.

Otras veces, cuando temía que la enfermedad de Luis se prolongase, llegaba una amiga, y después de enterarse del estado del joven, para distraerle, le hablaba de un magnífico aderezo que había visto en el escaparato de *Los Saboganos*.

—La marquesa del Soto, le decía, se ha encaprichado con él, y su doncella, que ha estado esta mañana en casa, me ha referido que anoche tuvo un fuerte altercado con su marido porque no se lo quiere comprar.

—¿Es posible?

—Quería llevarlo en el primer baile de la embajada rusa.

—Pues si no lo lleva, no irá.

—El tal aderezo es una verdadera manzana del paraíso.

¿Cómo podía quedarse Carmen sin verlo?

Iba á *Los Saboganos*, pensaba insensiblemente en el efecto que produciría en los altos círculos la noticia de que la señora de Olave lucía el aderezo que deseaba la marquesa del Soto, y como á Miguel le convenia sostener su

reputación de millonario, era gustoso cómplice de su esposa en estas intriguillas del gran mundo.

Y con los temores que le inspiraba Luis, se confundía en su alma la alegría obtenida por algun triunfo de amor propio.

Sin embargo, Carmen no gozaba ya tanto como antes.

En los momentos mas solennnes de su vida aristocrática le asaltaba el recuerdo de su hijo.

En todas partes echaba de menos su compañía.

Y no era porque faltasen asiduos y minuciosos cuidados al pobre enfermo.

Paulina, la pobre jóven, resignada á vivir con el recuerdo de haber inspirado á Luis un latido de amor, gozosa en poder demostrarle una gratitud que ni ella misma se explicaba, asistía al jóven como si fuera su hermano.

Ella le leía los periódicos, y para distraerle le leía tambien novelas; ella ideaba los manjares que habian de servirle; ella, en fin, se desvivía por endulzar su triste situación.

Y al obrar de este modo, obedecía á un sentimiento extraño.

La pobre sabía que su enfermedad tendria un término fatal, y deseaba recoger su último suspiro.

Era una enfermera inapreciable.

Cuando en el mes de abril fue Cármen con su hijo á Sevilla, se llevó á Paulina.

—Entre las dos le cuidaremos, lo dijo: allí estaremos solos, nos dejarán en paz, y podremos sacarle á pasear, distraerle.

¡Inútil esperanza!

Apenas se supo su llegada en los círculos aristocráticos de Sevilla, se vió su casa llena de visitas.

Por otra parte, con motivo de la Semana Santa y de las ferias, habia allí muchas familias distinguidas de Madrid.

Regresaron un mes despues, y los médicos aconsejaron á Miguel que enviase á su hijo á Panticosa.

Esta vez le acompañó su padre, para que Cármen pudiera tomar sus baños de mar en Biarritz.



## XIX.

### El principio de la expiación.

Quando volvieron á verse madre é hijo, la primera no reconoció al segundo: era un cadáver.

—A muerte ó á vida, dijo Cármen á su esposo, yo me lo voy á llevar al pueblo.

—¡Imposible...! Allí le faltarían médicos, medicinas... Y además este año necesito mas que nunca tu presencia en Madrid.

—¿Mi presencia?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Necesitamos deslumbrar á la gente.

—No te comprendo.

—He sufrido grandes pérdidas; para resarcirme he comprometido, no solo mi fortuna, sino los capitales que me tienen confiados algunas personas. Es preciso que se hable mucho de mí en Madrid, que se ponderen mis riquezas, que se ensanche mi crédito; de esta manera podré adquirir recursos, acudirán á entregarme sus



caudales nuevos clientes, y salvaré mi situación, que es bastante angustiosa.

—¿Cómo me has ocultado...?

—¿Y para que había de afligirte? Pronto va á hacer veintidos años que abandonamos el pueblo para venir á Madrid á establecerme. Hemos gozado mucho, hemos realizado los sueños que forjábamos en aquella casita que te dejó tu padre; tú has llegado á ser una de las damas mas distinguidas de la corte; yo un banquero de nota; pero para realizar este milagro, después de los crecidos gastos de instalación y los de mi aprendizaje con el tano de Membrilla, no solo hemos devorado las rentas de nuestro capital, sino las asombrosas ganancias que yo he sacado de los negocios que he emprendido. Esta vida gusta la salud... Siempre pensando en combinaciones ventajosas; viviendo de las palpitaciones de la Bolsa; teniendo que adivinar los sucesos políticos, tan ondulados con los financieros... Créeme, Cármen... en todo este tiempo de fiebre solo he disfrutado al vicio feliz, ocupando un puesto distinguido en la buena sociedad, siendo como has sido y eres reina de los salones. Pero ya vamos siendo viejos, nuestro hijo sufre, y se ha apoderado de mi alma un vivo deseo de retirarme á la vida pacífica.

—Parece que nos hemos puesto de acuerdo; no abrigo otra ambición que la de descansar.

—Es natural... llegamos á la época de los desengaños... Faltando ilusiones al alma, cede su predominio al cuerpo, y el cuerpo pide comodidades. Tú y yo estamos obligados á dar convites y á asistir á ellos. No podemos prescindir de ir á los bailes, de cumplir con los que nos visitan... y estando nuestro hijo como está...

—Dices bien... yo estoy siempre en acentos cuando me hallo fuera de casa.

—A mí me sucede lo mismo.

—A veces tengo que ir á visitar á algun enfermo pobre... Cuando me toca, no hay mas remedio; y allí, consolando al que sufre, pienso en mi Luis... le robo aquellos cuidados, y, sin embargo, mi posición exige este sacrificio.

—Todo cuanto me digas lo sé; pero para hacer una retirada honrosa, necesito lo menos un año. Hoy, te lo repito, tengo comprometido mi capital y mas de tres millones que, confiando en mi pericia y en mi honradez, me han entregado personas que se llaman y son nuestros amigos. Los sucesos políticos, mi viaje á Panticosa en Léiz, y otra multitud de coincidencias desfavorables me han ocasionado pérdidas de consideracion. Para cumplir con todo el mundo necesitaríamos reducirnos á vivir de las escasezas de los bienes que tenemos en el pueblo, y no evitaríamos el descrédito. Si, por el contrario, sufrimos un año siquiera; si hacemos ver que nos hallamos en un estado próspero...

—Terrible sacrificio!

—¡Y qué remedio...! No tenemos que culpar á nadie: lo hemos querido...

—¡Es cierto! dijo Cármen con acento de profunda tristeza.

Algunos días despues volvieron á conferenciar los dos esposos.

—A pesar de mi tacto, dijo Miguel á Cármen, se ha traslucido algo, y hoy me ha anunciado uno de mis clientes que necesita retirar sus fondos. Nada menos que cuarenta mil duros.

—¡Y qué le has contestado!

—«¡Los quiere V. ahora mismo!» le he dicho. Y él, asombrado, me respondió que no. Viéndome apurado, le hablé de mi proyecto de la creación de un Banco hipotecario; le expliqué las ventajas de este negocio, y acabó por rogarme que conservara su dinero para convertirlo en acciones de mi empresa. Me ha salvado en una tabla, y no tengo mas recurso que anunciar en seguida la creación del Banco. Dentro de cuatro días daremos una comida á unos cuantos capitalistas que puedan ayudarme, y á fin de que entre las familias de la aristocracia se despierte el deseo de tomar acciones, anunciamos un gran baile para solemnizar la inauguración de la sociedad...

—¡Válgame Dios! exclamó Cármen. ¿Cómo voy á poder ocuparme de todo eso estando Luis como está?

—Es necesario.

—Ya lo conozco: pero...

—Hagámoslo por él... Si se restablece, como espero, podremos dejarle una fortuna; si no, después de haber pasado nosotros una vida de príncipes, le obligaremos á ser un labrador, porque no le quedarán mas que unos cuantos terrones de tierra.

Ormech se resignó.

Los periódicos, convenientemente retribuidos, empezaron á lamentarse de que, habiéndose formado tantas sociedades de crédito en España, no hubiera ninguna de ellas acometido en grande escala la creacion de un Banco hipotecario.

«El dinero no tiene entrañas!» esclamaban, y ademas en ciega. De lo contrario, en vez de acumularse en la capital, donde sobra, donde muchas veces solo sirve para fomentar vicios, correria á los pueblos, arrancaria al honrado labrador de las garras del usurero de aldea; facilitaria recursos al trabajo, y haciendo un bien, hallaria, no solo una inmensa satisfaccion, sino legítimas y pingües ganancias.»

Así cantaban los periódicos las excelencias de los préstamos hipotecarios bajo el amparo de la moralidad, en elocuentes artículos á tanto la línea.

No tardó Miguel en dirigirles un comunicado, á tanto la línea tambien, en el que, recono-

ciendo que la prensa cumplía su elevada y civilizadora misión abogando por la creación del Banco, anunciaba que se había anticipado á sus deseos, y aprovechaba la ocasión para explicar sus planes.

El banquete se celebró, y precisamente aquel día fue uno de los mas penosos para Luis.

Habia pasado toda la noche tosiendo; la fiebre le devoraba, y no hacia mas que llorar á su madre.

Cármen tenia que dar órdenes, y los criados, á su torpeza habitual, unian la que el mal humor de su ama producía en ellos.

A cada instante tenia que decir á Paulina

—¡Vaya V...! (No se aparte V. de Luis, mientras yo atiendo á los criados...) Parece que su imbecilidad se ha conjurado contra mí.

El médico fue por la tarde, y halló muy recargado al enfermo.

Luis, por su parte, se quejaba, y, contra su costumbre, se acostó al anocheecer.

—Me pone en cuidado, señora, dijo Paulina á su ama al entrar en su cuarto llamada por ella.

—Pero ¿qué tienes?

—¿Qué sé yo! añadió la pobre joven enjugando las lágrimas que á pesar suyo brotaban de sus ojos.

—Voy... voy á ver, dijo Cármen.

Al disponerse á salir, le anunció un lacayo la

llegada de dos de los convidados que esperaban.

—¿Son ya las siete? preguntó.

—Sí, señora.

—¡Oh! entonces no hay tiempo que perder; de un momento á otro vendrá el marques de Alcázar con su señora. A ver, Paulina, arréglose V. el tocado...; de cualquier modo... No; esa flor está mal... busque V. otra mas viva... ahora la diadema... un poquito mas baja... ¡Si pudiera estar un momento con Luis antes de sentarme á la mesa! ¡Pobre hijo mío! ¡Me hace arrugar el cuerpo!

—No, señora.

—¡Ah! el brazalete... Ya me olvidaba...; pero qué extraño es... sufriendo mi hijo, ¿cómo he de tener gusto! Esta es la vida; las lágrimas para las horas de soledad; para el mundo una eterna sonrisa... Ya estoy, y aun no han llegado los que faltan; voy... voy.

—[El señor marques de Alcázar y su señora! dijo con inflexible voz un lacayo.

—¡Qué oportunos! ¡Ah! vaya V., Paulina, vaya V. al lado de Luis.

Y mirándose al espejo, y estudiando en él una expresión de amabilidad, corrió al salón en donde la esperaban los convidados.

## XX.

### El dolor de los dolores.

En los círculos financieros de Madrid precepaba los ánimos el proyecto de Miguel.

— ¡Es una verdadera mina! exclamaban todos.

Asociándose á él varios capitalistas, pensaron, para dar al negocio toda la extensión que merecía, buscar en las plazas extranjeras capitales que contribuyeran á colocar el Banco, desde el principio, en una situación floreciente.

— Todo va á las mil maravillas, decía Miguel á Carmen.

— ¿De veras? ¿Estás satisfecho?

— Las acciones van á venderse con una prima exorbitante, estoy seguro de ello.

— ¡Es decir...?

— Es decir que va á ser este el mejor negocio que ha hecho en toda mi vida.

— ¿Qué pena que nuestro hijo no pueda disfrutar...!

— Es verdad: pobre Luis!



—Yo voy perdiendo la esperanza.

—Aun no, mujer; ¡quién sabe...! La ciencia...

—Dios... solo Dios pueda conservarnos su vida. La fiebre no desaparece. Se desmejora por momentos... Apenas come... y no puedo dormir... en seguida se asoman las lágrimas á mis ojos, y el pobre se aflige.

—Que no ha de haber dicha completa!

—¡Ah! Toda la fortuna que esperas, todos los bienes que tenemos, todos los triunfos que nuestra posición nos ha alcanzado, los daría yo de buena gana por ver á nuestro hijo sano, robusto, alegre como estaba antes de conocer á aquella joven de San Juan de Luz.

Este recuerdo evocó en Cármen un remordimiento.

—¡Ah! Yo he tenido la culpa de todo, pensé ya he sido su verdugo.

Pero era necesario disponer el gran baile con que Olave quería solemnizar la concesión hecha por el gobierno á la sociedad que representaba para la creación del Banco hipotecario.

Eran aquellos momentos de prueba; la menor dilación, el mas sencillo contratiempo podían arrebatarle la dirección del negocio, y necesitaba no abandonar aquel filón hasta que hubiera producido sus naturales frutos.

En los círculos elegantes de Madrid se hablaba del anunciado sarao, y ya las damas habían discutido con sus modistas los detalles del



traje que deberían lucir en aquella solemnidad.

Cuando los amigos preguntaban á Miguel por su hijo:

—Sigue delicadillo, contestaba; pero los médicos nos dan grandes esperanzas.

Cármen tenía tambien que devorar sus lágrimas.

Vivia en una esfera en la que el dolor era una disonancia.

Dos días antes del baile amaneció Luisa en un estado lastimoso.

Durante la noche habia arrojado mucha sangre.

Paulina, que habia velado al enfermo, no se atrevió á revelar á Cármen los temores que le inspiraba; pero envió al médico un recado muy apremiante.

El doctor observó á Luisa.

—Se acerca su ocaso, dijo á Paulina.

—¿Y no habrá remedio? preguntó la jóven.

—Podemos alargarle la vida unos días; desenvolverla es imposible.

A las nueve entró la enfermera en el cuarto de Cármen.

El ruido que hizo la despertó.

—¿Quién es? preguntó.

—Yo, señora.

—¡Ah! ¿Es V., Paulina...? Me parece que he oído ruido en la puerta de la calle... ¿Ha venido la modista, como me prometió?

—No, señora: es que se ha marchado el médico.

—¡El médico! exclamó Cármen incorporándose en el lecho... ¡Pues qué hora es?

—Las nueve y cuarto.

—¡Cómo ha venido tan temprano!

—El señorito ha pasado una noche muy mala; y, asustada, le he mandado llamar.

—Vístame V. en seguida.

Cármen no tardó diez minutos en abandonar su cuarto para ir á sentarse junto á la cabecera de la cama de su hijo.

Luis había dormido un poco, y estaba mas tranquilo.

—¡Cómo te encuentras? le preguntó con vehemente ansiedad.

—Mejor, mucho mejor: he arrojado sangre esta noche, y he sufrido bastante; pero ahora estoy mas sossegado, contestó Luis con una voz cavernosa, cuyo sonido hacia daño á su madre.

—Conviene que te quedes en la cama.

—¡Oh! No: tengo muchos ánimos. Quisiera que hiciese hoy sol, y que me llevasen á tu gabinete para ver el jardín.

—Los árboles están sin hojas; las plantas se hallan secas.

—¡Qué me importa! Necesito ver campo y respirar aire libre. Desde hace un rato me deleita el recuerdo de los paisajes que hemos visto en Suiza y en Italia en nuestras expediciones.

Estas memorias me sobrien, me consuelan. Muchas veces siento que no estás á mi lado todo el día. ¡Oh! Entonces hablaríamos...

—¿De qué, hijo mío?

—De nuestras pasadas impresiones. Desde que estoy enfermo, como las horas son tan largas para mí, las empleo reuniendo mis recuerdos, y no olvido ni un solo detalle. Entonces me complazco en contar á Paulina todo lo que he visto en el mundo, todo lo que he sentido; pero como ella no conoce los países de que le hablo, no participa de mi dicha. Aquellas montañas, cuyos mas elevados picos están siempre cubiertos de nieve; aquellas casitas de madera y de paja; aquellos aldeanos tan felices; aquellas ciudades; aquellos monumentos... todo forma un conjunto fantástico, halagador. ¡Con qué placer volvería á aquellos sitios!

—Cuando te restablescas, yo te ofrezco que iremos.

—¡No es verdad que sí? Porque yo estoy bien... el resfriado me molesta bastante; pero me pondré bueno, y entonces volveré á hacer aquella vida... ¡Me parecerá mentira cuando vuelva á la Fuente Castellana en mi jaca! ¡Pobre *Dalia*! La cuidan bien, ¿no es cierto?

—¡Oh! Sí.

—Todos mis amigos la miraban con envidia. ¡Mis amigos! añadió con tristeza. Poco á poco me van abandonando.

—¿Vienen á menudo á preguntarte por tí?

—Sí; de esta manera dan alguna ocupacion á sus desocupados lacayos. Esta enfermedad, madre mia, me ha proporcionado una experiencia que no olvidaré. Los amigos que se hacen en la prosperidad, en la época de los placeres, son amigos de lujo... ¡cuestan el dinero! En la hora del dolor desaparecen.

—¿Y eso te aflige?

—Eso me hace pensar que si no hubiera sido desgraciado; que si aquella infeliz que tan vehementemente afectó me inspiró no hubiera tenido que devorar la vergüenza de su falta, hubiera sido mi esposa; yo la habría amado con delirio, y en vez de correr tras ilusorias davanetas, que me han lanzado al abismo, ella me hubiera detenido; yo habría vivido para ella, y, en vez de ser un pobre enfermo, sería un hombre dichoso.

Cármen no pudo contener el llanto al oír aquellas sentidas palabras, que eran su mas terrible acusacion.

—Desecha esas ideas, murmuró.

—¿Por qué? ¡Soy tan feliz pensando en ella! ¡Pobre Maria! ¡No has vuelto á saber nada...!

—No.

—¿Por qué no escribes al anciano? Confiesa, madre mia, que he sido desgraciado en mis amores. ¿Se habrá casado ya la marquesita?

—Aun espera...

—Hace mal...; el recuerdo de María vivirá eternamente en mi alma, y he pensado no cansarme nunca.

—Mira, Luis, te agitas demasiado; después de la mala noche que has tenido, deberías descansar.

—Te veo tan pocas veces... así, despacio, que aprovecho la ocasión.

—Por mí no te abandonaría un solo instante.

—Ya sé que me quieres mucho: ¿no es verdad?

—¡Mas que á mi vida! exclamó Carmen estrechando su mano con efusión.

—Algunas veces pregunto á Paulina por ti, y ella me dice dónde vas, lo que haces... ¡Estás tan ocupada siempre! Debes cansarte.

—¡Oh! sí.

—Siempre recibiendo visitas importunas, teniendo que ir á bailes cuando desearias estar conmigo... ¡Ah! en cuanto yo me ponga buena iremos juntos á todas partes: ya verás cómo vivo solo para ti. Ahora comprendo yo lo mucho que me amas. ¡Por qué habremos vivido separados durante tanto tiempo!

Luis, como todos los que se hallan en el último período de la tisis, sentía, á medida que le faltaban las fuerzas, aumentarse en su alma el amor á la vida.

Carmen sufría horribilmente, porque, au-

que sus palabras la animaban, veía en su rostro signos fatidícos.

Un enviado le anunció la llegada de la modista.

—Ya sé que vas á dar un magnífico baile, dijo Luis.

—Sí, hijo mío, sí: los asuntos de tu padre lo exigen.

—Yo no podré asistir, pero vendrás á que te vea. ¿Qué traje te pondrás?

—Cualquiera.

—No: es necesario que correspondas á tu fama de mujer elegante: desde aquí oiré la música, y, si me encuentro bien, me llevará Paulina á tu gabinete; desde allí, sin que me vean, podré admirar el espectáculo.

Cármen salió de la estancia, y antes de permitir á la modista que entrase en su cuarto lloró como una Magdalena.

Después se repuso.

—Es necesario que esa mujer no descubra mi emoción, se dijo: contaré á mis amigas que me ha sorprendido llorando.

Se miró al espejo, tiró de la campanilla, y dijo á un lacayo:

—Que pase la modista.

Por la tarde se presentó á Cármen uno de los escribientes de su marido:

—Hemos puesto los nombres en las coqueas de invitación, le dijo, y el Sr. D. Miguel desea

que vea V. la lista. Al mismo tiempo traiga esquelas en blanco para llevar los huesos si falta alguna persona.

Cármén pasó una hora con el escribiente, y al terminar esta operacion, le anunciaron que el médico deseaba hablarla.

Inmediatamente la recibió.

Los dos quedaron solos.

—¿Qué va V. á decírmel le preguntó: No sé por qué me ha dado miedo su deseo de V. de hablar conmigo.

—No es para tanto, señora.

—¿Cómo ha hallado V. á Luis?

—Un poco recargado; esta tarde he notado algunos síntomas...

—¿Que agravan su dolencia?

—Sí, señora.

—¿Segun eso, se alarma V.?

—Es preciso irse preparando...

—¿A qué? preguntó Cármén asomada.

—El mal está arraigado, y no seria extraño...

—¡Hablo V., por Dios!

—Pues bien: deben Vda. prevenirse... se aproxima una nueva crisis, y podria ser fatal.

Cármén se sintió herida como por un rayo.

—¿Es decir que no abriga V. esperanzas?

—Desearia una nueva consulta.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Avise V. á los médicos que quiera...: es ne-



esario emplear todos los recursos... hacer esfuerzos inauditos.

Aquella noche se celebró la consulta, y todos los doctores, después de aprobar el diagnóstico del médico de cabecera, convinieron en que la ciencia no podía dar la vida á un cadáver.

Miguel oyó este terrible fallo.

Dos sentimientos causaron su desesperación: la pérdida inminente de su hijo, y el abandono en que tenía que dejar por algunos días sus negocios.

La agonía de Luis empezó; pero ¡qué horrible agonía!

Inmediatamente se anunció la suspensión del baile, y dejaron de recibir Miguel y Cármen.

Los amigos acudían diariamente á leer el parte del estado del enfermo, y á inscribir su nombre en las listas.

Allí solían encontrarse personas conocidas.

—¿Cómo sigue? preguntaba uno.

—El parte es desconsolador.

—¡Pobre muchacho!

—Ha vivido demasiado aprisa.

—Como hijo de millonario.

—¿Y no hay esperanza de que se salve?

—¡Oh! no; su médico ha contado á la duquesa que no tiene remedio.

—Es lástima!

—Nos ha privado de un magnífico baile!

—¡Lo menos ahorra su padre cinco mil duros!



—No le vendrán mal... porque, según parece, anda algo estrecho.

Cuando eran señoras las que se encontraban, de coche á coche, y mientras los lacayos dejaban las tarjetas, repetían diálogos semejantes.

—¡Cármén estará inconsolable!

—¡Ya lo creo! perder un hijo y tener que renunciar á un baile tan brillante como el que nos había ofrecido... ¡Eso es horrible!

Mientras tanto, en el interior de aquel palacio, celebra en todo Madrid por sus riquezas, por sus festines y por sus sarras, proyectaba la muerte su fatídica sombra.

Todo sobraba á la desventurada madre.

Ni un instante se apartaba del lado de su hijo, y entre sollozos y lágrimas contaba los débiles latidos de su pulso, las tardías respiraciones de su pecho.

Loca unas veces por el acceso del dolor, abatida otras por la desesperación, trémula, buscando esperanzas y desechándolas, asistía á aquel triste espectáculo, y en medio del silencio que reinaba en la estancia, oía una voz que le decía: «Esa es tu obra: esa es tu expiación.»

Una noche aseguró el médico que solo quedaban algunas horas de vida al enfermo.

Fue necesario administrarle los Santos Sacramentos.

Cuando llegó el confesor, Cármén se retiró á su aposento.



*Mater Dolorosa.*

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra, y para que se logre el fin de la guerra.

Dominada por un dolor inmenso, se postró de hinojos ante un reclinatorio, sobre el cual se hallaba una imagen de la Virgen de los Dolores.

Apoyando la cabeza en las manos, buscó consuelo en la oración.

Luis recibió la absolución y la sagrada Eucaristía.

Dos horas después el médico, que no se separaba de su lecho, declaró que había espirado.

Paulina cerró sus ojos.

Miguel buscó á Carmen para llorar con ella.

Preguntó dónde estaba, y nadie pudo contestar á sus preguntas.

Empezaba á amanecer, y penetró en su cuarto.

Al entrar, se detuvo...

Carmen permanecía arrodillada sobre el reclinatorio.

Despidiendo á los criados que le habían acompañado hasta allí, cerró la puerta, y, acercándose á Carmen, tocó suavemente su hombro.

Carmen volvió los ojos hacia él.

— ¡Todo ha acabado para nosotros! dijo Miguel desahuciándose en llanto.

— ¡Todo noi! exclamó Carmen: aun nos queda un ejemplo que imitar.

Y señalando la imagen de la Virgen...

— ¡Perdió á su Hijo, añadió, y le encontró en el cielo!

## XXI.

### Mater Dolorosa.

Cármen había llegado por una senda de ilusiones al templo del dolor.

Feliz como ninguna, había trocado la apacible y santa vida de la aldea por las emociones del amor propio; y para alcanzar el engañoso título de Reina de los salones, había abdicado el de madre.

Cansada de los goces de la sociedad espléndida en cuyo seno brillaba, cuando el vacío empezaba á hacerse en su corazón, halló en su hijo la mas pura, la mas intensa de las felicidades que hasta entonces le habían sonreído.

Avara de este amor que no merecía, aspirando á recoger el fruto de una semilla que no había cultivado, por exceso de amor causó la ruina de su hijo.

¿Qué le quedaba en el mundo faltando Luis!

El único consuelo á que podia aspirar, durante su cracion en los momentos en que espiraba, su hija se lo habia ofrecido la Santísima Madre del Salvador.

La resignacion religiosa, la caridad cristiana podian ofrecer á su dolor un bálsamo dulcísimo.

—Lejos del teatro de mis triunfos, renunciando á todas las vanidades, ofreciendo mi amargura y mis lágrimas en descargo de mis culpas, en la soledad de la aldea, socorriendo á los pobres, consolando á los afligidos, puedo alcanzar de la misericordia divina que en la otra vida hallé, para no perderlo nunca, el amor de mi hija.

En la realizacion de estos deseos encontraba la pobre madre un paliativo.

Durante una semana no salió de su cuarto.

Paulina la acompañaba, comprendiendo su dolor y participando de él.

Miguel sufría, pero tambien le preocupaba la distraccion de su esposa, y creyendo que los viajes y las distracciones consolarian su pena, pensaba en sus negocios.

—Ahora mas que nunca, se decía, necesito salvar mi fortuna para retirarme y consagrarme al cuidado de Carmen.

Pasado el novenario, algunos amigos de la afligida madre quisieron verla.

Miguel le anunció su visita.

—No quiero ver á nadie, dijo Cármen.

—Es necesario, esposa mía...; ya ves, se ofenderían, y al fin y al cabo yo soy depositaria de sus capitales.

Tenia que conformarme y oír esas terribles frases que se pronuncian en semejantes casos.

—Ustedes han hecho todo lo que han podido para salvarla, decía una.

—Su muerte ha sido muy sentida, exclamaba otra; mi marido contó setenta carruajes, y pocos son los que reciben este homenaje de estimacion en su último viaje.

Un periodista que habia dedicado algunas líneas á la muerte de Luis, envió á Cármen, bajo un sobre, el periódico.

Al lado del elogio fúnebre de su hijo, halló Cármen una noticia que la mortificó.

«Ayer, decía el diario, ha recibido la investidura de doctor en jurisprudencia el distinguido Ldo. D. Enrique Santillana, hijo del conocido funcionario de este nombre.»

Poco después fue á visitarla Enriqueta.

—Tú me has vencido, lo dijo Cármen. ¡Que te conserve la felicidad que tienes!

—Sin ti no la habria alcanzado, contestó Enriqueta.

Los esfuerzos que hizo la infeliz madre para alejarse de la sociedad, fueron inútiles.

Sin faltar á las reglas mas elementales, no podia dejar de cumplir con el mundo.

—Hoy he pagado el abono del palco en el teatro, le dijo un día Miguel.

—¿Y para qué? Yo no he de ir nunca.

—Lo sé; pero es preciso: ¿qué se diría de nosotros si me hubiese negado á sostener ese lujo!

La sociedad se levantó amenazadora enfrente de Cármen, exigiéndole el cumplimiento de sus deberes en cambio de los triunfos que le había otorgado.

—No puedo más! dijo al fin Cármen á su esposo: renuncio á la fortuna, sí; la pobreza es preferible, con tal de que me dé la soledad que necesito para vivir de mi dolor.

—Lo que me pides es el sacrificio de todas mis esperanzas. Al retirarme, para cumplir como es debido, necesito refugiarme en el pueblo, y vivir del escaso producto de las tierras que allí tenemos.

—¡Ojalá no hubiéramos salido nunca de allí! La abuelita tenía razón: dejámoslo cierto por lo dudoso... ¡Si hubiéramos escuchado sus consejos, otra sería nuestra suerte!

La profecía de doña María Luisa se había cumplido.

.....  
Hoy habitan Miguel y Cármen la casita en donde se conocieron. En el extremo del jardín hay una capilla: en ella aparece sobre un reclinatorio la imagen de la Virgen de los Dolores.



Cármén pasa todos los días muchas horas en aquel santuario de sus penas; y la esperanza de la piedad divina la consuela.

Los aldeanos, que conocen á fondo su historia, se inclinan al verla pasar, y exclaman:

—¡Pobre madre!

# FIN.

---

## PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Páginas.
Tres fuertes martillazos acompañaron las palabras de doña María Luisa.....	6
Cármén lucía á su hijo con verdadero orgullo.	153
<i>Mater Dolorosa</i> .....	167

LA FAMILIA CRISTIANA.

---

# EJEMPLOS DEL MUNDO.

Segunda edición revisada

por

EL CONDE DE MONTELEON.

---

**TOMO I.**

---

MADRID:

ANTONIO PEREZ SUAREZ, EDITOR.

Duro, 9 primeru, 3.<sup>a</sup>

1871.

MADRID. 1871.—Imprenta á cargo de D. Antonio Pérez  
Dobruil.—Pex, G. prol.



*La pobre cayó al suelo de rodillas, y un segundo después estaba desmayada.*



---

## EJEMPLOS DEL MUNDO.

---

### I.

#### **¡Pobre madre!**

El ángel de la muerte ha tendido sus alas sobre su lecho.

Vedla.

Su tez, antes blanca como la nieve y teñida con el carmin de las rosas, está ahora amarilla como el marfil antiguo.

Sus ansiosas pestañas velan las miradas dulces de sus ragados ojos, que han perdido ya la animación de la vida.

Su lujosa cabellera, esparcida en la almohada, hace resaltar su puro color negro en la blancura de las ropas, y sirve de marco á aquel rostro marchito que se cubre con el velo de la muerte.

bre de elevada estatura, delgado, de rostro enjuto y huesoso, color moreno pálido, ojos pequeños, pero relucientes y llenos de viveza; nariz larga y encorvada, boca grande y barba saliente. Como estereotipada en aquel semblante, asoma á sus labios una eterna sonrisa, que lo mismo puede ser la manifestacion de un carácter bondadoso, que la expresion engañosa de la malicia mas refinada y sutil. Largos mechones de cabellos grises coronan su abultada frente y dan el último toque al conjunto de aquella fisonomía, que tiene mucho de repugnante.

Este personaje se llama D. Fermin.

Su puesto en la casa donde le encontramos es el de tutor del jóven que llora al lado de la matibunda.

D. Fermin habia sido amigo del ya difunto padre de German, que era el nombre del jóven.

Doce años hacia que D. Fermin habitaba la casa de su amigo, donde generosamente se le habia amparado de la espantosa miseria en que al parecer vivia.

El padre de German, seducido por la rectitud de sentimientos que aparentaba D. Fermin, habia informado á este del curso de todos sus negocios,

y á su muerte le habia confiado la administracion de su patrimonio pingüe, nombrándole tutor de su pequeño hijo.

Así las cosas, D. Fermin continuó viviendo con la viuda de su amigo y con German, á cuyo lado representaba hipócritamente el papel de un padre cariñoso.

La primera que descubrió los verdaderos sentimientos de D. Fermin, fue la madre de German.

[Dichosa las jóvenes que crecen al dulce calor del regazo materno]

Viven rodeados por las alas de un ángel que les cubren y les defienden como impenetrable escudo.

Tienen siempre delante de sus ojos una sonrisa de entrañable amor, que disipa las primeras nubes de pesar que cruzan por sus frentes.

Resuena á cada instante en sus oídos una palabra de consuelo, que embalsama las primeras heridas del desengaño.

Encuentran al comenzar su peregrinacion por el mundo una mano bienhechora que las conduce por floridas sendas, señalándoles, al término de la jornada, la eterna felicidad de la mansion de los justos.

[Dichosa los que teneis madre!]



Las madres son ángeles visibles de nuestra guarda que lloran nuestras penas, que gozan con nuestras alegrías, que presienten nuestros peligros, que por intuición comprenden los males que afligen nuestros espíritus. Ellas velan amorosamente por nuestro reposo, y, á cambio de que les demos el placer de enjugar nuestro llanto, se afanan por endulzar nuestra existencia con los raudales de su ternura.

¡Oh! ¡Benditas sean las buenas madres!

La de German había sorprendido en D. Fermín una sórdida avaricia, y temió que su hijo pudiera ser algun día víctima de esta horrible pasión; pero, confiando en sus propias fuerzas, cuando estos pensamientos atormentaban su corazón, se decía:

—Yo seré su egida: yo velaré por él.

La pobre madre no llegó á imaginar que una temprana muerte podía cortar el hilo de su existencia, dejando á su adolescente hijo á merced de los planes de D. Fermín.

Interrumpia el silencio solemne de la morada á que nos han acompañado nuestros lectores, el susurro que se escapaba del pecho de la moribunda; el rezo del sacerdote que encomendaba á Dios el alma que iba á comparecer á su presencia, y los

mal reprimidos sollozos de German, á quien en vano se habia intentado arrancar de aquella habitacion en que espiraba su pobre madre.

El último destello de la vida reanimó el semblante de la enferma.

Abrío sus hermosos ojos, miró á German con adorable cariño, y dos lágrimas de amor rodaron lentamente por sus mejillas.

— ¡Hijo mio! balbuceó con apagada voz al sentirte sus manos los besos de German.

Y como respondiendo á aquella exclamacion gentilísima:

— ¡Madre mia! prorumpió German anegado en llanto: perdóneme V. y deme su bendicion.

— Yo te bendigo, hijo de mis entrañas; yo pediré á Dios por tí.

La voz de la enferma era cada vez mas débil, y unos momentos despues le era imposible articular las palabras.

Pero entonces, por un esfuerzo supremo de la voluntad, registró ávidamente con su amortiguada vista los rincones mas oscuros del aposento, y en su penumbra descubrió la figura de D. Fermin.

Un temblor semejante al que produce el miedo agitó á la moribunda; se movieron sus labios como

si quisiera hablar, y su mano estrechó las de su hijo por un movimiento nervioso que pasó con rapidéz.

¡Cosa singular! D. Fermin tambien se estremeció al sentir el peso de aquella mirada que momentáneamente heló la sangre en sus venas.

—Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios, decia el sacerdote con acento lleno de unción religiosa.

La enferma hizo un postrimer esfuerzo para repetir estos actos de fe, esperanza y caridad; pero inútilmente. Una leve congoja agitó su pecho, y en el instante espiró.

## II.

### Una catástrofe.

Quince años antes del triste suceso que acabamos de referir, se había representado otra escena mas desoladora en el cuarto principal de una soberbia casa de la calle de Preciados.

A las veinticuatro horas de haber fallecido el dueño de la citada casa, se presentó en ella un escribano á realizar el embargo de todos los bienes que correspondian á la viuda é hijos del que acababa de morir.

Nada contruvo esta vez la actividad de la curia, indiferente á todo dolor.

El embargo se llevó á efecto, y, despojada la viuda de cuanto le había pertenecido, quedó reducida á la mas absoluta pobreza, con una niña de un año y un niño de tres.

Tambien en esta espantosa desgracia había figu-

rado D. Fermin; pero este maligno personaje sabia conservarse entre bastidores, aun en aquellas obras en que representaba los primeros papeles.

D. Fermin era efectivamente el protagonista del terrible drama de la calle de Preciados, y, esto no obstante, nadie pronunciaba su nombre, nadie se acordaba de él.

Corria cierto rum rum, de desconocido origen, que atribuia á causas sobrenaturales la muerte que habia ocurrido en aquella casa; y aun este rumor, rodando de boca en boca, habia acusado misteriosamente del crimen de homicidio á la infeliz viuda del finado. ¡Pobre mujer!

Habia visto á su marido perder cuanto poseses en los últimos dias de su existencia, para cancelar escrituras, por medio de las cuales tenia hipotecados casi todos sus bienes; habia presenciado el embargo, y poco despues supo la venta de lo que su esposo legara á sus hijos: embargo y venta llevados á cabo para satisfacer á acreedores de ella desconocidos, y todavia la murmuracion lanzaba sobre su abatida frente la mas infame, la mas atroz de las calumnias.

La horrible verdad de toda aquella historia mis un hombre la sabia.

Este hombre era D. Fermin.

Valiéndose de una segunda persona, D. Fermin habia prestado, con onerosas condiciones y previo el otorgamiento de aquellas escrituras, algunas cantidades de escasa consideracion relativamente al valor de los bienes hipotecados, al es-  
tado de la afligida viuda.

Despues habia falsificado créditos por cuantiosas sumas con la firma del difunto, escondiendo siempre su nombre tras el de un improvisado acreedor; y, por último, habia meditado y puesto por obra un cruel asesinato, sirviéndose, como de arma la mas segura, de un activo veneno, que fácilmente pudo administrar velando en calidad de elocuente amigo al que estaba encadenado al lecho del dolor por sufrimientos que tenían su origen en la pérdida de una fortuna sacrificada á la sordidez de la usura, y que era la única esperanza de su risueño porvenir para sus hijos.

Algunos dias despues, todo documento, toda escritura habia sido cancelada, y D. Fermin habia realizado la venta de los bienes y aumentado con su producto las enormes riquezas de su tesoro, armado á costa de tanta vileza, de conducta tan criminal.

Dominado por esa avaricia insaciable que no conoce valla alguna, D. Fermin vió indiferente la miseria á que habia reducido á la esposa de su amigo; averiguó que vivia, ignorada y olvidada de todo el mundo, en un mezquino sotabanco de la calle de los Mancebos; supo que el mayor de sus tiernos hijos habia muerto, tal vez de hambre, y que, no pudiendo la infeliz viuda atender á sus cortas necesidades con el pobre fruto de trabajos casi insufribles para la que habia gozado las comodidades y el lujo que el oro proporciona, se habia visto obligada á pedir limosna, llevando en sus brazos á su pequeña hija, que en aquel tiempo apenas tenia dos años.

A todo fue insensible D. Fermin.

Satisfecho con la impunidad de sus delitos, y ansioso siempre de atesorar nuevas riquezas, olvidó á la triste viuda, y siempre aparentando una situacion verdaderamente lastimosa, pero velado por el silencio que la vergüenza impone, continuó buscando victimas que sacrificar en aras de su pasion.

Tres años despues era admitido D. Fermin en la casa del padre de German, á quien habia conocido en la juventud.

D. Fermín fue recibido en calidad de administrador de los bienes de su amigo, y á la muerte de este, como en otro lugar hemos dicho, fue nombrado tutor de German.

Al llegar los acontecimientos con que hemos empezado la narracion de esta historia, hacia doce años que D. Fermín accechaba la ocasion de apoderarse de los bienes que le estaban confiados.

Hasta entonces no se habia presentado esta ocasion; pero á la muerte de la madre de German, que desde el primer dia de su viudez habia sido la pupilla de D. Fermín, este respiró con entera libertad, como el hombre que vence un obstáculo insuperable, como el fatigado viajero que toca el fin de su jornada, como el avaro que consigue estrachiar entre sus manos el rico tesoro que por largo tiempo fue objeto de su codicia.



### III.

#### **Plan del tutor.**

Un año despues, German estaba desconocido.

Alegres orgías, ruidosas bacanales, noches de crápula y desórden, repugnantes viciosa, hé aquí á lo que consagraba toda su vida el afligido joven que dejamos junto al mortuario lecho de su madre.

A los diez y nueve años de edad, aquel corazón tierno, severamente educado bajo los principios de la moral mas recta, y ejercitado en las halagüeñas prácticas del bien, no era ya el tesoro de candor y de inocencia que habia formado las delicias de aquella madre llena de virtudes.

El gérmen del mal se desarrollaba en él pujante y vigoroso, al contacto de una sociedad corrompida que, saltando por cima de todo lo noble, lo justo, lo bueno, y arrollando no pocas veces las

estas leyes de la naturaleza, se entregaba delirante á la embriaguez de los mas torpes placeres.

German habia pasado bruscamente de la vida asética á la desordenada vida de los vicios.

Varios amigos, buscados *ad hoc* por la esperta mano de D. Fermin, acompañaban constantemente á German, y eran sus cicerones para conducirle por el laberinto del nuevo mundo que habian desplegado ante sus asombrados ojos; mundo lleno de falaces deleites, sembrado de espléndidas flores, que con sus perfumes narcotizan los sentidos, mientras sus espinas desgarran el corazón.

D. Fermin se habia propuesto un plan sencillo y de indudables resultados para desposeer de sus riquezas á German.

Un cambio radicalísimo en las costumbres de este jóven era todo lo que el tutor se proponia.

Hacerle sentir las rudas emociones del juego.

Darle á gustar los placeres del sensualismo.

Aturdirle con el estrépito de alegres festines.

Esto bastaba para realizar los planes de don Fermin.

Y todo ello podia conseguirse fácilmente.

Pocos meses despues de haber muerto la madre de German, D. Fermin, que continuaba viviendo

en la casa de su pupilo, dió á conocer á este un jóven de veinte años, de buena figura, elegante, rico, al menos en apariencia, y de trato franco y afectuoso.

Julio, que así se llamaba este nuevo personaje, segun unos, un calavera de buen tono; segun otros, un *caballero de industria*, y segun los que mejor le conocian, un redomado pillo, sin pudor ni vergüenza, que á falta de medios con que sufragar los gastos de sus licenciosas costumbres, se habia dedicado á *vivir sobre el país*.

Para un canalla de este jaez, las relaciones con German eran una preciosa mina que bien merecia los honores de la explotacion.

D. Fermín recibió á Julio como recomendado por uno de sus mas íntimos amigos, y á su vez le recomendó á German, congratulándose de poderle ofrecer la amistad de un jóven poseedor de las mas altas prendas.

—Es preciso, German, decia el tutor, que vayas conociendo el mundo bajo un prisma distinto de aquel por que yo le veo. Tú eres jóven, tienes riqueza y talento, y estás en la edad en que se acarician las primeras ilusiones. Yo soy viejo, pobre, y mi larga esperiencia ha secado mi corazón.

á fuerza de desengaños. Ya ves, tu vida y la mía se presentan bajo aspectos muy diferentes; pero como no es justo que el hielo de la vejez apague el fuego natural de la juventud, no seré yo quien pretenda destruir tus dorados ensueños al soplo de una fría realidad. Todo menos eso: tu corazón debe nutrirse con risueñas esperanzas y ambiciones legítimas, que yo cuidaré de encaminar por buena senda.

German prestaba toda su atención á estas palabras.

D. Fermín prosiguió:

—Ahora se nos presenta una ocasión excelente para que empieces á conocer la sociedad. Ese jóven que me han recomendado parece muy buen chico. Hace algunos años que vive en Madrid, y, segun me dicen, está relacionado con la mas escogida sociedad. Te llevará á esos brillantes círculos de la moda, que para mí están cerrados, y á los cuales perteneces tú por tu nacimiento y por tu fortuna; en ellos te deslumbrarán el fausto y el arroyel en que suelen envolverse las miserias humanas; pero despues me referirás tus impresiones, me dirás todo lo que observes, y mi experiencia te enseñará á descubrir el fondo de verdad que haya

en cada cosa; yo arrancaré sus galas á los falsos ídolos, y de este modo conseguirás en poco tiempo una enseñanza provechosa.

D. Fermín no dijo más; y las relaciones de German y Julio empezaron á estrecharse desde el siguiente día.

Al principio nada hubo que fuera censurable en la conducta de los nuevos amigos.

Julio acompañó á German á los cafés, á los teatros, á los paseos; le presentó en las casas de sus mejores relaciones, y por el pronto no pasó de aquí.

German, que había recibido de su madre y de sus profesores una esmerada educación; desempeñó su papel de novicio en el mundo social con desembarazo, con gracia, con soltura, y supo captarse las simpatías de gran número de jóvenes á quienes Julio le dio á conocer.

Un mes transcurrió de esta manera.

Al cabo de este tiempo los conocidos de German le manifestaron su extrañeza de que un joven *fashionable* no fuera socio del Casino.

Julio se apresuró á contestar en nombre de su discípulo en la escuela del gran mundo:

—German me ha dicho en varias ocasiones que

deser ser presentado, y lo será; pero la vida que hacemos de un mes á esta parte no nos ha dejado pensar en Casinos.

Julio acentuó estas últimas palabras con cierto tono de malicia, y miró significativamente á su compañero.

German no habia pensado en tal Casino, pero se guardó muy bien de desmentir á Julio; por el contrario, sonrió pícarosamente, como si se trataba de corresponder á secretas inteligencias con su amigo, y se encerró en un prudente silencio.

Cuando estuvieron solos, dijo Julio, como si respondiera á su propio pensamiento:

—Tienen razon: he sido un imprudente; yo debia haberte presentado en el Casino, que es el centro de toda la juventud de buen tono; pero ¡ya se ve! no me he atrevido; ese tutor bendito, ese dicho D. Fermin, habria fruncido el ceño, y ¡quién sabe! acaso te hubiera negado su consentimiento.

—¿Negarlo! ¿Y por qué?

—¡Toma! Porque es un viejo lleno, como todos los de mi edad, de rancias preocupaciones. Desde luego te prohibiria que fueses tarde á casa, ó que pasaras la noche con tus amigos.

—Eres injusto, interrumpió German: hasta ahora no me ha contrariado en lo mas mínimo, y de noche me retiro á horas algo avanzadas, sin que hasta el día se haya opuesto á mi voluntad.

—¡A horas avanzadas! repitió Julio con ironía: sí: te recoges á las doce, ó doce y media. ¡No faltaba mas sino que te estuviera prohibido ver concluir una funcion de teatro! Además, para asistir al Casino, y no hacer un ridículo papel, es necesario alternar en todo y con todos; allí se juega...

—¿Se juega...? ¿Y á qué?

—Al faraon, al monte, al bacarrat, y á otros juegos á cual mas divertidos.

—Sí; pero yo no conozco esos juegos.

—Ya los conocerás: mas para jugar lo primero que se necesita es dinero, y hé aquí lo que no querrá darte tu tutor.

German quedose pensativo.

Julio prosiguió:

—Es una lástima: u falta en el Casino, que ya se nota, acabará por ser objeto de necias murmuraciones, que en nada te han de favorecer; y, sin embargo, yo prefiero que se murmure á que te pongas allí en berlina, lo que sucedería infaliblemente si te presentaras hecho un pordiosero.



—Y se necesita mucho para jugar? preguntó German sin salir de su preocupación.

—Es conforme; si se está de buena suerte, el dinero es casi inútil; para ganar no hace falta; pero si se está de mala, es otra cosa: cuando se pierde, y se pierde sin prudencia, no hay fortuna que baste.

German no contestó.

—Este caso, continuó Julio, no ocurrirá jamás, porque yo nunca te abandonaré; he llegado á quererte como se quiere á un hermano, y siempre estaré á tu lado, para evitar una locura; por lo demás, el Casino es muy conveniente: allí se adquieren buenas y honrosas relaciones, y yo conozco á mas de cuatro que en él han labrado su fortuna. Pero ¿en qué piensas? ¿No me escuchas?

—Sí, te estoy atendiendo; y dime: ¿con qué cantidad crees que puede un hombre asistir al Casino?

—Con poca cosa, respondió Julio haciendo un gesto desdeñoso; ocho ó diez mil reales bastan para no llamar la atención.

—Bien, repuso German, pues esta noche vas á presentarme en el Casino.

—¿Esta noche! exclamó Julio; ¡pero tú estás loco! ¿De dónde vas á sacar el dinero? ¿Te olvidas



de tu Argos, de tu celoso tutor el Sr. D. Fermín?

—Te digo que esta noche voy al Casino, afirmó German con entereza.

—¡Bah, bah! ¡Libreme Dios de ayudar á tal tontería! No, querido, te vería muy desairado, y no estoy de ese humor. D. Fermín te domina completamente, y es muy natural; hace contigo las veces de padre, y acaso es exagerado el celo que por ti demuestra; pero su misma calidad de tutor le disculpa: él obra bien, y tú debes obedecerle, aunque, respecto de tus amigos, te ponga en una situación algo risible.

—Hazme el obsequio de mudar de conversacion, dijo German en tono serio; esta noche iremos al Casino, y yo te prometo que no quedaré mal.

—Como quieras, contestó Julio encogiéndose de hombros.

Y varió de conversacion.

Su objeto estaba conseguido.

Habia despertado el amor propio de German; le habia hecho entrever que era vergonzosa la tutela en que vivia, tutela que no le permitia asociarse á sus jóvenes compañeros, y el orgullo herido de

German debía completar la páfida obra que Julio le proponía.

Una hora mas tarde, D. Fermin, el verdadero Mentor de German, hablaba secretamente con Julio. Este decía:

—Todo sale como V. desea: German me ha rogado que esta noche le lleve al Casino, y me ha ofrecido que irá dispuesto para jugar.

—Mucho cuidado! repuso D. Fermin hipócritamente: yo quiero que German vaya al Casino y á todo género de sociedades; quiero que conozca y se ilustre en las prácticas del gran mundo, donde siempre debe vivir, pero de ningún modo consienta que se pervierta. Si se muestra muy aficionado á placeres perniciosos, será preciso prohibírseles; por otra parte, confío en que este caso no llegará: él es bueno; tiene excelente corazon y rectos instintos...

—Ah! ¡Es un ángel! afirmó Julio socarronamente.

Luego se levantó diciendo:

—Me esperan, y tengo mucho que hacer; conque, si V. puede, arreglaremos ahora ese asuntoillo...

—Sí, sí, refunfuñó D. Fermin: dice V. que sin...

—Mil reales, concluyó Julio haciendo una graciosa inclinación.

D. Fermín entró en una pieza inmediata, y á poco volvió trayendo en la mano un billete de mil reales.

Julio recogió esta suma, y se despidió.

Cuando detras de él cayó la cortina de la puerta, D. Fermín murmuraba para sí:

—Date prisa á explotar la mina, que poco te ha de durar; y aun despues... ya veremos: acaso pagues todo lo que te llevas.

Al mismo tiempo Julio marchaba por las calles, y hablando para sus adentros, decía:

—[Viejo tuno y miserable! ¿Si creerá que me engaña? Pues que se fie, que yo le prometo que no ha de hacerse esperar el saldo de nuestras cuentas.]

#### IV.

##### **El borde del abismo.**

Un escritor, cuyo nombre no recordamos, ha dicho que hay un mal enorme en la perpetua mentira del lenguaje que está en boga en nuestros días.

Este publicista, que seguramente era un buen observador, añade que á fuerza de no atreverse los hombres á llamar las cosas por el nombre que expresa lo que son verdaderamente, acaban por olvidar lo que en efecto son.

La idea es juiciosa y exactísima.

Examinémosla en su aplicación.

Julio, el muchacho sin oficio ni beneficio, que jura, bebe y galantea, y hace dispendiosos gastos sin que nadie se meta á averiguar la procedencia de sus fondos; Julio, que petardea á cuantos puede, aunque con talento, pues sabe elegir las

personas y las ocasiones; Julio, si imperase el lenguaje de la verdad, se oiria llamar *pílo*, *truhan* y *estafador*.

Mas sucede lo contrario.

Julio viste un precioso *chaquet*, obra de Carvajal; un elegante chaleco, que confeccionó Caracuel; un inimitable pantalón, que Moreno ha perdido la esperanza de cobrar; pero toda esta ropa, y los perfiles que omitimos, hacen de Julio un *lyon*, un tirano de la moda; Julio tiene muy buen aire, es decididor, cuenta con suma gracia las aventuras ajenas, y particularmente las propias, que segun él son numerosísimas; no respeta el honor de las mujeres, ni las desdichas de los hombres; sabe batirse y referir sus hazañas con cierta habilidad que á muchos impresiona; y el petardista, el estafador, el tramposo, el calumniador, el hombre bajo y envilecido que ya conocen nuestros lectores, es el joven de chispa, el muchacho alegre, y á lo sumo, á lo sumo, el afortunado calavera, tipo que seduce á muchos jóvenes de bien, y con el cual pocas personas son tan justas y previsoras que le nieguen la sociedad de sus familias.

A esto conducen las mentiras del lenguaje.

Es lástima que cuando las costumbres malen y

los miembros de que la sociedad se compone aisladamente se constituyen, no se encarga la colectividad, que siempre tuvo sus pretensiones de tiranía, de corregirlos poniendo en acción tan sencillos medios como el de llamar las cosas por sus verdaderos nombres.

Si esto se hiciera, algo se habría adelantado; pero como dice muy bien nuestro anónimo publicista, muchos perdidos se mirarian acaso en su modestia, antes de exponerse á que ciertos epítetos vivieran en el mundo para designarlos.

Para basta de digresiones y detalles sobre un manejo que es de todos harto conocido.

¿Son tantos los Julios que hay por el mundo? En las ocho de la noche.

Nuestro Julio saboreaba un rico habano y una deliciosa taza de café, después de haber comido en el antiguo Europeo, que ha cerrado sus puertas al abrirse el café de *Fornos*, el mas elegante café de España, y el que seguramente tendrá pocos rivales en el mundo.

Julio, indolentemente reclinado en una de las banquetas del comedor, se entretenia en ver subir hasta el techo las caprichosas espirales de humo que se desprendian de su aromática breva de Cabañas.

A poco llegó German.

Su rostro estaba resplandeciente de alegría, y aunque trataba de disimularla, Julio, que á pesar de sus cortos años sabía leer en el semblante los sentimientos que siempre oculta mal la franqueza propia de la juventud, conoció que su compañero iba dispuesto á cumplir la palabra que había empeñado aquella mañana; esto no obstante, saludó á German sin darse por entendido de su observación.

—¿Has tomado café? le preguntó en tono indiferente.

—No, respondió German del mismo modo.

—¡Benito! dijo Julio llamando al mozo: ¿un café?

Al cabo de unos instantes de silencio, que fueron los empleados en servir á German, Julio le interrogó diciendo:

—Vamos: cuéntame con todos sus pormenores la gran batalla que habrás tenido con D. Fermín.

—Te equivocas, respondió German con una naturalidad bastante afectada: en mi vida le he hallado mas razonable.

—¡Hola, hola! según eso, te habrá franqueado las arcas del tesoro.



—¿Qué duda tienes! ¡Pues bueno fuesra que no pudiese disponer de lo que es mío!

—¡Hombre, ya lo sabemos! pero al fin tu-tu-tu goza de cierta autoridad para reducir tus gustos...

—¡Pál! tendrás la autoridad que quieras; mas por hoy no ha habido otra voluntad que la mía.

—Eso me gusta; ¡ojalá sea siempre lo mismo! Vámonos: ¿cuánto te ha dado?

—Lo que he pedido: doce mil reales.

Julio demostró á estas palabras una extraordinaria admiración, que realmente no sentía.

—¡Doce mil reales! repitió: chico, chico, acabarás por convencerme de que tu tutor no es el hombre que yo habia imaginado.

—Es que tú siempre piensas mal.

—Y las mas veces acierto. El refrán es infalible.

—Pues aquí tienes una muestra de su falibilidad.

Y al decir esto, German habia sacado de su cartera, y enseñaba á Julio, tres billetes de cuatro mil reales.

—¡Soberbio! exclamó Julio; y ahora, ¿qué queremos que hagamos?

—Lo que te parezca.



—Mira, por el pronto iremos á los Bulos; hoy se estrena *La Gran Duquesa*, y he tomado bo-tacas.

—Corriente: ¿y despues?

—Despues te presentaré en el Casino; allí cenaremos, y asistirás á la primera sesion en que has de probar tu suerte.

—Estamos conformes: pues en marcha, que las nueve van á dar.

Los dos amigos se encaminaron al teatro.

En efecto; aquella noche se representaba por primera vez *La Gran Duquesa de Garolsheim*, una de las obras *bufas* que han tenido la buena fortuna de excitar la atencion del público madrileño.

El género *bufo*, como ahora se dice, ni literariamente merece llamarse género, porque no lo es; ni como espectáculo digno de un pueblo culto ha debido alcanzar la estimacion que le ha dispensado Madrid.

Obras grotescas y, por regla general, llenas de chabacanerias; chistes los mas de ellos insulsos, y no pocos ofensivos para la decencia y la moral; una gran esposicion de mujeres que suelen presentarse en la mas atrevida y vergonzosa desnudez; nada de arte, en el buen sentido de la palabra;

nada que enseñe, nada que instruya ó sea capaz de deleitar á espectadores de buen gusto; nada que corrija las costumbres; pero sí mucho de indócioso, y torpe, y grosero: mucho de repugnante para la honestidad y para el pudor más transigentes; hé aquí lo que constituye el género *bufo*.

Dicho género que, nacido en los teatros de último órdén de París, donde toda chocarrería es moneda corriente, ha llegado hasta nosotros para entronizarse en teatros que casi tienen la pretensión de figurar entre los de primer órdén.

Bien considerado, ¿qué menos podía esperarse de la caballeresca hospitalidad española?

Aquí, en la tierra clásica de la literatura dramática; donde ha podido y puede beber sus inspiraciones la Europa entera; en la patria de Lope de Vega y Tirso de Molina, de Moreto y Calderon, de Moratin y García Gutiérrez, de Breton de los Herreros y Ayala, de Tamayo y Rubí, de Sanz y de Egulaz, y de tanto otro genio como ha enriquecido nuestra escena; aquí se da un corto número de representaciones á una obra como *No hay mal que por bien no venga*, por ejemplo, y en cambio se repiten centenares de veces engendros como los titulados *Genoveva* ó *Barba azul*.

Entristécete, y con razón, á los verdaderos amantes de nuestra literatura el principio de decadencia que revela esta perversión del gusto.

Pero como nuestro objeto no es disertar sobre el estado de la literatura dramática en nuestro país, volveremos á reunirnos con Julio y German, en mengua de los cuales debemos decir que salieron muy complacidos de la representación.

¡Ya se ve! la exposición de cuadros vivos había sido excelente, y para jóvenes del gran mundo, como Julio entendía esta frase, la falta de decencia era ya una recomendación del espectáculo.

Algo debemos añadir en favor de German.

Aquella alma pura, cuya virginidad no se había empañado sino al aliento corrompido de Julio, sentía movimientos naturales de repulsión hacia todo lo que era torpe y licencioso.

Pero German, que en su nueva vida había tomado por modelo á Julio, se avergonzaba interiormente de los impulsos espontáneos de su alma, y los escondía en sus mas recónditos pliegues, temeroso de que su amigo los llegase á descubrir.

German y Julio se trasladaron al Casino.

Al subir la escalera, el corazón de German palpitaba violentamente.

Mil ideas confusas cruzaban su imaginacion con vertiginosa rapidéz.

Impresionado por el pensamiento del juego, que le era absolutamente desconocido, se forjaba á su manera, pero revistiéndolo de formas verdaderamente fantásticas, el cuadro que pocos momentos despues habia de presenciar.

Tan pronto se entristecía al considerar las funestas consecuencias que la adversa suerte podia acarrearle, como se alegraba soñando con fabulosas ganancias que habian de hacerle mas rico que un nabab.

Por último, el recuerdo de su madre, que no habiera reconocido en aquel German á su adorado hijo, atormentaba su memoria, lo sentia dentro de sí como una enérgica voz de la conciencia protestando contra los actos de su nueva vida.

Pero German ahogaba estos gritos del alma en el fondo de su pecho, miraba á Julio, y en sus ojos leia todo el ridículo de que seria objeto á la primera insinuacion de sus dudas ó sus temores.

El miedo al ridículo encadenaba su lengua, y lejos de manifestar el menor asomo de arrepentimiento ó vacilacion, se cubrió con la máscara de una glacial indiferencia hácia todo cuanto le ro-

deaba, proponiéndose seguir al pie de la letra las instrucciones que Julio le había de dar.

Cuando se sentaron á cenar, Julio había hablado algunas palabras con varios de sus conocidos.

Después quedaron solos en la pieza donde se habían instalado, y Julio decía:

—Estamos de buenas; vas á hacer *ta démi* en una soberbia noche.

—Pues ¿qué hay? preguntó German con interés.

—Hay que después de todo lo que me has oído, la partida de este Casino está muy pobre desde hace algún tiempo; pero tienes suerte; precisamente esta noche habrá una gran sesión, en que los banqueros que acaban de ser presentados abonan hasta veinte mil duros, y aun quizás pasen de aquí, si encuentran quien los apunte.

—Y á qué se va á jugar?

—A la banca; delicioso juego en el cual no has de romperte la cabeza, al menos por esta noche, porque sería imposible que aprendieses en un día todo lo que yo te puedo enseñar; pero no te apures por esto: el banquero pondrá delante de tus ojos cuatro cartas; de ellas eliges una ó dos, pones al lado de la que juegues el dinero que quieras apuntar, y si viene la tuya te pagarán un tanto

igual al que hayas puesto; si viene la contraria, habrás perdido, y... ya tienes explicado en lo que este juego consiste. Luego hay mucho que aprender; pero es para mas despacio, y sobre todo las mejores lecciones y las mas provechosas son las que se reciben sobre el terreno.

German habia escuchado á Julio con avidez; mas cuando este dió por terminado su discurso, aquel cayó en una especie de distraccion involuntaria, y dejó de cenar.

No era esto sin duda lo que á Julio convenia, porque á los pocos minutos dijo:

—Vamos, German: ¿en qué piensas? Sígueme, que ya habrá empezado la sesion.

German pagó la cena, y maquinalmente siguió los pasos de Julio.

### La primera lección.

La sala de juego del Casino es bastante espaciosa, y aquella noche estaba muy concurrida.

Como es de suponer, la entrada de German y Julio nadie la notó.

Sin embargo, German se creía objeto de las miradas de cuantas personas allí había, y tardó algún tiempo en reponerse de sus primeras impresiones.

El centro de la sala lo ocupaba una gran mesa, alrededor de la cual se agrupaban los concurrentes.

En los dos sitios de preferencia se hallaban sentados los banqueros.

Delante de ellos había grandes cantidades de oro, plata y billetes.

Estaban jugando, y rodeaban las cartas crecidas puestas, que por el pronto fascinaron á German.

Julio se acercó á la mesa, como el perito que trata de reconocer la situación.

German le seguía sin poder desechár su embarazosa timidez.

Hubo unos momentos de observación para los dos amigos.

Mientras tanto, pasaron dos tallas, y Julio dijo al oído de German:

—Les he cogido juego: están dando *contra-liqua*.

German no pudo reprimir esta pregunta:

—¿Y qué es eso?

Pero habían echado nuevas cartas, y Julio solo contestó:

—Ya verás.

Al pronunciar estas palabras, tiró sobre la mesa el billete de 1.000 rs. que por la mañana le había dado D. Fermín, y dijo:

—Quinientos reales al caballo.

El banquero marcó la mitad del billete, y unos segundos después jugó.

Contra las esperanzas de Julio, los que habían apostado al caballo perdieron aquella vez.

Julio se volvió á German, diciéndole:

—Me he equivocado: tomé el juego por *con-*



*trabizeas*, y se dan *menores*: ahora gano positivamente.

El banquero puso sobre el tapete otras cartas, y Julio apuntó los 500 rs. que le quedaban á un dos contra un rey.

Después de tanta observacion, y siendo Julio un maestro en el oficio, no habia duda, aquel dos no se podia perder.

Así al menos lo creyó German, y no esperaba otra cosa su amigo al decirle, siempre en voz baja:

—Este dos es de copo por *contrabizear* y *menor*.

Tiró el banquero.

A la segunda carta ganaron los que jugaban al rey.

La sabiduría de Julio habia hecho un completo *flaseo*.

—Quebraron tambien las *menores*, dijo á German; no sigo, porque perderia cuanto traigo: me ha cogido la mala.

A Julio no le quedaba un real.

—Apunta tú, añadió dirigiéndose á su compañero; probemos tu fortuna.

German esperaba estas palabras, y, sin embargo, se estremeció.

Peró no ocurriéndosele qué contestar, se acercó á la mesa, sacó sus tres billetes, y los puso junto á sus cartas.

— ¡Cómo! exclamó Julio: ¿lo apuntas todo de una vez?

German se encogió de hombros.  
Llegó el banquero, y á las pocas cartas había ganado German.

— ¡Buen principio! le dijo Julio: ya ves, chico, veinticuatro mil reales! No hay nada como esto. En el juego se improvisan las fortunas!

German permaneció silencioso; pero se había puesto muy encarnado, y bañaba su frente un copioso sudor.

El banquero había vuelto á jugar.

Miró German las cartas, y apuntó los veinticuatro mil reales á la que mejor le pareció.

— ¡Diablo! exclamó Julio: así no se juega; apuntes cuanto tienes, y si pierdes no te puedes defender.

— ¡Déjame! le dijo secamente German.

Bañó el silencio profundo que se observa en el juego mientras el banquero va descubriendo las cartas.

Por fin, tomó la que German había jugado.

—¡Tu carta! exclamó Julio en un transporte de alegría.

German aspiró una bocanada de aire que ensanchó sus oprimidos pulmones, y alargó la mano para cobrar cuarenta y ocho mil reales.

—Otro corta, dijo el banquero.

—Mucho cuidado con lo que haces, repuso Julio; han variado el corte, y el juego debe quebrar.

—No sé de qué me hablas, respondió German. Y puso á una carta todo su dinero.

Julio apretó los dientes y los puños en un momento de rabia.

Le desesperaba la conducta de German, porque veía en ella la pérdida de una bonita suma, cuya mitad, por lo menos, consideraba ya como propia.

En esta talle la casualidad agotó la paciencia de los jugadores.

Iban pasadas mas de quince cartas, y aun no se habia presentado ninguna de aquellas con que se podia ganar ó perder.

En el salon no se percibia ni la respiracion de los que jugaban; era tal el silencio, que se hubiera oido el vuelo de una mosca.

Entre los rostros de aquellos señores habia algunos, y estaban en minoría, que demostraban

cierta serenidad, mas ó menos verdadera; pero en la de la mayoría se reflejaba una ansiedad extrema, que en el conjunto del cuadro imprimía el sello de la mas repugnante sordidez.

El mismo German no se escapaba en estos momentos de sufrir las emociones del mas consumado jugador.

Cinturado el aliento, laténdole el corazón con fuerza, lívido el semblante, la frente cada vez mas sudorosa, desencujados los ojos y espiando con toda la atención de su alma los movimientos del banquero, así estaba aquel joven que por primera vez respiraba la envenenada atmósfera del vicio.

Si alguien os dice que la pintura de German es exagerada; que el hombre de buena educación se revela en el juego precisamente, y que la impasibilidad es una de sus primeras condiciones, decidle que se equivoca; decidle que los jugadores entre sí no se ven, y que por esto no pueden juzgar del efecto que causan, del sentimiento de aversión que inspiran.

Por fin se decidió el juego, y ganó German.

En el acto le pagaron noventa y seis mil reales.

—Basta, dijo Julio; has dado tres golpes á una pequeña cantidad, y ahora ganas ochenta y cuatro mil reales justos. No te puedes quejar de tu noviciado.

—¿Y quién te ha dicho que me quejo?

—Pues si te parece, vámonos.

—¿A dónde hemos de ir?

—A casa.

—¿Qué? ¿No has dicho que veníamos á probar mi fortuna?

—Sí, y creo que está bien probada.

—No; yo quiero saber hasta dónde puedo llegar.

German se volvió al decir estas palabras, y arrojó á un naipe los noventa y seis mil reales.

—¿Qué locura! exclamó por lo bajo Julio: intentar el cuarto golpe...! ¿Qué desatino!

Pero no había acabado de hacer sus exclamaciones, y ya había venido la carta de German.

—Noventa y seis mil reales, decía el baquero.

—Noventa y seis mil reales, repitió German.

Y un minuto después cobraba ciento noventa y dos mil reales.

Julio no se atrevió á hablar esta vez.

El dios *delito*, la razón suprema, estaba de parte de German.

Este sí suya miró á Julio.

De su cabeza se había apoderado una especie de vértigo, que daba formas fantásticas á cuanto había á su alrededor.

Sus ojos vagaban sin lijera, mientras el banquero barajaba, y zumbaban en sus oídos ruidos estruendos, que seguramente no tenían su origen en el salón.

Ante las suzavas cortas, no vaciló German, y puso á una su capital y todas sus ganancias.

El banquero miró largamente al novel jugador.

Tedó después, y mientras los naipes se sucedían, German, y aun el mismo Julio, no podían vencer al convulso temblor que los agitaba.

La suerte aquella noche estaba decidida.

German ganó también.

Al aparecer su carta:

— ¡Pague V. por derecha! gritaron varias voces dirigiéndose al banquero.

— A eso voy, respondió este.

Avistando quién era el primero á su izquierda, resultó ser nuestro jóven.

— Es V. el último á cobrar, le dijo el banquero.

German hizo un gesto de indiferencia.

La verdad de lo que por él pasaba, era que no comprendia lo que le habian dicho.

El banquero pagó todas las puestas de la carta, y tocó su turno á German.

Pero al llegar aquí ocurrió un incidente digno de apuntarse.

Cuando el banquero separó las barajas, para dejar ante sí mas que el dinero con que habia de pagar, retiró y ocultó entre los papeles en que aquellas habian estado envueltas un billete de cuatro mil reales.

Esto lo hizo sin que nadie se apercibiera de ello, gracias sin duda á que, habiendo cobrado todos menos German, la atencion no se fijaba tan escrupulosamente como antes en los movimientos del que pagaba.

German, por su parte, no lo advirtió, y Julia nada veia, porque estaba detras de aquel.

Se contó el dinero que quedaba en banca, y German solo alcanzó ciento treinta y tres mil reales.

Hubiera cobrado ciento treinta y seis, si el banquero no hubiera sustraído los cuatro mil; pero ya hemos dicho que este hurto pasó desapercibido.

Nosotros, sin embargo, que lo hemos hecho notar, pretendemos utilizar el descubrimiento.

Y nuestro propósito nos trae á la memoria las siguientes palabras, que un novelista célebre ha puesto en boca de uno de sus personajes:

«Un jugador vale para mí poco mas que un ladrón.»

A esto no estará de mas añadir que son muchos los ladrones que adquirieron sus mañas en el juego.

Y aun podríamos agregar tambien que el juego es muy ocasionado á formar los mas hábiles ladrones.

Pero como los hombres no repudian al ladrón que en el juego les estafa, y como, por otra parte, estaria mal visto estrechar la mano de un ladrón, al que lo es en el juego no hallareis quien se permita llamarlo así.

Al que en el juego roba, se le denomina *griego*, y la mano de un griego nadie tiene inconveniente en estrecharla.

Son muchos los hombres que encontrareis dispuestos á ir á la Castellana con diez *griegos*, y que temblarian á la idea, no ya de presentarse, sino de hallarse con un *inglés*.



Tampoco hay en el juego quien se atreva á decir: «Fulano me ha robado;» pero son muchos los que dicen: «Fulano *levantó un muerto.*»

¿Por qué los jugadores transigen de este modo con el crimen?

Sin duda es porque intuitivamente comprenden que el crimen y el vicio, en amorosa unión, caminan por una misma senda.

El banquero dejó de jugar.

German había reunido una suma total de trescientos veinticinco mil reales, y de estos eran ganancias trescientos trece mil.

Querer dar una acabada idea del estado de embriescitación en que nuestro joven se hallaba, sería pretender un imposible.

Se había apoderado de él esa alegría íntima y expansiva que rebosa por todos los poros del jugador novicio y afortunado, y Julio se apresuró á aprovechar las ventajas que le ofrecía la situación.

Trasladose con su amigo á otra pieza, y pidió café y unas copas de cognac.

El alcohol y la enérgica acción del café aumentaron las locas expansiones de júbilo á que se entregaba German casi sin reserva alguna.

A este extremo, engendrado por la satisfacción que de sí propia experimentaba nuestro joven, quería Julio conducirlo.

—Te has portado, le decía; si sigues así, en muy poco tiempo triplicarás tu patrimonio, por grande que este sea.

—No intentaré yo negarlo, contestaba German: la confesión que me había formado del juego una idea muy equivocada. Ganar no es tan difícil como para mí había supuesto.

—¿Qué ha de ser difícil! repuso Julio: lo que necesitas para ganar es suerte, y la tuya es de las mas admirables que he conocido. Los juegos se dan a ti vas á ellos, y quiebran si juegas á la quiebra. Eso es prodigioso. Es de lo que yo no he visto.

—En cambio, á tí, con todo lo que sabes, te sucede lo contrario.

—Es cierto; yo me he quedado sin un real.

—¿Cómo! Perdiste cuanto traías?

—Pues claro es. Si hubiera tenido dinero, ¿no te hubiese seguido?

—¿Per qué no me lo dijistes?

—Y es el caso que á mí la suerte me ha vuelto la espalda cuando mas necesitaba de ella. Yo ve-

nia á sacar unos cuantos miles de reales, y me han limpiado completamente.

—¿Quieres dinero? le preguntó German con el tono franco del que está dispuesto á darlo.

—Si no te hace mucha falta..., respondió Julio, estoy citado esta noche con Mercedes, la bailarina de la Zarzuela, á quien habia hecho ofrecimientos que al fin se ha decidido á aceptar.

—¿Cuánto quieres? interrogó German sacando un gran número de billetes.

—Dame... dos mil duros, dijo Julio, como vacilando sobre si podria necesitar mayor ó menor suma, pero realmente dudando de la generosidad de su amigo.

German, por toda respuesta, contó diez billetes de cuatro mil reales y se los entregó á Julio, preguntándole:

—¿Quieres mas?

—No, no, gracias; tengo lo que me hará falta esta noche.

—Y ahora, ¿á dónde vamos?

—Yo á ver á Mercedes; tú á acostarte, á menos que prefieras pasar toda la noche de broma.

—No, seria demasiado; ya es justo que me retire.

Y German decía esto como pensoso de ir á ocultar entre las sábanas de su cama la gran excitación, la inmensa felicidad que le habían causado las primeras emociones del juego.

—Pues en marcha, dijo Julio.

—En marcha, repitió German.

Y ambos salieron.

German llegó á la calle cantando.

Julio iba pensativo.

Apenas habían dado tres pasos, cuando una mujer delgada, miserablemente vestida con un traje negro, y cubierto el rostro con un tapido rojo, se les acercó alargando la mano y diciéndoles con la timidez que la vergüenza imprime en el acento.

—Señores, una limosna por amor de Dios.

—No llevo cuartos, contestó Julio.

—¿Qué es eso? interrogó volviéndose German.

—Una limosna por amor de Dios, repitió la pobre.

German metió la mano en su bolsillo, sacó un billete de quinientos reales, y lo dió á la pobre diciendo:

—Tome V.

—¡Ah, señor! exclamó aquella desgraciada. ¡Un

billete...! Dios le haga á V. feliz : á V., señor, y á su madre.

Y al decir estas palabras con débil voz, en la que apenas se descubría el fresco timbre de la juventud, la pobre cayó al suelo de rodillas, y un segundo despues estaba desmayada á los pies de German.

—¡Infeliz! dijo este : se muere de hambre.

Y se inclinó para auxiliarla.

—¡Calla, tonto! repuso Julio : acaso no hacen mas que representar una comedia.

German habia levantado el velo de la mendiga ; y como negando la despiadada sospecha de Julio, á los ojos de los dos jóvenes se ofreció el rostro de aquella mujer, denudamente pálida, demacrado, cubierto de un sudor frío, y marcado por el llanto del dolor.

—Mira, dijo German respondiendo á Julio, esto no es faria, es la verdad.

—Puede ser, contestó Julio con indiferencia.

—¡Calla! ya vuelve en sí.

Efectivamente : la pobre abrió los ojos ; dirigió á German una mirada de gratitud, y por un movimiento instintivo, que no pudo realizar, llevó la mano á su cabeza para cubrirse de nuevo con el velo.

La vergüenza y el rubor, y la fiebre tal vez, hicieron avomar dos encendidas rosetas en las mejillas de la joven.

German se sintió arrastrado hacia ella por una viva simpatía; dejó que su corazón gozase del desconocido encanto que la melancólica mirada de la joven le produjo; y después, penetrado del deseo que ella manifestara, la cubrió con el velo de su mantilla.

Todo esto sucedió en breves instantes, y sin que se hablase una palabra.

Los corazones de German y aquella niña habían brido á impulsos de una sensación extraña, y el lenguaje del corazón es tan rápido como elocuente y sincero.

German ayudó el esfuerzo que la joven hizo para levantarse, mientras le decía cariñosamente:

—Cómo se atreve V. á estar en las calles á estas horas, sin tener quien la acompañe, y hallándose tan débil?

—Lo hago por mi madre, señor; la pobre está gravemente enferma, y hoy nada la he podido dar.

Las sollozos ahogaron la voz de aquella desdichada.

German se sintió fuertemente conmovido, y

procurando que Julio no lo notase, escondió su billete en la mano de la joven.

—¡Ah! gracias, señor, gracias; ya es demasiado, dijo la infeliz, rehusando tan pródiga limosna.

—¡Christ! repuso German, imponiéndola silencio. Guarde V. lo que le doy para que sirva á la salud de su madre.

—¡Dios premie á V. tan buena obra! contestó la pobre, anegada en llanto.

—¿Vive V. muy lejos de aquí? le preguntó German en voz alta.

—En la calle de los Mancebos, señor.

—¡Diantre! No sé dónde está esa calle. ¿Lo sabes tú, Julio?

—En el fin del mundo, respondió el interpelado, que, bastante impaciente, esperaba la conclusion de aquella escena á algunos pasos de distancia.

—Pero si está lejos, V. no podrá llegar á pie.

Y esto diciendo, German condujo á la monja á uno de los pocos coches de plaza que se sitúan hasta las altas horas de la noche frente á la puerta del Casino.

Fue inútil que la joven se resistiese; German la acomodó en el carruaje, pagó al auriga, y le ordenó:

—A la calle de los Mancebos.

—¿Qué número?

—El 7, contestó la joven.

Partió el coche, y Gerutan no pudo oír la voz escapada del pecho de la pordiosera, que á través de su velo le miraba con infinita ternura, exclamando:

—¡Dios le bendiga!

El carruaje atravesó en breve tiempo la distancia que le separaba de la calle de los Mancebos.

Y, sin embargo, en aquellos cortos minutos experimentó la triste pordiosera una reacción saludable.

Su debilidad había desaparecido, y ahora sentía una impaciencia febril por llegar á su casa.

¡Cuántas ideas se agolpaban en confuso torbellino á su enardecida imaginación!

¡Cuántas sensaciones nuevas hacían latir aceleradamente su corazón juvenil, que momentos antes apenas daba señales de vida!

Ella misma no podía explicarse ni lo que pensaba ni lo que sentía.

Algunas veces erguía su cabeza, y, haciendo un movimiento fatigoso, aspiraba una gran cantidad



de aire: parecia que el reducido espacio del coche era pequeño para dejar que sus pulmones respiraran con entera libertad.

Otras se asomaba á los cristales de la portezuela para reconocer el sitio en que se hallaba, y luego volvía á recostarse en el fondo, para entregarse, tras unos segundos de la mayor inquietud, á otro orden de ideas y sentimientos, que mas de una vez hicieron asomar á la mortal palidez de sus mejillas dos encendidas manchas de carmin.

Cuando acudían á su mente estos pensamientos, su mano derecha, en la que conservaba los dos billetes que le dió German, se apoyaba dulcemente en su corazón, como si quisiera contener las desconocidas palpitaciones que agitaban su candoroso seno. ¡Desgraciada niña!

Sin que ella misma lo supiera, su primer amor se habia hecho dueño de toda su alma.

La noble figura de German se habia grabado indeleblemente en su tierno corazón.

Aun creía estar viendo su gallarda presencia, sus distinguidos ademanes, y escuchaba aquella voz dulce y cariñosa con que el jóven se habia interesado por ella.

La pobre niña pensaba que todo cuanto sentía

por German era nacido de su profunda gratitud.

Pero se engañaba: sus sentimientos en aquel instante eran los primeros de un inmenso amor.

Y se engañaba, porque estas dos elevadas pasiones de todo corazón grande, la gratitud y el amor, la confundían la mujer con frecuencia cuando por primera vez experimenta sus gratas y abrazadoras emociones.

¡Y á qué recuerdos se unían los de German en la mente de aquella infeliz!

A los recuerdos de su madre hambrienta y moribunda, para quien la triste niña había perdido toda esperanza, y á quien German, caritativo y generoso, había salvado de una muerte horrible.

¡Cómo no había ella de bendecir al salvador de su madre!

— Su madre!

Cuando á la imaginación de la infortunada niña se representaba la desoladora escena que la aguardaba en su miserable albergue, se desvanecía el amor de su amor, y la impaciencia mas devoradora se apoderaba de todo su ser.

Entonces era cuando en sus movimientos revelaba su honda inquietud, y cuando creía que el tiempo caminaba tan lentamente como si el que

lo conducía se hubiera propuesto hacer mas largas las angustias de su desdichada madre.

Por fin llegó á la calle de los Mancebos.

Ligera como una gacela, saltó la niña del coche, abrió la puerta de su mezquina casa, y subió aceleradamente los muchos escalones que la separaban de su reducida habitacion.

Su estremada debilidad continuaba aun vencida por su profunda excitacion, y volaba por aquella interminable escalera, ansiosa de participar á su madre los consuelos que ella sentia.

Al acabar su ascension, abrió cuidadosamente la puerta del sotabanco, y con el mayor sigilo penetró en un miserable cuarto, donde á primera vista se notaba la falta de los muebles mas indispensables para los usos comunes de la vida.

La pequeña luz de una lamparilla puesta en el suelo en uno de los rincones de la habitacion, alumbraba aquel cuadro de miseria de que, por desgracia, hay tantos ejemplares en Madrid.

A favor de esta luz la niña se dirigió á uno de los ángulos del aposento, en el cual estaba el único lecho que allí habia, el lecho de su madre, que era tambien el suyo.

Un jergon de paja, colocado en el suelo, y un

manta vieja é inútil para preservar del frío, eran las dos solas prendas de que aquel lecho se componía.

La niña se acercó á él, procurando no interrumpir el sepulcral silencio que en torno suyo reinaba.

Su madre estaba dormida.

El hambre, la fatiga, el cansancio, las grandes pesadumbres de su horrible situación habían reñido su espíritu, y en aquellos instantes gozaba de un tranquilo reposo.

La pobre niña se arrodilló junto al lecho para contemplar mas de cerca á su querida madre, ó tal vez para asegurarse de que vivía.

La enferma estaba inmóvil: sus labios secos y encorvados dejaban paso á una respiracion levemente agitada; sus cabellos, en desorden, estaban pegados á su frente por un helado sudor; sus manos, descarnadas y amarillentas como su rostro, oprimian fuertemente contra su pecho la manta en que se hallaba envuelta. Sin duda la infeliz había experimentado un frío intenso antes de dormir.

Su hija la miraba con los ojos llenos de lágrimas, y sin saber qué partido tomar.

—Soy rica, decía para sí, porque la pobre se consideraba rica desde que poseía *mil reales*; soy rica, y nada puedo hacer. . . ¡Oh! ¡esta noche es eterna...! ¿A dónde podría yo ir a esta hora por lo que mi madre necesita? ¡Si *él* estuviera aquí, *él* nos salvaría!

Y este *él*, este pronombre, lo encerraba todo para ella, suplía en sus labios un nombre que ignoraba, pero con el cual no hubiera expresado mejor el afecto que había nacido en su alma. Este *él* debía llenar toda su existencia.

Alguien ha dicho que no hay mas que un *él* en la vida de una mujer.

—¡Dos billetes! decía continuando su monólogo: ¿qué haremos con tanto dinero? Ante todo llamar á un médico, que cure á mi santa madre... ¡Ay! ¡Un médico...! No es esto lo que le hace falta. Lo que es preciso es darle buenos alimentos: la pobrecita se muere de hambre y de frío... Ella, que ha vivido con tanto lujo, que es poderosa, no tiene fuerzas para soportar esta situación. Sí, sí: lo primero que haré cuando amanezca será comprar lo necesario para que se alimente con ricos caldos, y ropa para que no sienta frío, y tomaré otra casa, porque esta parece de

hizo, y compré un hermoso colchon de lana, y una butaca para mi buena madre... ¡Madre de mi alma...! Pero ¡Dios mío! ¿alcanzará este dinero para todo eso?

Y esta duda, que amargó sus mas dulces ilusiones, hizo que por sus mejillas rodaran silenciosas lágrimas.

Entonces volvió á pensar en él.

¡Qué extraña influencia ejercia en su alma este molesto recuerdo, que desde pocas horas antes le habia siempre que via de cerca los horrores de la desdicha!

¡Misterios del corazón!

La es en los cambios favorables de los sucesos el patrimonio de la juventud, cuya soñadora imaginacion rara vez concibe la desventura en lo futuro. La juventud ve siempre el porvenir de color de rosa, brillante, deslumbrador.

Y, sin embargo, los seres privilegiados del instinto gozan la triste suerte de dudar de lo desconocido; para ellos el mañana risueño de la juventud está velado por una tenue nube, que puede disiparse á los rayos del sol de la felicidad, pero que tambien puede esconder en su seno las asoladoras tormentas de la desgracia.

¡Pobres seres!

Si las breves páginas de este libro caen en las manos de alguno de vosotros, no miréis en ellas la confirmación de vuestras acibaradas dudas; tened fe, fe en Dios, que á los buenos y á los que sufren no los olvida ni los abandona jamás.

La pobre niña dudó por un momento: pero luego se decía:

—No: *él* no me olvidará: Dios no querrá que me elviera: *él* es bueno, caritativo, generoso, sabe que vivimos aquí, y vendrá á vernos.

Y al concebir esta idea, aquel ángel de inocencia y candor se ruborizaba, porque, sin que ella se lo pudiera explicar, esta idea brotaba de un sentimiento que hasta entonces le era desconocido.

Amaba á German y ansiaba volverle á ver, pero al mismo tiempo, sin comprender la causa de su extraño temor, se estremecía al pensar en un nuevo encuentro.

¡Desgraciada niña que, sin saberlo, depositaba sus castos amores en German, en el aturdido joven que había dado el primer paso en la senda del vicio, por la cual de día en día había de irse alejando de ella!

Y, sin embargo, ella tenía fe y esperaba en Dios:



y Dios, que guarda inmensos raudales de secreta felicidad para los que le aman, podía hacerla dichosa por mil resortes ignorados y completamente ajenos al elegido de su corazón.

Todavía embargaban el pensamiento de la tierna niña las confusas ideas de su amor y las que su situación engendraba, cuando una débil claridad anunció la llegada del nuevo día.

Poco á poco fueron desvaneciéndose las tinieblas. La luz de la lamparilla dejó de alumbrar, vencida por los primeros reflejos del sol, que entraban por una estrecha ventana abierta junto al trío.

La enferma, que permanecía dormida, lanzó un largo suspiro.

La niña aproximó á ella su rostro para examinarla mas de cerca, y en aquel momento su madre despertó.

Madre é hija se confundieron en una mirada de inabarcable cariño, y en los labios de las dos se dibujó una dulce sonrisa.

La hija depositó un beso en la frente de la madre, diciendo:

— Ya se acabó la miseria, madre mía; somos ricos, somos felices.



La enferma abrió desmesuradamente los ojos, y miró á su hija asombrada, como si creyera que se habia vuelto loca. La infeliz estaba tan débil, que apenas tenia fuerzas para hablar.

Lo comprendió la niña, y añadió con alegre tono:

—Ahora dispondré lo que necesitas: somos muy ricas; mira, tenemos mucho dinero: ¡tenemos dos billetes!

Su madre, haciendo un supremo esfuerzo, se incorporó exclamando aterrada:

—¿Qué dices...! ¿Quién te ha dado eso?

Asustada la niña, se apresuró á responder:

—¡La caridad cristiana! Es una limosna que me han dado por amor de Dios.

La enferma exhaló un ¡ay! de lo mas profundo de su pecho, y cayó exánime, sin sentido, en los brazos de su desventurada hija.

LA FAMILIA CRISTIANA.

---

# EJEMPLOS DEL MUNDO.

Santa esposa española.

Por

EL CONDE DE MONTELEON.

---

**TOMO II.**

---

MADRID:

ANTONIO PEREZ DORRILL, EDITOR.

*Bueno, 5.ª plaza, 11.ª*

1871.

MADRID, 1871.—Imprenta á cargo de D. Antonio Ponce  
Dobson.—Per. d. prol.



—/ *Brindo por vosotros todos, amigos míos!*

# LA VIDA DEL MUNDO

Introducción

La vida del mundo es un misterio que se resuelve en la eternidad. El hombre, en su existencia terrena, vive en un estado de incertidumbre y de lucha constante. Su destino final depende de las decisiones que tome en este mundo. La vida es un camino que se abre y se cierra, un viaje que no tiene fin. El hombre debe buscar la verdad y la justicia en un mundo lleno de injusticia y de dolor. La vida es un regalo de Dios, y debemos aprovecharlo al máximo. La vida es un misterio que se resuelve en la eternidad. El hombre, en su existencia terrena, vive en un estado de incertidumbre y de lucha constante. Su destino final depende de las decisiones que tome en este mundo. La vida es un camino que se abre y se cierra, un viaje que no tiene fin. El hombre debe buscar la verdad y la justicia en un mundo lleno de injusticia y de dolor. La vida es un regalo de Dios, y debemos aprovecharlo al máximo.

---

## EJEMPLOS DEL MUNDO.

---

### I.

#### Restitucion.

Habia pasado un año.

Si nuestros lectores no lo llevan á mal, pueden seguirnos al piso segundo de una bonita casa de la calle de Atocha.

Allí, en un cuarto pequeño, pero cómodo, limpio y adornado con una sencillez del mejor gusto, vivía Ana, la pobre niña á quien un año antes socorriera German á la puerta del Casino.

Ana estaba completamente desconocida.

A su miserable albergue de la calle de los Manco-bos había sustituido aquel cuarto, donde en nada se revelaba el lujo, pero donde se encontraba todo lo necesario.

A los harapos que cubrían el cuerpo de la men-

dicante, habían reemplazado vestidos modestos, pero cortados con cierta elegancia que resaltaba mucho en el flexible talle de la joven.

A las chapetas con que un padecimiento en germen coloreaba sus mejillas, había sucedido el bello sonrosado con que la naturaleza engalana la primavera de la vida, y que el artificio suele perpetuar mas tarde, para esconder tras un delicado matiz la desapiñada huella de los años.

En la vida de Ana había habido un cambio radical.

Ahora nuestra joven era casi feliz, sobre todo cuando desde su nueva situación recordaba en su memoria los recuerdos de la pasada; y sin embargo, vivía con el constante anhelo del que ve crecer su existencia entre un dolor y una esperanza.

Ana quedó huérfana, y este era su dolor.

Ana sentía arder en su pecho la viva hoguera de su amor primero, y este amor era su esperanza.

La madre de Ana murió de hambre cuando tuvo que comer, que es cuando generalmente mueren los que tienen la desgracia de llegar al último grado de la miseria.

«Nadie se muere de hambre,» se dice vulgarmente, y hasta cierto punto con razón, porque

serán muy contadas las personas que dejen pasar tres, cuatro y cinco días sin comer, teniendo amigos a quienes pedir y caridad pública que implorar.

Pero aquellos infortunados cuyo trabajo no produce lo suficiente para atender á las mas perentorias necesidades de la vida; que no encuentran amigos que los socorran, y que refusan mendigar su subsistencia por un sentimiento de pundonor que no son dueños de arrojar de sus almas; esos infelices mueren de necesidad y mueren, cruelmente, porque mueren á la larga, víctimas de horribles padecimientos, que la ciencia determina con ciertos nombres, los cuales podrian fundirse en uno solo y verdadero: *hambre*.

Nuestros lectores habrán adivinado que la hija del personaje cuya ruina y muerte ocasionadas por D. Fermín relatamos en el capítulo segundo del primer tomo de esta breve historia, era la mendiga que hallamos después á la entrada del Cuatro, la infeliz que acompañamos al sotabanco de la calle de los Mancebos, y la señorita que ahora se nos presenta en el bonito cuarto de la alegre calle de Atocha.

Cómo se habia verificado este cambio en la vida de la jóven? ¿Quién habia velado por ella?



La Providencia.

Veamos cómo.

El sacerdote que había asistido en sus últimos momentos á la madre de German, había sido durante muchos años el director espiritual de esta señora.

El P. Alba, que así se llamaba el anciano sacerdote, se había visto obligado á ir diferentes veces á la casa de German para cumplir los piadosos deberes de su elevado ministerio.

En esta casa conoció á D. Fermin.

Era el P. Alba un observador profundo, de buena memoria y excelente fisionomista; condiciones que, ejercitadas en la mas importante función del sacerdocio, y auxiliadas por una larga experiencia, le habían hecho adquirir un gran conocimiento del corazón humano.

Pues bien: el P. Alba, desde el primer día que vió á D. Fermin, sin saber por qué, halló á este hombre peligroso.

Su decantada rectitud, su aparente benevolencia, su constante sonrisa de agrado, y otros mil detalles que seria prolijo apuntar, parecieron al venerable sacerdote la repugnante máscara de la mas temible hipocresía.

Sin embargo, á nadie confió su observacion.

En el P. Alba no habia mas que una sospecha espontáneamente nacida en su alma; y esto no era lo suficiente para que un hombre como él, justo y caritativo, descubriese un pensamiento que podia ser de consecuencias trascendentales.

Una ocasion hubo para alentar al P. Alba á permanecer en expectativa, y quizás para haber desbaratado los ambiciosos planes de D. Fermín.

Si la madre de German, en su última confesion, hubiese hablado de los temores que aquel hombre le inspiraba; si bajo cualquier forma ó pretexto hubiese recomendado al P. Alba que cuidase de la educacion de su hijo, los proyectos de D. Fermín nunca se hubieran realizado.

Pero la madre de German era demasiado buena cristiana para saber que en la confesion de las culpas propias no deben revelarse las ajenas, y mucho menos cuando de estas no se tiene un pleno conocimiento.

Y esto fue lo que salvó á D. Fermín.

Muerta la madre de German, el P. Alba se retiró de aquella casa, donde para nada debia volver sino en el caso improbable de que le llamasen sus moradpess.

Pero la Providencia velaba por las víctimas de D. Fermín, y en el reloj de sus misteriosos designios estaba próxima á sonar la hora de la expiación de este avaro miserable.

En una de las noches lluviosas y frías con que el invierno se suele despedir, dirigiase el P. Alba á su modesta habitación, cuando, al atravesar una solitaria calle, divisó un numeroso grupo, en el cual se hablaba acaloradamente, y en cuyo centro se percibía un claro espacio, que sin duda lo ocupaba lo que era objeto de la atención de aquellas gentes.

El P. Alba prosiguió su camino en dirección al grupo, y á medida que á este se acercaba, pudo oír algo de lo que en él se decía.

—¡Un médico! gritaba una de las personas mas próximas al centro de aquella masa de gente. ¡No hay por ahí un médico? ¡Este hombre se muere!

—¡Un confesor! decía otro: el médico ya es inútil.

—¡No, que este infeliz está vivo!

—Pero su herida es mortal, no tiene remedio.

—¡Un confesor!

—¡Aquí viene uno! exclamó una voz al extremo del grupo, designando al P. Alba, que en aquel

momento estaba alumbrado por la luz de un cercano farol.

El sacerdote apresuró su marcha. Llegó al sitio donde le llamaban; la gente se separó para dejarle pasar, y á sus ojos se ofreció un cuadro sangriento, que le hizo estremecer.

Tendido en el suelo, inmóvil y como sumergido en una laguna de sangre, hallábase un hombre que había perdido el conocimiento, y que apenas daba señales de vida.

El P. Alba, con esa práctica que se adquiere hasta al fecho del dolor, y que del sacerdote anciano hace una especie de médico, reconoció el verdadero estado del moribundo; vió que tenía doce heridas, de ellas una en el vientre, que era la mortal; y comprendiendo que, si oportunamente le curaba, podría, si no vivir, cobrar fuerzas para confesar y morir con los consuelos de la Religión, dispuso que se trasladara el moribundo á la más próxima casa de socorro; disposición que momentalmente después fue auxiliada por los agentes de policía.

No se equivocó el P. Alba.

Aquella misma noche, aunque sin salir de su estado de suma gravedad, el herido pudo hacer una buena confesion.

Por ella supo el venerable sacerdote que el asesino del desgraciado que se hallaba á las puertas de la muerte era D. Fermín.

Supo que el herido había sido cómplice de este insaciable avaro en el negocio de los préstamos y en las falsificaciones de los créditos con que se había arruinado á una buena y honradísima familia.

Supo la verdadera causa de la muerte del padre de Ana, ocurrida hacía muchos años.

Supo que esta pobre niña y su madre vivían en la mayor miseria en un sotabanco de la calle de los Mancebos.

Supo, en fin, que el tutor de German había traido sus redes al patrimonio de este jóven, y que ya se habían otorgado las primeras escrituras, por medio de las cuales había de hacerse legítimo dueño de los bienes que administraba.

El herido había suscitado en la tarde de aquel mismo día una grave cuestión con D. Fermín.

Le había exigido una fuerte cantidad de dinero que le era necesaria, y como se la negase D. Fermín, le había amenazado con denunciar sus crímenes á los tribunales de justicia.

A D. Fermín no le intimidó la amenaza, por el

contrario, mostrándose muy sereno, habia contestado á su cómplice:

—Atáname, si te atreves, que no emprenderé solo el camino de presidio; juntos hemos marchado hasta aquí, y juntos terminaremos la jornada.

Después de concluida esta conversacion; después de haber hecho amenaza por amenaza, parecia natural que D. Fermín no se hubiese ocupado mas de aquel asunto, sobre todo habiéndose mostrado su cómplice vencido en la cuestion, hasta el punto de haber retirado sus pretensiones de dinero.

Peró seguramente D. Fermín consideró peligroso á un compañero que empezaba á rebelarse, y que, mas ó menos tarde, le podia comprometer, y resolvió deshacerse de aquel estorbo que hallaba en su camino.

Con este fin habia acechado al moribundo, y, guiándole por una calle oscura y solitaria, que creyó buena para teatro de sus designios, se precipitó traidoramente sobre él, le ocasionó cinco heridas con un afilado puñal, y huyó, sin duda en el convencimiento de que su cómplice ya no existia.

Estas revelaciones oyó el P. Alba de boca del urdo, que terminó diciendo:

—Padre mio, yo quiero hacer algun bien antes de morir, para alcanzar el perdón de mis culpas.

—Hágalo V., hermano, repuso el sacerdote; la misericordia de Dios es infinita, y una contrición verdadera, un sincero arrepentimiento y una buena accion pesan tanto en la balanza de su justicia inescrutable, que bastan á borrar todos los pecados de una larga vida: haga V. cuanto bien pueda, y ayudará á su eterna salvacion.

—No sé si será tarde para lo que yo me propongo.

—Para el bien nunca es tarde, hijo mio.

—Padre, quizás lo sea; temo que hayan muerto las personas á quienes mi cómplice y yo robamos cuanto poseian.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Registre V. mis ropas, señor; en un bolsillo encontrará V. mi cartera; en ella están las llaves de mi casa, y la llave de un cajon en el que guardo mi dinero y todos los papeles que se refieren á ese asunto. Recoja V. esos papeles, léalos, y abra despues como crea mas conveniente: yo desfilasco; me faltaría tiempo para hacer de otro modo mis revelaciones.

Media hora despues espiraba aquel infeliz, con la tranquilidad de conciencia que infunde la abso-

lucion de los pecados, y con el dulce consuelo de haber hecho una buena accion, que le reconciliaba consigo mismo.

El P. Alba asistió al herido hasta su último momento; pero no se retiró á su casa sin haber visitado antes la del desgraciado que acababa de morir, en la cual halló y recogió los papeles y el dinero de que debía hacer uso con arreglo á la postrera voluntad del finado.

Toda la noche empleó el P. Alba en la lectura de aquellos papeles, que derramaban gran luz sobre los torpes manejos y los horribles crímenes de D. Fermín.

Al siguiente dia, muy de mañana, se abrió la puerta del mezquino sotabanco de la calle de los Maribos para recibir al P. Alba, que se presentaba en aquel lugar como el ángel de salvacion encargado de poner término á la horrible orfandad, á los tormentos incalculables que dos pobres mujeres sufrían bajo su miserable techo.

Porque, sin embargo de decirlo, German no habia vuelto á ver á la infeliz perdidosera.

Algunas horas despues de la llegada del P. Alba, Ana y su madre se hallaban instaladas en su casa de la calle de Atocha.



La felicidad volvía á sonreírles.

Aquella niña, cuya existencia minaba un cruel padecimiento, tardó poco tiempo en recobrar toda la fuerza de su juventud.

Ana tornaba á la vida como la flor marchita por el abandono vuelve á erguirse sobre su tallo si una mano cariñosa la riega y la cultiva.

No así su madre, á quien las privaciones y los sufrimientos habían hecho envejecer prematuramente.

La muerte de su esposo, la de su pequeño hijo, la pérdida total de su fortuna, las innumerables penas que la miseria le había ocasionado, la falta absoluta hasta del mas pobre sustento para alimentar á su hija, los penosos trabajos á que no estaba acostumbrada, y que le fue preciso ejecutar para que su infantil Ana no muriese víctima del hambre; todo este conjunto de desdichas y amarguras había socavado aquella existencia que bebía su jugo en las fuentes del dolor.

La madre de Ana había recorrido tan gran trecho en el camino del pesar, que le fue imposible volver al punto de partida.

La felicidad la mató.

Al ocurrir este triste acontecimiento, el P. Alla

para la desconsolada huérfana bajo los cuidados de una noble y virtuosa señora, que desde aquel día fue para Ana una segunda madre.

Mientras tanto, el anciano sacerdote seguía con inflexible ardor buscando y preparando medios seguros para desbaratar los tenebrosos planes de D. Fermín.

## Carnaval.

Habia llegado el Carnaval con su alegre bullicio, sus bailes y sus orgías.

German y Julio continuaban siendo íntimos amigos, aunque su union no era tan estrecha como en la época en que German hacía su aprendizaje de jugador.

A aquella época habian sucedido otras en que German, menos afortunado en el juego, pero mas despilfarrador de su patrimonio, caminaba á gigantescos pasos por la senda de su corrupcion.

Tras un dia y otro de considerables pérdidas, pidió á Julio la enseñanza del juego, que al principio su buena suerte le hizo despreciar.

Y no hay para qué decir que el dia en que German fue un consumado jugador, sus pérdidas loc-

en tan cuantiosas, que amenazaron seriamente la tranquilidad de su porvenir.

Cierto es que el patrimonio de German no se consumía solamente en el juego y los festines; su tutor, al formar las cuentas en que aparecían las enormes sumas derrochadas por su pupilo, encontraba excelentes ocasiones para estafar cantidades mucho mas crecidas, que hacia figurar en aquellas mismas cuentas, las cuales eran en el acto debidamente legalizadas.

A medida que habia pasado el tiempo, German habia dejado de respetar á su tutor.

Resuelto nuestro jóven á no obedecer otra voluntad que la suya, habia comenzado primero por engañar, despues por amenazar, y últimamente por desprestigiar á aquel hombre débil y flexible que de tan á mal grado acababa siempre por plegarse á la voluntad de su pupilo.

Mentia D. Fermín todas las predicas de un carácter poco vigoroso é incapaz de resistir voluntades tan enérgicas como la de German, y acabó por contentarse con hacerle oír sermones huecos, llenos de una severidad aparente, que en un principio molestaron al jóven, pero que despues los escuchaba con la mas glacial indiferencia, como si

de antemano supusiese que para tomar las cantidades que pedía estaba obligado,—y estas eran sus palabras,—¿sufrir el sermoneo de su tóbécil tutor.

Este era el estado de las relaciones de German con D. Fermin, cuando un día el tutor, respondiendo á una nueva demanda de dinero, dijo con afligido tono:

—No me opondré á los deseos de V., German, pero yo, que me he afanado tanto por mejorar su fortuna; yo, que he abandonado mis particulares intereses por cuidar de los de V.; yo, que no he perdonado medio de corresponder dignamente á la honrosa confianza que á su padre le merecí, me creo en el deber imprescindible de informar á V. del verdadero gito que van tomando sus negocios. Se ha apresurado V. á gastar mayores sumas que aquellas que sus bienes producen...

—Bien, bien, interrumpió German: eso ya me lo ha dicho V. muchas veces.

—Así es, y yo me alegro de que V. lo recuerde, pero otras veces no ha tenido que anunciar á V., como hoy, la imposibilidad en que me hallo de darle dinero, sin que antes procedamos á la venta de una de sus fincas.

Riose German del compungido semblante y de-

breve acento con que su tutor había pronunciado estas últimas palabras, y le contestó:

—Resignémonos, D. Fermín; si es preciso vender, venda V. en hora buena: ¿qué hemos de hacer? Pero supongo que esa venta se realizará hoy mismo.

—Imposible! Tengo que buscar comprador; además habrá que estender la escritura, y para todo eso se necesita tiempo.

Guardó silencio D. Fermín, y German nada replicó.

Observábase, sin embargo, en su rostro la expresión de una profunda contrariedad, que al tutor debía serle muy grata, si hemos de formar nuestro juicio por la malévola alegría que asomaba á su semblante siempre que German no le miraba.

—No insisto en mi empeño, dijo el joven después de una breve pausa; puesto que lo que quiero es imposible, dígame V. qué tiempo se necesitará para arreglar este asunto.

—Dos días, contestó D. Fermín.

—En ese caso, y toda vez que ha de venderse una finca, no será de treinta mil reales la cantidad que percibiré; me dará V. cien mil reales.

La cara de D. Fermin manifestó tal sorpresa, que parecia realmente espantado.

Intentó hablar, y fingió que no podia hacerlo.

—Busque V., continuó German sin hacer caso de la pantomima de su tutor, busque V. inmediatamente quien se interese en este negocio.

—¡Este negocio será la ruina de V.!, exclamó al cabo D. Fermin.

Y luego prosiguió con la mayor locucidad.

—¡Ah! si su padre de V. viviera, si presenciase la venta de una de sus fincas, ¿qué diria, German, qué diria? Y al fin de todo, ¿qué vamos á conseguir con vender? Nada, absolutamente nada. Habrá V. aprendido un medio mas para encontrar dinero, y en un mes dará en tierra con toda su fortuna. Esto es lo que sucederá; y yo, el hombre de confianza de su buen padre, presenciare tales despilfarros, y hasta habré contribuido, con esta debilidad de carácter que maldigo tantas veces, á que V., jóven inexperto, destruya en diversiones, en tonterías, ó Dios sabe en qué, el patrimonio envidiable que heredó de sus mayores. No, señor, no será, al menos con mi consentimiento. Ya basta de vida licenciosa; si V. quiere precipitarse en un abismo de miseria, yo estoy aquí para evitarlo; y

«i todavía el empeño de V. fuera mayor que mis fuerzas, apelaré á otros medios, acudiré á un juez, y V. entrará en razón, ó daremos un escándalo, pero será el tutor que autorice sus prodigalidades».

Resueltamente debemos decirlo: nunca se habían visto mejor imitados el ademán, el gesto y el lenguaje del hombre de bien. D. Fermín era un consumado actor.

A German le impresionó aquel discurso, que, correspondiendo á una petición extraordinaria, había tenido proporciones extraordinarias también; pero en el momento se trazó la conducta que debía seguir.

—Las palabras de V., dijo á su tutor, y su severo tono, me demuestran un cariño que siempre le he agradecido; pero, cálmese V., D. Fermín: mi exigencia no es tan considerable que merezca un alboroto, ni el mas pequeño disgusto, haga V. que la finca se venda, y por hoy no hablamos mas del asunto; lugar habrá otro día.

Efectivamente, no se habló una palabra mas, y de esto D. Fermín salió muy complacido.

Su rectitud de miras, su reputación de tutor prbo y celoso quedaba bien sentada, y mas ade-



lante, sin infundir sospecha alguna, podía acceder á las exigencias de su pupilo y utilizarlas en provecho propio.

Pues bien: esto fue lo que sucedió; y al acercarse la época á que nos referíamos, al comentar este capítulo, German había arrancado á su tutor cuanto dinero había querido, y D. Fermín había hecho firmar á German las cuentas que había tenido por conveniente presentarle.

O dicho de otro modo: al llegar el Carnaval del año 18... D. Fermín era el legítimo dueño de casi todos los bienes de German.

Su parte de botín, y no escasa por cierto, había sacado Julio, como retribucion del trabajo que empleaba en la *educacion* de su amigo; pero esto nada valia si se comparaba con las cuantiosas sumas que se había apropiado D. Fermín.

Ahora volvamos al punto de partida.

Mártes de Carnaval y día de locura son en Madrid cosas sinónimas.

Insútil sería que nos detuviéramos en presentar un cuadro que todo el mundo conoce, y que es tanto mas difícil de pintar, cuanto que su belleza, su animacion y lo que de agradable tiene en su conjunto, consiste precisamente en lo abigarrado

de sus colores, en el desentono de sus luces y sus tintas, y en lo grotesco y variado de su composición.

A un lado, pues, paleta y pinceles, y bástenos leer que era martes de Carnaval.

—¿Tienes algún proyecto para esta noche? preguntaba German en el Prado á varios de sus amigos.

—Exclusivamente el proyecto de ir al baile del Real, contestó uno de ellos; no tenemos otro. Y tú, ¿qué piensas hacer? Cuenta tus planes.

—¡Ojalá los tuviese! dijo German con tono triste: me fastidia el baile: el domingo me aburrí soberanamente.

—No lo extraño: te ha dado por huir de las mujeres.

—Son tantas.

—Algunas, no lo niego; pero otras, chico, son sechleras.

—Generosamente renunció á la que te parezca mejor, añadió German con el acento del hombre que ha sufrido los mas crueles desengaños.

—Renuncias, eh? dijo maliciosamente otro de sus amigos: no me fiaría yo de ti.

—Os juro que desde hace mucho tiempo no en-

cuentro mujer que me guste, afirmó German.

—Eso se comprende, repuso con atiplada voz un mozalbeta, que á lo sumo tendria quince años: á mí tambien han llegado á repugnarne.

—Señores, señores: en absoluto, no se puede hablar de esta materia. ¿Conoceis á Clara R...?

—¡Ta, ta, ta! ¡Vaya un ejemplo! contestó el mozalbeta; ¡no hemos de conocerla!

—En tal caso, me parece que nada tendrás que decir de la virtud de esa chica...

—Luis, interrumpió el jovencillo con tono de lástima: por favor, no la defiendas, que te pones en ridículo.

—¡Ira de Dios! ¿Eso es verdad? ¿Tú sabes...?

—¡Bendito! ¡Serás bobo hasta la muerte! dijo con aire de superioridad el mozueto; yo sé lo que sabe todo el mundo, menos tú. Debes casarte: harás un marido delicioso.

—¡Rayos y truenos! esclamaba el que había citado el nombre de Clara. ¡Y yo que creía...!

—Oye, Luis, dijo otro con una seriedad cómica: puesto que crees, no hagas caso de lo que este dice; sigue amando á esa chica, y deja que murmuren: la cuestion es de fe, y si tú la tienes te salvarás.

Esa especie de chiste fue acogida con risas maliciosas.

—Vamos, señores, prosiguió el que hablaba: dejemos esta conversacion, German iba á contarnos sus planes.

—No: ya os dije que no tengo ninguno. Sin embargo, si me quisiérais acompañar, cenaríamos en Hardy: una cena de despedida.

—¿Cómo! ¿Te marchas?

—Sí; pienso viajar tres ó cuatro años.

—¿Y lo callabas?

—Pero dinos qué te mueve á viajar. ¿Es algun desengaño amoroso? Mal harías en huir de tu ingrata.

—No es por eso, ni ahora os puedo decir el por qué viajo. A la noche seré franco con vosotros.

La curiosidad era grande, pero German no varió de resolucion.

A nosotros nada nos importa saber el pretexto que dió á sus amigos para justificar aquella marcha repentina, puesto que hemos de conocer el verdadero motivo de ella.

Convidamos, pues, á nuestros lectores á los postres de la cena de German, y no perderán nada por ser tan poco diligentes.

Muy bien se cena en Lhardy : pero si el precio de lo que allí se sirve hubiera de ser escuchar las chanzonetas, los dichos y agudezas de una reunion de viejos de diez y seis á veinte años, como los llama uno de nuestros escritores, voluntariamente nos condenaríamos á nunca más cenar en aquella casa.

Estimamos mucho el buen estado de nuestro estómago, y no hay nada tan indigesto como la conversacion de esos *pollos*, segun la frase moderna, que pretenden pasar por hombres de mundo, gastados, sin ilusiones; por eruditos, sabios, filósofos y conocedores profundos del corazon humano; nueva especie de *sprits forts*, que se consideran realizados á sus propios ojos manifestando un soberano desden hacia todo lo que les rodea; un indiferentismo estúpido á cuanto de noble, bueno y santo han aprendido, y bollando siempre con la lengua, con la planta jamás, altas virtudes que nunca se encuentran al alcance de sus manos.

Hé aquí en bosquejo lo que son esos niños impertinentes y mal educados, que en el café, en los paseos, en los teatros, en las calles y donde quiera que vayais los hallareis haciéndose visibles, aunque sacrifiquen para ello la comodidad de los que están á su lado.

Si les habláis de amor: «He amado mucho, pero en otro tiempo, os diré un rapazuelo de quince años; en el día detesto á las mujeres; no es otra, las he conocido; cuál es ingrata, cuál perjura; esta es voluble, coqueta la otra, y todas inmensas, porque, amigo mío, la mujer, verdadera serpiente del paraíso, ocupa su vida en buscar muertes para hacernos tragar la fatal manzana, es decir, el casamiento.»

Si les habláis de ciencia, oireis al mismo niño: «He dejado la carrera, porque en España, ni hay un buen plan de estudios, ni hay profesores, ni hay libros, ni hay, en fin, quien sepa una palabra de los adelantos científicos de Europa: yo me he visto en la necesidad de dedicarme á los estudios privados, y ¡de cuánto me ha servido! ¡Qué tesoros de sabiduría se encierran en esos genios que sacan en todas partes menos en este bárbaro país! Kant, Hegel, Krause! ¡Ah! ¡qué filósofos!»

Por supuesto que el jovencito no conoce ni por el forro el alemán, y ni aun sabe que de las doctrinas de los filósofos que cita ha habido en España y en Francia espositores.

Por último, si les habláis de religión, tendreis que taparos los oídos por no oirlos. Os harán creer

que son ateos, y el que os parezca mas razonable os dirá con la mayor frescura:

—Yo he abjurado del catolicismo: soy protestante.

Lector, á tí, que eres católico, te dirá, para tu consuelo, que este último mal, que ciertamente es gravísimo, no lo es tanto, sin embargo, como á la simple vista se presenta.

Los protestantes, los reformistas y los ateos de nuevo cuño, que en nuestra época, y al parecer, abundan tanto por España, son, no lo dudes, tan católicos como tú.

En esta Religión nacieron, se educaron en ella, y el catolicismo está fuertemente arraigado en sus corazones.

Día vendrá para el mozuelo imberbe que hoy blasfema con el labio, mientras destroran su pecho los agudos dardos de la conciencia; día vendrá en que se avergüence y llore con llanto de arrepentimiento la imbécil incredulidad que afecta ahora.

Entre tanto, lector, lamentemos nosotros que esa parte de la juventud, ignorante, necia y despreciable, haya puesto *de moda* un descreimiento que fuera risible si no se tratara de tan sagrado asunto.

Volvamos la vista hacia el verdadero motivo del viaje de German.

D. Fermín había consumado su obra.

German era pobre en toda la estension de la palabra.

Al saber su situación de boca de D. Fermín, había decidido abandonar á España para refugiarse en cualquier nacion, en cualquier pueblo donde, siendo perfectamente desconocido, no tuviera que sufrir las humillaciones á que reduce la pobreza.

Todavía para German la pobreza no era mas que una situación vergonzosa.

Es decir, que German no sabía aun lo que es ser pobre.

Pues bien: la cena que en la noche del miércoles de Carnaval se celebraba en la casa de Lhardy era la despedida que daba al mundo elegante el joven empujado por la avaricia y los robos de don Fermín.

Uegamos al salon en que los *pollos* terminan la cena, en el momento en que varios criados, rigurosamente vestidos de etiqueta, destapan unas cuantas botellas de legitimo Champagne.

Un *pollo* levantó en alto la copa de espumoso vino que acababan de servirle, y dijo:



— ¡Brindo por la felicidad de Germán; por su pronto regreso; por que á su vuelta traiga completamente seco el corazón, que ahora lleva machito!

Todos bebieron.

Otro *pollo* se hizo escuchar, diciendo:

— ¡Brindo por la guerra á las mujeres, y por la gloria de aquel de nosotros que tome una cruel venganza de la que ha engañado á Germán!

Las copas se desocuparon. Volvieron á llenarse, y otro mocito gritó:

— ¡Brindo por el desprecio al sexo femenino! Al enemigo á quien se combate se le concede una importancia que para nosotros no tiene la mujer.

Este brindis fue calurosamente aplaudido, y tocó su turno al anfitrión.

— ¡Brindo por vosotros todos, amigos míos! Por vuestra dicha! ¡Porque algún día tenga el placer de volveros á abrazar!

Ninguno de los concurrentes comprendió el temor, la duda que las frases de Germán escondían.

¡Pobre Germán!

Si en aquel instante hubiese dado rienda suelta á los sentimientos de su corazón, hubiera llorado.

El vino que su copa contenía ahogó los sollozos que se golpeaban á su garganta.

Por último, despues de largas libaciones, y cuando los vapores del Burdeos, y el Jerez, y el Lágrima-Christi, y el Rhin, y el Champagne habian sacado de quicio á aquellas débiles cabezas, se resolvió, á pluralidad de votos, terminar la noche en el baile del Real.

Y aquella bandada de pollos estraviados, sin duda porque les faltaba el dulce calor de sus madres, se dirigió, en efecto, al teatro de la plaza de Oriente.

Puede que nuestros lectores hayan echado de ver en la reunion de estos jovencitos la ausencia de un personaje de importancia, la falta de Julio, el *maestro de costumbres* de German.

Pero ese vuestra estrañeza.

Julio sabia muy bien que aquella cena iba á ser pagada á costa de un sacrificio, desmembrando la última cantidad que D. Fermin habia dado á su pupilo.

Julio conocia perfectamente la verdadera situacion de German, y huia de él como el egoismo huía del apestado.

La mina habia hecho agua, y por lo tanto Julio habia abandonado la explotacion.

German y sus amigos hicieron en el baile todas,

y algunas mas, de las locuras que pueden permitirse en una sociedad decente; y á semejanza de cierto andaluz, el cual decía que nada le estimulaba tanto para *echar un vasito* como haber bebido otro, resolvieron pasar al ambigü, donde el ron, el *cognac*, el *cumbr* y el *Charbrus* amarillo y verde acabaron de trastornar sus cabezas.

Doraba el sol las mil torres de Madrid, y todavía continuaba celebrándose la despedida de German.

El toque de campanas llamaba á las iglesias á los fieles.

Habia llegado el Miércoles de Ceniza.

### III.

#### Ceniza.

Entre las risas de los transeuntes y los dicharachos de algunos osados, retirábanse nuestros jóvenes á sus casas, pregomando la borrascas de la noche anterior por sus desordenados trajes, por la descomposicion de sus cabellos, y por las huellas de la embriaguez marcadas en todos los semblantes, y mas fuertemente en el de alguno ó algunos que al andar, se mostraban torpísimos equilibristas.

De este modo, y hablando á veces y riendo con ridículas carcajadas, camineban en direccion á la calle de la Magdalena, donde German vivia, y á quien todos habian querido acompañar.

Haciendo á estos jóvenes la justicia que merecen, debemos consignar que no hubo entre ellos

uno que protestase contra el acto escandaloso de atravesar medio Madrid en aquel estado perfecto de envilecimiento y degradación.

Caminaron, pues, y sin duda estaba dispuesto por Dios que aquel día habian de ocurrir cosas notables.

Cuando German y sus amigos pasaban por delante de San Sebastian, se dejaron sir las campanas de esta iglesia.

—¡Alto, señores! exclamó el mozalbete que iba á vanguardia de la partida: ¡oís ese toque!

—Sí, dijeron los demás.

—¿Sabéis qué día es hoy?

—Miércoles de Ceniza, contestó uno de ellos.

—Perfectamente: Miércoles de Ceniza. Pues, señores, acabo de tener un capricho.

—Sepámon.

—Lo que nadie en el mundo ejecutaría sin mi consentimiento, lo va á hacer un hombre ahora mismo, porque tal es mi voluntad.

—Pero ¿qué es ello? ¿De qué se trata?

—De una cosa muy sencilla. Donde Vds. me ven, voy á que me pongan la ceniza en la frente.

El equívoco tenía cierto gracejo, y se asió con una carcajada homérica.

—Lo dicho, señores; el que quiera, que me siga, y quedais autorizados para referir que en público, y á son de campanas, habeis presenciado el hecho.

Y el que habia concebido aquella impia idea, con el paso torpe é inseguro de la embriaguez, cruzó el atrio del templo.

La siguieron todos, todos, incluso German.

A despecho de estos niños, y en honra del mayor número de ellos, debemos decir que una voz secreta, semejante á la del remordimiento, se rebelaba en sus almas contra la profanacion que iban á cometer.

Pero se hubieran avergonzado de confesarlo... ¿qué decimos? hubieran provocado un duelo con el atrevido que les hubiese echado en cara este sentimiento religioso.

El silencio imponente de la iglesia; el místico recogimiento de las personas que habian acudido á la santa ceremonia de aquel día; la majestad del templo; su tibia atmósfera saturada del penetrante perfume del incienso; la templada luz que iluminaba aquel cuadro lleno de grandeza y sencillez; todo este conjunto, en que resaltaba la poesía dulce, tierna y misteriosa del catolicismo, hirió las almas de los jóvenes hasta el punto de hacer cam-

biar la predisposición funesta que á aquel lugar los había conducido.

Siguiendo los impulsos de sus corazones, todos se hubieran arrodillado; pero se miraron unos á otros; la impasibilidad más perfecta revestía todos los semblantes, y no hubo quien se atreviese á ser el primero en dar tan justa muestra de veneración.

Un poco menos de estúpido amor propio; un poco más de valentía para permitir el triunfo al imperio del alma; una sola voluntad enérgica para hacer doblar una rodilla, y todos, sin excepción, hubieran seguido el ejemplo.

Pero el fatal dominio de las ideas perniciosas salió victorioso esta vez, siquiera su victoria fuese harto triste y despreciable.

¡Pobre triunfo, que hacía de aquellos jóvenes unos malos herejes, puesto que no se atrevían á desterrar de sus pechos un sentimiento de piedad, y al propio tiempo unos malos católicos, que avergonzados, escondían en sus almas el respeto y el culto que tributaban al verdadero Dios!

El sacerdote oficiaba en el altar, y se acercaba el momento en que había de celebrarse la patética ceremonia en que se recuerda al hombre el origen

y el fin de la materia deleznable que aprisiona su alma inmortal.

En las cavernas de German y sus amigos se dissipaban los vapores del licor; mas no por esto retrocedían del empeño que hasta allí los había llevado.

Lejos de tal pensamiento, adelantaron hacia el altar mayor.

El que había iniciado la idea y los tres mas determinados de sus compañeros, que le siguieron inmediatamente, fueron á arrodillarse entre las personas á quienes ya se dirigia el sacerdote para hacer con ceniza el signo de la cruz en sus frentes, al pronunciar estas palabras sencillas y conmovedoras: *ACCEDATIS, HOMINE, QUAE ERIS POLVO, ET IN POLVO TE HABEO CONVERTI.*

Los fieles que rodeaban el altar, así que recibían la ceniza, se levantaban, dejando sus puestos á otros que esperaban turno para la celebracion del santo rito.

Entre los que habian aguardado en segundo término, avanzaba ahora German con el resto de sus amigos, para los cuales hubiese sido insignificante no mostrarse tan osados é irreverentes como los primeros.

Todos se arrodillaron.



La casualidad hizo que al lado de German se colocara una mujer vestida de negro, cuyas facciones no se podían distinguir á través del espeso velo que las ocultaba, pero que debía ser jóven, á juzgar por su airoso y flexible tallo.

Para el sacerdote que ejecutaba la ceremonia, no había pasado desapercibida la presencia y el estado en que se hallaban German y sus amigos, mas con una prudencia que hacia honor á su buen tacto y conocimiento del mundo, se desentendió del mal aspecto que ofrecia el desórden de los trajes y la demacracion de aquellos rostros juveniles, marchitos por el desenfreno de pasiones no bien sentidas y brutalmente alimentadas.

—Dejémosles, se decía á sí mismo el P. Alba; si no escandalizan, será lo mejor fingir que no he reparado en ellos.

Y ya saben nuestros lectores que era el P. Alba el sacerdote á quien hemos aludido al referir lo que ocurría en la iglesia de San Sebastian.

Pero debemos advertir tambien que el P. Alba no habia reconocido particularmente á ninguno de aquellos jóvenes, y que, por lo tanto, no supo que estaba entre ellos el pupilo de D. Fermin, sino en el momento preciso de encontrarse frente á él.

Este momento había llegado.

German levantó su frente para recibir la ceniza, miró al P. Alba, y reconoció al confesor de su madre.

El P. Alba reconoció también á German.

La mirada que se cruzó entre el sacerdote y el joven encerraba un mundo de grandes inteligencias.

Pena, lástima, caridad, reconvención y el deseo de penetrar los misterios de un pasado desconocido; todo esto expresaron en un segundo los ojos del venerable sacerdote.

Rubor, vergüenza, arrepentimiento y el perdón de una grave falta humildemente implorado: hé aquí lo que se leía en la expresiva mirada de German.

Al detenerse el P. Alba en la contemplación del joven, quedó por un instante suspendida la ceremonia.

Y en este instante mismo alzó el velo con que se cubría la mujer que se hallaba junto á German.

La presencia de aquel bello rostro que se había descubierto al lado de nuestro joven, podía compararse á una aparición inesperada del ángel del bien.

El P. Alba, que hasta entonces no había fijado su atención en aquella mujer, experimentó una conmoción visible, y sus miradas se dirigieron alternativamente, y con gran movilidad, desde aquel rostro puro y resplandeciente de harmonía, al avergonzado y confuso de German.

La mujer que había despertado estos movimientos del anciano sacerdote, era Ana.

Ana, la víctima de D. Fermín; Ana, la pobre niña que el mismo P. Alba había arrancado á los brazos de la miseria; Ana, la infeliz portadora á quien en días no muy remotos había socorrido la caridad de German.

La emoción que se pintaba en el semblante del P. Alba imprimió en los dos jóvenes un movimiento que bien podríamos llamar involuntario.

A un mismo tiempo, y como movidos por un solo resorte, volvieron sus cabezas, y German clavó sus ojos en Ana; Ana clavó los suyos en German.

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago.

Nadie pudo apercibirse de aquella muda escena; pero los rostros de los dos jóvenes se tiñeron del mas vivo carmin.

German habia reconocido á la mendiga que socorriera á la puerta del Casino.

Así sintió que su corazón latía de felicidad al recordar á su protector, al jóven á quien amaba.

El P. Alba se dirigió á German, y poniendo en su frente la ceniza, y haciendo con ella la señal de la cruz, dió una entonacion singular á las solemnes palabras: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

German se sintió tan fuertemente conmovido, que por largo tiempo no fue dueño de abandonar el sitio en que se habia arrodillado.

De su abstraccion le sacó una mano que se posaba en su hombro, al mismo tiempo que una voz sorda murmuraba en su oído estas terribles frases:

—Te estás poniendo en ridículo. ¿Qué haces aquí solo, cuando todo el mundo se marcha? ¿Te duermes, ó estás en oracion?

El que así hablaba era uno de los amigos de German.

Este miró en torno de sí; vió que efectivamente estaba solo; que el sacerdote no estaba en el altar, y que la jóven habia desaparecido.

Entonces se puso de pie, y se dirigió á sus com-

pañeros, de quienes ya se apoderaban el sueño y el cansancio.

Cuando todos estuvieron reunidos, salieron de la iglesia.

A la entrada del atrio se despidió German de sus amigos, que se alejaron en dirección á la plaza de Santa Ana.

Nuestro joven se encontró libre de aquellas compañeros importunos; y, como si obedeciera á una fuerza extraña y poderosa, volvió á entrar en el templo.

Su ávida mirada recorrió todo el santo recinto, y de rodillas, junto á una columna, distinguió una forma humana, que por su esbeltez y su negro traje le pareció que era la joven á quien momentos antes había visto á su lado.

Cerca del altar mayor, el P. Alba oraba arrodillado también.

German se detuvo sin saber qué partido tomar.

En su cabeza bullían mil extraños pensamientos, y su corazón se agitaba al impulso de afecciones nuevas, desconocidas y regeneradoras.

La presencia del anciano sacerdote le recordaba á su madre moribunda, y con el santo recuerdo de su madre venían á su mente las memorias de

aquellos felices días en que, ajeno á todo vicio, libre el espíritu del mar de nebulas en que le sumerge el huracán de las pasiones, la conciencia limpia, la frente serena, sonriente el labio con la dulce sonrisa del alma pura, ansiaba ejercitarse en las halagüeñas prácticas del bien, que eran el dulce fruto de la preciosa semilla que el amor maternal vertía incesantemente en su juvenil corazón.

Y siguiendo la eslabonada cadena de estos pensamientos, que representaban á sus ojos los primeros y los únicos pasos que había dado por la senda de la felicidad y la virtud, su vista se fijaba en Ana.

Ana, la infeliz mendiga demacrada y enferma, á quien tuvo en sus brazos próxima á morir de hambre.

La niña tierna, á quien un día socorrió prodigamente, por un sentimiento de caridad cristiana, este tal vez de su bondad perdida; pero sentimiento santo, que en su pecho se mezcló con ese otro sentimiento tan frecuente en el jugador de bitina, que convierte al avaro en hombre espléndido y generoso.

Ana, la niña débil, que á deshora de la noche imploraba la caridad pública para socorrer á su

madre enferma; la niña ruborosa, cuyo acento había conmovido su corazón por un instante; la niña desgraciada, á quien él había olvidado, abandonándola á los rigores de un fatal destino, y saltando á lo que á sí mismo se había impuesto cuando escuchó las señas de la casa en que la perdicionera vivía.

—Mi buena madre, se preguntaba ahora German en su pensamiento, ¿qué hubiera jugado de mí al saber que arrojaba al fango de los vicios lo que esa pobre hubiera necesitado para su felicidad...?

¡Me hubiera maldecido...!

¡Y yo la olvidé...! ¡No, no, Dios mío! ¡Yo no merezco perdón! ¡He sido muy malo aun!

Yo he recordado mil veces aquella voz pura, que resonó en mi alma al mostrarme su tierno agradecimiento.

Yo me he prometido que iría á verla, que la recorrería, que la salvaría de la miseria.

¡Y nunca he ido!

La voz de mi santa madre me lo mandaba; yo la oía dentro de mí, y la he desobedecido.

¡Perdon, Dios mío, perdon!

Y German, sintiendo su alma henchida de aque-

Las fuertes emociones, con el corazón oprimido y las mejillas húmedas de llanto, se arrodilló y abrió su espíritu á los dulces consuelos de una fervorosa oración.

Cuando salió de aquella especie de éxtasis, vió á Ana que se alejaba de la iglesia, y se precipitó en su seguimiento.

Ya estaba German en el atrio; ya iba á hablar á la joven, cuando se halló detenido por una mano que le sujetaba afectuosamente, al mismo tiempo que una voz cariñosa le decía:

—Dónde va V., German?

Volviose el interpelado, y se encontró frente á frente con el P. Alba.

Pero German tornó á mirar á la joven como para despedirse de ella, al mismo tiempo que Ana, sin detener su paso, dejaba caer al suelo una preciosa flor.

German se estremeció de alegría.

—¡Ah, P. Alba! exclamó; permítame V. recoger aquella flor, que ha caído para mí.

—Sí, vaya V. á recogerla, dijo el sacerdote; esa flor es el premio de una limosna bendita.



La obra de este autor es una de las más importantes de la literatura española, y se ha traducido a muchos idiomas.

# IX

En esta obra se trata de la historia de la literatura española, y se hace un análisis de los principales autores de cada época.

El autor de esta obra es un escritor de gran talento, y su obra es una de las más importantes de la literatura española.

Esta obra es una de las más importantes de la literatura española, y se ha traducido a muchos idiomas.

El autor de esta obra es un escritor de gran talento, y su obra es una de las más importantes de la literatura española.

En esta obra se trata de la historia de la literatura española, y se hace un análisis de los principales autores de cada época.

La obra de este autor es una de las más importantes de la literatura española, y se ha traducido a muchos idiomas.

El autor de esta obra es un escritor de gran talento, y su obra es una de las más importantes de la literatura española.

#### IV.

#### Conclusion.

Algunas palabras mas, benévolo lector, y termina esta historia, que tiene sus ribetes de veracidad.

#### I.

El P. Alta ha desempeñado en el mundo una santa misión; ha servido de instrumento para que se cumplan los altos decretos de la Providencia.

Los papeles entregados en la hora suprema de la muerte por el cómplice de D. Fermin al venerable sacerdote, contenian vehementes indicios de unos crímenes, y pruebas acabadas de otros cometidos por el tutor de German.

Y el P. Alba, que conocia las funestas consecuencias de estos delitos; que no ignoraba el triste fin á que Ana y German habian de ser arrastrados por la miseria, y que sabia que la impunidad mas absoluta aseguraba á D. Fermin en la posesion de los bienes que habia robado, si él, el mismo P. Alba, no se decidia á ser el acusador de aquel infame avaro, adoptó por fin esta resolucion, y acudió á los tribunales de justicia, denunciando los hechos con legales pruebas, que desde luego bastaron para sorprender y embargar cuanto don Fermin poseia, y para que este miserable fuera reducido á prision.

Contra lo que suele suceder, el proceso que se siguió á D. Fermín fue conducido á su terminación tan rápidamente, que este negocio hizo honor á los curiales.

Habian trascurrido muy pocos meses cuando, en virtud de sentencia dictada en esta causa, Ana y German volvieron al goce de sus fortunas respectivas, que, como saben nuestros lectores, eran bastante considerables.

Hay quien dice que para lograr tan feliz resultado y en tan corto tiempo, el P. Alba tuvo que recibir la atención de ciertos hombres de la curia, valiéndose para ello de grandes influencias, que podía mover por medio de las relaciones que habia adquirido en el ejercicio de su sacerdocio.

Mas, sea de esto lo que quiera, la verdad es de

todo es que el P. Alba alcanzó su noble propósito, y que Ana y German, si no les ocurre alguna nueva desgracia, serán siempre felices, en el supuesto de que el dinero baste á darles la felicidad.

[ ]

### III.

En D. Fermin se ha obrado un cambio completo.

La máscara ha caído de su semblante.

Ya no es el viejo hipócrita, de equívoca sonrisa y de rostro velado por la aparente serenidad de la conciencia: al contrario, su demacrado aspecto, su mirada llena de astucia y perversidad, el desaliño repugnante de las miserables ropas que viste, todo en él inspira aversión: el sello del crimen está marcado en su frente; al fingimiento ha seguido la verdad, y ahora este hombre se presenta tal cual es, incapaz de arrepentirse, y revelando en su semblante los misterios de un alma entregada á la mas inoble pasión, y dispuesta á la perpetración de todo género de crímenes.

Compadescámonse.

Hoy es un confinado á quien la justicia de los hombres condenó á cadena perpetua.

Esta será en el mundo la expiacion de sus delitos.

#### IV.

El que por deber ó por otra causa cualquiera visita en estos dias la cárcel del Saladero, encontrará confundido con los presos mas miserables á su jóven que desde luego deja conocer su frecuente trato con la buena sociedad, en sus modales y en cierta natural elegancia que se descubre en toda su persona, á pesar del abandono y la falta de limpieza que se advierte en su traje y en sus cabellos.

No sería extraño que quien lo fuera á ver en aquella cárcel lo hallara rodeado de algunos hombres de mala catadura, seres avezados al crimen, entre los cuales el citado jóven ha conseguido la superioridad que el talento alcanza en todas las esferas sociales.



Este jóven, antiguo conocido nuestro, es Julio. Julio, siguiendo la fatal pendiente del vicio, ha llegado hasta el crimen.

En su vida de jugador, y después de habérselo arruinado German, no encontró otro amigo como este á quien explotar en provecho propio; hizo crecer de día en día sus ficticias necesidades, y acabó por sentir una carencia absoluta de medios para sufragar sus enormes gastos.

Sin amigos inocentes como German á quienes dar lecciones del gran mundo; sin gratificaciones como las que en un tiempo recibiera de D. Fermín, y apremiado por las urgencias de su licenciosa vida, Julio comenzó pidiendo dinero prestado á sus conocidos, en grandes cantidades; después acudió á los usureros, y con estos no tuvo dificultad en comprometer las firmas de algunos de sus amigos, entre las cuales no falta quien espere que ha de resultar alguna falsificación; mas tarde pidió á sus mismos conocidos cantidades pequeñas, que ya tenían por objeto atender á las necesidades mas perentorias de la vida, y, por último, hallándose en este estado, siendo mal visto por sus costumbres y por sus bajezas en los círculos que frecuentaba, donde á cada paso recibía

desires crueles, que ningún hombre de honor hubiera soportado, se atrevió á asistir, sin previa invitación, á los salones de una familia ilustre y muy conocida en la capital de España, donde se celebraba un fastuoso sarao.

La prescucia de Julio causó un disgusto general.

Sin embargo, los dueños de la casa no se atrevieron á despedir á aquel hombre, que en alguna otra ocasión había sido admitido á fiestas semejantes á la que entonces se celebraba, y Julio permaneció allí entre la indiferencia y el desprecio de todos los concurrentes.

Julio vagaba solo por los salones, pensativo, enajenado, y como fraguando un diabólico plan.

El sarao estaba en todo su esplendor.

Habían dado las dos de la noche y acababan de abrirse las puertas de un espléndido *buffet*, al cual se dirigia gran número de convidados.

Y, cosa extraña, Julio no iba entre ellos.

Julio ocupaba uno de los mas retirados salones, en el cual se hallaba enteramente solo.

Quien lo hubiese visto en aquel instante, no hubiera titubeado en afirmar que Julio se disponia á cometer un crimen.

Estaba densamente pálido, convulso, y aplicaba

atentamente el oído, como si temiese que le sorprendieran en aquel lugar.

Pero la suerte parecia dispuesta á favorecerle: los ruidos exteriores se iban alejando, y el mas profundo silencio comenzaba á reinar en la estancia ocupada por Julio.

Este dió algunos pasos, se aseguró de que nadie le acechaba, y empujó una puerta que en el extremo izquierdo del salon se hallaba cubierta por una rica colgadura.

La puerta se abrió, y Julio desapareció detras de la cortina.

En aquel momento asomaron por otra puerta, en la cual habian estado ocultos, dos nuevos personajes.

Uno de ellos era pariente cercano del dueño de la casa; el otro un íntimo amigo suyo.

El primero apareció imponiendo silencio al segundo, y haciendo un gesto significativo, le empujó hacia la puerta de salida.

El amigo sabia sin duda lo que debía hacer, pues sin desplegar sus labios desapareció.

El personaje que quedó solo sacó y amartilló un revolver, y un segundo despues entró en la habitacion donde se hallaba Julio.

Lo que sucedió dentro de aquella estancia nadie lo sabe.

Transcurridos algunos momentos, Julio y su perseguidor volvieron á aparecer.

Julio, con el semblante descompuesto, el cabello en desórden y los ojos saltando de sus órbitas, paraba inútilmente por desahucarse de la mano de aquel hombre que, como un anillo de hierro, le llevaba cogido por un brazo.

—Si habla V. una palabra, le disparo, dijo el que sujetaba á Julio, apuntándole con el revolver.

Julio calló y se dejó conducir á la salida de la casa.

Cuando llegaron á la escalera, subia el personaje que antes vimos desaparecer, acompañado de dos vigilantes de órden público.

—Señores, dijo el que lo conducia soltando á Julio: entrego á Vds. ese hombre, que es un ladrón miserable.

—¡Miente V.! exclamó Julio reponiéndose: eso es una calunnia, y estos señores serán testigos...

—¡Silencio...! Registren Vds. á ese hombre.

Los vigilantes no se atrevieron á desobedecer aquella voz, que parecia acostumbrada al mando.

y registraron á Julio, á pesar de la resistencia que este quiso oponer.

No en vano se tomó esta precaucion, pues de uno de los bolsillos del frac le sacaron un precioso estuche, que, abierto, se vió contenia un aderezo de inestimable valor.

—Esta es la prueba del delito, dijo el que habia sorprendido á Julio: este aderezo pertenece á la dueña de esta casa; vean Vds. su cifra. Yo he cogido á ese hombre en el lugar donde acababa de cometer el robo.

Desde aquella casa Julio fue conducido al Saledero, y allí espera la sentencia de los tribunales que entienden en el proceso que se le sigue en la actualidad.

El caballero de industria tiene hoy la desgracia de estar recibiendo lecciones de otra especie en el patio de la cárcel, que es como si dijéramos la ALTA ESCUELA DEL CRIMEN.

Las personas que viven en Sevilla, al recorrer las tortuosas calles de la arabesca ciudad, al visitar sus severos templos ó al pasear bajo el risueño sol del Mediodía por las hermosas alamedas que se extienden á la orilla del Guadalquivir hasta terminar en los pintorescos jardines que con suma propiedad llaman *Delicias*, pueden ver una pareja, llena de gracia, de belleza y de juventud, que, á juzgar por la frecuencia con que se la encuentra en los sitios públicos y por la curiosidad con que todo lo observa, es extraña á la vetusta población, y pasa el tiempo visitando en esta las inestimables obras monumentales que posee y las ricas galas con que la naturaleza se adorna en su templado y benéfico clima.

Esta pareja la componen Ana y German.

Pero, antes de decir lo que á estos jóvenes les ocurre actualmente, justo es que enteremos á nuestros lectores de lo acaecido desde que Ger-

man, con el consentimiento del P. Alba, tomó del suelo la flor que Ana dejó caer para él en el atrio de la iglesia de San Sebastian.

Un año de pruebas impuso el anciano sacerdote al joven extraviado para cerciorarse de que era completa la obra de su redención.

German volvió á la senda del bien tan arrepentido y contrito, que el P. Alba, su confesor en todo este tiempo y el tutor á la vez de la niña huérfana, no vaciló en bendecir la union de dos corazones que habian nacido para amarse, y que habian vivido separados por las locuras de German.

Casados ya nuestros jóvenes, German se empeñó en abandonar por algunos meses á Madrid, cuya atmósfera decia que le ahogaba; y es lo cierto que nuestro joven ha querido huir de los lugares que han sido testigos de su desordenada vida, y en nuestro concepto ha hecho muy bien.

El P. Alba aprobó el pensamiento de German: este confió á Ana la eleccion del punto donde habian de trasladarse, y en honor de la verdad debemos decir que Ana en su eleccion supo mostrarse acertadísima.

En el dia Ana y German gozan las dulzuras de



una luna de miel, que promete sonreír durante una larga existencia, porque los jóvenes esposos, antes de saborear la inmensa dicha que hoy disfrutan, han conocido á fondo las miserias humanas bajo todos sus aspectos, y German ha recibido promedios lecciones, que nunca podrá olvidar.

Si en los magníficos templos de Sevilla veis en estos días una pareja orando con piadoso recogimiento, y en los semblantes de los dos jóvenes que la forman advertís que dan gracias al Altísimo por la leticia felicidad que en ellos asoma, no titubeis en decir: son Ana y German.

Si en los jardines del regio alcázar, ó bajo sus ricos artesonados, ó en las perfumadas *Delicias* que fecunda el caudaloso Betis, encontráis una pareja amorosamente enlazada del brazo, sonriendo y confiándose mutuas protestas de amor, no vaciléis en afirmarlo: son Ana y German.

Si durante la silenciosa noche, y en los estraviados barrios donde la miseria habita, halláis una pareja que en alas de la caridad cristiana acude á visitar y socorrer á los hijos de la pobreza, no lo dudéis un momento, ellos son: Ana y German.

FIN.





LAS TRES MARÍAS

---

THE END OF THE WORLD

---

11

---

LAS TRES MARIAS.

THE

THE

THE

THE

THE

# LAS TRES MARÍAS.

## CUENTO

DE

VARIOS COLORES,

POE.

MANUEL BRUNETTO.



MADRID:—1870.

IMPRESA DE N. MARTINEZ, TRAVESÍA DE SAN MATEO,  
NÚMERO 18, PRIMO BAJO.

THE FIRST PART

OF THE

THE SECOND PART

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE

---

### Zagalas y zingales.

Tres perlas tiene el valle.  
¿Sus nombres? los diré:  
María, María Antonia,  
Mariquita y olé.

---

Las flores de los campos  
y el ámbar, y el coral,  
con esas tres Marías  
quieren ribalizar;  
empeño inoportuno,  
envidia nada más,  
que llevan por hermosas  
coronas de azahar.

---



Tres perlas tiene el valle.

.....

Mañanas echiceras,  
madres del ruiseñor,  
en alas de la brisa  
llevadlas nuestra vez;  
decidlas que despierten,  
que seomen al balcón,  
que el alba sonriente  
saluda al nuevo sol.

.....

Tres perlas tiene el valle.

.....

—Mentirosilla está la mañana, aduladores.

—No tanto como dormilones tú y tus compañeras.

—¿Sí? pues esta mañana nos han desvelado los mosquitos.

—¿Vá esa con nosotros, Mariquita?

—¡Qué ha de ir! Pues el vosotros cantais como...

—¿Cómo? Dilo con franqueza.

—Hoy debe hacer mucho calor, porque las cigarras andan muy revueltas.

—Gracias, prenda, por la indirecta.

- ¡No vayan ustedes á creer...!
- ¡Ola, ola! ya asumen los otros dos solos.
- Déjense de astronamias, y quítense de bajo que vamos á regar estos rosales.
- ¡Canastos!
- ¿Qué es eso?
- Nos habeis puesto como ropa de pascua, pitarinas.
- Ya las avisamos.
- Tarde vino el aviso.
- Já, já, já, como estamos en verano...
- Nos habeis enviado el invierno.
- ¡Ustedes perdonen!
- Más pronto bajó el agua que el perdón.
- En cambio, allá vá esa rosa.
- Y esa.
- Y esa.
- ¿Cómo las distribuiremos?
- ¿No tienen nombre?
- No.
- Pues entonces, coja cada uno la que más le agrade, en premio de la música y en cambio del regalo.
- .....
- .....

Tales eran, amabilísima lectora, las palabritas que, como sarta de perlas, se cruzaban desde bajo

de un espeso parteral á un balcónico adornado con vistosos macetones y diminutas jénelas, al amancecer de una mañana del mes de Setiembre.

Bajo del emparrado, tres mocetanas como tres picas, empuñaban tres guitarras dispuestas á hacer bailar las seguidillas á un ruso.

Arribita en el balcón, tres chicas como tres sales dulcemente entrelazadas por cadénitas de cariño y amistad, reían y saltaban como alegres mariposas. Una era rubia, como los ángeles; dos morenas, de mirar de fuego; una era estelta como la palma del desierto, y sobre su nevado seno caían en abundancia lucies sus cabellos de oro; las otras dos, envidia de las Gracias, sujetaban á su preciosa cabeza uñas rodotes de negros y sedosos cabellos.

Pero, ¿cosa más particular? las tres llevaban el nombre más bello que bajo la cupa del cielo se da á las muchachas bonitas. ¿Cuál es ese nombre? El mismo de la Reina de los ángeles.

¡Bien hayan las hermosas que llevan por nombre el de María!

El balcón y el emparrado pertenecen á una de tantas casitas que, como banda de cisnes, aparecen sobre una inmensa alfombra de esmeralda que se llama la Vega del Segura...

Más hay que volver al cuento: quedamos en que las tres Marias echaban palahritas como claveles al

paral, y que los tres mozalvates mandaban perfumados suspiros al balcón.

—¿Qué charla es esta tan de mañana?—dijo interrumpiéndoles una abuelita alegre y sonriente como la aurora.

—Madrecita, buenos días;—exclamaron á una voz as de arriba y los de abajo.

—¡Buenos días te dé Dios!—replicó la anciana.

—¿Pues qué sucede?

—Sucedé que hoy no podeis ir á la fiesta.

—¿Por qué?

—Porque habeis desvelado á Doña Cármen, y de segura se levanta con un dolorazo de cabeza...

—Oá, no señora: Doña Cármen está más buena que nunca, y... ¿oye usted como el sacristán repiquetea las campanas llamándonos á la fiesta?

—¡A la fiesta! ¡a la fiesta!—dijo una nueva interlocutora apareciendo por entre los claros de una frondosa enredadera que cubría uno de los balcones.

—¡Viva Doña Cármen!—exclamaron los mozos.

—Viva, y viva la abuelita;—respondieron las tres Marias, añadiendo:

—Vamos á ponerlas de besos como el azúcar.

—Ó como á usetros de mojados;—replicaron ellas.

—Ó como á todos ustedes los pongo yo de pica-

ros;—gritó un labrador entre joven, entre vieja, abriendo de par en par la puerta de la casa.

—¡A la fiesta! ¡a la fiesta!—exclamaron de nuevo los jóvenes.

—¡Al chocolate! ¡al chocolate!—contestaron remedándoles Doña Cármen, la abuela y el labrador.

•  
•

Cuasi en el centro de la Vega de Orihuela, allí donde el Segura suelto en mil cintas de plata, mansamente murmura tiernas despedidas á las flores y los árboles que fertiliza para precipitarse en el proceloso mar, existe un pueblo de ricos y honrados labradores que se llama Catral.

Catral festeja todos los años á su patrona Santa Agueda, con misa de *tr-s en rígia*, como dicen por allí, disparos de morteretes, gran jaleo de campanas, magníficas carreras de caballos, donde se lucen guspetones mozos, y bailes en la pradera en los que mecean las caderas las chicas más echiceras de la vega.

Hay desde el pueblo á la ermita donde la Santa Patrona se venera, una callecita de barracas habitadas por humildes jornaleros, que por cierto no sufren que nadie les pregunten *dónde cuecen el arroz*, porque esta preguntita les escuece desde que indolentemente se propusieron cosecharlo en sus tierras.

En esta callecita de barracas, está el núcleo de la festa. Allí colocan los confiteros sus cajones de dulces como el almidar, y otros vendedores grandes tamastas de ricas frutas y hortalizas, de garbanos y avellanas tostadas que dicen comerme, y... y de flores que no se venden, porque las flores se hallan allí en todas partes, desde la orillita del arroyo hasta en la arboleda humbría, al pie de los altares y en vistosos ramilletes hasta en los broncos cabellos de las campesinas.

Las tres Marías, ó sea María, Mariquita y María Antonia, pasean por el caminito de la ermita llamada de la unción de los curiccos, más que por sus sayas cortas, sus zapatos de raso y un corpiño y delantal encajados de lentejuelas, con sus lábios sonrientes, llamados picositos y sus caritas de cielo.

Aquellos tres moxalvates de las guitarras, Pedro, Perico y Periquillo, las siguen como la cuerda al pual con sendos pañolones repletos de dulces, garbanos y avellanas.

Periquillo ha ganado tres carreras con su yegua y corre más alto que el lucerito del alba.

Perico encandilado en los ojos negros de la Mariquita, ni siquiera advierte que se le ha escapado una de las puntas del pañuelo por donde se le marchan á paseo garbanos y peladillas.

Y el buen Pedro que ni se encandila ni ganó carreras, vá sin embargo más orgulloso que un toro

por llevar delante las más guapetonas chicas que pisan tres leguas á la redonda.

Acaso, amabilísima lectora, vas creyendo que las tres Marías eran hermanas gemelas de las florcitas de los campos, y que los tres Pedros nacieron entre los aperos de labranza.

Pues si así lo crees, siento que estés en un error de que yo tengo la culpa porque hablando se entienden las gentes y yo tengo la palabra y el deber de espárcame.

María es hija de ilustres padres que brillaron en la corte como nobles de toda nobleza, y Mariquita de un valiente coronel muerto en el campo de batalla poco después de haber perdido á su esposa.

En cuanto á la María Antonia, conste que era el dulce encanto de una casa salariada de los campos en cuya humilde fachada medio oculta por verdes y frondosas pasionarias, campea el escudo de las ilustres Pizarros.

Y Pedro es un militar hermano de la Mariquita y Perico y Periquillo, primos hermanos de la María Antonia é hijos de un bravo marino que ante el eterno balanceo de su buque, trocó la blanca espuma del mar por el verde esmeralda de sus naranjales y el cadencioso murmullo de los corpulentos pinos de sus dehesas.

¿Como de tan distintas procedencias habían veni-

de ellas y ellos á reunirse en la casita blanca de la legua muy sentillo.

Corriendo la orilla del Segura, río arriba, se encuentra una ciudad, bellísima antaño recostada sobre un lecho de pintadas y olorosas flores, que vive de sus recuerdos, ya que muere olvidada hasta de sus propios hijos.

A la margen izquierda del Segura, y entre blancos álamos y perfumadas acacias, se levanta en Orihuela insano monasterio de la orden de San Francisco de Sales, donde santas vírgenes del Señor le eleban noche y día sus plegarias dedicándose á la enseñanza de preciosas niñas recogidas allí como inocentes palomas que desde el seno de sus madres vuelan en torno de otras madres, no ya eno amorosas y más dispuestas á guiarlas solícitas por el áspero camino de la vida.

En el Monasterio de las Salesas se educaron y crecieron en estrechísima amistad las tres Marias.

Al volver al mundo, los recuerdos de la infancia unieron sus corazones y en casa de los Padres se reunieron á pasar los hermosos días de la primavera con los seres que en el mundo les eran más queridos.

Y como la juventud busca la juventud, y como hemos dicho, los tres Padres eran parientes muy cercanos de las tres Marias, las seis jóvenes se reunían en el campo, bajo la inmediata y amorosa



vigilancia de Doña Carmen, madre de María, de la abuela de la María Antonia, del buen Pizarro del marino *cucayado*.

En cuanto á Mariquita, ya se sabe que es huérfana de padre y madre y ahora añado que acompañada de su hermano Pedro había acudido á aquella cita de cariñosa amistad.



Aun dura la fiesta á Santa Aguada; qué digo aun dura, empieza con más algazara y alegría: las guitarras y las postizas se oyen por todas partes, y mozos y mozas llegan al baile de la pradera.

—Mariquita no seas loca,

—Perico, no seas el diablo,

—Abajo los formalotes: Perico si tu te atreves á sostener la palabra antes de un decir Jesús, estan mis postizas tocando á sonaten en media del fandango.

—¡Que si me atrevo! ¡Por la estrella polar! como dice mi buen padre, ya estamos en el *regle*.

Y diciendo y haciendo, Perico y Mariquita se lanzaron en medio de un círculo de parejas de alegres labradoras entre los aplausos de la concurrencia.

Y el *cantador sudirgó* por vía de saludo las siguientes coplas:

Paloma, busca tu nido,

para llevarte una rama  
donde está escrita la historia  
de mi amor y de mi alma.

Si miras á la derecha,  
á la derecha me vuelvo;  
que soy como el girasol  
y con tu luz vivo y muero.

En el centro de una rosa  
mi despedida te envío  
si me has de pagar, morena,  
vuélmela en un suspiro.

Cada mochuelo á su olivo, cada pareja á su corteo  
y junto á sus amigos volvieron también Mariquita  
alegre y sonrosada como los claveles; Perico herido  
en mitad del pecho por los ojos de su compañera.

Ya iban á retirarse María y María Antonia, cuando...  
pum... plum... estaplum,  
boote plum.

¡La pólvora, la pólvora!

No te asustes bellísima lectora, no se trata de  
lancinadas y carrozas; por allá por donde bailan y  
uno no se conocen otros *fruscos gordos* más que los  
de los castillos de fuegos artificiales, pero en cam-  
bia, con este ó el otro pretexto, ya por la velada de  
San Juan, ya por la virgen de Agosto y muy depe-

cialmente en las nochecitas del otoño, apenas por una sin *carretillas* y cohetes que estallan entre exclamaciones de la más franca alegría. Las íntimas se fueron muchos años ha, dejándonos sin duda por mucho tiempo sus chirimías y sus zambraes.

Más la fiesta á Santa Agueda acabó; ¡y qué se acaba en el mundo!

Las tres Marías y los tres Pedros volvieron á la casita del parral.

Y luego... ¡qué días más hermosos se pasaron! Ya lo creo, como que sobre ser Pedro, Perico y Periquillo muchachos muy divertidos, allí donde todo rie, todo canta y todo vive, no se hablan de estar mano sobre mano, parados los pies y la lengua enmudecida.

¡Qué miraditas de color de cielo al lado del arroyo! ¡Qué cantares más dulces al resplandor de la luna! ¡Qué venturosos proyectos á la benévola sombra de los naranjales!

Así la juventud y la inocencia deja deslizar las horas. ¡Ah! ¡por qué pasan tan breves, por qué pasan para nunca más volver!

¡Y dichoso el que al salir del mundo de las ilusiones no se encuentra solo y desgraciado en el mundo de los desencantos!

¡Feliz el que puede girar siempre entre las flores, sin encontrar en el camino de la vida las espigas de las penas y de los pesares.

Que una corona de purísimos jaxmines orle siempre tu frente, queridísima lectora!

Que los dulcísimos cantos de la juventud ayaen en todo tiempo los dolores de tu pecho y las amarguras de tu alma!

THE HISTORY OF THE  
CITY OF BOSTON  
FROM THE FIRST SETTLEMENT  
TO THE PRESENT TIME  
BY NATHANIEL BENTLEY

IN TWO VOLUMES.  
VOL. I.

BOSTON: PUBLISHED BY  
J. B. ALLEN, 10 N. MARKET ST.  
1822.

THE HISTORY OF THE  
CITY OF BOSTON  
FROM THE FIRST SETTLEMENT  
TO THE PRESENT TIME  
BY NATHANIEL BENTLEY

## El teatro de la Opera.

Tras del verano el invierno: después de la dulce alegría de los campos, el placer en las ciudades y el ensueño murmurar de los salones.

¡Cuántas luces! ¡Qué rico artesonado de oro!  
¡Cuántos mullidos almohadones de sedoso terciopelo!  
¡Parece la misma gloria!

¡Qué divinas melodías! ¡qué preciosas niñas!  
¡Dios mío, y cuantos ángeles se ven en esos lujosos  
palcos!

Estámos en el teatro de la Opera en Madrid.

Aquella es la Condesa de... más bella que los broches de brillantes que sugatan su aéreo traje; que las cartas de perlas que rodean su torneada garganta.

Esa otra es la esposa del general R... rodeada de sus preciosas hijas, portentos de hermosura y reinas de la moda.

Peró allí llegan otras más hermosas y elegantes... terciopelo y flores doquier, doquier el oro, el

brillo de los diamantes, las fantásticas reverberaciones del cristal; doquier trages de gasa transparente descubriendo álbeas y palpitantes carnes de mozas hermosas como el ensueño de un ángel; doquier elegantes caballeros respirando placer y juventud.

Al admirar tanta belleza, bajo tan dealumbrador, ¡quién no imagina que aquel es el paraíso! ¡quién no hoga las amarguissimas quejas del corazón lacerado!

Quien quiera que sea el que por primera vez llevó a las aristocráticas representaciones del reino escocés, ¡como no ha de quedar embargado por aquella usita fascinadora! como no ha de envidiar á tantos que allí se van cruzar en todas direcciones, al parir felices y dichosas!

Serán privilegiados, ellos deben dormir eternos sueños de color de rosa; sin duda no tienen padres, no agobiados por los años y las enfermedades, declinan al suelo su venerable cabeza como se buende a poco de tierra donde cavar su sepultura; acaso o tienen hijos, vida de sus almas, laberinto de afanes y cuidados, eterno motivo de meditación y de apíres; seguramente sus fortunas son lumenas, y paz y el sosiego dulcemente entrelazados como el día y la noche en torno de sus hogares; sus terribes melías jamás fueron humedecidas por las lágrimas, estas manifestaciones de amargos desventuras; estos sentientes jamás tocaron la hiel del desenga-

le y el camino de su vida no está sino alfombrado de puras y olorosas flores.

No, no es posible que en medio de tanto fausto, rodeada tan lujosas galas se ocultan sangrientas y horribles historias, martirios cruentos, terribles dolores; no, no es posible presumir que cualquiera de aquellas hermosas damas, de aquellas elegantes caballeros, anhela trocar los encantos de su paraíso por las dulces y puras contemplaciones del alma sin macular; porque ¿cómo pueden abrirse los libros para dar salida á alegres y encantadoras sonrisas cuando el corazón salta en pedazos del pecho?

Y sin embargo, ¡triste es decirlo! tal es la farsa del mundo que bulle entre el crepúsculo de los salones que no es imposible descubrir terribles desventuras donde tal vez es más ruidosa y manifiesta la alegría; y sin embargo, no es raro encontrar entre esos seres que el mundo llama privilegiados, quien á costa de su sangre trocára esos fantásticos tronos elevados á su orgullo, por el pedazo de pan seco y moreno que se amasa con el sudor de una frente inmaculada en la más dulce y santa paz.

Empero dejémoslos ya de meditaciones, tal vez indignas para algunos de nuestros lectores, y sepámonos del asunto, siquiera para ello tengamos que entrar en el teatro de la Ópera y ponernos en observación desde una de las butacas.

En otra de las plateas estaban, ¿quién dirán este-



¿no? pues estaban nada menos que las tres Marías acompañadas de Doña Cármen.

Las tres jóvenes no sabían vivir sino juntas, y en sus veladas del campo habían proyectado el viaje á Madrid, donde María tenía su casa, y donde la Mariquita debía habitar; pues su hermano había sido destinado á uno de los regimientos de guarnición en la capital de España.

Mucho costó á Pizarro y á la abuelita de la casa blanca de la vega separarse de la María Antonia; pero fueron tales los ruegos de sus compañeras, tal la confianza que Doña Cármen inspiraba á aquellos buenos labriegos, que por fin cedieron, y María Antonia llegó á Madrid con un bolsillo repleto de oro que las modistas se encargaron de vaciar poco á poco.

Las tres Marías no eran ya aquellas buerfanitas de bayas cortas y corpiños bordados; radiantes de hermosura, en nada cedían á las demás, si bien sus trajes se separaban un tanto de la moda, sobre todo en los escotes.

No hay para que decir que los tres Pedros no estaban muy lejos: arrellanados en sus butacas esbaltaban también á la representación completamente transformados en elegantes *lechuguinos*.

Pedro, el militar, vá y viene, entra y sale como completamente conocedor de aquella gran casa.

Perico y Periquillo apenas se mueven de su sitio; especialmente Perico no quita ojo de la platea don-

de la Mariquita le sonreía de vez en cuando, dirigiéndole los magníficos gemelos.

Perico se halla como en mitad del cielo, porque... es preciso decirlo de una vez, Perico está enamorado de Mariquita y Mariquita está aquella noche amable y expresiva como nunca.

Pedro, sin embargo, no creyó oportuno que sus amigos estuviesen toda la noche envueltos, y les quitó de su éxtasis invitándoles á salir al corredor para fumar un cigarro.

Pero cuando el amor entra de veras, no hay cigarro que valga. Perico se escabulló como pudo, y se puso de atalaya en el tercer piso.

Desde allí podía contemplar á sus anchas á la Mariquita.

De pronto Perico palideció notablemente: había observado una cosa muy extraña.

Junto á su butaca vacía, estaba sentado un joven elegantísimo, que como él, no quitaba ojo de la Mariquita y la Mariquita que dirigía á todas partes sus gemelos se encubría con ellos para mirar, con demasiada frecuencia á aquel joven.

Los gemelos son y han sido desde que se inventaron el arma fatal de las coquetas.

¡Era Mariquita una coqueta!

¡Es posible que aquella niña encantadora, perteneciera á esa raza de mujeres, escándalo de la sociedad en que viven, eterno motivo de alarma y desas-

consigo para las madres que se mueren.

Si; desgraciadamente Mariquita, adornado solo de su hermosura y sus galas, solo veía en el hombre como un objeto de adorno que hay que cambiar cuanto antes por otro más nuevo, más en moda.

Sin padres desde niña, cuando Mariquita entró por el áspero sendero de la vida, olvidándose de las rigurosas lecciones de sus maestras, entregóse á su capricho, y de su capricho y de su veleidad amparada á hacer la primera víctima á Perico, leal y honrado campesino, que ya la amaba con toda su corazón.

Por eso al descubrir la horrenda traición con que se pagaba su cariño, Perico palideció sintiendo en el pecho un dolor agudísimo.

Y no había duda: Mariquita se fijaba demasiado en aquel jóven, para que Perico pudiese dudar. Su desgracia era tan cierta, que Perico, pasando súbitamente del estupor á la ira, se precipitó por la escalera decidido á todo: á pegar aquel hombre, á insultar públicamente á aquella mujer.

Afortunadamente, del tercer piso al patio hay bastantes escalones y aunque el pobre mozo los bajaba de cuatro en cuatro, al tiempo dejó lugar á la reflexión y Perico hubo de convenir consigo mismo que no era el teatro de la Ópera el sitio más á propósito para vengar sus agravios.

Sin embargo, entró con el rostro descompuesto por

entre las butacas en direccion á la suya, con las perezosas intenciones que en él podian darse: llegó á ella, miró á su vecino con instantánea desconfianza y al volver el rostro hacia donde estaba Mariquita para dirigirla una mirada de reconvencion, se encontró con los ojos de esta fijos dulcemente en él y sus labios sonriéndole.

Perico quiso aprovechar el momento para su venganza, y rapidamente dió la espalda á Mariquita.

Tan brusco movimiento hacia conocer á la coqueta que en traidora estaba descubierta y Perico, queriendo vengarse, no hacia sino descubrir el flanco á su enemigo.

Así fué, que no habia pasado un minuto sin que Mariquita levantándose de su asiento, fuese á ocupar otro en el fondo de la platea, desde el cuál sin embargo, se descubria perfectamente el sitio que ocupaba Perico, y eludia el compromiso de sostener las comunicaciones con su nuevo caballero.

Quando Perico, haciéndose el distraido, volvió á mirar á la platea, el vecino habia desaparecido y Mariquita con una cara muy triste contaba las varillas de su abanico como protestando de la injusticia con que se la trataba, aunque no dejaba de levantar la vista de cuando en cuando para mirar al campesino. ¡Y que casualidad! todas las veces que le hacia, sus ojos se encontraban con los de Perico.

Las coquetas tienen doble vista y los encantos de la sirena.

De tal manera los poseía Mariquita, que antes de levantarse el telón, cuando los otros dos Pedros llegaron á reunirse con Perico, este estaba ya más suave que un guante, seguro de que lo que había visto no lo había visto; de que Mariquita no mentaba sus injustas enajenaciones.

El tercer acto estaba á punto de concluirse y los espectadores comenzaban ya á pronunciarse en retirada.

Los tres Pedros tomaron sus aurigas y se dirigieron á la platea para salir acompañando á las señoras.

Al encontrarse con Mariquita, Perico estuvo á punto de pedirla perdón; no lo hizo, pero en cambio, con el acento más dulce que pudo le pidió una cosa que aquella había arrancado de su suéter y que hacía girar entre sus dedos.

—No la mereces,—le contestó Mariquita chajada, saliendo de la platea al corredor en unión de sus amigas.

Perico se conformó por el momento con el castigo y siguió á las señoras con rostro compungido, pensando de qué manera quitaría el enfado á la que tanto amaba.

Mas pronto el rostro de Perico varió de expresión, porque al fin del corredor estaba... estaba aquel ji-

er, en vecias, de tal manera situada, que las señoras debían pasar cual rotando con él.

Entonces las dudas volvieron á preocupar á Perico, que atentamente vigilaba los más imperceptibles movimientos de Mariquita y del desconocido, al parecer, gravemente ocupado en ahigarse.

Y nada: Mariquita pasó por enfrente de aquel jóven como si tal cosa, y Perico también; pero sospechosu esta todavía, no andubo seis pasos sin volver la cabeza á ver si el que creía su rival, tenía la audacia de seguirle.

Nunca que le hubiera hecho, porque volviendo tan oportunamente la cabeza, debía presenciar el último desengaño: en aquel instante, el desconocido levantaba una rosa del suelo y se la colocaba en el ajal del frece.

Aquella rosa era la misma que Mariquita llevaba en la mano, la misma que le había sido negada á Perico.

La cosa era grave: la ofensa imperdonable.

Sin embargo, Perico quiso arrancar por aquella vez, hasta la última sombra de duda, y pisoteando las vestidas de su prima, pasó bruscamente al lado de Mariquita, mirando si la rosa estaba todavía en sus manos.

Y estaba ciertamente: la coqueta sabía que Perico al salir á la calle volvería á pedirle aquella flor, y la que arrojó al pasar por frente del jóven desco-

noído, fué rápidamente sustituido por el que con la precipitacion, esta otra no era rose sino una margarita.

Notarlo Perico y quedarse parado como una estatua, todo fué uno.

Disimulando cuanto pudo, dejó pasar á su prima y sus amigos; más notando estos que se quedaba atrás, quisieran interrogarle.

—Voy á seguida,—le contestó Perico, que habia perdido completamente la cabeza.

Sus amigos no se apercibieron de su estado y siguieron adelante.

Perico quedó como clavado en el mismo sitio. Por allí tenia que pasar su rival, y efectivamente, á los pocos momentos el jóven apareció en el estrador.

Verlo Perico, avalanzarse á él y arrancarle la rosa del pecho, todo fué uno.

Tan brusco fué el movimiento, que el jóven retrocedió asustado; pero pronto se apercibió de lo que era, y dirigiéndose á su vez á Perico con ademán altanero, le dijo:

—Caballero, no conozco á usted, pero me acabo de inferir una ofensa que solo se lava con sangre, esa rosa que usted me acaba de robar va á costarme la vida, pues solo con ella puede pagar su guacera. Hé aquí mi tarjeta,—añadió el jóven sacando su cartera de bolsillo.

—Es inútil,—respondió Perico líbido de coraje:—

si usted me dió su tarjeta para que se entendían los señores, ha de saber usted que yo ni los tengo ni se quiera, porque no me bato.

—¿Con que usted no se bato y roba flores?—exclamó el joven;—¡ah! bien veo que la cara es el espejo del alma, y que usted tiene toda la cara de un *graja*.

El Perico tan feroz insulto, coger por la cintura al contrincante, levantarlo en alto como una loma y arrojarlo á distancia de diez pasos sobre el suelo, fué obra de un instante.

El ruido atrajo naturalmente á los curiosos, y las crónicas á los polizontes.

Perico, como agresor, fué detenido á seguida, sin embargo que á ello opuso viva resistencia.

Pocos minutos despues, Perico iba preso, el joven desconociendo en habia ocultado á las burlescas sonrisas de aquel público ilustrado, y más de uno y más y más, salían á la calle preguntándose:

—¿Quién será ella?





---

### El cajón.

Figúrense nuestros lectores cuál sería la admiración de los amigos de Perico, completamente ajenos á lo que había pasado, cuando después de esperarle en la calle largo rato, notaron que el tiempo se paraba y no venía.

—¿Le habrá sucedido algo?—dijo inquieta Doña Cármen.

Y Periquillo, que hasta entonces no se le había ocurrido que á su hermano hubiese podido aconte-

cerle nada de particular, entró precipitadamente en el teatro, cuyos corredores estaban ya desiertos.

Los sirvientes empezaban á apagar el alumbrado, y uno de ellos observando las vueltas y revueltas de Periquillo, se acercó á él diciéndole:

—¿Caballero, se le ha perdido á usted alguna cosa?

—Me he perdido mi hermano;—contestó raudamente Periquillo.

—Pues no ha visto ningún niño por ahí,—replicó el criado.

—Mi hermano no es un niño, mi hermano es mayor que yo.

—¿Alto, moreno?

—Sí.

—¿Capaz de derribar una torre de una puñada?

—Cabalmente.

—Pues entonces, caballero, no se moleste usted en buscarle en el teatro.

—¿Pues dónde?

—En el cajón.

—¿Se está usted burlando de mí?—exclamó Periquillo con tono amenazador.

—Yo no me burlo de nadie, caballero;—dijo apresuradamente el mozo haciéndole algunas palmadas atrás al ver que Periquillo se le venía encima; e inmediatamente añadió:

—Cuidado, que la familia se conoce que tiene mal genio.

—¿Por qué ha dicho usted que mi hermano está en el cajón?—replicó Periquillo más prudente.

—Toma, porque lo está; porque los polizontes se le han llevado allí.

—¿Al cajón?

—Sí, al cajón, á la Prevención, lo mismo tiene.

—¿Cómo! ¡mi hermano á la Prevención!

—Ni más ni menos; y si no se lo llevan pronto, mata al otro.

Periquillo, apenas se oyó las últimas palabras, porque sin aguardar más explicaciones salió á la calle hecho un loco, sin acordarse que en la otra puerta le es'aban esperando sus amigos.

Ya en medio de la plaza de Isabel II, Periquillo se vio obligado á pensar en una cosa: á pensar donde estaba la Prevención.

—¿Qué diablos! No saber yo dónde está la Prevención, pero ¡ah! allí veo un sereno y me lo dirá.

Y Periquillo se dirigió al sereno preguntándole:

—¿Dónde está la Prevención?

—¿Está usted herido, caballero?—le preguntó el gallego del farolillo y el chuzo.

—No señor,—contestó Periquillo.

—Ah! ¡entonces será que lo han robado?

—Tampoco.

—Ya calgo, en le ha escapado alguna prenda.

—Pero, ¿me quiere usted decir dónde está la Prevención?—gritó impaciente Periquillo.

—¡Vámonos andando, caballero, y qué mal humor gusta!

Y diciendo y haciendo el sereno guió á Periquillo hasta la prevención.

Ya allí, el sereno volviéndose á nuestro amigo, le dijo dejando caer la contera de su chupa sobre las baldosas:

—Ya está usted en su casa caballero.

—Pero el pobre joven no se ocupó de tal banalidad y dirigiéndose al polizonte le preguntó sin saber lo que decía.

—¿Es verdad que está preso mi hermano?

El polizonte miró al joven con ojos soñolientos y cuando ya estaba á punto de esotar la carcajada, en el fondo de la caserna se oyó esta exclamación:

¡Periquillo!

—Perico, hermano mío ¿que te ha sucedido?

—Nada, que he andado á golpes con un importuno, y estos señores se empeñan en llevarme preso, sin duda porque no saben una jota del código penal: lo que he hecho constituye una falta, no un delito.

—Díe á usted caballero: usted ha hecho resistencia á la autoridad, y ya ve usted que esto constituye un delito de los gordos;—replicó con énfasis el cabo de guardia.

— Pero hombre... — interrumpió Periquillo inter-  
saliendo por su hermano.

— ¡Pero hombre... — repitió el cabo, — ya he dado  
parte al señor Inspector, y... pero aquí viene el  
número que le mandado.

Efectivamente otro polizonte se dirigia al café.

— ¿Qué hay? le preguntó el cabo.

— El señor Inspector me ha dicho que se tomen  
las señas de este caballero, que diga donde vive y que  
se le deje en libertad.

— Lo ve usted hombre, juicio de faltas; — dijo Peri-  
quillo.

— ¡Quiere usted apostar á que le meto á usted  
tambien en el café por desacato á la autoridad! —  
exclamó amostaxado el buen cabo.

Perico comprendió en aquel momento que le que-  
ría convenia ora estar en libertad, no discutir con el  
cabo, y lo más suavemente que pudo le dijo:

— No le haga usted caso, como es mi hermano...  
aquí está mi tarjeta con las señas de mi casa; y en  
cuanto á las personales, — añadió echando mano al  
bolsillo y dejando una moneda de oro sobre la me-  
sa, — al despues de beber á mi salud quieren venir  
por ellas, siempre les será más cómodo.

— Efectivamente, caballero; — dijo el cabo hacien-  
do una reverencia; — no corren prisa, puede usted  
salir cuando guste y usted dispense la molestia;

pero ya vé usted... ¿Quiéren ustedes que les acompañemos?

—Muchas gracias,—contestó Perico respirando con desahogo al verse en la calle.

Entonces Periquillo se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te sucede?—le preguntó Perico algo alarmado.

—¡Qué me ha de suceder! que entré en el teatro para ver si te había sucedido alguna cosa, y que al oír que estabas preso, salí por otra puerta de la ru que estaba esperándonos la familia... pero... mira, allí creo que vienen; sí, ellos son, habrán preguntado, y...

—¿Saben que he estado preso?—exclamó Perico avergonzado y dirigiéndose apresuradamente al encuentro de sus amigos.

La primera que le vió fué Mariquita, que demostrando una gran sorpresa exclamó:

—¡Eres tú, Perico! ¡por Dios! ¿Qué te ha sucedido?

—Sí, ¿qué ha sido ello?—repitieron llegando los demás.

—Nada, no ha sido nada;—contestó Perico mirando tenazmente á Mariquita:—todo ello no ha sido otra cosa que una lamentable *série de equívocos*.

¿Quién había de decir á Perico, que aquella frase  
había de obtener tanta y tan triste celebridad an-  
dando el tiempo!





### La coqueta.

No extrañen nuestros lectores que volvamos sobre el mismo tema: es preciso recargar el cuadro, para que la horrible figura de la coqueta sobresalga.

Horrible, sí; más horrible, cuanto más bella sea la que incurra en tan feo vicio.

Y en verdad que pocas coquetas hay que no sean hermosas; pero su hermosura, medida de su voluntad, es la circunstancia más agravante que concurre en su delito: porque valerse precisamente de los dones más preciosos que debemos á Dios para luchar contra Él, aún más que circunstancia agravante, constituye un delito más atroz.

La mujer ha sido criada para ayudar al hombre á soportar la pesada cruz que el pecado original puso sobre sus hombros; por esto mismo, la mujer que conspira contra el hombre para herirle y desahuciarle, es aún más fiera que la serpiente del Paraíso.

Como ella le alhaga y lo seduce; como ella le fascina; y como ella le precipita en avismos insensibles; pero más que ella hurta su buena fe, porque si Dios prohibió á nuestro primer padre comer de la fruta de *aquel* árbol, no prohibió á los hombres amar á una mujer, fiar en sus palabras y ceder al amor.

¡Ah si las coquetas tubiesen cabeza para sentir los terribles efectos que las más de las veces producen sus ligerezas!

El mundo entero se ha acostumbrado á preguntar siempre que descubre una desgracia *¿qué es ella?* y aunque el mundo se equivoca muchas veces, hay que confesar que otras muchas veces preguntando esto, porque efectivamente, *ella es una coqueta.*

¡Qué horrible es siquiera pensar cuantas lágrimas y aun cuantas gotas de sangre manchan muchas veces la finísima y blanca mano de una mujer valerosa; y más horrible todavía estar sosteniendo de que si los tribunales castigan con rigor las primeras causas, más de una y más de dos mujeres cuya limpia frente empaña la brisa más suave, estarían complicadas en monstruosos procesos!

Y luego, ¿qué difícil es que sea buena esposa y buena madre la que en la edad de la pureza ha manchado tan alevosamente la traición!

¡Ahí pes seguro que ni una sola de las lecturas de

as sus feos vicio; pero aun así, tenemos que pedirnos  
pueden por si hemos sido poco amables con la pre-  
tensa mitad del género humano, aunque á decir  
verdad, las coquetas no merecen ser mujeres!

Tendadito, que opinamos como Cervantes cuan-  
do decía,

«qué si hay Danaos en el mundo,  
hay pluvias de oro también.»

No faltaba más! á millones las hay que no incur-  
ren en una coquetería por todas las galas y todos  
los novios del mundo.

A propósito, una observación: ¿en qué consiste que  
para cada mujer del que se casa, se quedan cien co-  
quetas para vestir suéter?

Esto debe consistir en lo mismo porque los hom-  
bres huyen para casarse de las que gastan mucho y  
gustan de lucir demasiado el diminuto píe; el hom-  
bre sensato, el buen marido, no elige para esposa á  
una mujer infiel y esquivana.

Y no desistas más, porque la profunda tristeza  
que embarga á Perico nos está llamando la aten-  
ción.

Perico es bueno y leal; Perico quería á Mariqui-  
ta más que á su vida, y no habiendo probado jamás  
la miel de los desengaños, natural es que el primero  
le amara tan dolorosa afectos.

En vano Periquillo, que enteramente satisfecho  
de su María Antonia no acertaba á comprender

como la que juraba si á un hombre podía venderse después; en vano Periquillo, decimos, se afanaba por convencer á su hermano de que había jugado con ligereza á Mariquita.

Porque lo cierto es, que poco á poco se fué sabiendo que la Mariquita había sido causa de la riña en el teatro y de la encerrona de Perico.

Y como se había sabido esto, y María y María Antonia eran muy buenas, y doña Cármen no quería malas amigas para su hija, las relaciones con la Mariquita se iban notablemente enfriando, con que á Pedro, casi ignorante de todo, le tenía ya poco ofendido con unas y con otros.

Periquillo no era el mejor médico para curar la enfermedad que padecía su hermano, sino para empeorarla.

Perico necesitaba un amigo que supiese distraerle del recuerdo de Mariquita, y su hermano, inocente, avivaba este recuerdo en su buen deseo de justificar á su antigua amiga y de que á su hermano se le pasase la tristeza.

Perico estaba muy triste es verdad; pero su tristeza era motivada por los celos, y sabido es que los celos es la ceniza con que el corazón cubre el fuego que la devora.

Cierto es que María y María Antonia, que querían de veras á Perico, comprendiendo por instinto que lo que le convenia era olvidar por completo á

aquella mujer, se dedicaban á proporcionarle medios de olvidarla, ya evitando que la viese, ya ridiculizando á las coquetas; pero Periquillo creyendo salvar á su hermano, seguía en sus trece á pesar de los consejos de la María Antonia.

Y como las trece de Periquillo era lo que más le gustaba á Perico, poco á poco fue dándose por vencida hasta decidirse (no deseaba otra cosa), á entenderse de nuevo con Mariquita.

Más para entenderse, era necesario buscarla; y como las relaciones se habían enfriado tanto que los seis amigos no se habían visto reunidos hacía un mes, Perico se dedicó á rondar la calle á su adorada, primero como por casualidad, luego con más insistencia y más tarde con osadía; y con tanta osadía, que Perico llegó á ser el uso de la calle.

Pero ni por eso: Mariquita no salía al balcón y ni tan siquiera de su casa; Perico no logró verla en muchos días.

¿Deseán nuestros lectores, que esto desanimó al inocente joven? No; antes por el contrario: él creyó que tal había sido la herida que con su injusticia había abierto en el pecho de Mariquita, que esta se había retraído por completo.

Y ocurriósele tal idea y estar más amartelada y palia que nunca todo fué uno.

Las escenas del teatro habían sido completamente olvidadas; los celos desvanecidos; porque la ver-

dad creó que ni una sola vez había visto pasar por la calle donde vivía Mariquita á su rival, y esto era señal ó de que no había tal rival ó de que si le había no alcanzaba gran fortuna.

La cuenta era igual para Perico: de todos modos, según él, Mariquita no le había olvidado.

Nada como los amores platónicos para entusiasmar á las gentes y formar castillos en el aire.

Estos amores se amoldan con facilidad al gusto del consumidor.

Estos amores sirven muy buenos platos de ilusiones, y el que de ellos se mantiene, podrá usar todo lo escudido que se quiera, pero también más amante cada día.

Y es que el misterio atrae como el abismo: aunque, el misterio y el abismo, suelen ser lo mismo para los que se dedican al amor platónico.

Cuando se rueda al abismo, lo más probable es romperse la cabeza.

Cuando el misterio del amor platónico se acaba, es casi seguro encontrarse herido por cien dagaños á la vez.

Pero nuestro amigo, como todos los enamorados de este género, no se entretenía en filosofar, sino en amar cada vez más.

Cuando en el balcón de Mariquita veía una silla, por ejemplo, el corazón le palpitaba con violencia,

y un jahi habrá estado ella sentada! salta entre suspiros de sus labios.

Sin el antepecho flotaba un pañuelo blanco, jesea te saludó que me vél decía Perico: es preciso pasar más y más, para que me vea todo lo que quiero.

Eso parecía una fatuidad, pero realmente no era más una tontería de las muchas que piensan y cometen los del oficio.

En día, Perico estuvo á punto de volverse loco de alegría: era ya evidente que Mariquita se ablandaba, que las distancias se acortaban de nuevo.

Había visto en el balcón una prueba acabada de que su adorado tormento deseaba verle y hablarle.

La como no dejaba lugar á duda.

Era una sombrilla.

¡Una sombrilla! Claro está, se dijo Perico, que Mariquita ha querido indicarme con ella que vá á salir á paseo.

¡Pero dónde? ¿dónde? A la montaña del Príncipe ya debé ser, porque, porque el puño de la sombrillamira hacía aquella parte.

¡Pero cuándo? ¿cuándo? á las cuatro, porque la sombrilla está apoyada en la pared, frente por frente al cuarto hierro del balcón.

¡Nada, es seguro: á las cuatro la veré en la Montaña! con las tres, se dijo Perico, voy á tomar un



café en el Suizo, luego un coche hasta el cuartel de San Gil, allí me bajo, doy mis cuatro reales al *Símon*, y me entro como un hombre en la Montaña.

¿Y qué la diré para empezar? ¿Y cómo la hablaré si vá con su hermano? Pero qué, no irá con su hermano, porque si así fuera, no me hubiese citado. Irá con alguna señora amiga suya, y...

¡Al Suizo! ¡al Suizo! no tengo tiempo que perder: volvió á decirse Perico mirando su reloj y poniendo la cara más alegre del mundo.

Y al Suizo fué; y para no desgastar el reloj, se puso delante de el del , establecimiento diciéndole al mozo que le sirviese cuanto antes.

La cosa no era para menos: Perico tenía una cita á la que ningún hombre bien educado falta jamás.

El café que le sirvieron estaba de caliente como el fuego que lo había hecho, pero Perico lo tomó á grandes sorbos con no poco detrimento de sus labios y de su garganta.

Después dió una peseta al mozo, y sin aguardar la vuelta, se lanzó á la calle, se encajonó en el primer *Símon* que encontró al paso, y frente al cuartel de San Gil dejó al auriga.

A las cuatro en punto, ya estaba el buen Perico en la Montaña, y resaceltamente entró por la puerta de la *lechería* sin ocurrirle un momento que todo aquello podía ser una ilusión de su acelerada fantasía.

El que diga que es esto inverosímil, no sabe lo que es un enamorado *para-calles* ó *aprendiz de telegrafista*, que lo mismo tiene.

Pues, el señor; esto es tan verosímil, que cualquiera que hubiese querido argumentar á Perico para demostrarle su engaño, quizás hubiese hecho conocimiento con sus puños, que no eran flojes.

El caso fué que Perico se dirigió por una de las calles de árboles que hay en la Montaña, y luego por otra, y luego por otra, y... nada; Mariquita no parecía, por más que Perico la buscaba.

Entonces, y solo entonces, pensó Perico que podía haberse equivocado de dirección, y que tal vez le señalara le indicase otra; porque, que la sombrilla estaba allí puesta con intención, no le cabía la menor duda.

Ya desesperado iba á dar la última vuelta, cuando ¡oh casualidad! Mariquita apareció al fin de uno de los pasos, en compañía de una señora amiga suya.

Perico había acertado.

Pero Perico no lo había acertado todo, porque no venían solas Mariquita y su amiga; un joven elegante las acompañaba.

Al punto, Perico creyó que aquel joven era el del teatro de la Ópera, y su rostro se encendió de ira.

Pero aquel joven no era el mismo, era tal vez un

importante que Mariquita había encontrado en el camino.

Las distancias fueron acortándose, y cuando ya les separaban pocos pasos, Mariquita se dio en él, y con la sonrisa más natural del mundo, extendió tendiéndole la mano:

—¡Ola, Perico! ¿Cómo tan solo por aquí?

—He venido á tomar un poco el sol,—le contestó Perico balbuceando de emoción.

—¿Y las chicas, están buenas? Hace mucho tiempo que no las he visto: dígame usted que me ha mudado de casa, y que ya iré á ofrecerles mi nueva habitación.

—¡Como! ¿se ha mudado de casa!—dijo Perico á quien aquel usted y aquella mudanza le habían desconcertado por completo.

—Sí hombre, sí le contestó Mariquita riendo,—no se olvide usted de decirle á la familia... pero no le diga usted nada, que yo iré... con que adios, cuídense con el sol no le haga á usted daño, adios.

Y Mariquita saludando con la mano á Perico le dejó plantado en la mitad del paso, y siguió su camino con las que le acompañaban.

—¡Dios mío! ¿será posible!—exclamó Perico al verse solo.

La voz de Mariquita que se alejaba le sacó de su abstracción.

—Es un lugarito,—decía á sus acompañadas.

— ¡Un lugareño! ¡lo díse por mí, sin duda! — volvió á exclamar Perico verdaderamente afligido. — ¡Un lugareño! y me habla de usted, y se ha mudado de casa, y aquella sumbrilla no será suya... ¡Dios mío, tened piedad de mí!

Y Perico, sintiendo que las fuerzas le faltaban, adelantó algunos pasos hasta un asiento de piedra donde se dejó caer.

Mas, pronto se levantó como picado de una viva-diciendo:

— ¡Vá á volver! ¡vá á volver, y me hará nuevos deseos: me voy de estos sitios, no debo volver á casa!

Cuando el joven fué de nuevo á tomar un coche en la parada de la plaza de San Gil, más que un hombre parecía un cadáver.

Cuando llegó á su casa, arrojóse vestido sobre el sofá y lágrimas ardientes brotaron de sus ojos.

La roqueta había herido por segunda vez aquel sensible corazón.

La mujer se vengaba del hombre que la había puesto en evidencia y rehajado á los ojos de sus amigos.

Hay algo peor que una roqueta, y esto algo es una mujer ofendida.



### La cosa se agrava.

Perico no tenía nada de mujer; pero en su cuarto, solo con su dolor, lloraba como una Magdalena.

Dichoso el hombre que puede llorar sus penas, sin que nadie lo vea. Y decimos sin que nadie lo vea, porque el mundo tiene prohibido al hombre que llora.

De un hombre que llora todo el mundo se rie, aunque el mundo sepa que ha perdido a un hijo.

Las lágrimas, líquidas manifestaciones del dolor, desahogo de una alma ascojada, solo se permiten a las mujeres: la mujer puede llorar cuanto quiera, puede llorar hasta de demasiando reír; pero el hombre tiene que evitar tales manifestaciones, y así lo hace desde niño.

De aquí resultan hombres que no pueden llorar, por más que en ocasiones las lágrimas sean su salvación.

Pero quien manda manda, y cartucheta en el cañón la sociedad es tan exigente, que quiere que se la obedezca sin replicar.

Perico, sin embargo, lloraba sus desengaños a hurtadillas de la sociedad.

Mas su dolor no podía dulcificarse con las lágrimas.

Su cabeza ardía con el calor de la fiebre que en él se iba desarrollando.

Después de la aventura del teatro de la Ópera sufrió mucho, pero no podía olvidar á Mariquita.

No olvidó á la ingrata sino su traicion; no hayó sino que se acercó á ella, y al acercarse volvió á creer; su ilusión le representó como realidad lo que solo era un sueño, y al despertar del sueño, se sintió herido mortalmente; y como Perico no era capaz de acariciar la venganza y el odio, lloraba sus desencuentros sin siquiera tener el consuelo de aborrecer á Mariquita.

Cuando Periquillo volvió á casa y entró en el cuarto cantando su alegría de ser unido por una mujer tan buena como María Antonia, ni siquiera advirtió que no estaba solo; pero no pasó mucho tiempo sin que un hombre y prolongado suspiro le indicase que había alguien en la alcoba.

— ¡Perico! — exclamó al ver á su hermano con la cabeza oculta bajo la almohada. — ¡Perico, hermano mío, qué te sucede!

Mas Perico no contestaba, á pesar de que su hermano lo llamaba y le tocaba cada vez con mayor cariño.

Periquillo probó en vano á desahogarse de la almohada.

Por último, Perico se incorporó con violencia, y entonces Periquillo se asustó más y más, viendo que su hermano le miraba con ojos extraviados.

—¿Hermano mío, qué tienes? ¡soy yo, soy Periquillo!—exclamaba el pobre joven sin poder darse cuenta de lo que sucedía á su hermano;—tú estás malo, tienes calentura, voy á llamar...

—¿A quién vas á llamar, á ella? es inútil, la he visto en la Montaña; ya no vive donde vivía; ya sé definitivamente que no me quiere;—dijo por fin Perico con arrebató.

—¿Luego, se trata de Mariquita?—le contestó imprudentemente su hermano.

—Pues de quién se había de tratar sino de ella que ha sido mi vida y hoy es mi desesperación!

—Perico, esa mujer no es buena; olvídala, vámonos de Madrid.

—Si, vámonos de este pueblo, hermano mío; aquí me ahogo, este bullicio me enloquece, ¡siento un peso en la cabeza!

—Perico, tú estás malo, acuéstate y llamaré á la patrona para que nos traiga un médico.

—Un médico! ¡serás tú que mi mal lo curará un médico?

—Sí, hermano mío; por Dios has lo que te digo, acuéstate, entra en reflexion: ¡ah! si el padre su-  
piera...

—¡Mi padre! ¡padre mío!—exclamó Perico llorando y estrechando á Periquillo entre sus brazos.

El recuerdo de su padre, había conmovido las fibras de aquel hermoso corazón; ante el nombre de



bitacion de sus primos con rostro demudado; Doña Cármen la seguía acompañada del verdadero médico.

Lo primero que hizo María Antonia, fue entrar donde estaba Perico y sentarse á su lado.

Perico al verla, la miró con la expresion de la más dulce gratitud, y como si quisiese reanudar sus recuerdos, la cogió una mano preguntándola:

—¿Cómo tá por aquí?

—Muy sencillo,—le contestó María Antonia;— como desde ayer no te hemos visto, he venido con Doña Cármen y este caballero, á ver si te enseñan algo.

—Estoy enfermo;—murmuró Perico.

—Ya lo veo; pero felizmente este señor es médico y nos dirá lo que tienes.

El médico se aproximó entonces á Perico; le pulsó, le preguntó, y últimamente salió de la alcoba con Periquilla.

Después de hablar con él breve rato, se dirigió á las señoras que le interrogaban con la vista desoladora:

—Por ahora, esto no es nada: la enfermedad de ese caballero no matará su cuerpo.

Del alma no respondía el doctor: señal inequívoca de que había conocido la enfermedad.

### El ángel de la guarda.

No hay nada más incómodo que una casa de huéspedes, tanto en Madrid como en Londres; así en España como en la China, si es que hasta la China han llegado las viudas de Brigadieres y Viudas de Aduanas.

Perdonen ustedes, señoras mías, pero como ustedes tienen que vivir con su trabajo, y su trabajo es atender á tantos, cuando por un revés de la fortuna se ven obligadas á poner casa de huéspedes, no es extraño que descuiden á los unos por los otros, y que al lado del *histórico* garbanzo no euzan bien las medicinas.

Ustedes tienen todas un buen corazón; son ustedes las únicas para cuidar de sus huéspedes, sobre todo cuando pagan bien y comen poco; pero... vamos, que no pueden ustedes repicarle ir en la procesión, y desgraciado del que cae enfermo en una casa de huéspedes, sobre todo, si se muere; digo mal, si se muere el huésped lo entierran, y asumo sueludo; pero sus herederos... con la cuenta de la

enfermedad, tienen bastante para no vivir jamás al difunto.

Estas son murmuraciones infundadas, ya lo es; pero lo cierto es que se murmura sin que ustedes, señoras mías, hayan podido hasta ahora hacer callar las malas lenguas, y eso que para hablar, ustedes, se pintan solas.

De estas mismas ideas debía participar Doña Carmen, cuando quisiera que no, y después de consultar con el médico, se empuñó en que Perico se había de vestir, y con todas las precauciones del mundo trasladarse en un coche á su casa.

Y no hubo más; Periquillo convenció á su hermano que no opuso gran resistencia, porque no tenía su cabeza para discusiones, y después de vestirse como Dios le dió á entender, medio le cogió en brazos y dió en el coche con él seguido de Doña Carmen y de María Antonia.

La patrona se quedó echando pestas y venabias contra Doña Carmen, y diciendo á todo el que le quería oír:

— ¡Vaya con la señora! ¿pi se habrá figurado que yo no sé curar enfermos? si la vuelvo á ver, he de decirle que me ha criado en tan buenos pañales como ella, y que mi difunto, que esté en gloria, era *esmerlante* de peasteros.

Pero cuando la patrona de Perico decía esto, ya estaba Doña Carmen donde no podía oírlo, por lo

que aquella buena señora, para desahogar su mal humor, puso á media ración á los demás huéspedes que habia en la casa.

La enfermedad de Perico, sió grave, erá más larga de lo que en su primera visita creyó el médico: la calentura adquirió al segundo día cierto caracter nervioso, que alarmó al doctor y á la familia.

Por la alarma no tomó cuerpo, porque la enfermedad fué decreciendo al quinto día, gracias sin duda al cariñoso somero y cuidado de sus constantes enfermeras María y María Antonia.

Sobretodo María, que habia tomado á su cargo cuanto dependia de la cocina, (porque aunque noble y rica, María sabia guisar y barrer), no descansaba su momento, habiéndose notado en ella una palidez extrana, y una gran tristeza durante los dias en que el enfermo estaba de cuidado, y una franca alegría luego que la enfermedad fué decreciendo.

Con tales enfermeras, —solia decir el médico á Perico, —no pueda usted menos de ponerse muy pronto bueno; aunque, si yo fuera que usted, alargaria cuanto pudiese mi convalecencia.

Efectivamente, tal erá el esquisito interés que por el enfermo habian tomado las dos amigas, que Periquillo solia reír con ellas, acusándolas de que no le dejaban hacer nada por su hermano.

Dona Cármen era la encargada de las horas, y pocas minutos faltaba del cuarto del enfermo.

Aquella buena familia había comprendido perfectamente que lo que Perico necesitaba sobre todo era distraer su espíritu de amargos y dulces recuerdos, y hacía cuanto le era dable para que olvidándose de todo, solo pensase en sí misma.

Allí no se nombraba para nada á Mariquita, y con justificados pretextos se impidió la entrada á Pedro que al saber que su antiguo amigo estaba enfermo fue apremiosamente á verlo: y por cierto que esto fué un nuevo motivo de resentimiento, y de que las relaciones se enfriasen más y más; cosa que á los amigos de Perico les tenía sin cuidado.

Por fin tras un día bueno vino otro mejor, y aquel en que el médico dió permiso á Perico para que se levantara.

La convalecencia no fué larga ni penosa; pero era preciso evitar una recaída, y en consejo de familia presidido por el doctor, se decidió ir convenciendo á Perico de la necesidad de que así que estuviese bastante fuerte fuese á tomar las aguas de su país, con tanto más motivo cuanto que en la costa de la vega, no se tenía la menor noticia de lo que había pasado.

Desde entonces, todos procuraron animar á Perico á volver á su país, más necesario cuanto que el permiso otorgado por sus padres se iba ya comunicando á nuestras provincias.

Sin embargo, será de notar que María, sobre tan

solicita para cuanto podía hacer bien al enfermo, siempre que se trataba del viage se callaba como una muerta, y aun más de una vez mostró en sus terneros ojos, que tales proyectos le desagradaban. Se duda se había aficionado de tal modo á sus amigos, que solo la idea de separarse de ellos le afligia profundamente.

Su madre, para quién como buena madre, no pasaba desapercibido todo cuanto se referia á su hija, le miraba de cuando en cuando como queriendo adivinar lo que pasaba en su alma; pero ni la misma María podía explicárselo.

Al fin los proyectos se formalizaron, y Perico, para quien todo lo que no fuera su padre y sus amigos le parecia indiferente, convino en el día en que habia de ser la marcha.

Desde aquel momento María comenzó á palidecer hasta el punto de inspirar serios cuidados á su madre.

— Tu padecés hija mía, — le dijo en una ocasión en que se hallaban solas, — tú padecés y me ocultas la causa, sin embargo de la confianza que debo inspirarte.

— ¡Oh no! madre mía; — le contestó la pobre niña abrazándola; — verdad es que siento una gran tristeza, pero no sé á que atribuirla, como no sea á la pena que me causa el pensar que voy á separarme de la María Antonia, amiga á quién quiero entrañablemente.

¿Y no sientes separarte tambien de algunas otra persona?—la preguntó Doña Cármen mirándola con fijeza.

María al oír tal pregunta bajó al suelo los ojos.

María Antonia entró en aquel momento impidiendo la contestacion; pero Doña Cármen seguia.

—Señora,—dijo María Antonia;—la doncella me ha entregado esta carta que acaba de traer un niño de para usted.

Y apenas entregó la carta á Doña Cármen, Perico entró tambien en la habitacion.

Doña Cármen rompió el sobre de la carta, la leyó para sí, y despues, como si estuviese distraída, la hizo pedazos arrojándola á la chimenea; sin embargo, ninguno de ellos llegó al fuego.

Doña Cármen se quedó no poco preocupada y al cabo de un momento dijo levantándose:

—Vamos niñas, venid á mi gabinete que voy á probarme el vestido que me trujo la modista.

Y las tres se retiraron dejando solo á Perico.

Este se fue acercando á la chimenea y de pronto palideció al fijarse en uno de los pedazos de la carta que Doña Cármen habia arrojado.

El escrito era de letra de Mariquita.

¿Qué podia decir? como Doña Cármen se habia apresurado á romper aquella carta ¿tenia alguna relacion con él?

Tales fueron las preguntas que se hizo Perico, y

arrastrado por la curiosidad, recogió hasta el último de aquellos pedazos de papel y guardándolos como si fueran un tesoro se retiró apresuradamente á su cuarto.

Allí, sobre la mesa del despacho, fué reuniendo cuidadosamente todos aquellos fragmentos y en breva logró ver reboscha la carta que decía así:

«Mi señora Doña Cármen: me apresuro á dar á usted una noticia: me caso: mi boda será pronto y como se quiere que alguno se me adelante, se lo comunico por escrito mientras que no lo haga verbalmente mañana ó pasado.

Dé usted un abrazo en mi nombre á las chicas, y reciba las más cariñosas demostraciones del afecto que les profesa.

MARIA.»

Después de la lectura, Perico apoyó la cabeza entre las manos; más alzándase de pronto, líbido como un cadáver se dirigió á su maleta, sacó un revolver y...

Maria entró en aquel momento en la habitación trayendo á Perico un vaso de tisana.

La pobre niña al verle en tan horrible actitud, dejó deslizar el plato de entre sus manos y lanzó un grito agudísimo.

Al oírle, Perico arrojó el revolver, y corrió á Maria que vacilaba próxima á caer al suelo.

—Perico ¿que vas á hacer?



— Perico no sabia mentir, y para no mentir, contestó por el pronto; pero luego se dirigió á la mesa, cogió los pedatos de la carta, los arrojó de vértigo al fuego y volviéndose resueltamente á María le dijo:

—Habeis sido el ángel de mi guarda; estaba otro vez loco y me habeis salvado de la condenación eterna; desde hoy os juro que la conisa en que se está convirtiendo esa maldita carta será el último recuerdo de mi amor.

—Dios te perdone Perico,—dijo María.

—Yo se lo pediré de rodillas, y tu mi buena amiga se lo pedirás también.

—Con toda mi alma,—contestó María.

---

FIN DEL PRIMER TOMO.

VII.

2.<sup>a</sup> vie parisienne.

El título que ponemos al presente capítulo huele á bamba que tranciendo; pero esto es el olor de moda, y así pueden no incurrir en el desagrado de la moda. ¿Quién al vestirse un traje no lleva en él algo de francés? ¿Quién no mezcla algún galicismo en su conversación? ¿A quién, cuando escribe, no se le escapa algún giro francés?

El bello sexo, como el sexo feo, la niñez, como la vejez, no anda, no vive sin acudir en poco ó en mucha vergonzosa vasallaje á los usos, trojes ó costumbres de nuestros vecinos.

Desde que los grandes hombres y las grandes ideas descendieron de España, nosotros, los pequeños, mostramos cierta complacencia en remedar hasta los gestos de los poderosos extranjeros. ¡Terrible suerte la de España!

¡Terrible suerte, sí, la de los españoles, pues todos-

do en casa cuanto les hace falta, van á la del viñero multiplicando lo que tal vez es rulo y miserable.

Por supuesto que el mal viene de arriba abajo, como sucede casi siempre.

Decid á una dama de alta alcurnia que en la tertulia de D. Juan Fernandez, por ejemplo, ha visto mas ricos y mas bellos eran fabricados en Valencia, hechos en Madrid, y os contestará á seguir, « es que os contesta: «Comprando perfectamente que es una tertulia en casa de un Fernandez, donde los tejidos mas ricos y mas bellos los fabricados y hechos en España; pero esa misma *taillette* no seria practicable en el *id élevant* que prepara en sus salons madame *Enriqueta de Perrier*. »

Esto os contestará, por mas que le coma que madame *Enriqueta de Perrier* no tiene de *Perrier* mas el deseo de ser francesa hasta en el apellido, por mas que el apellido tenga mucho de perro.

¿Durará mucho tan pícara costumbre? La de ser francesas va á dejarse muy pronto; pero si Dios no lo remedia, vestiremos, comeremos y dormiremos á la prusiana muy en breve.

Mientras esto no suceda, y al mirar sucesos y pesados, debemos decir la verdad; y la verdad es que Mariquita, transformada en Mari, se casó con un joven de los mas elegantes calaveras de la corte, llamado el caballero Arturo Concha; que á la hora de es-



—¡Adiós! por nuestro amor!

the first of these is the fact that the  
the second is the fact that the  
the third is the fact that the

the fourth is the fact that the  
the fifth is the fact that the  
the sixth is the fact that the

the seventh is the fact that the  
the eighth is the fact that the  
the ninth is the fact that the

the tenth is the fact that the  
the eleventh is the fact that the  
the twelfth is the fact that the

the thirteenth is the fact that the  
the fourteenth is the fact that the  
the fifteenth is the fact that the

the sixteenth is the fact that the  
the seventeenth is the fact that the  
the eighteenth is the fact that the

the nineteenth is the fact that the  
the twentieth is the fact that the  
the twenty-first is the fact that the

dur la bendicion nupcial, estaba con su esposo camino de Paris, y que antes de llegar á las Navas, *La Correspondencia de España* satisfacía el interes de sus lectores diciéndoles:

«La linda señorita Mari Argüelles se ha desposado con el joven Arturo Conesa, tan conocido y apreciado en los círculos mas elegantes de Madrid. Los novios han salido inmediatamente para el extranjero.»

Al leer esto, á cualquiera que no estuviese al tanto de la moda, podría ocurrirle preguntar: «¿Pues qué! ¿han cometido esos jóvenes amables algun crimen, para huir de ese modo al extranjero?»

No; no han cometido crimen ninguno; lo que es, es que España es demasiado fea, demasiado vieja, para que nadie encuentre la *luna de miel* entre los espejos celajes que cubren eternamente su cielo triste y sombrío.

Y al no es esto, porque no puede ser, acaso sea una de tantas manías como padecen esos pobres dementes que hay encerrados en la casa de la Moda.

Mariquita se casó; Mariquita está con su esposo en Paris: Paris es la gran ciudad.

*La vie parisienne*, una gran vida.

Figúrense nuestros lectores (los que no hayan estado en Paris, que serán muchos) que Paris es un pueblo inmenso, y un inmenso arsenal de coches que

vuelan en todas direcciones: de elegantes trajes, que llenan todos los escaparates; de ricos trenes, que por todas ladas se ofrecen á la vista del curioso; pueblo inmenso, en donde no se sienten muchos pasos sin encontrar una fiesta; en donde en cada calle se ofrecen mil novedades á cual mas raras, mas caprichosas, y, sobre todo, mas caras.

Paris es la nueva Janja; con la única diferencia de que en Janja nada tiene que compararse, segun la fábula, y en Paris todo se vende y todo cuenta el dinero.

Mucho aparato, mucha gravedad, eso sí; pero, vamos, pueblo donde no se puede respirar sin echarse antes mano á la bolsa.

Si vais á Paris y sois rico, soberbio, admirable, seductor, por vuestro dinero se os convertirá en verano el invierno, la noche en dia, lo negro en blanco.

¿Tenéis dinero? Pues pedid en Paris lo mas extraño que se os ocurra, y lo obtendreis al momento, y aun al servirlo os pedirán *perdon*; pedidlo todo, todo lo que no sea carne sin grasa ó arroz á la valenciana; todo lo que no sea una canción andaluz ó una navaja de Alfacete; todo lo que no sea... todo lo que no sea español; porque es tal el desprecio que todo lo nuestro inspira en la capital de Francia, que hasta nuestros vinos no entran allí sino bautizados con agua no muy limpia ni sabrosa.

Para describir París y la vida que allí hacen las personas de dinero, se necesitaría un libro, y no es este un libro, sino un cuento; sin embargo, hay que decir que la mas grande fiesta de los parisienses es la del *Imper gordo*, sin duda para significar con esto que es principal y mas constante deseo el engordar y vivir alegremente.

El materialismo reina allí por todas partes: nada se descubre que no lleve el sello del materialismo; al menos si hay algo, no esté visible á los ojos del viajero.

Arturo Cocea era, ó paraba, por muy rico; hijo único de un matrimonio americano, su fortuna tenía morro de fabolosa.

Jóven, elegante, y bien dispuesto, Arturo no reconocía mas ley que su capricho, y eso que eran muchas y muy costosas sus caprichos.

Había visto á Mariquita, se propuso obtener sus favores, y como Mariquita, á pesar de todo, era incapaz de concederlos á hurtadillas del mundo, Arturo se casó con ella sin pararse en su pobreza, y aun por ella misma, puesto que la pobreza de Mariquita le proporcionaba el placer de colocar sobre el trono de la reina á la que, pobre, solo hubiera podido morirse en el estrecho círculo de las medianías.

Quería á Arturo la hermana de Pedro el militar; si le quería, le quería como quieren muchas mujeres todo lo que les halaga, todo lo que les ofrece inago-



tables tesoros con que satisfacer su vanidad; como quieren esas infelices que en el casamiento solo ven una colocacion, y en el esposo un buen partido.

De este modo enamorados, Arturo y Mariquita pasaron los primeros meses de novios en Paris como en un paraíso; él regalándola blondas, encajes y sedas; ella descubriendo admirables cualidades para hacer y lucir como digna esposa de un archimillonario americano.

Los jóvenes esposos, hijos de la sociedad especulativa en que vivian, no necesitaban ciertamente que su luna de miel despidiese pálidos y suavisimos destellos sobre el perfumado cáliz del clavel y la azucena, ni que breves y caprichosas fantasmagorías formadas por su luz purísima entre las sombras de los árboles y las estatuas del jardín, viniesen á ser testigos mudos de sus juramentos de amor, apenas escuchados entre el cadencioso son de la fuente que murmura, ó del ave que canta inimitables melodías.

No; no querían esto, porque todo esto es muy romántico, y el mundo de nuestros días ha arrojado al ridículo lo romántico, siquiera, no siendo exagerado, sea la satisfaccion del alma que gusta de la soledad y del misterio al admirar las obras del Creador, al sentir esas dulcísimas impresiones que la hacen olvidar la materia en que por algun tiempo vive aprisionada.

Para Mariquita y Arturo, como para tantos matrimonios á la moda, *la miel de la luna* era el ruido del mundo, el fausto de los salones, el lujo y el oropel, cuanto puede satisfacer á un corazón vanidoso.

Solo así se comprende que antes del año llamase Arturo á María su buena amiga, y que esta no viese en él sino al amable caballero que se apresuraba á satisfacer sus mas raros caprichos.

Esto será todo lo de buen tono que se quiera, pero no todo lo mas aceptable á los ojos de Dios; porque, una de dos: ó en tales matrimonios hay mucho fingimiento, sin mas objeto que el de complacer al mundo, ó no existe el amor que los esposos se juraron al pie de los altares.

Pero dirán algunos: ¿es que para ser buen esposo se necesita huir de las gentes, reconcentrarse en sí mismo? No: no es esto preciso: lo que precisa es que un matrimonio honrado no se olvide jamás de que la verdadera felicidad no se halla sino en el amor de la familia, en la paz del hogar.

- No es ni debe ser la buena casada como un convidado en su casa, á quien hay que servir y adivinar los deseos; sino, pobre ó rica, una verdadera ama de casa que todo lo previene y todo lo vigila por amor de Dios, por amor á su marido. Ni es buen esposo el que acude á descansar de los trabajos de la vida á otros sitios que no sean su casa, ó al lado de su esposa.

Los cuados son el ejemplo vivo de la sociedad que nace, el espejo en que se retrata la sociedad que vive, los datos que para escribir su historia deja la sociedad que pasa: véase de este modo cómo, siquiera por amor de Dios, los cuados no han de ser superfluos, vanos, autojadores ni esclavos de miserables pasiones.

El escándalo es, sin duda, el mas grande de los pecados que pueden cometerse contra Dios, contra la sociedad, contra tantos miles y miles de infelices á quienes la piedra del escándalo hiere quizás mortalmente.

Algunos piensan que la vida del casado es la vida de la libertad, cuando precisamente la vida del casado es la vida de las consideraciones á todos y á todos: quizás á una niña soltera la sea permitido algo, mientras que á una mujer casada no se le puede tolerar nada que constituya la mas ligera falta.

Así, pues, vivir una vida de lujo y de placeres, volar de fiesta en fiesta siquiera sea al lado de un esposo joven y amable, es para la mujer casada caminar constantemente al borde de un precipicio que cada vez se hace mas estrecho y escabroso. Milagros será si, siguiendo imperturbable en su camino, no cae en él.

Por esto da que temer Mariquita.

## VIII

### Cuarto menguante.

Sabido es que la luna tiene sus menguantes y sus crecientes; y como la luna de miel, no por ser dulce deja de ser luna, claro es que al cabo de mas ó menos tiempo tiene que entrar en menguante.

Para Mariquita y Arturo, la luna debía brillar por poco tiempo en todo su esplendor.

El y ella creían que se amaban mucho, y sin embargo, pasados algunos meses de su llegada á París, Arturo comenzó á visitar con demasiada frecuencia el Bois de Boulogne y la Colonia norteamericana.

Las carreras de caballos y el teatro de la Ópera parecían atraerle con nuevos encantos, y sus amigos comprometerle en mas raras y curiosas aventuras.

Resultado de estas nuevas emociones de Arturo, que un dia Magritta se vió obligada á pasar bastantes horas sola con sus doncellas y sus trajes.

—La señorita está muy triste; la señorita se pone cada vez mas descolorida, le decian aquellas: ¿por qué no se distrae la señorita?

Estas palabras fueron un rayo de luz que la meneguante *luna* enviaba á Mariquita, y Mariquita lo aprovechó instantáneamente.

—Yo no quiero estar triste; yo no quiero estar descolorida, porque voy á poderme casar, y Arturo no me querrá; pues para no estar triste ni descolorida, dicen bien esas muchachas, distraigámonos.

—Mas ¿con qué voy á distraerme? se dijo Mariquita mirando á todos lados en su lujoso gabinete; y como en el gabinete no habia ni un solo objeto de los que las amas de casa utilizan para distraerse y aun para cansarse, Mariquita pensó en sus trajes favoritos, recordó que tenia coche y libertad para ir tambien al Bois de Boulogne, tan concurrido á aquella hora; y tirando del cordón de la campanilla, preguntó:

—¿Se sabe dónde está el señorito?

—Lo ignora, señora, contestó la doncella que acudió al llamamiento; sólo me ha dicho su camarero que ha salido á caballo.

—¿A caballo? Pues de seguro ha ido allí, volvió á decirse Mariquita.

Y luego, dirigiéndose á la doncella:

—Mira; voy á salir dentro de una hora en carrea-

¡ei has que avisen al cochero, y tú ven en seguida á vestirme.

Al cabo de una hora, Mariquita, muellemente reclinada en los almohadones de un elegante landó, se dejaba llevar por las mil y una revueltas del Bois de Boulogne, mirando con marcada indiferencia cuanto pasaba á su vista.

Así, sin duda alguna, habria pasado la tarde sin un incidente inesperado: ginete en un brioso caballo de pura raza inglesa, venia un elegante jóven, que ya mas de una vez habia pasado por junto al carruaje de Mariquita, aunque apenas observado por esta.

Pero aquella vez sin duda el caballo se descompuso algun tanto, y al pasar junto al carruaje dió repentinamente un bote, que á su vez descompuso al ginete.

Mariquita se asustó, y un pñl claro, distinto, salió de sus labios.

El ginete sujetó su caballo, y con el acento mas dulce: «¡Muchas gracias!» dijo á Mariquita, saludándola cortésmente.

Desde aquel momento Mariquita volvió á encontrar al jóven, y primero por decir: «Ese es el que me ha dado el susto,» y luego por la fijezá con que la miraba, se ocupó de él sin duda con alguna imprudencia; lo cierto es que al dar la última vuelta, el jóven volvió á pasar junto á ella con extraordinaria

rapidez, diciéndola descaradamente: «Hasta mañana.»

—¿Qué significa esto? se preguntó Mariquita. ¿Por qué me ha tomado ese necio?

Y dió orden al cochero de volver á casa á toda prisa.

Arturo aun no habia vuelto.

Arturo estaba seriamente ocupado en una expedición que aquel día debía hacer á caballo con algunos de sus amigos. No se lo habia dicho á Mariquita por... porque se le habia olvidado.

Y el caso es que ya habia pasado la hora de comer, y Arturo no habia venido.

Mariquita no se extrañó mucho de esto, y sola se sentó á la mesa y comió.

Cuando estaba en los postres, oyó en el patio las pisadas de un caballo, y pensó: «Ya está ahí Arturo.»

A poco oyó abrir la puerta del comedor, y volvió la cabeza: pero no era Arturo, sino un criado, con una carta campeando en una lujosa bandeja.

—¿Qué es eso? preguntó Mariquita.

—Nada, señora, contestó el criado: han traído el caballo del señor, y esta carta para la señora.

Cualquiera otra mujer se hubiese sobresaltado: pero Mariquita no pensó ni un momento en que á su marido podía haberle ocurrido una desgracia, y con la mayor tranquilidad cogió la carta, y la abrió:



«Mi buena amiga (decía la carta): He salido á paseo con algunos amigos; se nos ha hecho algo tarde, y como supongo que ya tú habrás comido, me autorizo para comer con ellos en el Gran Hôtel, y te autorizo para que si quieres vayas al teatro de la Ópera, donde pensamos ir después.

«Siempre

«ARTURO.»

La galante autorización de Arturo no hizo el mejor efecto en Mariquita; pero su disgusto pasó como nube de verano, y, trasladándose á su gabinete, pidió el café.

Allí, sobre una butaca, al lado de la chimenea, sirvió su café, mirando con indiferencia al techo de la habitación.

De pronto se le ocurrió un pensamiento.

— ¿Qué harán mis antiguos amigos de la huerta de Orihueta? se preguntó.

Y sus cejas se arquearon como para dar paso á una idea no muy alegre.

— ¿Qué tontería! exclamó al cabo de un rato: ¡no faltaba más sino que yo me fuese á poner triste...! Vaya, que lo pasan bien, y asunto concluido; así como así, ellos tampoco se acordarán mucho de mí. Sin embargo, volvió á pensar: Perico... ¡Pobre Perico! Y qué tonto era y qué enamorado estaba de mí!



No hubiese yo hecho mala labradora, sin ver nunca á nadie con quien poder tratar y... ¡ja, ja, ja! ¡Vaya unas ideas que se me ocurren esta noche!

Vaya: ya es tarde, y... Pero ¿qué? ¿Voy yo á ir al teatro de la Ópera? No, señor: ¡no faltaba más! Para que Arturo se acostumbre á mandarme como á uno de sus criados.

Y cogiendo un libro que andaba por allí á la mano, se acomodó mejor en su butaca, y lo abrió.

Era nada menos que *Los Miserables*, de Victor Hugo.

¡Gran libro! Así lo dicen las gentes sabidas y entesadas, y el que esto no diga, no es hombre de pro ni mujer de gusto.

Sin embargo, la tal novelita, efectivamente, tiene algo del título, dicho sea con perdón del autor, lacero, sol, maravilla, portento de las eminencias del siglo XIX.

Dejemos, pues, á Mariquita embelida en la lectura de ese libro, que nuestros nietos juzgarán como se merece, si es que por su desgracia lo tropiezan en algún puesto de libros viejos, y volvamos la vista al caballero Arturo Gonsa, hecho recientemente uno de los jóvenes más amables de la culta sociedad parisiense.

El joven calavera no había engañado á su mujer. ¡Y para qué engañarla si, como hemos dicho, Arturo

y Mariquita no se trataban sino como dos buenos amigos!

Por la tarde habia corrido hasta Saint-Cloud en compañía de otros jóvenes tan alegres como él.

De vuelta á París, se concertaron para comer en el *Grand Hôtel*; y como Arturo aun guardaba ciertas consideraciones á su esposa, se creyó obligado á notificarle la nueva ocupacion, aprovechando el envío del caballo.

La comida dió, pues, comienzo de la manera mas satisfactoria y confortable, abundando en ella toda clase de vinos, empezando por el Madera y el Burdeos *legítimo*, y concluyendo por el *Champagne frapé*.

Pocos años y pocos miramientos; muchos, muchas viñas mezclados con chispeantes chansonetas, naturalmente habian de producir entre aquellos hijos mimados de la fortuna las mas vivas expansiones de franca alegría.

Antes de los postres, y sin pedir permiso á nadie, rotó en el salon un nuevo personaje, joven y elegante como los demás; era el mismo que tan audazmente habia saludado aquella tarde á Mariquita diciéndola: «Hasta mañana.»

—¡Bravo, señores! exclamó dirigiéndose á la mesa y sentándose en uno de los lados; supongo que aun habrá una botella de buen vino para un amigo que viene sediento de vino y de amistad.

—¡Hola, joven indómito! le contestó uno de los calaveras.

—¡Plaza á Gustavo el seductor! gritó otro.

—¡Vino para el Juan Tenorio partaíen! dijo un tercero.

—Sí, vino y placer, placer y vino, que esta noche quiero pelear entre vosotros para solemnizar una nueva victoria.

—¡Conquista tenemos! gritó Arturo; ¡miso, venga Champagne á discreción!

—Que la cuente.

—¡Pues no faltaba más! Eso será ahora mismo.

—Poco á poco, caballeros, replicó Gustavo.

—¿Cómo poco á poco? dijo un jovencillo anclado, con la voz atiplada, pero con el bolsillo repleto; tú has excitado nuestra curiosidad, y...

—Si es secreto, te lo guardaremos, interrumpió otro.

—Si es alguna novedad, procuraremos arrebatártela, gritó casi á dúo otro moquetraste molletudo.

—¡Basta, señores! exclamó levantándose Gustavo en alemán de pronunciar un discurso; os debo una explicación, y estoy pronto á dárosela cumplida.

—¡Bravo!

—¡Soberbio! ¡Atención!

—He dicho que poco á poco, continuó Gustavo, porque, interesado por la prosperidad y el honor de la

Francia, debía ante todo buscar la inspiracion en el dorado líquido que nos regala la Champagne.

— ¡Admirable!

— ¡Magnífico! Mejor que Guizot.

— ¡Mas insinuante que Thiers!

— Decia, pues, ¡oh jóvenes amables! que esta tarde he añadido á la larga lista de mis triunfos un nuevo trofeo: un trofeo extranjero.

— ¿Inglesa? preguntó Arturo.

— Alemana? dijo otro.

— Rusa es, añadió el jovencillo encienque.

— Pues os habeis equivocado todos, mis buenos amigos: la que en estos momentos impera en mi corazón es, por su bellera, georgiana, y por su gracia, española.

— ¡Española! exclamó Arturo sin poderse contener.

— Española, contestó Gustavo: tú la debes conocer, porque es un portento de hermosura.

— ¡Que diga cómo se llama! gritó de nuevo el joven molettado sorbiendo un helado.

— ¡Imposible! replicó Gustavo: no he podido averiguarlo todavía.

Arturo respiró; sin saber por qué, no le agradaba la victoria de su amigo.

— Pero si no sé cómo se llama, continuó Gustavo, sé dónde vive.

— ¿Dónde? preguntó Arturo.

—¿Dónde? En la rue d'Antin.

Arturo palideció al oír el nombre de la calle donde él habitaba.

—¿Número? preguntó con curiosidad el esclavo.

—Ese es mi secreto, caballeros, y no descubriréis mi secreto sino adivinándolo por medio de esta cifra.

Y Gustavo, con la puma del cuchillo, trazó rápidamente sobre la mesa por dos veces el número 2.

—¡El 2! exclamaron todos.

—¡Mientes, miserable! gritó Arturo lanzando el casco de una botella á la cabeza de Gustavo.

—¡Caballero! respondió este furioso después de esquivar el golpe. ¿Qué significa...?

El joven esclavo, al oír esta pregunta, y á pesar de lo grave de la situación, lanzó una estrépitoso carcajada, diciendo:

—¡Su mujer!

Arturo se volvió á este con ademán amenazador.

—No te enfades conmigo, dijo aquel imbécil, porque desde ahora me ofrezco por tu padrino.

—Sea, respondió gravemente Arturo.

—Sea, pero concluyamos de cenar sin volver á hablar de mujeres, dijo otro de los mas despreocupados, volviéndose á sentar y llenando las copas.

—¡A la salud del vencedor! añadió.

—¡A la salud del vencedor! contestaron todos, incluso Gustavo y Arturo, apartando sus copas.

Luego, cuatro de los jóvenes se separaron á un rincón del gabinete, donde arreglaron las condiciones del duelo.

Parecerá mentira; pero así, ni más ni menos, tratan tan graves asuntos esos *espíritus fuertes* que, apenas nacidos á la vida, ya han perdido el corazón y hasta el sentido común en las libaciones de las orgías y los atares del juego.

¡Infelices! Miembros podridos de la sociedad, no sirven para otra cosa sino para emborracharse ó matarse.

¡Desgraciados los padres que tienen esos hijos!

¡Pobre y miserable sociedad que se ve rodeada de tales engendros!

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800  
the first of the month of the year 1800

**Oscuridad completa.**

¿Oscuridad completa? No, que por los balcones del viejo gabinete donde duerme Mariquita entra viva claridad, apenas atenuada con los grandes y espesos cortinones interpuestos entre las ventanas y el mullido lecho en que tranquilamente reposa la linda castellana.

Son las nueve de la mañana, y en aquella habitación todo permanece en el silencio mas absoluto; segun las trazas, á las diez todo seguirá en el mismo estado, porque la señora acostumbra á trasnochar, y se levanta muy tarde.

Verdad es que la noche anterior la señora no habia salido de casa; pero no es menos cierto que habia estado leyendo hasta hora muy avanzada, y que sus doncellas la dejaron en el lecho aun mas tarde que otras noches.



¿Había ya vuelto Arturo á su casa á aquellas horas? Mariquita no se dignó siquiera preguntarlo, no sabemos si indiferente ó ofendida.

Sea como quiera, lo cierto, lo indudable es que Mariquita dormía aun á las nueve, y que nada amenazaba turbar su sueño, perfectamente tranquilo, ni [quién había de ser tan osado como lo rajara!

Sin embargo, aun no había pasado la dicha campanada de las nueve en el magnífico reloj del salón de aquella casa, cuando la puerta del gabinete donde dormía Mariquita se abrió con estrépito, introduciéndose por ella Arturo, estremadamente pálido y convulso.

Sin guardar ningún género de consideraciones, Arturo descorrió las cortinas del balcón, dejando libre el paso á la claridad del día, que de improvís inundó la habitación hasta tal punto, que Mariquita hubo de gritar sobresaltada, desde dentro de la jaula de batista bordada que circunja su lecho:

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, señora; murmuró Arturo dejándose caer sobre una butaca: soy yo, y es luego que es vitalis sin perder tiempo, pues tenemos que tratar asuntos interesantes.

Mariquita no contestó; pero en el movimiento de las cortinajes de la cama se conocía que trataba de acceder con presteza al ruego de su marido; aquella

entrada, tan rara como intempestiva, tal vez la puso en cuidado.

—¿Qué queréis? dijo por fin saliendo envuelta en una bata riquísima.

—Perdonad, señora, que tan bruscamente haya interrumpido vuestro sueño, dijo Arturo sin moverse; pero no sería digno de mí emprender un largo viaje sin haceros antes una visita de despedida.

—¿Qué significen esas palabras! exclamó Mariquita después de haberse sentado frente por frente de su esposo.

Arturo la miró un momento con curiosidad, y luego, viendo que su silencio se prolongaba demasiado, dijo:

—Bien sabéis, señora, que soy un hombre de honor, y que aunque en Francia hay bastantes que se guardan de ponerlo á discreción de sus mujeres, yo no he perdido todavía las costumbres de mi patria, y acabo de matar al hombre que osó ponerse entre vos y yo.

—¿Cómo! Arturo, ¿qué dices! ¿Tú estás soñando! exclamó Mariquita irguiéndose verdaderamente sorprendida.

—¡Si sueño, contestó Arturo con forzada sonrisa, hay que convenir en que mis sueños son rojos como la sangre de aquel que osó de quererse atravesado por mi acero!

—Pero, ¡Dios mío! ¿Te has batido? ¿Y por qué? ¿Y á quién has muerto? preguntó precipitadamente Mariquita.

—¿Dónde estuvisteis ayer tarde? ¿Qué esperanzas disteis á Gustavo...? Pero ¿á qué hablar de esas cosas que ya solo á vos os interesan?

—¿Quién es Gustavo, y qué esperanzas he podido yo dar...?

—¡Basta! veo que es el flaqueamiento una de las buenas cualidades que os adornan; mas como no tenga tiempo que perder, dijo Arturo levantándose, quedad con Dios, señoras; os dejo perfectamente acomodada, y seguramente en algun tiempo de nada careceréis.

Mariquita miraba á su marido, dudando todavía si estaba dormida y soñando.

Pero su marido dió algunos pasos para salir de la habitación, y Mariquita hubo de interponerse, diciéndole con verdadero imperio:

—¡No saldréis de aquí sin decirme lo que significan esas palabras!

—Señora, hacedos á un lado, gritó Arturo: nunca os creí capaz de tal desvarío!

—Arturo, repitió María intentando en vano apoderarse de una de sus manos, y vencida por la ansiedad; Arturo, te juro que ignoro lo que tus palabras significan.

—Pase, señora; volvió á gritar Arturo: pase, si es que no queréis tambien que se apodere de mí la policía.

—¡Oh! ¡Nunca! Suceda lo que quiera, un minuto te basta para espórtarme...

Y Mariquita se apoderó, por fin, de un brazo de su marido.

—¡Suceda lo que quiera? No; yo quiero salvarme, aunque queréis perderme, añadió Arturo desasíandose con fuerza de manos de Mariquita, que por el esfuerzo cayó al suelo de rodillas.

—¡Por nuestro amor! gritó esta suplicante.

Una histérica carcajada fue la única respuesta que de Arturo obtuvo Mariquita.

Él salió, y su esposa, impulsada como por un resorte, se levantó airada, convulsa, terriblemente herida por aquella carcajada.

Aun dudó un momento si precipitarse en pos de su marido; pero su orgullo venció, y, volviéndose á sentar, exclamó:

—Mi conciencia está tranquila, y él loco; no puede ser otra cosa.

Pero Mariquita no podía ser fuerte contra ella misma, ni indiferente á cuanto había sucedido: sin quererlo, y á pesar de su orgullo, pensaba en aquella extraña escena que acababa de pasar entre ella y su esposo.

De repente recordó su paseo por el Bois de Boulogne, aquel joven que con tal insistencia la seguía, y que con inusitado descaro le dijo hasta mañana; y como habiéndolo adivinado todo, volvió á levantarse rápida como el pensamiento, y se lanzó fuera de la habitación gritando: ¡Arturo, Arturo!

—El señorito acaba de partir en un carruaje de alquiler, le dijo saliéndola al encuentro una doncella.

—¡Que pongan inmediatamente el carruaje; vísteme en seguida; que averigüen dónde ha ido; quiero saber dónde ha ido! volvió á gritar Mariquita, enteramente descompuesta.

La pobre doncella no sabía dónde ir, ni por dónde empezar para obedecer mas pronto á su señora, cuando otra doncella entró con un papel doblado en la mano.

—¿Qué es eso, Mari? le preguntó apresuradamente Mariquita.

—Un papel que al marcharse ha arrancado el señor de su cartera, mandándome que os lo entregue.

Y Mariquita arrebató á su doncella el papel, antes que concluyese de hablar; lo desdobló, y leyó lo siguiente:

«Iba á concluir el año de nuestra luna de miel, y la luna se ha eclipsado: hasta nunca.

»ARTURO.»

Mariquita, combatida por tantas emociones, cayó desmayada en un sillón.

Antes de socorrerla, sus doncellas se miraron con sonrisas maliciosas.



**La tempestad.**

No era Mariquita mujer que se dejase vencer mucho tiempo por el infortunio.

Víctima de un error, Arturo la había abandonado, tal vez la despreciaba, y solo esta idea hacía rebelarse á Mariquita contra Arturo y contra el mundo entero.

Inquieta, veleidosa, afecta al lujo, amiga de los placeres, la esposa de Arturo, sin embargo, no era capaz de faltarle como tal, si no por el amor que á él le unía, por su propia dignidad; así, pues, la acusación que se le había dirigido, la sangre que por ella se había derramado, la defensa que no le habían querido escuchar, la tenían desesperada y fuera de sí.

Era preciso volver á encontrar á Arturo, hablarle, convencerle, siquiera después los lazos que entre ambos existían se rompiesen para siempre.



Pero ¿dónde estaba Arturo? ¿Habrá salido de París? ¿A quién preguntar por él?

Mariquita, en este trance, tuvo que recurrir al último extremo, á descubrir sus despos á un criado; á un criado, que sería indudablemente la trompeta que pregonasase á todos vientos las desavenencias de aquel matrimonio y la historia de aquel suceso, corregida y aumentada.

Había quedado uno del servicio de Arturo, y á este criado se confió Mariquita dándole el encargo de averiguar si Arturo estaba en París.

Mientras tanto la joven hizo todos los preparativos de viaje, dispuesta á seguir á su marido al fin del mundo, con el solo objeto de que reconociese su inocencia.

Al cabo de veinticuatro horas, el criado había averiguado que su amo estaba ya lejos de París; pero sin saber qué dirección había tomado.

Mariquita realizó entonces parte de sus magníficas joyas, y después de muchas dudas salió para Inglaterra, acompañada de dos criados de toda su confianza.

Arturo no estaba en Inglaterra, y Mariquita, empeñada en encontrarlo, se embarcó para Italia.

Allí recorrió una por una las mas grandes y bellas capitales: Roma, Nápoles, Florencia, Génova, Venecia, fueron por ella visitadas, y... en vano: Ar-

turo no estaba allí, ó se escondía á las pesquisas de su esposa.

Entonces comprendió Mariquita que era una locura lo que pretendía, y lo comprendió tanto mejor, cuanto que sus recursos se iban agotando poco á poco.

Debía ceder de su empeño; era imposible encontrar de aquel modo á quien sin duda se había propuesto no volver á ver á Mariquita.

Era preciso volver al punto de partida; resignarse á esperar, y quizás á morir mal juzgada y aborrecida.

La jóven volvió, pues, á París tan desesperada como cuando había salido, y allí pensó seriamente en su difícil situación.

No le quedaban mas bienes de fortuna que el mueblaje de casa y el resto de sus joyas; verdad que esto había costado muchos miles de ducados; pero Mariquita pensaba muy bien cuando ajustaba sus cuentas rebajando el valor de lo que poseía á un 50 por 100 menos de lo que le había costado.

Era preciso decidirse á volver á España en busca de Pedro.

¿Y qué le diría á su hermano? ¿Y cómo sufriría las descaradas insinuaciones de los curiosos? ¿Y cómo se interpretaría la nueva situación de Mariquita?

Ella, tan fuerte, tan dispuesta á luchar, comenzaba

á sentirse débil ante tantas y tan grandes contrariedades.

Su pensamiento, recorriendo de continuo espacios infinitos, se fijó al fin en un punto; en aquella casita blanca de la vega, donde había sido tan querida, donde tal vez era tan llorada.

Entonces comprendió todo lo desleal de su conducta con aquellas amigas de la infancia, con aquel pobre jóven que una y mil veces le había ofrecido su amor y su vida.

¡Qué sería de Perico! ¡Qué pensarían de ella sus amigos! ¡Cómo la habría juzgado la noble señora madre de María! ¡Qué concepto habría formado la abuelita de María Antonia!

Nunca como en los momentos de aflicción se recuerdan las faltas que hemos cometido y las personas á quienes hemos hecho daño.

Es preciso no tener corazon para que tarde ó temprano no lleguen hasta él los remordimientos: es seguro que se halla abandonado de Dios quien en su vida no haya dedicado siquiera ses un instante al arrepentimiento.

Y la verdad es que Mariquita podía ser una mujer voluntariosa, hasta ligera; pero no una de esas mujeres desgraciadas que á fuerza de fingimiento han matado su alma.

¡Quién sabe si Mariquita se acordaba de Rafeña

Como puerto de salvación! Tal vez buscaba alivio á sus penas recordando la *casita de la vega*.

Mas si esto sucedía, no fue por mucho tiempo: aquella naturaleza rebelde se sublevaba á la sola idea de que habia sido juzgada sin oírse. ¡Como si esto fuese raro en el mundo!

«Soy inocente, y quiero que mi inocencia prevalezca: lo demás me importa poco.»

Pero por mas que Mariquita discurria, no encontraba medio de hallar á Arturo, y de ser oída por este.

Por fin, sola y abandonada de todos en un pueblo extranjero, se disponia á volver á Madrid en busca de su hermano, cuando un dia entró su doncella con una carta en la mano.

La carta llevaba el sello del interior.

La letra era de Arturo.

Mariquita la arrebató de manos de su sirviente, y con verdadera ansiedad rompió el sobre, y la leyó.

Efectivamente era de Arturo.

«Señora, decia: nunca un mal viene solo, y vos os habeis encargado de traer muchos sobre mí.

«Por vos maté á un hombre, y, huyendo de vos, he perdido toda mi fortuna en Baden, donde, para disimularme, jugué sin tino.

«Asesino y miserable, no puedo soportar la vida, y me la quitaré si un largo viaje que voy á emprender no me hace mudar de resolución.

«Sé que me habeis ido buscando: ¿para qué? ¿Para probarme vuestra inocencia? No debería suceder así, cuando hace tres días que estoy en París, muy cerca de vos, y no me habeis encontrado. Ahora mismo, para probaros esto mas y mas, no tengo inconveniente en deciros que dejo esta carta en una estación de la vía de Marsella, que estará algunas horas en aquella capital, aposentado en el hôtel... ¿Me buscaréis todavía? Hacedlo, si os place, y vereis cómo da la casualidad de que, al llegar vos, yo estoy ya en alta mar, saludando por última vez á Francia.

«Sin embargo de todo, yo os perdono; esto me es tanto mas fácil, cuanto que para ello no tengo que hacer un gran esfuerzo.

«Perdonad que os escriba en el sentido que lo hago, porque ésta es la única venganza que quiere tomar de vos

»ARTURO.»

Conforme iba leyendo la carta, Mariquita habia ido tranquilizándose.

La acusaban en ella de muchos crímenes; mas la acusaban tan injustamente, que Mariquita ni siquiera se ofendió; al contrario, adivinaba en el contenido de la carta como un vivo deseo que Arturo tenia de verla, de oír sus justificaciones, y de perdonarla verdaderamente.

Por eso la tranquilidad que experimentaba Mariquita. Estaba segura de su triunfo, y ya se gozaba en él.

Por un momento creyó ver á Arturo rendido á sus pies; porque ¿no debía esperar que así sucediese cuando tan claramente le decía dónde iba y dónde la esperaba?

Margarita estaba dispuesta, é inmediatamente se puso en marcha.

Algunas horas mas, y había logrado su deseo, ya que estaba segura de encontrar á Arturo.

Al llegar á Marsella, su primer cuidado fue dirigirse al hôtel donde estaba su marido.

Allí se dirigió á la tabilla de los viajeros; pero no encontró su nombre.

—Indudablemente, se dijo, está con nombre supuesto; pero esto no importa; con dar á un criado sus señas personales... ¡A ver! ¡Mozo! ¿Qué habitación ocupa un caballero rubio, alto, de largos y poblados bigotes, joven, español, que debe haber llegado hace cuatro dias á Marsella?

—¿Cómo! la contestó el criado con grande admiración: ¿buscáis á...?

—Al que os he dicho, le repitió Mariquita no poco alarmada con la admiracion del mozo.

—Pues... ocupa..., murmuró el mozo.

—¿Qué os detiene?

—Sin duda sois *la ella*, porque el infeliz...

—¿Cómo inteliz! ¿Qué queréis decir?

—Nada, señora: puesto que os empeñáis, subid al núm. 124 y lo veréis.

—¿Qué significa esto? se decía Mariquita subiendo apresuradamente la escalera, hasta llegar á la habitación núm. 124.

Pero algunos pasos antes de la puerta, Mariquita quedó como clavada en el suelo, trémula de espanto, llvida de terror.

¿Qué era lo que tal efecto le causaba?

Entrando y saliendo en la habitación que debía ocupar su esposo, se veía á esos lúgubres agentes de la muerte, que en todas partes tienen el mismo aspecto é inspiran la misma repugnancia.

Mariquita quería avanzar, y no podía: la doncella que la acompañaba la miraba con estupor.

—¿Qué es eso? la preguntó por fin Mariquita sin moverse.

—Lo ignora como vos, señora, contestó la criada.

—¿Quieres preguntarlo?

—No deseo otra cosa.

Y la doncella avanzó resueltamente hasta la puerta de la habitación.

Ya allí, un agudo grito se escapó de sus labios, y, como perseguida por un fantasma, volvió hacia su señora, que tuvo que apoyarse en una pared para no caer al suelo.



—¡Vámonos de aquí, señora; vámonos pronto! exclamó la doncella al acercarse.

—Pero ¿qué es eso? volvió á preguntar con voz imperceptible Mariquita.

—No lo queráis saber.

—Pues no me moveré de aquí sin saberlo.

—¡Fatal empeño, señoral

—Pero empeño del que no pienso ceder.

—Pues bien: ya que lo queráis, dabo deciros que el señorito está allí, pero muerto.

—¡Muerto! exclamó Mariquita con expresion indescriptible.

—¡Muerto! repitió como un autómatas; pues bien: yo quiero verlo.

Y antes de que su doncella hubiese podido detenerla, por un esfuerzo supremo, se adelantó presurosamente hasta la habitación 124.

Allí, tendido sobre el suelo, en medio de un lago de sangre, se veía al que fue Arturo Conesa, el esposo de Mariquito.

Su cráneo estaba horribilmente destrozado.

Todo en derredor suyo manifestaba una horrorosa muerte.

Todo daba á entender que en aquella habitación se había cometido un crimen atroz.

Contra lo que debía esperarse, Mariquita se mantuvo serena, aunque estremadamente pálida, y á po-



co, apartando la vista de aquel espantoso cuadro, cogió el brazo de su doncella, que estaba mas muerta que viva, bajó la escalera, y salió del h6tel, dirigiéndose á otro en un coche de alquiler.

—Veo, señoras, se atrevió á decirles el cochero al despedirlas, que Vda. tampoco han querido quedarse en el h6tel donde se ha suicidado ese j6ven; han hecho bien, porque no debe ser muy buena compaña para esta noche.

Mariquita, haciendo un esfuerzo mas, peg6 al cochero sin contestarle una palabra; pero al entrar en su nueva habitacion cay6 desplomada sobre el suelo, exclamando:

—[He llegado tarde, demasiado tarde: bien decia él.

## XI.

### El suicida.

Arturo había dicho la verdad en su última carta á Mariquita.

Su fortuna había desaparecido como el humo en las mesas de juego de ese magnífico establecimiento que entre espesos bosques y deliciosos paseos el vicio y la especulación han levantado en Baden.

Parece mentira que Alemania tolere á sus mismas puertas tan escandaloso garito.

Pero lo tolera aun, y en él corren á reunirse todos los años algunos de los mas ricos ó mas miserables de las cuatro partes del mundo.

El vicio ha reunido allí todas las bellezas, todos los atractivos, todas las seducciones.

Pocos establecimientos existen en el mundo donde se encuentre tanto lujo, tanta riqueza.

El dinero corre allí á rios; el lujo mas deslumbrador se observa por todas partes.

La moda atrae á aquel punto todos los veranos á muchos de sus esclavos para concluirlos de perder.

Las artes, á porfía, seducidas por el vicio, han prestado sus encantos al *garito de Europa*.

La música, la pintura, la poesía, se cameran allí para hacer mas seducir el cuadro.

Hasta la misma naturaleza se ha obligado á servir admirablemente al vicio.

Y príncipes, y verdaderas reyes de la banca y la política, y maridos con sus castas esposas, y padres con sus inocentes hijas, no se desdennan de acudir allí donde *el fuego* cubre sus espantosas deformidades y sus sangrientas consecuencias con ricas telas de seda, y magníficos salones de placer, y soberbios bosques de *entretenimiento*.

No se comprende cómo una sociedad civilizada levanta ó tolera esos monumentos dedicados al vicio mas repugnante y asqueroso.

Ni puede justificarse el que personas que en algo se estiman acudan allí, por lo menos, á autorizar con su presencia un delito penado en todos los códigos del mundo.

La casa de juego en Baden es un verdadero foco de prostitucion; obra digna tan solo de una sociedad materialista y podrida.

¡Y en España se quiere imitar á Baden, y los españoles vascongados lo toleran!

¡Qué degradación!

Junto á un rincón de España, en el Valle de Andorra, se quiso no há mucho establecer una de esas casas: ¿y qué sucedió? Sucedió que aquellos naturales, muy pobres y un tantico egoístas y desmoralizados, despreciaron, sin embargo, las cuantiosas ventajas que se les ofrecían; y hasta con las armas en la mano resistieron, y la casa no se estableció. Y es que en medio de aquellas montañas hay también *espíritus fuertes*, que de todo se les da nada con tal de hacer el negocio.

A Baden, pues, fue Arturo para huir de la acción de los tribunales franceses luego que mató á su amigo Gustavo en desafío.

Verdad es que los tribunales franceses apenas si se ocupan del que mata á otro con testigos y á distancias medidas y marcadas de antemano; pero es bien visto que el matador se aleje, siquiera por unos días, y Arturo huyó á Baden para distraerse allí en el juego, y en...

Tanto se distrajo, que toda su fortuna, pasando por las manos del banquero, fue á parar á las de una princesa rusa, joven, hermosa, y cándida hasta el punto de jugarse cuatro y cinco mil francos en cada vuelta del famoso *baccarat*.

De este modo Arturo se vió reducido casi á la miseria en el trascurso de algunos dias.

Solo le quedaban algunos diamantes.

Los vendió por dos mil duros á uno de tantos judíos como por allí pululan, y despues de tenerlos en la mano, vaciló entre hacer una débil jugada en los salones de juego, ó en su vida futura.

Despues de mucho dudar, se decidió por ir á América, dando la vuelta por París.

Allí dirigió á Mariquita la carta consabida, y partió para Marsella, seguro de que su esposa no tendria tiempo de encontrarle.

Pero cuando llegó á aquella ciudad y fue á tomar el pasaje, se encontró con que su cartera habia desaparecido, y con ella los últimos restos de su fortuna.

En tan apurado trance, Arturo solo pensó en el suicidio.

El suicidio es el último recurso de los miserables.

Mientras que todos los asuntos marchan viento en popa, todo va bien para los *despreocupados*; al primer revés, ya piensan en el suicidio.

Diceo, y parece verdad, que está loco el que por su mano se arranca la vida; los que tal dicen, no dejan de fundarse en una razon poderosísima; solo padeciendo la locura se concibe que el hombre atente contra su existencia.

Es verdad: todos los suicidas lo han sido en un rato de demencia; pero hay que tener entendido que esta demencia tiene un carácter tan especial, que en vez de atenuar ó eximir de responsabilidad al que la padece, le agrava mas y mas.

Porque unas cosas traen otras: el que se entrega por completo á su capricho, concluye por ser despreocupado, y la despreocupacion conduce al vicio, y el vicio á la locura, que produce el suicidio y otros crímenes no menos espantosos.

No es posible disculpar al que voluntaria y decididamente ha entrado por el camino de su perdicion.

No es justo eximir de responsabilidad al que, pisoteando todas las leyes divinas y humanas, todos los consejos de la sana moral, se espone á contraer esa locura que conduce al crimen.

Dios ha dicho que este no es sino un valle de lágrimas, no una cadena de eternas alegrías; entregarse, pues, á la desesperacion cuando estas no se consiguen, es una locura de fatales consecuencias.

Que hay sufrimientos superiores al hombre, no es verdad; el hombre puede sufrirlo todo, cuando todo lo sufre por amor de Dios.

Cuando se aparta de Dios, cuando no cuenta sino con sus propias fuerzas, no es que haya sufrimientos que lo sean superiores, sino que es débil á todos los sufrimientos.

Si el suicida tuviese valor para elevar los ojos al cielo momentos antes de cometer su crimen, es posible que, en vez de llevarlo á cabo, arrojase lejos de sí, y horrorizado, el arma fatal que poco antes tan estúpidamente había acariciado.

Porque ¿para qué desgracia, por grande que sea, no tiene el cielo miles de consuelos?

Pero el suicida es un cobarde miserable que ni aun tiene valor para mirar al cielo.

Y no tiene valor para mirar al cielo, porque, completamente olvidado de la misericordia divina, cree hallar rayos y centellas donde solo hay amor y celestiales consuelos para los que vuelven á él los ojos verdaderamente arrepentidos.

Y esto, suponiendo que el hombre tome la horrible resolución de disponer de su vida por hallarse en un trance fatal, en una situación verdaderamente comprometida, suponiendo que se trate de él y solo él; porque es lo cierto que hay hombres que para matarse solo necesitan *estar cansados de la vida*.

¿*Estar cansados de la vida*? ¿Qué significa esa frase? ¿Quién ha inventado tan estúpido desatino? ¿Cómo el hombre puede cansarse de ver y de sentir, de aspirar y de moverse?

¿Ni cómo puede estar cansado de vivir el que siempre ha vivido mas de prima, sin duda por vivir mas?

No; nadie se mata porque realmente esté cansado

de lo que nunca causa; se mata porque, convertido en vil materia, no sabe sino arrastrarse en el lodo que le rodea; porque, materia sensible, sin discernimiento, sin juicio, siente el dolor y quiere huir cobarde del dolor, sin apercibir siquiera que, al huir de tal modo, se hunde para siempre en el abismo de los mas cruentos dolores.

¡Cosa extraña y digna de observacion! Cuando un suicida hierra el golpe y queda con vida, aunque herido, lo regular es que muestre en seguida, mas que otro alguno, el deseo de conservar la vida.

El autor de estas líneas los ha visto, los ha asistido en mas de un caso, y ha escuchado sus lamentos y sus súplicas por un pronto remedio, por que se les salvase á todo trance.

Y se han salvado; y hoy, si se les recuerda el crimen, bajan la vista avergonzados.

Y se han salvado, y hoy viven contentos y felices cuanto es posible serlo en este mundo, y ¡por Dios que no tienen ganas de repetir el atentado!

Otra observacion no menos curiosa: el suicidio debe ser uno de tantos *adelantos sociales*, porque es visto que para cien personas que lo cometen, de esas que el mundo llama *ilustradas*, apenas se cuenta de una en el campo, en los barrios de las ciudades; y eso que en el campo y en los barrios se halla la pobreza con todos sus harapos.



Concluylamos diciendo, para no ser interminables, que el que atenta contra su vida es un loco, no menos criminal que aquel que arrastra cadena en las cuadras de un presidio.

Pero no debía pensar así Arturo, acostumbrado á no ver contrariados sus caprichos, educado en una sociedad desceída.

Apenas encontró un tropiezo en su camino, quiso matarse, y se mató.

Ocho dias despues, Mariquita, profundamente afectada, decidida á entrar en el verdadero camino, dirige á Marcelia una última mirada desde el alcázar de un buque que partia á todo vapor para las playas españolas.

## XII.

### **La última nube.**

En la casita del parral, en aquel rincón del mundo tan bello y tan florido, en que en otro tiempo conocimos á las tres Marías y los tres Pedros, se nota desusada animación.

Apenas el alba ha despuntado por el horizonte, y ya muchas huertanitas, puestas de mantilla y de vestido negro, formando la corte á María Antonia, se disponen á partir para Catral.

Una, esbelta y mas graciosa que las demas, ris y gira de un lado para otro como las mariposas en torno de las flores. Es María, aquella misma María que vimos en la corte lucir riquísimas galas.

El campo es su centro: no sabe vivir sino entre flores, y esta es sin duda la causa que ha tenido para instar á su madre á volver á la vega de Orihuela. Doña Cármen, que es toda amor para su hija, que no quiere sino lo que ella quiere, ha comprado una

magnífica hacienda en aquel país, y se conforma á establecerse en él, si á su hija se le antoja.

María ha mejorado mucho: la palidez que en ella se notaba durante los últimos días que sus amigos debían permanecer en Madrid, ha desaparecido; sus labios de rosa librese sin cesar para dar salida á dulces y encantadoras sonrisas, y sus hermosos ojos brillan como animados por la alegría que siente en su corazón.

Pero ¿por qué tanto madrugar? ¿Cómo se hallan reunidas tantas labradoras en casa de María Antonia?

Lo diremos sin rodeos: en casa de María Antonia va á celebrarse aquel día uno de los mas grandes y trascendentales acontecimientos.

María Antonia va á casarse con Periquillo.

El pobre muchacho está como quien no cabe en sí de alegría; ella, como quien ha logrado ver realizada la esperanza de su vida. Los padres de las novias, perfectamente satisfechos, y la abuelita parece que ha vuelto á sus buenos tiempos, según lo lista y alegre que se mueve de acá para allá, disponiéndola todo para la gran fiesta.

Mas ¿y Perico? ¿Dónde está Perico? Perico es el padrino, y está en Catral desde la noche anterior, cuidando que nada falte y que la boda sea de rumbo, porque la madrina es doña Cármen, y el pueblo todo se ocupa de la boda.

Cuatro carruajes, lujosamente ataviados al estilo del país, conducen á los novios y á los convidados hasta la misma puerta de la iglesia.

María Antonia y Periquillo, después de reconciliarse con Dios, llegan á las gradas del altar acompañados de doña Cármen y Perico, y á poco las bendiciones del sacerdote echan sobre sus cuellos una cadena de flores que no deben agostarse nunca.

Los nuevos esposos, después de estrechar amorosamente entre sus brazos á sus honrados padres, después de recibir las enhorabuenas de todos sus amigos, se disponen, no á tomar la silla de postas que ha de conducirles lejos de su país y su familia, sino los carruajes y el camino de su casa.

Medio pueblo les espera á la salida de la iglesia para darles un millón de parabienes.

Perico se porta como un hombre; para que los novios y la comitiva logren al fin abrirse paso entre la multitud, llama á sí la atención, ya montado en su magnífica yegua y repartiendo á diestro y siniestro una nube de cuartos y de golosinas.

No dirá nadie que el padrino no es rumboso: antes de salir del pueblo, las dobles alforjas, que repletas tenía preparadas, han quedado completamente vacías, y eso que desde los carruajes también se había repartido una buena granizada de dulces y maravillas, algunas de los cuales podían pasar por pesetas.

Perico había vuelto también á ser el mismo de antes. Completamente curado de su enfermedad, su hermoso corazón latía tranquilo como en los mejores días de su vida.

El nombre de Mariquita había desaparecido de su pensamiento y de su corazón.

Perico, incapaz de odiar á nadie, solo conservaba un recuerdo de sus pasados delirios: el recuerdo de Madrid, á donde por nada del mundo hubiese vuelto.

Bien podría ser que Perico no hiciese en Madrid falta alguna; pero el provinciano estaba en paz con la capital de España, pues para él estaba de mas Madrid.

Al llegar á la casita de la vega, la alegría y la algarazara habian llegado á su colmo.

Después de una magnífica *chocolatada*, solo se pensó en bailar.

María Antonia estaba encendida como una amapola en medio de sus compañeras.

Periquillo, al otro lado del *rogle*, rodeado de los mozos, parecía como alhelado mirando á su mujer.

Doña Cármen y Perico rompieron el baile con los novios; aquella buena señora no se desdeñaba de respetar las costumbres del país, ni se hacía extraña á los inocentes desatinos de aquellas pobres gentes, que tal vez nunca habían pisado sobre alfombras, pero que

tenisa constantemente sobre sus caberas una hermosa techumbre, jamás imitada por los artistas mas célebres.

La buena señora, que en la alta sociedad en que habia vivido pasaba como modelo de buen trato y esmerada educacion, sabia por esto mismo dar á cada edad y á cada clase lo que le pertenecia, sin que para ello tuviese que hacer el mas ligero esfuerzo.

Concluida la primera tanda, las parejas se retiraron á sus puestos; y Perico, como quien no quiere la cosa, fue acercándose, acercándose, hasta ocupar una silla que casualmente habia vacante al lado de María.

Dichosa casualidad, en que sin duda no tuvo parte alguna la preciosa cortesana.

Sin embargo, al ver que Perico tomaba asiento á su lado, la mas viva y franca alegría se dibujó en su semblante.

Los dos jóvenes entraron á seguida en conversacion.

—Gracias á Dios que se te puede ver de cerca esta mañana, le dijo María con encantadora sonrisa.

—Y sin embargo, contestó Perico con la voz notablemente alterada, yo hace tiempo que no desco sino estar á tu lado.

—¿De veras? preguntó María bajando los ojos al suelo.

—Y tan de veras, que hoy, día tan solemne para mí, te lo voy á probar si tú me lo permites.

—Por permitido.

—Es que pueda ser que te enfades conmigo.

—¡Enfadarme yo! ¡Y contigo! Imposible.

—Es que será grande mi atrevimiento.

María adivinó un no sé qué en las palabras de Perico, que la hizo ponerse encarnada como una amapola.

El joven continuó:

—Hace muchos días que quería hacerte una revelación; pero me ha detenido el respeto que me inspiras; hoy rompo por todo, y te digo abriéndote mi corazón: María, yo te amo.

Al escuchar estas dulcísimas palabras, María volvió el rostro hácia Perico, y, dirigiéndole una expresiva mirada, bajó los ojos al suelo sin contestar una palabra.

Perico no interrumpió por algun tiempo su silencio; estaba dulcemente impresionado por aquella mirada, que ya le había dicho lo bastante.

Pero la impresión pasó, y el joven quiso que María ratificase de viva voz lo que sus ojos le habían dicho.

—¿No me contestas, María? la preguntó en voz baja.

—¿Es que no has adivinado la contestación?

—No sé; pero quisiera oírla de tus labios.

—Eres muy exigente.

—¿Por qué?

—Porque quieres que te repita lo que tú ya sabes.

—¿Acaso doña Carmen...!

—No prosigas: mi madre solo desea que yo ame á un hombre honrado.

—Y ese hombre honrado, ¿seré yo?

—¡Dale! Quieres...

—Sí; quiero que tú me lo digas: ¡es tan dulce oírlo de tu boca!

—Pues bien, Perico, te amo; te amo desde hace mucho tiempo; te amo desde mucho antes que tú pensaras en mí.

Y María, como avergonzada de tan franca confesión, ó no pudiendo contener los latidos de su corazón, cogió la mano á María Antonia, que estaba á su lado, y, haciéndola levantar, salió con ella corriendo.

Cuando estuvieron debajo del parral, María abrazó á su amiga diciéndole:

—¿Qué feliz eres, y qué feliz soy, María Antonia!

—Ya sé que me quieres mucho, y que te alegras con todas mis alegrías.

—Es que hoy...

—¿Qué?

—Nunca ha habido secretos entre las dos, y me apresuro á decirte...



—¿Qué?

—Que Perico me ama.

—Eso ya lo había adivinado, siquiera por aquel cantar que dice:

«Pensan los enamorados...»

—Pero lo que no has adivinado es que ahora mismo me lo acaba de decir.

—¡Hermana mía! exclamó María Antonia abrazando á su vez á María.

A poco, las dos amigas volvian á entrar en el baile mas alegres que los colorines de la vega.

Las horas se pasaban como un soplo.

El reloj de sol señalaba las doce en punto, y en punto de las doce la ahuelita de María Antonia gritó:

—¡Es! Basta de baile, que la sopa esté en la mesa.

La comida fue tan alegre y ruidosa como era de esperari: á las doce habia empezado; eran las tres, y no llevaba trazas de concluir.

A los postres, cuando la alegría se iba haciendo mas general, un viejo criado entró en el comedor, y, dirigiéndose á María Antonia, le dijo en alta voz:

—María Antonia, abajo ha parado una tartana de Alicante con una señora que pregunta por ti, y dice que te quiere ver.

—¡Una señora! exclamó María Antonia; pero ¿por qué no sube?

Y María Antonia, dejándose sobre la mesa su servilleta, bajó apresuradamente, seguida de María, y á poco trecho de Perico.

Al acercarse al carruaje, una voz balbuciente exclamó:

— ¡María Antonia! ¡María! ¿No me conocéis?

— ¡Mariquita! exclamaron estas á su vez, quedándose inmóviles.

— ¡Mariquita! repitió Perico sin saber lo que decía.

María lo miró rápidamente, y una estremada palidez cubrió su rostro.



### XIII.

#### Una visita inesperada.

Dña Cármen y María han vuelto á su casa como si vinieran, no de una boda, sino de un duelo.

La pobre niña había creído deshechas todas sus ilusiones con la presencia de Mariquita, de Mariquita viuda, libre, y, como siempre, hermosa, por mas que en su rostro apareciesen las huellas del sufrimiento y las fatales consecuencias de esos instantes con que las mujeres elegantes quieren aparecer lo que no son, para concluir por no ser lo que eran.

La exclamacion de Perico habia herido el corazon de María: él sin duda no habia apagado, sino cubierto, el fuego que un dia le devoraba.

La pobre niña habia caído repentinamente desde el brillante cielo de sus ilusiones para ver devanecida hasta la última esperanza.

Verdad es que Mariquita no había querido bajar del carruaje á pesar de las instancias de cuantos ignoraban lo pasado.

Verdad es que se dirigia á Orizuela para buscar consejos y consuelo en sus santas maestras, y que su arrepentimiento parecia verdadero; pero esto mismo, ¿no debia rehabilitarla á los ojos de Perico, de Perico, tan amante, tan rendido poco antes con María?

Todas estas reflexiones y otras muchas se las habia ya hecho la hija de doña Cármen, y su corazón oprimido mandaba amargas lágrimas á sus ojos, dulces y amorosos como un cielo sin nubes.

Doña Cármen, que adivinaba los sufrimientos de su hija, la sacó del baile y de la fiesta, que habia continuado con cierta frialdad despues de marcharse Mariquita, y volvió á su casa silenciosa y triste, pensando cuál seria el mejor remedio para la mortal enfermedad que padecía aquel objeto adorado.

Durante aquella noche, madre é hija se entregaron por completo á los sentimientos que embarbaban sus corazones, aunque sin comunicárselos: las dos, sin embargo, miraban al cielo de continuo, buscando en él resignación y consuelo.

María durmió poco aquella noche, pero soñó mucho; cuando los alegres trinos de los ruiseñores vinieron á despertarla, acachaba de soñar que ella, rodeada como María Antonia de numerosas amigas,

iba también á la iglesia para unirse eternamente con Perico.

Pero... sueño nada más. María despertó, y el sueño se deshizo, como todos los ensueños.

Muy de mañana todavía, María oyó que un carruaje paraba á la puerta de la casa, y, movida de curiosidad, se acercó á la ventana.

De él vió bajar al padre de Perico.

¿Qué significado podría tener tal visita á aquellas horas?

Esto se preguntó María con el corazón palpitante de emoción.

Por esto mismo no se atrevió á salir, y segura de que su madre recibiría al padre de aquel á quien tanto amaba, esperó impaciente el resultado de aquella visita.

No se hizo esperar mucho: apenas había pasado un cuarto de hora, María fue llamada al cuarto de su madre.

El viejo marino venía á pedir la mano de María para su hijo Perico.

—Yo deseo saber tu voluntad, la dijo doña Cármen después de haberla enterado del asunto.

—¡Ah, madre mía! exclamó la pobre niña arrojándose á los brazos de su madre trémula de emoción.

—¡Hija de mi alma! exclamó á su vez doña Cármen.

Y luego, dirigiéndose al padre de Perico y empujando hácia él á María, le dijo:

—Abrazad á vuestra hija.

---

Dos años despues, bajo el parral de la casita de la vega conversaban alegremente María y María Antonia acunando dos preciosos niños, á punto que Perico y Periquillo asomaban con una carta en la mano.

Era de Mariquita, y, al par que les daba la noticia de que su hermano habia sido ascendido á coronel, les invitaba para que asistiesen á su profesión en el convento de...

FIN

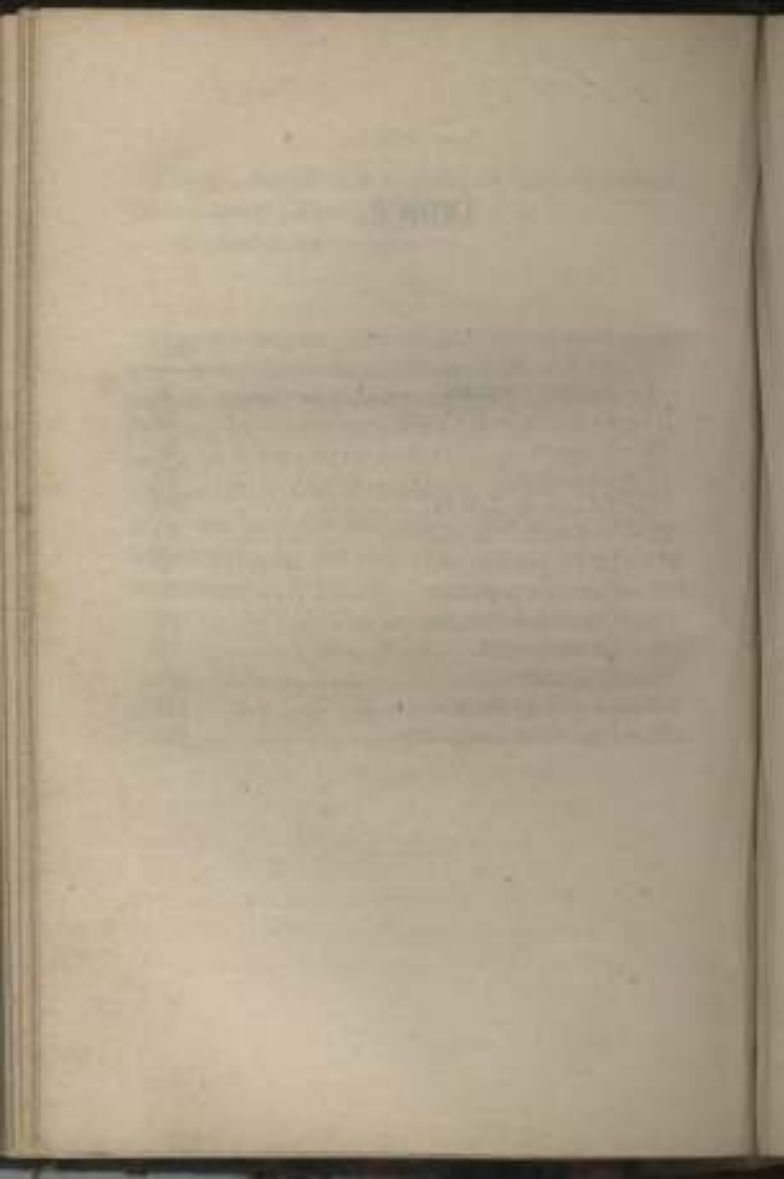
## INDICE.

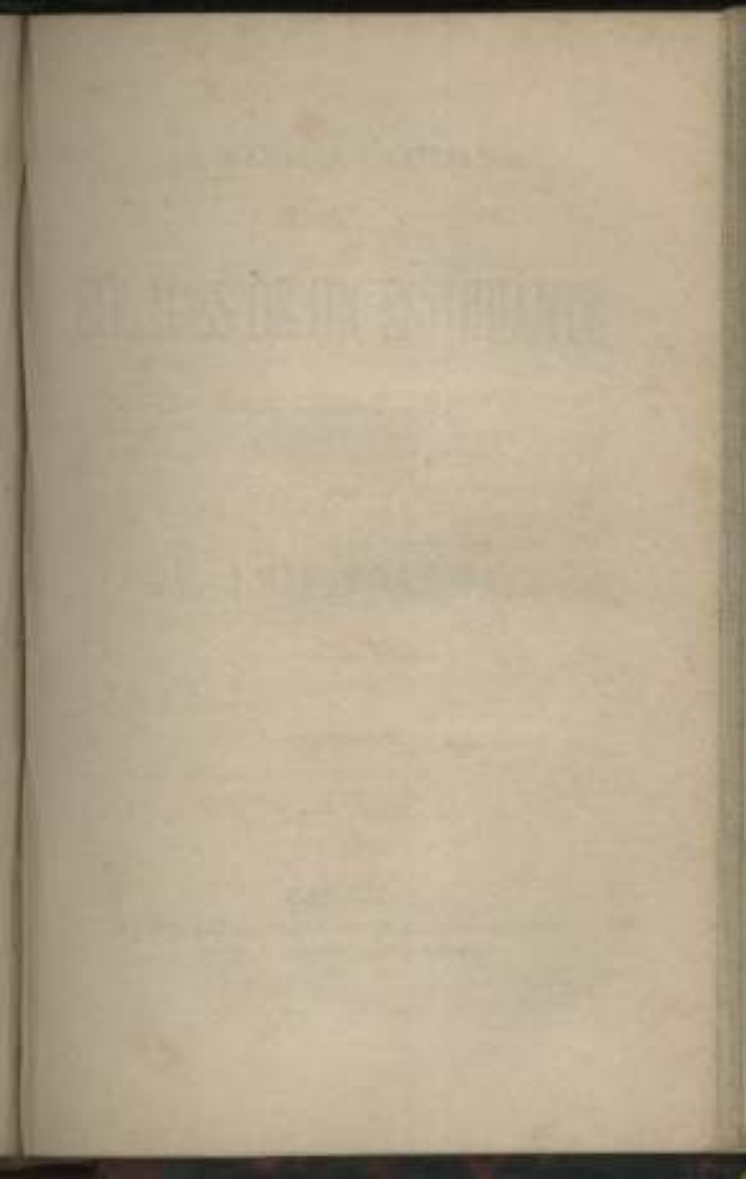
---

	Págs.
I.—Zagalas y zagales.....	5
II.—El teatro de la Opera.....	19
III.—El cajón.....	31
IV.—La coqueta.....	37
V.—La cosa se agrava.....	49
VI.—El Angel de la Guarda.....	57
VII.—La vie parisienne.....	65
VIII.—Cuarto menguante.....	73
IX.—Oscuridad completa.....	85
X.—La tempestad.....	93
XI.—El suicida.....	103
XII.—La última nube.....	111
XIII.—Una visita inesperada.....	121

---







NOTICES DE UN ESTUDIANTE

DE LA UNIVERSIDAD DE COLOMBIA

BOGOTÁ

1912

LA FAMILIA CRISTIANA.

---

# SOLACES DE UN ESTUDIANTE.

*Cartas de estudiantes españoles*

POR

D. LUIS COLOMA.

---

MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

*Barca, 2.º primario, cuarta tercera.*

1871.

LA FAMILIA CRISTIANA

SOLACES DE UN ESTUDIANTE

de D. J. G. G.

D. GONZALO GOMEZ DE AVELLANEDA

D. F. G. G.

MADRID, 1871.—Impresa á cargo de D. Antonio Póster.  
Dobroill.—Pez, 6, post.

## INTRODUCCIÓN.

A LA SEÑORA

**D.<sup>a</sup> GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA,**

en señal de agradecimiento y admiración.

LUIS COLOMA.

# INTRODUCCION

A LOS LEYDORES

Este libro es una obra de  
**DR. GEBRARDUS DOMEZ DE AVILA ANDRA**  
que trata de la enseñanza de la clase  
de matemáticas en los colegios y en las  
escuelas de la América Latina. En este  
libro se trata de la enseñanza de la  
matemática en la escuela primaria y en  
la escuela secundaria. En este libro se  
trata de la enseñanza de la matemática  
en la escuela primaria y en la escuela  
secundaria. En este libro se trata de la  
enseñanza de la matemática en la escuela  
primaria y en la escuela secundaria.

O sea, el libro es una obra de  
matemáticas que trata de la enseñanza  
de la matemática en la escuela primaria  
y en la escuela secundaria. En este libro  
se trata de la enseñanza de la matemática  
en la escuela primaria y en la escuela  
secundaria. En este libro se trata de la  
enseñanza de la matemática en la escuela  
primaria y en la escuela secundaria.

---

## INTRODUCCION.

---

Para juzgar con toda justicia una obra literaria, por insignificante que sea, mucho contribuye el conocimiento de la clase de persona que la ha escrito, y sus pretensiones al darla al público, por lo cual creemos ayudar al acierto de la opinion que se forme sobre el siguiente cuadro de costumbres que con el poco pretencioso título de *Solaces de un Estudiante* ve la luz, presentando al lector con toda verdad á su autor.

D. Luis Coloma es un jóven que no cuenta veinte años, no solo modesto, sino tímido. Hijo de unos padres dechados de virtudes; educado con los mejores principios y modelos, el bien y la honradez han sido siempre el estado normal de su mente.



Llegado á la edad en que otros jóvenes dedican sus ocios á las diversiones, franeachelas y juegos, él, sintiendo una fuerte inclinacion á la literatura amena, los dedicó á escribir algunos cuadros, en los que si bien se nota inesperienza y reminiscencias demasiado marcadas de lo que ha leído, se encuentra, ademas de lo bien escritos, delicado buen gusto, rasgos muy poéticos, chistes, esquisita decencia, y sobre todo un admirable fondo de ideas, sentimientos y opiniones morales y religiosas.

Lo que admira en tan corta edad, es un don de observacion, muy raro en la juventud, pues pocos son los que se toman el tiempo de observar, y menos son los que prefieren un personaje copiado á otro inventado por ellos: esto puede ser bueno para la novela fantástica ó novelesca; pero no para aquellos que escriben en el género que con el nombre de *realismo* pinta las cosas tales cuales son. El realismo, así como el romanticismo, ha sido exagerado

y mal aplicado en Francia, lo mismo que aquí, y por estas malas interpretaciones se le ha juzgado equivocadamente, prestándole una significación que no tiene en Alemania, su cuna, en la que significa verdad, naturalidad, decencia, falta de énfasis, de inverosimilitudes y exageraciones que creó el mal entendido romanticismo. En prueba de lo que expresamos, traduciremos lo dicho por uno de los primeros críticos y literatos de Alemania, el ya hoy difunto bibliotecario del Emperador de Austria, D. Fernando Wolf, en un artículo que escribió sobre nuestros escritos: «Por ellos, dice, adquirió España el género realista, y en él pueden pasar como modelos. Tan exentos de trivialidad y de reproducciones groseras, como de coqueta ingenuidad (*naïveté*) y afectada naturalidad, puesto que el género realista no puede aspirar á tener valor artístico si reproduce la realidad grosera, sino cuando reproduce los poéticos elementos de la rea-

lidad. El genuino realismo no niega de manera alguna, como lo hace el materialismo, el ideal, sino que lo busca como cosa real.» Así se espresa el sabio literato alemán, al que acudimos como al mas competente juez en la materia. Cuando el reciente invento de la fotografia se emplea en sacar con cinismo cuadros inmorales, groseros y repugnantes, ¿á quién se culpará: á la preciosa invencion, ó á los que de ella tan mal se sirven?

Como este género de verdad, sencillez y naturalidad es el que preferimos, no es extraño que nos sea simpático el siguiente trabajo, que con escaso argumento ha sabido reunir aquellos méritos, así como un lenguaje suelto, fluido y correcto, con la moral mas pura. Hemos, pues, animado al autor á publicarlo, seguros de que otros lectores sentirán la misma simpatia que nosotros, y tendrán igual placer en leerlo.

FERNAN CABALLERO.

## SOLACES DE UN ESTUDIANTE.

---

### I.

Era á fines de setiembre de 1856, cuando ya los ferro-carriles abreviaban con su desalada marcha las dos leguas y media que separan al lindo Puerto de Santa María del hermoso, rico y noble Jerez de la Frontera. Al nacer el Guadalete, besa los pies del primero, y murmurando no sé qué imprecaciones contra el férreo camino que le arrebató su importancia, se acerca á él como atraído por la curiosidad, y corre algun trecho á su lado; pero bien pronto la rapidez de la obra de los hombres parece aburrirse de la majestad de la obra de Dios, y se separa violentamente de ella, prosiguiendo su precipitada carrera, mientras el río, sin ofenderse por este desaire, y sin dejar su pausado y majestuoso paso, se pierde á lo lejos con la serenidad de una conciencia tranquila.

Sobre una pequeña altura que á la izquierda

forma el terreno, se ven las ruinas de la torre de Doña Blanca, que parecen arrastrarse hácia un vecino bosque de naranjos, como si buscasen la soledad y el silencio para repasar sus trágicas tradiciones. A la derecha, pero mucho mas lejos, el hermoso *cáddex* de la Cartuja contempla tristemente su ruina, que se refleja en las aguas del Guadalete, y suspirando por la ausencia de sus monjes, se desmorona solitario y triste, sin que su pasado, tan rico, tan hospitalario y tan caritativo, pueda alcanzar el perdón de esa terrible sentencia que sobre él pende, de ese espantoso azote con que el hijo destruye la obra que tantos años costó al padre; del inexorable y anticristiano abandono á que el hombre condena el templo de Dios.

Véase, por último, á Jerez, antiguo guerrero que trocó la maza por la rruca, prefiriendo los pámpanos de la vid á las coronas de laurel de que la cubrieron sus héroes; véase acostar la cabeza entre la multitud de cerrillos que le rodean, mostrando sus bodegas por cintaron, por corona su iglesia de San Miguel, y allá mas lejos, como ilustre blasón y manto relicario que sobre el pecho colgárase el gigante, descúbranse la colegiata del Salvador y el real alcázar, á quien la distancia parece envolver en el mismo bosque de árboles, simbolizando así la indisoluble union del Trono y del Altar.

Dijo Balzac que el paisaje tiene idios; pero

ideas tan varias como varias son las sensaciones de que nacen; porque el alma es una gran arpa cuyos ecos son las impresiones que la afectan; y así como hay arpas, cual las aéreas, que el menor soplo hace resonar blandamente, las hay también que solo aunan á la dura vibración del interés, el egoísmo ó la codicia.

Así, en aquellas ruinas, que tanto mas tristes se presentan cuanto mas magníficas son, cualquiera de las primeras encontraría escrita la historia de un pueblo, y vería allí la verdad abatida, pero no vencida; porque estas almas privilegiadas nunca dejan al hecho prevalecer sobre la idea; sino que, alzando los ojos al cielo, ven en él comprobado que solo para despejar la atmósfera ruge la tempestad. Pero en cambio las segundas, como la de uno de dos viajeros que, apoyados en la ventanilla de un coche de primera clase, miraban hácia la Cartuja, solo tienen lugar para sí: estas solo venían ricos materiales, soberbios elementos para construir una fábrica, una bodega, tal vez una plaza de toros en que saciar ese algo de fiera que con tanta razón supone Cooper en el hombre. Pero ni un pensamiento elevado, ni una sola idea que espresase el deseo de ver que el César devuelva á Dios lo que de Dios es...

—¿Qué pueblo es ese? preguntaba el que, de los pasajeros de que hemos hecho mención, de



mas edad parecia, señalando hácia la magnífica mole de la Cartuja, que se destacaba en el horizonte rodeada de infinitas casitas edificadas á su pie, como si buscasen la sombra protectora del templo.

—No es pueblo, sino el convento que fue de la Cartuja, respondió el otro viajero.

—¡Magnífica parece!

—¡Pse...! Una de las muchas madrigueras en que por tanto tiempo se han rellonado santamente el estómago á costa nuestra aquellos reverendos, que al ver una mujer guspa decían: *Vade retro!* y se tapaban la cara con las manos, pero dejando un clarito por donde no se les escapaba el menor detalle.

Era el que así hablaba un hombrecillo que, al decir del pueblo, abultaría lo que un ochavo de comina. Su nariz respingona daba á su rostro cierto tinte pícaro, aumentado por una gorrita de pieles puesta sobre las cejas: en el ojo derecho llevaba un *eye glass*, como le llaman los ingleses, lentes de un solo vidrio que, enjetándose entre el carrillo y el hueco del ojo, hacen del rostro mas regular y perfecto la mas risible caricatura. Acostado, mas bien que sentado en los asientos del coche, y oculto bajo los pliegues de una finísima manta escocesa, solo asomaba la parte superior del rostro, y un pie que, campando por su respeto en una holgada bota á la inglesa, se apoyaba

al nivel de sus narices en el asiento de enfrente. En una mano tenia un magnífico cigarro puro, que poco á poco se apagaba bajo la ceniza que en indolente dueño dejaba nacer, como se apaga un recuerdo bajo el olvido que el tiempo trae y sella; en la otra, cubierta con un colorado guante de piel de perro, llevaba un bonito y ligero baston. Este figurín de modas, que aun no habria cumplido diez y nueve años, y que tenia una notable semejanza con esas figuritas alemanas de que tanto consumo hacen nuestros niños, llamábase Próspero Pinillos, y era hijo de un honrado y rico extractor de Jerez de la Frontera.

En cuanto al otro viajero, que en la estación de Puerto-Real se habia embarcado, solo representaba de veinticuatro á veintiseis años: su cara, regular y perfecta, sus finos modales y su noble porte, revelaban una persona de clase distinguida. Al verle entrar, Pinillos torció el gesto, guardando un despreciativo silencio, hasta que un incidente que en la estación del Puerto sobrevino tornó su desden en cortesía, y su grosero silencio en amable locuacidad.

Y fue el caso que, no bien el tren se detuvo, acudió un criado á la portezuela, y descubierta respetuosamente, preguntó al que con Pinillos venia.

—¿Necesita el señor marques algo?

—¿Un marques? exclamó Pinillos creciéndose



una cuarta, y sintiendo nacer hacia el viajero las mas tiernas simpatías.

—Da lástima de ver ese magnífico edificio sirviendo solo de guarida á vagabundos, ó tal vez á bandidos, dijo tristemente el marques, apartando la vista de la Cartuja y dejándose caer en su asiento.

—¿Y qué quiere V., si así son las cosas de España, que es el país mas ignorante y mas anticulto que he conocido! Y gracias que ya no nos molestarán las orejas esos reverendos cartujos con su eterna chicharra: *¡Que morir tenemos! Ya lo sabemos.*

Y Pinillos pronunciaba este terrible aviso, ridiculizando el tono algo gangoso de los frailes.

—En cualquiera otro país culto, en Inglaterra, por ejemplo, prosiguió el elocuente Pinillos, hubieran destruido el nido como medio de esterminar los pajarracos, y en el sitio de esa torre de chuchurumbel, y de esa iglesia parecida á la estación de un ferro-carril, se elevaria ahora una magnífica fábrica ó una soberbia bodega...

—Eso es muy propio de los ingleses, le interrumpió el marques con cierto tono burlon, que para Pinillos pasó desapercibido; porque para Inglaterra, desde que se hizo protestante, el gran artículo es *to make money* (hacer dinero) (1).

---

(1) Carta de Ortiz Urruela al conde de Montalbano.

—Eso digo yo, replicó Pinillos; y si no esto, vaya, que sea una gran plaza de toros, ya que en este país son tantos los aficionados á ese espectáculo nacional.

—¡Segun eso, V. se contará en el número de ellos!

—¡Yo partidario de ese horrible espectáculo que repugna á los sentimientos de humanidad y filantropía...! ¡Ver aquellos pobres animales, que despues de prestar al hombre todos los servicios imaginables, son pagados con la muerte mas cruel y bárbara...! ¡Vaya, marques, V. me ofende con semejante suposición!

Felizmente, prosiguió el charlatan tomando remello, la falta de buenos toreros por un lado, y la degeneracion de las castas de toros por otro, irán desterrando de nuestra patria este inhumano espectáculo, y trayéndonos en su vez las carreras de caballos y las luchas de boxeada. ¡Estos sí que son espectáculos magníficos! Ver aquellos fornidos atletas cuán ligeramente se inclinan y se elevan, retroceden y adelantan, retuercen sus cuerpos como calamares, mueven los brazos como las ruedas de un vapor, y descargan vigorosos rounds que, sin hacerles pestañear, les destruyen...! Y luego aquel público que, ebrio de entusiasmo, aplaude, vomitera, gesticula, atraviesa enormes apuestas, y, semejante al romano, aplaude fuera de sí al caer exánime el *boxer* vencido, conserva

aun una postura belicosa y arrogante. ¡Esto sí que es magnífico y digno de verse (1)!

—Tiene V. razón, replicó el marques sin dejar su fina burla; eso es muy filantrópico.

—En el tiempo que he estado en Londres, de donde salí hace doce días, me he aficionado tanto á las costumbres inglesas, que si volviese á nacer, Londres sería mi patria. Y para que vea V. hasta dónde llega lo triste de mi suerte, prosiguió lastimosamente Pinillos, desde aquel centro de cultura, de elegancia, de buen tono, me veo precisado á volver á Jerez, á vegetar *per omnia secula seculorum* en ese gran cortijo en que de la cama iré á la bodega, y de la bodega á la cama.

—¡Segui eso, nos dirigimos al mismo punto!

—¡Va V. también á Jerez...? Pues permítame que le diga lo que los romanos á sus difuntos: *Sit tibi terra levis*.

—No me será muy ligera en tierra de V., porque es un pleito lo que allí me lleva, y estos asuntos van siempre despacio.

—Entonces, resignación y paciencia, amigo marques; y piénsela V. cuidado, que allí las emociones no han de llevarlo á la tumba.

—Eso deseo por tranquilidad y sosiego.

(1) Bien se nos alcanza que el *Alambrismo* y culto pueblo inglés desecha en su generalidad sus atroces luchas. La única que gusta que narremos leída en ciertos periódicos ingleses, entre ellos en *The Times*, es la de un asesino notoriamente este mataría.

—Pues eso se tiene allí á muy poco precio. Pero ya haremos lo posible por distraerle á V.; y lo que es en beber vino, volverá V. maestro.

Diola el marques las gracias con una amable inclinacion de cabeza; y observando Pinillos que ya en esto muy próximos á Jerez se hallaban, sacó una carterita de piel de Rusia, y de ella una tarjeta, que entregó á su compañero, el cual correspondió á su cortesía dándole otra en que, bajo una corona de marques, leyó el jerezano:

PEDRO GUTIERREZ DE OLMEDO,  
*marques de Valmes.*

Separáronse, por fin, ambos viajeros, después de haberse renovado sus cortesés ofrecimientos; graves y comedidos los del marques, y exageradamente finos y fuera de tiempo cariñosos los de Pinillos, que, como ya hemos dicho, desde que sabía era título de Castilla lo profesaba el mas entrañable afecto.

Al apearse Pinillos del coche, un caballero de rostro bonachon y vulgar presencia corrió hacia él, exclamando alegremente:

—¡Hola, Prosperito! ¿Quién diablos habia de conocerte con ese pellejo de gato que traes en la cabeza...? Hijo, ¿te duelen las muelas? añadió al ver las figuras que hacia Pinillos para sostener su lente, á través del cual le miraba con fingida estrañeza.

—¡Ah! ¿Es V., D. Blas...? No le había conocido, dijo por fin Próspero con un impertinente acento que se esforzaba en hacer inglés cargando la pronunciación en la primera sílaba. Me alegro de verle... porque así me dirá V. por dónde se va á mi casa.

Quedose el llamado D. Blas mirándole de hito en hito, sin saber si reírse ó incomodarse, hasta que, soltando al fin una ruidosa carcajada en la misma cara de Pinillos, que, corrido como una mona, se ponía de todos colores, exclamó:

—¡Por vida de los moros, y qué desmemoriados nos hemos vuelto! ¡Ni que hubiese ido el mocito á la California...! Anda á paseo, niño, añadió volviéndole la espalda: que si no has tenido tiempo para olvidar la cartilla, mal lo habrás tenido para olvidar la casa de tu padre.

Furioso Pinillos, dió media vuelta y salió del andén: una turba de chiquillos le rodeó en seguida, queriendo todos llevarle el saco de viaje. Pinillos gritó, dando una patada en el suelo, é irguiendo con imponente majestad su microscópica estatura.

—*Go away* (1)!

Los chiquillos se miraron unos á otros, y se echaron á reír sin apartarse. Próspero, sulfurado, le cruzó á uno la cara con el baston, y todos huyeron chillando como energúmenos, y

(1) ¡Largo de aquí!

llenando de dieterios al mal humorado viajero.  
Eate siguió como si tal cosa; pero los chiqui-  
llos, que ya le habían tomado por su cuenta,  
fuéronse detras gritando unos:

[Híde la montera  
que se la quitan  
y se la pongan  
en las narices]

mientras otros le cantaban, llevando el compás  
con las manos:

Los paquestitos  
van por la calle,  
con la tirilla tiesa  
y muertos de hambre.

## II.

Algun tiempo después de lo que en el anterior capítulo queda referido, acudía mucha gente á la Alameda Vieja, donde las sillas de San José, cuál coja, cuál lunabeca, pero todas enfiladas gravemente y procurando parecer lo que no son, es decir, sillas, en vez de potros de tormento, sonreían al ver pasar pollitas y galanes incesantemente ataviados, y hacíaseles la boca agua creyendo ya sentir su ligera presión, sin que se les erizasen las aneas de espanto al ver fieras jamonas y voluminosos gallos, capaces de mandarles al cuartel de los Inválidos, si no al camposanto, con solo posarse sobre sus ruinosos esqueletos. En el fondo, el antiguo alcázar de Jérez asomaba su arrugada rostro, sin que tan brillante espectáculo hiciese dibujar en sus labios la sonrisa propia del abuelo que á sus pies viera jugar sus nietecitos. Sin avergonzarse de su honrada pobreza, álzase entero y altivo como un hidalgo pobre, y empuja hácia adelante sus dos torres principales, como si quisiese cubrir con ellas el abandono y ruina



que tiene á sus espaldas; menos desgraciado el paredón que las une, deja escapar á través de unas raquíticas ventanas el alegre follaje de un jardín, que viene á ser sobre su tristeza como un ramo de rosas sobre un frío sepulcro.

Nadie diría, al ver el abandono y ruina de aquel edificio, que allí se ha derramado la mas gloriosa sangre jerezana; que allí, batiéndose por su Dios, por su Patria y por su Rey, han dado la vida multitud de héroes.

Qué bien se marcaban en aquel paseo el distinto carácter de dos épocas tan lejanas por los aires como por las ideas! A lo lejos, el alcázar, presentando su miserable aspecto y sus deteriorados muros, oculta sus tradiciones, sus héroes, sus glorias, y parece decir: *Tenemos, pero no aparentamos.*

A sus pies, la multitud de paseantes ostentan ricos y vistosos trajes, dulces sonrisas y galanas palabras, mientras se apresuran á esconder miserias, penas y lágrimas: á su vez parece leerse en todas las frentes: *Aparentamos, pero no tenemos.*

A los pies del paseo habíase estacionado un grupo de jóvenes de la ciudad, que se ocupaban caritativamente en eso que llaman *cortar ojos*, los cuales celebraban con mil chistes y burlas, á veces bien chocarrerías é impropias de caballeros, y en las que creían encontrar un diploma de ingenio y de talento: siendo así que



las personas burlonas solo inspiran miedo á los tontos, desprecio á los de buen juicio, y estimacion á nadie.

La fatal propension que tienen muchos jóvenes á huir del trato de señoras, que insensiblemente les aleja de los vicios, y á rozarse únicamente con hombres ó con mujeres algo menos que de medio pelo, les hace adquirir modales groseros y chabacanos. Despues, cuando se encuentran en la precision de alternar con señoras, ó se hallan embarazados, como el que está fuera de su círculo, ó no tratan de moderar sus insoportables hábitos, mas dignos de figurar en un club que en un salon.

No pasaba muchacha por delante de aquel grupo, cuyo traje no fuese examinado minuciosamente; se analizaba si su peinado era mas alto ó mas bajo, si su aire era elegante, si sus pies eran bonitos, y se procedia, por último, á calcular su *educacion mercantil*, para colocarla ó no en la lista de los partidos ventajosos.

De seguro que tú, amigo lector, no conocerás á esta *doña Educacion Mercantil*, que, aunque parece una pollita, no es sino una vieja retocada, que en todos tiempos y en todos paises ha hecho mucho ruido, atacada y defendida continuamente por dos partidos opuestos. Consta el primero de todos los enamorados imberbes y enamoradas boquirubias que no pasan de los veinte años, y de los poetas á quienes

su clemente masa no da arriba de una puchera: llámala *cil metal*, y esarbolan una bandera color de ilusión, con este mote: *Contigo pan y cebolla*. Capitanean al segundo una multitud de viejos gordos, barrigones y peludos, que solo se acuerdan del pobre para no llegar á serlo, y del rico para aumentar sus riquezas: estos la consideran como la *entraña* mas esencial del hombre, y graban en una bandera color de desengaño, y á veces de egoísmo, este lema: *Contigo jamon y buen vino*.

Existe esta prójima, con el nombre de *Dinero*, desde hace luengos años; pero este moderno título con que se ha engalanado, siguiendo la manía que por ellos reina, le viene desde que un padre avaro, á quien preguntaron por qué no daba educacion á sus hijos, que eran muy arrimados á la cola, contestó con la mayor gravedad:

—¡Educacion religiosa...! ¡Educacion civil...! ¿Y á qué he de gastar mis cuartos en esas pampinas? Cuando yo muera, ¿no les quedará á mis hijos dinero...? Pues entonces tendrán *educacion mercantil*, que vale mas que ninguna otra.

Como todo lo que se hace valer, siempre fue muy poderosa; pero allá en sus primitivos tiempos habia una dama de arrogante presencia y altaneras miradas, que se llamaba *Nobleza*, y que ocupaba un puesto muy superior al

suyo. Como el Dinero tenia de envidioso lo que la otra de impertinente, haciale echar espumarajos de rabia la superioridad de una tan terrible rival, y vino a él la idea de desafiarse. Pero como al mismo tiempo no carecia de cierta prudencia, desechó al punto este belicoso impetu, diciendo:

—¡Guarda, Pablo! no sea que yendo por luna, salga trasquilado; esperemos tiempos mejores, que á cada puercito le llega su San Martín.

Y mientras tanto, disfrazó su rencorosa envidia con las mas sendas y obsequiosas cortesías.

Pero dō allí á poco empezó la *Noblexa* á padecer del estómago á consecuencia de ciertas aguas que se vió en la precision de beber, y hacía el año... de este nuestro buen *siglo de las luces* quedose flaca como el espíritu de la golosina. El Dinero, que nada habia perdido de sus antiguos bríos, porque hay estómagos groseros á quienes sientan bien todas clases de aguas, se envalentonó al ver á su rival tan moqui-cada, y pagó á una turba de chiquillos para que le diesen un abucheo y le cantasen el *Trágula*. La Noblexa, hecha un basilisco, fue á proponerle un desafio, que la otra aceptó al punto: acudió el Dinero al campo del honor, llevando por testigo un rapado israelita, y por armas un talego lleno de onzas de oro. En cuanto á su ya asenderada rival, apareció ocultando bajo una nai-

da capa de terciopelo las biznias y cáusticos de que se hallaba cubierta, trayendo por testigo á un pavo real, y por armas la espada de Fernan-Gonzalez, que exclamaba con toda la arrogante jactancia del que es y del que puede (1):

De Fernan-Gonzalez fui,  
de quien recibí el valor,  
e non lo adquirí menor  
de un Varón á quien oí.  
Fui la octava maravilla  
en cortar muros y arcones;  
non sabre ya decir cuántas,  
mas sí que gané á Sevilla.

Comenzó el combate, y al primer talegazo que el Dinero le sacudió á su contraria, le puso la cabeza hecha una breva; pero no pudo escusarse de recibir antes una leve herida en el corazon. Los padrinos declararon el honor satisfecho, y cada cual tiró por su lado; la Nobleza fue á buscar quien le compusiera la cabeza; pero no hubo mas remedio que amputársela, y solo se quedó con el corazon que siente. Al perder su parte viciada, que era la cabeza, vana, orgullosa y vacía, perdió tambien sus defectos, y en la actualidad la verdadera nobleza, que es la del alma, tiene su asiento en el corazon, que sabe sentir, amar y creer. La educacion mercantil (le daremos este nombre que la rejuvenece;

(1) Esta gloriosa espada se conserva en la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla. Junto á la urna de cristales en que se halla depositada, están en un casillero los versos que citamos.

esto le agrada, y es bueno tener amigos en todas partes) quiso á su vez curarse el corazón; pero siguiendo los consejos de una tal *doña Codicia*, prima suya y presunta heredera, se le fue secando poco á poco, y quedose únicamente con la cabeza que calcula. Despues de este lance, se hicieron en la apariencia las mejores amigas del mundo: lo cual no quita que cada una le envidie á la otra lo que le falta, y jamás olviden sus antiguas rivalidades.

Obsérvase tambien que aquel antiguo partido que la llamaba *cil metal*, y que á capa y espada defendia el lema *contigo pan y cebolla*, ha desaparecido. Hoy día, jóvenes y viejos, poetas y cocineros, la consideran como la *entraña* mas esencial del hombre, y opinan (con escándalo de las hijas de Mnemosine y de Cupido, que, asustado, rara vez aparece por estos barrios) que *contigo jamon y buen vino*.

### III.

Dijimos en el capítulo anterior que á la entrada del paseo habíase situado un grupo de jóvenes de la ciudad, entre los que se contaba Próspero Pinillos (1), que desde entonces habíase constituido en su perpetuo satélite.

Era Próspero Pinillos un Lovelace de vara y media de alto, que leía mal y escribía peor; moderno *esprit fort* que negaba todo lo que no le era posible medir con su razón, del tamaño y calidad de un ochavo fernandino, y como nada comprendía, lo negaba todo; bella y muy común razón de pie de banco. Rídícula personificación de la hipocresía del vicio, que tantos prosélitos cuenta entre la juventud del día, Próspero Pinillos, según su frase favorita, se ponía el mundo por montera.

(1) Advertimos al lector que ni en esta ni en ninguno de nuestros personajes pretendemos traer el retrato de persona alguna; nuestros personajes son caricaturas del vicio y del ridículo. Si a pesar de todo algunos se dicen por aludido, lo contestaremos con las palabras de Figaro: *En ligne se corrige toujours el erroro, acusájenos al que por original se llama, que se escriba en su mano estúpida, pues, que deje de parecersele.*

—Grandecilla es para V. la tal monterita, le habian dicho muchas veces.

Llegaba, por ejemplo, al Casino, donde sus compañeros de penas y fatigas empuñaban de lo lindo, y ciertamente que no era agua.

—¡Hola, Próspero! ¿quieres una copa? le decian estos.

—Gracias, chicos, contestaba él; acabo de dormir una *pea* (fraseología moderna, elevada por los Prósperos Pinillos de las tabernas á los Casinos), y ya es bastante por hoy.

Por supuesto, que la tal *pea* ó borrachera es imaginaria, y lo que ha estado haciendo es rezar el rosario con papá, mamá, hermanitos y acompañamiento de criados de ambos sexos; pues como el padre está chapado á la antigua, conserva la piadosa costumbre, que su hijo califica de antediluviana cartería, de que todo vi-cho viviente reze el rosario despues de comer. Un día se negó Próspero á rezarlo.

—¡A rezar! le dijo el padre, que era de pocas palabras.

—¡Fanatismo, supersticion! exclamó campanadamente el escéptico Pinillo: adorais á un absurdo... ¡Dios no existe!

El padre, sin inmutarse, cogió una tranca y le rompió una costilla.

—¡Hay, ó no hay Dios? preguntaba al mismo tiempo.

—¡Hay! gritó con toda su alma el retoño Pi-



nillos llevándose la mano á la parte apaleada.

—Paca á rezar, replicó el padre, persiguiéndose como si tal cosa.

El argumento, si no era muy suave, fue muy convincente: por mas que no aprobemos la lógica del palo, no dejamos de conocer que para los Prósperos Pinillos es la mas poderosa.

Previos estos antecedentes, júnguese cuál volvería de Londres el inflado botarate, á donde un año antes le envió su padre á perfeccionar el inglés, para que pudiese desempeñar un cargo en su casa de comercio. Este corto espacio de tiempo bastó para que el ilustrado Pinillos renegase de la madre patria, esclamando con Dumas que el Africa emplea en los Pirineos: si le hubiese sido posible nacer de nuevo, hubiera escogido por padre al *spleen*, por madre á las nieblas del Támesis, y por patria al aristocrático y dorado *Belgravia* (1), que solo desde la calle pudo contemplar. Así, pues, su desesperacion no tuvo límites al verse precisado á volver á aquel Jerez, cuyo solo nombre le horripilaba; junto á su padre, que, lejos de padecer *spleen*, comía y trabajaba como el mas despreocupado gañan; junto á su madre, que en nada se parecía á una ligera y poética niebla, sino que, gorda y redonda como una bola,

---

(1) Barrio aristocrático de Londres.



zurcía las medias de sus hijos y rezaba el rosario...!!!

Acalorada era la discusión que el círculo de muchachos sostenía, cuando acertaron á pasar por allí delante dos señoras, una ya entrada en años, y otra, al parecer su hija, de estremada hermosura.

Era alta, delgada y de constitucion nerviosa: su cara aguililla tenía el blanco mate de la cera, y estaba cercada de hermosos cabellos negros rizados y tan espesos, que, no obstante su finura, le formaban sobre la cabeza una enorme trenza hecha rodete. Daba el brazo á la otra señora ya anciana, y que, á juzgar por la semejanza de ambas, debía de ser su madre.

—¡Preciosa niña! dijo el marques siguiéndola con la vista hasta que se perdió á lo lejos.  
¿Cómo se llama?

—Misita (1) Ardena, contestó uno de los muchachos.

—¿Y tiene mucho *dinero*? preguntó un inglés de cabellos color de lino, que, gravemente sentado en una silla, y teniendo los pies apoyados en otra, chupaba con una impasibilidad británica el puño de marfil de su baston.

—Ni un *shilling*, con la hipoteca de la madre, y un harmanito de censo, le respondió Próspero Pinillos con aquel ridículo acento que

(1) Diminutivo de Mercedes, popular en Andalucía.

se esforzaba en hacer inglés. Gracias á su bonita cara, haría una deliciosa Ofelia, y no estoy yo lejos de ser el Hamlet que esclame, no ante su sepulcro, sino ante su ventana.

—*Y lev d' Ofelia* (1).

—¿De veras? ¡Hombré! Cuenta, cuenta; que eso debe ser divertido, gritaron varias voces.

—Te aconsejo, chico, dijo uno de ellos á quien no hacia ninguna gracia la necia fatuidad de Pinillos, que no pares tu atención en la de Ardera, que no es digna ni de calzarte las botas: vote á China, preséntate á la emperatriz, que de seguida te ofrecerá su blanca mano, y parte con ella el Celeste Imperio para que te canten cuando salgas á paseo:

Maka kashô-maka kashô  
maka kashô  
chiriví-chiriví.

—¿Es envidia ó caridad? le dijo Pinillos algo amostazado.

—Envidia, pura envidia que se lo come, replicó otro que quería divertirse con él; no le hagas caso, y cuenta tu aventura.

—Imposible, señores, contestó Pinillos, que, sin tener nada que decir, reventaba por charlar; pero que, fiel á su espíritu de oposicion, se negaba á ello; si le quitais al amor sus mis-

(1) Palabras de Hamlet en el drama de Shakespeare: acto quinto, escena 2.<sup>a</sup>

terios, le privaia del mayor de sus encantos.

—Seremos discretos como la tumba, aseguró uno de los muchachos en tono burlascamente dramático.

—Mas discreto debo de ser yo para no parecer fatuo; porque cuando se han conseguido ciertos favores, es indigno.

—Lo que es indigno, y apenas puede concebirse, es que haya quien emplee esas palabras preñadas, tan peligrosas al tratar de la honra de una mujer, que, como el cristal, al menor golpe salta en pedazos, exclamó de repente un caballero de edad madura, llamado D. Juan Claro, algo pariente de Mielta, y que, sentado tras de Pinillos, había oído sus necias palabras.

Volvióse este prontamente al ver el aguacero que encima se le venia, y dijo algo desconcertado:

—De poco se asusta V., D. Juan.

—Pues no tengo el corazon muy chiquito, replicó este; pero ese lenguaje, que, tratándose de una señorita, indignaría en boca de un hombre cualquiera, en la de un... joven como V., no solo indigna, sino que también asusta.

—¿Y qué quiero V., señor? dijo clinicamente Pinillos. La juventud está muy pervertida.

—¡La juventud está muy pervertida! exclamó el caballero. Malo, muy malo es que la juventud seque su corazon, y, vieja sin serlo,

constituya ese generoso desprendimiento que le es peculiar, y que lleve el corazón en el pecho con el triste egotismo que lo lleva en la cabeza; su noble ardor, que lo impide ver á sangre fría una injusticia, con la culpable indiferencia, plaga de la era presente; su dulce confianza en los que nacieron antes, con ese amargo escepticismo que sólo es propio del desgraciado cansado de sufrir, que no quiere ver en la Religión el bálsamo de todas las heridas. Culpable es esto; pero la niñez, que todavía bajo el dominio de los ayes ya ansia por estos vicios y aparenta tenerlos, es, además de culpable, ridícula en grado superlativo. Y V., Pinillos, añadió D. Juan Claro con una media sonrisa, todavía no es joven: aun es niño.

—Eso es decir, señor mío, que yo soy ridículo! exclamó Pinillos con los ojos saltones y colorado como un tomate.

—No sé si habré dicho eso, replicó el claro señor; pero una vez que V. ha adelantado la idea, yo la sostengo.

—Es que la sostendrá V. en todos terrenos, porque yo tengo muy presente el código del honor...

—Así tuviera V. tan presente el Catecismo de la Doctrina cristiana, que no há mucho tiempo le enseñarian.

—Mr. Shaff! exclamó Pinillos furioso, volviéndose bruscamente hacia el inglés, que, aque-

tado, se metió el puño de su baston hasta la campanilla: V. será mi padrino.

Y luego, con el mismo arrogante tono con que Bernardo debió decir á Aben-Yucef: «¡Ay de ti si al Carpio voy!» dijo á D. Juan Claro:

—Por este caballero tendrá V. noticias mías.

—*Your obedient, sir* (1), graznó Mr. Snuff sin variar de postura.

Y siguió chupando el puño de su baston.

—Tambien V. las tendrá muy pronto mías, contestó D. Juan con una chusca sonrisa.

Y, efectivamente, dos horas despues recibia el padre de Próspero una esquelita de D. Juan Claro, que era antiguo amigo suyo, en que se le noticiaba todo lo ocurrido. Cuando, preocupado con su *lance de honor*, volvía Pinillos hijo á su casa, recibió orden de entrar en su cuarto, donde sufrió un arresto de quince días: ademas, prometióle su padre—y Pinillos estaba convencido de que, si este era parco en prometer, era seguro en cumplir—que al menor motivo de escándalo le haría encerrar en un colegio. Los tres primeros días de arresto, Pinillos bramó en su prision y juró matar al cobardo que le habia reducido á aquel estado; al cuarto pensó escribir, como Silvio Pellico, un libro que llevase por título *Mis prisiones*. Y ya al quinto, mien-

---

(1) Para servir á V.

tras coñaba con Misita, de quien se creía peligrosamente enamorado á lo D. Juan, distraía sus continuos ratos de ocio, como el Cardenal de Borbon los suyos, cazando moscas, que con un papelito puesto de cola, hacia volar por el cuarto.

#### IV.

Sentada junto á una mesita de caoba sobre la que ardía un reverbero de china, bordaba Misita Arderá un primoroso pañuelo destinado á su madre, y en su vestido, tendido á guisa de alfombra, descansaba arrellanado como un gran sultán el corpulento Canens, decano de los tejados y enemigo irreconciliable de la ratona gente. Sobre la misma mesa, doña Ursula, madre de Misita, tenía abierto un mapa universal, y con la punta de una gruesa canca de ambache, marcaba el derrotero que á su parecer—por cierto bien poco náutico—había de seguir el buque que, saliendo de Cádiz, á Cuba se dirigiese: suspiraba de cuando en cuando, y alzaba la vista hacia una imagen de la Virgen del Cármen que, colgada ante una lamparilla de aceite, sobre una cómoda se hallaba, como si quisiese poner bajo su poderosa protección aquel navegante que tanto parecía interesarla. A cada muda súplica que á la Virgen dirigía, sentía la buena señora renacer la calma en su pecho, y parecía que ante su fervorosa oración retro-



cedían las soberbias olas de aquel mar que, como si realmente tuviese ante los ojos, con tanta atención contemplaba. A una respetuosa distancia, Brígida, la única criada de la casa, repasaba un poco de ropa blanca.

Aprovechamos la ocasión para dar á nuestros lectores algunas noticias acerca de doña Ursula y Misita.

Pertenecía esta señora á una de esas antiguas y nobles familias en que se hereda de padres á hijos, al par que un ilustre nombre y una pingüe renta, lo que vale mas que la nobleza de la sangre y el lustre del dinero; es decir, la caridad y la virtud cristiana. Aun no habia cumplido veinte años cuando se casó con D. Pantaleón Ardera, hombre brusco y tacaño, que contestaba de continuo á los pedidos de metálicos que su mujer le hacia:

—Guarda, Ursula, guarda, que la economía es madre de la prodigalidad.

—Pues, hijo, me parece que tu economía no tendrá nunca la dicha de ser madre, le contestó una vez esta, harta al fin de su mesquina avaricia.

Diez años permanecieron unidos marido y mujer, sin que hiciese D. Pantaleón mas que darle disgustos á doña Ursula, concuyendo por morir de repente el año 1848, que fue una de las pocas cosas acertadas que supo hacer.



Quedase, pues, doña Ursula viuda, madre de una niña y un niño que eran su paraíso, y dueña de un considerable caudal, que era su purgatorio; pues ella, que hasta entonces nunca pudo tomar la cuenta de la plaza sin hacer mil sumas y restas por los deudos, perdíase ahora en un dedalo de guarismos, y velase apurada por conservar aquella fortuna, que era el porvenir de sus hijos. Tenía esta señora un hermano menor, llamado Sebastian, á quien amaba tiernamente; y á este hombre, jugador incansable, desprovisto de toda idea de pundo-nor, y sin duda alguna hijo de la famosa economía de su cuñado, confió doña Ursula todo su caudal, otorgándole una confianza tan ilimitada como imprudente. Vió este el cielo abierto con la inocencia de su hermana, que niada de pies y manos en sus garras caía, y se entregó con nuevo ardor al juego, perdiendo grandes sumas de aquel capital que se le había confiado. Así pasaron dos años; pero, cubierto de deudas y perseguido por sus acreedores, falsificó documentos con la firma de su hermana, y luego desapareció con una gran cantidad de metálico.

Trémula de sorpresa y espanto oyó doña Ursula aquella nueva tan terrible como para ella inesperada. Muy bien podía recobrar parte de su fortuna; pero para ello era necesario probar que Sebastian, aquel hermano querido é

ingrato, era un falsificador y un ladrón. La noble sangre que corría por las venas de la dama hervía de dolor y de vergüenza al verse en la horrible alternativa de privar á sus hijos de un brillante porvenir, ó deshonrar á su hermano, haciendo caer una asquerosa mancha sobre aquel ilustre blason, que tambien era el suyo y el de sus hijos, y que ostentaba por mote *No hay quien de mí diga*.

Después de haber reflexionado mucho sobre su situación, despidió á sus criados, y abandonó aquella antigua casa de sus mayores, en que habia nacido y donde esperaba morir, y que ya no le pertenecía, para establecerse en una pequeña casita de la calle N., que, junto con dos ó tres insignificantes fincas, habian escapado de las garras de su hermano. Allí crecieron aquellos niños, sin que jamás oyesen de boca de su madre la menor palabra de censura contra aquel su tío Sebastian, que fuera causa de todas sus desgracias. Hablábales de él como de un hombre perseguido por la fatalidad, y diariamente subía al cielo su nombre envuelto en una plegaria pura por los labios que la proferían, y sublime por el tácito perdón que encerraba.

Cumplía Misita á la sazón diez y nueve años, y era, segun la tierna y vulgar expresion de su madre (si es que vulgaridad cabe en esos poéticos epítetos que prodiga el corazón de

una madre), un *padecito de cielo*. Pero escapábase á los ojos de doña Ursula que en el inocente pecho de su hijo había clavado sus garras esa terrible enfermedad que se llama *fiebre*, y que parece recoger sus víctimas en lo más tierno y florido de la juventud. Por otra parte, el carácter angelical de la niña, y su continuo deseo de no molestar á nadie, hacíanle sufrir en silencio esos vagos dolores que en la enfermedad á que nos referimos son preludios de horribles tormentos, tras de los que se sigue la muerte.

Antonio, su segundo hijo, había cumplido ya diez y siete años; era alto para su edad, delgado y áiroso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia, esa elegancia á quien una célebre escritora llamó la *noblera de la gracia*, era en él innata. Le era natural, como su fragancia á la rosa. Su frente estaba coronada de cabellos de un rubio oscuro, y sus grandes ojos de terciopelo pardo se abrían como las puertas de un templo, dejando ver, como aquel santuario, su alma franca, noble y bondadosa. Notábase en él ese *no sé qué* que nos encanta y atrae, y que Balzac define diciendo es un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar. Bueno como su madre, su carácter altanero no podía prescindir de mostrar algo de la brusquedad de su padre; para él no había en este mundo mas cariño que

el de su madre y su hermana Misita, como tampoco había mas diversiones ni mas amigos que su caballo *Peret* y su perro *Garabito*. Amábale doña Ursula sobre toda ponderación; le llamaba su *erisito*; y cuando alguna broma de Misita le arrancaba una reportada, en que el difunto D. Pantaleón aparecía retratado, solía cantarle:

Cunado Dios crió al crizo  
le crió de mala gana;  
por eso el animalito  
tiene tan fín la lana.

Este pedazo de su corazón era el navegante cuyos peligros calculaba doña Ursula en las hojas del mapa. Háblanle proporcionado una buena colocación en la isla de Cuba, y lleno el pobre niño de los mas laudables deseos, partió resuelto á sacrificarse por su madre y por su hermana, ó á regresar ofreciéndoles una fortuna que en su antigua posición las restableciese. Antonio no se despidió de su madre; por la mañana del día de su marcha, hallábase toda la familia sentada á la mesa del comedor.

—Bendito sea Dios, hijo mío, decía doña Ursula, cuya rosca se hallaba intacta sobre el mantel; no has probado un bocado. ¿Quieres que te parte unas lonjitas de jamón?

—Bueno, contestó Antonio bruscamente; mientras, voy á mandar el equipaje á la estación.

Afinada doña Ursula en partir un pedazo

de riquísimo y ajejo magro, no notó que al salir Antonio se detuvo en la puerta del comedor, como si una fuerza irresistible le clavase en aquel umbral, y que luego desapareció tapándose el rostro con ambas manos. Ya no debía volverla á ver, y en vano doña Ursula esperó la vuelta de su hijo: muchos años después conservaba la pobre madre, mohosa y medio podrida, aquellas lonjitas de jamon que debieron ser la última comida de su hijo en la casa paterna.

Pronto iba á cumplirse un mes desde la partida de Antonio, y tambien desde entonces ardía continuamente una lámpara ante un cuadro de Nuestra Señora del Gármien: amaba doña Ursula la novena de la Patrona de los navegantes, y de nuevo tornaba á emperarla, creyendo en su bendita fe que ante su oracion aplacaba el viento su furia, y trocaba el mar sus bramidos en dulces suspiros que imprimian al bajel de su hijo el mismo suave balance con que tantas veces ella lo medió en su cuna...

—No descanso hasta que tenga carta del pobrecito mio, dijo de repente doña Ursula cerrando el mapa y dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

—Tal vez encuentre algun buque en alta mar, y aprovechará la ocasion para escribir; pero, si no, será necesario esperar la vuelta del correo.

—¡Y he de estar dos meses sin saber de él; sin saber si se lo habrá tragado ese mar que de él me separa! exclamó doña Ursula cruzando las manos y bajando la cabeza afligidamente.

—No se apure V., mamá, dijo Misita entre risueña y llorosa, tomando una de sus manos y apoyando la cabeza en el hombro de su madre; no se apure V., que Dios permitirá que le veamos volver pronto escoltado por un sin fin de talegas de onzas de oro y por un regimiento de negritos cargados de obiquillos, que vengan á decirle á V.: ¡Abuelita, abuelita!

Y abrazando la niña á su madre, dióle un beso en su pálida mejilla.

—¡Y qué bien que lo vamos á pasar entonces! dijo Brígida relamiéndose ya con aquel dorado porvenir: hasta coche vamos á ochar.

—¡No he de apurarme, hija, replicó la madre devolviéndole sus caricias, si ahora, luego y siempre tiene que amargarme el pan de cada día los trabajos que ese hijo de mi alma por mí pasa? ¡Ay! es mi suerte tan triste, que nada bueno se me ha logrado; y es mi hijo tan bueno y tan hermoso, que Dios se lo llevará, porque los ángeles no son de la tierra, y solo están bien en el cielo: milagro será si la Virgen me concede volver á abrazarle sano y salvo.

—¡Pues no la he de conceder! exclamó Brígida; *pobre perflado suco mendrugo*, y solo por no oírnos lo hará Su Divina Majestad.

—Pero si no hay motivo alguno, no desconfiemos, que la imaginación es la que corre, y el corazón el que se cansa.

—No, hija mía; no desconfiemos, que

El que llorando á Dios aspira y pide,  
siempre le oye, y nunca le despiden.



# V.

El piso alto de la casa de doña Ursula lo habitaba un tal D. Basilio, capitán retirado que había venido á sentar allí sus reales, en compañía de una nietecita de cuatro años; bello y desgraciado ángel que al morir su madre derramaba su primera lágrima, y al morir su padre desplegaba su primera sonrisa, viniendo á quedar abandonada y sola bajo la triste guarda de su abuelo, que le prestaba su sombra, como se la presta un grave ciprés al alegre rosal que cobija con sus ramas. Mariquita, que tal era el nombre de la niña, reunía á todos los encantos de la niñez y la inocencia, el que le prestaba su desgracia, y duro había de ser el corazón que no se sintiese conmovido ante aquella preciosa criatura que sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonreiría un niño alegre y tranquilamente acostado en un ataúd. Doña Ursula, Misita, y hasta Brigida, habíanse apegado á ella de tal modo, que de continuo la tenían en su casa.

Pocos dias despues de lo que en los anterio-



res capítulos queda referido, hallábase una tarde Misita Ardera sentada en la única ventana baja de su casa, cosiendo un vestidito negro con lunares blancos, que al quitarse el luto había de ponerse Mariquita: esta, gravemente sentada en una sillita baja, mecía, reclinando la silla hacia atrás, el sueño de uno de esos niños que llaman *llorones*, y á los que, cometiendo un anacronismo de á folio, ponen, en la edad de los pucheros y las muñequillas, una reverenda calva, digna del mas vetusto pensador de los modernos civilizadores. Envolvíalo en unas mantillitas que ella misma había cosido: colocábalo cómodamente junto á su pechito, y le cantaba, imitando á la perfección esa dulce tonada con que las madres acostumbran arrullar el sueño de sus hijitos:

«Duerme, niña chiquita,  
¡duerme! te lo voy a cantar  
—Como soy chiquitita,  
yo no lo sé.»

—Mariquita, no te respaldes, que vas á caerte, le dijo Brígida, que, sentada en medio de la habitación, zurcía unas medias de su señora.

—¡Calla! que con esa voz de campana hueca me lo vas á despertar, replicó la microscópica madre poniendo un dedo sobre su boquita.

Y sin hacer caso del prudente aviso, continuó:

«Duerma, niño chiquito,  
que tiene el ojo,  
y se lleva á los niños  
que duermen poco.»

¡Qué bellos, qué poéticos y qué tiernos son esos dulces cantares que, modulados en notas vagas y sin precision, pero dulcísimas, vienen á despertar en nosotros, como un eco lejano, un recuerdo que rara vez acude á la mente sin lágrimas en los ojos! ¡El de la madre que nos adormeció en su regazo...! ¡Folia aquel á quien Dios da por timbre ese santo lecho, y, según un autor católico, recibe de su mano una corona sin combate, y una palma sin martirio.

No bien concluyó Mariquita su última copla, cumpliéronse los vaticinios de Brigida; y perdiendo la niña el equilibrio, cayó de espaldas, enseñando una redonda piernecita, semicubierta por unos calzones bordados: en cuanto al niño, fue á parar en medio de la habitación, sin dar muestras de haber despertado, resonando lastimosamente su calva contra el pavimento.

—¡Hija mía! ¡Vaya por Dios! gritaron á un tiempo Misita y Brigida corriendo hacia ella.

—¿Dónde te has dado?

—¡Aquí, aquí! gimió la niña, señalando la parte superior de la cabeza, y llorando á gritos, mas por el susto que por el porrazo.

—¡Eso no es nada! ¡Pícaros ladrillos, que han lastimado á mi niña!

—Ya se acabó: eso no es nada, dijo Brígida. Y pasando suavemente la mano por el sitio lastimado, añadió:

Haca, sena,  
carita de rana;  
si no sana hoy,  
sanará mañana.

—Vente aquí conmigo, corazón, que Brígida va á contarte un cuento, dijo Misita volviendo á la ventana, y sentando sobre sus rodillas á la niña, cuyo rostro aparecía rociado de lágrimas del tamaño de garbanzos, mientras el pobre lloron daba un solitario mentís á su nombre, permaneciendo sin chistar con la calva contra los ladrillos.

—Qué lástima de perllas, que las quisiera la Reina de España para su corona! chilló Brígida destempladamente, limpiándole las lágrimas con el pañuelo.

Y luego añadió:

No llores, niña,  
no llores más,  
que á pulme asigo  
varte llorar.

—Cuéntame el cuento, dijo Mariquita, reclamando la promesa ofrecida.

—Pues, señor, que era vez y vez de un gato, que tenía los pies de trapo y los ojos al revés. ¡Quieres que te lo cuente otra vez?

—¡Ea! que me cuentes el cuento. ¡Misita, dile que me lo cuente! dijo la inválida niña, vol-

viendo á encapotarse y amenazando un nuevo chubasco.

—Vamos, Brígida, cuéntele V. el cuento, y no la muela mas, dijo Misita.

—Allá voy, allá voy, cuartito de alfeñique, que tienes tantas mantequitas, que te derrites al sol, contestó Brígida con mucho ánimo.

Y recobrando de repente su gravedad, empezó así:

«Érase vez y vea de un matrimonio tan pobre, tan pobre, que la mujer tenía telarañas en el gañeto de no usarlo, y el marido no podía ni asemar los ligotes á la calle de para-misericordia que se lo comía. Pues, señor, que iba una mañana el marido por el campo, mirando para el suelo, por ver si se encontraba á la fortuna, y al pasar por una huerta se halló una mota; entró en la huerta mas contento que unas pas-cuas, y le compró á la hortelana una col tan grande, tan grande, que apenas podía con ella. Se la echó acuestas como pudo, y fue á llevársela á su mujer para que la guisara; cogiela esta, y viéndola tan hermosa, dábale lástima de partirla, hasta que decidió, por último, sembrarla en un corralillo que en la casa había: no lo llevó á mal el marido, y al cabo de algun tiempo creció tanto la col, que ya llegaba al cielo. Una tarde estaba la mujer muy apurada, porque hacia veinticuatro horas que no cataba la gracia de Dios, y no iba á tener mas remedio

que echar mano de su hermosísima cel; fuese al corral muy triste para arrancarla, y viendo que llegaba al cielo, se le ocurrió subirse por ella y pedirle á San Pedro una limosnita: tan pronto hecho como dicho: empieza á subir de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al cielo: no se usan por allí campanillas, y así llamó: ¡tras, tras! con los dedos de la mano.

—«¿Quién es? preguntó San Pedro, que times muy mal genio, abriendo el postiguito de la puerta.

—«Soy una pobre infeliz que no tiene que comer, y venia á ver si me hace V. la caridad de darme una limosnita por el amor de Dios.

«San Pedro, que, aunque es viejo y gruñón, tiene muy buenas entrañas, se compadeció de la pobrecilla porque traía en la cara mas hambre que un maestro de escuela; y entrándole dentro, salió á poco cargado con una mesita.

—«Toma, hija, esta mesita, le dijo entregándosela; y cuando te veas apurada: *Mesita, componte*.

—«Dios se lo pague á V. y se lo dé de gloria, contestó ella echando á correr de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al suelo.

«Como las mujeres *seemos* tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y apenas soltó la mesa en el corral, dijo: *Mesita, componte*. Hija mía, como si le hubie-

se tocado con una varita de virtudes, se cubrió la mesa de una comida mas abundante que la que se pone en la mesa del Rey: en cuanto vino el marido le contó todo lo que había pasado, y se dieron ambos á dos una *atroquína*, que con el dedo se lo tocaban. Pasaron así algunos meses, y al cabo de estos, dijo un día el marido á la mujer:

— «Mira, Andrea: es menester que vayas á ver á San Pedro, y le pidas algun dinerito: pues si por lo que toca al pico estamos ya seguros, nos hallamos como quien dice en *cuercitos*, y era menester que mercásemos alguna ropita.

«La mujer se resistió algun tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo: estaba San Pedro sentado á la puerta, tomando el sol, cuando vió venir á la mujer.

— «¡Otra te pego...! ¡Qué se te ofrece, empalagro vivo! le gritó sonando las llaves del cielo que tenia en la mano.

— «No se incomode su merced, replicó Andrea: pero venia á ver si me daba V. algun dinerillo, aunque fuese á dita, para mercarle á mi Juan unos calzones, porque tiene los suyos con unas llagas que un San Lázaro.

— «¡Caracoles con la mujer, que parece le ha hecho la boca un fraile pedigüso! refunfuñó San Pedro metiéndose adentro y volviendo con una bolsa, que dió á la mujer.

—«Toma, *Mari-pidona*, le dijo; y cuando tengas apuros, dí: *Bolsita, componta*.

—«¡Dios se lo pague á V. y no lo...

—«Anda, anda con viento fresco, y no vuelvas por aquí hasta que traigas nietos.

«Bajó la mujer mas de prisa que si llevase el diablo entre las piernas, y, en union de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron á la bolsa: *Bolsita, componta*. No bien lo hubieron dicho, apareció la bolsa llena de unos pesos duros mas hermosos y mas brillantes que las estrellitas del cielo.

«Pasaron otra porcion de meses, en que marido y mujer echaron plantas de alcalde y humos de ministro; pero como el paño fino se conoce por la trama, y la saya era de hábito de capuchino, comprendieron los demas usas que eran vinos de mal criadero, empinados sobre sus categuas. Revolvíaseles á ellos la sangre en el cuerpo de pura soberbia, hasta que la mujer determinó ir á pedirle á San Pedro una *alouña* mas noble que la de la Reina de las Españas.

«Estaban aquel dia en el cielo de limpiado, y á la puerta sacudian los angelitos unas esteras, bajo la inspeccion de San Pedro: así que este vió venir á la mujer, le gritó:

—«Tú por aquí! ¡No te dije que no vuelvas hasta que trajeres nietos!

—«Si, señor; pero...



—«¡Qué peros ni qué cunuesas, que eres peor que unas ternianas! ¡Qué se ofrece!»

—«Quisiera una *alcuña* noble, porque todos me miran por encima del hombro, y me dicen cuando salgo en mi coche:

«Andrés estrujajo,  
ayresado braca arriba,  
ayer iba boca abajo.»

«Alzó San Pedro la cara, y quedose mirando á la mujer, y aun dicen que blandió la vara con que sacudia las esteras.

—«Espérate ahí, marquesa de la Bambolla, que voy á darte lo que pides, dijo sacando de la faltriquera una porrita de una cuarta de largo. Toma esta porrita, y cuando estés con tu marido, di: *Porríta, componté*.

«Bajó la mujer á galope de penca en penca, creyendo era ya su dicha completa, y no bien hubo visto á su marido, gritó:

—«¡*Porríta, componté!*»

«[Nunca lo habían dicho, cristianos! porque empieza la porrita á dar cosecorrones, de la cabeza del marido á la de la mujer, y de la de la mujer á la del marido, hasta que me los dejó blandos como una breva; y no fue esto lo peor, sino que la menta y la bolsa perdieron su gracia, y por unas que les gritaban: ¡*Componté!* quedaban *maras* como un marimolillo, y *paruas* como una esquina. Y todo esto fue castigo de su mucha ambición y codicia, porque, como lo



canta el refran, *la codicia rompe el saco*, y á ellos les rompió el saco, y tambien la cabeza.

«Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimienta; yo fui y vine, y no me dieron nada mas que un zapatillo de afrecho, que lo colgué en el techo, y se derritió.»

—¡Otro, otro! gritó Mariquita no bien hubo concluido.

—¡Qué otro ni qué otro, si tango las fauces secas de puro charlar! contestó Brígida. ¿Quieres que te suceda por *pécora* lo que á la mujer del cuento?

Sonó en este instante la campanilla de la puerta, y Brígida fue á ver quién llamaba. A poco volvió diciendo:

—Señorita, ahí está un *militar* preguntando por la señora.

—¿Un militar? replicó Misita con estrañeza. Pues dígame V. que suba, y avísele á mamá.

La visita anunciada por Brígida era un guardia marina amigo de Antonio, que, habiendo encontrado al salir de la bahía de Cádiz el buque en que este iba, se encargó de entregar á doña Ursula una onza de oro que su hijo le enviaba, junta con la siguiente carta; lo cual no habia hecho antes por habérselo impedido asuntos del servicio:

«Mi queridísima mamá: Dispóneme V. que empiezo hablándole de dinero en una carta que,

por ser la primera que le dirijo, debiera dedicarla exclusivamente á hablarle de mi cariño; pero ademas de que es este muy sabido, como lo uno es consecuencia de lo otro, le diré que he cobrado veinticinco duros, primer dinero que con mi trabajo gano, de los cuales me he reservado nuevo para mis gastos particulares, y le envío á V. los diez y seis restantes, como dueña que es de todo lo mio, empezando por mi propia persona. Yo quisiera, sin embargo, si á V. le parece bien, que le diesen alguna cosa á la señá Juana, la pobre á quien yo daba limosna los domingos; así Dios bendecirá mi trabajo, y me dará fortuna para ganar mas.

«Yo estoy bueno, madre mia, pero me acuerda tanto de V., que tengo á veces que encerrarme con *Garabito* (era este un perro de que ya hemos hecho mencion, compañero inseparable del pobre niño, y que le habia seguido en su viaje), que es el único que me comprende, y allí le rezamos los dos á la Virgen de la Merced, cuyo escapulario tengo. Vaya V. á su iglesia á rezarle una Salve de mi parte, y dígame, como ya yo se lo tengo dicho, que cuando vuelva á casa, si es su santa voluntad que así sea, he de comprarle un manto de tisú de oro. ¡Ay madre de mi alma! Todavía no he perdido de vista las costas de España, y ya tengo unas ganas de darle á V. un abrazo! Ahora no podría V. decirme su *crédito*, pues soy mas

amable que el no tener: ya se ve! me falta mi madrecita que me mimaba, y mi hermanita que me aguantaba!

«Que cuiden mucho á *Peret* (esto era su caballo, de que tambien se ha hecho mencion), y que lo saquen á paseo para que no se vieje: cuando yo vuelva acá ya tan viejo, que no podré ni con la fe de bautismo en papel. A *Misita* dígame V. que vaya comprando plumas para escribirme cuantas noticias y chismes haya por esa.

«Adios, madrecita de mi alma: no soy mas largo, porque mi amigo Juan de Silva, que es el dador, no puede detenerse mas: todas las noches que haya luna, suba V. á la azotea, al dar el toque de ánimas, y mírela, porque á esa misma hora la estoy mirando yo; entonces reso un Padrenuestro por los difuntos, y á V. le envía con ella un beso su hijo que la quiere mucho, mucho, muchísimo.

«ANTONIO.

«*P. D.* En este instante ladra *Garabito*, como si recordase memorias. Como me encargó V., reservo las camisas blancas, y estoy usando las de color.»

¿Quién podría pintar lo que sintió doña Ursula al leer aquella carta? Lloraba, rezaba, reía, y abrazó á Juan de Silva, valiente marino á quien el huracan dejaba impávido y la tem-



*Impulsadas madre é hija por el mismo pensamiento, dieron un beso en la punta de los dedos, y lo enviaron á la luna*

THE HISTORY OF THE  
LIFE OF SAMUEL JOHNSON  
BY JAMES BOSWELL  
IN TWO VOLUMES  
LONDON: Printed by A. MILLAR, in Pall-mall; and by J. DODD, in St. John's Street, 1791.

THE FIRST VOLUME.  
FROM HIS EARLY YEARS TO HIS DEPARTURE FOR THE CONTINENT, IN 1763.

THE SECOND VOLUME.  
FROM HIS RETURN FROM THE CONTINENT, IN 1763, TO HIS DEATH, IN 1794.

LONDON: Printed by A. MILLAR, in Pall-mall; and by J. DODD, in St. John's Street, 1791.

pestañad hacia sonreír, y que sintió correr sus lágrimas ante el entusiasmo de aquella madre. ¡Con qué complacencia contestaba al diluvio de preguntas que esta le hacía!

—Dígame V.: ¿está muy grueso? ¡Hijo de mi alma! ¿Estará muy quemado del sol. ¿Ha crecido? ¿Está muy triste? ¡Bendita sea su vida, y qué de cosas le diría á V. para mí! ¿Se peló por fin, ó viene el pelo largo? ¿Está muy alegre? ¿Me echas mucho de menos? ¿Tendría puesto un sombrero de alas anchas que llevó para el sol.

Aquella misma noche fue á casa de un platero, y mandó echar un engarce de oro á la cruz que su hijo le había enviado, para poder, como si fuese un broche para el pecho, conservarla eternamente. Luego fue á la iglesia de la Merced á cumplir el encargo de su hijito, y de vuelta subió á la azotea con la misma ligereza de Misita, que tras ella venia. La luna, destazándose entre millares de estrellas del sombrío azul del cielo, bañaba en su argentada claridad como en un suave bálsamo á la tierra. Doña Ursula la miraba atentamente, como si quisiese descubrir en su disco de plata la señal de la mirada de su hijo. De repente una campana grave como la oracion de un cristiano rompió el silencio de la noche: era el toque de ánimas. Doña Ursula y Misita cayeron de rodillas y rezaron un Padrenuestro por los difuntos; luego, como impulsadas por el mismo pensamiento,

dieron un beso en la punta de los dedos, y lo enviaron á la luna. Allá, en la inmensidad del mar, de rodillas sobre la cubierta de un buque, y teniendo junto á sí un hermoso perro manchado de canela, un niño rezaba también un Padrenuestro por los difuntos, y enviaba un beso á la luna.

¡Cuánto no se habieran reído los escépticos y hombres positivistas, que se niegan á verter una lágrima y á murmurar una oración, si les hubiese sido dado contemplar tanta fe, tanta ternura, tanta inocencia! Pero en el mar solo escuchaban al niño sus majestuosas olas, que, graves y tristes, venían á besar los costados del buque, como si contestasen á su oración: *Requiescat in pace*. En la tierra solo escuchaban á la madre las macetas de claveles que desde un rincón de la azotea humillaban sus perfumadas cabecitas, como si la acompañasen en sus ruegos. Y allá en el cielo escuchábalas á uno y otro María, la Madre de Dios, que acogía sus súplicas y enviaba como compensación, al que rezaba en el mar, la esperanza; á la que en la tierra, la resignación cristiana, y á ambos su bendición pura y santa.

## VI.

Se ha dicho, y tal creen muchos, que en Jerex no hay sociedad, y que una persona fina y bien educada es allí un mito, un fénix, una utopía, una creacion fantástica.

Y no son los que tal dicen (que eso nada de extraño tendría) alguno que otro de esos revisiteros que sacrifican á un chiste ó á un ridículo todo lo que no sea su bolsa ó su pellejo: por desgracia, de igual modo opinan algunos indígenas de esta misma sociedad tan calumniada, tales como Próspero Pinillos, al mismo tiempo que se lamentan de vegetar en su centro. Este afán de despreciar lo propio y envidiar lo ajeno, que inspira á los Pinillos imprecaciones mas elocuentes que las de Dido contra Eneas, revela en los primeros la mas crasa ignorancia sobre este punto, y en los segundos mala intencion y la mas rematada necedad.

¿Qué entenderán por finura estos modernos regeneradores del trato social, cuando la niegan á una de las pocas poblaciones en que se conserva aun aquel franco, serio, digno y caballe-



resco trato español, que va desapareciendo en union de todos nuestros usos y costumbres, arrasados por el fuerte viento que de los Pirineos sopla?

¡Ay, mi buen lector! Si atrasados estamos, progresemos con dos mil de á caballo; pero progresemos siendo españoles, y dejando á un lado el ridículo empeño de parecer franceses unos, ingleses otros, olvidando que cada nacion tiene su fisonomía particular, y que tan mal sienta á una española el *madame* francés ó el *ministère* inglés, como á una francesa ó inglesa el castizo y caballeresco *doña* que usaron las Reinas españolas, y que ha venido á ser entre la gente joven atributo esclusivo de las pelucas empolvadas.

Quiera saber lo que por vulgar, ganso y *anti fashionable* es deslornado por los que en Jerez, como en todas partes, aspiran á guiar la opinion pública, presentando la suya fuertemente impregnada de un perfume extranjero? Pues escucha la vida de cualquiera de esas señoras de provincia que tanto abundan en la para nosotros respetabilísima sociedad de Jerez.

Si vas por la mañana á su casa, la encontrarás rodeada de sus hijas, á quienes enseña á obedecer, para que á su vez sepan mandar; á quienes enseña á ser mujeres de su casa, sin dejar de ser señoras, en toda la extension que en lo antiguo se daba á esta palabra, cuando

era considerada como sinónima de cristiana y culta, noble y distinguida. A la vista de este cuadro, involuntariamente se te vendrá á la memoria el que ofrecían aquellas antiguas castellanas de la Edad Media, que dejaban el torno y la rueca para ir á recibir al Rey que llamaba á las puertas de su castillo. Isabel la Católica, tejiendo las camisas de su marido el Rey Fernando, nos ha parecido siempre el tipo mas acabado y el mas cumplido ideal de la verdadera señora.

Pues vuelve al anochecer, cuando ya la campana de la oracion anuncia la huida del dia. Luego que esta ha sido rezada y han besado los hijos la mano de su madre, se ponen todos en marcha hácia la casa de la abuela, donde, ademas de toda la familia, se reunen los amigos intimos que forman la familia del corazón. Preside la anciana maestra este tranquilo y dulce cuadro, por el derecho que le dan sus años, que no la cargan ni la oprimen, sino la hacen subir al altísimo trono de la vejez: le dan por cortejanos sus hijos y nietos, y por corona sus canas; porque allí donde ese afán de parecer lo que no es (ruego sobresaliente de nuestra época) solo ha conseguido tiznar con desastrosos cosméticos las cabezas de dos ó tres ancianos, raro es el que se priva de lucir esta diadema de plata en que Dios grabó la palabra *experiencia* para que los hombres contestasen con la de *respeto*.

Todos reconocen este santo derecho que hemos de heredar, y se apresuran á prodigarles sus obsequios, que no son falsos ni embusteros, sino salidos del corazón: allí, allí es donde se encuentra una sociedad culta, amena é ilustrada como cualquiera otra, y CRISTIANA como ninguna otra. Los que la niegan, búsquenla; pero no en los casinos, ni (preciso es decirlo) en las bodegas; búsquenla en el hogar doméstico, donde si no se encuentra el juego como en los primeros, ni el vino como en las segundas, encuéntrase el suave trato de señoras, el santo amor de la familia, y la moral mas profunda y cristiana.

A uno de estos alegres y pacíficos círculos solian concurrir á prima noche doña Ursula y su hija. Componian la familia de la casa doña Petra Sandoval, rica viuda, y sus tres hijas, Rosa, Pepa y Paca, que de cinco que tenia eran las que por casar quedaban.

Dividíase el salon de doña Petra en cámara alta y cámara baja. Doña Ursula, la viuda de Sandoval, una hermana de esta, viuda tambien de un título de Castilla, una parienta pobre llamada Flerita, que entre ambas mantenian, y las dos hijas casadas de doña Petra, formaban la cámara alta; y en la baja, Rosa, Pepa, Paquita, Misita Ardera y una porción de primas y parientas, ayudadas de algunos muchachos que acudían atraídos por las enaguas como por la miel

las abejas, de tal manera charlaban, reían, criticaban y divertíanse á costa del prójimo, ocupaciones todas necesarias á la juventud, que había merecido su nocturna tertulia el nombre de *Club de la tijera*, de cuyo alegre comité, gracias á su genio bromista y chistosamente burlesco, había sido proclamada presidenta Paquita, la menor de las hijas de doña Petra.

En la noche del día siguiente al que doña Ursula recibió la carta de su hijo, la cámara alta jugaba, como siempre, al tresillo, y la baja, por distraer el tiempo, á juegos de prendas.

Contábanse en el número de los tertulianos, á mas de otros varios muchachos, el marques de Valmea, que, por ser algo pariente de doña Petra, visitaba la casa, y Próspero Pinillos, que, conociendo á la rica viuda desde pequeño, seguía al marques como la sombra sigue al cuerpo. Hemos dicho que este creíase enamorado de Misita á lo D. Juan, y bien hubiera querido acercarse á ella por ver si sus amorosas andas rompían al fin en una ardiente declaración; pero mas listo el marques, ocupó el único asiento que junto á la preciosa niña quedaba vacío. La cual, cortada y ruborosa con las miradas de Pinillos, no se atrevía á levantar la vista por miedo de encontrarse con la de su diminuto pretendiente.

Sentados caballeros y señoras formando un círculo, entreteníanse en apurar una letra, y

para ello cada uno había de tirar un pañuelo al que de su voluntad fuese, preguntando al mismo tiempo:

—¿De la Habana ha venido un barco cargado de...?

Y el preguntado contestaba prontamente alguna palabra que con la letra que se trataba de apurar empezase. Mas si no se le ocurría palabra alguna, ó no era dicha con la prontitud requerida, había de dar una prenda, lo cual era celebrado siempre con mil burlas y exclamaciones de alegría.

—¿De la Habana ha venido un barco cargado de...? preguntaba Paquita enviando á Pinillos el pañuelo con una maliciosa sonrisa.

—Amor (1), contestó alambarradamente este, mirando á Misita de una manera harto significativa, al mismo tiempo que le arrojaba el pañuelo haciéndole la consabida pregunta.

Aturallada esta por las miradas de Pinillos, y deseando, al mismo tiempo que responder al marques que en aquel instante le hablaba, pronunciar la palabra que le correspondía, exclamó inocentemente, volviendo el pañuelo á Próspero con mucha prisa:

—¡Alcoraques!

—Se prohíben las alusiones personales, dijo el marques muy quedito al oído de Misita.

(1) Suponemos ser á la letra que trataba de apurar.

Poco á poco fuese apurando verdaderamente la letra, y reuniéronse gran número de prendas, que, ocultas en la falda de Paquita, habían de sentenciarse.

—Usted, Próspero, dijo esta cogiendo una de ellas sin enseñarla: ¡qué le manda al dueño de esta prenda!

—Si es del sexo bello, que haga un ramillete de flores; y si del feo, que lo pongan en un compromiso.

—¡Eso es, eso es! exclamó alegremente el auditorio; un compromiso.

—Que diga cuál es la mas fea, y cuál la mas bonita de las que están presentes.

—Que diga la que mas le gusta.

—¡Orden, señoras, orden! decía Paquita dando con un cuchillo de abrir papel en un jarrón de china.

—Que hablen todos, y calle uno.

—Silencio, pide la presidenta.

—¡Señoras! gritó Pinillos poniéndose de pie sobre un taburete: yo, como el consultado que he sido, pido la palabra. El compromiso ha de ser este. Que luzca su ingenio comparando con un cuadrúpedo á cada una de las señoras presentes.

—¡Eso es, eso es! gritaron todas.

—Pues luzca V. su ingenio, marques: dijo Paquita dando á este un guante, que era la prenda por él entregada.

Colocose el marques en medio del círculo, y poniendo en aprieto todos los recursos de su imaginacion, fue comparando á cada una de las muchachas con un cuadrúpedo. Parecíase una al caballo, en lo noble; otra al armiño, en lo blanca; aquella al leon, en lo generosa; esta otra al ciervo, en lo ligera; la de mas allá al perro, en lo leal; Paquita al cerdo, en no tener desperdicio; Misita al cordero, en la dulzora.

Solo le quedaba, para salir del aprieto, una morenita que vestia hábito de los Dolores, y á la que, no sabiendo ya el pobre marques con qué cuadrúpedo compararla, dijo:

—Usted, por lo negro de su vestido, se parece al...

—¡Pues...! Al cuervo, en la pluma, le apuntó por detras Pinillos, con aqual aire de satisfaccion del que sale triunfante de un grande apuro.

Una carcajada general acogió la salida de Próspero.

—¡Muy bien! ¡Bravo! gritaron por todas partes.

—¡Bien por el moderno Linneo!

—¡Es en Londres donde los cuervos tienen cuatro patas...!

—Nada, nada! exclamó Paquita: de hoy en adelante, de las aves, el conejo; de los líquidos, el azúcar; de los cuadrúpedos, el cuervo.

—Pero, señores, creo que comprenderán



Vda. que ha sido una equivocacion, dijo Pinillos corrido al verse objeto de las burlas generales.

—¡Por supuesto! ¡Ya lo creo!

—Sí: si sabemos que has estudiado historia natural.

—Y que eres bachiller.

—Y un gran naturalista.

—Y que has estado en Londres.

—¡Orden, señores, orden, que si no va á ser esto el cuento de nunca acabar! exclamó Paquita.

Y dirigiéndose al marques, añadió:

—V., como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?

—Que improvise unos versos.

—Pues evoque V. á las nueve musas, Pinillos, que suya es la prenda, dijo Paquita dándole una fosforera de plata, que como prenda había entregado.

—Pido algun tiempo de término.

—Cinco minutos por el reloj, dijo uno de los muchachos sacando el suyo.

Retirose Pinillos á un rincón, y vuelta la cara para la pared, un dedo sobre los labios, fijos los ojos en el techo, y contando, al parecer, las sílabas del verso con los dedos de la mano derecha, quedó inmóvil y silencioso, hasta que, pasados los cinco minutos, volvió en medio del círculo, donde con levantada voz, y dirigiendo



significativas miradas á Misita, dijo estos versos que habia leído en un papel viejo, y aprendido de memoria:

¡Viste cuando un cazador,  
con paso lento y constante,  
sigue la caza silbando  
con ahen y con ardor?  
Pues en el campo de amor  
ese cazador yo he sido,  
y me cansaba ya, aburrido,  
la hora que yo tiré,  
valió la pena, y muere  
que yo solo era el herido.

—¡Bravo, muy bien! gritaron de todas partes, mientras Pinillos, reventando de satisfacción, se inclinaba modestamente.

—De seguro que Apolo se roe las uñas de envidia.

—Y las musas, de contento, van á dar un *the dancing*.

—No sabía yo que el Sr. Pinillos era poeta.

—¡Ah! es un moderno lord Byron.

—¡Vaya si lo es! dijo Paquita; yo he leído varios versos suyos.

—Bien podrá ser, replicó Pinillos; aunque he escrito muy poco, y nunca para el público.

—Pues no solo los he leído, sino que los conservo en la memoria, y si V. me da permiso he de recitarlos.

—Que los recite él, que es el autor.

—De ninguna manera, contestó Pinillos palantemente; porque si algún mérito tienen, será el ser dichos por una boquita tan linda.

—Gracias, señor poeta; y aunque los desluzca, los diré, ya que es V. tan amable.

Y la traviesa presidenta, después de una burlona tosecita, dijo con la mayor formalidad:

Dico masas esperables,  
y siempre tallos cerrados,  
siempre luzes decendienda,  
siempre luses apagando;  
siempre alumbrando, señor,  
los sitios de esta ciudad,  
y siempre por Navides  
se vió que el alumbrador  
tuviese un peso por favor  
de toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al concluir Paquita el último verso.

—¿Quién le ha dicho á V. que esos versos son míos? exclamó Pinillos, cuya cara habíase ido tornando, de resplandeciente sol, en nublada luna á medida que Paquita recitaba la décima.

—¿Cómo que no son de V.?

—¡No me faltaba á mí mas sino componer décimas pidiendo aguinaldos!

—¡Pues tiene V. razón, exclamó Paquita sin dejar su burlona formalidad! ahora caigo en que esos versos son los que por Pascua trajo el alumbrador de la calle, y esta pícará memoria mía ha hecho que con los de V. los confunda.

—¡Ay Paquita, Paquita, dejaría V. de ser chica para ser burlona!

—¡Mire V. quién habla, tú que tienes el alto de un perro sentado; y que no llegastes á pino, sino te quedaste en pinillo!

—Aquí sí que viene bien lo que dijo la sarten á la caldera: *¡Quita allá, que me tiznas!*

—Pues á mí me gustan los hombres chiquititos, porque me acuerdo de aquello de *Marcela ó á cuál de los tres*:

Puede que el hombre no es bueno,  
le prefiero chiquitín;  
que en persona: pues, al fin  
no sabe mucho de nada.

—Tienes razón, replicó Paquita; pero sepa V. que siempre se ha dicho: *Hombre chiquitín, embustero ó bailarín*; y de la mujer chiquitina nada se ha dicho que yo sepa.

—¿Que no...? *La mujer, chica; porque de lo malo, poco*. Creo que fue San Agustín quien lo dijo.

—Mía á mi favor todavía; pero, cuidado con las chicas, que chica es la pimiento, y pica y repica...

Levantose en esto doña Ucaña para retirarse; pero una súplica general le hizo volver á su asiento hasta que las prendas fuesen sentenciadas.

—V., como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda? preguntó Paquita á Pinillo.

—Que improvise otros versos, y ¡ojalá sea V. la dueña, que yo le prometo vengarme!

—Gracias por la buena intencion, pero es V. otra vez el favorecido; conque al rincón y chitito, que las conversaciones inútiles ahuyentan las musas.

Recogió Pinillos su prenda, y dirigiéndose al rincón, que para él fué de Hipocrenas era, permaneció allí un breve rato; al cabo del cual dijo, parodiando cierto trozo de una comedia de Calderón que había oído á un amigo:

Cuentas de Momo que un día  
 á sus niños se burlaba  
 de un niño que pasaba  
 ¡Habrá otro, entre sí decía,  
 que una vez burla que yo!  
 Y cuando el rostro volvió,  
 tal la respuesta, viendo  
 se estaba Para Momo  
 del mismo que se río.

- ¡Muy bien, muy bien! ¡Soberbio!
- ¡Ay! ¡Si Calderón levantara la cabeza...
- Se volvería á morir de pura envidia.
- Eso merece una corona.

—Y yo he de ofrecérsela, dijo Paquita yendo ligera como un pez á cortar una rama de los laureles del patio, que el marques ciñó á las sienes de Pinillos, el cual, subido sobre un taburete, saludaba á diestra y siniestra, en medio de las aclamaciones y risas de una alegría tan franca, tan espontánea y tan comunicativa, que fueron á resonar sus ecos en la grave y severa cámara alta, haciendo esclatar á doña Petra:

—¡Qué edad, qué edad tan dichosa, en que todo alegría y hace reír!

—Dios les conserve por mucho tiempo su alegría, porque, una vez perdida, no se recupera, replicó suspirando doña Ursula.

Concluyéronse, por fin, de sentenciar las prendas, y retiráronse Misita y su madre, juntamente con el marques de Valmes, que las acompañó hasta su casa. Hizole allí doña Ursula los ofrecimientos de costumbre, y despidiéndose, por fin, el marques, no sin volver la cabeza en tan buena ocasión, que, volviéndola Misita al mismo tiempo, sus miradas se encontraron.

—¿Por qué no cenas? decía doña Ursula aquella noche, al ver que su hija no tocaba el plato que delante tenía.

—Porque no tengo ganas: me duele la cabeza.

—Pues bastante te has reído con el marquesito; sino que estas niñas del día son candil en la calle y oscuridad en casa.

Misita suspiró, y dando un beso á su madre, fuése á acostar sin decir palabra.

## VII.

—¿Quiere V. no hacer ruido? ¡No ve V. que la niña se acostó anoche tarde, y está durmiendo! exclamaba doña Ursula al ver que Brígida barria furiosamente delante del cuarto de Misita, cantando á grito pelado:

En tí, Betanilla,  
mató una mujer;  
la hizo pelar,  
y la puso á cocer.  
Y así es que pasala  
ella á manganilla,  
y así la mujer  
del tío Polcilla.

Brígida, que, sin ser mala, tenía el carácter fuerte, dejó caer la escoba con todo el estrépito posible, refunfuñando:

—¡Pues no faltaba mas para los días de fiesta! Yo me levanto temprano, y me acuesto tarde, y no soy de palo; despues no puedo aviar el cuarto hasta las tantas, y tengo que hacer. Conqué á ver si nos ponemos como los pinos...

Doña Ursula entró en el cuarto de Misita y corrió las cortinas, para evitar que el sol, que

ya por las ventanas entraba, despertase á la niña. Ya hacia algun tiempo que, observadora continua de sus hijos, como todas las madres lo son, habia notado en el antes tan igual y tan dulce carácter de Misita ciertos periodos de melancollia y de profundo desaliento, que llegaron á alarmar su tierno corazon de madre. Pero, tranquilizada por los médicos, que, si bien la habian encontrado harto endeble, no conocieron entonces la enfermedad física que le minaba, atribuyó la buena señora la tristeza habitual de su hija á rarezas, manías, que, por aquello de quien mas mira menos ve, en vano trataba de explicarse. Pero si hubiese tenido mas conocimiento del corazon humano, tal vez hubiera comprendido que lo que á ella le parecian rarezas y melancollias exageradas, eran los resultados de un amor espontáneo que habia nacido en el corazon de la pobre niña, sin que ella misma se diese cuenta de lo que sentia.

No pudo Misita tratar tan de cerca al marques de Valmes sin experimentar hácia él, primero una misteriosa simpatía, y luego una irresistible inclinacion, aumentada de continuo por las galanterías de Pedro, que, al parecer, en extremo gustaba de ella. Mas como la inocente niña era modesta, tímida, y desconfiaba mucho de sí misma, conceptuó como un imposible alzarse hasta aquel hombre que tan supe-



rior le parecía, no obstante que solo en riquezas la superaba. Pero no por eso se creyó una víctima del infortunio y del amor, de ese niño ceguezuelo y tirano á quien tantos males debamos: no pensó en retirarse á un sombrío claustro, y mucho menos en tomar pasaporte para el otro mundo: ella nunca leyó mas que el *Año cristiano* y las novelas de Fernán-Caballero, y allí nada pudo aprender que no fuese santo, noble y cristiano. Creyó lisa y llanamente que Dios la daba aquella cruz como á cada uno de por sí la suya, y cifó su cabeza con la corona de espinas que el sufrimiento le ofrecía, sin tomar por eso los aires de una víctima inmolada en las aras del amor. Triste estaba, porque sufría y no sabía disimular; pero su tristeza era dulce, apacible y resignada.

En cuanto al marques, que tan afortunado hubiera podido llamarse si hubiese comprendido el inmenso tesoro de amor é inocente ternura que hacía él abrigaba el pecho de Misita, reunía á su arrogante presencia un bondadoso corazón; pero su carácter voluble le hacía pasar sin ningún género de transición del mas ardiente entusiasmo á la mas fría indiferencia: en el primer caso, hubiese dado la vida por lo que á la sazón le preocupaba; pero, pasado este primer período, no hubiera hecho el menor sacrificio por aquello mismo que tanto le había entusiasmado. Todos sus sentimientos eran



musgos sin raíces nacidos en su corazón; y como nada se arraigaba en él, no conocía el odio que mata; ni el rencor que se esconde en un rincón del pecho para aguzar sus arcos; ni la envidia, que calla el bien y publica á gritos el mal del prójimo. Pero en cambio le eran igualmente desconocidos el profundo amor que eleva el alma hacia la Divinidad; y la amistad, que no sabe producir resentimientos, sino dolores, y que, mas dulce que el amor, carece de sus celos: érale tambien desconocida la constancia, que es el medio seguro de llegar al logro, y que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su buen sentido, que en alto grado poseía, hacíale patente las consecuencias que sus defectos traían; pero era su frívolo carácter mala sonda para graduar la profundidad de las heridas que causaba, y á las que como autor de ellas debía de poner remedio.

Habíase el marques aproximado á Misita como á una de tantas, atraído por su belleza y su dulzura, que desde el punto en que la vió la habían sorprendido; pero como no hay cosa que mas pronto advierta un hombre, adivinó el amor que en el corazón de la niña empezaba á brotar, y, halagada en vanidad, sintió nacer hacia ella un impulso irresistible y efervescente, como irresistible y efervescente era todo afecto cuando en él empezaba.

Ya hacia dos noches que Misita y su madre no iban al *Club de la Tijera*, á causa de un fuerte resfriado que á esta última impedía salir á la calle; y alarmada doña Petra por su ausencia, fue á informarse del motivo de ella, al mismo tiempo que á suplicar á Misita las acompañase al teatro; cuyo convite aceptó la niña con la mayor alegría, esperando ver allí á Pedro.

Daban aquella noche *La Traviatta*, esa inmoralísima y asquerosa partitura, revestida de un tan precioso manto, en que se eleva al vicio mas descarado y á la mas cínica impudencia sobre un pedestal que se niega á la modesta virtud y al pudor, que, no obstante de ser atributo de las mas de las jóvenes, no les impide ir á contemplar sin sonrojarse tan inmoral cuadro. No alcanza, ni podrá alcanzar jamás, la lindísima música de esta ópera á borrar la violenta impresion de asco, de desvío y de indignacion que su repugnante argumento nos causa. ¡Llamar *ángel* á la mujer que vende su cuerpo! ¡Llamar *victima* á la mujer que sostiene un impúdico boato sacrificando familias enteras, es el colmo del cinismo y de la desvergüenza! ¿Qué diferencia encontrarán, los que tal pregonan, entre la virtud y el vicio, entre *Melina* y *Santa Teresa*, entre *nos* *Marta* y *Violeta Valery*? Es tal, sin embargo, el imperio de la costumbre y de la moda, que se hallaba en

aquella representación todo lo mas selecto de la sociedad de Jerez: aquel mezquino coliseo, guarnecido de tantas mujeres bellas, podía muy bien compararse á un falso vaso de barro que contuviese un ramo de las mas hermosas y fragantes flores.

Apenas entró Misita en el teatro, lanzó una rápida ojeada hácia la concurrencia; y es necesario haber sentido esa multitud de sensaciones que nos afectan cuando vemos frustrado el deseo de ver á una persona querida, para juzgar de los diversos sentimientos que la agitaron al cerciorarse de que Pedro no se hallaba en el teatro. La duda, la esperanza, el desaliento, la mortificación; la alegre música del primer acto llegaba á sus oídos trasformada en una armonía tan triste, que pasaba las mayores penas del mundo para no llorar.

Pero, á la manera que el campo vuelve á recobrar su alegría cuando el sol logra romper la nube que lo empañaba, apareció en el rostro de la niña una encantadora expresión de gozo. Sus ojos habían descubierto al marques de Valmes en un palco muy próximo al suyo.

Había tanto amor, tanta ternura y tanta inocente imprudencia en la mirada que Misita fijó en el marques, que este, que atentamente la miraba, no pudo menos de comprender lo que sus ojos decían. La niña, al verse sorprendida, bajó la cabeza, poniéndose roja como una

acabó: el marques seguía contemplándola.

Apenas cayó el talón, salió del palco en que se hallaba, y fue á llamar al de doña Petra.

La pobre Misita, al verle entrar, sintió acrecentarse su turbación, y pensó aterrada que Pedro podía muy bien compararla á esa clase de mujeres que hacen de sus ojos una especie de lengua, con que dicen sin comprometerse me agrada al hombre de quien gustan.

Pero era el marques tan amable, y tan ingeniosa su conversacion, que poco á poco sintió Misita ahuyentarse su embarazo, y pudo mostrar, como siempre, toda su gracia y talento, mucho mas realzados con el natural deseo de agradar. Todo el resto de la noche permaneció el marques en el palco de doña Petra, tributando á Misita algo mas que tiernos obsequios, que fueron causa de mil cariñosas bromas, con que las tres hermanas, que le profesaban un verdadero cariño, por mucho tiempo la embromaron.

Terminado que fue el espectáculo, se apresuró Pedro á poner sus abrigos á las señoras, y las acompañó hasta el carruaje. Al subir en él cayó al suelo una de las rosas blancas que adornaban el peinado de Misita; y mientras para recogerla se inclinaba Pedro, arrancaron los caballos de repente, dejándole en sus manos la rosa. Misita pudo ver al marques, que llevaba la rosa á sus labios.

Así que la enamorada niña se encontró en su cuarto, dejóse caer en una silla, y quiso darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban de tal modo á su imaginación, que no podía darse cuenta de ellas. Arrodióse, por último, despues de haber soltado su magnífico cabello, que le envolvió como en un manto de terciopelo, y rezó, como todas las noches, por su madre y por su hermano. Luego dejó caer la cabeza sobre las almohadas, y llorando sin saber por qué, rezó con mas devoción que nunca una Salve á la Virgen Maria, sin que tampoco supiese darse cuenta del por qué la rezaba.

Cuando el alba vino á despertar á los pajaritos, que de seguida empezaron á saludarse con sonoros pitidos, se dormía Misita, dejando escapar entonces de entre sus manos la rosa blanca, compañera de la recogida por el marqués. Las dulces y misteriosas lágrimas del primer amor, que Misita vertía, empapaban aquella rosa, coronándola como con gotas de rocío.

¡Símbolo de la inocencia, por el amor coronada y despues por el marchita!

## VIII.

Suceda con ciertas impresiones como con aquellos cuadros pintados para hacer efecto: que es necesario verlos á cierta distancia para conocer su mérito.

A la otra mañana se acordaba Misita hasta de los mas pequeños pormenores de la noche precedente. Repasaba en su memoria hasta las mas insignificantes palabras de Pedro: y á pesar de que estas palabras eran muy superiores á sus esperanzas, no llenaban su corazón de la alegría que fuera natural. Misita, que el día anterior se daba por muy satisfecha con que Pedro la saludase, ya no se contentaba con pasar toda una noche á su lado, recibiendo de él los mas cariñosos obsequios. Explícase esta rareza (que es una de las innumerables que encierra el corazón humano) si se tiene en cuenta que es, por desdicha nuestra, tan ambicioso, es tan egoísta, que el goce de lo que poco antes apetecía, solo sirve para hacerlo sentir con mas fuerza lo que deja de gozar.

—Vamos, se decía la pobre niña: Dios ha

querido que guste lo que mas apetecia mi corazon, para arrebatármelo despues. Buena tonta seria yo en abrigar la menor esperanza porque anoche me dijo lo mismo que se dice á todas; ni debo esperar por eso, ni mucho menos culparle, porque la culpable soy yo, quose me antojan los dedos huéspedes.

Estas ideas ocupaban la mente de Misita, sin que pudiese analizarlas, ni tampoco definir las con exactitud, mientras, sentada en su ventana, hacian brotar sus dedos una guirnalda de pensamientos sobre un pañuelo de batista. Por miedo de un desengaño, intentaba ahogar su esperanza; y sin querer dar crédito á las apasionadas galanterias de Pedro, que hacian en su corazon el efecto que el fuelle hace en el fuego, rehusaba apagar la ardiente sed de su amor con aquella esperanza que tan legitima le era, por miedo de que esta saliese fallida. Así, la pobre niña temia, y á pesar de todo esperaba: gozaba con el recuerdo, no obstante que este es siempre triste, porque pasó ya; y sufría con el porvenir, porque tan doloroso es para el alma el temor de perder, como el sentimiento de haber perdido. Pero, á pesar de todo, en vano esforzabase y hacíase violencia por poner en práctica esa cruel receta para no llevar desengaños, que consiste en ponerse siempre en lo peor, y así nunca se sale mal librado.

¿Cómo era posible que, en su juventud y en



su inocencia, tuviese ya el corazón lo suficiente llagado y dolorido para no sentirse inclinada á creer aquello que la halagaba y que era su deseo...?

Aquella misma noche decia Próspero Pinillos á Mr. Souff, desgavilado varal de que ya hemos hecho mencion, y que le acompañaba en el Casino á tomar café.

—Voy á presentarle á V. esta noche en casa de la viuda de Sandoval, para que conozca á la muchacha mas bonita que se pasea por Andalucía.

—¿Y quién es esa Vénus de Médicis?

—Misita Ardera.

—Oh, Mr. Pinillos! Le veo á V. demasiado preocupado con esa Ofelia, como V. la llama.

—Como que haria pecar al mismo San Antonio. No le hallo otro defecto que el ser española.

—Pues cuidado, *my dear fellow* (1), que esa clase de mujeres son una rabadaliza pendiente, que van á parar en el matrimonio.

—¡Casarme yo! ¡Y con ella, que no tiene un cuarto! Amigo mio, para las flechas de Hime-neo soy invulnerable, como Aquiles.

—Aquiles tuvo un punto vulnerable, que causó su muerte, dijo sentenciosamente mister Souff bebiendo á pequeños sorbos su taza de café.

(1) Mi querido amigo ó compañera.



—Pues el punto vulnerable que cause mi muerte, ó sea mi matrimonio, ha de ser un buen dote; y si no, con palma me entierran.

—Y coronado de rosas blancas, símbolo de la inocencia, exclamó riendo Mr. Snuff; ¿Qué bien le sentarian á V., fiero Lovelace, estos castos ropajes!

—Haré en ese caso, dijo Pinillos muy satisfecho con el calificativo de Lovelace, lo que una vieja solterona á quien en la hora de la muerte preguntaban si queria llevar caja blanca ó negra.

—Ponedla negra por si acaso, contestó ella, que no se hallaba muy segura de merecer la blanca.

Mr. Snuff sufrió un acceso de risa tal, que aterrándosela el café, vino á echarlo por las narices; luego que se hubo serenado, dijo:

—A mí parecer, el matrimonio es un acto de inocencia que marido y mujer cometen, y que, comido el pan de la boda, se convierte en una cadena cuyos mas pesados eslabones son los hijos.

—Lo mismo pienso yo, replicó Pinillos, siguiendo por primera vez en su vida la opinion ajena. La maleta mas incómoda cuando se va de camino, es una mujer; y á no ser que ella pague el billete, necio es el que haga el viaje de la eternidad con semejante equipaje.

—Teneis razon, dijo riendo Mr. Snuff; para

mí siempre ha sido una mujer lo mismo que una cajetilla de fósforos: despues de sacar de ella todo el partido posible, se arroja como mueble inútil.

Encantado Pinillos con las *morales máximas* de su compañero, le advirtió era ya hora de ir á casa de doña Petra. Mientras agarrados ambos amigos del brazo hácia el *Club de la Tijera* se dirigían, daremos algunos pormenores acerca de este Mr. Snuff que, llovido del cielo á la tierra, había amanecido en Jerez un día nublado.

Nadie sabia quién era, de dónde venia, ni cuáles eran su profesion ó sus bienes; y á pesar de todo, ¡cosa rara! se le recibia en todas partes, y se le recibia bien. Porque uno de los defectos que para nosotros tiene la sociedad de Jerez, es la poco decorosa solicitud con que se apresura á poner de par en par sus puertas á todo extranjero que á ellas llama, sin meterse en averiguar si es la falsa ó la principal la que debiera abrirseles, y topándose á veces con un farasante en el que ella creyera pulido y aristocrático marques. Unos decian que era un habitante de la luna; otros que lord Rathewen, el vampiro de Byron; él se hacia llamar *John Snuff*, y hacíase pasar por un *touriste*, ó sea un judío errante por voluntad propia: un Juan-Anda, á quien solo su bolsa habia de decir Juan-Espera. Pero nadie habia creído que

aquel hombre, cuya mano se estrechaba como la de un hombre honrado, se había escapado de un ruin tenducho, de que eran dueños sus padres, robándoles sus miserables aborros; que aquel hombre á quien permitían los padres reunirse con sus hijos, era un finísimo tahur, cuyo único medio de subsistencia, y origen de su lujo, era el fraude en el juego... ¡Indigno y fatal resultado del *indiferentismo* con que la sociedad presente estrecha lo mismo la mano que es de oro, como la que, siendo de fango, aparece dorada!

Mr. Souff era largo como la Cuaresma, y flaco como el hambre; su rostro, de un blanco sucio y descolorido, y sus cabellos de color de lino, formaban á cierta distancia el pintoresco efecto de una calabaza blanca á quien por humorada hubiérase vestido de hombre. Su traje, siempre negro de pies á cabeza, le daba un aspecto clerical, desmentido con el mayor descaro por una corbata verde apio, puesta con una notable falta de gracia: unido su exterior evangélico á la costumbre de reunirse siempre con pollitos acabados de salir del cascaron, tales como Próspero Pinillos, á quien desplumaba muy á su gusto, y entre los que descollaba, como una elevada palmera entre enanos alcornoques, habíale conquistado en Jerez, patria de chilindrinas y apedros, el honorífico de *San Casiano, protector de los niños de las Escuelas pías*.

En una taberna del antiguo barrio de Lambeth, situado en la ribera derecha del Támesis, frente á Westminster, vió pasar Mr. Snuff los primeros años de su vida; hasta que, harto de aquella existencia que ningun goce le proporcionaba, y que se avenia muy mal con sus tendencias aristocráticas, robó, cual otra Raquel, los penates paternos, y temeroso de que, como á aquella Laban, le persiguiese su padre, se embarcó en el vapor *The Morning-Star*, perdiendo de vista al siguiente día la gran capital, que poco á poco se borraba á lo lejos envuelta entre sus nieblas, como una triste anciana en gasas de color de gris. En la travesía hizo conocimiento con Próspero Pinillos, que halló en él su tipo, guía y consejero, constituyéndose en admirador de las escentricidades de Mr. Snuff, entre las que se contaba la manía de coleccionar insectos, que en innumerables cajitas hechas á propósito ocupaban un baul del equipaje del viajero.

Después de ocho días de navegación, arribaron felizmente á Cádiz, donde Mr. Snuff eclipsó con su fealdad la tan ponderada del Hércules de su alameda, y donde se hizo presentar en varias casas de juego, en que admiró á todos con su siempre favorable fortuna: hasta que un día de invierno, en que sus dedos, ateridos por el frío, se negaban á lucir en el escamoteo su ligereza diaria, recibió, por vía de amietosa

seña, de manos de un fornido gaditano un tremendo trancazo, que le hizo dar consigo en tierra: vuelto en sí, fueron tales los dolores que el malaventurado jugador sintió, que creyó llegada la hora de parir, como Júpiter, otra Minerva, si algun caritativo Vulcano le hubiese dado un hachazo en la espantosa preñez de su cráneo. Mas, aconsejado por su patrona, á quien Mr. Snuff aseguró haber rodado de cabeza una escalera de la muralla, metiose en cama y púsose paños de árnic, que moviesen á piedad las entrañas del enorme tortero que, elevándose piendamente en lo alto de su cabeza, le daba todo el aspecto de un melon blanco. Curado esto, Mr. Snuff aseguró al ama de su casa de huéspedes que no le sentaban bien las delgadas aguas de algibe, y cargando con su coleccion de insectos, abandonó las esquinas y marmolillos de la calle Juan de Andas para establecerse en Jerez, que recibió sonriendo al exótico y desconocido huésped que por las puertas se le entraba.

Mr. Snuff subió en un coche de primera, se caló sus lentes, substituyó su sombrero de copa con una gorrita de viaje, desplegó un inmenso número de *The Times*, y encendiendo un largo puro de negro tabaco del Sinay, se dispuso á conservar ese grosero aislamiento inglés, que, como vulgarmente se dice del puerco-espín, *suelta una púa cada vez que se le toca*. A poco

entraron en el mismo coche dando alegres carcajadas, y precedidas de un perrito faldero, dos mujeres de alegre vida que á la feria de Puerto-Real se dirigian. Mr. Snuff no pareció haber reparado en ellas; las dos mujeres, despues de haber agotado inútilmente todos los medios indirectos para entablar conversacion con él, apelaron á los directos, y una de ellas dijo, abanicándose con fuerza:

—¡Jesus! ¡Cómo me incomoda el humo de ese cigarro!

Mr. Snuff siguió impávido.

—¡Bien podia el cernícalo ese tirarlo! exclamó la otra.

Al oír la palabra *cernícalo*, Mr. Snuff saca un pequeño Diccionario, y busca en sus menudas columnas esta palabra: no muy satisfecho, al parecer, de su significado, arqueó las cejas, y volvió á quedar sumergido en la lectura de *The Times*.

Las dos mujeres se relan á carcajadas.

—¿A que le quito el cigarro y se lo tiro! dijo una de ellas.

—¿A que no?

—¿Que no...? ¡Si irá á comerme cruda esa muerte canina!

Y tan pronto hecho como dicho: se acerca á Mr. Snuff, y arrancándole el cigarro de la boca, le arroja por la ventanilla, viniendo á caer en su asiento dando estrepitosas carcajadas, y ju-

gando con su perrito, que, saltando de aquí para allí, parecía hacer duo á la hilaridad de su ama.

Mr. Snuff no habia hecho el menor movimiento; mas de repente se agacha, coje al perrito, y tirándolo por la ventanilla, vuelve á continuar impassible la lectura de su periódico, despues de haber dicho con pausado y tranquilo acento:

—Ti incomodar la tabaca, mi incomodar el perra.



## IX.

Doña Petra recibió á Mr. Snuff, no con esa meliflua amabilidad hija de la cabeza y de la conveniencia, sino con esa benevolencia hija del corazon y madre de la verdadera finura, que allí reconoce su elevado origen. No asimismo el alegre *Club de la Tijera*, que, conociendo desde mucho tiempo antes á San Casiano, acogió su presentacion con una andanada de picantes, pero comedidas burlas.

—¿Qué es eso que con Pinillos viene? decian.

—¿Es un inglés, ó un hombre?

—¿Pues si es San Casiano!

—¿Si habrá creído Pinillos que la sala tiene telarañas, y nos trae un desollador?

—Parecen la *l* y la *é* que juntas van de camino.

Y otras mil ocurrencias que, no obstante de ser *sotto voce* pronunciadas, hizo cesar doña Petra dirigiendo una mirada entre inquisitorial y suplicatoria al alegre grupo.

Era aquella noche la del Juéves de compadres, que, como todos saben, antecede al de



comadres, y esta á su vez al Juéves Lardero, ó Juéves Gordo; llamado así por la antigua costumbre, antes observada, de merendar en este día pies y orejas de puerco, chorizos y otras cosas igualmente crasas.

El alegre *Club de la Tijera* se preparaba á echar las cédulas de compadres: esta costumbre, tan general en España, suele observarse de varios modos. Paquita, que, como presidente del comité, llevaba siempre la voz, había desechado, por su pesadez, el método de las papeletas elegidas á la suerte, y establecido otro bien sencillo. Se toman una porción de cintas del mismo color, iguales en número al de parejas de compadres; estas cintas se atan por la mitad con un pañuelo, y se reparten los cabos de un lado entre las señoras, y entre los caballeros los del otro. Desatado el pañuelo á una señal convenida, queda cada cinta uniendo á un caballero y á una señora, y establece entre ambos el vínculo del compadrazgo, siendo obligación del compadre regalar á su comadre.

Aun no habían llegado todos los compadres y comadres que se esperaban, y mientras tanto, sentada la viuda de Sandoval junto á Mr. Snuff, le decía:

—¿Y qué le parece á V. Jerez?

—¡Oh! ¡mucho dinero; soberbias bodegas; muy lindas mujeres!

—¡Siquiera por galantería, debiera haber em-

pezado por ahí ese incommensurable hijo de la blanca Albion, dijo un estudiante de leyes al oído de su vecina.

—¿Y qué quiere V.? replicó esta, si en los tiempos que corremos se lleva las primicias de la gulantería el becerro de oro, ese *vil metal*, como le llamamos los que no lo tenemos.

—Sus calles son hermosas, prosiguió mister Snuff, si bien carecen de esos antiguos monumentos, que siempre son recuerdos históricos.

—No deja de haberlos, contestó gravemente doña Petra; en la plaza de la Yerba existia no há mucho tiempo una bonita cruz de hierro, puesta allí en conmemoracion de un gran milagro.

—¡Oh! exclamó Mr. Snuff de una manera gutural y clásicamente británica, abriendo dos ojos como puños.

Interpretó doña Petra como religiosa curiosidad aquella exclamacion de San Casiano, hija solo del escepticismo de su seco corazon; y, creyendo complacerle, refirió, con esa bendita fe propia de las almas privilegiadas, este histórico suceso.

—Figúrese V. que atravesaba un día su Divina Majestad por esa plaza, con direccion á la casa de un enfermo que en peligro de muerte se hallaba, cuando desembocó por el extremo opuesto un toro, que, escapado de su manada el día antes, había puesto en consternacion al pue-

blo entero. Todos los que al Santísimo acompañaban huyeron despavoridos ante el feroz animal, dejando solo al sacerdote, que, inmóvil en medio de la plaza, y apretando contra su pecho las Santas Formas, parecía desafiar la rabia de la fiera. ¡Viose entonces aquella bestia furiosa, que poco antes atrollaba cuanto á su paso se oponía, adelantarse lentamente y venir á echarse, dando un suave mugido, á los pies de aquel pobre viejo, que por frías armas llevaba la fe de su corazón y el cuerpo de su Dios!

—Y en memoria de este *grax milagro*, replicó Mr. Snuff con una irónica sonrisa, pintarían Vda. algunas de esas profanaciones del arte á que llaman *ex-votos*.

Quedose doña Petra mirando al escéptico inglés como si no comprendiese su incredulidad, y mientras murmuraba para su capote:— ¡Si me habrá traído aquí ese Próspero algún rabino de siete suelas!—le contestó con mucha firmeza.

—No lo crea V., señor mío; no se pintaron *ex-votos*, ni se levantaron columnas, como se hacia antes para celebrar á los antiguos héroes; ni siquiera arcos de carton y farolillos de colores, como se erigen en loor de los modernos. Solo se colocó allí una toaca cruz de hierro que decia á los corazones cristianos, al recordarles el prodigio sucedido:— ¡Ved qué grande es Dios!—

—Este pícaro tiene rabo! decíanse mientras tanto unas á otras las muchachas.

—Bien decía yo, que oía aquí á anufra.

—Ese se ha escapado, cuando menos, del paso de los judíos de San Mateo.

—Pues bien podía dejar de llamarse San Casiano.

—Calla, mujer, que eso es porque tras de la cruz suele estar el diablo.

—¿Qué lástima de Inquisición!

—Silencio, niñas, replicó el estudiante de leyes. Dios no quiere la estirpacion de los herejes, sino de las herejías.

—Pues no crea V., Mr. Snuff, que en Jerez no hay tradiciones que le honran, dijo jovialmente Pinillos, queriendo apartar á su santo protector de aquella resbaladiza conversacion, y sacando con la mayor inocencia otra no menos peligrosa. Cuentan las crónicas que cuando Fernando VII, el *Desecado*, ó mas bien el *navigado*, volvió del cautiverio de Cádiz, pasó por esta muy noble y muy leal ciudad de Jerez de la Frontera; fue á recibirlo el ayuntamiento, y poseídos los concejales del mas ardiente entusiasmo, quitaron los caballos que del coche tiraban, y poniéndose en su lugar, condujeron á S. M. en triunfo al alcázar. Con cuyo motivo algun vate contemporáneo compuso estos versos:

Tanto quisieron tirar  
del coche del Rey Fernando

insalvables de un lugar,  
que por miedo de verlos,  
iba la Reina temblando.  
— ¡Adelante! Fernando adelante;  
mas crían dos arborescencias,  
y nallo la obediencia,  
irritados al punto; ¡Gata...!  
y se quedaron clavados.

— ¡Vaya, Pinillos! exclamó doña Petra, que se volaba cuando oía criticar á su pueblo; tú has oído campanas, y no sabes dónde. No fue al Rey Fernandito á quien sucedió eso, sino á su mujer, la Reina portuguesa, cuando estuvo aquí con su hermana, de paso para Madrid, donde iba á casarse con él; ni fueron los concejales los que tiraron del coche, sino el pueblo, que, viendo allí á su Reina, tan hermosa y tan buena, la llevó en triunfo con un entusiasmo que ya darían los Reyes de ahora un dedo de la mano por ver en sus pueblos.

— No encuentro yo que eso tenga nada de criticable; y á no ser por el carácter burlesco de los andaluces, nadie hubiera hecho mención de ello, replicó el marques de Valmes, que, hablando con Paca y Misita, no había tomado hasta entonces parte en la conversacion: no hace mucho tiempo que en una capital que justamente presume de culta, vi llevar en triunfo de esa misma manera á dos cantantes de reconocido mérito, sin que por eso se metiese nadie á criticarlo, no obstante las diferencias que entre época y época, y entre una Reina y una cómica, median.

—¿Y no he visto yo, añadió doña Petra, á los pallidos gaditanos ir tirando del coche en que un baratillero borracho llevaba un mamarón que decían ser el retrato de Espartaco?

—¿Pues qué me cuenta V., prosiguió imperturbablemente Pinillos, que no desperdiciaba ocasión de zaherir á su patria, de aquella tan sabida anécdota que establece como santo y seña de la gente de esta tierra, aquello de: *¡De Jerez! ¡Lo viste caer...!*—¿qué me responde á esto su amor patrio, mi señora doña Petra?

—¿Qué te responde? La verdad del caso, que tal vez tú no sabes.

—Ha de saber V., añadió la ferviente patriota dirigiéndose á Mr. Snuff, que con una desdenosa sonrisa escuchaba la acalorada discusión, que hace algunos años vino por aquel un andarin famoso, que dejó admirado á todo el pueblo por su extraordinaria rapidez en el andar. Pues sucedió que un gracioso de los que en Andalucía tanto abundan, tuvo la ocurrencia de anunciar por las esquinas que el andarin iba á tirarse desde la torre de la Colegiad, llevando un paraguas abierto en la mano: acudió, como era natural, todo el pueblo, deseoso de ver el extraño descenso, y encontrándose casi cuando, dió esto origen á que se embromase á la gente de Jerez, diciendo: *¡Le viste caer!* Ya ve V. que esto nada tiene de particular; sino que Prosperito se empeña en escarnecer á su

patria, y no sabe que *el que al cielo escupe, en la cara le cae*, y, por mas que te pese, de Jerez eras y serás mientras vivas.

—Nada de eso, que muy pronto voy á cargar con mis penates y á irme con la música á otra parte, porque no me den el deshonroso nombre de *jerezano*.

—¡Jesus! ¡Maria! exclamó la viuda que todo lo tomaba al pie de la letra: ¡pues no dices que es deshonroso el nombre de *jerezano*...! Pues si hasta los calaseros decian, clasificando la diversa gente que llevaban, cuando aun no habia ferro-carriles: "*Gente del Puerto, señoritos de Cádiz y caballeros de Jerez*."

—Y diga V., Pinillos, preguntó Paquita con su burlesca formalidad: ¡va V. á tardar mucho en darnos la pesadumbre de marcharse!

—No le preguntes eso, replicó doña Petra, que va á creer que hace en Jerez alguna mas falta que los perros en misa.

—De seguro que ese día las campanas doblarán solas de sentimiento.

—Y la poblacion entera llorará su marcha.

—Yo, por lo menos, he de ponerle al desollinador de mi casa un crespon, en señal de luto.

—Cuidado, Pinillos, replicó otra, que en llegando, nos ponga V. unas letritas.

—Y que no vuelva V. hasta que traiga nietos.

—No haya miedo por que vuelva, dijo el mar-



ques. Pinillos piensa grabar en su sepulcro, como Escipion en el suyo: *¡Ingrata patria! No tendrás tú mis huesos.*

Entraron en esto los que se esperaban, y después de los cumplidos de ordenanza, ató doña Petra concienzudamente con su pañuelo un gran manojo de cintas color de rosa, y repartió los cabos de la derecha entre las señoras, y entre los caballeros los de la izquierda: preparados todos, y teniendo cada uno fuertemente asida su punta, soltó doña Petra el pañuelo, quedando cada compadre unido á su comadre por medio de aquel lazo alegre y risueño como su color de rosa. Misita había salido con el marques; Pinillos con Florita, la vieja prima de doña Petra.

Fueron después, según la costumbre, los compadres á recibir una cédula sacada á la suerte, en que se les marcaba el regalo que habían de hacer á sus comadres, y estas á su vez tomaban otra cédula en que se hallaba escrito un dicho, sentencia ó refrancillo, alusivos todos al caso (1).

El regalo de Pinillos era una arropía, y en la

---

(1) Esta costumbre de las cédulas de compadres no es sino una especie reminiscentia de los estrachos (cuya nombre se conserva aun en algunas provincias), celebrados en el día de Reyes, en la corte de D. Martin, Rey de Aragon, se encuentran ya citados, que estuvo muy en boga en las reinadas de los Felipe III y IV, en que Lope de Vega, Morato, Cervantes, Calderon, Qúigora, y sobre todo el morales Quevedo, compusieron graciamas enteros de estrachos, de los cuales se conservan algunos en la Biblioteca Nacional.



cédula dada á su antediluviana comadre se hallaba escrito: *Siempre hay un roto para un descosido*, cuya oportunidad hizo torcer el gesto de ambos compadres, y reir grandemente al resto del auditorio.

El regalo del marques de Valmes habia de consistir en un corazon, y en la cédula de Misita se leia: *Para los dos*.

—¿Conque se halla V. dispuesta á que un corazon nos sirva á entrambos? preguntó el marques á Misita al despedirse de ella.

—Sí, señor, contestó esta, poniéndose colorada por el doble sentido de la pregunta; pero antes es necesario que V. cumpla su cédula, dándome uno entero,

Un baile, que en una capital pasa desapercibido, en provincias es todo un acontecimiento. No se hablaba en Jerez de otra cosa que del baile de trajes que habia de celebrarse en el Casino De \*\*\* el próximo domingo de Carnaval.

Desde mucho tiempo antes las muchachas iban y venian sin cesar de las tiendas á casa de la modista, y no tenían otra conversacion que de las galas que pensaban lucir en el proyectado baile. No eran las menos animadas las socias del *Club de la Tijera*, que sin cesar se consultaban unas á otras, y preparaban sus trajes, sus flores y sus cintas con la misma animacion y el mismo interes con que un ejército dispone las armas que en la batalla han de servirle.

Solo Misita permanecia ociosa en medio de tanto movimiento.

Desde luego que doña Ursula recibió la papeleta de convite, dijo á su hija:

—¡Mire V. qué tontería de baile!

—Pero ¿por qué ha de ser tontería, mamá?

—Sí, hija; ¿á quién se le ocurre andar de bailoteos en estos tiempos...?

—¡Pero sucede algo de particular para que sea mal visto ese baile!

—¡Vaya! sin saber nada de tu pobrecito hermano...

—Bueno, mamá; eso es un motivo para nosotras, pero no para los demás.

—Pues dejemos que los demás se diviertan, que nosotras no tenemos humor para ello.

—¡Tan animado como va á estar! dijo Misita bajando tristemente la cabeza. Y su corazón añadió muy quedito, pero con no menos tristeza: —¡Y Pedro que estará allí!

Respetando, sin embargo, la pobre niña la voluntad de su madre, no volvió á manifestar sus deseos de ir al baile. Pero Paquita, que sabía cuán ardientes eran estos, tomó por su cuenta el negocio, y tanto pleiteó, importunó y fastidió á doña Ursula, que esta, por no oírle, consintió en que Misita fuese con ellas, siempre que no volviera demasiado tarde.

Llegó por fin el tan suspirado domingo de Carnaval, y puede decirse que era hermoso el espectáculo que presentaba en aquella noche el Casino D\*\*\*. La sala de billar, limpia de las mesas que hubiesen embarazado el paso, había abierto, como buena vecina, las puertas que la comunican con el salón principal, ofreciendo á las mamás y gente grave de la concurrencia otro lindo y tranquilo salón, desde donde podían vigilar cómodamente á sus respectivas hi-

jan. En el salón, en medio de elegantes divanes, ricos espejos y suntuosas alfombras; en aquel salón, espléndido de luz y perfumado por millares de flores, se agitaba un brillante tropel, en que se veía confundida la mitología con la historia de todas las épocas y países. La Aurora, esparciendo sus flores salpicadas con las perlas del rocío, hacia el *vis-à-vis* á la Noche, que extendía su estrellado manto, sin que ni una ni otra se hiciesen cargo de que bailaban contra las leyes de la naturaleza. Una honesta Venus sacaba de sus casillas al grave y viejo Nestor, sin cuidarse para nada de las tenazas del celoso Vulcano, á quien embobaba con sus cucamonas una traviesa gatita blanca, con botitas color de rosa. Mas lejos, la orgullosa marquesa de Pompadour conversaba mano á mano con una humilde aldeana gallega; la reina Semíramis, con guante blanco y *porte-bouquet*, chupaba sonriendo tiernamente, y sin acordarse para nada de su difunto Nino, unas pastillitas de naranja que un rollizo postillon le ofrecía. La melancólica La-Vallière hacia un elegante *avant-deux* con un apuesto majo; don Pedro I de Castilla bailaba á mas y mejor con su esposa doña Blanca, sin que ningún D. Fadrique viniese á turbar de nuevo la paz de entrambos cónyuges. Isabel la Católica y Boabdil el Chico, Rey moro de Granada, bailaban como trompos una furiosa polka, sin que á este

último le diessen ganas de ahogar entre sus brazos á la que con tanto denuedo le arrojó de España.

No tábase por todas partes una ordenada algarabía: en donde quiera se observaba esa alegría estremada que, según dijo un sabio de la antigüedad, anuncia siempre solo una dicha mediocre y pasajera; pero que, reflejándose de rostro en rostro, hacia aparecer en todos ellos una sonrisa, que á veces ocultaba una lágrima, como oculta un stand de terciopelo el frío cadáver que encierra. ¡Triste del que en semejantes bullicios no siente desarraigarse su ceño! ¡Triste del que en medio de tanta alegría no siente esparcirse su corazón! Cada dama era allí una reina, rodeada de su corte; cada caballero un cortesano atento y obsequioso, que se inclinaba, no ante la dignidad de reina, sino ante la dignidad de señora.—¡Qué felices debien ser todos! exclama el pobre mendigo que á hurtadillas les contempla desde la calle con una envidiosa mirada, precursora de mil desgracias, porque todos los modernos revolucionarios, y en particular los seides del socialismo, de ese espantoso aborto que en nuestra actual época levanta sus cien amenazadoras cabezas, válenen de esta especie de suplicio de Tántalo para arrancar del corazón del pobre la alegre conformidad, que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; la bendita falta de ambición, que solo pide

*al paá nuestro de cada día; el santo amor al trabajo, que, según dijo un sabio, es el confín de la virtud; y la Religión, que no manda, sino persuade; que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra, que recibe al hombre en la cuna y le acompaña hasta mas allá de la tumba; que le infunde y mantiene estas virtudes que, para sembrar el gérmen de la rebelión que luego produce las terribles revoluciones, arrancan del corazón del pobre los que, navegando por un mar de sangre y lágrimas, y ocultando su impía ambición y su infame medro personal con un falso amor al pueblo, se hacen reos del más espantoso de los crímenes morales. ¡Y para ello! ¡Dios mío! cuántas madres se quedan sin hijos, cuántos hijos se quedan sin padres! ¡Cuántos pobres ilusos, que horrorizados volverían á bendecir sus harapos si les fuese dado por un solo momento el poder de conocer á fondo todos esos corazones que laten bajo encajes y terciopelos! Verían entonces que esa sociedad, que tanto envidian, y que solo presenta galas, músicas, bodas y fiestas, es en todo semejante á esa clase de limones que se crían á orillas del Mar Muerto: bajo una cáscara brillante y dorada, ocultan una coniza amarga y calcinada (1).*

(1) M. de Chateaubriand hace mención de estos estrados limones en su libro de *Los Moriscos*, comparándolos á los dolos mundanos.

Pero ¡válame Dios! como decía el bueno de Sancho Panza: ¿á dónde vas, piuma mía! Este maldito afán de predicar te hace olvidar que los oídos están frente á frente, y que lo que por el uno entra por el otro sale. Corra, corra la bola, y crucémonos de brazos mientras allá se batan y á torrentes corre la sangre de nuestros hermanos (1). ¡A qué poner remedio, á qué evitar esa lucha fratricida que, cual la espada de Damocles, pende sobre la España entera, si á un Redentor que vino al mundo le crucificaron...! ¡Oh indiferentismo, monstruo de hielo que, sumido en tu torpe y egoísta sueño, verías hundirse el firmamento si sus escombros no te cogiesen debajo! ¡qué has hecho de aquel espíritu caballeresco en que el oprimido encontraba un defensor, y un castigo el que oprimía! ¿Qué de aquel viejo león de Castilla que, empuñando la Cruz de su Dios y la corona de su Rey, rugía firme como un cristiano y arrogante como un caballero. *Ad utrumque!*

¡Pobre león de Castilla, que ruge lastimero ante la Cruz, que, abatida ahora, volverá—¡sí, volverá!!!—á renacer de sus cenizas cual glorioso fénix! ¡Pobre león de Castilla que ve la Corona de los Alfonsos y de Fernando III, de las Urracas y de la Católica Isabel, rota, sin brillo, manchada por el fango de una revolución que

(1) Estas páginas se escribieron durante las desgraciadas sucesos de Cádiz, en diciembre de 1808.



hundió un Trono, derribó maravillas del arte que el *oscurantista* amor á Dios produjo, y que el *lucido* progreso solo destruir supo (1)! ¡Qué ocasion tan triste, pero tan oportuna, para esclamar con nuestro inmortal Gallego, hablando de España:

Junto al sepulcro frío  
y al pálido lucir de opaca luna,  
entre cipreses finos y la voz,  
Trémula, yerta y desasosada el manto,  
los ojos moribundos al cielo vuelvo  
que le pesa el llanto.  
Notas y sin brillo el astro de dos mundos  
yace entre el polvo, y el león guerrero  
lanzó á sus pies rugida lastimera...

Decíate, pues, amigo lector, antes que en lo arriba dicho te expresase mi sentir tal cual es, pues para ello mojé la pluma en la ardiente sangre de mis venas, que solo ruda verdad sabe decir, y no en la fría tinta del tintero, que solo dice lo que á decir le obligan, que, bella entre las mas hermosas, Misita lucia un lindo traje de gitana con tal gracia y donaire, que habian hecho esclamar á Brígida:

—¡Ay Jesus, señorita! ni yo que me pusiera ese traje habia de estar mejor! ¡Quién habia de decir que con una facha tan *filimicupisti* habia de hacer el *Non plum* de las gitanas!

Tambien se hallaba en el baile Próspero Pi-

(1). Haiman lo ha dicho: «El orgullo de los que se creen inflexibles, consiste en destruir.»



nillos, vestido de mosquetero, y coronando su rizada cabellera un colosal sombrero con plumas, que le hacia parecer un quitasol chino, ó un raton debajo de una taza. Detras caminaba Mr. Snuff, constituido en larga sombra de aquel pequeño cuerpo, y que lucia, con toda la soltura y garbo británicos, un vistoso traje de arriero andaluz. En vano Pinillos, que no apartaba la vista de Misita, dió pavorosos suspiros, que á poco mas apagan las lámparas, y que como un fiel eco repetia Mr. Snuff: en vano, errante como alma en pena y seguido siempre de su santo protector, recorrió todos los salones en pos de ella, haciendo averías á diestro y siniestro con su gracia caracteristica; porque Dios, que á manos llenas reparte sus dones, habíale dotado con el de la inoportunidad en tan subidos quilates, que no le aventajaba el niño mas mal educado, ni aun el mimado falderito de una dama impertinente. Misita, no solo no habia reparado en él, sino que, envuelta en esa espesa atmósfera de felicidad de que suelen rodearse los enamorados, no parecia ocuparse de nada de lo que en torno de ella pasaba.

Apenas hubo entrado en el baile, Pedro, que vestia un dominó de terciopelo negro, se apresuró á saludarla, y ya no se separó de ella en toda la noche; todo lo que tocaron lo bailó con ella. ¡Qué se dijeron! ¡Por qué Misita estaba

mas hermosa que nunca! ¿Por qué sus ojos brillaban mas, su boca sonreía con mas gracia, y sus mejillas parecían haber robado sus colores á una alborada de mayo?

Porque la felicidad es una especie de aureola que hace resaltar la belleza, y Misita era muy feliz, porque Pedro le habia dicho muy quedito, y con aquella gracia especial que él solo poseía, que la amaba mucho; y entonces ella habia sentido en el corazon un gran golpe que le habia hecho acudir á los ojos unas lágrimas tan dulces, tan deliciosas, que le daba pena de contenerlas.

¡Amores felices de veinte años! ¿Por qué no serán eternos, y serian perfectos! En vez de marchitarse como las flores, que son su emblema, y tambien dejar, como ellas, punzantes espinas, desbieran de reunir á su santa pureza y á su dulce inocencia la constancia, que es el complemento de todas las virtudes. ¡Imposible es pintarlos sin haberlos conocido; el lenguaje del dolor, las angustias de un amor secreto y combatido, todo lo que es sufrir, puede llegar á pintarse cuando los recuerdos sostienen á la pluma; pero la alegría, la felicidad, por mas que sea pasajera, quien no la ha conocido, carece de colores para pintarla...

---

El calor arreciaba, y mientras doña Petra disponia su viaje á Sanlúcar de Barrameda, donde acostumbraba á tomar los baños de mar, el *Club de la Tijera* trasladó sus reales, del cómodo y abrigado piso alto, al fresco y ventilado piso bajo. Por las noches la cámara alta se instalaba en un rincón del patio, y la baja, en medio de él, reía como siempre, contenta, alegre y burlona.

Una noche, las socias y socios del *Club de la Tijera* bailaban un cotillon: Misita Ardera y el marques, cuyas relaciones amorosas traslucieron algunos, no obstante el empeño que ambos ponian en ocultarlas, evitando así ciertas bromas indiscretas, que son, respecto al amor inocente, lo que las abejas respecto á las flores, ladronas de su dulzura, bailaban juntos. Frente á ellos, Próspero Pinillos, apoyado en una columna, hablaba con su primo Gaspar, muchacho galante, de buen criterio y franco hasta ser rudo.

Cegado Pinillos por el amor propio, que va-

liéndose unas veces del orgullo, y de la vanidad otras, ciega los ojos y da al traste con la razon, hacia á Misita Ardera señas de inteligencia, que esta, no solo no contestaba, sino que tampoco comprendia. Pero Próspero era seide de esa terrible falange de fatuos que prefieren, cuando se trata de una mujer que goza de cierta reputacion de bellaza, de elegancia ó de talento, parecer afortunados á los ojos del mundo, á serlo en el mas profundo secreto.

—No sé de qué te sirvan esos ojos en la cara, decia á Próspero su primo Gaspar.

—¿Por qué lo dices? replicó este.

—Porque no ves lo que todo el mundo ha visto y sabe.

—¿Y qué es eso que se esconde á mi nunca desmentida perspicacia?

—Que Misita Ardera y el marques son novios, y tú estás haciendo el oso.

Pinillos apartó la vista de Misita para fijar una burlona mirada en su primo, y luego se echó á reir.

—Ríete, ríete, replicó este; que por mucho que te rias, unas se rien de ti.

—Chico, si medio mundo se rie del otro medio, yo solo me rio del mundo entero.

—Y yo te aseguro, añadió Gaspar, que en el caso de Misita Ardera, preferiria, antes que casarme contigo, no digo yo al marques, sino quedarme para vestir santos.

—¿Y quién te ha dicho que quiero casarme con Misita...? Yo solo pretendo pasar el tiempo.

—¿Acaso la consideras como una de esas mujercillas que solo sirven de diversion? exclamó Gaspar entre sorprendido é indignado.

—¿Y por qué no...?

—Porque es la personificación de la bondad y la inocencia.

—¡Bah! ¡bah! La inocencia es prima hermana de la tontería... Desengáñate, tonto, añadió Pinillos con una sonrisa protectora, poniendo la mano en el hombro de Gaspar. Misita Arderu no tiene un cuarto; y, ten presente esto, y nunca lo olvides, la antorcha del Himequeo ha de encenderse en la cocina...

Mientras tanto, Paquita, promovedora siempre de todo lo que fuese novedad y alegría, representaba el papel de la Discordia en las bodas de Tótila y Pelco, estableciendo una nueva figura del cotillon: solamente que la célebre manzana de oro era en esta una calabacita preparada al efecto, y aquel pastor París, que, según Demoustier, decía hablando de su esposa,

*Elle a l'esprit, elle a le cœur;  
la nature a pour son aise  
de mille vertus. En l'honneur,  
c'est un trésor... mais c'est ma femme (1).*

(1) Tiene talento, tiene corazón:  
lo naturaleza ha adornado su alma  
de mil virtudes. A la verdad,  
es un tesoro... ¡pero es mi mujer.

*(Cantos d'Emilia sobre la mitología.)*

era una alegre y linda muchacha que, sentada en medio de las demás parejas, habia de adjudicar la calabacita á uno de dos caballeros que se le presentaban, concediendo al otro el insignificante favor de dar con ella una vuelta de wals. La calabacita del cotillon era, por lo tanto, en su significado la antitesis de la manzana de la Discordia.

Sentada Misita Ardera en medio del patio, tenia en la mano la calabaza, y el marques de Valmes, en pie delante de ella, esperaba un competidor que le disputase el triunfo; pero no hubo ninguna Juno ni ninguna Minerva masculina que se atreviese á disputar á aquella Vénus de bigote la victoria que tenia segura.

De repente, se vió á Pinillos, que con ambos dedos pulgares en los bolsillos del chaleco, torcida un poco la cabeza, y en la boca una sonrisa que revelaba la fatua seguridad del triunfo, se adelantaba lentamente hasta ponerse junto al marques y frente de Misita.

Señoras y caballeros le miraron sorprendidos de su presuncion, y sonriendo ya, al desengaño que le aguardaba.

—¡Que traigan sales, decía Paquita, porque va á suceder un fracaso!

Mientras tanto, mortificada Misita, habia fijado en Pinillos sus ojos; miró luego á su novio, despues al suelo, y, enrojándose como una amapola, alargó tímidamente la calabacita á

Pinillos, al mismo tiempo que daba su mano al marqués, y se alejaban rápidamente al compás de los armoniosos ecos de un vals de Strauss.

Las risas que por todas partes estallaron hicieron volver á Pinillos de su sorpresa y fijó maquinalmente la vista en el significativo vegetal que entre sus manos tenía; pero, lejos de encontrar escrito en él, como Vénus en la manzana de oro: *A la mas bella*, solo halló esta inscripción, que Paquita había grabado con la punta de un cuchillo: *¡Recuerdo de un triste amor!*

Como impulsado por un choque eléctrico, Pinillos se dirigió á la cámara alta á despedirse de doña Petra, sin soltar por eso la calabaza, que llevaba muy empuñada.

—¡Pinillos, Pinillos! le gritó Paquita.

—¡Qué hay! dijo este, volviéndose bruscamente en medio del patio.

—Que se lleva V. la calabaza..., y hace aquí falta.

Y luego añadió con su gracia burlona y chuscada de costumbre:

—Si tiene V. empeño en conservarla, le guardaré un retorcio cuando nazca.

—Y baga V. de él un dize de reloj, dijo otra.

—Mejor efecto hará un alfiler de corbata.

—Nada, Pinillos: añada V. ese cuartel á su escudo, con este lema: *¡Lo que dan las ilusiones!*



—Lo que es de esas, entran pocas en libra.

—¡Parte oficial, señores! dijo Paquita así que Pinillos hubo salido. Desde mañana, Próspero trasladará sus reales á Rota, se dedica al cultivo de los vegetales, y mientras pasea por sus frondosos huertos, canta la famosa aria del *Don Juan*, de Mozart, con esta letra:

Maestro, cuando la criada  
vaya á la plaza,  
que traiga de todo  
lo que necesito.  
Que traiga floritos,  
carne de ternera;  
menos calabaza,  
traiga lo que quiera.

Pinillos salió del *Club de la Tijera* sin volver la cara atrás, como si le viniesen persiguiendo, y se dirigió á casa de Mr. Snuff. Hallábase este en ropas menores, cubierta la cabeza con un gorrito blanco, y teniendo en la mano una palmatoria encendida, con la que emprendía una mortal cruzada contra los mosquitos, diminutos vampiros que al son de sus bélicas trompas intentaban el asalto del británico San Casiano.

Pinillos entró bruscamente, y dejándose caer en un sillón, exclamó:

—¡Malditas sean las mujeres!

—¡Amen! replicó Mr. Snuff.

Pinillos le refirió en seguida todas las peripecias de su desengaño, desatándose en denuestos contra la ingrata y pérfida coqueta que



tan descaradamente se habia burlado de él.— Mr. Sauff dejó escapar aquel ¡Oh! gutural y clásicamente británico, y poniéndose un dedo largo y descarnado como el de una momia sobre los labios, fue de puntillas y con el mayor misterio á cerrar la puerta del cuarto, no sin haberse asegurado antes de que ningún indio-cinto pasaba por el corredor.

Una hora despues se dirigia Pinillos á su casa, erguida la frente, el cuerpo derecho como un huso, y lanzando á diestra y siniestra terribles miradas, que le hubiese envidiado el mismo Júpiter Olímpico.

.....  
A los dos dias de estos acontecimientos, paseábase por su despacho D. Severo Pinillos, padre de Próspero, poseído, al parecer, de una violenta cólera. Y no sin razon se encolerizaba el honrado extractor, porque de cierta maciza caja de hierro, cuya abierta tapa dejaba ver sus doradas entrañas, faltaban dos mil duros, que habian sido sustraídos por su hijo Próspero.

Seducido este por Mr. Sauff, que ejercia sobre él una maligna influencia, porque, habiendo estudiado á fondo el carácter de Pinillos, y béchose cargo de que era una negación continua, solia sostener lo contrario de lo que ansiaba conseguir, como medio de lograr su descao, no le costó mucho trabajo sugerir á su necio pro-

tegido, para vengarse de lo que él creía infame coquetaría de Misita, un novelesco rapto, invención de Mr. Snuff, que había de llevarse á efecto sustrayendo Pinillos de la caja de su padre dos mil duros, que el nuevo Tesco y su ayo protector gastarían alegremente en París después de abandonar á la Ariadna, buscándole un Baco que le consolase.

Este absurdo y descabellado plan, que si por una parte le colocaba en la categoría de los Tenorios y Lovelace, por otra le igualaba con los Pichardos y José María, inflamó la mente del calavera por fuerza, exaltada por la lectura de románticas novelas que continuamente devoraba, y le hizo consentir en cuanto el taimado Mr. Snuff le propuso.

—En teniendo el dinero en mi poder, yo me encargo de todo, *my dear fellow*, había dicho el protector al protegido.

A las doce del siguiente día, ya estaban en poder de Mr. Snuff los dos mil duros, y al oscurecer caminaba Pinillos en un cómodo coche de viaje por el camino de Sanlúcar, á cuya mitad había de reunírsele Mr. Snuff, conduciendo su precioso depósito. Pero en vano, aterrido por el frío de la madrugada, asomando á cada instante la cabeza por la portezuela, y sintiendo ya los remordimientos de su crimen, esperó al *dear fellow* hasta el amanecer. Cansado de esperar, rendido de sueño y de cansan-

cio, y medio muerto de ansiedad, volvió á esta hora á Jerez, dirigiéndose á casa de Mr. Souff: allí supo que este habia partido aquella noche á Cádiz, dejando para él un abultado baul, y una esquelita en cuyo sobre se leia:

*To be sent to Prospero Pinillos, Squirre.*

Abrió Pinillos la carta, y leyó para sí:

«Amigo mío: Una urgentísima necesidad me obliga á partir en este instante á Cádiz: no creo que entre personas decentes y amigos como nosotros se necesiten mas esplicaciones.

«A la vuelta ajustaremos cuentas, y por si no volviese, le dejo á V. como compensacion mi famosa coleccion de insectos, apreciada por varios naturalistas en mas de dos mil libras esterlinas.—Siempre suyo,

«JOHN SNUFF.»

El papel se escapó de manos de Pinillos al hacerse cargo de las consecuencias del chasco que le habian jugado, y venciendo su natural debilidad al afan de parecer espíritu fuerte, cayó en un sillón, y se echó á llorar: medio ebrio, vacilante, creyendo llevar en la frente un letrero en que con grandes caracteres se leyese *ladron*, y sin saber qué partido tomar, dió varias vueltas por los alrededores del pueblo, hasta que, rendido de fatiga, y siguiendo los impulsos de su corazon, se dirigió á su casa. ¡El

infeliz se había acordado de su madre, y pensó encontrar en ella un amparo que le pusiese al abrigo de la justa cólera paterna!

Mas antes que tuviese tiempo de buscar la proteccion de esta santa egida, fue conducido á la presencia de D. Severo, que, cogiéndole por un brazo, y sacudiéndole fuertemente, le gritó con voz de trueno:

—¿Sabes por qué no doy parte á los tribunales y hago que te pongan un grillete...! Porque eres mi hijo, y nunca me consolaria de ver arrastrado por el cieno de los presidios un nombre que siempre ha sido tan honrado y tan respetado. Pero no creas que quedará impune tu infame accion, porque en el primer barco que salga para América te embarcarás, y olvidarás allí al que se avergüenza de ser tu padre..!

Pimillo salió de Jerez, y aun no ha vuelto á su patria: no sabemos si D. Severo le cumplió su promesa.

## XII.

Desde que Misita tenia relaciones con Pedro encontrábase tan feliz, que el pasado habia huido de su imaginacion, y el porvenir no la preocupaba: bello y dulce privilegio de los enamorados, que todo lo miran á traves del prisma color de rosa de sus ilusiones, y todo lo tiñen con su agradable color! Doña Ursula, ignorante de los amores de su hija, ocupábase exclusivamente en rezar por su Antonio y esperar otra nueva carta suya que viniera á darle noticias de aquel hijo querido: todas las noches de luna subia á la azotea, y allí, con la mente en Dios y en su hijo, y los ojos en el pálido astro, permanecía horas y horas, hasta que Misita la hacia bajar, temiendo la dañase el aire húmedo de la noche.

—Si es una visita que mi niño me envía, cómo quierases que deja de recibirla! decia á su hija cuando esta trataba de hacerla desistir de aquel capricho.

Un sábado por la tarde, doña Ursula, mas triste que de costumbre, habia ido á la Salve que dicho dia se canta á la Virgen en su iglesia

de la Merced. Aquella mañana se había recibido el correo de Cuba, y en vano la pobre madre esperó carta de su hijo; su corazón, henchido de dolor, le reventaba en el pecho, sin que ni una lágrima le acudiese á los ojos para desahogarlo; con el velo echado sobre el rostro y las manos cruzadas convulsamente, oraba como ora el dolor que enmudece la lengua y hace hablar al corazón; pedía, como pide la angustia, esa agonía del alma, cuyo único paliativo en la tierra es el llanto.

¡Cuántos necesitan sentir que este dolor destroza su pecho, que la angustia ahuda su garganta, y que las lágrimas nublan sus ojos para alzar estos al cielo!

Pero ella, que en sus días de alegría venia á dar gracias á la Virgen y á prestarle como homenaje una sonrisa de agradecimiento, venia, ahora que el dolor la oprimía y la angustia la ahogaba, á pedirle una lágrima de consuelo y una mirada de piedad. Cuando las cortinas del camarín se descorrieron, dejando ver á la Virgen rodeada de una aureola de luz, doña Ursula creyó ver aparecer aquella *Stella Matutina* que al compás de los majestuosos sonidos del órgano invocaba; cuando vió las blancas nubes de incienso que subian lentamente hasta perderse en la bóveda, creyolas suaves mensajeras que llevaban al cielo su oracion y sus lágrimas; y cuando el *Consolatrix afflictorum* resonó en



sus oídos, un llanto consolador brotó al fin de sus ojos, mientras exclamaba con todo su corazón: *Ora pro nobis! Ora pro nobis!*

Aquella noche subió también doña Ursula á la azotea; pero unas espesas y aplomadas nubes le impidieron ver á la insensible portadora del beso de su hijo: permaneció allí, no obstante, sin notar que una ligera llovizna caía lentamente, como un triste y monótono pensamiento que no puede desecharse y que hiela el corazón. El toque de Animas la sacó de su estado de insensibilidad, y abandonó la azotea para ir á postrarse de nuevo ante aquel cuadro de la Virgen delante del cual ardía continuamente, desde la partida de Antonio, una lamparilla de aceite. Poco á poco, y sin que doña Ursula lo advirtiese, fuere debilitando la luz de la lamparilla; de repente se agita, oscila, tiembla un instante en la punta de la mecha, y arrojando una luz mas viva que las anteriores, se apaga, dando un chirrido. Doña Ursula sintió que de nuevo se le oprimía el corazón; llamó áterrada á Misita, é inquieta está al ver el estado de excitación de su madre, la hizo meter en cama.

Al otro día amaneció con una ligera calentura; mas á la mitad de la mañana se empezó en levantarse, y se sentó en una bataca. El día estaba triste y desapacible; el cielo, ceniciento como el contenido de un sepulcro, dejaba ver

de trecho en trecho un brillante pedazo azul, que parecia un remiendo de rica tela en un viejo sayal: poco á poco faese tornando negro como un triste presentimiento, mientras algunos truenos lejanos, pero que se iban acercando gradualmente, anunciaban la proximidad de la tormenta. Doña Ursula y Misita rezaban el Trisagio; de repente un vivo relámpago, seguida de un trueno horrible, hizo retremblar los cristales de la habitación.

—¡Jesus! exclamó doña Ursula tapándose el rostro con ambas manos. ¡Dónde le habrá cogido al hijo de mi alma!

—Santo, Santo, Santo,  
Señor Dios de los cielos,  
tened estos los cielos y la tierra  
de vuestra gloria.

murmuró Misita no menos aterrada. Mariquita, la nieta de D. Basilio, que andaba jugando por la casa, acudió dando gritos, y vino á refugiarse en los brazos de doña Ursula.

La tormenta se desencadenó terrible y amenazadora, como un aviso que Dios diera al hombre, miserable pigmeo, que, empujado sobre su razón, quiere escalar el cielo y arrojar una temeraria mirada en ese abismo sin fondo cuyas tinieblas solo esclarece la fe, y en que le place á Dios encerrarse con sus rayos y sus misterios. ¡Necio orgullo, que la hace blasfemar de El...! Y, sin embargo, ¿quién no reconoce su mirada en el rayo, su aliento en el hu-



racan, su voz en el trueno? ¡Qué oído no escuchaba que

Jehová, la divina nube  
 retumbac las truenas rogar  
 Jehová; sonoras respondan  
 Jehová las altas enferas.  
 Desapavorido el estremeado  
 el libertino desquerta;  
 y confundido «¡aí»  
 su insublia por confusa (1)»

¡Quién, Señor, ante tan tremenda sublimidad no inclina la cabeza, diciendo: Dios eres, *hágase tu voluntad...*!

Lentamente cansáronse los elementos de luchar; fuese apagando su furia, y como si las nubes llorasen su derrota, descargaron un fuerte chaparrón.

— Va á llover mas que cuando enterraron á Bigote, decía Brígida, que en el lavadero se ocupaba en colar la ropa de la semana; y á cada trueno que hacía retemblar el espacio, murmuraba devotamente:

Santa Bárbara hermosa  
 que en el cielo estás escrita  
 con pupal y agita lechita,  
 á los pies de la Cruz,  
 amén Jesús.

A poco llegó Mariquita, ya repuesta de su susto, y le dijo con esa satisfacción que toda variedad produce en la infancia:

— ¡Ha tronao!

(1) D. Juan Meléndez Valdés.

—Ya lo oí, que no soy sorda, le contestó Brígida.

—¿Y por qué ha tronao...?

—Porque hay bautismo en el cielo, y van los angelitos en coche, y cata ahí el ruido que se oye.

—¿Y hay padrino?

—¡Toma, y pelón! Mira cómo juegan las nubes, que parece las va arreando el hambre, y es porque van á coger los ochavos.

—¿Cómo corren! dijo Mariquita mirando las nubes, que, impulsadas por el Levante, surcaban el espacio rápidamente, unas ligeras y blancas como la túnica de un ángel; otras compactas y negras como un mal pensamiento. Oye, ¿de qué son?

—Son unos sacos de humo, que le sirven á Dios de regadera para regar el campo.

—Mira, ya han dejado allí un pedacito azul, dijo la niña señalando un claro que había quedado entre dos de ellas, blancas y flotantes como una mortaja. ¿Por qué es azul el cielo?

—La copla canta el por qué, cuando dice:

La Virgen se subió al cielo,  
y tendió su mantel azul,  
para ponerse una negro  
por la muerte de Jesús.

¡Vengan los poetas cultos á dar una interpretacion mas suave y mas poética al hermoso azul de los cielos! Quedáronse calvos los sabios de las épocas por explicar de qué provenia

su agradable color, y darle el nombre que mas adecuado le fuera: una chapa de metal, *Rabich*, creyendo los primeros hombres; en fuego y agua, *Schamain*, hicieron consistir los hebreos; *atmósfera* lo llaman los modernos. ¡Cuánto mas vale la bella y consoladora interpretacion que le da el pueblo católico; ese eminente poeta, tan suave en el sentir y tan tosco en la apariencia!

En cuanto á nosotros, creemos firmemente que, si no en ese cielo, en otro un poco mas elevado que se ve con los ojos del alma que por él ansa, el manto celeste de la purísima Virgen se estienda sobre nuestras cabezas.

—¡Ay! exclamó Mariquita admirada, ¿pues no está lloviendo otra vez y está el sol de fuera?

—Eso es porque el diablo riñe con su suegra.

—Anda veto, hija: ¿acaso el diablo tiene suegra?

—Muchito que la tiene; y se llama la tia Olofernea, y su mujer Panfilita.

—¡Anda, mentirosa!

—¡Tú no sabes el cuento de la suegra del diablo?

—Yo no.

—Pues te lo voy á contar en cuanto enjague esta camisa.

Concluido que hubo Brigida de enjuagar la camisa, empezó así sin dejar de lavar, y diri-

giéndose á Mariquita, que, sentada en un cubo vuelto boca abajo, la escuchaba con la mayor atención (1).

—Pues, señor, que era vez y vez, y créalo quien lo quiera creer, de una vieja tan gruñona y con tan mal genio, que los chiquillos del barrio le decían la *Tía Olofernes*; pues vimos á que esta tía Olofernes tenía una hija que se llamaba Panfilita, mas tonta que una esquina, mas pava que mandada hacer, y que no sabía sino estar en la ventana con el pico al aire, á ver si sacaba un novio. Pues, señor, que un día que estaba la tía Olofernes colando, como estoy yo ahora, tuvo que echar la lejía hirviendo en la canasta de colar la ropa, y como pesaba tanto, llamó á Panfilita para que la ayudase; pero Panfilita estaba en la puerta de la calle, y por mas que su madre se desgañaba gritando ¡Pánfila! ¡Panfilita! solo se le ocurría decir á la tonta de la chiquilla:

—¿Quién será esa pajuata de Pánfila que no contesta...!

La tía Olofernes, que era mas viva que una centella, agarró la caldera para vaciarla sola, y

(1) Es original la historia de este cuento. Fernán-Cabe-llero lo recogió de boca del pueblo, y le dió cabida en la colección que de ellos tiene hecha, después de adornarla con la expresión al par que inocente gracia de su escudador estiloso y adornado con sus nuevas galas, la vuelto desde tan elevado puesto á dominio del pueblo, de donde por segunda vez nosotros le hemos recogido. En dicha preciosa colección podrá hallarse completo.

se la volcó encima de un pie, poniéndoselo hecho una *eccehomía*, y dando unos alaridos que despertaban á los sordos, y en el otro mundo se oían. Cuando Panfilita oyó los gritos de su madre, se fue para allá muy despacito, y llegó diciendo:

—¡Queee tleeeenee V. manadrea...!

La tia Olofernea, que estaba tan furiosa que con un papel se ahogaba, le gritó en cuanto pudo echarle la vista encima:

¡Panfíla, Panfíla,  
siempre pensando en casorio,  
permíta Dios que le nazca con el demonio!

No bien lo hubo dicho, se arrepintió de haberle echado aquella maldición; pero como palabra y piedra suelta no tienen vuelta, no pudo ya volver á recogerla. Al cabo de algun tiempo le salió á Panfilita un novio mas blanco que la leche y rubio como unas candelas, y como era *rigular*, estaba la muchacha queriéndolo pener en un retablo, y rezándole á San Antonio bendito para que hiciera la boda pronto. No era del mismo sentir la tia Olofernea, pues se acordaba de la maldición que había echado á su hija; y como tenía la nariz mas larga que un *poenco*, notó que al hacer la señal de la cruz daba el novio unos respingos que al techo llegaban. Vino por fin el día de la boda, que el tiempo corre mas que el *ferro-carrén*, y nunca está parado; pero el novio no quiso ca-

sarse en la iglesia, sino con un matrimonio del civil, que hay allá en la tierra del francés ó del moro, que de esto bien no me acuerdo (1). La tía Olofernes, que ya estaba escamada, se escamó todavía mas con esto, y queriendo evitar un conflicto, llamó á Panfilita, y le dijo:

—Mira, Panfilita; es costumbre de todas las mujeres que se casan el rociar la alcoba con un jiaofo y agua bendita cuando ya están encerradas con su marido; te encargo mucho que lo hagas, para no faltar y dar que decir á la gente.

Panfilita se lo creyó, y al dar el primer rocion de agua bendita, empieza el marido, que no era sino el mismísimo diablo, á dar saltos y brincos sin saber por dónde jirase, porque estaba tapado hasta por debajo de la puerta. Corre por aquí, corre por allí, se metió por el agujerillo de la llave, creyéndose ya en salvo; pero la picara de la tía Olofernes, que le daba tres vueltas al diablo, había puesto en el agujerillo de la llave una rodama, y *incontinentemente* que el diablo se colocó dentro, le puso un tapon, y echó á andar hacia una montaña muy alta que...

A este punto de su narracion llegaba Brígida, cuando fue interrumpida por un confuso

(1) En aquí puede entenderse que las primeras bodas que con el matrimonio civil se han celebrado en nuestra patria, fueron las del diablo. Bueno es saber quien llevó la marcha.

rumor de llantos y de gritos que hacía la habitación de doña Ursula se oían.

—¡Señor, qué zaragata se ha armado ahí dentro! murmuró yendo á informarse, seguida de Mariquita, que, asustada, se agarraba á sus mangas.

Triste fue el espectáculo que se ofreció á su vista: doña Ursula, con los ojos desmenujados, y presa de las mas terribles convulsiones, gritaba:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! Ya lo perdí; ya no lo tengo! Solo, solo, y yo que soy su madre no estaba allí para cerrarle los ojos...! ¡Ay, que me ahoga la pena! ¡Dios mío, Dios mío, llévame con mi hijo, llévame con mi hijo...!

Misita, no menos afligida que su madre, procuraba consolarla, murmurando cuando las lágrimas y los sollozos se lo permitían:

—¡Dios lo ha querido así... hágase su santísima voluntad...! ¡El nos lo dió... el nos lo quitó!

En medio de la habitación, un hombre muy corpulento y de aspecto vulgar y ordinario, contemplaba el desgarrador grupo que la madre y la hija formaban, y meneando la cabeza, levantaba de cuando en cuando sus redondos ojos hacía las vigas, como si pretendiese encontrar allí consuelo á tanto dolor. De repente dió un ó tres gigantescon pasos, y acercándose á la



pobre madre, exclamó con el pronunciado acento de nuestros montañeses:

—¡Ea, señora, calle V. ya! ¡Cómo ha de ser, si todos hemos de ir unos tras otros, como mulos por vereda...! ¡Ea, callarse ya, digo, y á comer, beber y divertirse: no vayamos á tener otro burro caído!

Veamos qué habia producido esta triste escena.



### XIII.

No bien hubo escampado el fuerte chaparrón en que se deshizo la tormenta, apareció en la calle un hombre que, con su paraguas chorreando, y algo apartado del cuerpo para no mojarse, iba mirando atentamente, y á través de los cristales de unas gafas de oro, los números de las casas de una y otra acera. En su cara, redonda como una pañareta, y en su airo vulgar y ordinario, hubiese reconocido cualquiera al mismo hombre que en el capítulo anterior vimos en la habitación de doña Ursula. Llamábase D. Celedonio Prosopopeya y Belloitas; era natural de Cabuérniga, pueblecillo de las montañas de Santander, y hallábase recién venido de América, donde había realizado una considerable fortuna; que esparcía por todo su cuerpo cierto *chic de peso duro*, que si no era del gusto mas delicado, era al menos del mas positivísimo buen efecto.

Era D. Celedonio, como ya hemos dicho, muy corpulento, y feo como él solo: lo cual no

se le importaba un bledo, porque para él no había más hermosura que la de los pesos duros, y esta la poseía en alto grado. Procuraba siempre que su insulso semblante impusiese todo el respeto posible, y afanábase por imitar esa dignidad que en las personas de elevada esfera nos impone al mismo tiempo que nos encanta; pero no se hacía cargo el buen pobreto que esas maneras majestuosas y esa arrogancia exenta de orgullo, exclusiva del verdadero caballero, no nacen de un afectado estudio, sino del sentimiento de su propia grandeza que estas personas tienen. Hé ahí por qué no hemos creído nunca que Talma diese á Napoleón *lecciones de majestad*. Austerlitz, Marengo y Jena bastaron á darle la majestad del poder, apoyado en la fuerza. Waterloo, la de la desgracia resignada por la... impotencia.

No conseguía, pues, D. Celedonio con su ostentación de aire imponente, lo que con tanta facilidad hubiese logrado con ponerse un cartelito á la espalda en que se leyera: *Este hombre tiene medio millón de duros*. Porque don Celedonio Prosopopeya y Bellotas, era nada menos que un *millionario*.

Pero no un millonario que hubiese llegado á serlo por medios honoríficos, y ayudado por la fortuna ó á costa de su trabajo, sino uno de esos que sin más rey ni Roque que su codicia, sacrifican por llegar al apogeo de las riquezas

su dignidad propia, y aun á veces tambien la ajena.

Los primeros hacen por lo comun un buen uso de sus caudales, y hay mil bocas que reciben de su mano el pan de cada dia, al par que les tributan, agradecidas, la mas suave música que puede resonar en los oidos de un cristiano: un *¡Dios se lo pague!* (1). Condenarles tan solo porque son ricos y la suerte les favoreció, sería saltar á la justicia, y podría muy bien tacharse de envidia.

Pero D. Celadonio no pertenecía á esta clase á quien todo el mundo respeta, sino á la de esas ratas de caños sucios, que reuben al orgullo del dinero la bajeza del mendigo; viene en ellos, tras una necia prodigalidad, una sordida avaricia, y todo prueba sus dos naturalezas: la rapacidad del hombre desprovisto de principios, y la insolencia del villano enriquecido. D. Celadonio habia sido *negrero*, y ahora queria ser *persona*: pobre y miserable, habia cometido con sangre y lágrimas, y la sociedad le arrojó de su seno; rico y opulento, volvió ahora á llamar á sus puertas, y ella ¡qué vergüenza! se las abria sonriendo. ¡Y por qué no, si llamaba con un aldabon de oro!

Deseoso de hacer olvidar su pasado, daba es-

(1). Tal dice el católico, el ilustrado, el militar, el estólido, el nunca bien ponderado autor Fernán Caballero.

trépidos limosnas, sin conocer siquiera la desgracia que sufría, cuando estas podían atraerle los aplausos de media docena de periódicos y del público lluso que se engaña, ó del miserable adulator que se deja engañar: entonces era *filántropo*. Pero negaba un miserable pedazo de pan cuando no podía proporcionarle mas que la conciencia de haber hecho una buena accion: entonces no era *caritativo*.

Jactábase de pertenecer en su origen al mas infimo pueblo, no porque fuese afecto á esta clase, que, á haber podido escoger otra, la hubiese tomado de las mas elevadas, ni mucho menos por humildad, pque le era desconocida del todo esta avara virtud que se esconde y es denunciada por su propio perfume, sino porque, como era conocido de todo el mundo, en vano hubiese tratado de ocultarlo. Para desahogar la bilis que esto le causaba, solia fingir un desprecio de primer orden hácia los mayordugos, ó hácia todos aquellas á quienes, segun él, caia el dinero de las rabes y no tenían mas que gastar sin trabajo alguno.

Trataba de cubrir su absoluta carencia de educacion con unas pretensiones de ilustrado, que siempre le hacian tomar el ribato por las hojas; semejante en todo al asno de la fábula, queria cubrirse con una piel ajena; pero tampoco podia persuadir de asomar á cada instante la oreja. Contábase de él que habiendo

tenido que ausentarse algunos meses á este pueblo, mandó hacer una tarjeta de despedida en que se leía:

*Celedonio Prosopopeya y Bellotas  
se despide  
para el pueblo de su SALVAD.*

En otra ocasión pasaba por Jerez una de las infantas de España: el ayuntamiento la esperaba en la estación del ferro-carril para cumplimentarla, y D. Celedonio, impulsado por su afán de hacerse presente en todas partes, llegó, apartando á todo el mundo, á ofrecer la mano á la Ilustre viñera para apearse del coche.

— ¡Ea V. el alcalde preguntó sorprendida la infanta.

— No, señora, replicó D. Celedonio; pero he estado proponido.

Como último toque á este largo retrato, diremos que había hecho un acopio de términos y frases cultas cuyo significado no comprendía, y que soltaba á diestra y siniestra con la oportunidad de un reloj descompuesto, pronunciándolas con el aplomo del mas sabio académico, y con ese exagerado acento de nuestros montañeses, que todas sus correrías no habian sido bastante á borrar.

Decíamos, pues, que, con sus gafas de oro sobre las narices, iba D. Celedonio mirando todos los números de las casas, como si buscase

alguno: al llegar á la de doña Ursula se detuvo; sacó de las profundidades de su paletó una cartera, y de ella una tarjeta; cotejó las señas de la casa con las que en la tarjeta venian apuntadas, y murmurando: *Aquí es*, entró en el zaguán, y tiró de la campanilla.

Mientras abrian una pobre mujer, cubierta con un mal pañolón, que chorreaba agua por todas partes, y con el que pretendia calentar á un niño de seis á siete meses, que dejaba caer la cabecita sobre el hombro de su madre, entreabriendo sus ojitos vidriosos como los de un cadáver, se le acercó, pidiéndole, con el acento de la angustia y del hambre, una limosna por el amor de Dios. Agarrada á las anaguis de su madre, venia otra niña de cinco á seis años, que lloraba chapando los pies de su destrozado delantal.

—No traigo mas que oro, hermana; no traigo mas que oro, contestó el millonario reventándole la satisfacción por los tirantes del chaleco.

—¡No me dé V. dinero; compírame V. pan, señorito, que me estoy muriendo de hambre!

—Y tuviera qué ver eso! exclamó D. Celedonio, que sintió rebajado su orgullo de millonario con la proposición de la mendiga, ¡le yo á comprar pan al pindajo este!

—Señorito, por María Santísima, que todavía no he probado la gracia de Dios...

—¡Vamos, vamos; ha dicho que no! exclamó el Creso sirviéndose de su paraguas como de un hisopo para rociar á la mujer de arriba abajo. ¡Eres sorda, ó hablo estrangia!

—¡Que se me muera mi niño! dijo la mujer con un tono que solo podrá comprender quien lo haya oido.

—Y á bien que lo enterrarán para que no hieda. ¡Ea! ¡Largo de aquí, haragana! ¡Qué plaga, qué plaga...

Abriose en este momento la puerta, y don Celedonio entró en la casa.

La pobre mujer se habia dejado caer en el umbral, tratando de dar el pecho á su hijo; que en vano se esforzaba por sacar de aquel mamantial agotado el jugo que antes le daba la vida.

La muchacha mayorcita decia, quitándose una de sus miserables chancletas, y golpeando con ella el suelo:

—*Mae, dame pan; yo tero pan, mae.*

Una vez en el patio, D. Celedonio dijo á Minita, que era quien le habia abierto la puerta:

—Doña Ursula Montesano, ¿está en casa?

—Sí, señor, le contestó Minita: haga V. el favor de subir.

Subió D. Celedonio la escalera con el aire de un hombre profundamente preocupado, que no sabe cómo empezar una molesta conversacion, de que, sin embargo, no puede abstenerse.



Misita, que le esperaba en la antesala, le dijo:

—Pase V. adelante, que voy á avisarle á mi madre.

—¡Ah! ¡Es V. hija de la madre del rapaz! dijo D. Celedonio entrando y arrollándose en el sofá sin ningún género de cumplimientos.

Misita se le quedó mirando sin comprender lo que decía, y fue luego á avisar á su madre la llegada de aquella extraña visita. A poco llegaron madre é hija: D. Celedonio, después de haberlas saludado, dijo:

—Yo, señora, soy D. Celedonio Prosopopeya y Ballotas, hombre de bien y... de muy buenos caudales, añadió dándose un golpecito en el bolsillo del chaleco, que despidió un sonido metálico.

—Muy señor mío, le contestó doña Ursula haciendo una inclinación de cabeza.

—Pues sí, señora, continuó el Creso: yo...

De nuevo se quedó callado, hasta que viendo doña Ursula que no llevaba trizas de romper el embarazoso silencio que siguió á estas palabras, le preguntó muy friamente:

—¿Y á qué debo el gusto de verle á V. en mi casa?

—¡Mal laya el gusto que albergo de sinsabores; y á la verdad que no quisiera yo estar en ella! contestó D. Celedonio arrollándose en el sofá y dando vueltas á su sombrero, que no



había abandonado no obstante la fina invitación de doña Ursula.

Esta tuvo en la punta de la lengua decirle que la puerta estaba abierta, y que nadie le había llamado; y no ocurriéndoselo mala que no fuese esto, guardó silencio de nuevo. Misita reventaba por soltar la risa; el afechado montañés continuó:

—No hay que apurarse, señora, y á lo hecho, pecho.

Nuevo silencio: nueva extrañeza en doña Ursula, y nuevas ganas de reírse en Misita.

—¿Y por dónde empezaré á desembucharlo? murmuró el millonario como preguntándose á sí mismo.

—Puede V. empezar por donde guste, y sea mas claro, contestó doña Ursula, que le había oído: hasta ahora puedo asegurarle que no he entendido una palabra de cuanto me lleva dicha.

—El muerto al hoyo, y el vivo al bollo, replicó sentenciosamente D. Celedonio.

Misita, que no podía aguantar la risa, se tapaba la boca con el pañuelo: doña Ursula, que ya le iba creyendo loco, le dijo:

—Pero, caballero, ¿quiere V. explicarme...?

—Camino de eso voy, señora mía; camino de eso voy...

—Pues me parece que ha errado V. la vereda, y no vamos á llegar nunca á entendernos.

—¿Y cómo la doy el golpe sin antes prepararla...? La voy preparando á V. para...

—¿Pero para qué tengo yo que prepararme? exclamó doña Ursula cada vez mas atónita, sintiendo, sin saber por qué, un vago terror.

—Para llevar el golpe que la asaga...

—¿Si estará este hombre loco y me irá á pegar? exclamó doña Ursula arrojándose involuntariamente de un corin; y luego añadió:

—Pues acabe V. de explicarse, que ya estoy mas que preparada.

D. Celedonio tosió, miró de arriba abajo á doña Ursula, luego á Misita, y, por último, sacando su pañuelo y estendiéndolo hacia la primera, dijo:

—Con que ea, señora, ya que está V. preparada, sepa que se ha muerto su hijo.

—¿Jesús, señor! exclamó doña Ursula dando un salto en su silla y quedándose blanca como el papel.

—Como tres y dos son cinco, señora; de un tifus que le dió en...

—¿Ay, Dios mío...! imposible... ¿Eso no puede ser! murmuró doña Ursula con voz que apenas se oía, levantándose y volviendo á caer en su silla, porque no podia tenerse de pie.

—Pues será broma que yo vengo á dar, ¿verdad...? Yo le vi muerto, tendido en su hamaca, con un brazo echado al pescuezo de un perro que le llamaban Garabito; y me dijo el

capitan: «D. Celedonio: ¡va V. á Jerez! Pásele la fe de muerte á la madre de este rapaz, y hará una obra de caridad.» Con que cátele V. aquí, y vea si yo miento.

Al mismo tiempo que D. Celedonio pronunciaba con el tono de un hombre ofendido porque de su veracidad se duda, estas palabras tan terribles para la pobre madre, le alargaba un papel hecho cuatro dobleses. Doña Ursula lo cogió maquinalmente, y leyó para sí:

«A bordo del bergantin mercante *Chamito*, al mando del capitan D. Manuel Velledo.

«Hoy 21 de febrero del año de 1857, después de pasado el trópico y mientras corríamos un temporal horrible entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, ha muerto en el camarote núm. 13 el pasajero D. Antonio Ardera y Montasarno. Acompañado del segundo D. Juan Manuel Herraldia y del doctor en medicina D. Ambrosio Velasco, pasajero también á bordo del *Chamito*, hemos procedido al reconocimiento del cadáver, resultando haber causado su muerte un tifus, contraído por una insolacion mal curada.

«Y para que conste, firmamos esta su fe de muerto, — Manuel Velledo, capitan. — Juan Manuel Herraldia, segundo. — Ambrosio Velasco, doctor en medicina.

«Dado á bordo en el mar, á 21 de febrero de 1857.»

Ya no habia lugar á la menor duda, y en vano donña Ursula hubiera tratado de engañarse; su dolor estalló terrible y desesperado. Sostenida por Brígida y Misita, se retorcía las manos con una fuerza salvaje, y gritaba con voz ronca unas veces, aguda otras; pero siempre capaz de ablandar al mismo mármol.

— ¡Antonio, Antonio! ¡Hijo de mi alma...! Si lo dije, que ese viaje era su muerte; ¡Y yo que lo dejé marchar! ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo lo he matado, yo lo he matado! esclamaba golpeándose el pecho fuertemente.

Luego quedaba inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando sin ver; y sufriendo sin pensar, porque su dolor parecía haberse suspendido como si cobrase ánimos para luego hacerla sufrir con mas fuerza.

— ¡La mar, la mar le serviría de mortaja! volvió á gritar cruzando las manos convulsamente. ¡Y no vería una cara amiga junto á su lecho de muerte... moriría solo! ¡Dios mio, solo! Solo, y yo, que soy su madre, dormía...! ¡Y no tendrá una cruz que diga: aquí descansa un cristiano...; ni un alma caritativa que le rezara un Padrenuestro, ni tampoco quien derramase por él una lágrima! ¡Ay! que no puedo mas...; que me muero...! ¡Matadme, Dios mio; matadme, y tendréis piedad de mí...!

— ¡Pues no lo ha tomado por la serie que dignaos! murmuraba D. Caldonio.

Y luego, acercándose á la desconsolada madre, añadía para consolarla:

— ¡Ea, señora, callarse ya: callarse ya, digo, que porque V. here no ha de reutilitarlo; hoy á ti, mañana á mí; si á él le tocó primero, allá nos aguardo por muchos años! El muerto al hoyo, y el vivo al bollo; y al fin y á la postre, para comer no le hacia á V. falta el muchacho...

Y V., madamita, tenga mas castre, añadía dirigiéndose á Mista; y limpiase esos lagrimones, que andan mal por esa cara de misé-galito, y venga á darle buenas tajos de carne á la mamá, porque los duelos con pan son menos, y para sentir es menester comer, y si á dejar hundirnos vamos, tendremos otro burro caído.

Doña Ursula se levantó de repente con la colita caída sobre la espalda; su pelo cano estendiase diseminado sobre sus hombros, y forcejeando por desasirse de Helgida y Mista que la sujetaban, gritó de nuevo:

— ¡Déjame, suéltame, que me voy con mi hijo, que está en el mar solo...! ¡Solo, y solo comerán los tiburones...! ¡Suéltame, por María Santísima, que me está llamando y no voy...! ¡Suéltame, déjame, que me llama mi hijo, mi sangre, y no puedo ir! ¡Hijo mío, hijo mío; allá voy, allá voy, que no me quieres soltar...! ¡Ay, ay, que me dan mil muertes...! ¡Dios mío, Dios

¡mío! ¿qué he hecho yo para merecer este castigo...?

—¡Mamá, mamá; al cristiano no le atañe el saber por qué, sino que el sufrir le basta!

—¡Es verdad, es verdad...! Cúmplase su santísima voluntad! gimió la infeliz cruzando las manos convulsamente y escondiendo su rostro entre los cojines del sofá, que mordía desesperada.

D. Celedonio, viendo la inutilidad de sus consuelos, creyó prudente eclipsarse, y bajó la escalera murmurando:

—¡Estos demonios de mujeres se toman unos celos, que son para visto...! Y la pequeña es boquita como un peso duro.

En el umbral de la puerta permanecía aun la pobre mendiga, que, al entrar D. Celedonio, se había dejado caer allí rendida de hambre y de cansancio.

En medio de la calle, y frente á la casa de doña Ursula, hallábase parada una hermosa y blasonada carretela; dentro de la cual tres elegantes damas hablaban con un caballero que en la portezuela se había detenido.

D. Celedonio tosió fuertemente para llamar la atención de las del coche; y cuando ya estas le miraban, dió una moneda á la pobre, no sin haberla dejado caer antes para hacer ver que era de plata. El montañés siguió su camino, y el coche arrancó para el lado opuesto: no bien

le vió D. Caledonio ponerse en movimiento, volvió atrás, y dijo á la mendiga:

—¿Qué moneda te di yo, chupa-bolsillos?

—Medio duro, señorito, que Dios se lo pagará á V. en la gloria, contestó esta presentándole la moneda, que brillaba en su sucia mano como una estrella en una sombría noche.

—Pues me equivoqué, hija mia, y por darte dos cuartos, te di diez reales, dijo el Cresco recogiendo su medio duro y dando á la pobre una moneda de dos cuartos.

—¡Vaya con el señor, mas soplado que un pellejo de vino! replicó la chiquilla mayor de la pobre mujer. *Pas al que da y quita, se lo lleva la perra maldita.*



#### XIV.

Corría un temporal horrible. El cielo vomitando torrentes de lluvia, y el mar alambonado á toda su terrorífica sublimidad, parecían obrar de acuerdo para anonadar un bergantín que, después de pasado el trópico, y entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, dejaba ver á la rojiza luz de los relámpagos escrito en su popa el nombre de *Chanito*. Arrojado del uno al otro lado como una pelota, parecia unas veces ir á rasgar con sus afilados topos las nubes, que, cual negras y cuajadas masas, habian hecho desaparecer el día; y otras, que absorbido por las inmensas esclusas que entre ola y ola se abrian, iba á encallar en el fondo del mar: de ese desconocido abismo á que baja el hombre, en alas de su codicia, buscando riquezas que, como en la tierra, solo halla junto á miserias. Junto á una rica perla que se esconde en su concha, suele encontrar el podrido esqueleto de un naufrago, que se envuelve en su mortaja de fango. Se habia mandado picar el palo mayor y el de



trinquete; pero los horribles golpes de mar que embarcaban por la proa, y barriendo la cubierta venian á salir por el coronamiento, impedian á los marineros llegar á las jarcias y ejecutar la maniobra.

El buque estaba perdido, desamparado en aquella horrible soledad que lo encerraba en muros de agua como en una cárcel: el cielo y el mar, el rayo y el trueno parecian decirle con su voz terrible y formidable: *¡Perece!* La fe y la oracion, la Religión y la esperanza, le gritaban con la suya, consoladora y cristiana: *¡Confía!* Porque el buque, como si comprendiese toda la estension de su desamparo, de esa terrible palabra que cae como la losa de un sepulcro sobre las esperanzas de la tierra, y que lo mismo hace temblar al grande que al pequeño, al alto que al bajo, oraba. Oraba con las bocas de bronce de sus cañones, que broncos y téticos pedian socorro, no á los hombres, de quienes nada podia esperar, sino á Dios, de quien lo podia esperar todo; oraba con los corazones de los marineros, que, agarrados con todas sus fuerzas á donde podian para no ser arrebatados por las olas, se encomendaban á Nuestra Señora del Cármen, santa Patrona de los navegantes. ¡Tan cierto es que el peligro hace comprender á los hombres su debilidad, les anonada en su pequeñez, y haciéndoles doblar ambas rodillas sobre su orgullosa jactancia, les obliga á

pedir misericordia al Dios que señaló como límite á ese mar, terrorífica imagen de lo infinito, un grano de arena...

Pero aun mas desamparado que el mismo barco, que, ora tendido sobre el costado como vencido y jadeante, ora elevándose altivo hasta la muerte á una formidable altura, esperaba por instantes ser sepultado por una ola mas poderosa que las anteriores, agonizaba Antonio Ardera en un camarote del *Chanito*. Tendido en su lecho, pálida la frente, descompuesto el semblante y quebrados los ojos, agitaba débilmente las manos, enroscando una manta que cubria su hamaca. Con las ansias de la muerte, solo oía el desgraciado el horrible mugir del viento que silbaba entre las cuerdas y jarcias, y el espantoso estruendo de las olas que reventaban sobre los costados del buque, cubriéndolo de blanca espuma. ¡Nada endulzaba aquella triste muerte; ni un sacerdote que con los consuelos de la Religión hiciese descender un destello de la luz del cielo sobre el lecho de aquel cristiano moribundo; ni una madre que le cerrase los ojos y le acostase en la tumba! Solo Garabito, el fiel perro del pobre niño, iba y venía de un lado á otro del estrecho camarote, dirigiéndose, ya hacía la puerta, que permanecía cerrada, ya hacía el lecho en que agonizaba su dueño: apoyábase con sus patas delanteras en el borde de la hamaca, y fijando sus inteligentes ojos en

el rostro del desgraciado Antonio, gruñía triste y cariñosamente, meneando la cola, como si preguntase en qué podía serle útil.

—¡Madre mía de la Merced, sálvame! decía Antonio con la lengua borrosa de un agouzante y la convulsa ansia del que ve próximo un peligro inevitable. ¡Sálvame! ¡No por mí, que nada merezco, sino por mi pobrecita madre, que ya no verá mas...! ¡Madre...! ¡Madre...! ¡Dios te ampare...!

Nadie le respondía: *Garabito* arañaba la puerta del camarote como si quisiese pedir socorro; por encima de sus cabezas seguía rugiendo la tempestad, y oíase correr de un punto á otro del puente. De nuevo agitábase Antonio, murmurando:

—¡Jesus, Dios mío! ¡Voy á morir solo...! ¡No hay quien me favorezca...! ¡Agua...! ¡Un poco de agua por el amor de Dios...! ¡Virgen Santísima, agua...!

Pero sus débiles gritos no eran oídos de nadie, y ni aun alcanzaban á salir del camarote. Quiso ver si le era posible coger una botella que allí cerca había, y el ligero movimiento que para ello hizo le produjo un vahido, en que creyó llegado su último instante. Dos horas permaneció tendido boca arriba, mecido por los violentos balances del buque: aquellos hermosos caballos rubios que fueron las delicias de su madre, caíanle ahora desaliñadamente,

y servían como de marco á unos ojos horriblemente fijos, á unas mejillas lividas, y á unos labios negros y ligeramente entresabiertos. Al cabo de algun tiempo dió un gran suspiro, y mientras gota tras gota surcaban sus buccas mejillas unas lágrimas amargas como el acíbar, porque nadie se cuidaba de enjugarlas, murmuró:

—¡Pobrecita madre...! ¡Qué será de ti...!

Luego se agitó bruscamente; despidió la manta de la cama, y llevándose una mano al pecho, apretó con fuerza el escapulario de la Merced que al cuello llevaba pendiente. Como si comprendiese *Garabito* que su joven dueño entraba en la agonía, acudió presuroso al lecho, y apoyando ambas patas delanteras en el borde, puso su hocico sobre el pecho del niño. Antonio rodeó con el brazo que le quedaba libre el cuello de su fiel compañero, y volviendo hacia él sus ojos ya en blanco y velados por las sombras de la muerte, murmuró en el delirio de la calentura, y con una voz tan baja que solo *Garabito* pudo oírle, y tan ininteligibles, que solo Dios pudo descifrarlas, estas palabras que al dormirse en brazos de su madre tantas veces había repetido:

—*Santa y buena noche nos dé Dios, y parte en su santo reino...*

*Garabito* notó bajo su hocico que el corazón de su amo latía con rapidez, como si ansiasse

terminar las pulsaciones que le quedaban: al concluir su última palabra, lo sintió pararse. El noble animal lanzó un triste aullido, y no se movió.

A eso de las cuatro de la tarde el tiempo empezó á aborrazar, y fuertes rachas que hacían escotar al bergantín sobre al costado de haber, empujaban las nubes delante de él, como prisioneras que arrastrasen después de vencidas en el combate. Entonces pensaron los pasajeros y tripulantes del *Chanito* en tomar algún alimento, porque hacia mas de veinticuatro horas que solo se ocupaban en luchar con el temporal, oponiendo la maña á la fuerza. En el camarote núm. 13 encontraron á Antonio muerto: con el brazo izquierdo rodeaba el cuello de su fiel *Garabito*, que, de pie junto á la cama y con las patas delanteras apoyadas en el borde, no se había movido, y, no es raris, ¡lloraba! La mano derecha del cadáver descansaba sobre su pecho blanco como el marfil, y estrujaba con fuerza el escapulario de la Virgen de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Se dió aviso al capitán, y aquel hombre que, sin alterarse, acababa de vencer la furia de los elementos, salvando su débil barco, se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono, de fidelidad y de ternura; así fue que, descubriendo su aliva cabeza, y siendo imitado por cuantos le rodeaban, hincó la rodilla en



*El capitán se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono, de fidelidad y de ternura, y se descubrió con respeto.*

El primer punto que debe considerarse es el de la necesidad de una reforma radical en el sistema de enseñanza actual. Este sistema, que se ha mantenido inalterado durante siglos, no solo es ineficaz, sino que también es perjudicial para el desarrollo intelectual y moral de la juventud. Por lo tanto, es urgente que se adopten medidas para reorganizar completamente el sistema educativo, basándose en los principios de la pedagogía moderna y adaptándose a las necesidades de la sociedad actual.

En segundo lugar, es necesario que se fomente la investigación científica y el espíritu crítico. La educación debe ser una herramienta para el progreso, y para ello es esencial que los estudiantes aprendan a cuestionar y a buscar la verdad por sí mismos. Esto requiere un cambio en la metodología de enseñanza, pasando de la memorización mecánica a la comprensión profunda y al análisis crítico de los conocimientos.

Además, es fundamental que se promueva la educación física y artística. El cuerpo y el alma son inseparables, y una educación completa debe atender a ambos aspectos. La educación física fortalece el cuerpo y enseña valores como el trabajo en equipo y la disciplina. La educación artística desarrolla la sensibilidad y la creatividad, habilidades esenciales para la vida en sociedad.

Por último, es necesario que se asegure la igualdad de oportunidades educativas. Todos los niños deben tener acceso a una buena educación, independientemente de su condición social o económica. Esto requiere que el Estado intervenga para garantizar que no haya barreras económicas que impidan el acceso a la escuela. Solo así podremos formar una ciudadanía consciente y capaz de contribuir al bienestar de la nación.



tierra, y al mismo tiempo que daba gracias á Dios por haberles salvado del naufragio, le encomendaba el alma de aquel pobre niño, que solo habia tenido para endulzar su agonía los consuelos de un pobre perro. Pero ¿quién ¡Dios mío! no se conmueve ante el espectáculo de la muerte? ¿Quién no reconoce su pequeñez ante esa gran catástrofe del mundo, que iguala al Rey con el mendigo? ¿Quién, si es cristiano, no se prosterna y ora? ¿Quién, si es escéptico, no se aterra y huye?

Resonó en este instante un grito que siempre es escuchado con placer en la inmensidad del Océano, y que en la monótona vida que se sigue á bordo es todo un acontecimiento. El vigía de tope habia gritado:

—¡Vela á barlovento!

Todos corrieron sobre cubierta, abandonando de nuevo á la guardia de su pobre perro, que aun no habia variado de posición, el frío cadáver de Antonio.

El capitán subió al punto mas elevado de la toldilla, y desde allí pudo examinar á su placer el buque anunciado: era la fragata *María*, que, procedente de la Habana, habia corrido tambien el temporal, y presentaba grandes destrozos en su casco y aparejo, viniendo ademas desarbolada del bauprés y del trinquete. La fragata *María* y el bergantin *Chamito* se aproximaron, izados sus pabellones, y medio recogidas



las velas, y estando de traves y á corta distancia, fachearon y entablaron por medio de la bocina el siguiente diálogo:

—¿De qué puerto? preguntó el *Chanito*.

—De la Habana, contestó la *María*. ¡Y vosotros!

—De Cádiz, ¿Dónde os cogió el temporal?

—Como á cuarenta millas al S-O. de la isla de San Cristóbal. ¡Y á vosotros!

—Entre los 23 y 24 grados de latitud Norte.

—¿Podeis darnos una brújula? preguntó la *María*.

—Venid por ella, contestó el *Chanito*.

Los de la fragata botaron una chalupa, y bajaron á ella el capitán, cinco ó seis marineros, tres ó cuatro pasajeros, á quienes impelia la curiosidad, y entre los que se encontraba D. Celedonio. Supo allí el finchuelo montañés, que conduciendo sus dorados penates volvía á la tierra natal, la muerte de Antonio, y vió su cadáver, como después dijo á doña Ursula.

Enterado el capitán de que D. Celedonio pensaba establecerse en Jerez, le suplicó llevase á la pobre madre la noticia de la muerte de su hijo, y le entregó su fe de muerto: también le entregó un reloj de oro y algunas alhajas de poco valor que habian pertenecido al pobre niño.

Ya hemos visto con cuánta diplomacia desempeñó su triste misión: en cuanto á los ob-

jatos entregados, no sabemos qué haría de ellos.

Recibida la brújula, y después de haberse contado mutuamente los pormenores de la tempestad y los daños que habían sufrido, volvieron los de la fragata á bordo, y desde allí gritaron con la bocina.

—¡Buena viaje!

—¡Adios! contestó el *Chanito*.

Los dos orientaron sus aparejos, y se separaron. Los unos iban á la vieja Europa: los otros á la joven América. ¡Todos con rumbo á la muerte!

El siguiente día amaneció magnífico, como si la naturaleza, avergonzada de haberse entregado á sus furiosos, quisiese, revistiéndose de todas sus galas, hacer olvidar aquella terrible impresión. Precedido de sus rayos, como de heraldos vestidos de oro, salió el globo del sol de entre las olas, mientras la luna, pálida ante él, iba á alumbrar el otro hemisferio. El espacio, de un brillante azul, parecía una inmensa bóveda de cristal cuajado, y en el mar, que reflejaba su mismo color, solo interrumpía su tersura alguna ola que, mas altanera que sus compañeras, se elevaba por encima de ellas, ó algun pez que, como deseoso de contemplar aquel espectáculo, asomaba curiosamente la cabeza. "¡Lo infinito en el cielo y en el mar!" dice Chateaubriand. Jamás turba tanto la grandeza de Dios como

cuando se tiene la inmensidad sobre la cabeza y la inmensidad bajo los pies.

Todos los que navegaban á bordo del *Chamito* hallábanse á esta hora reunidos alrededor del cadáver de Antonio, que, liado en el lienzo de su hamaca, y teniendo atada á los pies una piedra de la estiva, estaba tendido sobre cubierta. Los marineros, con sus sencillos y limpios uniformes, y teniendo en la mano sus sombreros embrusados, formaban un semicírculo alrededor del cadáver; los pasajeros se hallaban detrás: Garubito, junto á su dueño, pasaba por todos sus ojos vivos como dos centellas, como si preguntase qué significaba aquello. A falta de capellan, un pasajero que lo sabía entonó el oficio de difuntos, y aquellas toscas gentes repitieron, sin comprenderlas, estas solemnes palabras: *Requiem eternam, dona eis, Domine; et lux perpetua luceat eis.*

Pero si ellos no comprendían lo que sus labios pronunciaban, Dios les entendía á ellos, y aquella humillación de lo pequeño á la vista de lo infinito, aquel tributo de caridad que los hermanos vivos ofrecían á un su hermano muerto, le fue grato y les fue oído. Aquellos tristes y solemnes acentos parecían pedir á los monstruos de la mar que respetasen el cadáver que iba á buscar su tumba entre ellos.

Dos marineros cogieron el cuerpo de Antonio, y en medio del mayor silencio se le vió

cruzar el espacio y sepultarse en el mar. Garabito lanzó un ladrido lastimero, y se arrojó tras él: una misma ola los sepultó á entrambos.

Al mismo tiempo los dos cañones del *Chanito* dijeron con sus bocas de bronce: *descansa en paz.*

## XV.

Muchos días pasó doña Ursula, despues de la muerte de Antonio, acostada en su lecho, sin que sus ojos derramasen una sola lágrima, y sin que sus labios profiriesen la menor queja; pálida, yerta, con los ojos desecados y siempre fijos en el suelo, miraba sin ver, y sufría sin pensar. Pasaban y repasaban en su imaginacion, como otras tantas sombras chinasas, aquellos ya tan lejanos días de ventura, en que con su hijo en los brazos, y teniendo junto á sí á Misita, asustábase ella misma de tanta felicidad, y no habia desgracia que estérilmente compadeciese: que tal es la deuda que el cristiano que es feliz contrae con aquellos sus hermanos que son desgraciados.

(Cuán pronto debían de tornarse en días de pesares que vendrían á dar á su corazon la terrible experiencia de la desgracia, porque es esta maestra dura y cruel, que, como los antiguos dómines, dice al que aprende en sus libros empapados en lágrimas: «La letra entra con llan-

to, que es la sangre que de las heridas del alma brota!"

Poco á poco la santa virtud de someterse á los decretos de la divina Providencia, y los oportunos consuelos de su confesor, dieron al destrozado pecho de doña Ursula una resignada y triste calma.

—Enjague V. esas lágrimas, señora, que ya ofenden á Dios, solia decirle este. Si cuando Su Divina Majestad nos manda gozos le abrimos de par en par las puertas, ¿por qué hemos de cerrárselas cuando nos manda dolores...? Basta de extremos, que no solo con los labios hemos de decirle: *¡Hágase tu santísima voluntad!* ¡Dichosa V., que tiene en la tierra una hija que la acompañe, y en el cielo un hijo que la aguarde!

Y desde entonces doña Ursula dejó de esclamar desesperadamente: "¡Hijo mío, ya no te veré mas!" para decir, mirando al cielo triste, pero resignada, con el corazón desgarrado, pero sintiendo vivir en él la esperanza: "¡Allá voy, hijo mío, allá voy!"

Y la pobre madre esperaba.

¡Qué grande, qué magnífica, qué sublime es la Religión católica, que por medio de la fe infunde estos consuelos...

Pero otra nueva desgracia se cernía en el horizonte de aquella pobre mujer, siempre turbado por negros nubarrones. Su corto caudal,

abandonado del todo, habia desaparecido casi completamente, y solo le restaba la casita en que vivia: muy pronto debia efectuar un pago bastante considerable, y se hallaba sin recursos de ningun género. En este apuro, acudió á don Celedonio Prosopopeya y Bellotas.

Habia el finchado montañés seguido visitando la casa de doña Ursula, no porque se tomase el menor interes por la pobre madre, pues aquel corazon egoista era de los que, al decir de Bacon, por cocer un huevo entregarian á las llamas la casa del vecino.

Pero al ver primeramente á Misita, y al tratar luego su bello carácter, habia sentido, no amor, que este santo varon no tuvo nunca las menores relaciones con Cupido, sino un ferviente deseo de ver halagada su vanidad enlazándose con aquella familia, que por su antigüedad y su nobleza le haria partícipe de ciertas preocupaciones que, en su solapado carácter, aparentaba despreciar al orgulloso nabab (que es vicio de ruinas arrojar en oscuras baba sobre aquello que no alcanza), pero que en el fondo de su corazon rabiosamente envidiaba.

Así fue que cuando doña Ursula, despues de mil preámbulos y rodeos, y con el rubor natural en quien nunca tuvo que humillarse á nadie, le pidió prestada la cantidad necesaria, halló el Cresco una base gruesa y positiva como su propia persona, donde asentar sus preten-



siones. Otorgole el dinero pedido, pero, venciendo siempre al interés del ricacho, solo consintió en ello después de hipotecada, con pacto de retro, la casita en que vivía, que era el último resto de su fortuna. Hízole después los mas groseros y chabacanos ofrecimientos, y con un aire de superioridad digno de sus talegas, abordó el asunto en estos términos:

—Señora, le digo con todo el significado de su primer apellido: calebro mucho poder prestarle esos martajos que necesita, y voy á decirle ahora lo que nunca habrá soñado. Sabe V. que soy hombre de peso, y que tengo muy buenos caudales... Si digo que diez milloncitos, no marro por lo alto.

—Mucho me alegro que así sea, le contestó doña Ursula sin saber por dónde iba á resollar el Creso; porque el uso que se hace del dinero es el que le da su valor, y no duda que, empleándolo V. para el bien, sabrá disfrutarlo mejor que nadie.

—¡Toma, toma, que sabré disfrutarlo! no me chupo yo el dedo en esto de darse buena vida, replicó D. Celedonio dándose dos palmaditas en su abultado abdómen y tomando en un sentido material y grosero la elevada contestacion de doña Ursula.

—Pues sí, señora, continuó, pasando de su primer apellido al segundo; tengo muy buenos caudales, y no crea V. que me han oído del



cielo como los mayorazgos á esos señoritos que quieren deslumbrarnos con sus pergaminos y lo miran á uno por encima del hombro porque tienen sangre azul. ¡Por *viche* del dios Bacol! ¡Pues no podían cargar dos mil demonios de á caballo con todo ese *jeto* de perdidos...! Vea V.; tanto orgullo porque allá su abuelo mató un moro, y luego para uno que tiene un real, hay diez mil que piden prestado para comer, cuando no andan oliendo dónde guisan. No, señora: yo he ganado mis caudales á fuerza de trabajo y sudando la gota gorda. ¡Está V.!

—Eso le honra á V. mucho, le contestó doña Ursula; porque el mejor blason de que pueda jactarse un hombre honrado, es de su trabajo.

—Señora, V. me *aplusta*, contestó el millonario con una fingida modestia. Pero como no soy egoísta, quiero buscar una mujer que me ayude á gastar mis caudales; y esa una ha de ser la flor de la borricada. Yo tengo muy buenos pesos duros, y Colodonio Procopopaya y Bellotas se ha de comer el cogollo de la lechuga.

—Ya lo creo! replicó doña Ursula, creyendo que el Creso hablaba de broma; podrá V. escoger novias lo mismo que quien escoge melones.

—Con una me contento, que no estamos aquí en tierra de moros para gastar *politécnica* (D. Colodonio quería decir *polígama*). Pero ha de ser lo mejor de lo buena, y la quiero que sea

un *témulo* de perfecciones... En fin, señora, á mí me gusta el pan pan y el vino vino, y las cosas claras y el chocolate espeso. Yo quiero casarme con su muchacha de V., Misita, que bien vale el milloncito en que he de dotarla.

Doña Ursula no había inventado la pólvora, y aunque poseía un mediano criterio, era de esas personas tan sanas de corazón, que por razón de su bondad misma creen á todo el mundo tan bueno como ellos; así, pues, al oír hablar al nabiab, creyó se la presentaba á su hija una suerte loca, puesto que nunca se había ocupado de observar á D. Celedonio física ni moralmente, y hacerse cargo de sus cualidades. Sorprendida, sin embargo, por lo inesperado y repentino de la proposición, no supo qué contestarle.

—¿Y qué me dice V. á lo preguntó el Creso.

—¿Qué quiere V. que le diga...? Yo seré muy gustosa en que esta boda se realice; pero, como V. puede figurarse, sin consultar la voluntad de mi hija, no puedo decirle mas que esto... V., si bien ya no es niño, es todavía hombre mozo, y aunque...

—Pues...! Aunque yo no sea bonito, el hombre y el oso mientras mas feo mas hermoso, y mis talegas me hermosean, y me verá la pequeña redondo y sano como un perito.

Yo no me pongo *polingues* en el pañuelo, ni me rizo el pelo, porque no lo tengo, añadió

quitándose y volviéndose á poner la peluca y dejando ver una cabeza mas pelada que un nabo, y en la que brillaban á la manera que un oasis en un dilatado desierto, media docena de pelitos colocados en la coronilla. Pero yo me digo que el hombre ha de oler á tabaco y ha de tener partidas de tumbó, y *así*, anda yo caliente y ríase la gente: ¿qué peso duro he de embolarme por andar tieso y estirado como cuerda de virgulin...?

—Yo le hablaré á Mista, dijo doña Ursula, á quien mortificaba aquella grosera charla, y veremos qué es lo que dico.

—¡Vayan cinco durillos contra una peseta á que dice que sí...! ¡Ah, ah! El dinero es muy bonito, y novios como yo no se encuentran al revolver de la esquina. Conque ea, mamá suegra, ¡hasta mas ver! Esa cara está mas triste que un *De profundis*, y menester es ponerla como la Pascua. ¡Qué diablillo! Si el chiquillo se murió, angelitos al cielo, y allá nos aguarde por muchos años. Y por los cuartejos no haya cudiado, que cuando nos casemos estará V. como la propia rosa, y la meteremos entre cristales para que no la dé el aire.

—¡Ay, señor! Yo no tengo ya nada que esperar en este mundo, contestó doña Ursula enjugándose las lágrimas que brotaron de sus ojos al recuerdo evocado por el inoportuno montañés. ¡Hijo mio, pobrecito; esta pena la

tengo siempre viva en el corazón, y me está labrando la sepultura!

—¡Señora, señora, ya descargó el nublado! ¡Por *vichs* del chápito verde, que es V. como el pilon del cortijo, que conforme se toca al tapon, corre el agua!

—Nunca se olvida á un hijo, D. Celedonio.

—¡Ni para atrapar á un yerno rico?

—Para nada, señor, para nada.

—¡Y ni el día de la boda lo olvidará V.?

—Solo hay una cosa que me lo hará olvidar, contestó doña Ursula sonriendo tristemente.

—¡Y cuál es ella...? ¡El premio gordo de la lotería!

—No, señor; las espuelas de tierra que echarán sobre mi sepultura.

—¡Virgen de Covadonga, exclamó D. Celedonio tomando el sombrero y echando á correr, y qué finebre está V. hoy!

## XVI.

No bien salió D. Celedonio, se dirigió doña Ursula suspirando al cuarto de Misita, y la encontró sentada delante de un veladorcito, escribiendo un papel que, al entrar su madre, ocultó precipitadamente, poniéndose colorada.

—¿Qué escribías? le preguntó doña Ursula sorprendida por su turbación.

—Nada... Digo, sí..., escribía..., copiaba unos versos de Zorrilla para ejercitar la letra.

—¿Y dónde están los versos...? Yo no veo ahí más que el *Año cristiano*.

Misita, que no sabía mentir, bajó confundida la cabeza, sin decir palabra.

Doña Ursula cogió el papel, que estaba escondido bajo el libro, y leyó en voz baja:

«Mi querido Pedro: Mucha pena me ha causado tu última carta, porque veo que no tienes paciencia para aguardar, y aguardar es, como lei no recuerdo dónde (1), el consejo que nos da

(1) En verso en *Bernar*: morale de costumbres, por Fernán Caballero.

la constancia para llegar al logro. Cuando yo tenga ocasion, hablaré á mi madre, y como ademas de ser muy buena, y quererme mucho, no tiene motivos para oponerse á nuestras relaciones, nos dará su beneplácito, y sin necesidad de misterios podrás venir diariamente á mi casa..”

Aquí habia interrumpido la carta la llegada de doña Ursula.

Misita no levantaba la vista del suelo, y dos lágrimas temblaban en la punta de sus largas pestañas.

Micola su madre tiernamente antes de decirle una palabra, y luego dijo de una manera cariñosa, aunque con un tanto de reproche.

—No creia yo que tenias tan poca confianza con tu madre.

Misita no contestó, y se echó á llorar.

—¡Pero me querrás decir á qué viene ese llanto? preguntó su madre con dulzura. Si yo no te riño, hija mia; solo quiero que me digas quién es ese Pedro, y dónde y cómo le has conocido.

Misita levantó su cara, que, inundada de lágrimas, parecia una rosa cubierta de rocío, y refirió á su madre la inocente historia de sus amores con Pedro. Luego volvió otra vez á echarse á llorar.

—Pero, hija mia, yo no veo que haya en eso motivo para llanto, le dijo su madre cogiéndole

las manos, y estrayéndola hácia sí; límpiate esas lagrimitas, y medita muy bien lo que voy á decirte... que Pedro te quiera á tí y que tú quieras á Pedro, lo encuentro yo muy natural; pero sí, como me parece, es este un noviajo que no tiene formalidad, y que por un *quítame allá esas pajas* concluirá el mejor día del año, no hay que pensar en ella. Considera, hija mía, que ya vas á cumplir veinte años, y que no estás en edad ni en posición de perder tiempo, porque, como sabes muy bien, los últimos restos de nuestra fortuna van desapareciendo, y no sé qué va á ser de nosotras. Además, se te acaba de presentar un partido ventajosísimo, que podría remediar las nuevas desgracias que nos amenazan, y que si no es tan brillante como el marques, es mucho mas seguro y mas positivo.

—¿Y quién es ese partido? preguntó Misita cediendo á la curiosidad, tan natural en su sexo.

—Un hombre muy rico que te quiere, y que, si bien ya no es niño, tampoco es viejo; y aunque no es un buen mozo, no por eso puede decirse que sea viejo.

—Pero ¿quién es...?

—Uno á quien tú conoces mucho, contestó doña Ursula, que, sin saber por qué, no se atrevía á decir el nombre del ponderado pretendiente: D. Celedonio Prosopopeya.

—¡Ay, Jesús! exclamó Misita sin poder contener un gesto de repulsión.



—¿Qué? ¿No te parece bien...?

—¡Ay, mamá, si parece un sapo!

—¿Qué sapo ni qué sapo...! D. Celedonio no puede decirse que es un hotabris feo; y además, hija mía, es nuestra única tabla de salvación. Porque, aun suponiendo que Pedro se case contigo, no podrá hacerlo hasta sabe Dios cuándo; y mientras tanto, ¿qué va á ser de nosotras...? Pues, como te puedes hacer cargo, de donde se saca y no se mete, muy pronto se ve el fondo.

—Pero, mamá, si yo quiero á otro y á él no le puedo resistir...

—No me seas tonta, hija; el trato engendrará el cariño. Medítalo bien, y sin ofuscarte, y no quieras darme esta pesadumbre, que bastantes tengo ya sufridas, dijo doña Ursula besando á Misita en la frente y saliendo de la habitación.

Pasaron dos días, en los que Misita no hizo mas que llorar por los rincones. Al tercero le dijo doña Ursula despues de concluido el almuerzo:

—¿Conque has pensado sobre lo que te dije?

—Que haré lo que V. me mande: contestó Misita poniéndose colorada como una amapola, y llenándosele los ojos de lágrimas.

—No harás lo que yo te mande, porque no soy yo, sino tú, la que va á casarse, dijo doña Ursula con alguna impaciencia. Harás lo que



tú quieras, y sin que yo te violente en lo mas mínimo.

—¿No dico V. que nuestra única salvacion es D. Celedonio! dijo Misita llorando á lágrima viva. Pues me casaré, y así nos salvaremos de la miseria que, segun V., nos espera.

—No, hija de mi alma, que prefiero yo pedir para ti un pedazo de pan de puerta en puerta, antes que verte desgraciada por mi causa. Mi hijo—¡pobrecito de mi corazon! ¡Dios lo tenga en su gloria!—tambien se embarcó para mejorar mi suerte, y me quedé sin él, exclamó llorando la pobre madre. ¿Y crees tú que habia yo de permitir que te sacrificases por mi causa casándote con un hombre que no es aquel á quien tú quieres?

—Pero, mamá, dijo Misita procurando ahogar sus sollozos con el pañuelo; yo procuraré olvidarle...

—Nada, nada, no se hable mas de la cuestion; se le dirá á D. Celedonio que tiene un compromiso anterior, y sea lo que Dios quiera, dijo doña Ursula saliendo del comedor y enjugándose las lágrimas.

Aquella misma noche rezaba doña Ursula el rosario, intercalando entre las Ave-Marías y Padrenuestros andas cabezadas que el sueño le hacia dar: Misita arreglaba unos dibujos de tapicería. De repente sonó fuertemente la campanilla; doña Ursula, que se habia dormido en-

tro *Regina Angelorum* y *Regina Patriarcharum*, saltó despavorida al *Agnus Dei*, desairando á profetas, mártires y *sanctorum omnium*. Misita atravesó corriendo la habitación, y murmurando con espanto—¡D. Celedonio!—desapareció antes que doña Ursula se diese cuenta de lo que sucedía. A poco entró este.

—Dios guarde á V., señora, dijo tomando posesion de una silla, que, abrumada con su peso, suspiró por sus cuatro patas. ¿Qué hay de nuevo?

—Lo que V. nos traiga, le contestó doña Ursula.

—A la verdad que no será *asin*; que V. ha de decirme algo bueno, y será un sí mas bonito que las pesetas y mas dulce que la arropea.

—Pues siento decir á V. todo lo contrario, dijo doña Ursula un poco cortada.

—¿Que no? exclamó D. Celedonio abriendo unos ojos redondos como los de una liebre.

—Yo no he podido hacer mas por convencerla; pero me ha sido imposible.

—¿Y lo dice V. de verdad...? ¡Rechusado yo, D. Celedonio Protopopeya y Bellotas! ¡Rechusado yo, diez millones de reales...!!!

—¿Y qué quiere V. que le haga?

—¿Y por qué? ¿Y por qué?

—Porque tiene un compromiso anterior con el marques de Valmes, y...

—¡Ah, ah, ya pareció aquello! ¡Ya asomó la

mano el gatito...! ¡Y por qué no le pidió V. el dinero á ese marques del hambre, y vino á pedirme lo á mí...!

—¡Jesus, señor! exclamó doña Ursula, que sintió subir á su rostro las llamaradas de la vergüenza ante aquel insultante lenguaje. Cuando yo le pedí á V. ese dinero, ignoraba el compromiso que mi hija había contraído, y ademas...

—¡A otro can con ese hueso, que no soy yo rana para dejarme engañar...! ¡Cuándo habrá pensado la casquivana de su hija de V. encontrar un hombre como yo! ¡Un hombre con diez millones! ¡Vaya, vaya, diga V. á la mogigata de su niña que...!

—¿Qué se entiende! exclamó doña Ursula colérica al oír hablar con tan poco respeto de su hija. ¿Se ha pensado V. que porque me ha prestado dinero, lo mismo que hubiera hecho el primer judío á quien se lo hubiese pedido, tiene derecho para venir á insultarme! Exija V. su dinero, y váyase mucho enborramala.

—¿Es que lo exigiré!

—Cuando V. quiera, con tal que no vuelva á poner los pies en mi casa.

—¿En su casa...! ¡Y quién se la ha dado á V.? Veremos quién tira de ella cuando no pueda V. pagarme el dinero que me ha escado.

—¡Insolente! ¡Venir á insultar á una señora...!

—¡Una señora, digo, digo...! ¡Una señora que tiene pergaminos en el arca, y la barriga vacía! ¡Pues ahí es un grano de aña con el señorío...!

Doña Ursula se levantó, y con toda la amargura propia de la pobreza noble y digna que se ve impunemente aplastada por el macizo pie de una grosera opulencia, salió de la habitación, dirigiéndose á su alcoba, donde sufrió un fuerte ataque de nervios.

Cuatro meses después se casaba D. Celedonio con la hija de otro montañés, compañero y cotopínche suyo, fundador y sacerdote de un templo de Baco. Pero este moderno Demodoco no había consagrado su Cimodocsa al culto del divino Homero, sino al del becerro de oro, en cuyas aras había él sacrificado su vida y su alma, diciendo con un espantoso cinismo que dejaba en pañales al del mismo Diógenes:

—¡Ancha Castilla, que la poca vergüenza es un capital (1)!

Jamás se han encontrado dos medias naranjas mas iguales, ni que mas congeniasen. Cuando sentados á su mesa devoraban marido y mujer como dos Heliogábalos, solía decir don Celedonio:

—¿Qué ricos que somos, qué gordos que estamos, y qué bien que comamos!

(1) Esta palabra y verdadera definición de un diestro y sabio paisano asturiano, ya difunto.

—¡Y qué envidia nos tienen! añadía la mujer arreglando los ampulosos pliegues de su traje de seda.

D. Celedonio, cada vez más enamorado de su mujer, la hizo retratar al óleo con un magnífico aderezo de brillantes que le había regalado. A todos cuantos en la casa entraban, enseñábales el retrato, diciendo:

—Venga V. á ver á mi Teresa, que está hablando en aquella pared. V. ha de notar que los brillantes no brillan, motivado á que todo es pintura. Pero ¿qué cuadro! Media telega me ha costado, y bien lo vale, que es pintura de la fina, y no se conoce por dónde ha entrado ni salido el pincel.

Aunque su Teresa entendía tanto de música como él de delicadeza, se empeñó en comprarle un piano.

—Tráigame V. un piano de lo mas caro, decía á un comisionista á quien se le había encargado.

—¡Quiero V. uno de Pleyel, de cola? le dijo este; uno así he traído para el conde D\*\*\*.

—¡Y cuántas colas tiene el del conde?

—¡Una! exclamó asombrado el comisionista.

—Pues que el mio tenga por lo menos tres.

Compró tambien una magnífica carretela. El dia que la estrenaron abrieron el lacayo ambas portezuelas: la elegante Teresa entró por la

una y se salió por la otra; al encontrarse de nuevo en la calle, exclamó:

—¡Ay! ¡Yo creí que esto tenía alcohol!

A poco llegó D. Celedonio y vió que solo faltaba á su flamante coche un escudo de armas. ¿Dónde hallarlo? La mujer quería hacerlo traer de donde *se crían los ingleses*. D. Celedonio registró todos sus papeles, pero solo pudo encontrar algunos apuntes de negros vendidos, mientras se dedicó á este infame tráfico. No fue tan desgraciado al rabuscar los de su mujer, pues entre las cuentas de la taberna de que por tanto tiempo fue dueño el padre de esta, encontró una vitela en que se hallaban pintadas las armas de un Obispo, de quien un tío de Teresa había sido mayordomo. Sobre el escudo se veían la mitra y el báculo del difunto Prelado. D. Celedonio, sin meterse en mas averiguaciones, las hizo copiar con toda exactitud en la portezuela de su coche.

Las gentes se preguntaban sorprendidas si á D. Celedonio lo habían hecho Obispo.

## XVII.

Ya iban á cumplirse ocho meses desde que Misita tenía relaciones con Pedro. Todas las noches acudia este á casa de doña Ursula, y mientras la buena señora jugaba al ajedrez con su vecino D. Basilio, intercambiando entre mate y mate un suspiro, y á veces una lágrima, como holocausto dedicado á su difunto hijo, entregábanse ambos amantes á todo su fervoroso entusiasmo. El siempre vehemente y apasionado: ella siempre amante y siempre igual. Un día en que Pedro embromaba á Misita, diciéndole que no sabía querer porque tenía sangre de horchata, la preguntó:

—¿Qué harías tú si yo me fuese para no volver?

—Me moriría, le contestó Misita con la sencillez de la verdad y el aplomo del que dice lo que siente.

Doña Ursula, mas enamorada si cabe que su propia hija, solía esclamar para su capote, cuan-



do separaba la vista del tablero para fijar una satisfactoria mirada en el dichoso grupo:

—¿Habráse visto la mosquita muerta! ¡Mire V. cómo un buen mozo pudo mas con ella que todos mis sermones! ¡Y bendito sea Dios, que no me hizo caso! ¡Si será que en este siglo, en que todo es al revés, saben mas las pollitas que las recoberas!

Animaba á veces este tranquilo cuadro, al que solo prestaban sombra los trajes de luto de ambas mujeres y el pobre corazón de doña Ursula, que por frecuentes lágrimas y suspiros expresaba lo inconsolable de su pena, Mariquita, la nieta de D. Basilio, que con una infatigable actividad iba y venia desde la mesa en que jugaba su abuelo á los dos ensimismados amantes. Al primero, con su portentosa charla, le hacia cometer sendas tarpezas, de que, como leal contraria, nunca se aprovechaba doña Ursula.

—¿Pero está V. hilando, D. Basilio? le decía. ¿No ve V. que queda el rey en jaque?

—¿Y qué quiere V., señora? ¿No ve V. tambien este abejorrito que no deja de zumbarme al oído? contestaba el abuelo pasando su arrugada mano por los cabellos de la nieta.

Otras veces iba á la cocina en busca de Brígida para que le refiriese cuentos de príncipes y princesas encantadas. Si estaba de buen humor, bastaba que la muchacha abriese ó cerra-



se los ojos, para chillar con los gritos mas descompasados.

—¡Bendita sea tu boca! Vale esta chiquilla mas que las *preetas*! ¡Bendita sea tu sal, y el cura que te la puso!

Si, por el contrario, estaba de mal talante, aunque la niña emplease las notas mas dulces y suplicatorias de su voz, no habia cuento, y empezaba á gruñir:

—¡Demonios de niños, que no viaiera otro *Jerodes* y cargara con todos ellos! Debieran darles pelotillas como á los perros.

Pero un dia dijo el marqués que habia ganado su pleito, y le precisaba volver á Madrid. La víspera de la partida llegó este como de costumbre, y á poco entraron D. Basilio y su nieta.

—¿Qué tienes, Misita? preguntó la niña al verla triste y cabizbaja. ¿Te ha reñido tu mamá?

—No, hija mía, le contestó Misita besándola, mientras Pedro la sentaba sobre sus rodillas: me duele la cabeza.

—¡Vaya por Dios! Yo te contaré un cuento muy largo que me ha enseñado la señora directora para que lo digamos en los exámenes otra niña y yo, y verás cómo ya no te duele mas.

Y sin esperar respuesta, empezó la niña á recitar muy de prisa, y con ese tonillo usado en las escuelas, esta lindísima composicion de don

Antonio de Trueba, que apenas podía retener su memoria (1).

## LAS FLORES PARA LA VIRGEN.

### I.

— ¡Jesús, qué niña tan guapa!

— ¡Jesús, qué niña tan linda!

— ¿Qué tienes en estos tiempos?

— ¿Qué tienes aquí tan solito?

— He venido a comprar flores.

— ¿Para qué las quieres, niña?

— Esta malita mi madre,

Y me han dicho mis vecinas

Que si puedo me pondrá buena

Si cuando toques a misa

Una corona de flores

Llevo a la Virgen María.

— ¡Bendita sea tu casa!

— ¡Hermoso, Dios te bendiga!

— ¿Quieres a la Virgen?

— Mucho.

— ¿Le regalas?

— Todos los días.

— ¿Y qué le pones?

— Le pido.

Salud para mi familia.

— ¡Bueno, qué cosa buena!

— ¿Adónde de compras?

— En María me he comprado

Que el oro y la plata fin.

### II.

— Acércate, y dame un beso.

— ¡Bendito el Señor, que así

Serán tan hermosos.

(1) Tenemos la competente autorización del popular autor de esta poesía para reproducirla en nuestra obra, cuya autorización nos ha sido concedida con una amabilidad y esquividad suoras, que agradecemos profundamente.

Y la que parió tal hijo!  
 ¡Vámonos por estos campos  
 Y estas praderas floridas,  
 Que juntas reuniremos  
 Las flores que nos cultiva!  
 ¡Mira cuántas flores hay!  
 Mira cuántas campesinas;  
 Mira cuántas amapolas;  
 Mira cuántas corvillinas!  
 ¡Qué hermosa estará la Virgen  
 Con ellas coronada!  
 Verás como de su madre  
 La salud y la alegría,  
 Y verás cuando estas flores  
 Oren su frente hermosa,  
 Cómo no hay niños ni grandes  
 Que al contemplarla no digan  
 «Es María más hermosa,  
 Que el oro y la plata fina.»

## III

—¿Y por qué gustan las flores  
 Tanto a la Virgen María?  
 —Porque son hermanas suyas.  
 —¿Hermanas suyas?

—Sí, niñas;

por eso la Virgen, Rosa  
 de Jarién se apellida;  
 Por eso amamos rosas  
 A su lado enredadas;  
 Por eso en todo nombre  
 El durazno rogamos,  
 Como las flores que parecen  
 Las vestes y las colchas;  
 Por eso en el mes de mayo  
 Van todos al santo templo  
 Donde se celebra fiesta,  
 Como van a los jardines  
 Donde brotan clavellinas,  
 Olivas aturcidas,  
 Y ramos de Alejandría.  
 Y por eso tantos hombres,  
 Mujeres, niños y niñas,  
 «Es María más hermosa,  
 Que el oro y la plata fina.»

## IV.

—Yo pondré en su santa frente

Una corona muy linda  
 Para coronar la Virgen  
 De Naza, con estas niñas...  
 — ¡Ángel de Dios, tu inocencia  
 Las hermanas cautiva,  
 Las niñas también son flores,  
 Y están tan ricas e María  
 Como las que en los jardines  
 Y en las praderas se crían.  
 Mas ya tocan las campanas,  
 Ya bajan por las colinas,  
 Oñiden por la ribera  
 Girando y volando á volar.  
 Vámonos también nosotros,  
 Pues tenemos consistorio  
 La semana que á la Reina  
 De las Angélicas dedican.  
 Vámonos á ver la Virgen;  
 Pues tanto auto-dico, niñas:  
 «Ella María nos hermanó,  
 Que el oro y la plata sea.»

—Conque ya sabes, añadió la niña sin tomar resuello: si quieres que no te duela la cabeza, hazle una corona á la Virgen.

—¡Jesus, señor, y qué monísima es esta muchacha! exclamó doña Ursula, que la escuchaba con la boca abierta. Ven acá, que te voy á dar treinta besos, y una peseta para que tu abuelo te compre una libra de dulces.

Marchó, por fin, Pedro, después de haber prometido á Misita escribirla todos los días.

Durante algun tiempo no pudo quejarse, porque recibió diariamente una larga carta, y dentro de cada una de ellas un hermoso pensamiento, que la niña iba colocando entre las hojas de su devocionario. Pero pasaron dos días sin que viniese el cartero.

—¡Si le habrá sucedido algo! pensó Misita.

Y todo el día estuvo triste y preocupada.

Llegó, por fin, una carta, que abrió Misita temblando, porque creyó encontrar algo desagradable que hubiese impedido á Pedro escribir en aquellos días. Como ella había dicho á su madre, en la duda y en la incertidumbre, la imaginación es la que corre y el corazón el que se entusa.

Pero no solamente no halló excusa alguna, sino que advirtió con profundo dolor que ya este no usaba aquel lenguaje tan tierno que antes empleara, y que también faltaba el pensamiento que, como un poético recuerdo, le había enviado hasta entonces.

Calló, no obstante, y ocultando á su madre la variación que en Pedro se había operado, le contestó sin darle la menor queja, porque, después del olvido de ciertos obsequios, que, aunque sean pequeños, bastan para hacer feliz el corazón de una mujer, nada hay más humillante para este mismo corazón como reclamar contra ellos.

Pero esta carta no tuvo respuesta; volvió á escribir, y obtuvo el mismo resultado. Entonces la dignidad mujeril le hizo guardar silencio, y para no dar qué pensar á su madre, aparecía ante ella tranquila y serena, mientras en el silencio de la noche se entregaba á una aflicción que, no por ser callada y oculta, era menos desgarradora.

Por último, dos dias despues dijo Misita á su madre que habia conocido que no amaba á Pedro, y que habia roto sus relaciones con él.

Dofia Ursula, estupefacta, propinó á su hija las mas furibundas filípicas sobre las niñas tercas y manifiáticas que hacen su santa voluntad sin consultar para nada la de sus padres, y acabó por convencerse de que á su hija le faltaba, cuando menos, un sentido.

—¡Vea V! exclamaba la buena señora. ¡Un hombre tan completo! ¡Vamos! ¡Si esta hija mia es loca ó estúpida! Bien dicen que *Dios da por fuero al que no tiene narices*; tú has estado jugando con la suerte; pero, descuida, que ella jugará contigo.

Misita escuchaba este torrente de palabras ó improperios que la cólera hacia decir á su pobre madre, con la cabeza baja, y sintiendo en su corazon esa especie de amargo consuelo que se experimenta cuando con una sola palabra podemos hacer que los vituperios de que nos cubren se tornen en adoraciones.

Pero prefirió pasar á los ojos de su madre y á los del mundo como una muchacha sin fundamento, antes que descubrir la fea conducta de aquel á quien amaba tanto. La abnegacion enmudeció su lengua: como una madre que llora los yurros de su hijo querido, conocia el mal comportamiento de Pedro, pero no por eso cesaba de amarle.

Poco á poco fue desmejorándose, y la terrible enfermedad que la minaba presentó al fin su desgarrador aspecto, burlándose de los impotentes recursos de la ciencia.

Pasaba casi todo el día en el mismo sitio en que Pedro acostumbraba á sentarse, recostada en una pequeña butaca, de donde apenas podía moverse. A menudo llamaba á Mariquita y le hacía repetir los versos á la Virgen que en la víspera del día en que se marchó Pedro dijo la niña sentada sobre sus rodillas.

Entonces lloraba y pedía á Dios que la llevase pronto á su seno.

## XVIII

Una de las campanas de la parroquia de San Miguel tocaba, no tranquila y argentinamente como cuando dice al cristiano: Ven, ven, ven, para atraerle á misa, sino que, lenta y majestuosa, hacía resonar su bronceada lengua, como si dijese al hombre: "Tu hermano agoniza; ven á acompañar á su Padre, que lo es también tuyo, y que va á visitarle." Los vecinos, y muchos que no lo eran, acudían á este llamamiento; algunas personas pudientes mandaban á sus criados, como si en obras de caridad admitiese Dios sustitutos. Los balcones de todas las casas se llenaban de luces; las ricas se iluminaban con magníficos candelabros de plata cargados de bijlas, y las pobres con un humilde veloncito, ó con un candel de hoja de lata. A las primeras podía encenderlas la vanidad, que destruye el mérito; á las segundas solo el sentimiento religioso, que ofrece lo que tiene tal cual es.

Una viejecita se asomó á la ventanilla de una miserable casa; estendió por encima una colcha



blanca como la nieve, puso á un lado un velon de metal con dos piqueras encendidas, y al otro un candel de hoja de lata. Luego se arrodilló en medio tocándose el pañolon, y diciendo entre dientes:

*Sanctus Sacramento,  
¿cómo vas tan libre?  
—Voy á visitar un enfermo  
que me ha llamado llamar.  
Voy á ponerle la mano  
y que cuna de mi mujer,  
porque vive el alma cautiva,  
y se la voy á restituir.*

Mientras tanto, la puerta de la casa de doña Ursula se hallaba abierta, y el patio cubierto de flores.

Misita, sentada en su cama y sostenida por almohadones, espera al santo Viático. En su pálido rostro se notan impresas las huellas de la muerte: su pecho se levanta agitado; su voz se entronquece; sus narices se afilan; sus ojos se hunden, y su lengua borrosa no acierta á desempeñar su oficio.

A los pies de la cama hay, sobre un altarito, un hermoso Crucifijo, ante el cual arden cuatro velas. Doña Ursula, arrodillada ante él, ora fervorosamente, enjugando de cuando en cuando las lágrimas que corren por sus mejillas, pálidas y arrugadas.

¡Cuán amargos son los pensamientos que embargan la mente de Misita! Morir á los veinte años, dejando una madre querida, que caerá

irremisiblemente en la miseria! ¡Morir con la firme convicción de que aquel por quien moría recibiría con indiferencia la noticia de su muerte!

¡Cuántas veces, en sus largas noches de insomnio, había Misita deseado morir! ¡Cuántas veces había abierto la ventana de su cuarto, y paétese á contemplar la bóveda de los cielos tachonada de estrellas! Entonces, olvidando sus dolores para admirar esa obra del Omnipotente, que es solo una leve prueba de su poder infinito, deseaba con todas las venas dormirse en esta contemplación, para despertar en la de Dios.

Y ahora que veía abrirse las puertas de la tumba; ahora que veía á la muerte tenderle sus fríos brazos, como si Dios cediese á sus deseos, retrocedía aterrada y buscaba con ansia el resto de sus días. Y era porque el *haber muerto* es dulce, pero el *morir* terrible (1).

El confesor de Misita, hombre de elevada inteligencia y sensible corazón, enterado de aquel amor que aun entonces llenaba su alma como había llenado toda su vida, le hizo condenar al borde del sepulcro los extremos del amor á la criatura, y la Religión le dió por su boca conformidad y consuelo.

Cuando doña Ursula entró despues que hubo salido el sacerdote, la encontró mas tranquila y sossegada que nunca. Si la fuerza del dolor

(1) Fernán Caballero.

físico le hacia acudir á los ojos una lágrima, se la oía repetir devotamente:

Dulce Jesús de mi vida,  
que en la cruz estás por mí,  
en la hora de mi muerte  
aguarda, Señor, de mí.

Dña Ursula, enterada por el confesor, autorizado para ello por Misita, de la verdadera causa de su rompimiento con Pedro, admiraba la abnegacion de su hija y, arrodillada ante el Crucifijo, pedía pordon por haberla ofendido. De repente se oye á lo lejos el sonido de una campanilla; la pobre madre se levanta tambaleando, y dice á su hija con voz apagada:

—Ya está ahí, hija mia.

—No se apure V., madre, murmura Misita apretándole la mano cariñosamente. Me voy con mi hermanito... para que seamos dos á esperar á V...

Entre tanto habia desembocado en la calle el solemne cortejo. Un mosaguillo marchaba delante agitando violentamente una campanilla, como si quisiere advertir á los hombres que Aquel que lo mismo va á la casa del rico que á la del pobre—pues la Religion es la única que practica no la soberbia igualdad que se alza, sino la humilde que se humilla—se dirigia á visitar á uno de sus hijos: seguian marchando recogidamente dos largas filas de hombres de todas clases, que, descubiertos y silenciosos, llevaban cirios encendidos, ó bien faroles. De-



—Hermana, aquí tienes á Nuestro Señor Jesucristo  
que viene á visitarte. ¿Quieres recibirle?

—Si quiero, contestó Misita con su demayada.



tras caminaba un anciano sacerdote con una mano sobre el pecho, y llevando en la otra los Santos Oleos: cerraba el acompañamiento una música que tocaba una triste marcha, y tres coches que de respeto venían.

Al llegar el monaguillo al umbral de la puerta, calló la campanilla; los fieles se adelantaron hasta la alcoba de Misita. El sacerdote llegó majestuosamente á la mitad del aposento, por enmedio de aquella doble hilera de luces que se inclinaban á su paso; allí exclamó con esa sublime sencillez de las ceremonias de nuestra Religión:

—Hermana, aquí tienes á Nuestro Señor Jesucristo, que viene á visitarte: ¡quieras recibirle!

—Si quiero, contestó Misita con voz deamayada.

Tres veces de acero tendría el pecho quien no derramase lágrimas ante aquella tan sencilla como sublime escena, digna de los primitivos tiempos de la Iglesia de las Catacumbas.

Aquí un anciano sacerdote que ofrece con mano trémula la Santa Forma á una virgen pura y hermosa, en cuyas miradas se reflejan ya los gozes celestiales, y con el nombre de Dios en los labios, muere con la mansedumbre de un cordero.

Allí una pobre madre que siente desgarrado el corazón al ver que su hija única vuela á

los cielos, dejándola sola, anciana y desvalida.

Mas lejos, un pueblo que asiste silencioso y conmovido á una ceremonia que le recuerda la inevitable muerte á que todos estamos sujetos.

—*Procedamus in pace*, dijo el sacerdote despues de concluida la ceremonia.

Poco á poco el rumor de los pasos y el resplandor de las luces fue apagándose á lo lejos: despues todo quedó en silencio.

—Madre, venga V. á mi lado, murmuró Misita abrazándola. ¡Ay! continuó con un débil suspiro de bienestar; quisiera estar siempre así... Dios aquí, dijo poniendo la mano en su pecho; mi madre aquí, añadió besándola tiernamente.

—¡Ese hombre te ha matado, hija mía; ese pícaro hombre! gimió doña Ursula sin poderse contener por mas tiempo.

—Madre, lo último que te pido, exclamó con angustia la niña, no me lo niegues! ¡Madre, madre, perdónale, que Dios no perdonará al que no perdona!

Un cuarto de hora pasó así; doña Ursula, echada encima de la cama, apretaba contra su pecho la cabeza de su hija, que, con las manos cruzadas y los ojos velados por las sombras de la muerte, murmuraba palabras entrecortadas, entre las que se distinguia el dulcísimo nombre de Jesús. Un sacerdote, arrodillado á los pies de la cama, rezaba las oraciones de los agonizantes.



—¡Misita...! ¡Hija mía...! ¡Mi vida...! ¡Mi alma...! dijo ansiosamente doña Ursula, rompiendo aquel silencio frío como el soplo de la muerte, al notar que su hija apenas respiraba. ¡No me contestas...! ¡Nada me dices...!

La niña torció sus quebradas ojos hacia su madre, y murmuró con una voz dulce y triste como un suspiro:

Vámonos a ver la Virgen,  
pues, tengo entendido, niña,  
es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina.

Poco á poco y como el eco de un arpa celestial que á lo lejos pulsase el ángel de la melancolía, se fue apagando su acento, mientras murmuraba:

—Es María mas hermosa... que el oro y la plata fina...

Aquel dulce y último recuerdo de tiempos felices, á que solo hacía coro la grave voz del sacerdote que encomendaba á Dios el alma de la inocente niña, desgarraba el alma y despedazaba el corazón.

Doña Ursula la cubría de besos y de lágrimas: de pronto la soltó bruscamente, y se dejó caer de rodillas. Misita cayó sobre las almohadas: su alma había volado al cielo, que era su patria.

¡Dios no deja mucho tiempo sus ángeles entre los hombres!



# XIX.

Son las doce de la noche. La calle de N. aparece alumbrada únicamente por una roja claridad que arroja la ventana baja de la casa de doña Ursula, de par en par abierta. Sobre un catafalco rodeado de luces se halla Misita con las manos cruzadas sobre el pecho, y cubierta con una larga mortaja blanca.

Nada interrumpía el silencio de la noche sino el continuo chisporroteo de las luces, que, agitadas por un suave viento, prestaban á los objetos una extraña movilidad. De repente rompieron aquel silencio, digase compañero de la muerte, los pasos de un hombre que se acercaba por el otro extremo. Sorprendido por el resplandor de la ventana, se aproxima á ella, y da un grito, á que contestó el eco como una acusación, y el estridente chisporroteo de los cirios como una protesta; los cabellos se le erizan; los ojos giran atropelladamente en sus órbitas; quiere huir, pero una fuerza irresistible le clava ante aquella reja.

Aquel hombre era el marques de Valmea; era

Pedro, que, vuelto de Madrid, encontraba por primera vez á Misita, á quien tan cruelmente había engañado. Distráido por los innumerables placeres con que le brindaba aquella alta sociedad, que era la suya, el recuerdo de Misita desapareció de su corazón, como desaparece el perfume de la violeta entre los de otras flores menos suaves y mucho mas fuertes. Lo mismo que había empezado concluyó su entusiasmo, y ya hemos visto la manera brusca y poco caballeresca con que cortó sus relaciones, sin que ni un triste recuerdo ni un remordimiento viniesen á decirle que no solo se asesina á puñaladas. Cómodo privilegio de algunos, cuya elástica conciencia se agranda y achica á medida de su deseo.

Al verla tendida en su ataúd, blanca como los paños de su mortaja, vinoole involuntariamente á la memoria aquel día en que, preguntando á Misita qué haría si él la olvidase, le había contestado ella con la mas candorosa sencillez lo que ahora había cumplido.

—Me moriría; le había dicho, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Con las crispadas manos agarradas á la roja, contemplaba aquel rostro blanco como el alabastro, y aquellas manos de marfil que sostenian sobre su pecho una amuleta, símbolo de su pureza, cuando en su mente, abuchada por el terror, se le figura que alguien se apoya sobre

su espalda, y que una voz grave y severa murmuraba á su oído.

—¡Hé ahí tu obra! Creíste que se podía jugar sin peligro con un corazón, y dejaste caer la semilla sin acordarte que la acogía una tierra fértil y fecunda. Si tú no hubieses engañado á esa mujer, tal vez se habría escapado de una muerte temprana, y tú de un remordimiento eterno; porque, á pesar de que ella te ha perdonado, eres responsable de su muerte ante Dios, lo mismo que si le hubieses hundido un puñal en el pecho.

Calló la voz, y Pedro, delirante y fuera de sí, vino al suelo gritando como un loco.

—¡Perdon... perdon...!

—Dios te lo dé, como esa pobre niña se lo pedía, respondió el confesor de Misita, que era el que le había dirigido las anteriores palabras, habiéndole visto en la ventana cuando él salía de fortalecer con sus sabios consejos el destrozado corazón de doña Ursula.

El dolor de esta había aniquilado sus fuerzas físicas y morales: después de este último y cruelísimo golpe, habíase quedado como idiota; ni hablaba ni quería ver á nadie, y pasó cerca de un año encerrada con su dolor en la habitación en que había muerto su hija.

—No te canses, Petra, decía á la viuda de Sandoval cuando esta se afanaba por sacarla de su casa, con el fin de que su espíritu se dis-

trajese. No he de pasar esa puerta hasta que me lleven, con mis hijos, entre cuatro y con los pies por delante.

Pero ni aun aquella triste esperanza vió realizarse la infeliz mujer; porque un día vino la justicia en forma de negros pajarracos, se apoderó de la casa y de todo cuanto encerraba, y sin consultar la voluntad de la pobre señora, la puso en la calle. Aquellos hombres los mandaba D. Celedonio Prosopopeya y Ballotas: la famosa hipoteca con pacto de retro, producía sus resultados.

Doña Ursula se despidió de Brigida, y salió de aquella casa, en que tan crueles recuerdos dejaba, sin volver la cara atrás para mirarla por última vez; á poco desapareció de la población, sin que se supiese qué camino había tomado.



---

## EPILOGO.

---

### I.

Pasaron varios años; muchos mas de los que se necesitan para blanquear una cabellera, antes negra como las alas del cuervo; muchos mas de los que se necesitan para secar un corazon, antes henchido de ilusiones, pero no tantos como son necesarios para borrar del corazon de una madre el recuerdo de sus hijos. A una cabellera la blanquean las penas, ó los años; á un corazon lo secan los desengaños, ó los vicios. A una madre solo la hace olvidar la tumba, que es la puerta de la eternidad; de ese dia, como dice Massieu, sin ayer ni mañana.

En una hermosa tarde de junio acudia mucha gente á rezar el Jubileo en las monjas de Madre de Dios. Al entrar en el patio que precede al templo, sentíase un delicioso perfume, causado por el aromático cinturón que lo cifra, y que parece ofrecer como una gigantesca corona á los pies de la iglesia. Las grietas de las

paredes habían dejado escapar matas de rosada, como si quisiesen colgar sus casas en señal de alegría y regocijo, mientras las salamanquesas, sentadas detrás como tras de una verde celosía, veían pasar la gente: los suspiros, tan suaves y de tan corta vida como su nombre, desmayábanse al pie de los rosales, y enviábanles á pedir con su perfume un beso de amor: bajaban estos la cabeza cediendo á su súplica, y al besarles les dejaban clavada una espina, que les hacía marchitar antes de tiempo: tal hace el placer al dejar siempre su gofa amarga. Las olivas locas, graves, tiesas y cortesanas como diplomáticos vegetales, mecíanse suavemente saludando con amabilidad á todo el que pasaba, sin que nadie se cuidase de contestarles, como sucede al soberbio con el salido del humilde: un regimiento de pinos reunidos al pie de una hermosa parra, que, asustada, se agarraba con todas sus fuerzas á un naranjo, se empeñaban en llevar á la casilla á los rapaces gorriones, que hacían paz y guerra de las uvas; y ellos, al verse tan altos, reíanse de sus perseguidores, y alzando una pata á inclinando la cabecita, les decían:

— ¡Ji, ji, jiiii! tú no alcanzas aquíiiii!

El chiquillo mas chico de la portera, con sus manitas cruzadas á la espalda y la boca abierta, miraba los hermosos racimos de la parra, y no sabiendo decir, como la zorra de la fábula:



estas verdades, se contentaba con mover acompasadamente los piececitos, cantando á su compás:

Ping-pongo, está eligiendo,  
Mango-mango está mirando—  
El ping-pongo vive,  
Mango-mango se burla.

Por último, dos altos cipreses, serios y graves como guardias de Corps, estaban de centinela á la entrada del templo.

A la puerta de la iglesia varias viejecitas sentadas á la usanza turca, estendian silenciosas pero eloquentemente sus temblorosas manos hacia los fieles que se dirigian al templo.

Dentro de él las luces; el incienso, las flores, las preces de nuestros hermanos, la alegre melodía de esos inocentes canarios que cantan aprisionados en sus jaulas, los majestuosos sonidos del órgano, de ese instrumento esencialmente religioso, que parece compendiar en sus notas todo lo que es grande y cristiano, acompañan la oracion del desvalido y consuelan su corazón.

Si se vuelve la vista á los pies de la iglesia, se ve, á través del coro, á las religiosas, tan tranquilas, tan alegres, y que, á dos pasos de la depravacion, presentan un cuadro cuya sencillez é inocencia recuerdan los bellos días de la infancia. ¡Cuán felices deben ser estas humildes penitentes, tan puras de corazón, de espíritu y de costumbres! ¡Cuánto no deberá amarlas el



Dios que perdona, viendo en ellas perseguida la virtud soberana, la inocencia coronada por la penitencia!

Aquel patio, tan tranquilo, cubierto de flores que sin tener lengua hablaban, pronunciando una sola frase, grande, magnífica, consoladora: ¡Hay Dios! aquel patio, en que tantos inocentes pejíatitos repetían con sus gargantas de plata y cristal, cual religiosas arpitás, esta misma grandiosa frase, podía muy bien compararse á la niñez, tan cándida, tan serena, tan alegre, tan amiga de Dios, y que refleja en su frente la inocencia celestial: porque los niños son las estrellas de la tierra, como las estrellas son las flores del cielo.

Luego venían aquellas viejas harapientas, que pedían limosna, y que representaban la vida del hombre, cubierta, como ellas, de miseria y de fatigas desde que sabe pensar.

Y, por último, aquel santo templo, que abría á todos sus puertas, era la vida eterna: la vida eterna, á cuya puerta, que es la tumba, cambiaba el hombre la cruz de la vida por la palma de la eternidad; la corona de lágrimas que en la tierra ciñe sus sienes, no por la del laurel, que es la de los soberbios héroes de aquí abajo, sino por la de rosas blancas y violetas, inocencia y humildad, que es la de los suaves héroes de allá arriba. ¡Oh Dios mío! ¡Cuánto ansía el alma cristiana por coger esas puras flores del

patio, pasar por entre las mendigas sin que aquellas se marchiten, y depositarias á vuestros pies dentro del templo! ¡Si llegan lozanas, las colocáis sobre vuestro pecho; si marchitas, una sola lágrima de arrepentimiento las tornará floridas..!

Entre aquellas tristes ruinas humanas que á la puerta de la iglesia imploraban la caridad pública, hallábase una notable por su decrepitud, que ni aun se tomaba el trabajo de estender la mano como sus compañeras; con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta, repasaba entre sus dedos descarnados las cuentas de un rosario.

Un caballero de porte noble y distinguido, y una señora de elegante apariencia, llegaron á la puerta del templo, llevando de la mano á un hermoso niño de seis años, primorosamente vestido á la escocesa. El caballero dió á su hijo un puñado de cuartos, que el precioso niño, ruborizado y medio sonriendo, repartió á las mendigas en santas limosnas, que, según los orientales, debieron decir al pasar de la inocente manita que socorría á la de las infelices socorridas, estas profundas sentencias:—Yo soy pequeña, y vos me habeis hecho grande.—Mi valor es corto, y vos lo habeis multiplicado.—Yo era interés enemigo, y vos me habeis vuelto amable.—Era pasajera, y me hicisteis permanente.—Vos érais mi guarda, y ahora yo soy la vuestra.

Al llegar á la vieja del rosario, le arrojó dos cuartos en su remendada y sucia falda. Tomó la mendiga el dinero, y, al levantar la cabeza para ver quién la socorria, se operó en ella una estraña mutacion.

Como movida por un resorte, se levantó erguida y amenazadora, con las narices dilatadas y arrojando por los ojos llamaradas de cólera, hizo ademán de tirar la moneda al rostro del padre del niño.

Pero cuando sus dedos crispados por la cólera iban á dejar escapar el dinero, que indudablemente hubiera ido á darle en mitad del rostro, sus ojos tropezaron con un Niño-Dios de soberbia escultura, que, sentado en un silloncito de caoba, estaba colocado en el pórtico sobre una mesa. Habia en los ojos de aquella agrada efigie tanta mansedumbre; su boca sonreía con tanta dulzura; una de sus manos señalaba con tan clara expresion la corona de espinas que ceñia su frente, que la pobre mendiga se acercó como fascinada, y cayó de rodillas ante ella, depositando la moneda en una bandeja que habia delante. Largo tiempo permaneció sumida en una fervorosa oracion, y cuando se levantó hubiérase podido observar, á traves de los girones del pañolito que cubria su cabeza blanca, la corona de gloria que Dios da á los héroes.

Porque aquella mujer era doña Ursula, y á

los pies del divino Niño acababa de ofrecer todos sus sufrimientos por el perdón de aquel hombre, que era el marques de Valmes.

Aquella alma, templada por el dolor, comprendía y practicaba este sublime mandato, que hace un héroe de cualquier cristiano:

«Yo os digo: amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que dispone que el sol salga para los buenos y para los malos, y que llueva para los justos lo mismo que para los pecadores (1).»

(1) *Matth.* v, vers. 44.

## II.

El día 26 de agosto de 186... llegó á todo escape el conserje del cementerio de Jerez de la Frontera á casa del juez de primera instancia del distrito de San Miguel: venia á darle parte de que se habia encontrado en el cementerio una mujer muerta. Trasládose allí el magistrado, acompañándole el médico forense, el escribano y dos alguaciles, y encontraron á una anciana, miserablemente vestida, tendida boca abajo junto á un sepulcro.

El sepulcro era de mármol blanco, y estaba rodeado de una verja de hierro, tambien pintada de blanco; en el espacio que quedaba entre la piedra y la reja habian nacido rosales blancos, que parecian querer tratar de cubrir con el perfume de sus flores el horrible hedor de la tumba. A la cabecera inclinaba un sauce sus ramas, como si viniese á besar la blanca cruz de piedra que descansaba sobre el sepulcro, y derramaba sobre ella sus melancólicas

flores, como si fuesen sus lágrimas: por debajo de la cruz se leía: *Mercedes Arderu*. Por encima, estos sencillos é infantiles versos:

¡Qué sufrin las bienhechor  
 sin de mis dolores fuér!  
 que al despertar me encontré  
 angel puro del Señor:  
 de la inocencia y amor  
 a él en las alas ubí;  
 no lloré porque me fué,  
 de mi dicha y de los cielos  
 ¡oh mamá! un tanga celos...  
 [Te estoy esperando allí (1)]

Se levantó el cadáver de la anciana para reconocerlo, y fue imposible averiguar cuál había sido su nombre, y qué papel había desempeñado en el gran drama de la vida: en la mano derecha se le encontró entre sus dedos agarrados una onza de oro, engarzada como si fuese un broche para el pecho. El médico declaró que aquella mujer había muerto de vejez, de miseria y de hambre.

—Pero, señor, decía el juez examinando el extraño broche; ¿cómo es posible que se muera de hambre una mujer que tiene en la mano una onza de oro?

El médico se encogió de hombros sin contestar.

Puede que algunos de nuestros lectores comprendan que se pueda morir de hambre antes

(1) Este epitafio se halla en el cementerio de Jerez, en el panteón de la familia de Arderu. Ignoramos quién sea el autor.

que vender el único recuerdo de un hijo perdida.

¡Ni la memoria quedaba ya de la familia de Ardera! El olvido había sellado sus tumbas como un segundo ataúd, aun mas fuerte que el primero. Sus desgracias y sus penas le habían allanado el camino de la tierra al cielo.



## PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
Impulsadas madre é hija por el mismo pensamiento, dieron un beso en la punta de los dedos, y lo enviaron á la luna.....	57
El capitán se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono, de fidelidad y de ternura, y se descubrió con respeto.....	152
—Hermana, aquí tienes á Nuestro Señor Jesucristo, que viene á visitarte: ¿quieres recibirle?.....	189



